

Jaume Cabré *Las voces del Pamano*



Lectulandia

El azar hace que Tina, una pacífica maestra, encuentre, tras la pizarra de una escuela a punto de ser demolida de la zona del Pallars, en los Pirineos, una cajita con una larga carta que jamás llegó a su destinatario. En ella Oriol Fontelles, un joven maestro destinado al pueblo sesenta años atrás, describe su llegada al valle en plena posguerra, los esfuerzos por no desentonar en el papel que le asigna el alcalde, el falangista Valentí Targa, y su fascinación por la mujer que maneja a éste y controla el pueblo, Elisenda Vilabrú. Poco a poco, a través de esa carta enviada desde el pasado, se irán desvelando las piezas de una historia de maquis, falangistas y héroes anónimos, envuelta en la bruma del olvido y la tergiversación, que se mezcla con los vuelcos de la vida de la propia Tina.

Jaume Cabré trenza en *Las voces del Pamaño* un retrato despiadado y lúcido de los entresijos de la sociedad española desde la guerra civil hasta nuestros días y compone una novela extraordinaria sobre las luces y las sombras de los vencedores y los vencidos, de los héroes y los villanos; sobre la fuerza de la vivencia y la fragilidad del recuerdo histórico.

Lectulandia

Jaume Cabré

Las voces del Pamano

ePUB v1.0

hermes 10 05.12.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Les veus del Pamano*
Jaume Cabré, 2004.
Traducción: Concha Cardeñoso y Sáenz de Miera

Editor original: hermes 10 (v1.0)
ePub base v2.1

A Margarida

Padre, no los perdones, porque saben lo que hacen.
VLADIMIR JANKÉLÉVITCH

Capítulo 0

El roce apenas se oyó. Fue como una caricia en la puerta. Se abrió silenciosamente, una mano enguantada retuvo el pomo por dentro para evitar el ruido y volvió a cerrarse con un suspiro inaudible. Una sombra se movía entre las sombras de la casa.

Los ojos de Yuri, acostumbrados a la noche, la siguieron en silencio. El recién llegado entró en el estudio. La persiana estaba subida y maldijo de todo. Al otro lado del cristal, la nieve que había dejado un inesperado frente de aire polar enfriaba el paisaje como si fuera una tumba y redoblaba el silencio del panorama nocturno. No se oía ni el rumor del río. Prefirió no bajar la persiana, porque nadie, bajo ningún concepto, debía saber jamás que había entrado en esa casa esa noche.

Con un suspiro de fastidio, el recién llegado se sentó al ordenador, dejó la cartera en el suelo, al lado de la silla, y encendió el aparato. Se fijó en el orden impecable de la mesa, detalle que le facilitaría el trabajo. Yuri había seguido al intruso silenciosamente hasta el estudio y, más silencioso aún, lo observaba desde la puerta.

El destello azulado de la pantalla llenó la estancia y el recién llegado deseó que la tenue y fría claridad no alcanzara la calle solitaria ni las otras habitaciones de la casa.

Un post-it pegado a un lado de la pantalla decía: «¡Buenos días! La comida está en el armario de encima de la nevera. ¡Gracias por todo!». Se puso a revisar carpetas. Sacó una caja de disquetes del bolsillo de la parca y, armado de paciencia, empezó a copiar archivos. Alguien tosió en alguna parte del edificio; se imaginó que serían los vecinos del piso de abajo, que volvían aturridos de algún sarao, hartos, cansados, farfullando que ya no estaban para esos trotes. Un coche en marcha corta, debido seguramente a la nieve, hirió el silencio de la noche. Por qué funcionan tan despacio los ordenadores cuando más prisa se tiene. Por qué hacen tanto ruido, si dicen que son silenciosos. De pronto sonó el teléfono; el intruso se detuvo, apagó el ordenador, aunque estaba en plena tarea, se quedó inmóvil, como una piedra, y una gota de sudor le resbaló por la nariz. No se la secó porque había dejado de existir. Ningún movimiento en el otro lado de la casa.

—Ahora no me puedo poner. Deja un mensaje después de la señal.

—Oye, que no puedo ir a primera hora. Es que me ha salido otro cargamento de pizarra en Tremp y mi hija se ha plantado. Pero no te preocupes, paso a media mañana, antes de comer. Adiós. Mucha suerte y un potxó^[1]. Luego voy a verte. ¡Ah! Y tienes razón: en efecto, se oye canturreo del Pamano.

Bip, bip. Adiós. Una voz masculina con acento pallarés de la montaña, cascada por el tabaco y el café con gotas, que aludía con naturalidad al día siguiente. El desconocido esperó unos segundos, por si se abría alguna puerta. Nada. Nadie.

Afortunadamente, Yuri había optado por no delatarse y seguía escondido en su

inmovilidad. Tan pronto como se disipó el recuerdo del sonido del teléfono, cuando oyó de nuevo el dulce posarse de los copos de nieve sobre las formas de todas las cosas, el desconocido se permitió respirar levemente y volvió a poner el ordenador en marcha.

Sin saber muy bien qué hacer, Yuri abandonó la puerta del estudio y se escondió provisionalmente en la sala de estar, pendiente del menor rumor del estudio.

El intruso reanudó la tarea. No tardó en llenar cinco disquetes de archivos, los de las carpetas que llevaban las iniciales O.F. y algunos más, por si acaso. A continuación mandó esos mismos archivos a la papelera del ordenador, la vació y se aseguró de que no quedara el menor rastro de ellos ni de otros semejantes.

Finalmente, introdujo un disquete nuevo con un virus, después lo sacó y apagó el ordenador.

Encendió la linterna y la sujetó con la boca para tener las manos libres. Fue muy fácil vaciar las tres carpetas del archivador de la mesa que le interesaban. Eran papeles, fotografías y carpetas de informes. Lo guardó todo en la cartera y cerró el archivador. En el suelo, junto a la pared, una maletita roja. La abrió. Parecía preparada para irse de viaje. La registró con cuidado: nada interesante. La cerró y la dejó tal como la había encontrado. Antes de marcharse se le ocurrió mirar en todos los cajones, por si acaso. Papeles en blanco, libretas, cuadernos escolares. Y una caja.

Al abrirla, el sudor le inundó la frente de golpe. Le pareció oír un suspiro de pena en el extremo opuesto de la vivienda.

Cerró la puerta de la casa sabiendo que no dejaba rastro alguno de su paso, que había tardado poco más de quince minutos en hacer su trabajo y que, cuanto más lejos le sorprendiera la aurora, tanto mejor.

No bien se quedó solo, Yuri entró en el oscuro estudio. Parecía que todo estaba como siempre, pero él tenía una angustia por dentro, una insólita sensación de no haber estado a la altura de las circunstancias.

PRIMERA PARTE

El verderón en vuelo
Nombres yacientes cubiertos de flores.
JOAN VINYOLI

A las nueve de la mañana del viernes, día trigésimo de marzo del año de Jesucristo Nuestro Señor de dos mil dos, el día esperadísimo, anheladísimo, los ojos de una multitud de fieles congregada en la plaza de San Pedro del Vaticano desde todos los rincones del mundo miran ávidamente la ventana engalanada desde la que Su Santidad el papa va a impartir la bendición urbi et orbi. Aunque ya se ha estrenado la primavera, hace un frío que pela debido al aire gélido, traidor, que llega desde el Tíber por via della Conciliazione y entra en la plaza, decidido, triunfante, con voluntad de cortar el fervor de los corazones predisuestos a la aparición del sumo pontífice. Pañuelos a mansalva, sea por el catarro, sea por la emoción. Movimiento en la ventana, un reflejo súbito en los cristales del balcón, cuyas hojas se abren hacia dentro. Un micro, un cura colocándolo solícitamente a la altura adecuada y la figura encogida, revestida de blanco inmaculado, del Santo Padre Juan Pablo II, que pronuncia unas palabras imposibles de entender a pesar de que la gente ha dejado de sonarse. Y por fin la bendición. Seis monjas guineanas lloran de alegría, arrodilladas en el húmedo empedrado de la plaza. El grupo encabezado por mosén Rella, muy bien situado en la línea del balcón papal, guarda un silencio un tanto incómodo ante las efusiones acaso supersticiosas de algunos fieles, que alzan un rosario enrollado en la mano, besan una estampa del papa de a medio o hacen la foto que inmortaliza el momento. Mosén Rella hace un ademán discreto dando a entender que mucho ruido y pocas nueces y consulta el reloj. Hay que darse prisa, tienen que estar en piazza del Sant'Uffizio dentro de media hora. Inmediatamente después de la bendición, tan pronto como desaparece la figura del papa, arrastrada por los médicos, mosén Rella levanta un brazo y señala a su grupo la dirección que debe seguir por entre la multitud, dispuesto a abrirse paso a golpes secos de paraguas rojo a través de la densa maleza de la plaza del Vaticano. Como un solo hombre, las cincuenta mujeres y los trece varones del grupo avanzan en la dirección del paraguas. La multitud empieza a circular con desgana, como si lamentara abandonar un lugar con el que habían soñado muchas veces.

En via di Porta Angelica, una berlina de cristales ahumados avanza felinamente, gira a la derecha y se detiene en el control de via del Belvedere. Dos hombres con sendos dispositivos para sordos, gafas oscuras y cogote limpio se abalanzan, uno por cada lado, sobre las ventanillas, que bajan con elegancia, como un movimiento de párpados calculado. Se incorporan al mismo tiempo y, con una seña, dan paso al

vehículo. Sin embargo, uno de ellos lo acompaña a paso vivo hasta el lugar exacto en el que debe aparcar, en via della Posta. Surge de la pared un ujier vaticano y abre la portezuela derecha de la berlina. A las puertas del Palazzo Apostolico, un guardia suizo disfrazado de genízaro finge total desinterés por el mundo que lo rodea y mira hacia delante, hacia el edificio de control, como si quisiera descubrir secretos inconfesables. Salen de la berlina unos pies pulcros, embutidos en zapatos rigurosamente negros, con hebilla de plata, y se posan delicadamente en tierra.

En conformidad con el protocolo, tal como corresponde a la festividad, se celebrará una misa en la iglesia de San Pedro del Vaticano a la que asistirá la Congregación de Ritos en pleno. En conformidad con la prudencia, todos los invitados especiales han sido citados con tres horas de antelación para evitar el menor imprevisto, porque si algo ha aprendido la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana a lo largo de los siglos ha sido a imaginar, organizar y disponer toda clase de ceremonias con el grado exacto de fastuosidad correspondiente a la importancia de cada celebración.

Vestida de negro riguroso, silueta delgada y enhiesta a pesar de sus ochenta y siete años, tocada con un sombrero discreto pero elegantísimo, espera a que su hijo y su escolta se sitúen a ambos lados. Con cierta displicencia y hastío, hace caso omiso del bullicio que se oye en la plaza, donde la gente ejerce de multitud sin saberlo.

Gasull está resolviendo trámites con el cabo que salió tras el ujier.

—Dónde se ha metido Sergi —la dama lo dice mirando adelante en actitud severa, sin molestarse en modular la pregunta.

—Aquí mismo, mamá —respuesta seca de Marcel—. ¿Dónde va a estar?

Sergi se había apartado un poco y había encendido un cigarrillo previendo que allí dentro no le permitirían ni una simple calada por los siglos de los siglos.

—No lo oigo.

Si te molestaras en preguntárselo, piensa Mertxe, que no puede disimular la cara de perro que se ha colocado desde primera hora de la mañana. Pero tú jamás preguntas determinadas cosas a determinadas personas ni vuelves nunca la cabeza para buscar a alguien, porque no quieres que se te arrugue el cuello y porque son los demás quienes, al final, se dirigen a ti.

—¿Qué? —la dama a Gasull.

—Ya está. Todo arreglado.

El lote de cinco personas con el número de control 35Z traspasa las puertas del Palazzo tres horas antes del inicio de la ceremonia.

La sala de Santa Clara es espaciosa; la ilumina suavemente la luz perezosa de tres balcones que dan a un amplio patio interior, por donde circula con prisa un hombre que luce una insólita banda amarilla sobre el pecho, en diagonal; lo precede un solícito ciudadano que no va vestido de gala y que señala una puerta estirando el

brazo a medias. Más allá de los balcones, un hemisferio inmenso y oscuro muestra lo que la humanidad sabía sobre la Tierra en el siglo XVII. Y a su lado, un piano de cola, inesperado en la sala, parece velar pensativamente, como todos los instrumentos musicales cuando enmudecen.

El encargado de protocolo, enjuto de carnes y ataviado de negro, como la dama, sacerdote probablemente, murmurando en italiano a sabiendas de que no lo entienden, les dice que pueden sentarse, que están en su casa, que ahora es sólo cuestión de esperar y que tras la puerta de al lado del piano tienen a su entera disposición una stanza da bagno. No han terminado de aposentarse, cuando entra una mujer de edad mediana, probablemente monja, empujando un carrito repleto de antipasti y bebidas estrictamente no alcohólicas, y el hombre enjuto susurra a Gasull que retirarán el carrito una hora antes del acto, ya sabe usted por qué.

La dama se sienta en un sofá ancho, con las piernas juntas, dirige los ojos al fondo de la sala, como mirando, y espera que la imiten todos los demás. En su fuero interno está muy tensa, tanto como puede soportar su débil cuerpo, pero no se permite que su hijo, su ex nuera, el indiferente de su nieto, que mata el tiempo al lado de los balcones, ni el abogado Gasull sospechen lo nerviosa que está, casi angustiada, sentada en un cómodo sofá, en la espaciosa estancia de Santa Clara, en el Palazzo Apostolico del Vaticano. La dama sabe que a partir de hoy puede morir en paz. Se lleva una mano al pecho y toca una crucecita que lleva colgada al cuello. Sabe que hoy culminan sesenta años de angustia y es incapaz de reconocer que, para ella, tal vez habría sido mejor vivir otra vida.

Capítulo 1

El día en que relegaron su nombre al olvido salió muy poca gente a la calle.

Tampoco habría salido más aunque no hubiera llovido, porque casi todos optaron por fingir indiferencia, aunque, desde una ventana discreta o desde la cerca de un huerto, siguieron el acto y recordaron la abundancia de lágrimas. El alcalde había decidido celebrar la ceremonia pese a la lluvia; no dijo que el verdadero motivo de semejante arrebato de voluntad política era que había quedado a las dos en Sort con un cliente y que se le hacía la boca agua sólo de pensar en el arroz caldoso que les aguardaba en Casa Rendé. Pero, como buen Bringué, quería dejar constancia ante todo el pueblo, incluidos los de casa Gravat,^[2] de que el acto se llevaría a cabo aunque cayeran chuzos de punta. Así pues, asistieron al cambio el alcalde, los concejales, el secretario y dos voluntariosos turistas extraviados —que, protegidos con sendos impermeables relucientes y aun sin saber lo que se cocía allí, no dejaron de fotografiar las singulares costumbres de los habitantes de la alta montaña—, además de Serrallac, por imprescindible, y la Báscones, aunque nadie entendió qué pintaba ella en ese acto, por el amor de Dios. Frenocolopexia. Jaume Serrallac había tallado cuatro magníficas placas de mármol gris claro con letras negras de una elegancia digna de calles más distinguidas, paredes más enteras y un pueblo más terminado. La de «Carrer President Francesc Macià» sustituiría a la de «Calle Generalísimo Franco». La de «Carrer Major» taparía la de «Calle José Antonio», la Plaça Major dejaría de ser la Plaza de España y el Carrer del Mig ocuparía el lugar de la Calle Falangista Fontelles.

Puesto que todo estaba preparado, los agujeros, en su sitio, y Serrallac podía hacerlo con los ojos cerrados, porque el negocio estaba activísimo debido a los frecuentes cambios de rotulado tras la muerte de la dictadura, fue todo coser y cantar. Una placa, la del Falangista Fontelles, se resistió a salir de su sitio y tuvo que destrozarla a mazazos en la misma pared. Después, tiró los trocitos de historia triste al contenedor de enfrente de ca de Batalla. Los fragmentos del falangista Fontelles profirieron un grito mudo e impotente, al cual se sumó un gemido casi inaudible que exhaló en el soportal de casa Gravat una silueta rígida e inmóvil, aferrada a la barandilla, y que nadie percibió, excepto los gatos. Desde lo alto de la Rasa, convenientemente abrigadas, siguieron la ceremonia dos mujeres mayores, una de ellas, anciana. Tras asegurarse de que Serrallac había hecho pedazos la antigua placa, bajaron del brazo por el Carrer del Mig, lentamente, mirando las fachadas, las ventanas, las puertas, y haciendo de vez en cuando un comentario breve, íntimo, tal vez para disimular la turbación de saberse observadas desde el interior de las casas por muchos ojos que, con la misma impunidad, habían espiado la ceremonia del cambio de placas de sus respectivas calles. Cuando llegaron al contenedor, se

asomaron al interior como si quisieran constatar algo. El grupo de autoridades ya se alejaba por Francesc Macià en dirección a la plaça Major para efectuar el último cambio programado; allí tenía previsto el señor alcalde pronunciar cuatro palabras a propósito del espíritu de reconciliación que animaba la iniciativa de reponer los nombres históricos. A partir de ese momento, restablecido el silencio habitual de ese trecho de calle, ningún habitante de Torena volvió a pensar en Oriol, y todas las casas respiraron de alivio al ver desaparecer por fin uno de los símbolos que más avivaba la discordia. Nadie, menos la sombra que en el soportal de casa Gravat se limpiaba las gafas pensando ya veréis vosotros quién ríe el último, nadie volvió a acordarse de Oriol Fontelles, hasta que, al cabo de veinticuatro años, para adecentar un poco más el pueblo con vistas al siglo veintiuno, se empezó a hablar del derribo del edificio solitario e inútil de la escuela antigua.

Como era de esperar, la directora de la escuela de Sort encargó a Tina Bros que se desplazara a Torena a meter oficialmente la nariz en las pertenencias del edificio de la escuela antigua, porque estaban pensando en una exposición sobre la evolución del material escolar y seguro que en el pequeño edificio encontraba algún hallazgo.

Material escolar antiguo y cosas por el estilo. Puesto que, por otra parte, estaba preparando el libro, la nombraron investigadora oficial de la escuela. Es decir, aunque Tina tenía otros asuntos en mente, muy a su pesar y por segunda vez en tres días tuvo que volver a Torena en su insólito doscaballos rojo. No podía saber que aparcaba al pie de la placa que veinticuatro años antes había restituido el nombre original al Carrer del Mig. Pidió las llaves de la escuela en el Ayuntamiento, le dijeron que no las tenían porque los obreros ya estaban trabajando allí y, cuando llegó al edificio, el último del pueblo por el camino de la collada del Triador, vio que habían empezado a desmontar el empizarrado retirando las lajas de una en una. Sin pensarlo dos veces, cogió la máquina pequeña, la del carrete sensible, y, aprovechando la claridad vacilante del crepúsculo, sacó tres instantáneas del edificio.

En ninguna encuadró a los obreros, encaramados en la techumbre. A lo mejor un par de ellas servían para el libro. A lo mejor. Afortunadamente, habían iniciado el derribo por la parte de los lavabos. Le dio tiempo a registrar los dos armarios del aula, a pringarse las manos de polvo añejo, negro y roñoso; sentenció papelotes caducos, indultó una docena de libros fundamentados en pedagogía prehistórica, aunque, para la exposición, no dejaban de tener su encanto, y oyó retumbar la maza de los obreros, la que condenaría el edificio a la nada. Todo el material rescatado cupo holgadamente en la caja de cartón que, a tal efecto, había traído de Sort. Se quedó un largo rato con los ojos muy abiertos, mirando a lo lejos por la ventana, pensando si lo que se proponía hacer cuando terminara en la escuela no sería atentar contra su propia dignidad. Seguramente sí; pero Jordi no le había dejado otra salida.

Dos minutos más con la boca abierta; ninguna otra salida. Por qué sería Jordi así;

por qué sería Arnau así, dios. Por qué nunca se hablaba de nada en casa, por qué eran tan obstinados, por qué se alejaba Arnau cada vez más, hasta el extremo de ausentarse de casa varios días, y sólo dejaba caer vaguedades sobre con quién andaba. Estuvo un buen rato dando vueltas a esos pensamientos amargos y después suspiró, bajó la vista y aterrizó de nuevo en la escuela vacía de Torena. Hizo un esfuerzo por dejar de pensar en ellos unos momentos, sobre todo en Jordi. Entonces se le ocurrió abrir los cajones de la mesa de la maestra. En el primero, aparte de un torrente de recuerdos invisibles que huyeron al abrirlo, todavía quedaban unas virutas de un lapicero al que algún día alguien sacó punta. En los otros dos no quedaba nada, ni recuerdos siquiera. Al otro lado de los sucios cristales, el día declinaba perezosamente y de repente se dio cuenta de que hacía mucho rato que no se oían mazazos.

En la pizarra del aula había una tiza gastada. La cogió y no pudo resistirse al impulso de probarla; con buena letra de maestra escribió la fecha: dimecres, 13 de desembre de 2001. Y se volvió como si hubiera niños sentados en los pupitres carcomidos y fuera a anunciarles el programa del día. Pero se quedó con la boca abierta, porque enfrente, sujetando la puerta del aula, un obrero mal afeitado, con un cigarrillo en la boca, una caja de puros en una mano y una lámpara de camping gas en la otra, también se había quedado con la boca abierta. Fue el primero en reaccionar:

—Señorita... Nosotros nos largamos, que ya no se ve. ¿La llave la devuelve usted?

Lámpara en mano, se acercó con la luz y un manojito de llaves colgado de los vaqueros, blancos de polvo; Tina tuvo la sensación de que era un niño que iba a entregarle el cuaderno, y ella, la maestra de esa escuela de toda la vida. El obrero dejó la caja de puros encima de la mesa.

—Esto estaba detrás de la pizarra.

—¿De esta pizarra?

El obrero se acercó a la pizarra y, aunque parecía estar empotrada en la pared, la corrió lateralmente; con un gemido de dolor, el artilugio se desplazó un par de palmos hacia un lado y quedó al descubierto un pequeño nicho oscuro. El hombre acercó la lámpara.

—Ahí dentro.

—Como el tesoro de un pirata.

El obrero corrió de nuevo la pizarra y la dejó en su sitio.

—Son cuadernos de chiquillos —dijo. Y dio dos golpecitos a la caja. Era una caja de puros bien conservada, atada con un cordón de color negro.

—¿Puedo llevármela?

—Iba a tirarla.

—¿Me presta el camping gas?

—Como se quede aquí, se va a congelar de frío —le advirtió el hombre mientras le daba la lámpara.

—Me he abrigado bien. —Por la lámpara—: Gracias.

—Cuando salga, cierre con llave y deje la bombona a la puerta, así la encontraremos mañana.

—¿Cuánto van a tardar en derribar esto?

—Mañana mismo lo rematamos todo. Hoy no hemos hecho más que prepararlo. Es un derribo muy fácil.

Y se despidió al estilo de los marines, llevándose desganadamente un dedo a la sien. Cerró de golpe y la charla de la cuadrilla se fue desvaneciendo por la ventana sucia, hasta que el silencio se hizo tan grande que poco faltó para que se oyera toser a Elvira Lluís, una niña que se sentaba en la primera fila y que había sucumbido a la tisis hacía cincuenta y seis años. Tina miró alrededor. La lámpara regalaba sombras nuevas, desconocidas. Es un derribo muy fácil, pensó. ¿Cuántas generaciones de niños habrán aprendido a leer y escribir aquí?, pensó. Y todo será derruido en un día, suspiró.

Volvió a la mesa y comprobó que el obrero tenía más razón que un santo: el aula era un congelador. Y la luz del día, dimitiendo a toda prisa. Dejó la lámpara encima de la mesa del maestro y pensó en el tesoro del pirata. Imagínate que hubieran derribado la escuela con los diamantes dentro, pensó... Desató el cordón negro y levantó la tapa: los diamantes eran cuadernos de color azul claro o verde claro, no se distinguía bien, con la palabra «Cuaderno» escrita en diagonal, en bastadilla negra de imprenta. Cuadernos de niños. Dos, tres, cuatro en total. Qué lástima que no sean diamantes, suspiró. Otra vez el pinchacito, puntual, como de costumbre.

Abrió uno: inmediatamente le llamó la atención la letra ordenada, armoniosa, de lectura fácil, que llenaba todas las páginas de arriba abajo. Y de vez en cuando, una ilustración. Lo mismo en los tres cuadernos restantes. En el primero, un rostro. Ella no lo sabía, pero era un autorretrato que se había hecho Oriol en el espejo del lavabo de los niños. Un hombre de mirada triste. En el segundo, una casa con un letrero debajo: «Casa Gravat». En el tercero, a ver..., una iglesia. La iglesia de San Pere de Torena. Y un perro que parecía un springer spaniel con la mirada más melancólica que Tina había visto en su vida, y que probablemente se llamaba Aquil·les. Y en el último cuaderno, un esbozo de una mujer mil veces modificado y corregido, sin terminar: faltaban los labios y tenía los ojos vacíos, como las estatuas mortuorias de mármol que vendía Serrallac en su taller. Se sentó y se dio cuenta de que el aliento se condensaba en el aire, como una nube, como si quisiera ocultar el descubrimiento de los cuatro cuadernos. ¿Dónde había oído ese nombre? Hacía muy poco, sí. Como si acabaran de decirle algo de esa persona.

Tina Bros se puso a leer con curiosidad, sin darse cuenta, sin sospechar lo que se

le venía encima. Empezó en la primera página del primer cuaderno, a partir del encabezamiento, que decía querida hija mía, no sé cómo te llamas pero sé que existes porque he visto una manita tuya, pequeña y tierna. Me gustaría que cuando fueras mayor alguien te entregara estas líneas, porque quiero que las leas... Me asusta lo que puedan contarte de mí, sobre todo tu madre.

Hacia las ocho y media de la tarde, cuando la luz de la bombona daba señales de entrar en la fase final, levantó la cabeza de repente, como volviendo de otro mundo.

Estaba congelada, había sido una imprudencia quedarse en el aula. Se estremeció de frío. Cerró la blanda tapa del último cuaderno y exhaló lentamente, como si hubiera contenido la respiración durante la lectura. Le pareció que los cuadernos no servirían para la exposición que quería hacer Maite. Los guardó de nuevo en la caja de habanos, atada con el cordón negro, metió la caja en el bolsillo grande del anorak y se dispuso a abandonar la escuela en la que ahora le parecía haber vivido más de cincuenta años.

Dejó la lámpara donde le había indicado el obrero marine, fue al Ayuntamiento a devolver la llave y luego siguió andando hasta la placa de mármol que informaba de que esa calle era el Carrer del Mig. El doscaballos la esperaba fielmente, cubierto por una fina capa de nieve virgen que lo protegía de la melancolía de su dueña.

En el camino de vuelta, la carretera de Sort estaba muy solitaria y fría. No quiso pararse a poner las cadenas, de manera que avanzó lentamente, al ritmo de su pensamiento, entumecido tanto por el frío y las páginas que había leído como por la perspectiva de lo que quedaba de noche. En un viejo muro de contención de tierras, en la curva del Pendís, en el límite del término de Torena, una pintada de estética radical denunciaba la tala de árboles que, para prolongar una pista, se llevaba a cabo en la Tuca Negra. No encontró a nadie en la escuela. Dejó la caja de cartón en el despacho de Maite con una nota explicativa y huyó como alma que lleva el diablo porque siempre le había dado miedo andar sola por los pasillos del edificio cuando estaban oscuros y solitarios..., como si los fantasmas pudieran medrar, con el frío que hacía. El doscaballos la llevó hasta el lejano hostel sin contratiempos. Allí todavía no había nevado, aunque estaba más al norte. La caja de puros con los cuatro cuadernos seguía en el asiento del copiloto. No quiso quedarse en el aparcamiento del hostel por prudencia y prefirió aparcar el coche en la carretera solitaria, arrimado al arcén, apagó las luces y el motor y se quedó inmóvil mirando fijamente hacia la puerta iluminada del establecimiento. Como si la nieve hubiera esperado hasta ese momento, empezaron a caer copos prudente y silenciosamente y Tina palpó el asiento de al lado para comprobar si la caja de puros estaba en su sitio. No supo percibir el suave rumor de los copos al depositarse sobre las cosas.

Hacía frío, salió un par de veces a limpiar el parabrisas, no perdió de vista la puerta del hostel y prefirió no poner en marcha la calefacción del coche porque, con

tanto silencio mágico, de bombonera forrada de terciopelo, hasta el río corría sin ruido, y el petardeo del motor alertaría a Jordi de su presencia.

La última vez que salió del coche para dar unas patadas contra el suelo, quitó el hielo del parabrisas con una rasqueta y tapó la matrícula con nieve nueva del camino. Una cosa era reconocer que ponía su dignidad en entredicho y otra muy distinta, que lo supiesen los demás. Tenía la nariz helada.

Cuando se metió de nuevo en el coche sin haber dejado de mirar la puerta iluminada del hostel, por la que sólo habían salido dos personas desconocidas en todo ese tiempo, tocó suavemente la caja de puros con una mano enguantada.

—¿Qué has dicho?

—Lo has oído perfectamente.

Con la boca abierta de sorpresa, o tal vez de espanto, Rosa notó que el corazón se le desbocaba. La invadió un mareo profundo y volvió a la mecedora. Susurró:

—¿Por qué?

—Aquí todo el mundo corre peligro.

—No, quien corre peligro es ese niño.

—Hago todo lo que puedo.

—Ni de lejos, vamos. Vete a hablar con la señora Vilabré.

—¿Por qué?

—¿Acaso no te encanta ir a verla? —Con intención dañina—: ¿No se te cae la baba cada vez que la ves? Que si tiene una cara muy plástica, que si tiene unos ojos muy difíciles...

—Pero ¿qué dices?

Como si no hubiera insinuado nada, Rosa miró por la ventana y dijo con voz cansada sólo te hace caso a ti, en todo el pueblo.

—La señora no puede hacer nada.

—En este pueblo sólo se hace lo que ella dice.

—Qué más quisiéramos.

Rosa miró a Oriol escrutándole los ojos como si pudiera descubrir los secretos que se decían la señora y él siempre que estaban juntos. Oriol se disponía a replicar cuando sonaron las campanas que anunciaban la hora del Ángelus. Guardaron silencio como si alguna vez hubieran rezado, aunque sólo fuera un día de invierno tan crudo como ése. Y antes de que las campanas enmudeciesen, Rosa explotó.

—Si no lo resuelves, vuelvo a Barcelona.

—No puedes abandonarme.

—Eres un cobarde.

—Sí, soy un cobarde.

Rosa se llevó la mano al vientre instintivamente y dijo con voz cansada no quiero que nuestra hija sepa que su padre es cobarde y fascista.

- No soy fascista.
- ¿Qué diferencia hay entre el hijo de puta del alcalde y tú?
- ¡No grites, que se oye todo!
- Él lo hace y tú lo consientes.
- Oye, yo no soy más que el maestro del pueblo.
- Podrías manejar al alcalde a tu antojo.
- Imposible. Además, tengo miedo. Ese hombre me intimida.
- Tienes que impedir lo de Ventureta.
- No puedo. Te lo juro, no me hace caso.

Rosa lo miró a los ojos por última vez. Se volvió de espaldas, tocó levemente la mecedora y se puso a mirar por la ventana. Era una manera de decirle adiós mientras pensaba cómo es posible que pasen estas cosas, mientras maldecía el día en que se nos ocurrió aceptar la plaza de un pueblo tan bonito que, según la enciclopedia, tenía un censo considerable de ganado bovino y ovino y será estupendo para nosotros, porque nos dará tiempo a leer y a querernos, que buena falta nos hace. Y, después de dar muchas vueltas al asunto, dijo no se hable más, Oriol: nos vamos a Torena. Y ahora, la masa de los canelones de San Esteban estaba enfriándose en la mesa. Ni ese día ni nunca tenía que haber hecho la masa para los canelones, no podía ser Navidad ni dentro de cuatro días ni nunca, porque sólo de pensar en el pobre niño se le cerraba a uno el estómago.

Oriol la miró a la nuca. Apretó los dientes de rabia y salió de casa dando un portazo. Inmediatamente volvió a abrir, como si se le hubiera olvidado algo. Se quedó plantado, sin soltar el tirador, haciendo un esfuerzo por dominarse. Rosa seguía con los ojos fijos en la calle, aunque en realidad no veía nada, porque las lágrimas borran la vista imponente del valle de Àssua que se dominaba desde la ventana. Oriol cogió la pelliza y la gorra y salió de nuevo.

En sólo ocho meses de ejercer de maestro en Torena, Oriol había cambiado como de la noche al día. Con la ilusión que les hizo llegar al pueblo, ella, embarazada de muy poco tiempo; perplejos todavía porque le hubieran concedido la plaza a él sin ser ex combatiente, ni haber hecho el servicio militar, ni haber ido al frente por culpa del estómago; asombrados todavía, porque creían que todas las plazas serían para maestros de fuera que llevaran el carnet de la Falange en la boca o el pedigrí de haber luchado contra la República pegado al fino bigote; admirados todavía, porque eran tan ingenuos que no se daban cuenta de que ni Dios quería la plaza de la escuela de Torena, porque Dios nació en un pesebre, de acuerdo, pero fue a la escuela en Nazaret donde, al menos, había niños y niñas separados y no todos eran hijos de campesinos, sino que algunos eran hijos de carpinteros, y tenían un patio digno de tal nombre y las paredes pintadas como Dios manda.

Miraba por la ventana pero no veía la plaza. Oriol había cambiado por culpa de

Valentí Targa, que empezó a abrumarlo y adularlo desde el primer día, que los miró desafiadoramente en la plaza, plantado en jarras, en cuanto se bajaron del taxi con la ilusión en los ojos y la vajilla desportillada en el capacho..., y el retrato que le había hecho Oriol, bien empaquetado. Rosa no supo prever el peligro; hacía ya tres meses que no abrían la boca en Torena, ni una sola vez, aunque sabían que, de cuando en cuando, unos coches negros se llevaban a la fuerza a algunos hombres llorosos al bancal de Sebastià, hombres que después desaparecían, mudos, secas las lágrimas para siempre, en camiones de ganado. Valentí Targa también la había transformado a ella, le había tapado la boca. Se había callado más de la cuenta. Hasta hoy, cuando Oriol, al volver del Ayuntamiento, adonde había ido a requerimiento del maldito Targa, le dijo sin mirarla a los ojos que era conveniente que se apuntara a la Falange, y ella, frente al horno, se quedó boquiabierta, sin palabras, pensando que quizá lo había entendido mal o que se lo decía en broma. Pero no; siguió sin mirarla a los ojos, en silencio, como esperando su reacción. Rosa posó la bandeja de la masa de los canalones encima del salvamanteles, se acercó a la mecedora con dificultad, con la tripa por delante, como poniendo distancia entre su hija y su marido, y dijo ¿qué has dicho?

—Lo has oído perfectamente.

José Oriol Fontelles Grau, caído por Dios y por España. Ahora Tina sabía de qué le sonaba. Hacía una semana, cuando todavía era feliz, había ido a recorrer los cementerios del valle de Àssua, porque quería dedicar un apartado del libro a las moradas de los muertos. El cementerio de Torena parecía de cinco estrellas, en comparación con los de los demás pueblos. En vez de distorsionar la imagen con objetivos de ampliación, prefirió encuadrar desde lejos. En el centro de la foto quedaría un monumento muy deteriorado, flanqueado por sendas hileras de tumbas a ras de suelo, la mayoría con cruces de hierro oxidado, y alguna, de mármol. Al fondo, semioculta por el monumento, otra hilera de tumbas contra la pared del norte, el lado por el que llegaban el enemigo y el viento helado. Y el mausoleo de la familia rica a mano izquierda, limpio y cuidado.

Clic. Un verderón quedó aprisionado en la instantánea en el momento en que levantaba el vuelo, en el aire, a la derecha del erosionado monumento. Tina no se dio cuenta; o tal vez sí, como suele suceder a muchos fotógrafos, que, a pesar de percibir el conjunto de lo que acontece en el encuadre, esperan con ilusión que el revelado les depare algo inesperado.

Poco a poco, en el papel blanco, ahogado en un mundo de atmósfera roja, empezaron a germinar formas extrañas que iban fijándose desvaídamente al principio, con mayor consistencia después. Ayudándose de unas pinzas, movió el papel dentro del líquido y las formas se transformaron en imágenes cada vez más precisas. Muy buen encuadre fue lo primero que pensó. Sacó el papel de la cubeta de revelado con

las pinzas y la colgó en el tendedero junto a las veinte instantáneas del carrete número tres, 5, XII, 2001, cementerio de Torena. Un encuadre muy bueno, sí.

Cuando examinó el resultado de la sesión vio que todo había salido según las previsiones, sin sorpresas. Fue entonces cuando se fijó en el verderón que alzaba el vuelo, inmovilizado en la última fotografía, la del monumento deteriorado. No lo recordaba. Ahí va. Qué..., no sé..., poético. Lo miró con la lupa. Sí, un verderón, con las alas hacia abajo, en pleno esfuerzo de despegue. Llevaba un gusano en el pico.

No. Era una manchita del revelado. No: un dibujo del relieve de la tumba que salía al fondo de la imagen; el pájaro sólo pasaba por delante, lo demás era ilusión óptica. Un dibujo del relieve de la lápida. Entonces se fijó en la lápida. Aunque estaba a ras de suelo, al fondo de la imagen, salió perfectamente enfocada porque había obturado el objetivo lo suficiente. El verderón y la lápida sesgada, nítidos. La composición tal vez pecaba un poco de académica, demasiado plana. Se le ocurrió pensar que el verderón era una pluma y el pico, el plumín que escribía las palabras cinceladas en la lápida. El verderón había escrito José Oriol Fontelles Grau (1915-1944), caído por Dios y por España. Y también había dibujado el yugo y las flechas fascistas. Lo que parecía el gusanillo que se llevaba el pájaro al nido era la punta de una flecha.

Después dejó la lupa en la mesa y se frotó los ojos. Seguramente esa foto, la última del carrete, podría ser la primera del libro, en blanco y negro, para insinuar el paso del tiempo y esas cosas.

Todavía tocaba con la mano enguantada la caja de puros que contenía los cuadernos de Oriol Fontelles; pensando en ellos había logrado olvidar unos momentos por qué montaba guardia frente a la puerta iluminada del hostel de Ainet, mientras la nieve volvía a cubrir el parabrisas delantero. Los copos le parecieron estrellas que caían, cansadas de sostenerse inútilmente en el cielo, decepcionadas al pensar que su luz tardaba siglos en llegar a la pupila de los ojos de los seres queridos.

¿Hay seres queridos en el mundo? En fin, yo quiero a Arnau, pero él no se deja querer, siempre tan callado, siempre en sus cosas, como si no quisiera ver estrellas, igual que Jordi. Los hombres de casa no quieren ver estrellas. Cuando se disponía a salir para limpiar el parabrisas captó un movimiento en la entrada del establecimiento. Salía alguien. Jordi. Era Jordi. A muchos kilómetros de casa, su Jordi salía del hostel de Ainet y miraba a ambos lados mientras se ponía la gorra. No se fijó en un doscaballos rojo, parado a un lado de la carretera, entre las sombras. Dio media vuelta y tendió el brazo hacia el interior. Tuvo celos de ese gesto. Muchos más que al ver salir a continuación a una mujer casi tan alta como él, envuelta en un anorak que no permitía identificarla. Con ese gesto, Jordi no sólo acogía a la mujer, sino la vida entera de la mujer. Un gesto de acogida que era al mismo tiempo una bofetada a ella, que se estaba helando en el coche sólo para constatar lo que temía de

antemano.

Entonces reaccionó. Sacó la cámara, se apoyó en el volante para fijarla, mucha apertura, poca velocidad y disparó. Dos, tres instantáneas. Cuatro, cinco. Y ahora, con el teleobjetivo: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Dejó de disparar, pensó en sí misma y se vio como una vulgar paparazza. Fue la primera vez que se le heló una lágrima en la mejilla.

Capítulo 2

El Excelentísimo Señor Don Nazario Prats, calvo, bigote recortado, sudor en la frente y en la camiseta, y además Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, se turbó. Quien no se turbe en presencia de la señora es que no es humano. El simple hecho de oler el perfume tan personal que usaba era para él señal de peligro; le despertaba el recuerdo de su voz aterciopelada dándole órdenes al oído durante el entierro como si ignorase que el Gobernador Civil era él, extorsionándolo como si no supiera que era Jefe Provincial del Movimiento, con todas las prerrogativas del cargo; sin embargo, ella no le tenía la menor consideración; estaba dispuesta a escatimarle beneficios legítimos con una frialdad digna de, de, de Stalin. Así, como suena. Con una actitud amable, por si las fotos, se puso a mirar al vástago del añorado camarada Santiago Vilabré, que se deslizaba pista abajo, al parecer con buen estilo, en dirección al lugar en el que tres subdelegados, seis alcaldes, la puta señora viuda y él, además de tres autocares de aplaudidores del mismo valle de Àssua, del de Caregue y del Batlliu, asistían a la inauguración de la pista de esquí de la Tuca, que implanta el espíritu innovador, bautiza las iniciativas valientes y clava una pica en el Flandes del futuro. Y los tres autocares aplaudieron con fervor profesional, porque no entendieron nada y, por lo tanto, debía de ser una cosa muy importante. Marcel Vilabré, el esquiador solista, había iniciado el descenso en la cota dos mil trescientos enarbolando aparentemente una bandera española, aunque en realidad la llevaba firmemente sujeta a la espalda y oía el batir del paño fuego y oro, que ofrecía resistencia, mientras los esquíes difundían un murmullo delicioso, compuesto de intimidad y de silencio, al deslizarse cuesta abajo describiendo las curvas pactadas de antemano con Quique y ensayadas treinta veces para que todo saliera a la perfección, no fuera a ser que, por culpa de un mal movimiento, diera al traste con la bandera y el espectáculo y se estampara de morros contra la nieve virgen que estrenaba oficialmente con el épico descenso. Muy bien, Jacinto, así me gusta.

Con la sonrisa puesta, el Excelentísimo Señor Don Nazario Prats seguía el descenso del chico y de vez en cuando miraba de reojo a su enemiga, por si ponía cara de aburrimiento, de fastidio o de cualquier cosa que pudiera darle ocasión de hacer un comentario a un ministro sólo para fastidiarle a él. A un ministro o a los camaradas de la Falange. No, la señora viuda estaba pendiente de su querido hijo y contemplaba con orgullo el silencioso palpitar bicolor (el batir no llegaba hasta las autoridades) del descenso, que las cámaras del No-Do immortalizaban resumiendo los colores en blanco y al negro.

—Trece añitos y ya ven cómo esquía —dijo sin dirigirse a nadie en particular, para que lo oyera todo el mundo, para que lo oyera ella.

Nadie respondió y de pronto le sudaron las manos, como siempre que se irritaba.

No respondió ni ella, que podía haber tenido el detalle de mostrar un poco de amabilidad. Está claro que le gusta tocarme las narices.

El gobernador echó un vistazo al flanco izquierdo: el padre August Vilabrú —bueno, canónigo o algo así—, indefinido, avejentado y silencioso, también seguía con atención la bajada de Marcel Vilabrú. Bueno, con orgullo, como si fuera el padre del chico. El gobernador lo ignoraba, pero el canónigo tenía todo el derecho a considerarse al menos el padre de la madre del chico, porque cuando Elisenda cumplió cinco añitos, advirtió a sus padres Anselm, Pilar, esta niña es excepcional. ¿Y

Josep? Josep (pobre Josep, que en gloria esté) es normalito, pero Elisenda tiene una inteligencia fuera de lo común, y capacidad para entender las cosas en su totalidad, y... Pues ¿sabes lo que te digo? Lástima que sea niña. Tú siempre tan galante. No quiero que discutáis ahora por mi culpa, pero esta niña es un diamante, Anselm, Pilar, caramba: tenéis una hija que es un diamante; sería un honor pulirla y sacarle todo el brillo. Pero Anselm Vilabrú no hacía otra cosa que dar guerra en cualquier frente, y Pilar, aunque todavía no se sabía, se dedicaba a coquetear todas las horas del día, de manera que no prestaron mucha atención a la proposición de August. En realidad, hicieron caso omiso: tanto su hermano como su cuñada creían en la incapacidad natural de los matemáticos para entenderse con las personas, máxime si además eran sacerdotes. Entonces el padre August, agarrando al toro por los cuernos, matriculó a la niña en el internado de las teresianas de Barcelona, porque siempre había comulgado con la espiritualidad del venerable padre Enric d'Ossó, a quien tendrían que ascender a los altares algún día. Habló con la madre Venància y se ganó su complicidad en la causa de la necesaria educación, porque, aunque provenga de tan buena familia, no le prestan suficiente atención. La madre Venància lo entendió. Sabía el motivo por el que el padre August Vilabrú recurría a ella: porque era la encarnación de la exigencia en las teresianas. El paso por el monasterio de la Ràpita en tiempos de la abadesa Dorotea, fugaz pero provechoso, le aguzó el sentido del deber y le instiló en el tuétano un lema que giraba en torno a la idea de que, cuando una persona posee la verdad, contrae la obligación de no dejar nunca de hacer lo que debe si cree que es su deber. Diez en aritmética, diez en gramática, diez en latín, diez en ciencias naturales, diez en religión. Más que un diamante, padre August, esta niña es más que un diamante.

Muy bien, Jacinto. Así me gusta.

Cuando el heroico aventurero llegó abajo, se deshizo de la bandera, la agarró por el asta y la clavó en la nieve como si hubiera llegado al Polo Norte geográfico; la clavó en el lugar acordado con Quique y con un tal Matanzas, que era el plumazo oficial de protocolo de gobernación. Las autoridades y los autocares aplaudieron el acto, tan masculino, de clavar objetos en nieves vírgenes. A continuación, treinta

esquiadores descendieron haciendo eslabon entre sí, dibujando una trenza ladera abajo que seguía el rastro del abanderado, y las autoridades y los autocares volvieron a aplaudir. Don Nazario Prats giró cuarenta y cinco grados sobre sí mismo y, a la altura de la nariz, se encontró con una bandeja plateada en la que había una almohadillita roja sobre la que reposaban unas tijeras de inaugurar. Las cogió e instintivamente las levantó en el aire como si fuera a cometer un disparate. Onésimo Redondo en persona le había confesado un atardecer que las ideas geniales provienen de la improvisación intuitiva, o no son tales. Y así, en ese momento tuvo una idea genial y, sin pensarlo dos veces, ofreció la herramienta a la viuda Vilabré.

Toma, puta, y ojalá pudiera agujerearte el cuello con estas tijeras. Puta, puta, puta, puta.

—Quién mejor que usted, señora, para ayudarme a declarar inaugurada la estación de esquí de la Tuca Negra.

La señora Vilabré conocía los derechos que la asistían y no se hizo de rogar ni ayudó a cortar, sino que cortó ella sola la cinta bicolor que impedía dar un paso a las autoridades en dirección al telesilla y a la encantadora casita suiza, en la que se serviría, según les habían prometido, café muy caliente con gotas de lo que quisieran.

Autoridades y autocares aplaudieron el corte, vieron a la señora, Elisenda Vilabré de casa Gravat, depositar las tijeras en la almohadilla y, acompañada por la autoridad, ponerse en movimiento hacia el chalet que sería la sede social de la Tuca Negra. Sólo las autoridades traspasaron la línea de la inauguración, ahora invisible, porque la gente de los autocares, que había vivido toda la vida entre nieve, jamás se había calzado unos esquíes; bastante tenían que hacer en invierno, entre componer y reparar los aperos, afilar las guadañas, ajustar los ejes y las ruedas de los carros, engrasar la maquinaria, tapar grietas, cambiar lajas rotas del empizarrado si la nieve no lo impedía, atender al ganado y quedarse con la mirada perdida en la lejanía, soñando con otra vida imposible. Sólo las autoridades y Jacinto Mas, que no pidió permiso a nadie, pero nunca se alejaba de la señora, no por temor a un posible atentado, sino porque su vida, la cicatriz de la cara y el futuro cobraban sentido cuando la señora lo miraba y le decía con los ojos muy bien, Jacinto, así me gusta.

El padre August Vilabré bendijo la sede social (paredes de madera barnizada, trofeos inventados expuestos en la pared, grandes ventanales que daban a las pistas), expulsó a los malos espíritus con agua bendita, murmuró un asperges me y deseó, con palabras que nadie entendía, que ese local irradiase el bien por siempre. Aunque pocos años después sucedió lo de Quique y Marcel en las duchas. Aunque las benditas paredes tuvieron que soportar resignadamente las maldiciones y blasfemias del odio que Quique llegó a acumular. Aunque en la sede social de la Tuca Negra se urdían alrededor de treinta adulterios por temporada, incluso cuarenta si hacía un tiempo excepcional; aunque la mayoría de los futuros clientes asiduos eran personas

educadísimas, pero sin ningún escrúpulo. Cómo iba a saberlo el padre August Vilabré. Él se limitó a bendecir todas las instalaciones en general con la tranquilidad que procura la ignorancia; no así Bibiana, que conocía el futuro de las cosas y el de las personas.

Las autoridades que entraron en el recinto bendecido tuvieron ocasión de ver por los ventanales, como si participasen en un hechizo, a la treintena de esquiadores y esquiadoras sonrientes, de dentadura perfecta, piel sana y buenos equipos, que surgió de las entrañas de la nieve charlando entre sí de manera estudiadísima despreocupada, mirando de reojo hacia la cámara del No-Do, aunque se lo habían prohibido, y aguardando su turno en el telesilla como si las instalaciones recién inauguradas estuvieran ya hechas al trajín de la distinguida clientela que llegaría a espuestas por la nueva pista asfaltada de acceso, la ele ciento veintinueve, que habían trazado desde la comarcal ele mil trescientos diecisiete. Y todo esto se debe, concluía la voz nasal del locutor al final del reportaje, a la iniciativa emprendedora de unos empresarios de la localidad y al apoyo decisivo de las autoridades provinciales, que desean convertir esos idílicos parajes en un centro de atracción para los selectos amantes del incipiente deporte blanco. El locutor no se acordó de puntualizar que los empresarios locales era un eufemismo, porque el setenta por ciento del capital era sueco, a pesar de los ascos que hacían los escandinavos a la dictadura. El treinta por ciento restante lo acaparaba la señora Elisenda Vilabré, viuda de Vilabré, única descendiente y heredera universal de la fortuna tricentenaria de la familia Vilabré de casa Gravat, y heredera también de la fortuna personal, nada despreciable, del difunto Santiago Vilabré. Los empresarios locales se resumían en ella sola, porque todos los posibles inversores habían fruncido el ceño so pretexto de que con la estación de la Molina era más que suficiente y que la Tuca Negra no tenía futuro. Y en el siguiente reportaje, Franco inauguraba otro pantano, el tercero del año mil novecientos cincuenta y siete y decimonoveno de la victoria.

El gobernador tomaba un café aderezado con coñac y fumaba un purito maloliente sonriendo para sus adentros y fingiendo que miraba la nieve por la ventana, cuando en realidad estaba comiéndose con los ojos, ávida, masoquista y arriesgadamente, la silueta de la viuda, que se reflejaba en el cristal. Aunque la señora Vilabré captó perfectamente la mirada babosa y vio que el hombre se secaba, intranquilo, el sudor de la frente y de las manos, no se inmutó, porque los caminos del Señor son muchos y tortuosos. Con una mirada dio instrucciones a Xato para que no faltase coñac en la tacita del gobernador ni en la de ningún personaje con uniforme falangista o militar.

Un hombre delgado, de aspecto tímido, levantó un vaso de vino como para brindar; hacía más de dos años que, además de ayudar a la señora en las cuestiones legales, el abogado Gasull sólo pensaba en ella, en sus ojos, en su cuenta corriente, en

sus maniobras económicas y políticas de alto riesgo, en su piel y en su refinada indiferencia para con los sentimientos de él. Gasull quiso sonreírle desde lejos, con el vaso de vino en alto, pero la señora no advirtió el huero gesto del abogado porque acababa de entrar Quique, seguido por una bocanada de frío y por Marcel y dos esquiadores selectos, y le estaba comunicando la felicitación del gobernador por el descenso del grupo de esquiadores y esta noche no voy a Barcelona, me quedo en Torena, que, más que una información fue una orden, Quique. Vete a saludarlo y que vaya también Marcel. El jefe de los monitores de la Tuca Negra, moreno de nieve, disimuló una sonrisa de satisfacción y fue a saludar al gobernador en compañía de Marcel Vilabré. El Excelentísimo Señor Don Nazario Prats prescindió ostensiblemente de saludar al monitor guaperas y puso las manos en los hombros al vástago de la familia Vilabré, un muchacho más achaparrado y robusto que el idiota de su padre, y dijo Marcelo, Marcelo, si te viera tu padre, estaría muy orgulloso de ti, más de lo que te imaginas. Pobre Santiago, ojalá estuviera aquí para verlo. Ten en cuenta que sé muy bien por qué lo digo, porque tu padre y yo teníamos una amistad profunda, sincera y sin mácula de restricción mental. Tanto es así que se puede afirmar que murió en mis brazos, pobre Santiago. Marcel Vilabré sonrió con cara de circunstancias mientras pensaba que, para él, su padre no era más que una cara fría en una sola foto, de entre las muchas que había de la familia en el salón de casa Gravat. Es una pena que mi padre no esté, señor, respondió, por si acaso, al gobernador. Muy bien, Jacinto, así me gusta.

Capítulo 3

No oyó lo que le preguntaba el niño, impaciente, tirándole de la manga, pues, aunque sostenía entre las manos el continente asiático, su pensamiento continuaba congelado a la puerta del hostel de Ainet. Se había obsesionado con saber quién era la mujer, quién era, quién podía ser, quién.

—No encuentro Hong Kong por ninguna parte.

Aquella noche, cuando volvió a casa, tiró el bolso y las llaves a voleo y, mirando hacia delante, como Doctor Zhivago, se sentó en el primer sillón que le salió al paso; obsesionada, se dijo y pensar que no me consideraba celosa. Y pensar que creía que siempre nos trataríamos con honradez. Y pensar que... No; es humillante: lo más humillante de todo es que me menosprecie así, que me engañe, que me mienta, que lo haga a escondidas.

—¿Acaso preferirías que lo hiciera a la luz del día? —intervino Doctor Zhivago iniciando un bostezo—. Eso sí que sería humillante.

—Nadie te ha pedido opinión, Yuri Andréievich.

Doctor Zhivago remató el bostezo, se enderezó y, con agilidad felina, pero sin perder su majestuosa actitud, saltó del sillón al regazo de Tina y allí se acurrucó. Tina le acarició la cabeza por el lado de las orejas, como más le gustaba a él, y se concentró, porque había tomado una decisión: en cuanto llegara Jordi, lo obligaría a sentarse y le pediría explicaciones, quién es, cuánto tiempo hace, qué tiene ella que no tenga yo, por qué me haces esto, es que no me quieres, es que no sabes que yo todavía te quiero, por qué me engañas, y nuestro hijo, qué, has pensado en él, quiero divorciarme, quiero matarte, hijo de puta; me juraste fidelidad, ¿sabes qué es la fidelidad? Quiere decir creer en el otro y no abandonarlo, pero tú me abandonas porque no crees en mí, por qué no me cuentas lo que te pasa, o, si te falta valor, mándame una carta, las cartas son como la luz de las estrellas, Jordi, ¿lo sabías? No mereces saber que las cartas son como la luz de las estrellas. Qué ha cambiado entre nosotros, cuándo ha cambiado, en qué momento exactamente, de quién es la culpa, qué es lo que no he hecho bien, oye, Jordi, qué es lo que no he hecho bien, para que andes a escondidas con Maite, si es que es Maite, o con Bego, o con Joana o a saber con qué desconocida. ¿Quién es la mujer que me ha quitado el sitio, Jordi? ¿Una compañera de la escuela? Y Jordi la miraría boquiabierto, espeluznado, porque ella lo sabía todo, cosa con la que no contaba en sus malignos planes. Y entonces se echaría a llorar, pediría perdón y ella procuraría olvidar el amargo episodio, que tendría la virtud de ser solamente un episodio, aunque le costaría olvidarlo, pero lo haría porque era una persona positiva y siempre quería mirar adelante. ¿Y el castigo?

¿Cómo podría castigarlo?

No sabía si ponerse a preparar la cena o esperar a que llegara de la reunión de

junta. Jordi y Maite, el intelectual y la directora, menuda pareja de adúlteros mentirosos; seguro que al final de la reunión se entretenían para quedarse solos, con el edificio a oscuras. Si se ponía a hacer la cena y llegaba, le faltaría valor para soltar todo lo que tenía que decirle, porque esas cosas no se hablan en la cocina, sino sentados en la sala de estar, y diría Jordi lo sé todo, me mientes, me engañas con una mujer, la ves todas las semanas en el hostel de Ainet, me has decepcionado, estoy triste y quiero llorar. Pero si todavía estoy de buen ver, tres kilos de más, pero bien conservada, Jordi, ¿no lo ves? Eres tú el que ha echado una barriguita incipiente, pero a mí me gustas de todas formas, con barriguita y sin ella, Jordi; ¿por qué me engañas, desgraciado, no habíamos quedado en que todos éramos muy honrados, Jordi? Sí, mejor en la sala de estar que en la cocina, y siguió acariciándole la cabeza a Doctor Zhivago, pensando sin querer ahora ya deben de estar solos en el edificio de la escuela; todo el mundo se larga enseguida... Si no, por qué no ha vuelto ya. Bueno, si es que es con Maite. ¿Con quién me engañas, Jordi? ¿La conozco? Como sea Maite, se va a enterar.

Hasta le entró hambre después de esperar un cuarto de hora más; pero no quería moverse, prefería que Jordi la encontrase allí tal como estaba, esperándolo, dispuesta a aclarar los aspectos turbios de la vida. Se le fue la mirada hacia la caja de puros, que había dejado en la mesilla. La abrió: los cuatro cuadernos de Oriol Fontelles. A pesar de lo triste que estaba, se acordó de las palabras de Oriol, hija mía, mi carta es como la luz de una estrella: cuando llegue a tus ojos, tal vez lleve muchos años muerto.

Para combatir la muerte es necesario escribir; es cruel escribir y que la muerte oculte todo signo de esperanza. Seguramente fue entonces, mientras esperaba a Jordi, cuando entendió que Oriol Fontelles había escrito desesperadamente, para que la muerte nunca dijera la última palabra.

Doctor Zhivago se puso en tensión: siempre oía a Jordi mucho antes de que llegara al rellano. Saltó del regazo de Tina y fue hacia la puerta. Como si le remordiera lo que hacía, miró de reojo a Tina, con la cola tiesa, como diciendo llega Jordi, no puedo evitarlo, y se sentó delante de la puerta; Tina pensaba ojalá nos quisiéramos tú y yo tanto como nos quiere Yuri Andréievich.

—Hola, Yuri —dijo Jordi al entrar, mientras el gato se restregaba silenciosamente contra las perneras de sus pantalones. Enseguida vio a Tina en el sillón, con una expresión rara—. ¿Qué hay para cenar?

—No he hecho la cena. ¿Qué tal las cosas?

—Bien —suspiró—. Qué cansancio.

Dejó la cazadora en el perchero y se acercó a su mujer. A modo de saludo, le acarició el pelo y luego, cansado, se sentó en el sillón de Doctor Zhivago, mientras Tina se estremecía de una forma extraña por la caricia y Doctor Zhivago se le subía a

las rodillas dispuesto a defenderlo.

Jordi, he descubierto que me engañas; los martes no vas a una reunión de no sé qué agrupación de maestros, sino que quedas con una mujer en el hostel de Ainet, lo sé todo, no hace falta que sigas disimulando, mentiroso, ¿quién es esa mujer? ¿Por qué eres tan falso conmigo?

—Voy a hacer la cena —dijo ella—. Queda sopa de la comida.

—Perfecto —respondió Jordi al tiempo que acariciaba el suave lomo de Doctor Zhivago y cerraba los ojos, relajado. Los abrió al darse cuenta de que Tina no se había levantado, y le hizo una contraoferta:

—Si quieres, frío unos huevos yo.

—Perfecto.

Las cosas siempre habían sido perfectas entre los dos. Tina esperó a que Jordi estuviera en la cocina con las manos en la masa, y, sin moverse del sillón, pero mirando a la pared porque le avergonzaba lo que iba a decir, preguntó qué tal la reunión.

—Regular. Ròdenes estaba enfermo.

—¿La vais a repetir?

—Seguramente, sí.

Farsante hijo de tu madre, engañas a tu mujer con la más repugnante de las mentiras, porque es la mentira de siempre, el engaño sin imaginación de todos los hombres que se la pegan a su mujer, qué asco, qué mierda, y pensar que creía que a nosotros no podía pasarnos eso en la vida, porque nuestro amor era sincero y honrado.

—¿Habéis comido algo?

—Sí, algo hemos picado.

Tina se levantó y fue a la cocina. Se apoyó en la puerta sin ofrecerse a colaborar.

Tampoco lo miró:

—¿Erais muchos?

—Seis o siete. En realidad, no ha estado mal.

¡Qué hipócrita!

¡Seis o siete, hipócrita! ¡Dos: ella y tú reunidos en la cama, levantando acta de la reunión, hablando de la reforma educativa en la alta montaña; ella, abierta de piernas mientras le acaricias los pechos con la misma dulzura que a mí! Que a mí, antes.

¿Quién es? ¿Con quién me engañas, cómo se te ocurre hacerme esto? ¿No nos tratábamos con toda honradez?

Cenaron en silencio. Era imposible que Jordi no interpretase ese silencio.

Absolutamente imposible, porque más claro no lo puedo decir. Bueno, sí. Hay una forma de decirlo más claramente: decirlo.

—Me voy a dormir —dijo en su lugar.

Tú sí que eres despreciable, que no te atreves ni a preguntarle una cosa tan sencilla como por qué me engañas, Jordi, hijo de la gran puta; y la otra, la de curiosidad enfermiza: con quién. Seguramente para establecer comparaciones: qué tiene ella que no tenga yo, qué tengo yo que ella no podrá tener jamás, la conozco, no la he visto nunca. ¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Por qué, si nos queríamos? ¿Por qué, ay, dios, con lo honrados que éramos...

—Yo también me retiro —dijo Jordi.

Al menos dúchate, cerdo. Ahora es el momento de decirle tú en esta cama no pintas nada.

Pero Tina no le dijo tú en esta cama no pintas nada. No le dijo nada. Lo vio meterse en la cama y, al cabo de diez minutos, lo oyó respirar pausada y tranquilamente, como una persona honrada, mientras ella, con los ojos como platos y sin poder creer lo que estaba pasando, no concilió el sueño hasta las tres y pico, y soñó cosas horribles. ¿Qué me decías, Sergi?

—Que no encuentro Hong Kong.

Hong Kong. Sergi Rovira el de casa de Ros no encuentra Hong Kong en el mapa de Asia. Eso es importante: saber dónde está Hong Kong. Les ha explicado la China, es inadmisibile que Sergi Rovira el de casa de Ros encuentre Hong Kong en el Japón.

¿En qué estaría pensado ese crío? En qué pensaría Sergi Rovira mientras ella explicaba que ese territorio era británico hasta hacía muy poco, pero ahora formaba parte de la China bajo el lema un país, dos sistemas y es imposible ser feliz cuando te destrozan un sueño con un engaño, es que no sabes que los sueños no se pueden arreglar porque, cuando te los destrozan, es para siempre.

—¿Por qué lloras, señorita?

Un poco sobresaltada, se enjugó las lágrimas con el pañuelo y dijo no es nada, ¿no te lloran nunca los ojos, porque te escuecen o algo así?

—Yo, me lloran cuando corto cebolla.

—Y a mí.

—Yo también, a mí.

—Eso es, muy bien, Alba. Pues yo, es como si me hubiera pasado la noche cortando cebolla.

A la hora del recreo, Maite la llevó a la biblioteca y le enseñó la colección de material para la exposición. En un rincón, Joana catalogaba los libros y todos los objetos escolares que se expondrían, desde una goma de borrar Ebro hasta una solitaria pintura Alpino de color rosa. Maite cogió un libro viejo del montón de la mesa del centro.

—Los libros que trajiste de Torena —dijo Joana sin levantar la cabeza del trabajo — son geniales. Año cuarenta y dos y año cuarenta y cinco.

—Los traje Tina.

Entonces Tina se dio cuenta de que hacía muchas horas que no pensaba en Oriol Fontelles y sus cuadernos.

—¿Por qué no convences a Jordi —intervino Maite— de que diga unas palabras el día de la inauguración?

—Pero si la directora eres tú...

—No sé hablar en público.

¿Y si era ella? ¿Y si era Maite la mujer con la que la engañaba? ¿La amiga fiel y muy trabajadora, pero que no hace distinciones cuando se trata de tíos? ¿Es posible?

Es posible. De manera que, por si fuera poco, quería que convenciese a Jordi... Qué hipócrita es la gente.

La miró a los ojos y Maite respondió con una sonrisa franca. ¿Tan fría y cínica podía ser? Maite dejó el libro en la mesa y se sacudió el polvo de los dedos.

—¿Qué? ¿Se lo vas a decir?

¿Y si no era Maite? ¿Y si era otra mujer a la que no conocía de nada?

—No te lo garantizo, Maite.

—Jordi siempre te hace caso —tono confidencial de la directora.

Poco antes de las tres, sin haber pegado ojo ni saber cómo se podía dormir junto a un marido infiel, desleal y mentiroso, Tina se levantó convencida de que la tristeza, que se transformaría en dolor, no le permitiría descansar nunca más, y se fue de puntillas al laboratorio. Por primera vez, desde que lo instaló en el lavabo pequeño con el aplauso sincero de Jordi y el silencio de Arnau, cerró la puerta por dentro.

Tuvo la sensación de ser forastera en su casa. Con los nervios de punta y un temblor de manos incontrolable, se puso a trabajar pensando obstinadamente que, si no podía dormir, lo mismo daba hacer cualquier cosa.

Al poner las placas a secar, vio que no lo había conseguido ni con el teleobjetivo.

En todas las fotos se veía a Jordi, frente ancha, ex noble, ex amado, a la puerta del hostel, mirando hacia delante, asiendo a la mujer por la cintura o por los hombros, diciéndole algo. Ella, en cambio, tapada con la capucha del anorak, no era más que una sombra indescifrable, oscura, sin ninguna característica, nada que le diera una pista. La mujer que se oculta en la oscuridad. Tenía que haber usado el flash, pero entonces la habrían descubierto en el doscaballos y habría sido humillante que la vieran espionando, y Jordi se habría acercado rápidamente diciendo no es lo que parece, Tina, de verdad, es que la reunión se terminó antes de lo previsto y..., ya ves, vinimos a tomar algo, ¿la conoces?, ¿quieres que te la presente?

—Jordi siempre te hace caso —repitió la mosquita muerta de Maite.

De modo que así lo veían los demás. ¿Por qué se equivocan tanto? ¿Por qué el único que siempre tenía razón era Doctor Zhivago?

A Joana se le cayó un libro. Lo recogió, le pasó la mano como para limpiarlo y miró a Tina:

—¿Así es que has sacado una foto de la escuela antigua de Torena?

—Sí. Todavía no he tenido tiempo de revelarla y la escuela ya no existe.

—Qué barbaridad.

—Sí. Tempus fugit a toda pastilla.

—¿Puedes traer una copia? Para la exposición...

—Sí, claro. Podemos poner el antes y el después.

¿Y si la mujer de la foto que se escondía en la oscuridad era Joana? La secretaria discreta, seria, pero siempre dispuesta a echar un polvo. Desde luego que podía ser ella. Ay, Dios, qué poca dignidad, voy a volverme loca, pero es que tengo celos, estoy furiosa y esto es una humillación, soy un trapo sucio y no pego ojo ni dejo de pensar en qué habré hecho mal, para que Jordi, que era noble y leal, me haya traicionado de esta manera. No, Joana, no: Dora o Carme. Pilar, tal vez. O Agnès, que es una...

Bueno, no sé. Carme, que no para de soltar chistes sexuales? como los tíos. No, Dora, tan jovencita... Pero me parece que Dora es demasiado baja. No sé...

—Oye, Tina, ¿me enseñas dónde está Hong Kong o pasas de mí?

—Il faut tenter de vivre —respondió. Los niños se miraron sin comprender, casi riéndose, tímidos de repente. Ella los miró desde muy lejos—. Le vent se lève, sí —añadió.

—Tina pasa de mí.

Capítulo 4

El expreso de Shangai salió majestuosamente de la estación. Con un esfuerzo titánico, los ejes de las ruedas de la locomotora se pusieron en movimiento arrastrando consigo el pesado volumen de la locomotora y los dos vagones de lujo.

Entre tanto, la señora Elisenda Vilabré se quitó una cadenita con una cruz, la guardó en una caja de marfil y abrió la puerta de atrás; Quique entró en el pequeño recibidor de la leña como un furtivo, mientras Bibiana, que conocía los suspiros de la casa, se preparaba una manzanilla y, con ojos tristes, pensaba pobre niña.

A Quique se le puso un nudo en la garganta al ver a Elisenda con un vestido negro, largo, que le gustaba mucho. Se le puso el nudo en la garganta porque, si le daba la vena romántica, ella lo cortaba secamente y decía no hagas bobadas ni pienses cosas raras: has venido a follarme y nada más, conque fóllame, que para eso te pago. Esas palabras hacían daño porque eran puntiagudas. Pero lo cierto es que le pagaba muy generosamente. Mucho. Entonces, Elisenda se quitaba el vestido largo, se abría de piernas y ofrecía algunos secretos a su amante, atlético y moreno de cara, como con prisa, como si tuvieran que consumir juntos un rito cargante, impuesto por un motivo oculto. Nunca, ninguna de sus noches de pecado, logró Quique arrancarle una sonrisa. Nunca. En cambio le arrancaba unos gritos tan apasionados que llegó a creerse el más hábil de los amantes. Quique no sabía identificar la furia que contenían esos gritos; para eso tenía que quitarse las gafas de sol. Tampoco sabía nada de lo que había pasado ni cómo había sido. Ni sabía que la señora habría deseado cien veces seguidas que la vida se repitiera desde el día en que huyó a Burgos acompañada por Bibiana, quien se negó a dejarla sola, y con una maleta llena de venganzas.

—¿Ya estás?

—No. Hoy no...

—Vaya.

Era la primera vez que a Quique se le atascaba la ilusión. Por lo general, era una máquina que respondía plenamente a las expectativas que depositaban en él.

El expreso de Shangai avanzaba alegremente entre campos de cultivo, pasaba un puente, una obra de arte de la ingeniería británica que salvaba un río caudaloso, y entró en un túnel cargado de misterios lanzando al aire un apagado y muy tenue silbido triunfal.

—Ah, no sé qué pasa... —dijo Quique, avergonzado.

Con una insólita sensación de ternura, la señora le cogió el miembro, se lo reanimó diestramente y consiguió que el muchacho tuviera una eyaculación plausible.

Quique, agradecido, le regaló otro orgasmo; ella volvió a gritar, volvió a pensar en su amado imposible y gritó con fuerza, pero no de placer, sino de furia, y Bibiana, en su habitación, con la taza de manzanilla en el regazo, se santiguó y pensó

pobrecilla, tan guapa, tan rica y tan triste; todavía lo añora, porque la mujer, que se había deshecho de sus propios pesares para dar cabida a los de la niña, entendía muy bien la angustia del alma de la señora.

Coincidiendo con un alarido felino de la señora, el expreso de Shangai tomó una curva a una velocidad desorbitada. Era la curva de la ventana. La máquina descarriló y se derrumbó de lado contra unos abetos nevados, uno de los cuales salió volando por los aires como un mondadientes. Los dos vagones de lujo quedaron lastimosamente atravesados en las vías, con alguna rueda rodando todavía, pero inmóviles. Marcel no hizo nada por salvar la situación. Por descontado, veía que su locomotora predilecta se había salido de los raíles; pero es que se estaba masturbando con lágrimas en los ojos, porque no lograba entender qué eran esos gritos, que le recordaban a una gata en un tejado. Si la señora hubiera sabido que, gracias a los milagros de la arquitectura, los gemidos que soltaba en la habitación se oían nítidamente en el desván, lo habría pensado mejor antes de convertirlo en el territorio del niño y montar allí el tren eléctrico y toda la pesca, y una gramola eléctrica alemana, un espacio para los esquíes y las botas y una litera por si algún amiguito se quedaba a dormir.

—Del internado no vendrá nadie, y los del pueblo no hace falta que se queden a dormir.

—¿No quieres la litera?

—¿Tú crees que Xavi Burés se quedaría a dormir, viviendo ahí enfrente?

La señora había emprendido la reforma del desván para resarcir a Marcel del disgusto de la inesperada muerte de su padre.

—Mamá, no quiero ir al cole.

—Eso ya lo hemos hablado de sobra.

—Es una mierda. Quiero vivir aquí.

—Vas a tener que lavarte la boca con jabón. En el colegio te educan mejor que en cualquier otra parte.

—Podría ir a la escuela de Torena.

—Ni-ha-blar. Y basta. Cuando estés en casa, tendrás todo el sotabanco para ti.

Quique se vistió rápidamente, con el fastidio de esos finales, siempre desagradables. Ella lo acompañaba a la puerta de atrás y después, cuando se quedaba sola, se sentaba un rato en camisón, con la cajita de marfil en las manos, y se echaba a llorar y era humillante. Como un recuerdo irónico, tenía frescas en el pensamiento las antiguas admoniciones de la madre Venància; les decía una y otra vez que el bien máspreciado de una mujer es la pureza, señorita Elisenda Vilabré, diez en aritmética, diez en gramática, diez en geografía, diez en latín y cero en pureza, madre Venància, y todo por culpa de la desgracia.

—En general, hija mía, las mujeres no son tan concupiscentes.

—Es que no creo que pueda renunciar al sexo, padre.

—Ahora sí que me has matado, hija. —El confesor, bastante desorientado, no dijo nada más. Un tranvía pasaba por la calle Llúria haciendo un ruido escandaloso; en el confesionario oscuro, los dos guardaron silencio.

—No sé. Es una necesidad... Quiero demostrar que... Es igual.

—No, hija, habla.

—No, nada, nada.

—¿Por qué no vuelves a casarte, hija?

—No. Nunca más. Viví un gran amor y he jurado no volver a casarme nunca más.

—Entonces, ¿por qué vas con hombres?

—Por la rabia que me da.

Otro tranvía. El confesor se pasó la mano por la cara, rasposa a esa hora del día.

No sabía qué decir. Un buen rato después:

—No te entiendo, hija mía.

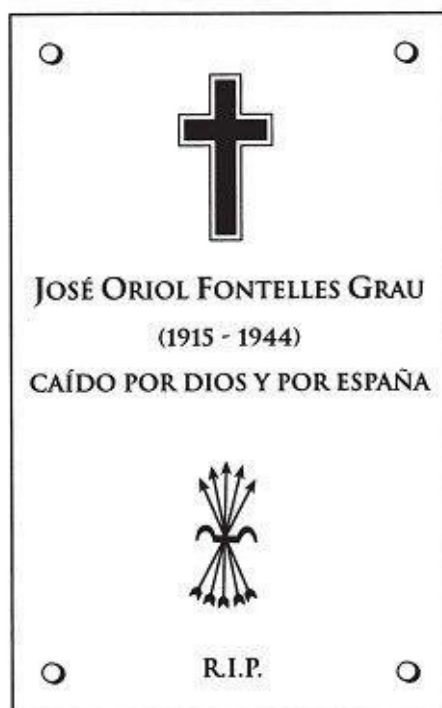
—Ojalá hubiera sido todo de otra manera.

—Ya... —Un espacio largo para la reflexión—: ¿Alguna vez has meditado sobre la virtud cristiana de la resignación?

—¿Puede absolverme, padre?

Antes de volver al dormitorio, completamente desvelada, tocó las fotos del aparador como repasando rápidamente todos sus rencores y todos sus amores.

Apagó la luz del salón. Por las grietas de la persiana entraba un débil fragmento de luna helada.



Bibiana, que adivinaba los pensamientos con la mirada desde que vivía en el alma de la señora, tomó el último sorbo de la triste manzanilla y también apagó la luz.

—Verás, hijo: los cementerios de las aldeas chicas siempre me traen a las mientes los retratos de familia: todo el mundo se conoce y todo el mundo está quieto, arrimadicos unos con otros por los siglos de los siglos, cada cual mirando a su sueño, y los rencores, perdidos entre tanta calma. Y no creas, por mucho que éste fuera el tu maestro, lo que es por mí, yo la lápida no se la grabaría. No me gusta grabar recuerdos de asesinos. Pero, velay, a veces hay que hacer algo que no nos gusta, como esto: caído por Dios y por España y cómplice de un crimen que no se nos borra de la cabeza. ¿Está bien centrado o no?

—Sí.

—¿Ves? Aquí se mete un remache.

—Uno en cada esquina.

—Muy bien, chico. Conmigo sales enseñado en un dos por tres. El maestro no merece tanto, pero yo no sé hacer mal lo mío. Así, ¿no?

—Sí. Déjeme pulirlo yo, padre.

—Maestro malasangre, que hiciste más daño que el mismísimo don Valentín, porque, de lo malo, malo, él no anda con disimulo. Hazme caso, Jaumet, no tengas querencia de él, que no lo merece. Y, por si las moscas, no digas a nadie lo que te he dicho. Amén.

SEGUNDA PARTE

Nombres por los suelos

Talitá qumi.

MARCOS 5,41

Si no fuera porque la ocasión lo merecía, mosén Rella habría mandado a paseo a unas cuantas ovejas de su rebaño que, en todo el viaje, los dos días de estancia turística en Roma y hoy, el día de la festividad, no habían parado de criticar la organización, o, lo que es lo mismo, a los organizadores, es decir, al señor obispo, siempre murmurando entre dientes, seguras de que no las oía balar. Sobre todo la muy Dios me perdone de Cecilia Báscones, que, cuanto más vieja es, más energía derrocha. Dios mío, qué difícil es practicar la caridad con todas las ovejas del rebaño, sobre todo con la Báscones, que, por tercera vez desde que estaban en Roma, dejaba caer delante de sus incondicionales, como quien no quiere la cosa, que si habían ido todas a la Ciudad Santa era gracias a ella. Mosén Rella tuvo que hacer un esfuerzo para disimular lo mucho que le irritaban, principalmente el grupo de mujeres que en ese momento le sonreía pensando con orgullo en lo estupendo que sería poder contar, cuando volvieran a casa, que las habían recibido en el recinto privado del Vaticano por una puerta reservada a invitados especiales, como nosotras, por ejemplo. Y un guardia suizo guapísimo, dicho sea de paso, aunque no sé qué clase de guardia hará, con una lanza de latón. Pero qué ojos; como los de mi nieto. Y ahora nos franquea la entrada un ujier y el imbécil de mosén Rella se pone a contarnos... como si fuéramos ovejitas o estuviéramos de excursión con las monjas.

—Cuarantanove e chinquanta —dice en voz más alta el pastor. El ujier no agradece con una sonrisa cálida el esfuerzo que ha hecho por hablar italiano. A estos tíos les importa todo un rábano.

El grupo, formado por doce ex falangistas jubiladísimos y sus respectivas acompañantes, cinco alcaldes de diversos colores y un surtido de representantes de los consejos parroquiales del obispado, es depositado sin explicaciones en un corredor espacioso, que podría servir perfectamente de gran salón de fiestas, adornado en la parte superior de la pared, alrededor de todo el perímetro del pasillo, por un friso de frescos en alternancia con ventanas redondas. Y un cuadro inmenso de san José en el momento del florecimiento de la vara. En el extremo opuesto del corredor, otro grupo semejante, pero de habla rusa o algo por el estilo, según el señor Guardans.

—Este san José está muy bilioso.

—Pues sí, la verdad, al menos lo parece. Tiene la bilirrubina circulante por las nubes. Y si me apuran, a este santo le produce ictericia una eritropoyesis ineficaz y,

por tanto, hemolisis intramedular de los eritrocitos.

—Ahí queda eso.

—Sí.

—¿Seguro que es san José?

—Señoras, no levanten tanto la voz —el párroco, un poco harto.

—Pregunte si hay un lavabo por aquí.

—Claro que lo habrá.

—Cállate, anda. —Al párroco—: ¿Por qué no lo pregunta?

Molesto, mosén Rella se vuelve de espaldas para que no se le note el enojo. No podía ser sino la Báscones de mis pecados la que se orinase ahora. Mira alrededor y no ve nada más que una armadura muerta de asco sosteniendo la pared opuesta al grupo ruso.

—No se les olvidará que estamos aquí ¿verdad?

—Eso espero, porque, menuda papeleta, venir desde casa hasta aquí para que nos dejen tirados en un pasillo, rodeados de rusos...

—Pero ¿los rusos no son de otra religión?

—Señoras, por favor.

Tenuemente al principio, pero imponiéndose paso a paso al discreto torrente protestón de las afectadas, se deja oír un taconeo envuelto en un aura mágica y lejana, revestida de autoridad incuestionable. Paulatinamente se callan las refunfuñonas. Por lo visto, todo el mundo quiere oír los pasos que se aproximan, aunque no se sabe de dónde vienen, porque todo resuena en el inmenso edificio. De pronto, un joven dobla la esquina en la que se encuentra el grupo y pone cara de decir ah, estaban ustedes aquí; se dirige al primero que encuentra y, con una sonrisa, da a entender que le siga todo el mundo. Para no perder el ascendiente sobre sus ovejas, mosén Rella se adelanta, se acerca al joven y le tiende la mano. El joven entiende el gesto y lo acepta. Pero el padre tiene otra intención y dice ¿lavabo?

El hombre lo mira, extrañado.

—Toilette, gabinetto —lo intenta de nuevo el párroco.

El joven lo entiende al fin y se detiene, porque están precisamente frente a un gabinetto; media hora de parada, no suelten la mochila, no beban mucha agua, siéntese, pero no se tumben, contemplen el paisaje. Otro día, que los acompañe Rita, piensa el padre.

Atraídos por el movimiento, los rusos o algo por el estilo se ponen en marcha detrás del grupo. Casi se han mezclado peligrosamente cuando un ruso responde en francés qué dice usted, rusos nosotros, a la pregunta de Guardans, el más leído del grupo, que le ha dicho en inglés si eran rusos. Pero no puede comunicárselo a los demás porque la mayor parte de los componentes de ambos grupos están descargando con un suspiro de satisfacción sus respectivas sufridas vejigas.

Capítulo 5

Casa Gravat, al final del Carrer Major, ahora Calle de José Antonio, era un edificio del año mil setecientos treinta y uno, según certificaba la inscripción del dintel. Se construyó sobre la anterior, que era propiedad de la familia, en tiempos de Joan Vilabrú i Tor, cuando a éste le pareció que una cosa era el trabajo y otra, la vivienda.

En ca de Padrós, donde vivía hasta entonces, quedaron el mayoral, el administrador, los mozos hasta el último zagal, la maquinaria, las herramientas, el heno, el grano, los moscardones, el hedor, el estiércol, los mulos, los novillos y todo el ganado, y convirtió el edificio nuevo en una mansión como las que había visto en Barcelona cuando fue a comprar la jurisdicción señorial de la Malavella a un barón arruinado, operación que le permitió añadir unos cuantos banales a la extensísima propiedad de la familia, así como estrenarse en el difícil arte de ser alguien entre la pequeña nobleza. Un hijo suyo, que se tomó muy a pecho el ser barón, probó suerte en Barcelona y en Menorca, pero volvió a la seguridad del valle convencido de que la familia sólo sabía ganar dinero como lo había ganado toda la vida: con la compraventa de reses, la venta de lana y de excedentes de forraje que producían sus extensiones y la adquisición y reventa de tierras, aprovechando con inteligencia las ventajas de las desamortizaciones que la Historia le ponía al alcance de la mano, estando siempre al quite para beneficiarse de las novedades antes que nadie y encargando la gestión de las tierras a personas de total confianza sólo en el caso de que no pudiera ocuparse de ello ningún Vilabrú. A partir de entonces, casa Gravat creció por dentro y por fuera. Desde el año mil setecientos ochenta, la fachada principal lucía los magníficos y famosos esgrafiados de una misma robusta figura femenina que representaba, en tres entrepaños de pared separados por los balcones, la época de la siega de la hierba, el esquila del ganado lanar y la conducción de los rebaños por apriscos idílicos. De haber dispuesto de más espacio, los choznos de Joan Vilabrú habrían podido añadir escenas, también idílicas, de la larga reata de contrabandistas que trajinaban mercancía por el puerto de Salau, porque en el siglo XIX, la familia Vilabrú amasó gran parte de su fortuna contratando cuadrillas, estableciendo relaciones con comerciantes del Arièja o de Andorra, sobornando a los carabineros, poniendo en práctica la táctica de dispersar la mercancía y no dejándose atrapar nunca por las autoridades. Hasta que llegó la época de Marcel Vilabrú (1855-1920 benefactor de Torena R. I. P.), quien, tan pronto como concluyó la aventura loca de la Primera República, se puso al servicio de la monarquía restaurada, se propuso que los Vilabrú recuperasen la categoría de familia respetable, además de respetada, decidió que August, su segundo hijo, se ordenara sacerdote y mandó a Anselm, el menor, a la Academia militar. Después de encauzar la vida de estos dos, murió Josep,

el heredero (Josep Vilabrú 1876-1905 el nostre fill benamat R. I. P.); a continuación erigió un panteón familiar en el cementerio de Torena y gastó un dineral en arreglar todo el camposanto. A decir de las lenguas envidiosas, la conversión del señor Vilabrú se obró un tanto a la fuerza, pues, con el cambio de siglo, aparecieron jefes de cuadrilla valientes y feroces, extraordinarios conocedores de todas las vías, rutas, escondrijos, cabañas, pastores y andurriales, que querían acabar con los intermediarios y negociar directamente por su cuenta y riesgo.

No bien se cruzaba el umbral de casa Gravat, se entraba en otro mundo, en un ambiente distinto de olores y sonidos mortecinos, con tres criadas que, capitaneadas por la vieja Bibiana, no paraban de quitar el polvo y los malos olores que entraban por mil resquicios. En el vestíbulo, a mano derecha, se encontraba la puerta del salón grande, un espacio inmenso con tres enormes sillones, un sofá y un confidente Chippendale, la chimenea, siempre encendida en invierno, coronada por una repisa atestada de figuritas, dos espejos cargados de imágenes y secretos y el retrato al óleo del abuelo Marcel. Cerca de la puerta, en una caja del mismo tono que los muebles, un reloj de pared de sonido profundo y noble recordaba a los moradores, hora tras hora, que el tiempo se va sin mirar atrás. A la derecha del reloj, junto al mirador, el escritorio con los cajones llenos de documentos que acreditaban la presencia en la casa de once generaciones de Vilabrú que habían ganado dinero y acrecentado las propiedades. Encima del escritorio descansaban dieciocho fotografías, misterio de dolor, de los dos personajes por cuya memoria respiraban la casa y sus moradores. El señor Anselm Vilabrú, en uniforme de campaña y con las estrellas de capitán, y los dos pequeños, Josep y Elisenda, en el estudio del fotógrafo, Anselm Vilabrú, con un bigote oscuro y agresivo, Josep, mirando a las musarañas, y Elisenda, pensando, como si desde pequeña se hubiera propuesto desentrañar el futuro del mundo. Los dos hermanos a diferentes edades. Elisenda, adolescente y sola. Oriol pasó un dedo por el marco de esta última foto: el óvalo de la cara era idéntico al de ahora, perfecto, con la nariz definida y los ojos vivos. Serán unos ojos difíciles, seguro. La fotografía de mayor tamaño, colocada en un rincón preferente, era del ex capitán Anselm Vilabrú, reconvertido a la vida civil, y de su hijo mayor, Josep, que ahora era un joven *altius, citius y fortius*, sentados en el jardín de casa Gravat a una mesa en la que había un juego de té, escrutando el objetivo como si buscaran el poco futuro que les quedaba en el momento en que les hicieron la fotografía. Acababan de adquirir los terrenos de la Boscosa, el señor Anselm Vilabrú estaba dispuesto a ganar dinero a espuertas para compensar el castigo del rey, que comportaba la pérdida de derechos sobre la baronía de la Malavella, pero faltaba muy poco para que el grupo de incontrolados de la FAI de Tremp, controlado por el maestro Cid, los sacara de casa por las orejas en pleno día y los llevara al bancal de Sebastià, al pie del cementerio, y esto, Bibiana, sólo puede ser cosa de Bringué y los otros dos, cómo se llaman, como

se llamen, ellos nos han denunciado, Bibiana. Te juro que estas muertes las pagan. Tú calla, que no eres más que una niña. No me callo, Bibiana.

Había además un par de fotografías de temática militar. En la más nítida, el capitán Anselm Vilabré, con gorra de oficial de tres estrellas y junto a dos rifeños con cara de vencidos, posaba tan satisfecho como un cazador que mira a la cámara pisando con un pie el cadáver de un ciervo abatido. (Fijándose bien, los dos marroquíes tenían las manos a la espalda, cosa que justificaba en cierto modo la mirada del capitán Vilabré.) Josep había contado a Elisenda en voz baja que a los dos moros no se les veían las manos porque llevaban las muñecas atadas; eran prisioneros y, después de hacerles la foto, papá los mandó fusilar. Él mismo les descerrajó el tiro de gracia, pero no se lo digas a nadie y, a papá, ni palabra de que te lo he contado, o te mato. Elisenda nunca dijo nada y Oriol dejó la foto en la mesa sin haber descubierto su secreto. ¿Por qué no habrá fotos de la madre?, se preguntó. ¿No tendrá madre la señora? ¿Y su marido tampoco merece ni una foto?

Con indiferencia, el reloj respondió que eran las seis de la tarde y empezaba a oscurecer.

—En este pueblo hay mucho hijo de puta, más vale que lo sepas —le dijo el señor Targa el día en que le firmó la toma de posesión de la plaza de maestro en Torena.

—Yo soy maestro y tengo obligación de velar por mi trabajo...

—Tú eres maestro y serás todo lo que yo te diga.

Sentado en su silla de alcalde, levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Oriol, de pie, notó por primera vez que le temblaban las piernas delante del señor Targa. No respondió y, con un movimiento de cabeza, el alcalde lo invitó a sentarse. A continuación le contó que, cuando la patria estaba hundida en el marasmo revolucionario, comunista y separatista que hizo necesario el glorioso alzamiento, aquí en Torena ocurrieron sucesos muy graves.

—¿Qué sucesos?

Oriol miró la pared de detrás del alcalde. A la derecha, Franco con abrigo grueso de campaña, a la izquierda, José Antonio con brillantina en la cabeza y camisa oscura, y en el centro, el crucificado con cara de circunstancias, como en la escuela. El señor alcalde lió un cigarrillo.

—Ella prefiere no hablar mucho de eso: de su padre y de su hermano.

—¿Quién es ella?

Valentí Targa lo miró extrañado unos momentos. Por fin reaccionó y puntualizó:

—La señora, Elisenda Vilabré.

Con voz sorda, como si todavía le costara un esfuerzo controlarse, le contó que habían ido a buscarlos el veinte de julio; fue un comando de rojos y faístas de Tremp.

¿Has oído hablar de Máximo Cid? ¿No? Era maestro, como tú. Pero un asesino; tanto, que después se lo cargaron los suyos y me privaron de la posibilidad de hacerlo

yo.

—La señora no me ha contado nada de eso.

—¿La ves a menudo?

—No. Rosa y yo hemos ido a su casa de visita. ¿Por qué?

—No, por nada.

—No hablará del asunto, pero tiene fotos de ellos, desde luego; del hermano y del padre.

—Dice que quiere poner cruz y raya al asunto.

Encendió el cigarrillo y fumó un rato en silencio. Como si el humo le trajera recuerdos, dijo los ataron por el cuello y los arrastraron hasta el bancal de Sebastià. El señor Vilabré llegó muerto, pero a Josep, pobre muchacho, como todavía estaba vivo, lo rociaron de gasolina. Y luego añadió los cómplices de ese asesinato son gente del pueblo.

—¿De verdad?

—Tres asesinos y unos cuantos que no movieron ni un dedo. Los Bringué, los Gassia, los de ca de la Maria del Nasi...

Ahora, de pie ante la ventana de casa Gravat, Oriol contemplaba las últimas luces del día, que iban debilitándose para dar paso a la noche, y lo invadió una melancolía inexplicable. Pero de pronto volvió a salir el sol, porque apareció la señorita Elisenda más guapa que nunca, si cabe. Sonreía con cierta timidez, pero Oriol se dio cuenta de que lo primero que comprobó con una mirada rápida fue si él llevaba consigo los útiles de pintar.

—¿Dónde me pongo? —dijo con un asomo de impaciencia.

Oriol estaba a punto de tocar la gloria. La gloria del brazo de la señora. Cómo puede ser que esta mujer tan joven parezca una diosa y se me trabe la lengua y no acierte ni a decirle siéntese aquí, en esta silla, un poco ladeada, así, hacia mí, sí.

Elisenda llevaba unos pendientes de brillantes que destellaban cada vez que movía la cabeza, por levemente que fuera, y Oriol, deslumbrado, balbució que era más dibujante que pintor.

—Pues el retrato de Rosa es extraordinario.

—Gracias.

No podía estar más turbado, porque además, empezó a percibir la fragancia de hada que desprendía la mujer, una mezcla de perfume fresco y suave y de cuerpo limpio. Olor de nardo, según Rosa, que se lo dijo sin sospechar que él ya había soñado dos noches con ese olor.

Oriol colocó los tubos, la paleta y los pinceles procurando no mirar adelante, nervioso, porque era la primera vez que estaban los dos solos. Siempre había ido a casa Gravat de visita con Rosa, y siempre había alguien más. Hoy, no: Elisenda, magnífica y radiante, un espacio lleno de nardo y una tela en blanco. Le temblaban

los dedos de azoramiento al abrir los tubos de pintura. Entonces miró a su Elisenda.

Su clienta.

—¿Te lo va a pagar?

—Eso me ha dicho.

—¿Cuánto has pedido?

—No he puesto precio. Es que no sé cuánto puedo cobrar. Pero ha insistido en que era un encargo de pago.

Rosa clavó la aguja en la camisa y la dejó en el cesto de la costura, se puso una mano en el vientre, como para controlar los movimientos de la criatura, miró a Oriol con sus ojos tristes y dijo pídele quinientas pesetas.

—¿Tú crees?

—Sí. Si le pides menos es como si te quitaras importancia.

—Es que no la tengo.

—Seiscientas.

Oriol se pasó una mano por la cara. Pedir seiscientas pesetas a una mujer bellísima.

—Seiscientas —se reafirmó Rosa—. Y pídeselas, que eres capaz de no decir nada.

—Mujer...

—Seiscientas, Oriol.

Tenía que pedirle seiscientas pesetas. ¿Ahora? ¿Cuando acabase la sesión? ¿Al día siguiente? ¿Nunca?

—¿Estoy bien así?

Estás bien te pongas como te pongas.

—Oiga, si le parece...

Oriol se acercó y, ahogándose en el perfume de nardo, le levantó un brazo y se lo posó delicadamente en el de la silla; con dedos temblorosos y suplicantes, le alzó la barbilla y le movió la cara un poco para romper la excesiva frontalidad de la posición. A lo mejor se equivocaba, pero ese cuerpo daba calambre. A lo mejor era cosa de la imaginación, pero, cuando movió el brazo a la señora, tuvo la sensación de que lo miraba con ansia reprimida. No sé. Sí. Me parece que sí.

—Es el primer retrato que me hacen en la vida. —Lo dijo con un leve estremecimiento en la voz.

Lo que me gustaría es hacerte un desnudo. ¿Aceptarías?

—¿Sabe una cosa? Hoy sólo vamos a hacer... Hoy sólo voy a hacer la composición.

Y cuatro pinceladas para estudiar la luz...

No me atrevo a pedírtelo porque es imposible, pero en el fondo lo que me gustaría es posar desnuda para ti, manos nobles, mirada sublime. No vuelvas a tocarme

porque...

—Mi marido se ha empeñado, pero, antes que meter a un desconocido en casa, pues...

¿Cómo es que no he visto nunca a tu marido? ¿Por qué no tienes ni una foto suya?

¿Por qué quiere que te hagan un retrato?

Oriol soltó delicadamente el brazo electrizado de la modelo, retrocedió un par de pasos para contemplarla y, totalmente turbado, con el corazón desbocado, volvió al caballete. Empezó a dibujar unos trazos con el carboncillo y se calmó un poco.

—¿Ha pensado en el precio?

—Bueno..., pues... No es necesario que...

—Insisto. Si usted no cobra, yo no poso.

—Seiscientas... —murmuró, avergonzado.

—¿Qué?

Ahora me mandará a tomar vientos y me llamará ladrón, contrabandista, oportunista y usurero.

—Quinientas —se corrigió, turbado todavía.

—Ah, muy bien. Creía que iba a ser más caro, la verdad.

Imbécil. Idiota. Bobo.

Silencio. Mientras los minutos ponían pinceladas de oscuridad al paisaje exterior, Oriol creaba en la tela un perfil de mujer a carboncillo.

—¿Tiene algún libro aquí? —animado, porque empezaba a ver el cuadro —. Bueno, es igual: coja una foto. Así, en las manos, como un libro. Eso.

El pequeño movimiento de Elisenda arrancó mil ilusiones a los brillantes de los pendientes. Tiene el cuello estilizadísimo. Qué manos de pintor, qué frente tan amplia. Y qué voz.

Oriol se acercó a la señora y le cogió la foto. Un cura de sotana y manteo de lana buena, cadena gruesa en el tercer ojal, un libro en la mano, cara afable, aunque disimulaba una sonrisa socarrona; estaba sentado en el jardín, a la misma mesa que se veía en otras fotos. A su lado, de pie, el capitán Anselm Vilabré, vestido de civil, horadaba el objetivo con una mirada afilada, pero con una actitud aparentemente afable, como el cura. Parecía un momento de felicidad en la vida de ambos.

—Cójala así, como si fuera un libro y estuviera leyendo.

—Es que me da repelús.

—Pues cuénteme cualquier cosa. Dígame quiénes son los de la foto.

Mientras Oriol volvía al caballete, la señora, obediente, se puso a recitar, y dijo son mi padre y mi tío August, su hermano. Mi padre es el menor. Bueno, era. Después golpeó con el dedo la imagen del cura tres o cuatro veces:

—Volvió de Roma hace poco. Tuvo que huir cuando... Bueno, el mismo día en que murió mi padre. —Miró la foto con atención, como por primera vez—. Con lo

mucho que lo quería.

El padre August Vilabrú dejó el libro en la mesa, despidió al fotógrafo con un gesto seco y pidió a su hermano que se sentara. La afabilidad se deshizo en ambos rostros como la gelatina al calor.

—Quiero informarte de los progresos de tu hija.

—Me da igual, te lo juro. Elisenda es mujer. Lo que me habría complacido de verdad es que Josep fuera más inteligente.

—Dios mío, Anselm —replicó un poco afectadamente—. ¿Cómo tienes tanto rencor acumulado?

—Tú no eres quién para reprochármelo.

—Me parece que sí. Soy siete años mayor que tú, soy sacerdote y soy teólogo.

—Eres un matemático con sotana y sólo te interesan las derivadas y las integrales. No sabes lo que significa tener miedo en el campo de batalla.

—Madre mía del amor hermoso... —Escandalizado, con voz suave—: El campo de batalla...

—No seas hipócrita, porque la Biblia está repleta de sangre, muertos y campos de batalla.

—No te vayas por las ramas.

—No me voy por las ramas. —Anselm Vilabrú, capitán en retiro forzoso desde hacía cinco meses, se levantó hecho una furia y disparó unas palabras como proyectiles mortíferos—: Tú nunca perderás a setenta hombres en Igueriben por culpa de unas órdenes mal dadas.

El padre August no respondió. Su hermano aprovechó para advertirle que no salga de aquí, pero quede claro que, en el fondo, mi enemigo no se llama Igueriben, ni ejército de las fuerzas marroquíes, ni Alhucemas; no se llama siquiera Muhammad ibn Abd al-Karim, el traidor. Mi enemigo se llama rey, se llama Alfonso XIII, el malnacido, el estúpido hijo de puta que señaló un lugar con un dedo de uña bien recortada en el mapa de la sala en la que jugaba a la guerra y dijo aquí, aquí quiero el ejército de Alhucemas, y los demás pero majestad, deberíamos comunicárselo al alto mando. Y el puto rey de los...

—Haz el favor de moderar ese lenguaje. Me ofendes.

—Muy bien: pues has de saber que en cuanto le dijeron pero majestad, deberíamos comunicárselo al alto mando, volvió a golpear Alhucemas con el índice e insistió he dicho aquí, y los demás se miraron, azorados, sin saber qué hacer; por eso es mi enemigo, y, por si fuera poco, me castiga quitándome la baronía; por eso me parece magnífico que un soldado del temple, el coraje y el prestigio del general Primo de Rivera ponga orden en este país desolado en el que nos ha tocado vivir. ¿Te enteras?

El capitán Anselm Vilabrú había aprendido a escucharse en la academia militar y

su fluidez retórica aumentaba con el paso de los años. Satisfecho del discurso, sobre todo al darse cuenta de que su vehemencia patriótica tocaba la fibra sensible a su hermano, quiso rematar el efecto con aires proféticos:

—Cualquier militar solvente que desee poner orden en este caos cuenta con mi apoyo.

A falta de excusas, el padre August se sacudió los faldones de la sotana. Hacía mucho tiempo que no se encontraba tan incómodo con su hermano menor. Para evitar la derrota, optó por la táctica de la dissimilitudo y, en un tono íntimo y reposado replicó:

—No me gustan los militares.

—Soy militar por voluntad de padre. Y tú, cura.

El padre August volvió a mirar a su hermano a los ojos:

—No me gusta que se humille al rey.

—Y lo peor es que el suceso de Annual, que además me ha costado la carrera, era evitable.

—La alta política no es lo nuestro.

—¿Sabes lo que es aún peor?

—No tienes sino rencor en el corazón, y la culpa no es del rey, sino de Pilar.

—Que en Igueriben, cuando me dieron la orden de avanzar con la tercera compañía, sabía que caeríamos más de la mitad. Pero avanzamos de todos modos, porque el soldado siempre obedece.

—Dios te perdone, Anselm. —Lo miró fríamente—. Disculpa que me entrometa, pero desde que Pilar...

—¿De qué año es esta foto? —preguntó Oriol por preguntar.

—Mil novecientos veinticuatro —leyó ella al pie de la imagen—. El año en que mi padre dejó el ejército y volvió a casa.

—¿Y su madre, señora, cómo es que no...?

—Mi tío volvió de Roma en primavera, pero, como es canónigo, reside en la Seu d'Urgell... —Sonrió—. De todos modos, viene aquí a menudo. Se considera mi tutor espiritual, lo tiene a gala.

—¿Y lo es?

—Sí, claro.

—Siga hablando.

—Es un sabio.

—¿Por qué lo dice?

—Ha publicado libros de álgebra y cosas así, y es una persona muy respetada fuera de aquí. —Sonrió con incomodidad—: ¿Por qué tengo que seguir hablando?

—Porque, si no, se queda usted rígida.

—¿Hace mucho que terminó Magisterio? —contraatacó ella.

—Antes de la guerra, de jovencito.

—¿Sabe una cosa? Me gustó ver tantos libros en su casa. Que tenga...

—Bueno, es normal... —Oriol, modesto—: Tampoco tengo tantos.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintinueve.

—Anda, los mismos que yo.

Atiza. Me ha dicho que tiene veintinueve años. Yo le calculaba veinte.

Veintinueve. ¿Dónde estará su marido?

—¿Y cómo empezó a pintar?

¿Existe don Santiago o es una barrera que te has inventado contra los moscones?

—Se me daba bien, por eso cursé estudios en la Llotja durante la guerra.

—¿En Barcelona?

—Sí. Soy del Poble Sec. ¿Conoce usted Barcelona?

—Sí, claro. Estudié allí.

—¿Dónde?

—En las teresianas de la Bonanova.

La miró furtivamente. Las teresianas. La Bonanova. Otro mundo dentro de la misma ciudad. Se le pegó la lengua al paladar; lo tenía reseco. Ella prosiguió:

—Allí me formé intelectual y espiritualmente, siguiendo las directrices de mi tío August, porque mi padre siempre estaba fuera, de servicio.

¿Y tu madre?

—Yo tengo malos recuerdos de la escuela. Estaba en un piso oscuro de la calle Margarit.

—Yo, no. Al contrario. Y cuando voy a Barcelona...

—¿Tienen ustedes casa allí?

—Sí, claro, porque Santiago pasa allí toda la semana.

Y el mes, y el año.

—Sí, claro.

—Tutéame. —Lo dijo a propósito, con toda la intención y con la sensación de resbalar por un pedregal interminable, como el de los Forcallets, pero placentero como el placer mismo.

—¿Cómo dice?

—Cuando necesites descansar, aviso para que nos traigan el té. Dios mío, este cuadro me va a costar un infarto. Tengo que tomármelo con más... No sé.

—No te mandaron al frente, ¿no?

—No, por el estómago.

—De buena te libraste. ¿Te gusta ser maestro?

—Sí, pero no me tire de la lengua. Hable usted.

—¿Qué quieres que te cuente, Oriol?

Los brillantes destellaron con alboroto, aunque ella no movió un pelo. ¿O serían los ojos?

Capítulo 6

En lugar de preguntar quién es usted, qué desea, la mujer que salió a abrir se quedó mirándola, la mano en el tirador de la puerta, como abstraída de la realidad por un pensamiento confuso y machacón. Su cara era una red de arrugas sinuosas, la marca de una vida complicada que se aproximaba a los setenta años sin haberse rendido. Sus ojos trepanaron la débil mirada de Tina, quien, incómoda, preguntó ¿es usted Ventura?

—Sí.

—¿Ventura la vieja?

—¿Otra periodista?

—Bueno, no, yo... —quiso ocultar la cámara, pero ya era tarde. Se dio cuenta perfectamente de la crispación impaciente de la mano que sujetaba la puerta, aunque Ventura no permitió que se le reflejara en el rostro.

—Cumplió noventa y cinco años hace tres meses. —Sin perder la paciencia todavía—: Nos dijeron que ya no habría más actos ni homenajes.

—Es que vengo por otro motivo.

—¿Cuál?

—La guerra.

Sin darle tiempo a reaccionar, la mujer cerró la puerta y Tina Bros se quedó plantada en la calle con cara de tonta y una sensación frustrante, como el cazador que, al tropezar con una raíz, espanta a la pieza. Miró a ambos lados; sólo la acompañaba el vaho de su aliento. De nuevo caían dulcemente infinitos copos blancos de silencio frío y pensó qué lástima, ojalá se me diera mejor convencer a la gente, y, mientras pensaba si era preferible irse a la derecha o a la izquierda o quedarse a esperar en el bar, volvió a abrirse la puerta de casa de Ventura y la desabrida mujer que le había dado con la puerta en las narices la invitó a entrar con un gesto autoritario y lacónico que no admitía réplica.

Esperaba encontrarse con una encamada abatida por los años y tal vez por el dolor, y dispuesta a lamentarse de sus desgracias. Pero, en cuanto entró en la parca cocina comedor de los Ventura, lo que vio fue a una mujer vestida de oscuro, de pelo blanco y ralo, que la esperaba de pie, apoyada en un bastón y con una mirada tan penetrante como la de su hija. En Torena, todo el mundo tenía la mirada afilada de rencor acumulado, de tanto callar tanto durante tanto tiempo.

—¿Qué va a contarme usted de la guerra?

La estancia era pequeña. Todavía conservaban la lar a ras de tierra y la cocina para calentarse. Al pie de la ventana, el fregadero, ordenado y limpio. Y en la pared del fondo, un modesto anaquel lleno de platos desportillados a fuerza de contener sopas.

En el centro, una mesa con hule amarillento y en un rincón, una cocina de butano.

Contra la pared del lado del comedor, un televisor pequeño a bajo volumen, con tapete de puntillas sobre el que había unas postales cuyas imágenes no identificó; en la pantalla, unos esquiadores nórdicos realizaban vuelos exagerados desde un trampolín imposible.

—Yo no... Quería que me contase usted... Leí sus declaraciones en la revista del Hogar y...

—Y quiere saber por qué no volví a poner un pie en el Carrer del Mig durante treinta y ocho años.

—Exacto.

Con un gesto similar al de su hija, le ordenó que se sentase.

—Acaso esta señora tome café, Cèlia.

—No se moleste por mí...

—Prepáraselo. —A modo de explicación—: Yo no tomo café, pero me gusta el olor.

Tres minutos después, Tina y Cèlia la de ca de Ventura tomaban un café espeso y negro; la vieja las miraba como si el acto tuviera mucho interés. Tina se había propuesto no precipitar las cosas y esperaba que la anciana tomara la iniciativa.

Tardó mucho, muchísimo; pero por fin dijo cambiaron el nombre a la calle, le pusieron Falangista Fontelles.

—¿Quién era el falangista Fontelles?

—El maestro del pueblo, cuando acabó la guerra. —Para que no cupiese duda alguna—: Oriol Fontelles.

—Fue maestro mío —intervino Cèlia—. Casi no me acuerdo de nada, era yo muy chica. —Y volvió a esconderse en el silencio de la taza de café.

—Era un renegado, un traidor que trajo la desgracia a esta casa. Y al pueblo entero. —Y en otro tono—: Apaga la tele, niña.

—¿Y qué pasó con la mujer del maestro?

Cèlia se levantó y cumplió la orden sin decir ni pío. Detrás de Tina, un esquiador finlandés que estaba a punto de conseguir un nuevo récord quedó fatalmente atrapado en pleno salto por la desconexión. Ventura la vieja estaba pensando:

—No sé. Marchó.

—De ella no me acuerdo nada —dijo la hija al sentarse de nuevo.

—En esos años, para ir por pan, tirábamos por la Rasa.

—Ningún Ventura volvió a poner un pie en esa calle. —En voz más baja—: Por lo de mi hermano.

A Tina le dio un salto el corazón. Se dominó y optó por una pregunta sin riesgo:

—¿Y qué decía la gente?

—No fuimos los únicos que dejamos de pasar por allí. —Cogió la taza de su hija

y se la acercó con pulso incierto, como si fuera a dar un sorbo, pero sólo aspiró el aroma. Cèlia se la quitó para que no se le cayese y la devolvió a su lugar. La vieja ni se dio cuenta—: Ramona, la de los de Felicó, pobrecica, que se murió sin ver el cambio de nombre.

—¿Y los demás?

—Los Burés, los de ca de Majals, Narcís, Batalla... —Detuvo la retahíla para recordar. Miró la taza de café y prosiguió—: Los de Savina, los de Birulés... Y los de casa Gravat, claro.

—¿Qué decían?

—Más contentos que unas pascuas, menudos fascistas; mucho se alegraron cuando entraron los nacionales. Y Cecilia Báscones, la del estanco, so desgraciada, se puso a cantar el caralsol enfrente de casa...

Se detuvo a recuperar el aliento, como si hubiera echado una carrera, y añadió toda esa gentuza, encantada de que dedicaran una calle al falangista Fontelles.

Guardó silencio y Tina y Cèlia lo respetaron. Tina se imaginó esos nombres grabados a fuego en la memoria de Ventura la vieja.

—¿Y los demás? —se animó a decir Tina al cabo de un siglo.

—Ni mu. —Ahora miraba a Tina a los ojos—: En este pueblo hay muchos mudos, muchos hipócritas.

—Madre...

—¡Es la verdad! Poner a una calle el nombre de la alimaña que denunció a mis hijas porque las oyó hablar en clase... —Miró al infinito, como dudando de si seguir o dejarlo—. Aunque peor sería que se la hubieran dedicado a Targa.

Con delicadeza, su hija a Tina, a modo de excusa:

—Fue hace sesenta años, pero lo tenemos clavado en el alma. —Esbozó una sonrisa tímida—: Parece mentira, ¿verdad?

—¿Qué es lo de la denuncia?

—Mi hermana y yo teníamos miedo, porque corría la voz de que buscaban a mi padre para matarlo, y hablábamos y...

—Ese condenado las oyó —interrumpió la vieja— y allá fue con el cuento al alcalde sin perder un minuto, y le dijo señor alcalde, Ventura está escondido en su casa, se lo he oído a dos niñas de cinco y diez años que no saben lo que dicen porque están muertas de miedo. Y luego se creería que nos iba a parecer un hombre a los honrados del pueblo. ¡Un demonio es lo que era! —Contempló el pasado con la mirada fija en la pared—. Por eso pasó luego todo lo demás.

La vieja tomó aliento, golpeó con el bastón en el suelo e insistió:

—Aunque, ya digo, en este pueblo anda mucho hipócrita suelto.

—Madre, esta señora va a creer que...

—¿Y a qué ha venido, si no? Pues que se entere.

Madre e hija hablaban sin el menor reparo, como si Tina no estuviera presente.

Entonces, para concluir la discusión, Cèlia, en tono seco:

—Madre, que luego pasa lo que pasa...

—No volví a ver a mi marido. —A Tina, acusadora—: Digan lo que digan.

Estábamos separados. Cuando se echó al monte, le dije que las niñas y Joanet se quedaban conmigo, porque a mí no podían hacerme nada. Él prefirió enredarse.

Siempre fue...

Un recuerdo la hizo callar, aunque Tina no supo si era tierno o rasposo.

—... un culo de mal asiento. De joven, trajinaba mercancía por el puerto de Salau.

Y nunca se le quitó del todo la... Joan se ahogaba en casa.

Cèlia reaccionó. Con actitud maternal, a la vieja:

—¿Lo ve? ¿Qué le he dicho yo? Esas cosas... más vale dejarlas en paz.

—Yo le decía que los fascistas no le iban a hacer nada, seguro, pero prefirió echarse al monte.

—Cada vez que habla de mi padre... luego le sube la fiebre.

—Y Joan tenía razón. Vaya si lo buscaron... Ese perro contrahecho de Valentí Targa el de casa Roia...

—Madre...

La vieja Ventura levantó el tono de voz para que su hija no la interrumpiera:

—Cuánto me alegré cuando se partió la crisma contra el muro de la carretera.

—Eso fue hace mucho —Cèlia Ventura, ejerciendo de intérprete—, lo menos cincuenta años.

La vieja se abstraigo en sus pensamientos. Cèlia tomó un sorbo de café y no quiso interrumpirla. Sabía que estaba pensando en los cuatro uniformados y otro más, que miraba a lo lejos, acongojado o asqueado, que se presentaron en casa de Ventura antes de cenar y entraron sin saludar siquiera, apresaron al mayor de los hijos, Joanet, que entonces tenía catorce años, lo arrinconaron contra la pared ante la estupefacción de sus hermanas pequeñas y le preguntaron con buenos modales dónde está el hijo de puta de tu padre.

—Dejad al chico en paz. No sabe nada.

En ese momento, entró Glòria Carmaniu, la madre de los Ventura. Serenamente, dejó junto al fuego los troncos que traía. Mientras se limpiaba las manos en el delantal, señaló la comida que humeaba encima de la mesa.

—Si gustan... —logró decir. Valentí Targa soltó la garganta al chico y avanzó hacia la mujer.

—Tú sí lo sabes.

—No. En Francia, digo yo. —Y miró a la cuadrilla con desafío y desprecio—. ¿Sabe dónde está Francia? —Señaló al quinto hombre, el que no llevaba uniforme y se había quedado a la puerta con cara de asco—: Que se lo diga el maestro.

En toda su dura vida escolar, los niños Ventura nunca habían visto volar a nadie por un bofetón certeramente propinado. Su madre rebotó contra el aparador en el que, unos años más tarde, estaría el televisor de los esquiadores, y se desplomó en el suelo. Un hilo de sangre le resbalaba por la mejilla. Con la mano todavía caliente, Valentí la señaló y habló en voz baja, muy baja, tanto que resultaba amenazadora.

—Sé que os veis, conque dile que vaya al Ayuntamiento a entregarse.

La mujer, cegada por las lágrimas, empezó a levantarse.

—No nos vemos. No sé dónde está. Lo juro.

—Veinticuatro horas. Si no se presenta mañana antes de las nueve de la noche, ocupará su sitio ese otro.

Señaló al chico y dio una orden muda a sus hombres. El de pelo oscuro y rizado lo esposó con las manos a la espalda; el miedo impidió al niño decir ay, que me mancas.

Se lo llevaron. Esa noche a todos les faltó ánimo para cenar.

La oxidada puerta de hierro estaba abierta y se oían golpes dentro. Tina miró al cielo, de color gris nieve; parecía que de un momento a otro fuera a descargar una ráfaga helada de muerte sobre el mundo. El caso es que hacía más frío que a primera hora, cuando llamó a la puerta de las Ventura, y pensó que nunca se acostumbraría a esa temperatura tan insultante que llegaba al corazón.

Un camino central de tierra compacta llevaba al monumento que había fotografiado hacía unos días. No era muy grande. Le habían quitado las letras que formaban la leyenda; al fondo, a la izquierda, más allá del monumento, las hileras de tumbas a ras de suelo y algunas malas hierbas, no muchas. El cementerio más pulcro del Pallars. Más incluso que el de Tírvia. A la derecha, otra fila de tumbas y Jaume Serrallac con cara de pocos amigos golpeando a escarpa y martillo la lápida de un nicho, grande, al parecer, porque sobraba por la izquierda. No había llevado la sierra, siquiera, y le daba pereza ir a buscarla. Maldijo a Cesc, era la segunda vez que no tomaba las medidas cabalmente y al final tenía que cargar él con el muerto. Estaba mirando la inscripción de la lápida defectuosa cuando vio a una mujer joven, tan tapada que sólo se le veía la nariz entre la bufanda y la capucha; estaba frente al antiguo monumento a los caídos por dios y por la patria y miraba hacia la derecha, al fondo, a ver si el verderón ya había echado a volar.

La losa sepulcral de Oriol Fontelles Grau (1915-1944), además de conservar el epitafio a su heroica vida y el yugo y las flechas de la Falange, tenía menos hierbajos alrededor. La maleza que medraba alrededor de algunas tumbas demostraba claramente que el tiempo es el peor enemigo del recuerdo. Sin embargo, de Fontelles se acordaba alguien. Tina se dio cuenta de que los golpes habían cesado; el hombre de la lápida se acercaba arrastrando los pies. Se volvió un poco y se fijó en que el hombre no llevaba guantes, porque en ese momento estaba buscando un cigarrillo en

un paquete que parecía un superviviente de una catástrofe ferroviaria.

—¿Es usted familiar de...? —Señaló la tumba de Oriol disimulando la curiosidad y el malestar con la disculpa de encender el cigarrillo.

—No.

—Me alegro.

—¿Por qué?

El hombre de ojos azules miró a ambos lados como buscando ayuda. Echó el humo de los pulmones y, cohibido, señaló la tumba de Oriol.

—Aquí no le guardamos buen recuerdo. —Hizo una breve reverencia—. Con perdón, dicho sea de paso, porque fue mi maestro.

Se acuclilló y, amorosamente, pasó por la lápida la mano del cigarrillo, arada por años de oficio, como si limpiara una capa fina de polvo de un mueble barnizado y lustroso.

—Esta lápida la hizo mi padre. —Señaló atrás sin volverse—: Y el monumento, también.

—Su padre debió de conocerlo bastante.

—Murió. —Señaló alrededor—. Las lápidas gris azuladas son todas mías. —Con gesto profesional y despreocupado—: Otras modas.

—Habrás hecho usted muchas en toda su vida.

—Mi padre siempre decía que, al final, toda la gente de la comarca pasaba por nuestras manos... —Hasta entonces no volvió a ponerse los guantes.

—¿Y es así?

—Lo que digo yo es que lo que grabamos en las lápidas es la historia de las personas, pero comprimida.

Tina pensó que el hombre tenía razón, que la inscripción de las sepulturas es el resumen lacónico de una vida. José Oriol Fontelles Grau, mil novecientos quince, mil novecientos cuarenta y cuatro. Un relato con principio, final y un nudo en medio: el guión entre los dos años, que sólo representa toda una vida. Y si hay epitafio, como era el caso, es la sinopsis de su obra: mártir y héroe fascista, caído por dios y por España. Y alrededor de la tumba, ni polvo ni las malas hierbas del olvido.

—Está muy cuidada, ¿a qué se debe?

—Ya ve..., cosas... Cosas del pueblo.

El hombre de los ojos azules dio otra honda calada y estiró el brazo al tiempo que retrocedía hacia una lápida cercana que tenía una flor de plástico amarilla y azul atada a una oxidada cruz de hierro con un cordel medio podrido. Y el perfil un tanto edulcorado de una paloma volando.

—Joan Esplandiú Carmaniu —leyó Tina.

—Los Ventura. Se llaman Ventura de verdad. De ca de Ventura.

—Los conozco.

—Aquí descansan dos hijos, dos Ventureta. Joan y Rosa. ¿Ve? Pero del padre nunca más se supo.

—A lo mejor murió en Francia.

—Pudiera. Pero aquí no está enterrado, eso seguro.

—Rosa Esplandiu Carmaniu. Tenía el corazón grande y limpio como el Montsent —leyó Tina. Y guardó silencio, envidiosa de quienquiera que hubiera pensado en esas palabras.

—Rosa Ventureta... —dijo el hombre, tocándose la mejilla rasposa con una mano enguantada.

—¿De qué murió?

—De tifus. —Después de una pausa que a Tina le pareció triste, el hombre añadió —: De tifus, los veinte añitos. —Para quitarse el recuerdo—. Y también Joan Ventureta.

—¿De qué murió?

—De un tiro.

Hasta ese momento, Tina no se había fijado en las palabras inscritas debajo del nombre: vilmente asesinado por el fascismo.

Jaume Serrallac enarcó las cejas con gesto filosófico.

—Tanta guerra y tanto rencor para acabar todos aquí, uno al lado de otro. Estos dos llevan juntos cuarenta años, y lo que les queda. Mi padre siempre decía que era como hacerse una foto juntos: si estás, ya no puedes quitarte.

Tina se acercó a la tumba de los Ventura. Aunque la flor era de plástico, se había marchitado a la intemperie y le dio lástima la soledad de los Ventureta. El hombre dio una larga calada que presagiaba una frase importante.

—Mal asunto fue. Pasó hace sesenta años, pero ahí siguen las heridas abiertas.

Sacudió la cabeza, como si los recuerdos le pesaran. Súbitamente se animó:

—Y pasaron muchas cosas más: un muerto en ca de Felçó, dos en ca de Misseret, y en ca de Tor perdieron a los dos hijos en el frente. Y el pobre Mauri el de ca de la Maria del Nasi. Y los muertos de casa Gravat, claro.

Señaló el mausoleo, que estaba un poco apartado del sitio en el que se encontraban. De repente bajó el tono de voz, como si temiera estar rodeado de espías.

—Pues, para colmo, algunos hay que se ríen de tantas desgracias —confesó. Dio una calada profunda—. En Torena, pocos y mal avenidos. ¿Es usted periodista?

—Estoy preparando un libro sobre los pueblos del Pallars. Las casas, las calles...

—Y los cementerios.

—Bueno... Sí, eso creo.

—En los cementerios está la historia de los pueblos, congelada. —Señaló las lápidas y el mausoleo del fondo—. La tumba de los de casa Gravat es diferente. En casi todos los pueblos hay una familia rica y en cada cementerio, un mausoleo. Se

aprenden muchas cosas grabando lápidas.

Tina pensó vagamente en Shakespeare, pero no supo concretarlo. Se acercó al mausoleo. El letrero decía Familia Vilabrú y su mayor ornato consistía en un grupo escultórico firmado por Rebull: un ángel sentado a un escritorio, con un libro abierto en el que previsiblemente apuntaría el nombre de las almas justas de la familia Vilabrú, para el registro celestial de entrada. Y la macabra previsión de futuras lápidas. Tres huecos: tres muertes previstas. Lo fotografió.

Junto al mausoleo, una tumba discreta, de un tal Excmo. Sr. Don Valentín Targa Sau, Alcalde y Jefe Local del Movimiento de Torena, Altron, 1902-Torena, 1953. La Patria, agradecida. Una tumba limpia, pero sin flores. Notó la presencia del hombre a la espalda y su voz le sonó extrañamente lejana:

—El verdugo de Torena. Se llevó por delante a la mitad del pueblo.

Tina se volvió. El hombre le sostuvo la mirada.

—¿Fue alcalde del pueblo?

—Sí. Era de ahí abajo —señaló la suela de los zapatos de Tina, como si Altron estuviera allí—. Dicen que era amante de... Bueno, cosas...

—La historia del pueblo, congelada.

Tina lo dijo deseando que el hombre de mirada azul le contase de quién decían que había sido amante Valentí Targa. Por eso lo animó repitiendo sus palabras:

—Lo de la foto, como decía su padre.

Pero, en lugar de reanudar el relato, Serrallac tiró la colilla al suelo y la pisó cuidadosamente. Señalando la inscripción de la lápida del tal Valentí Targa y moviendo la cabeza, llena de recuerdos, dijo:

—Sí, y yo escribo el pie de foto.

Echó a andar hacia la losa que estaba rebajando. Tina volvió a la tumba del falangista Fontelles y sacó un par de instantáneas. Después amplió el encuadre para que entrase la de los Ventura. Clic. Esa foto no era para el libro, sino un homenaje a un tal Joanet Esplandiu Carmaniu de ca de Ventura, 1929-1943, vilmente asesinado por el fascismo. Al fondo del encuadre, de perfil y un poco desenfocado, el mausoleo de los Vilabrú, inadvertidamente, como un verderón.

Capítulo 7

Aunque Oriol tuvo que esperar media hora, porque la señora y el administrador de fincas estaban despachando asuntos y se entretuvieron más de lo previsto contando cabezas de ganado y superficies de bosque susceptibles de ser explotadas, la segunda sesión de pintura fue más distendida. La señora Vilabré era Elisenda a secas, las pastas de té estaban en la sala desde el principio y Oriol se entretuvo en trasladar el cuerpo perfecto, en reproducirlo, en estamparlo en la tela, mientras ella le contaba cuando estalló la guerra me fui a San Sebastián. Precisamente allí conocí a mi marido. Sí, somos parientes lejanos. Se apellida Vilabré, como yo, sí. No, en Barcelona. Tiene muchas obligaciones y nunca puede venir. Naturalmente, claro, lo echo de menos. Pero eso no vale, es trampa.

—¿Cómo dice? —Oriol inmovilizó el pincel sobre el pecho izquierdo de Elisenda.

—Quedamos en apear el tratamiento.

—Es que...

—Es una orden.

Eso lo entendió. Reanudó el paso leve del favorecedor vestido liso por la prominencia del pecho.

—¿Cuándo empiezas a dibujar la cara?

—Prefiero conocerla..., conocerte mejor, familiarizarme más con...

—Claro.

—No te quedes rígida. Mueve el cuello y la espalda. Habla de lo que quieras.

Si pudiera decirte lo que empiezo a sentir. Si pudiera confesarte lo confundida que estoy, y que tienes unas manos mágicas...

—No sé de qué hablar.

Bibiana entró con la tetera humeante. Miró a Elisenda a los ojos, ésta rehuyó su mirada, la criada confirmó lo que ya sospechaba y a continuación salió de la sala discretamente. Oriol percibió cierta complicidad entre las dos mujeres, pero hizo como si estuviera enfrascado en un doblar de la manga.

—¿A qué se dedica tu marido? —preguntó cuando se quedaron solos de nuevo.

—¡Cuánto te interesa mi marido!

—No, ni mucho menos. Es para que hables un poco.

Pues fundamentalmente al estraperlo, en complicidad con dos coroneles de la capitania de Barcelona y alguna autoridad más. Y a ir de putas, a decir de quienes tienen el deber de decírmelo. Gana dinero a espuestas y no soporta tener que venir a casa de vez en cuando porque no puede mirarme a los ojos.

—Pueees... se dedica a sus negocios. Al comercio. Trabaja en una oficina, no sé de qué exactamente, pero esa actividad lo tiene ocupado todo el día. Y no para quieto.

No quería hablar de él. Cambio de tercio. ¿De qué podemos hablar?

—¿Y tú no prefieres vivir en Barcelona, en vez de aquí?

—No. Ésta es mi casa. Además, me gusta administrar las tierras personalmente. Y aquí murieron mi padre y mi hermano.

¿Y tu madre, Elisenda? ¿Por qué no hablas nunca de tu madre?

Unos retoques en el cuello, un cambio de color. El cuello estilizadísimo de la señora Vilabré, que ahora ya es Elisenda.

—¿Le gustaron los bombones a Rosa?

La cajita de bombones por sí sola ya era una obra de arte, de madera taraceada y barnizada. En el interior, doce bombones como doce joyas. Rosa cogió uno de color esmeralda.

—¿Por qué le has dicho quinientas?

—No me he atrevido a...

—Mil tenías que haberle pedido, te las habría pagado igual. ¡Qué tonto eres! Desenvolvió el bombón, contuvo una tos y partió la golosina con los dientes.

—Buenísimo —dijo—: Toma, prueba.

Sí estaba rico. Riquísimo.

—Le gustaron mucho. Y te da las gracias.

—Me alegro.

Volvieron a hablar de su tío August, concretamente de un libro que había publicado sobre algo relacionado con las derivadas, de la celebridad de que gozaba, de las clases que impartió en Roma durante el exilio al que se vio obligado por la amenaza de las hordas comunistas y de la fama de matemático intuitivo que le valieron, según llegó a saber, por boca del obispado, mosén Aureli Bagà, rector de la parroquia de Torena, porque, desde luego, mi tío era incapaz de alardear de nada. Lo que prefirió ocultar al maestro fue la tozudez con la que el padre August insistía a menudo, aunque indirectamente, en que el lugar debido de la esposa es al lado del esposo, hasta que un día, hacía poco, harta de oír siempre lo mismo, le respondió pues para que lo sepas, si voy a Barcelona con Santiago, lo encontraré rodeado de putitas, conque no vuelvas a hablarme de él.

—Perdona, hija. Yo no...

—Además, no pienso moverme de aquí en la vida. Soy la señora de casa Gravat, administro la hacienda y la hago prosperar. Y quiero enriquecerme más delante de muchas narices de este pueblo.

Bibiana sabía que, a partir de esa conversación, Elisenda Vilabré había cambiado el café por el té, para distanciarse más de la gente de Torena, y renunció para siempre a pasear por sus calles embarradas.

—Cuánto rencor hay en tus palabras. Me recuerdas a... No, déjalo.

—¿A quién te recuerdo, tío?

—A tu padre.

—Lo mataron, tío, por eso tengo tanto rencor.

Dios mío. Lo superaban las sombras y los recovecos de la naturaleza humana. En cambio, el número era perfectamente límpido, irracional e indiscutible. Sin embargo, en calidad de antiguo tutor de la joven, se vio obligado a decir no creo que esos sentimientos sean buenos.

—La guerra me ha hecho callos en el alma.

—Tienes que aprender a perdonar.

Elisenda no respondió y pensó en las lecciones que él mismo le había impartido sobre el Verdadero Sentido de la Justicia y del Castigo Divino; sobre los enemigos de la Iglesia Católica, a quienes debía considerar enemigos personales, y sobre la fortaleza que daba el vivir en la Verdad. Además, de acuerdo con la madre Venància, le había explicado los secretos de la vida contenidos en libros como El espíritu de Santa Teresa de Jesús, Páginas del cielo, La familia modelo y Remedios preservativos y curativos de las enfermedades del alma, todos ellos redactados por la venerable pluma de Enric d'Ossó, el padre fundador de las teresianas y un verdadero inspirador de devociones. Algún día Roma lo beatificará. Y a la larga, hija mía, será santo.

—Cada cosa a su tiempo —contestó a su tío al cabo de un largo rato.

—Cuidado con el brazo. No, el hombro.

—Me pica aquí.

—Está bien, cinco minutos de descanso.

Mientras tomaban el té, y aunque no estaba obligada a charlar para relajarse, le contó que, tan pronto como fue posible, mandó al administrador a hacerse cargo de la hacienda y a recuperar las propiedades que habían expropiado a la familia, y que posteriormente volvieron de San Sebastián a Torena. Pasó por alto el viaje a Burgos, tres días grises y oscuros en Burgos, pero era necesario. Sólo le dijo volvimos casados de San Sebastián y nos quedamos en Barcelona. Pasamos allí unos meses descansando y después nos instalamos aquí para terminar de arreglar los asuntos de la finca, pero Santiago sólo vivió quince días en casa Gravat. Le dolía todo, no soportaba el olor de ganado del pueblo y tenía trabajo en Barcelona.

—Pues aquí se vive muy plácidamente.

Hacía solamente tres meses que Oriol Fontelles Grau, maestro de escuela, pintor de su majestad la reina Elisenda, vivía en Torena. No había perdido aún la chispa de ilusión que encienden las novedades. Aún no había pasado un otoño ni un invierno en Torena, ni un despertar de primavera. Por tanto, podía permitirse tener ilusiones y podía decir aquí se vive muy plácidamente.

Ella, al contrario. Después de cerciorarse de que la casa estaba en orden, de que no la había asaltado ningún malhechor, dio muchas vueltas a la posibilidad de volver.

En cuanto tomó la decisión, mandó primero a Bibiana a limpiar. Después llegaron

Santiago y ella; Bibiana le contó que, según le habían dicho, el nuevo alcalde, el mayor de ca de Roia de Altron, había convocado a todo el pueblo de Torena en la Plaza de España, en el lado de la Calle del Caudillo, y se presentó con uniforme falangista, flanqueado por otros cinco de la Falange, todos forasteros, con los brazos en jarras, y Valentí Targa, que a partir de hoy se llamaría don Valentín Targa, dijo en castellano, en tono ampuloso e imaginativo, como una arenga didáctica, que su misión en Torena consistía en cumplir e imponer la ley, hacer limpieza y purificarnos. Y no me detendrá ni dios en la sagrada misión que Dios y el Caudillo me han encomendado. Ningún culpable quedará sin castigo, si es que no lo ha recibido ya. Pocos entendieron el alcance del discurso, pero todos captaron el tono. Y como lo que iba a decir a continuación era bastante importante dijo en catalán que quien tuviera algo que denunciar fuera a hablar con él. Y si a algún republicano recalcitrante se le ocurre protestar, se las verá conmigo y no volverá a levantar cabeza en su vida, por idiota. Lo juro por el generalísimo. Y, de nuevo en castellano, gritó de pronto viva Franco, arriba España. Sólo los uniformados y Cecilia Báscones, que era muy jovencita, contestaron gritando viva y arriba. Diafragmodinia o diafragma.

En cambio los demás miraban atentamente hacia el Bonyente. Menos los de ca de Narcís, que sonreían con disimulo, como los de ca de Birulés, y se decían por fin ha vuelto el orden, se ha terminado el caos y las personas decentes podemos volver a salir a la calle sin miedo a que nos partan un palo en la cabeza. Diafragma.

—No está de más un poco de orden en Torena, Bibiana. —Y la mujer lo entendió todo.

—Tengo intención de ir a menudo a pintar al aire libre —dijo Oriol al tiempo que volvía, abstraído, al caballete.

—¿También pintas paisajes?

—Hago lo que puedo. Soy diletante.

Se fijó en los pliegues del vestido y encontró un defecto en el codo. Y se sobresaltó de pronto al notar tras de sí el olor de nardo, como si tuviera la nariz en el cogote. Sin tiempo de dar media vuelta, oyó la dulce voz que decía lo serás, si tú lo dices; pero lo haces maravillosamente bien.

Oriol dio media vuelta. Elisenda contemplaba la tela con atención.

—¿Te molesta que lo vea inacabado?

—No —mintió él—. Es tuyo.

A un palmo el uno del otro. La vida se ponía imposible.

Capítulo 8

El día veintiuno de junio de mil novecientos sesenta y dos, Marcel Vilabrú i Vilabrú bajó por última vez en su vida los seis escalones de la entrada principal del IPAIC Sant Gabriel, el internado (situado en un lugar inmejorable para la educación integral —física, mental y espiritual— de vuestros hijos) en el que había estudiado ingreso, primero, segundo, tercero (con dos pendientes del curso anterior), cuarto (con una de tercero y una de segundo) y reválida, qué va a hacer el niño, ciencias o letras, qué prefieres, qué es lo que más te conviene, yo sé lo que más te conviene. Me gustaría estudiar ciencias. No, letras. Estudiarás letras. Pero me gustaría. ¿Cómo te va a gustar? Pues sí, prefiero..., no sé, algo relacionado con las montañas, los bosques, la nieve. Sé realista, Marcel: estudias letras y luego Derecho; así podrás dedicarte a los negocios de la familia, que, por si se te ha olvidado, tienen que ver con la nieve.

No es lo mismo, me gustaría... Fíjate en mí, hombre: soy abogado y ya ves lo bien que vivo. Y qué dice mi madre. Quiere que seas abogado, porque siempre que te suspenden alguna, son las mates o la física. Pues que venga ella a decírmelo. Tiene mucho que hacer; es decir, harás letras. Quinto (con latín y griego suspendidos en junio y en septiembre), primera embestida al PREU, segundo intento de PREU, y examen de la universidad. Bajó los seis escalones y, en vez de volverse y empezar a añorar los buenos momentos (te acuerdas de aquella noche, cuando, a la hora de la cena, abrimos los armarios de, o de las clases de gimnasia en medio de la niebla espesa de la plana de Vic, la verdad es que nos lo pasamos, no sé..., ¿no?), esperó a que saliera el abogado Gasull, acompañado por la señora Pol, quien le decía en definitiva, hemos completado la formación de un hombrecito, que ahora se lanza a la vida, y cuando se acercaron lo suficiente y Romà Gasull se despedía de la señora Pol, Marcel Vilabrú i Vilabrú escupió en el suelo ostentosamente y se dirigió al coche negro en el que Jacinto mataba el rato hojeando una revista danesa o sueca de mujeres que iban a pillar un constipado. Marcel Vilabrú no miró atrás, al edificio del colegio en el que había aprendido trigonometría, en el que había aprendido a mentir, a masturbarse, a recitar pasablemente las cinco declinaciones latinas, a traicionar en beneficio propio para evitar castigos, a decir Ô rage, ô desesper! con acento detestable y a entender que su madre era una mujer muy ocupada que mandaba más que cualquiera de los hombres que la rodeaban, incluido él, y que, desde que se había muerto papá, en vez de hablar, se limitaba a dar órdenes cada vez más secas y precisas y a esperar que todo el mundo obedeciese al pie de la letra.

Durante el trayecto, en silencio los tres hombres (porque él ya era un hombre según el criterio de la señora Pol), pensó que, cuando volvía a casa, siempre estaba rodeado de hombres como Jacinto y Gasull. A Gasull lo veía más que a su padre.

Tanto es así que lo que mejor recordaba del padre era la mirada inquisitiva que le

lanzaba cuando creía que no lo veía, además de la sensación de que no le tenía cariño, de que estaba de más en su vida. Todo eso, en las pocas veces que lo había visto.

—¿Por qué es tan raro mi padre?

—No es raro.

—Me mira de una forma rara.

—Son imaginaciones tuyas, hijo.

—¿Por qué no está nunca en casa?

—Tiene muchas obligaciones.

—Papá tiene muchas obligaciones, tú tienes mucho que hacer... ¡Esto es una mierda!

Fue la primera vez que Elisenda pensó en la posible necesidad de reorientar la educación de su hijo, y que tal vez el IPAIC Sant Gabriel no fuera el colegio más adecuado y que a lo mejor habría sido preferible el internado de Basilea del que le había hablado Mamen Vélez en una ocasión. Pero, lo que son las cosas, se le olvidó por completo cuando todo se torció. Porque resulta que el seis de noviembre de mil novecientos cincuenta y tres, cuando Marcel tenía la tierna edad de nueve años, al señor Santiago Vilabrú se le antojó tener un ataque de corazón brutal y ahí se quedó.

Al menos, tuvo el buen gusto de no morir en el Nidito ni en ningún otro prostíbulo, ni en brazos de una esposa infiel, sino en las oficinas del Sindicato Vertical. Era un día frío y había ido a la sede del Sindicato Vertical a ver a Agustín Rojas Pernerá en compañía de don Nazario Prats, el gobernador civil y Jefe provincial del Movimiento de Lérida. Habían quedado en ir juntos al tercer piso y ajustar las cuentas al cabrón de Rojas Pernerá, que les había birlado los beneficios de una operación de contrabando, estraperlo y estafa, un poco de cada, a costa de gestionar imaginativamente unas partidas de leche en polvo americana. La brillante operación era obra de Vilabrú y se había llevado a cabo gracias a los contactos de Prats, pero el Pernerá de los huevos se había embolsado todos los beneficios, todos.

Por fin se encontraron frente a frente, y el tío sonriendo cínicamente, respaldado y protegido por los retratos de Franco y José Antonio. Los miró, echó un vistazo apremiante al cristal opaco que los separaba del pasillo y dijo a media voz qué beneficios, qué operación, amigos míos, camaradas, aquí no consta nada de ninguna operación. Ni aquí ni en ninguna parte. Que mintiera, que se chulease todo lo que quisiera. Sin embargo, Vilabrú (con todo lo que había tenido que soportar en la vida, sobre todo por parte de su mujer) no pudo soportar otra sonrisa maliciosa más y decidió reventar. Plaf, se derrumbó en el suelo ante la mesa del mierdoso de Pernerá, y el gobernador Nazario Prats se largó por piernas del despacho sin detenerse a comprobar si había sufrido una lipotimia, un mareo, una indigestión, un infarto o se había muerto. No quería que nadie lo viera en el despacho de Pernerá con muertos de por medio y dejó a Vilabrú allí tumbado; volveremos a vernos después, cuando se

pase el apuro, pero, si de verdad ha muerto, reclamaré a Pernerá hasta la última peseta, incluida la parte de Vilabrú. En cierto modo tengo derecho moral sobre ella. Y Elisenda y su hijo encabezaron el entierro en Barcelona, la viuda, escondiendo su indiferencia en la mantilla y pensando morirte ha sido una buena decisión, Santiago, porque has hecho tan poca mella en mi vida que ni siquiera te he odiado. Lo único bueno que te he encontrado en trece años de matrimonio ha sido que te apellidaras Vilabrú, como yo.

Los Vilabrú de la gran rama de los Vilabrú-Comelles, afincados de toda la vida en Barcelona desde hacía ya tres generaciones, los más conservadores de la familia, los franquistas, que antes habían sido monárquicos y, antes, monárquicos carlistas, sobre todo a raíz del injerto Comelles, familia emparentada con los Aranzo de Navarra, de quienes se decía que eran carlistas antes de que existiera el carlismo, a todos los entristeció mucho la muerte de Santiago y, en mayor o menor medida, declararon si ayer precisamente hablé con él por teléfono y no me pareció que; o siempre se van los mejores; o bien, es ley de vida, quién lo iba a decir. Y pensar que habíamos quedado para la semana que viene; o qué muerte tan absurda. ¿Nueve añitos, el niño? Fíjate, nueve añitos, pobrecillo, sin padre a los nueve años. Y sin el título de la baronía, según dicen. Sí. Y Elisenda, qué altivez, ¿no os parece? Mujer, que acaba de perder a su marido. No, no; sé muy bien a qué me refiero. Elisenda atraviesa a la gente con la mirada porque ni siquiera repara en ella.

—La acompaño en el sentimiento, señora Vilabrú —declamó don Nazario Prats, la autoridad más importante, junto con el ministro de Agricultura y los presidentes de las diputaciones de Barcelona y Lérida, de las que finalmente se presentaron.

—Gracias, que usted lo vea.

Y, después de sonreír con tristeza al único ministro presente, se acercó al gobernador y le dijo al oído la parte de Santiago era de Santiago y ahora es mía. Si no quiere que lo denuncie.

Tras secarse el sudor de las manos, don Nazario se limitó a besar la mano a la señora Vilabrú, y los que no eran de la familia comentaban qué gran señora es, por qué demonios vivirá recluida en las montañas salvajes.

Y así fue como Marcel no lloró la muerte de su padre ausente ni fue matriculado en Basilea; y así fue como siguió arrastrando los pies y el expediente por el IPAIC

Sant Gabriel y volviendo a casa en vacaciones, y, desde la inauguración de la Tuca Negra, en Navidad no paraba en casa, porque se iba a triscar por el monte con Quique, que le enseñó los mejores parajes para esquiar por libre y, sin pretenderlo, le enseñó también a amar la montaña. Qué aburridos se hicieron entonces los veranos, sin nieve y sin Quique.

Capítulo 9

Había preparado un poco de verdura. Le gustaba el olor de la coliflor, que se adueñaba de la casa, como cuando era pequeña. Le daba una sensación acogedora, sobre todo si al otro lado de la ventana proseguía el llanto silencioso de la nieve sobre las calles dormidas. Placeres compensatorios. Al oír la puerta de la calle, el corazón le dio un vuelco, porque ya sabía cómo iba a empezar la conversación.

Ahora, sí. Sería hoy. Le diría Jordi, me has decepcionado, eres más falso que otro poco: me has engañado y eso me ofende. Después, todo dependería de la reacción de Jordi. Qué difícil es decir la verdad. Dio media vuelta dispuesta a decirle Jordi, me has decepcionado porque eres más falso que otro poco, pero se quedó con la palabra en la boca, porque no fue Jordi, sino Arnau, quien plantó la bolsa llena de secretos en medio de la salita y le dio un beso.

—¿Qué haces aquí? No estabas en...

—Es que tengo que deciros una cosa muy importante. —Miró hacia el pasillo—.

¿Dónde está papá?

Como atendiendo a la llamada filial, Jordi abrió la puerta de la calle silbando una musiquilla inidentificable. Se quitó el anorak y entonces vio a Arnau. Doctor Zhivago se puso en guardia, extrañado por la presencia de los tres a un tiempo.

—¿Qué haces en casa? —Con cierto resentimiento—: ¿No estabas con esa pandilla de cocainómanos?

—Acabo de solicitar el ingreso en la comunidad benedictina de Montserrat. —Los tres de pie—: Quería comunicároslo.

Inmóviles los tres, como figuras del nacimiento, y la nieve al fondo, tras la ventana del establo, ella, mirando a Arnau, y Jordi, mirando boquiabierto ora al buey, ora a la mula.

—Ingreso la próxima semana para empezar el postulante.

Tina se sentó, abatida, en el primer sillón que encontró. Se le fue de la cabeza lo de Jordi, me has decepcionado porque eres más falso que otro poco, y, por primera vez, vio a su hijo tal como era, un gran desconocido que había crecido a su lado, pero siempre muy lejos.

—¡Qué tontería! —refunfuñó San José al tiempo que dejaba el anorak en el sofá.

—No. Tengo edad para decidir lo que quiero hacer con mi vida.

—Pero, hijo, si tú... —Tina, desesperada, comprendió que su ilusión de dar a su hijo una educación perfecta era una entelequia—. ¡Si no estás bautizado! ¡Te hemos educado como ciudadano libre!

—Me he bautizado. Solicité el bautismo hace tres años.

—¿Por qué no nos has dicho nada?

—Por no daros preocupaciones. —Concediendo—: A lo mejor me equivoqué.

—Un momento, un momento. —Jordi empezó a reaccionar tras el bofetón inicial — : Es una broma, ¿verdad? —Con complicidad de padre simpático, como los que suelen decir que, para sus hijos, son más un amigo que un padre—: ¿La cámara oculta? ¿Una apuesta con tus amigos? ¿Simples ganas de tocar las narices? ¿Se te ha olvidado que estamos en el siglo veintiuno? ¿Se te ha olvidado que te hemos educado en el multiculturalismo abierto, en la transversalidad y en la libertad?

—No, no, qué va. Pero soy creyente; tengo fe y vocación monacal. —Lo dijo pausadamente, bajando los ojos, sin alzar la voz, pero con claridad.

—¡Qué vocación ni qué leches! —saltó Jordi, más ofendido por el tono suave de su hijo que por lo que les había revelado.

—Por qué no nos has dicho nunca que querías..., que tenías unos... Por qué no... Por qué...

Cada vez que Tina se ponía a preguntar por qué cuando ya no había remedio es que había perdido la batalla, porque preguntarse cómo habría sido todo si era un ejercicio completamente inútil, puesto que las cosas habían sucedido sin el si y era preciso afrontarlas tal como se presentaban, y no pensando en el si. ¿Por qué Jordi es infiel y me engaña, por qué Arnau no me tiene nada de confianza, por qué he hecho las cosas tan mal que los dos hombres de esta casa son unos desconocidos para mí, por qué todo, Dios mío en quien no creo?

—Oye, Arnau. —Jordi adoptó otra vez el tono dialogante y aprovechó el silencio perplejo de Tina para meter baza—: Nosotros te hemos educado en un ambiente de libertad, hemos estado a tu lado en todo momento, te hemos apoyado cuando lo necesitabas, te hemos inculcado nuestra fe en la humanidad, en el mestizaje de culturas y...

—¿Qué dices?

—Que te hemos enseñado a no caer en supersticiones, te hemos explicado que la grandeza humana radica en la honestidad y que hacer el bien consiste en ser honrado con uno mismo y con los demás, sobre todo en un mundo cada vez más globalizado, y que todo lo que la Iglesia nos embute en la cabeza desde hace siglos no es más que un engaño, una manera de mantener el poder sobre las personas. ¿Es que no te lo hemos explicado con suficiente claridad?

—Nadie me ha obligado a creer.

—Hazte ecologista. Pero monje, no, por favor.

—Papá...

—¡No has tenido ninguna influencia religiosa en casa, coño!

—Pero fuera, sí.

¿Quién te ha corrompido?, pensó Tina. ¿Quién te ha perseguido y te ha manipulado el alma para obligarte a cumplir su santa voluntad? Y Tina oyó a su marido decir con voz grave, un poco teatral quizá, Arnau, hijo mío, me ilusionaba

pensar que había educado a un hijo en los valores de la justicia y la libertad, la nobleza y la honradez, y creía que te habíamos dado buen ejemplo en todo y ella casi estalló de furia y casi dijo calla, Jordi, tú no tienes derecho a hablar de justicia y de libertad, ni de honradez ni de nobleza, porque haces un doble juego y mientes y eres tan cobarde que me escondes tus sueños porque ya no tengo cabida en ellos.

Tres extraños, uno junto a otro, pensó Tina; tres extraños que vivían juntos desde hacía veinte años y de pronto reconocían públicamente que, para llegar a un resultado tan pobre, podían haberse ahorrado la convivencia.

—¿Es que tienes alguna queja de la educación que te hemos dado? —dijo Tina con un hilo de voz.

—Yo no he dicho eso.

—Lo has dado a entender —dijo su padre.

—No. Pero parece que lo único que os preocupaba es que siempre tuviera preservativos a mano y que no me pinchase.

El pinchazo se le clavó a Tina en el corazón. Creía que, hijo mío. Aunque nos dediquemos a educar a los hijos de los demás, nadie nos ha enseñado a educar a los nuestros, y cuando empieza una a aprender ya es tarde, porque los hijos se marchan sin darnos otra oportunidad.

Al ver absorta a su mujer, Jordi echó a Doctor Zhivago del sofá sin miramientos y se sentó exhalando un suspiro con toda la intención de despertar compasión en su hijo. De repente se dio una palmada en las rodillas:

—¡Es intolerable! —estalló, probando otro registro—. ¿Monje tú? ¿Mi hijo va a ser monje? —Indignado, se levantó y miró a Tina buscando un apoyo contundente—: No quiero que mi hijo sea esclavo.

—No soy esclavo de nada. —Con su voz baja y suave—: Quiero dar a mis actos un sentido profundo.

—¿Y los estudios de periodismo?

—No me interesan nada.

—¿Y los compañeros y compañeras de piso?

—Viven su vida, y yo, la mía. —Con decisión, en un tono que no admitía duda—: Sea como sea, dentro de una semana ingreso en el monasterio. —Los miró a los ojos—: Sólo os pido una cosa, si puede ser: vuestra bendición. —Sacudió la cabeza—.

Perdón: vuestro consentimiento.

—Increíble.

—Yo quiero que seas feliz, Arnau.

Al menos selo tú, ya que no podemos serlo los tres, porque si Jordi me esconde su vida, es que no es feliz, y en cuanto a mí, el día en que la Renom me dijo he visto a tu marido en Lérida, qué bien se conserva, pero se suponía que estaba en la Seu, en una reunión que duraría dos días, y después me hizo el papelón de contarme cosas de la

reunión de la Seu, ese día dejé de ser feliz para siempre, porque la felicidad consiste sobre todo en estar en paz conmigo misma, pero Jordi ya no es yo misma.

—Lamento no haber podido educarte de otra manera —remató con un suspiro. Y miró a Doctor Zhivago; el gato respondió con un bostezo indiferente. Entonces notó el pinchazo, más doloroso que de costumbre. Por el disgusto, seguro.

—No me resigno a perder a mi hijo de esta manera tan vergonzosa —lo intentó Jordi una vez más.

No te das cuenta de que lo habíamos perdido hace tiempo, Jordi, pensó ella, abatida.

—¿Me dais vuestro consentimiento?

—Sí.

—No, yo no.

—Lo siento en el alma, pero voy a ir aunque sea sin tu consentimiento, papá.

—¿Lo sabe mucha gente?

—¿Te preocupa el qué dirán? —estalló Tina.

—¡No lo dudes! —Irritado, señaló a Arnau—: Y óyeme, ¡no quiero que me avergüences delante de... —vencido—: Es igual, dejémoslo. Eres un hombre libre.

Tantos años de lucha para transformar la sociedad en un lugar más justo, y mi propio hijo...

¿Luchar tú, simplón?, pensó Tina. Los que lucharon fueron los que nombra Oriol Fontelles en sus cuadernos, pero tú y yo...

Jordi se frotó las manos, nervioso, derrotado:

—Y esos monjes de los cojones no podían tener la delicadeza de advertirnos...

—Les pedí que no intervinieran. Vuestro hijo soy yo, no ellos.

—¿Cuándo dices que te vas?

A pesar de la rabia, hacía un rato que Tina estaba pensando en lo que tenía que llevarse un hijo que ingresa en un monasterio, cuántas mudas, cuántas camisas y calzoncillos, te pondrán sotana o como se llame desde el primer día, y en un edificio tan incómodo seguro que pillas un catarro tras otro, con tantas corrientes de aire; camisetas de abrigo, o si tengo que meter un libro a escondidas para que no te aburras, o un fuet por si no te gusta la comida del monasterio y habrá que llamarte padre, dom, mosén, fray o sólo Arnau. Que no te cambien el nombre, hijo mío, que te lo pusimos para toda la vida. Y cuándo podremos ir a verte, Arnau, hijo mío.

Capítulo 10

Labios adecuadamente carnosos, de un color rosado ligeramente oscurecido.

Pómulos, una leve tendencia a sobresalir, pero discretísima. Perfil de la cara, ovalado, presidido por unos ojos tan repletos de historia que era imposible adentrarse en ellos.

De momento no los tocaría. El pelo...

—Deberías peinarte siempre igual.

—Claro. No me había dado cuenta. ¿Estoy bien así?

La pregunta más innecesaria que le habían hecho en la vida.

—Si tú te encuentras a gusto... Pero péinate igual para la próxima sesión.

—¿De qué hablamos hoy?

—Yo no, que tengo que concentrarme. Cuéntame cosas. De cuando eras pequeña.

Fui una niña un poco desgraciada, porque mi madre se fue de casa y no supe por qué hasta que mi hermano me contó en secreto, pero júrame que no se lo dirás a nadie, porque si no te mato, mamá se ha escapado con un señor. ¿Y eso qué quiere decir, Josep? Que no la volveremos a ver nunca más, que por eso está papá de tan mala hostia. Qué quiere decir mala hostia. No sé, pero si lo dices tú, te mato; o te mata papá. Toma, besa la cruz y júrame que no se lo dirás a nadie. Y Elisenda besó la cruz y dijo juro que no volveré a decir hostia nunca más. No, el otro secreto, el de mamá. Elisenda volvió a besar la cruz y dijo juro que no diré a nadie que mamá se ha escapado con un señor. Y lloró cinco días y cinco noches porque, al parecer, nunca más vería a su madre. Como no podía contar todo eso a un pintor casi desconocido, se quedó en silencio, con la mirada perdida, a ver si recordaba la cara de su madre allá, en hace mucho tiempo, entre nubes de recuerdos, un bulto oscuro, unos ojos como agujas y un rastro de impaciencia en las manos. No sé siquiera si ha muerto ni quiero saberlo. Resultaba todo tan impreciso y agrisado como el regusto que deja decir mamá y no oír a nadie que responda qué, hija.

Ni el pintor ni la modelo abrieron boca en media hora. Se dieron cuenta de que estaban a gusto en silencio, cerca el uno del otro. De que no hacía falta llenar los vacíos con palabras tímidas. De que era más agradable estar en silencio, cada uno en sus cosas, ella, tal vez pensando todavía en la madre imprecisa y él, rememorando el día en que llegaron: Rosa, en un taxi asmático, con las maletas y la tripa poco prominente todavía, y él, detrás, en la moto, tras un viaje larguísimo desde Barcelona, la primera media hora a oscuras, la segunda, achicharrado a pleno sol, y cansadísimo en cuanto dejaron Balaguer atrás y tomaron el camino de un lugar alejado de todo en el que seguramente no podrían medrar ni las penas ni las alegrías.

Llegaron cansados, a mediodía, a la plaza mayor de Torena, que ya se llamaba Plaza de España, y descargaron los bultos del taxi: cuatro platos, cuatro libros, cuatro

prendas de ropa, el retrato de Rosa, sin saber dónde ir, porque la plaza estaba desierta, aunque las miradas puntiagudas que les llegaban desde las ventanas les escocían en el cogote.

—Aquello debe de ser la escuela —dijo Oriol, improvisando una chispita de ilusión en los ojos. Estaban solos porque el taxi ya había dado media vuelta y renqueaba por la carretera de Sort en busca de un arrocito caldoso. Si es que en esos andurriales conocían el arroz.

—La casa del maestro estará al lado.

—Supongo.

Cargados e inseguros se alejaron de la plaza en dirección al pequeño edificio escolar, a partir del cual el pueblo se resolvía en paisaje. Entre tanto, en el Ayuntamiento, Valentí Targa ya sabía que se trataba del nuevo maestro, y seguro que estaba buscando la casa. Dio una calada, soltó el humo y se dijo en algún momento tendrá que pasar por aquí.

La casa del maestro era un piso minúsculo, alejado de la escuela, en el lado opuesto de la plaza, con unas ventanucas usureras cuya función debía de consistir en mantener el interior oscuro y húmedo; había una cama, un armario de luna, un fregadero para fregar los platos de loza que Rosa llevaba en el capazo, y dos bombillas de veinticinco. Y triste miseria.

—Te dije que no hacía falta que vinieras hasta que...

—¿Por qué iba a dejarte solo?

Rosa echó una ojeada al esbozo de casa. Se acercó a su marido y, con la actitud cansada de las embarazadas, le dio un beso en la mejilla.

—Lo bueno es que nos han dado el puesto.

Lo bueno era que les habían dado el puesto aunque hubieran tenido que ir al fin del mundo: porque, al principio, les dijeron que tenían preferencia los ex combatientes. Pero a los ex combatientes del bando vencedor no les apetecían los pueblos perdidos en el fin del mundo, donde no prosperan ni las penas ni las alegrías, y seguían pelándose, pero por ir a las grandes ciudades, y todos alardeaban de su inmarcesible fidelidad al nuevo régimen. La plaza de maestro en Torena había quedado vacante porque nadie sabía dónde se encontraba ese pueblo. Ellos tampoco.

Tengo entendido que en la parroquia de Santa Madrona del Poble Sec hay una enciclopedia en veinte volúmenes muy completa, que lo tiene todo. Por eso Oriol Fontelles y Rosa, su mujer, fueron a consultarla con ilusión, para saber algo del pueblo que les adjudicaron cuando ya estaban convencidos de que un maestro joven, que no había ido a ninguno de los dos frentes gracias a una oportuna úlcera de estómago y que tampoco había cumplido el servicio militar gracias a la misma úlcera, no sería nunca maestro en ningún sitio. Y en la enciclopedia en veinte volúmenes decía que Torena es un pueblo idílico, situado cerca de Sort, en la comarca del Pallars

Sobirà, con una població censada de trescents cinquanta y nueve habitants (més uns veinte exiliados y treinta y tres muertos de guerra a causa de la guerra: dos al estallar la rebelió fascista y los demás durante el desarrollo de los acontecimientos posteriores. Más otros cuatro habitantes que habían de morir y no lo sabían, también a causa de la guerra, y que no constaban en ninguna estadística, porque el mañana sólo es de Dios). Sus cultivos más importantes: patata (sobre todo), trigo para el consumo propio, centeno, cebada, algunos manzanos en el bancal de Sebastià (donde se cometerían algunos asesinatos) y, esporádicamente, cuatro coles y unas hileras de espinacas en las márgenes soleadas de algunos campos. Es notable el censo de ganado bovino y ovino debido a la abundancia de prados naturales. El pueblo está situado a mil cuatrocientos ocho metros sobre el nivel del mar en Alicante (y hace un frío cruel. Hay que ponerse jersey hasta en verano). Además de una iglesia parroquial dedicada a San Pedro, cuenta con una escuela para los cuarenta niños del pueblo y alrededores (excepto Tudonet el de ca de Farinós, que es retrasado en todos los sentidos y sus padres no quieren que lo vea nadie).

—Un remanso de paz —resumió Oriol, cerrando la enciclopedia, sin rastro de ironía en la voz, porque, a diferencia de Bibiana, él no adivinaba el futuro—. Será beneficioso para los pulmones.

Unos días después de tomar la decisión, Oriol empezó a insistir en la conveniencia de que Rosa se quedara en Barcelona, porque allí, en la montaña, hacía mucho frío y no tenía por qué ir al pueblo hasta después del parto; de momento, mejor que no fuera. Hasta que Rosa se cerró en banda y dijo que iría donde fuese él y que si tenía que parir en la montaña, pues así sería, como todas las mujeres de Torena. Y no se hable más. Y no se habló más.

Y allí estaban los dos, en el remanso de paz y de frío. Con un montón de libros en las manos, Oriol miró el jergón de espaldas que haría las veces de colchón y las paredes de color café con leche, ennegrecidas por años de estufa de leña.

—Qué bonito es el silencio, ¿no? —tosió Rosa, con el pañuelo en la nariz.

—Sí —suspiró él—. Muy bonito.

Dejó los libros encima de la cama y se pusieron a dilucidar el funcionamiento de la estufa de leña. Se oyó ruido de motor en la calle. Por la minúscula ventana vieron detenerse un coche negro en el centro mismo de la plaza solitaria; se apearon, ¡ahí va!, parecen falangistas.

—¡Ay, la Virgen!

Tres. No, cuatro y hasta cinco falangistas jóvenes, todos con la raya del pelo al mismo lado, cerraron ruidosamente las portezuelas y se dirigieron a una parte de la plaza que no se veía desde la ventana. No dijeron nada. Oriol y Rosa no dijeron nada porque sabían que un pelotón de falangistas que actúa resueltamente no es nada bueno para la salud.

Un cuarto de hora después, Oriol conoció a Valentí Targa; fue al Ayuntamiento a firmar la posesión de la plaza antes de que alguien, en alguna instancia superior, se echase atrás. En la salita que hacía las veces de despacho, paredes de color verde vacuo, muebles carcomidos de madera y baldosas rojas, hablaron por primera vez Valentí Targa, el verdugo de Torena, y Oriol Fontelles, su mentor. El señor alcalde también llevaba uniforme falangista, mangas de la camisa remangadas, y lucía un bigotito sobre el labio superior y una mirada húmeda y azul que contrastaba con su pelo negro. Se le notaban en la cara las primeras arrugas, pero todo él exhalaba la energía necesaria para poder llamarse con razón el verdugo de Torena. Un par de hombres uniformados, de los que iban en el coche negro, entraron y salieron del despacho sin pedir permiso y sin mirar siquiera a Oriol, como si fuera una hormiga.

Hablaban en castellano. Y todo por culpa de la enciclopedia en veinte volúmenes de la parroquia de Santa Madrona del Poble Sec, que no les había informado de que Torena, aparte de ser beneficiosa para la salud, tenía un defecto: quedaban allí varias muertes pendientes que no podían esperar más.

—Así pues, nos vemos en el café después de comer —dijo el alcalde a modo de colofón de la brevísima entrevista—. Hoy y todos los días, haya escuela o no.

Era una orden, pero Oriol no lo interpretó así, porque contestó que tenían mucho que hacer en casa, pues había que limpiar, y guardar la ropa en los armarios, bueno, en el armario, y que, en todo caso, otro día.

—A las tres en el café —fue la respuesta del señor alcalde, antes de volver la cabeza y hacer como si no hubiera nadie en el despacho. Entonces, Oriol entendió que era una orden y dijo sí, señor alcalde. Miró los retratos de Franco y José Antonio, colgados en la pared, detrás del alcalde, y sólo se le ocurrió pensar que allí hacía falta una buena mano de pintura. Y sin bromas, porque, en ca de Marés, un par de ociosos aseguraba en voz baja que el señor Targa acaba de comprar la mitad de la vertiente de la Tuca Negra, que era de casa Cascant, aunque no estaba en venta. Pues resulta que, desde el día en que denunciaron a Tomàs por republicano, esa porción de la Tuca se puso en venta mágicamente, anda y vuelve por otra. Sí. Pues, por lo que me han contado a mí, no fue él quien la compró. Y cambiaron de conversación porque entraba el alcalde, como todas las tardes, a pasar el rato fumando en silencio en una mesa, a la que, además de don Valentí Targa, alcalde y jefe local del movimiento de Torena, se sentaba uno de sus compañeros de uniforme, un hombre de cabello rizado y oscuro, tan silencioso como él, impacientes y silenciosos los dos, como si estuvieran esperando a alguien. A partir de las tres, Oriol observó que los pocos parroquianos del café también guardaban silencio y, fingiendo que jugaban tranquilamente a la butifarra, aprendían la lección sobre el partido que tomaba el nuevo maestro.

Por la noche, cuando todo el mundo sabía ya a qué bando se apuntaba el maestro,

Oriol y Rosa, ella conteniendo la tos, hicieron el amor en el jergón de espadas con mucha prudencia, debido al embarazo, pero sobre todo sin hacer ruido, para no romper el bonito silencio de ese idílico rincón del mundo. Desde entonces le temblaban las manos, como si supieran todo lo que tenía que suceder. Las manos.

Las tres cosas más difíciles de pintar en un retrato son las manos, los ojos y principalmente el alma. Las manos de Elisenda eran dos torcaces blancas en pleno vuelo, elegantes, seguras, proporcionadas. Pronto tendría que empezar con ellas. Los ojos quedaban para el final, cuando pudiera mirarlos sin consecuencias. Y el alma, bueno, eso no dependía de él. O entraba en la tela por voluntad propia o se quedaba fuera con una mueca de desprecio.

—¿Descansamos un poco, Oriol?

—Muy bien.

—¿Por qué no dices a Rosa que venga a tomar el té? —dijo Elisenda levantándose, y estiró los brazos para desentumecerse con una familiaridad que lo turbó—.

¿Quieres que mande a buscarla?

¿Es porque quiere defenderse de mí? ¿Acaso me tiene miedo?

Ante la indecisión de Oriol, tocó la campanilla y dijo Bibiana, di a Jacinto que vaya a buscar a la señora Fontelles, si le apetece venir a casa. Muy bien, Jacinto, así me gusta.

Capítulo 11

¿Montse Bayo? Menuda pánfila.

—Se te cae la baba cuando estás con ella.

Marcel silenció la impertinencia con un beso impetuoso que la dejó sin respiración.

Ahora mandaba él, estaba en su territorio e iban a dar las ocho de la noche. Pero debía seguirle el juego, debía acatar las normas y por eso, cuando ella le preguntó de dónde sacaban esas cosas, se puso a mirar las figuritas de la repisa de la chimenea como si fuera la primera vez.

—No sé. Siempre han estado ahí.

—Y este reloj...

Señaló un reloj de oro adornado con angelitos a ambos lados de la esfera, que daba las horas discretísimamente con una campana aguda y tímida, como si fuera consciente de que quien mandaba allí era el venerable sonido del reloj de pared.

—¿Qué?

—Es mono. ¿Cómo sabes que no va a venir nadie?

—Qué pesada te pones. ¿Por qué insistes tanto?

—¿Por qué no vamos arriba?

—¿Adónde?

—A tu habitación.

—¿Para qué? —Se volvió a mirarla—. ¡No me digas que quieres jugar con el tren eléctrico!

—¡Anda éste! —Lisa se dejó caer en un sillón y torció el morro calculadoramente—. ¿Cómo sabes que no va a aparecer tu madre y...?

—Imposible —la cortó Marcel—. ¿Y a qué viene tanto interés?

Lisa se levantó y se quitó la camisa. Debajo llevaba una camiseta de lana Stadler, de las que compraban sus padres en Zúrich.

—Porque hace mucho calor aquí, tan cerca del fuego.

—Es verdad. —Marcel se quitó el jersey y la camisa. Su camiseta, también de lana, de La Pastora, de Mataró.

—Si de pronto aparece tu madre y nos ve tan acalorados... —Se rió muy nerviosamente, mucho.

—Está en Madrid.

—Es guapa.

—¿Quién?

Lisa señaló el retrato que presidía la chimenea. Elisenda, elegante, muy joven, pero tan elegante como ahora, con un libro en las manos, mirando al frente, mirándola a ella con ojos luminosos, muy rebosantes de vida, casi parecía que le

hablaran, que le dijeran Lisa, monina, quieres ligarte a mi hijo pero no estás a su altura.

—Es tan beata que le daría un patatús, si nos pillara.

Te daría a ti para el pelo, pensó Marcel. Cualquiera diría que te gusta que nos vean, so zorra, pensó. Y galantemente le besó la mano. Ella estiró las piernas hacia el fuego y alargó el momento cuanto pudo, porque le gustaba que le besaran la mano.

Pero no hay besos eternos.

—¿Cómo es que esquías tan bien?

—Vengo a casa siempre que puedo desde..., no sé, desde siempre.

—Ya, pero también hace mucho que yo... —Lo miró a los ojos—. Pero es que tú...

—Para mí, la nieve es una forma de vida. La montaña, los árboles cubiertos de nieve, el silencio, deslizarme con los esquíes, el viento que me corta la nariz... Y la gente, lejos, sólo unos puntitos que no hablan, ni gritan ni molestan... Es una manera de entender la vida. —Dejó la camisa en el sillón—. En la cota dos mil cien soy dios.

Lisa lo miró boquiabierta, un tanto maravillada ante semejante declaración de principios. Marcel se quedó satisfecho de lo bien que estaba metiéndose a Lisa Monells en el bolsillo. De pronto, la chica hizo unos movimientos y en un visto y no visto se quitó los pantalones de esquiar. Piernas blancas, torneadas, lisas, perfectas, con un hoyuelo en la rodilla: la premonición de la felicidad.

—¡Ah, qué calor da este fuego!

—¿Quieres un whisky?

—No. Ahora no.

Es decir, después, en todo caso, si es que llegamos de una puta vez a un después, porque, por mucho que diga Montse, eres el tío más lento que he visto en toda la facultad de Derecho.

Sin dejar de jugar, le desabrochó el cinto y, burla burlando, le bajó los pantalones de un tirón.

—¡Vamos, hombre! —se reía ella—. Que con este calor te va a dar el sarampión.

Piernas peludas, morenas, fuertes, musculosas, de atleta. Exactamente como se lo había dicho Montse Bayo.

Pierna contra pierna, Lisa hizo un comentario sobre la diferencia de color de la piel, es que pareces negro, Marcel. Y él le acarició el tierno muslo y Lisa pensó coño, tío, ya era hora, Marcel Vilabré, hostia. Y, para animarlo, le preguntó tienes amigos aquí, en el pueblo, y él respondió con una mueca, como diciendo tú estás majara.

—Es que como siempre dices que vienes los fines de semana...

—Los de aquí huelen a vaca que tiran para atrás.

—¡Quién fue a hablar! —Lisa se erigió en defensora del pueblo de Torena.

Acusadoramente, añadió—: Tú también eres de aquí.

—Nací en Barcelona. —Le agarró la rodilla izquierda a la altura del hoyuelo. Qué gracia—. Sólo vengo a esquiar y a ver a mi madre —se justificó. Y a perderme en la montaña.

La afirmación de Marcel Vilabrú no era completamente exacta. Cierto, sí, que no se trataba con la gente del pueblo, exceptuando a Xavi Burés, que estudiaba agrónomos en la Escuela Industrial. Cierto también que, siempre que podía, iba a Torena y a la Tuca Negra, solo, a correr durante horas, a quemar energías sobrantes, o con Quique, si no tenía ningún cursillo. Pero a Quique también lo trataba, hasta el punto de que, dos años antes, cuando entró en la facultad, lo celebraron juntos con un descenso clandestino, por libre, desde Montorroio; pasaron por desniveles desconocidos y pensaba podemos meternos una leche de antología, pero quería arriesgarse más que Quique, quien parecía estar poniéndolo a prueba. Y después, al anochecer, cuando llegaron al club exultantes de la aventura, ateridos pero sudados, se metieron en la ducha de agua caliente y estuvieron tanto tiempo que Quique se puso a bromear anda, que tienes la picha más pequeña que un garbanzo y tal, y, jugando bajo el agua, las pichas dejaron de ser como garbanzos y Quique le hizo la primera mamada de las trescientas veintidós que le harían en su vida, y, aunque fue tan extraño que estuvo dos larguísimos fines de semana sin ir a casa, preguntándose a ver si ahora resulta que soy marica, porque me gustó, y llorando porque no quería ser marica y entonces fue cuando se impuso la obligación de perseguir a todas las mujeres que tuviera al alcance, para demostrarse que yo, de marica, nada y así se inició su fama entre las chicas de la facu. Lo más raro es que también me gustó hacérselo yo, y Quique resoplaba cuando... En fin. Nunca volvieron a hablar del asunto, pero, desde entonces, Marcel evitó ducharse en las dependencias de los monitores, por si acaso.

Siguió acariciando la rodilla derecha a Lisa Monells y, para borrar la imagen de los resoplidos de Quique en la ducha, en un arrebató, le quitó la Stadler por la cabeza, con la ayuda diligente de ella; ella le quitó la camiseta y él intentó desabrocharle nerviosamente el corchete del sujetador, muy ansioso. Lisa Monells pensó hay que ver, el gran esquiador, el estudiante de tercero más codiciado, aunque lleve a rastras Civil de primero y Penal de segundo, aunque esté distanciado de los politizados que empiezan a organizar el sindicato de estudiantes y los mire con cierta ironía, como diciendo tíos, no vale la pena, y aduciendo yo no, oye, que no quiero meterme en líos, porque el esquí y la política están reñidos; el compañero prestigioso, porque es generoso y puede invitar a café con leche o a whisky sin pestañear, y dicen que está forrado y que es todo un experto en el amor, y guapetón, y tiene unas manos preciosas y unos ojos que te pierdes, pero no sabe desabrochar un corchete con esas manos tan preciosas y, como sigamos así, nos dan las mil y una y Lisa le detuvo la mano y, con un solo gesto seco y preciso, desabrochó el corchete, se quitó el

sujetador y desveló las dos joyas que quería enseñarle desde hacía un buen rato, a ver si le cambiaba la expresión de los ojos, o porque sí, porque le gustaba la curiosa sensación de que la mirasen esos ojos. Además, estaba a un paso de ganar la apuesta a Montse Bayo. Entonces sonó el teléfono.

—Sí, mamá.

Marcel maldijo la circunstancia de que en casa Gravat sólo hubiera un teléfono, como en el Neolítico. En calzoncillos, el sexo animado, y Lisa, con la única protección de unas braguitas de blonda, oyéndole decir sí, mamá, sí, mamá. Y Lisa oyéndole decir claro que estoy solo, me iba ya a la cama, que mañana quiero recorrer la Tuca Negra de arriba abajo. Sí, con Pere Sans y Quique, sí. Y Lisa se levantó y se puso a hacer un número, empezó a bajarse lentamente las braguitas conteniendo la risa y él, de cara a la pared, aunque se moría por mirarla, pero no quería meter la pata, dijo que tenía que volver el lunes, que dijese a Jacinto que fuera el lunes por la mañana, sí, porque el lunes no hay clase, por la huelga, sí. Sí, claro, tendría mucha prudencia, pero ya sabes que conozco la Tuca Negra como mi casa, ¿no te acuerdas? Ah, y que le había dicho Quique que la cota dos mil trescientos, hacia la Batllia, volando cuatro peñas y montando un telesilla, podía ser una pista negra de lo mejorcito. Sí, mamá. Y colgó el aparato, de cara a la pared, y maldijo la estampa de su madre, que sólo llamaba desde Madrid para controlarlo y avergonzarlo ante cualquiera, porque Marcel sabía que ella no se había creído lo de la huelga del lunes y seguro que le echaría una bronca el lunes por la noche, si se le ocurría recalar en Barcelona antes de volver a casa Gravat, y Marcel sabía que su madre sabía que no había mentido al decir que se iba ya a la cama.

—Sí, mamá.

Se dio media vuelta, mortificado por el tono burlón de Lisa. La chica se había quitado las braguitas y las enarbolaba en el dedo, dándole vueltas. Qué guapa, Lisa.

Y se abalanzó sobre ella, rodaron por el suelo, él pretextó que era muy incómodo, que no podía relajarse en una superficie tan dura y, tal como estaba predestinado desde hacía horas, se fueron a la cama. Pero no porque el suelo resultara duro, sino porque la mirada mágica de la joven y esbelta Elisenda del cuadro de encima de la chimenea lo dejaba desamparado. Eligieron la majestuosa cama de mamá, situada en un dormitorio, templado por obra de la calefacción central, de paredes empapeladas con los fantasmas de diez generaciones de Vilabrú, pero, al menos, no había retratos inquietantes que recordaran que mamá está pasando por una crisis de beatitud y anda otra vez de aquí para allá con obispos y curas y no para de dar la vara con esa manía suya de los santos y los beatos, y si me viera aquí enrollado con Lisa Monells, me echaría un sermón sobre el pecado, el arrepentimiento y el propósito de enmienda. Y si me viera el padre August, pobrecito, se moriría al instante.

Capítulo 12

El tercer hombre hizo una señal con el brazo izquierdo. Sabía que sus compañeros sólo lo verían si se recortaba contra la nieve, por eso se situó en medio del prado nevado. Pero también sabía que, si lo veían sus compañeros, lo verían también los enemigos, de haberlos. Lo constató en el momento en que la bala le destrozó la mitad de la cara. Ni tiempo le dio a bajar el brazo izquierdo. Sobre el blanco paisaje navideño, a las cinco de la tarde del seis de diciembre de mil novecientos cuarenta y tres, manchó la nieve un charco oscuro de sangre del primer maqui caído en el valle de Isil en la lucha contra el fascismo. Sus compañeros, en vez de decir amén, mascullaron una maldición, porque, de acuerdo con lo que les había asegurado el coronel Nerval, no tenía que haber puestos de vigilancia hasta el sur de Isavarre. El segundo hombre hizo una señal al teniente y desapareció en la oscuridad; el teniente Marcó dio por sentado que iba a averiguar quién les impedía avanzar. Miró a sus hombres, una treintena de voluntarios mal afeitados, con la determinación en los ojos y sin la menor voluntad de compadecerse de sí mismos. Brevemente, le llenó de orgullo la sección que capitaneaba; ese sentimiento se mezcló con el miedo y dedicó un recuerdo doloroso a Paco, el hombre que había teñido de oscuro la nieve del prado, al otro lado de la carretera y, al momento, el segundo hombre le susurró vía libre, me los he cargado, eran sólo dos soldados.

Y las tres patrullas cruzaron el río, pasaron por delante del puesto de vigilancia que, según el malnacido de Nerval, no existía y que estaba formado por dos soldados muertos, dos máusers, una caja de municiones y una fiambarrera llena de garbanzos congelados. Dos maquis confiscaron las escopetas y un tercero, la caja de municiones, todo ello sin ningún ruido, casi por inercia, y nadie dedicó una mirada de compasión a los dos soldados, degollados tan jóvenes, porque su objetivo era llegar hasta el lugar en el que el primer hombre debía de tener los pies helados de tanto esperarles.

—¿Qué ha sido ese tiro? —preguntó éste, dando patadas en el suelo para que no se le congelaran los pies.

—Había soldados a menos de cien metros.

—Se ha oído por todas partes. No tardará en llegar un camión por aquí. Deben de estar en Borén. O más cerca.

—Pues habrá que aprovecharlo.

—¿Y el puente?

—Que vayan los tres artificieros. Podrán trabajar tranquilamente, te lo aseguro.

—

A los tres hombres—: Desplegaos y preparad las granadas. —Y, como una madre que se despide del niño que se va a la escuela, tapado el cuello y hasta la nariz con

una bufanda, con la cartera de los libros y las ilusiones en la espalda, y le recomienda que tenga cuidado al bajar la acera, el teniente Marcó susurró a todo el pelotón—: Y cuidado con el fuego cruzado.

No uno, sino tres. Tres camiones cargados de soldados. Es decir, que había tropas al norte de Esterri. Aunque habían pasado la tarde en las cabañas esperando la oscuridad, no habían detectado ni el olor. Lenta pero inexorablemente, los camiones avanzaron uno tras otro, como las procesionarias, iluminando débilmente la cinta blanca de la estrecha carretera, con una ametralladora encima de la cabina del primer vehículo, mirando siempre hacia el norte, hacia el enemigo invisible, y el comandante, maldiciendo al maquis, si me dejaran a mí, esto lo zanjaba yo en un día.

El teniente Marcó dejó pasar el primer camión y sus hombres se pusieron frenéticos, como locos, porque eso significaba guerra a muerte, y no una simple emboscada y desaparecer a toda velocidad, y más de uno pensó qué hago yo aquí, muerto de miedo, de frío y de muerte, y de reojo observaban al teniente, cuyos ojos negros y brillantes no dejaron de mirar fijamente la carretera en el momento en que pasaba el segundo camión y, casi pegado a él, el tercero y entonces dio la señal y cinco granadas volaron hasta el interior de la caja del tercer camión, y un par más entraron en la cabina. Al cabo de tres o cuatro segundos, una serie de explosiones, gritos, llamaradas y maldiciones tiñó la noche de dolor; el camión se atravesó en el camino e impidió la retirada a los otros dos, como si el conductor, ambos brazos amputados por la granada, fuera un estratega vendido al maquis.

A una voz del teniente Marcó, la pareja encargada de la ametralladora, apostada junto a la carretera, empezó a disparar ráfagas contra los otros dos camiones, de los que se apearon soldados que echaron a correr buscando la salvación en la blancura de la nieve, pero fueron directos hacia ella porque ignoraban que uno de los principios básicos de la emboscada es el de calcular el movimiento propio con el fin de prever el del enemigo y obligarlo a una acción determinada, hasta el punto de que es impresionante comprobar cómo sigue paso a paso la trayectoria que más nos conviene y así les ganamos la partida, porque somos nosotros quienes movemos las fichas del tablero y somos casi como dioses, mientras que ellos son, pues eso, procesionarias. Incluso Aureli Camós, de Agramunt, que había luchado en el Ebro con el ejército republicano y que al volver a casa lo reengancharon los franquistas, con dos hermanos en el exilio y sólo veintitrés años en la memoria, se apeó del camión y se estampó contra su trágico destino. Y, cuando ya era tarde, el enfurecido comandante del primer camión se dio cuenta de que allí, en la punta del convoy, la ametralladora no servía para nada, porque si disparaba hacia atrás se cargaría a sus propios soldados, y maldijo a la madre del maquis y también echó a correr en busca de la muerte entre la nieve blanca, tal como estaba escrito en los manuales elementales de la emboscada.

Veintitrés muertos, cincuenta y dos huidos a nieve traviesa, salvando barrancos, cruzando el agua helada de el Noguera, cubiertos de ignominia, ochenta fusiles, dos ametralladoras, tres cajas grandes de munición, un radiotransmisor, cien granadas, una navaja del ejército suizo manchada de sangre y el orgullo del ejército franquista, hurtado todo por un pelotón de maquis e incorporados al ejército de liberación contra el fascismo. Y veinte pares de botas confiscadas. Un cuarto de hora de disparos, gritos y confusión, bajo la mirada gélida del teniente de ojos negros como el carbón, diez minutos para recoger el botín y toda una vida para desaparecer trepando por las cabañas de Risé y más allá, hacia el Pic de Pilàs, y, collada arriba, con raquetas en los pies, llegar derrengados a la raya de Francia por Montroig, de madrugada, a la claridad acusadora del día. Pero no todos se fueron peñas arriba con la sensación del deber cumplido. El teniente y un pelotón se quedaron en la cueva a observar la reacción del enemigo.

El general Sagardía. El general Antonio Sagardía Ramos, ex jefe de la 62 División del Cuerpo del Ejército de Navarra en persona, el mismo que, con un esfuerzo meritorio, se había ganado a pulso el apodo de carnicero del Pallars, se encontraba en visita extraoficial en la región que lo había propulsado a la fama; contempló la colección de cadáveres mutilados, chasqueó la lengua con fastidio y dijo al teniente coronel que le hacía los honores que el culpable era el incompetente del comandante que yacía ante él tuerto y muerto, pero con su estrella en la gorra, por haber caído en la más elemental de las emboscadas guerrilleras. Y no se les ocurre nada mejor que mandarme a mí a la reserva.

El resultado fue el que preveía el maquis: doblaron los efectivos del valle a costa de reducirlos en otros lugares. Cuando el grueso de las fuerzas de inspección volvía con los muertos y con algunos soldados a los que el miedo había dispersado, cuando el camión que transportaba al personal cruzaba el puente de Àrreu, el teniente de ojos como el carbón dijo ¡ahora! Uno de sus hombres disparó al aire una bengala de humo y, a los veinte segundos, el puente, dos jeeps y un camión salieron volando alegremente por el aire. El teniente Marcó sabía que la supervivencia de las partidas de maquis que actuaban entre Isil y Collegats se recrudecería mucho, entre otras cosas, porque la vía de salida por el puerto de Salasu se congelaba y era preciso dar largos rodeos, aunque bastante seguros, por Espot, los Estanyets y el Montsent.

—Pintar es una mariconada.

—Para mí es una distracción. El trabajo de la escuela es rutinario.

—¿Y qué? ¿Te ha tirado los tejos?

—¿Cómo dice?

—Digo que si la señora se te ha insinuado.

Que si la señora se le... La última sesión llegó como llega en la vida todo lo que duele; después de matizar el tono de los pliegues del vestido, después de contemplar

los ojos vivos que habían crecido en la tela y después de darse cuenta de que el retrato ardía o poco faltaba, suspiró y procedió a limpiar el pincel con un trapo sin dejar de mirar los ojos pintados pensando que ya no podía hacer más. He terminado, Elisenda. Y Elisenda se levantó rápidamente, se acercó al caballete y contempló el retrato en silencio un largo minuto, de modo que Oriol tenía ante sí los ojos que por su pincel penetraban en el alma, y detrás, el perfume que lo transportaba a lo desconocido. Las manos finas y suaves que exhalaban aroma de nardo aplaudieron.

—Es una obra de arte —dijo, emocionada.

—No sé —respondió Oriol, cauteloso—, pero me ha salido de dentro.

Unos segundos antes de morir embriagado, una corriente eléctrica intensísima le recorrió la columna vertebral: Elisenda puso la mano en el hombro y no la retiró. Y sin previo aviso, se inclinó mostrando el comienzo de los senos y le dio un beso silencioso en la frente.

—Te lo agradezco muchísimo —dijo—. El retrato es extraordinario. Deberías dedicarte a la pintura.

Que si la señora se le había insinuado. Dios mío. La señora no se me ha insinuado, yo sólo pienso en sus ojos y Rosa está cada día más áspera porque se huele algo; no sé qué antenas tienen las mujeres para captar esas cosas. Dios mío. Tal vez me equivoqué al aceptar el encargo, tal vez tenía que haberme limitado a la escuela y a meter en la mollera a Elvira Lluís, Cèlia Ventureta y Jaumet Serrallac, que eran los mayores de entre los que no tenían que dejar las clases para ir a segar la hierba por orden de sus padres, que no, que el sujeto es España, que el sujeto nunca va acompañado de preposición, ¿lo entiendes, Jaume, lo entendéis? Si decimos España crece con amor al Caudillo, con amor no es el sujeto.

—Pero es la palabra más importante —tosió Elvira Lluís.

—¿Qué significa España crece con amor al caudillo, señor maestro?

—Bueno, eso es el ejemplo del libro. Vamos a poner otro: El trigo crece con amor al agua.

—¿Qué es el trigo?

—Aquí lo llamáis forment.

—Ah, ahora lo entiendo mejor. Y el sujeto será el trigo, ¿no?

—No, no se me ha insinuado ni remotamente. Es una auténtica señora.

—Bueno, tiempo al tiempo. Por cierto, ¿te ha pagado?

—Religiosamente. Pero ¿qué quiere decir con tiempo al tiempo?

Revolvió con la cucharilla en la tacita de café, aunque estaba vacía, y la dejó en el platillo. Tenía ganas de volver a casa, pero también temía encontrarse con la mirada de Rosa, preñada de reproches mudos, tanto, que ni siquiera sonrió cuando le entregó el dinero del cuadro.

—Le recuerdo que Elisenda es una señora casada.

—Sí, casada con un truhán que no hace más que... En fin.

Oriol se levantó y a Valentí le extrañó que tomara la iniciativa. También lo irritó.

Con un gesto seco lo obligó a sentarse otra vez. Se inclinó por encima de la mesa y se le acercó tanto que, echándole su agrio aliento en la cara, dijo yo sí que me he tirado a tu Elisenda. Y te aseguro que no es cosa del otro jueves.

Cuando Oriol, indignado, iba a responder qué se ha creído usted, entró en el local uno de los hombres del señor alcalde, el del pelo rizado, fue directamente a la mesa y agitadamente le susurró algo que Oriol no pudo oír. Valentí Targa se levantó como movido por un resorte y le hizo el mismo gesto seco de antes, pero ahora significaba sígueme, y Oriol dijo es que tengo que volver a casa, porque Rosa.

—Déjalo todo y sígueme —dijo, como Jesucristo—. Y abrígate.

El de las cejas pobladísimas detuvo el coche al lado del cementerio de Sort, enfrente de un cobertizo en el que había unos veinte ataúdes alineados. Se apearon del coche tres falangistas uniformados y Oriol, que había adoptado inconscientemente la actitud del grupo. Los soldados que estaban de guardia los saludaron y les franquearon el paso. En un rincón, un cadáver de uniforme militar indefinido imploraba, con un ojo abierto, una victoria imposible; el otro ojo y la mitad correspondiente de la cara era un amasijo sanguinolento. Targa lo puso boca arriba empujándolo con un pie. Oriol temblaba a su lado, no quería mirar detenidamente el rostro de la muerte y, cuando no pudo soportarlo más, se fue a vomitar a un rincón. Valentí lo observó unos instantes, se ahorró el comentario y se acuclilló junto al cadáver del maqui.

—Fijaos en esto —dijo sin volverse.

Oriol se acercó con un pañuelo en la boca, pálido, las piernas casi no lo sostenían.

Los demás los rodearon. Valentí tiró de la solapa de la chaqueta del muerto. Llevaba en el ojal una insignia metálica. Se la quitó y se la guardó en la mano. Era una campanita de color rojo. Oriol la miró en silencio, pero no sabía lo que significaba.

—Este maqui era de la partida del teniente Marcó —anunció al grupo—. Llevan eso para reírse de nosotros. Los dirige Eliot.

—Quién es Eliot —dijo el del bigote más fino.

—Un inglés que conoce esto piedra a piedra; por lo visto, le gusta jugar con nosotros. Con el ejército. —Como envidiándole—: No hay quien lo iguale.

Oriol miró con desolación la hilera de soldados muertos. El señor Targa añadió, como aleccionándolos, que ese tal Eliot y ese tal Marcó eran listos, pero que él ya sabía de qué pie cojeaban. Si el ejército quisiera hacerme caso...

Guardó la insignia de la campanita en el bolsillo, señaló hacia los soldados muertos y dijo van a saber éstos lo que es bueno. Hasta ahora no hemos hecho más que jugar.

Los demás se miraron en silencio sin entender muy bien lo que quería decir. Oriol pensó que si al alcalde y sus falangistas les parecía un juego cargarse a dos vecinos del pueblo porque se decía que habían participado en la muerte de los Vilabré, y a un par más por anarquistas y republicanos, no quería imaginarse la cara que tendría el horror en adelante.

Capítulo 13

Tina agradeció con una sonrisa distraída el café que le ofreció Joana. Miró por la ventana. Aunque hacía muy poco que se habían ido los niños, fuera empezaba a oscurecer.

Maite, subida a una silla, clavaba papeles con chinchetas en un corcho enorme que habían montado en el vestíbulo a modo de reclamo y de mural cronológico de la exposición. Tina la observaba al tiempo que soplabla el café. Por supuesto que podía ser ella. Ya lo creo que sí. Pero ¿qué le encontraba Jordi? ¿Por qué habían empezado a...? Es más lista, más culta. Maite es más culta que yo. ¿Es eso lo que le ha atraído? Y no engorda como yo.

—Pásame esa hoja. La de la foto, sí.

Pobre Maite, pensó Tina mientras le acercaba la hoja de la foto. Tenía que concentrarse en el trabajo, de lo contrario, no acabarían nunca y dijo estaría bien abrir un apartado dedicado a la guerra civil, creo yo. Maite la miró desde la altura. Ricard Termes y Joana, que estaban recortando cosas, dejaron de hacerlo y la miraron. Se dio cuenta de que era el centro de atención de todo el mundo, lo cual la angustiaba bastante.

—No tenemos ni idea de la guerra civil —dijo Ricard Termes cautelosamente.

—¿Te imaginas el trabajo que nos daría? —Maite, con prudencia.

—Qué palo, ¿no? —remató Ricard.

—Me ocupo yo, no os agobiéis. Por lo visto, el maquis se movió mucho por aquí durante la guerra y después.

—Si te comprometes tú... —A modo de explicación—: Es que si esto se alarga mucho más, mi mujer se divorcia.

Sin decir nada, Joana se fue hacia la secretaría mientras los demás seguían sopesando si valía la pena abrir un nuevo apartado sobre las escuelas en el período de la guerra y Ricard decía tengo entendido que aquí no se cerraron durante la guerra, porque no había mucho follón y Maite, sí; y Joana volvió de la secretaría con una carpeta de la que sobresalían, como si quisieran reventarla, un montón de papeles. La abrió. Contenía ejemplares del boletín parroquial. Dio a Tina uno de los primeros.

—Esto tiene que ver con eso —le dijo, señalando un artículo que llevaba por título Un nuevo mártir por Dios y por la Patria, y una foto muy defectuosa en la que dos figuras pequeñas, vestidas con el uniforme de la Falange, miraban a la cámara. Una de ellas apoyaba un brazo en el hombro de la otra y la vida les sonreía.

Tina no pudo averiguar si una de las figuras sería Oriol Fontelles, porque no se distinguían las facciones y la única imagen que tenía de Oriol era la del autorretrato que se había hecho delante del espejo del lavabo de la escuela.

Empezó a leer el artículo con la voz de Maite de fondo, que preguntaba qué es;

Joana contestó es sobre un maestro de Torena. Y Ricard dijo ah, sí, el que se cargó el maquis; ya había oído hablar de él. Y Joana a Maite, dicen fue uno de los mayores fascistas de la comarca y era maestro de escuela, fíjate. Entonces, Ricard, frunciendo el ceño, dijo pero eso nos va a complicar la existencia; si abrimos otro frente no llegamos a tiempo para la inauguración, y Maite respondió bueno, bueno, en todo caso, lo hablamos después, no te asustes ahora. Mientras tanto, Tina seguía leyendo un artículo pomposo, retorcido, oficialesco y artificioso según el cual, hacía una semana, el día dieciocho de octubre de mil novecientos cuarenta y cuatro, día de San Lucas evangelista, a sabiendas de los grandes daños que podría causar, una numerosa y poderosa partida de maquis asaltó tres pueblos de la comarca (Torena, Sorre y Altron) con intenciones de adueñarse de la cota en cuestión y, desde allí, avanzar sin obstáculos para bombardear con artillería pesada el valle de la Noguera y la capital de la comarca y, de ese modo, distraer a las fuerzas nacionales etcétera, etcétera. Leyó unos párrafos en diagonal. Aquí, aquí: ... la valerosa actuación del maestro de Torena, Oriol Fontelles Grau, quien, con sus solas fuerzas y una pistola de calibre pequeño, se enfrentó a la chusma roja que pretendía tomar la iglesia y cometer una profanación. Oriol Fontelles, el nuevo mártir, se enfrentó a ellos desde el interior y los mantuvo a raya hasta dos horas después de quedarse sin munición. A medida que vamos descubriendo los hechos, parece ser que, todavía agonizante, declaró a su amigo, el alcalde de Torena, camarada Valentí Targa, quien lo acogió en sus brazos para que muriera en paz, que había resistido todo lo posible para dar tiempo a las fuerzas del orden a llegar a Torena sin problemas y antes de que los rojos se hubieran hecho con una posición privilegiada. Sabía, le dijo, que daba la vida para salvar otras muchas y que se alegraba. Y el santo guerrero, el maestro laborioso, rindió el alma al Señor de los Ejércitos del Cielo y de la Tierra en la flor de su vida.

Descanse en paz este héroe y mártir, el falangista Oriol Fontelles Grau (1915-1944).

Atiza.

—¿Puedo quedarme con esto? —Tina a Joana, refiriéndose a la carpeta repleta de boletines parroquiales.

—Por mí... —Joana miró a Maite, que tampoco puso ninguna objeción.

—Es que... No sé... Me interesa el tema, puede que me sirva para el libro, aunque luego a lo mejor no lo mencione.

—Pero en cuanto a la exposición —aprovechó Ricard— nos olvidamos la guerra, ¿no?, porque se nos complicaría todo mucho.

Consideraron que sí, que podían dejar la guerra al margen sin mayor problema.

Tina cerró las carpetas con restallido de gomas y se acercó a Joana; le dio las gracias y añadió me viene muy bien este material; Joana la miró a los ojos y le preguntó por qué estás triste, Tina. Tina se quedó boquiabierta y tardó unos segundos

en reaccionar. Entonces, tragó saliva y dijo porque..., porque Arnau quiere meterse fraile.

Capítulo 14

Rosa estaba poniendo la verdura al fuego. Por la minúscula ventana, ahora adornada con cortinas nuevas de cuadraditos verdes y blancos, vio pasar a tres o cuatro hombres oscuros, casi fundidos en tenue luz que iluminaba la plaza. Y detrás, Oriol, más despacio, vacilante, pero siguiéndolos. Le pareció que miraba un instante hacia la ventanuca y también que seguía un poco a regañadientes al grupo de falangistas, que avanzaba ya por el Carrer del Mig con alguna amenaza en mente.

Rosa suspiró, se sentó y se puso delante la cesta de las mondas de patata; entonces notó la primera patadita y deseó de todo corazón que fuera niña.

Oriol se había dejado adelantar por los tres uniformados, quienes rápidamente se situaron al lado de su jefe. Iban por la estrecha calle y, a pesar del frío, Quim el de ca de Narcís observaba al grupo a pie firme en la puerta con la alegría en los ojos, conteniéndose las ganas de llamar a ca de Birulés y decir a Feliu por fin alguien pone las cosas en su sitio. Se limitó a saludar al maestro nuevo con un gesto muy educado, aunque no tuvo respuesta porque Oriol estaba muy abrumado. Valentí llegó a ca de Ventura y llamó con impaciencia al cristal de la ventana. Y luego pasó todo lo demás y Oriol lo vio desde el umbral de la puerta de la calle: dónde está el hijo de puta de tu padre, dejad al chico en paz, él no sabe nada, y sobre todo la mirada dura de la madre Ventura clavada en sus ojos cuando dijo ¿sabe dónde está Francia? Que se lo diga el maestro, antes de que el bofetón de Valentí la hiciera volar por los aires. Y después no vio nada más, porque salió a la calle. Y cuando volvió a casa pálido y ojeroso, Rosa, pálida, ojerosa y con mucha tos, no le preguntó qué había pasado y él tampoco dijo nada, sino que se sentó mirando al vacío. Ella empezó a sentir desprecio por él y se fue a la cama sin cenar ni decir nada, como hacían los de ca de Ventura en esos momentos. Oriol tuvo que retirar la cazuela del fuego. Entonces llamaron a la puerta y por unos momentos se imaginó que era Elisenda Vilabré, que venía a explicarle con su voz aterciopelada que todo era un error. Pero no. Era el falangista del bigote fino.

Ventureta se llamaba Joan Esplandiú Carmaniu, tenía catorce años y los ojos desorbitados de pánico. Lo obligaron a sentarse en una silla, sin atarlo ni nada, y Valentí, con una sonrisa bondadosa, le ofreció un vaso de agua que el muchacho bebió ávidamente; después le ofreció tabaco y el niño dijo que no y Valentí, vamos, chico, seguro que fumas a escondidas y Ventureta dijo sí, señor, a veces, pero me marea un poco y Valentí, como quieras, y retiró la oferta. Y ahora que nos hemos hecho amigos puedes decirme todo lo que sepas de tu padre y el chico, es que no sé nada, mi madre le ha dicho la verdad.

—No. Empecemos de nuevo: ¿tu padre está en Francia?

—Creo que sí.

—¿Dónde?

—No sé. Padre y madre se separaron, ella no sabe nada, ni ganas.

—¿Y cómo es que lo vieron saltar al patio de madrugada?

—Pero ¡si no sabemos siquiera si está vivo, señor!

—Yo sí que lo sé. Está vivo y ahora es un asesino. Y quiero saber cuándo va a vuestra casa a veros a escondidas.

—Pero ya le he dicho que... —El chico no se atrevía a mirar a Valentí—. Cuando se separaron, él se marchó con el ejército republicano y no hemos tenido noticia de él, señor.

—No me llames señor, llámame camarada.

—Sí, camarada.

—¿Cada cuánto va a casa?

—No va, camarada. Te lo juro.

—No jures en falso.

—No juro en falso, es la pura verdad.

—El maestro está fuera —asomó la cabeza uno de los uniformados, el del bigote fino e hirsuto.

—Que entre.

Pasaron a Oriol al despacho del alcalde y pudo mirar a Ventureta a los ojos. El chico apartó la vista despectivamente y la fijó en la pared, por debajo de la foto de Franco y su victorioso traje de campaña.

—¿Qué le habéis hecho?

—No le hemos tocado un pelo. —Agarró a Oriol del brazo y lo sacó del despacho otra vez diciéndole, de modo que lo oyera Ventureta, que si el padre del chico no se entregaba, sintiéndolo muchísimo tendrían que tocarle algo más que un pelo. En la penumbra del pasillo, delante de la puerta del despacho y agarrando con fuerza a Oriol por el brazo, le dijo, casi al oído, con su voz profunda e insinuante y con toda la furia en los ojos, que sea la última vez que pones en tela de juicio una decisión mía en público.

—Sólo pregunté si...

—Aquí mando yo.

—Es un niño. No es más que un chiquillo.

—Tienes que levantar acta del interrogatorio.

—¿Yo?

—Balansó y compañía tardarían cien días.

—Pero ¿esto qué es? ¿Un juicio? ¿Por qué no llamamos a Sort?

—Qué gracioso. Ni se te ocurra, vamos —añadió, fuera de sí—, porque te desuello vivo.

Hasta ese momento no dejó de presionarle el brazo, estaba muy alterado. Un poco más sereno le apuntó al pecho con el índice:

—Soy responsable del orden público del municipio. Y quiero que se levante acta porque las cosas hay que hacerlas bien.

—Un niño no puede haber hecho nada.

—¿Acaso te digo yo cómo tienes que enseñar las tablas de multiplicar? Si es que todavía se enseñan.

Cuando Valentí reanudó el interrogatorio, Oriol Fontelles, el maestro nacional reconvertido en secretario de tribunal, se encontraba en un rincón armado de papel y lápiz, al lado de la máquina de escribir, y no miraba al chico. Valentí se sentó enfrente de Ventureta y le dio unos golpecitos amistosos en el hombro mientras le decía a ver, dónde estábamos, ah, sí, ibas a decirme el paradero de tu padre. ¿Dónde está?

—¡Que no lo sé, camarada!

—¡No me llames camarada! No te lo has ganado.

—No sé dónde para, señor.

—Muy bien. Vamos a esperar. —Se sentó a su lado, mirándolo de hito en hito—. Tu padre es cobarde, no se presentará ante mí y entonces no habrá más remedio que matarte. Es una lástima.

Oriol levantó la cabeza bruscamente. Se encontró con la mirada gélida de Valentí, como si éste hubiese hablado precisamente para hacerle reaccionar.

—Padre no se enterará de que yo... —prosiguió Ventureta.

—Verás como sí. No sé cómo se las apañan, pero las noticias vuelan. —Cogió la tabaquera y empezó a liar un cigarrillo—. Si no viene es por cobardía.

Detuvo el gesto y, con el cigarrillo a medio liar, señaló al niño:

—¿Te suena de algo el nombre de Eliot?

—No.

Oriol bajó la cabeza y siguió tomando nota. Oyó la voz temblorosa del niño:

—¿Puedo fumar, señor?

—No. Haberlo aceptado antes. —Lo miró fijamente, inmovilizándose—. Ya no somos amigos. No me queda más remedio que hacerte daño para que me digas lo que sabes.

Joan Esplandiu el de ca de Ventura, Ventureta, soltó el primer gemido de la noche; lo desbordó el miedo que estaba pasando.

—No me vengas con ésas —dijo Valentí encendiendo el cigarrillo. Y al escupir una brizna de tabaco añadió—: La culpa la tiene el malnacido de tu padre.

Al muchacho se le escapó otro hipo y Valentí lo miró con desprecio:

—He visto morir a niños más pequeños que tú con el fusil en la mano y la alegría en el pecho. —En voz baja, a un palmo del niño—: Y tú lloras como una niña... —Le echó el humo en la cara. Casi en un susurro—: ¿Dónde está tu padre?

—Señor maestro... —dijo el niño—. Dígame que yo...

—El señor maestro es el señor secretario aquí. No tienes derecho a hablar con él.

Se levantó, se acercó a Oriol, que ya estaba escribiendo a máquina, y, con una seña, le indicó que le diese los apuntes del interrogatorio. Los leyó en diagonal, bajo la atenta mirada de Ventureta, que parecía esperar que lo escrito en esos papeles de tacto basto y color oscuro produjese su indulto, ha sido un error, presentamos nuestras disculpas en nombre del propio Caudillo. De repente, el alcalde puso cara de disgusto. Golpeó, pensativo, el fragmento que no le gustaba. Cuando hubo acabado de leerlo, volvió a dejar los papeles ante la máquina de escribir de Oriol.

—No es así. Escribe:

Con las manos a la espalda, empezó a pasearse recitando que habiendo invitado al infrascrito Joan Esplandiu el de ca de Ventura a personarse en el Ayuntamiento, acepta éste la invitación con total aquiescencia por su parte y la de su familia. A falta de sala de interrogatorios, es recibido en mi despacho y se le ofrece un vaso de agua.

No pudiéndose dilucidar el asunto que motivó la comparecencia, se le invita a pasar la noche en el Ayuntamiento, ofrecimiento al que el susodicho se adhiere con entusiasmo. Valentí señaló los papeles y la máquina:

—Pásalo a limpio —dijo, mientras se ponía la chaqueta y la bufanda.

Capítulo 15

Aunque, por posición, por historial, por patrimonio y por carácter Marcel Vilabré fuera la típica persona especializada en hacer sufrir a los demás, romper corazones, absorber voluntades y ganarse fidelidades sin mover un dedo y prácticamente sin proponérselo, cometió el error de enamorarse de quien menos le convenía. Se llamaba Ramona, era de una familia de artesanos del barrio de Sants, le entusiasmaba la lucha contra el poder que habían iniciado los estudiantes de Nanterre, asimiló el concepto de revolución y propuso a Marcel ir a verla in situ. Era su último año de Derecho y las asignaturas de Civil y Mercantil le habían costado Dios y ayuda. Ella provenía de Filosofía y cursaba lo que grosso modo podría calificarse entre segundo y quinto. Ninguno de los dos tenía la menor intención de ejercer la carrera para la que se habían preparado, Ramona, porque se proponía ser escritora, y Marcel, porque no se había propuesto nada.

—Kilométrico, mochila, frutos secos y chocolate.

Marcel no se atrevió a decir que nunca había viajado en esas condiciones porque esos ojos, esa boca, esa manera de no sé por qué me gusta tanto y dijo de acuerdo, kilométrico, mochila, frutos secos y chocolate. Informó a su madre de que iba a ver las pistas de Saint-Moritz con Quique, aprovechando que no había esquiadores, compró el silencio de Quique, quien informó a Elisenda puntualmente, la cual también lo recompensó, compró dos kilométricos, una mochila de alta montaña, dos kilos de frutos secos variados y treinta tabletas de chocolate y se fue a la estación de Francia con su amada.

En ausencia del hijo, Quique pasó dos noches en el piso que la señora Vilabré tenía en Barcelona, refugiado en una especie de oasis, una variación respecto a los encuentros furtivos de Torená. La condición de mantener el secreto estrictamente era lo único que no había variado desde el principio de la enrevesada e inesperada relación, iniciada hacía once años, cuando él era un jovencito de diecinueve, bien plantado y con las ideas claras, y ella lo doblaba en edad y algo más. Ahora, Quique tenía treinta años y seguía siendo un hombre bien plantado y con las ideas claras, y la señora había cumplido cincuenta. Nadie sabía nada de esa relación. Mejor dicho, Elisenda creía que nadie sabía nada, por eso era tan importante hacer lo que fuera necesario por mantener el secreto. Les gustaba el juego de la clandestinidad absoluta, ella no podía correr el riesgo de que alguien pensara lo que no debía. Ahora que Bibiana había muerto, ni siquiera el servicio podía enterarse de que los únicos orgasmos de la irregular vida sexual de la señora sólo se producían en esas condiciones, cuando los amantes debían esconderse incluso de su propia mentira.

Entre tanto, la escapada a París fue el no va más. Marcel y Ramona no salieron de la habitación de la pensión de rue Guisarde más que para comer algo, respirar un

poco y volver a desaparecer entre las cuatro paredes. No llegaron a saber dónde estaba el cartier latin, pero avistaron el Sena, algunos puentes y la silueta de la torre Eiffel y, por tanto, en su historial constaba que habían estado allí. En primera línea de fuego.

En el tren de vuelta, entre vacilaciones y vergüenza, muchísima vergüenza, y ante la perplejidad y la indignación progresivas de Ramona, Marcel confesó que no era lo que parecía, que no se alarmara, que él no, ni muchísimo menos, pero que su familia podía decirse que era adicta al régimen, que su color moreno no era natural, sino del esquí; que era la segunda vez que cogía un tren y que la primera había sido en el trayecto de ida; que en verano se iba a esquiar a Argentina, que era escandalosamente rico y que si todavía lo quería, a pesar de todo.

En la estación de Perpiñán, cuando el tren empezó a tomar velocidad, Ramona, ojos llorosos, sueño hecho añicos e ilusión rota, aprovechó para apearse en marcha, y Marcel, desolado, no pudo hacer lo mismo porque el tren había acelerado bastante, y gritó Ramona, Ramona, desesperadamente, varias veces, y fue un espectáculo muy grato para los desconocidos compañeros de vagón.

El día en que la señora Elisenda Vilabrú, viuda de Vilabrú, cumplió cincuenta y tres años, dos meses y cinco días, se propuso retocar su vida un poco y encargó un billete a Fiumicino. A esas alturas, era una mujer respetada en todos los ámbitos en los que la respetabilidad era importante. Se había iniciado tan jovencita y había aprovechado el tiempo tan bien que no era fácil saber si el atractivo que ejercía sobre los que ostentaban el poder se debía a su habilidad natural o al hecho de poseer, por herencia familiar, una de las grandes fortunas en tierras y en cuentas corrientes.

Aunque tal vez se debiera a la escrupulosa educación que le habían dado las teresianas, quienes le inculcaron que, por ley de vida, formaría parte de una esfera social en la que no debía alterarse si topaba con personas sin moral ni principios y, sobre todo, no podía olvidar que, en ese mundo, lo único imperdonable era la falta de educación. Lo demás se lo debía a los buenos contactos iniciados en San Sebastián, a sus dotes naturales, a su encanto y a su inflexibilidad cuando era preciso, y así llegó a ser imprescindible en los círculos de empresarios y en los de los contactos políticos adecuados, favorables a los empresarios. Tal vez lo más espectacular fuera que había puesto el primer eslabón —o quizá el segundo— en el negocio de la nieve, se había adelantado a los más atrevidos apostando fuerte por la industria del material deportivo, había entendido que vender una buena marca era mucho más importante que vender buen género e invirtió mucho dinero (a pesar del escepticismo de sus asesores, Gasull entre otros) en adquirir un buen diseño de marca cuando aún habrían de pasar varias décadas para que eso fuera habitual. Y ganó el prestigio que dan los productos deportivos Vilabrú, aunque por motivos de diseño de marca se llamaron Bru: esquíes, bastones, botas, raquetas, palas, guantes, gafas, crema de cacao y

pantalones, anunciados por Karl Schranz; raquetas de tenis, pelotas de tenis, redes de tenis, sillas de árbitro de tenis, muñequeras de tenista, niquis, camisetas, vendidas con el apoyo de la sonrisa de Gimeno, Rod Laver y Newcombe, palos de hockey sobre hierba y sobre patines, balones de balonvolea, balonmano y baloncesto, de fútbol (de los de válvula) y zapatillas de la marca Brusport, las más ligeras. Y las magníficas palas de tenis de mesa que se exportaban a China, Suecia y Estados Unidos, porque ofrecían ligereza, precisión y fiabilidad extraordinaria de impacto. Lo consiguió ella sola, porque ningún otro empresario de su entorno creía en esa estrategia. Pero a ella le gustaba navegar a contracorriente, agarrada únicamente a la inseguridad de una simple intuición. Tanto es así que todo había sido igual en su vida, y continuaría siéndolo. Además, y sin inmutarse, había creado sociedades que había presidido y a las que había enriquecido dejándose guiar sólo por su olfato y por el consejo, siempre en posiciones más conservadoras y tímidas, del abogado Gasull, un hombre que distaba de ser brillante, pero que hacía gala de una gran cualidad: la de estar casi permanentemente bien informado.

Según las malas lenguas, Elisenda Vilabrú siempre tenía un embajador personal en el Consejo de Ministros. A veces, las malas lenguas estaban casi tan bien informadas como el abogado Gasull. Era cierto que, a menudo, entre los favorecidos por el general Franco, se encontraba un abogado, un alto funcionario o un terrateniente al que la señora Vilabrú había respaldado con una inyección económica en forma de compra de acciones en momentos oportunos. Por otra parte, nunca dejó de adquirir, vertiente a vertiente, grandes extensiones de terreno, principalmente en el Pallars, que era donde deseaba demostrar su poderío, pero también en cualquier otra parte en la que surgiese la ocasión. Por lo visto, era propietaria de la mitad de Doñana. Así pues, se consideraba culpable de no haber dedicado mucho tiempo a la educación de su hijo. Ahora, al cumplir cincuenta y tres años, dos meses y cinco días, su hijo estaba a punto de terminar la carrera de Derecho y, con un esfuerzo titánico, se había convertido en un perfecto haragán. Elisenda se consideraba responsable, pero no podía hacer mucho más que barrer los platos rotos de su hijo cuando soplaba el vendaval y sermonearlo con un distanciamiento autoritario que a Marcel, aunque adoptaba una actitud humilde, le entraba por un oído y le salía por otro.

Por la misma razón por la que, al parecer, deseaba adueñarse de todo el Pallars, jamás se le pasó por la cabeza la idea de abandonar casa Gravat. Aunque el pueblo, sin ser pobre, estaba hecho una lástima, no era nada presentable, la señora seguía residiendo en casa Gravat y desde allí mantenía largas conferencias con Barcelona o Madrid, compraba y vendía con precisión fría y llevaba la cuenta de los novillos que crecían sanos, de las vacas que se despeñaban, de las toneladas de lana que se facturaban en la esquila y de todos los documentos que el administrador desplegaba encima de la mesa del comedor, que era donde despachaban una vez a la semana, y

sólo una o dos al año se acercaba, con un pañuelo perfumado en la nariz, al ajetreo de ca de Padrós, la finca en la que se generaba toda la riqueza. Vivir en casa Gravat, ampliar las antiguas cuadras y convertirlas en cocheras, limpiar la fachada esgrafiada, instalar un televisor y salir al mirador que daba a la plaza a esparcir su perfume de nardo era su manera de fusilar a los culpables que no habían sucumbido a su Goel, a los que todavía estaban vivos; mostraba sin alardes su desvergonzada riqueza y miraba al horizonte como si ca de Felicó no existiera, como si ca de Ventura hubiera sido derribada, como si los Gassia de ca de Misseret, que se multiplicaban como conejos, fueran cantos rodados de la plaza; era su manera de decir que la guerra no había terminado ni terminaría jamás, porque ella sabía conservar la memoria de los muertos de la familia. A pesar de todo, por comodidad, había arreglado el piso inmenso de Pedralbes, en el que pasaba el menor tiempo posible, aunque le resultaba muy práctico. Atendía, pues, sus negocios metódicamente y con precisión, tanto en Torena o Barcelona como en el propio coche, es decir, que Jacinto Mas, el eterno chófer, era una de las personas que más sabía de las idas y venidas de la señora. Pero es que también era de las más fieles, porque ella me mira con esos ojos, como diciéndome muy bien, Jacinto, así me gusta; en ti confío, en tus manos encomiendo mis secretos, porque tú eres, Jacinto, el paladín de mi seguridad. Si supieras cuánto te amo, Jacinto, dice siempre con la mirada; pero la barrera de la sociedad y sus clases se interpone entre nuestros amores inmortales.

No faltaban lagunas en la intensa vida religiosa de la señora Elisenda Vilabré.

Cuando asesinaron a los hombres de casa, huyó a San Sebastián, con Bibiana en una mano y la otra detrás, y se le enfrió la devoción hasta el punto de dejar de ir a misa ostensiblemente. Así castigaba a Dios por no haber estado a la altura de las circunstancias. Sin embargo, cuando volvió a Torena y luego pasó todo lo demás, cuando sinceramente pudo decir que por fin podía descansar, volvió a frecuentar regularmente la parroquia, para gran alegría de mosén Aureli Bagà, quien, por otra parte, se convirtió en confidente de los inevitables pecados de la señora. Desde que volvió a la práctica de las formas de devoción establecidas, no faltó ni un solo domingo a la cita obligada. Siempre se sentaba en el mismo banco, en primera fila, mientras que en los últimos bancos, al lado de la puerta de la iglesia, Jacinto Mas, cruzado de brazos, montaba guardia para que todo el mundo se comportara como es debido. Jamás, ni un solo domingo, se le ocurrió a nadie quitarle el sitio, ni siquiera a Cecilia Báscones. Allí, en la iglesia de Sant Pere de Torena, hizo Marcel la primera comunión, aunque también le habían invitado a hacerla en la catedral de la Seu d'Urgell e incluso en la iglesia de los jesuitas de Sarrià, que mantenía unas excelentes relaciones con el IPAIC Sant Gabriel. Y todos los domingos después de misa, cuando mosén Aureli salía presurosamente a saludar a la señora y a fingir que saludaba a los demás feligreses, ella le ponía en la mano un billete bien doblado. Una o dos veces al

trimestre le preguntaba en qué estado se encontraba el Proceso y mosén Aureli Bagà, que siempre temía la pregunta, debía trasladarse a la Seu para interesarse por el estado en el que se encontraba el Proceso y después edulcoraba una respuesta que la señora siempre recibía en silencio. En tales momentos de apuro, mosén Aureli Bagà concluía que se ganaba sobradamente los generosos donativos de la señora Vilabré.

Una vez al mes, acudía a celebrar la misa en la parroquia de Torena el anciano canónigo August Vilabré, y su sobrina Elisenda atendía con la misma unción que de costumbre. El padre August, tan castigado por sus noventa y pico años de edad que no lograba entender a la primera la cuestión de las propiedades ergódicas de los procesos aleatorios valorados en espacios métricos compactos, y se le irritaban los ojos al leer y las fórmulas le hacían chiribitas, y le habría encantado tener treinta años menos para poder ser testigo del nuevo camino de la matemática, hablaba muy poco y arrastraba una mirada triste de perro de caza.

Aunque la señora Elisenda pecaba tres o cuatro veces al mes, consideraba que a mosén Aureli Bagà no le incumbía, y por lo tanto, no hablaba de ello cuando se confesaba. Por otra parte, cada vez pecaba más a menudo en el piso de Pedralbes que en el pueblo, porque no quería que nadie oyera sus gritos ansiosos en Torena. Nadie.

Ni las buenas familias adictas a Franco, como ca de Birulés, casa Savina, ca de Majals o ca de Narcís, tenían el honor de gozar de su intimidad. Y Cecilia Bàscones menos aún, por impresentable. La señora Elisenda se había propuesto no tener amistades en Torena. Vivía allí para recordar a unos cuantos individuos que la vencedora era ella.

Y para poder ir una vez al mes al cementerio, lloviera o nevase. Y para exponerse a la mirada de Dios más de cerca.

Leyó detenidamente el billete de avión, como si contuviera la solución a sus problemas. Al menos, había decidido que le tocaba a ella mover pieza.

Salió de Torena de madrugada. Despachó con el abogado Gasull en el inacabable trayecto hasta el aeropuerto de Barcelona y, ya en el aparcamiento, le pidió que la dejase a solas con Jacinto. Éste abrió la mampara de separación, dilató las aletas de la nariz para embriagarse de aroma de nardo y recibió las instrucciones sin volverse.

Las asimiló mirándola por el retrovisor y, como de costumbre, entendió perfectamente las disposiciones de la señora para atajar el lamentable espectáculo que estaba dando Marcel con lo de la puta hippy.

—Cuando vuelva, no quiero ver ni una hoguera encendida.

—Estarán todas apagadas.

—Gracias, Jacinto.

El mismo espasmo de corazón, como siempre que le decía muy bien, Jacinto, así me gusta. Pero se limitó a responder que tenga buen viaje, señora.

Volvió en un tren nocturno, cansada, triste y sobre todo, con la dignidad agrietada,

porque, a pesar de la indignación, cada cinco minutos pensaba ahora se abrirá la puerta, entrará Marcel y le diré eres un hijo de puta, porque eso se avisa, pero si quieres lo hablamos, ¿de acuerdo? Pero Marcel no aparecía por la puerta del vagón porque en esos momentos estaba recitando a su madre lo impresionantes que eran las pistas nuevas de Saint-Moritz, según el catálogo, y la señora, que ya tenía el billete de Fiumicino en la mano lo oía con paciencia, pensando con quién andarás por ahí, que te ha sorbido el seso hasta el punto de montar todo este número, tú, que no mueves un dedo por no hacer el esfuerzo.

Ramona estaba dispuesta a considerar que había actuado precipitadamente y a reconocer que no había mal alguno en ser millonario, por el amor de Dios, e iba a llamar a Marcel cuando Jacinto Mas dio con el piso de estudiantes y sostuvo una conversación muy interesante con la joven, ella, sentada en su cama, él, de pie, con un cigarrillo en la boca que lo obligaba a entornar los ojos, tocándose la cicatriz de la cara con el dedo, como siempre que pensaba, y mirando de vez en cuando la barrita de incienso que humeaba solitaria encima de una mesita de noche rescatada de los Encantes.

—Tú verás.

Ramona lo miró. Estaba desconcertada. Como si adivinara el desasosiego de la chica, Jacinto sacó un sobre voluminoso del bolsillo y lo dejó encima de la cama, al lado de Ramona. Ella no hizo ningún movimiento para cogerlo, aunque, en opinión de Jacinto, se moría de ganas.

—Esto, más dos años de alquiler del piso nuevo.

Entonces Ramona cogió el sobre y lo abrió. Jacinto supo que había ganado la partida. Asombrada, la chica tocó el montón de billetes.

—Está todo —la tranquilizó Jacinto Mas—, todo lo prometido. —Alargó una mano—: Cuéntalo, anda...

La chica sacó el fajo y contó los billetes sin ningún reparo. El hombre esperó a que terminase y, sin mirarla y usando la mano de cenicero, porque no había ninguno a la vista, dijo si por casualidad me entero de que mueves un solo dedo por ver a Marcel, aunque sea en la facultad o en cualquier otra parte, vengo a buscarte, te arranco la pasta, te denuncio por estafa y te tiro por el balcón. ¿Entendido?

Ramona no lo miró. Llevaba el pelo suelto, casi le tapaba la cara, y Jacinto pensó que la chica no estaba nada mal, pero empezaba a hartarse de tener que ir a pasar el trapo cada vez que Marcel se complicaba la vida. ¿Me habrá entendido la moza esta?

—¿Es usted el padre de Marcel?

Qué más quisiera. Imagínate qué noches, qué alaridos, cuánta gloria al alcance de la mano.

—Sí.

Cerraron el trato y el propio Jacinto la ayudó a hacer la maleta y la llevó al piso

nuevo, que era uno viejo del barrio del Raval, un piso lleno de poca luz y de olores extraños, pero suficientemente grande para todas las barritas de incienso del mundo.

Con lo estupendo que habría sido terminar de millonaria.

Marcel no la encontró en el piso de estudiantes, la lloró desconsoladamente unos meses, no volvió a verla en ninguna aula, ni en ningún claustro ni en el bar de ninguna facultad y la convirtió en santa por haberse mantenido fiel a la ideología sin caer en la tentación de la vida fácil. A partir de entonces, siempre que le preguntaban por sus vivencias en mayo del sesenta y ocho, contestaba lúgubrememente fueron muy profundas, y se negaba a entrar en detalles. Nunca más cogió el tren. Nunca más vio a Ramona ni supo si llegó a ser escritora.

La estancia respiraba limpieza absoluta, porque la limpieza física es símbolo y antesala de la espiritual. El crucificado, pálido y exangüe, clavado en la pared a suficiente altura para no estorbar, presidía todos los tratos que se concertaban en el silencioso gabinete. La mesa, barnizada hasta la saciedad, parecía un espejo. Ella estaba sentada a un lado, con los documentos ante sí, la tinta de su firma todavía fresca.

—Si realmente el Instituto acelera o contribuye a acelerar sustancialmente la causa del Proceso —dijo, refiriéndose a la documentación con un gesto de las cejas— no se imagina su Ilustrísima cuál será la magnitud de mi agradecimiento.

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer i Albás, doctor en Derecho, doctor en Sagrada Teología, profesor de Derecho Romano, profesor de Filosofía y de Deontología, rector del Patronato de Santa Isabel, Prelado Doméstico de Su Santidad Pablo VI, Académico ad honorem de la Pontificia Accademia Teologica Romana, Consejero de la Sacra Congregazione di Seminarii de Università, Fundador y Presidente General del Opus Dei, Miembro del Colegio de Aragón, Doctor honoris causa por la Universidad de Zaragoza, Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Hijo Predilecto de Barbastro, Hijo Adoptivo de Barcelona, Hijo Adoptivo de Pamplona, Gran Creu de Sant Raimon de Penyafort, Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, Gran Cruz de Isabel la Católica, Gran Cruz de Carlos III con distintivo blanco, Gran Cruz de Beneficencia y Marqués de Peralta, agachó la cabeza con humildad y en un tono sumamente afable dijo quién más interesado que yo en que el Proceso se resuelva satisfactoriamente. Separó las manos como si abrazase fraternalmente la mesa, a la señora Elisenda Vilabrú, el obsequio generoso y la documentación aportada y firmada, y anunció se lo encargaré personalmente a monseñor Álvaro del Portillo.

—¿Y en cuanto al silencio a mi solicitud personal de ingreso en el Instituto?

Monseñor unió las manos y se sentó al otro lado de la mesa. En el silencio Elisenda oyó, muy amortiguado y lejano, el caos del tráfico urbano de Roma. Miró a su interlocutor a los ojos, como diciéndole contesta, que me van a salir telarañas.

Como si la hubiera oído, monseñor respondió:

—Aunque su vida social sea cristianamente ejemplar, existe en su vida privada un aspecto, querida señora, que puede suscitar escándalo. Y ay de aquel de quien proviene el escándalo, porque más le valiera...

—No suscito ningún escándalo —lo interrumpió conteniendo la indignación— porque nadie conoce ese aspecto de mi vida privada. —Con cierto desprecio—: ¿Cómo puede saberlo Su Ilustrísima?

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer i Albás, doctor en Derecho, doctor en Sagrada Teología, profesor de Derecho Romano, profesor de Filosofía y de Deontología, rector del Patronato de Santa Isabel, Prelado Doméstico de Su Santidad Pablo VI, Académico ad honorem de la Pontificia Accademia Teologica Romana, Consultor de la Sacra Congregazione di Seminarii de Università, Fundador y Presidente General del Opus Dei, Miembro del Colegio de Aragón, Doctor honoris causa por la Universidad de Zaragoza, Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Hijo Predilecto de Barbastro, Hijo Adoptivo de Barcelona, Hijo Adoptivo de Pamplona, Gran Creu de Sant Raimon de Penyafort, Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, Gran Cruz de Isabel la Católica, Gran Cruz de Carlos III con distintivo blanco, Gran Cruz de Beneficencia y Marqués de Peralta, sonrió y prefirió mirar hacia las cortinas del fondo.

Capítulo 16

Bibiana lo miró a los ojos y al instante adivinó la desgracia que ese hombre acarrearía a la niña. Retrocedió un paso y lo invitó a pasar. Lo condujo a la sala y lo dejó solo. Él echó un vistazo alrededor. Sobre la chimenea, el retrato acabado de su Elisenda. El olor a pintura todavía impregnaba las cortinas y la tela misma. Sí, estaba preciosa.

—Hola.

Oriol se volvió, sobresaltado. La miró como si comparase el retrato y el original.

Iba más elegante, si cabe, que en el cuadro. Se dieron la mano. El reloj dejó oír su solemne tictac mientras fuera, en la plaza, un postigo golpeaba contra la pared. Oriol se acercó a Elisenda. Estuvo a punto de cogerle las manos, que eran como torcaces bravías. Qué pasa, preguntaron sin palabras los ojos de cobre.

—El alcalde Targa quiere matar a un niño.

—Pero ¿qué dices? —se horrorizó ella.

Le contó el caso. Ella escuchó en silencio. Oriol insistió en que él no podía convencerlo. En que Rosa estaba indignada, más que indignada. Añadió que Rosa estaba cada día más fría y distante. Que esa misma tarde, al volver de la escuela, nada más verlo le dijo ¿sabes qué me han contado?

Oriol miró a Rosa con curiosidad mientras se quitaba la chaqueta.

—Que a Joan Ventureta lo has denunciado tú.

—¿Yo?

—Que oíste a sus hermanas hablar del padre. Que, por lo visto, va a su casa a escondidas algunas noches.

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo.

—Rosa...

—Si no haces algo de una vez..., yo también lo creeré.

Oriol se sentó, abatido. Cómo podía pensar alguien que él...

—¿Qué quieres que haga? Le he suplicado de rodillas que lo dejara. Además, no llevará las cosas a ese extremo, Rosa, estoy seguro.

—En el pueblo se dice que es capaz de hacer eso y mucho más. Y los de Altron, que lo conocen perfectamente, dicen que es un malasangre de cuidado.

—Y yo te digo que no llegará la sangre al río. Es imposible.

—Vamos a Sort a denunciarlo. ¡Vamos a ver a quien sea!

—Se reirían de nosotros... si no nos liquidan después.

—Eres un cobarde.

—Sí. Pero Targa no lo va a matar. ¡Y yo no he denunciado a ningún niño!

Es horrible que mi propia mujer piense eso, dijo Oriol. Y, como había ganado

cierta confianza, se dejó caer en un sillón sin pedir permiso. Elisenda se sentó en el de al lado y le cogió la mano. Estaba muy seria pero no decía nada.

—Tú tienes influencia sobre ese hombre —suplicó Oriol.

Elisenda le retuvo la mano y, a pesar del disgusto que tenía, Oriol experimentó un escalofrío agradable.

—Yo no tengo influencia sobre nadie...

—Bueno, dicen que...

Ojalá se hubiera mordido la lengua, pero ya era tarde:

—¿Qué dicen?

—No, nada.

Le soltó la mano como si tirase un papel arrugado a la papelera. Él notó que se había puesto tensa.

—¿Qué dicen? —repitió en el mismo tono.

Oriol la miró. Era la primera vez que la veía tan seria. Era la primera vez que no lo miraba con los ojos que él había sabido pintar. Tuvo que reaccionar a la fuerza.

—Pues... dicen que aquí, en Torena, Targa está ajustando las cuentas a los...

Elisenda se levantó y terminó la frase que Oriol había dejado colgada de la araña del techo.

—A los asesinos de mi padre y mi hermano, sí.

—Pues eso.

—¿Es necesario que te recuerde a ti también que no tengo nada que ver con este troglodita?

—No, mujer, yo...

—Hace un año, cuando volví, ya estaba todo hecho, por desgracia... Por otra parte, los ajustes de cuentas están a la orden del día en muchos sitios. —Le dio la espalda, como si quisiera mirar el retrato—. Y no tengo por qué darte explicaciones.

Oriol se frotó la cara con las manos e insistió.

—Yo sólo quiero saber si puedes interceder por la vida de Ventureta.

Elisenda se volvió un poco, como si fuera a posar de pie para el pintor mostrando muy poco el busto y casi frontalmente la cara. En vez de preguntar estoy bien así, hizo un movimiento seco con la cabeza y dijo vete.

Al borde de las lágrimas, Oriol se levantó deseando no ser el maestro del pueblo y no haber pintado nunca el cuerpo de una mujer bellísima, aborrecible y admirable.

Cuando estaba en la puerta de la sala oyó decir a Elisenda al niño no le pasará nada, descuida.

Capítulo 17

Fue la cena más laboriosa que Tina recordaba. Los hombres de la casa comían sopa aplicadamente, con la vista baja. Los miró y, por iniciar una conversación, preguntó sabes cuándo podremos ir a verte, y Jordi replicó con dureza, porque estaba destrozado, que jamás iría a verlo, y Arnau, dirigiéndose a su madre, respondió no sé, pero os lo diré en cuanto me entere: me alegraría mucho que fuerais a verme. O si vas tú sola. Otro cuarto de hora más de silencio para digerir la última frase, que implicaba excluir a Jordi de la conversación, del futuro. Al final, Tina rompió de nuevo el silencio diciendo no sé, es que no te me imagino vestido de negro, misal en mano, paseando o cantando en el coro. Es tan raro como si me hicieras abuela; fue el único momento de la Última Cena en que Arnau se rió, tanto, que estalló en carcajadas; Tina estaba convencida de que Jordi se había contenido las ganas de reír porque era tan cabezota que no podía dejar de hacer el papel que estaba haciendo y no se permitió bromear aunque le fastidiara. En cambio, cuando estaba terminando la tortilla, tuvo suficiente falta de tacto para decir vas a echar de menos a las mujeres.

—Sí. Ya lo sé.

—Entonces ¿por qué lo haces?

—Por otras razones. —Bebió un sorbo de agua—. No sé si te interesan mucho.

—A mí sí —Tina, con un hilo de voz.

Entonces Arnau les habló, como Jesús a sus discípulos, de la comunión de los santos, del valor de la oración, del ora et labora, del sentido que le encontraba a la vida monacal, o la opción monástica, como decía él. Del valor de las horas canónicas, del significado de la liturgia, de que había solicitado el ingreso en la Abadía de Montserrat concretamente para vivir en el monasterio a partir de ese momento y para toda la vida. Que no sabía si lo elegirían para el sacerdocio, pero que lo importante era profesar. Cuando dijo para toda la vida, a Tina le sonó a para toda la muerte y oyó el cántico de una lápida sepulcral como las de Serrallac al cerrarse con un bum que resonaba en una oscura nave desconocida. Arnau habló con serenidad, en su pausado tono de costumbre, sin pretender aleccionar a nadie, pero expresando su alegría íntima por iniciar un nuevo estado de vida y dijo que no, que prefería ir solo, que era mucho mejor. Que no, de veras, que no. Que no quería que lo acompañasen. Sus padres, en silencio, jugueteando con las migas perdidas en el mantel, no osaban mirarse entre sí; oyeron a su hijo y, con gran dolor, pensaron cómo pueden haberlo embaucado con semejantes cuentos, Dios mío, la comunión de los santos, Arnau, que parecía un hombre sereno, inteligente, culto y trabajador. En nombre de qué, Dios mío, y por qué rehostias consagradas le han puesto el cerebro patas arriba de esta manera esos manipuladores de almas.

Fregaron los platos en silencio. Ni se plantearon encender el televisor, no era

oportuno, se sentaron en los sillones y Jordi encendió la pipa. Nadie dijo nada, pero fue un silencio incómodo. Como mucho, fue una despedida huraña, porque parece que no vas a volver a casa nunca más, eso, en el caso de que tu padre y yo sigamos viviendo juntos. Estaba Jordi a punto de terminar la pipa, cuando Tina notó el pinchazo, tres días sin dolor y hoy, precisamente. Se sacudió la nube negra de la memoria, se levantó y se marchó de la salita. Desde el estudio oyó decir a Jordi vagamente que metido en un monasterio, perderás la riqueza del mestizaje cultural que nos envuelve más cada día. Y Arnau respondió en voz tan baja que no lo oyó.

Ah, Jordi, qué incordi6n; no sabe qu6 decirle. Yo tampoco. Le diría si ingresas en Montserrat pierdes a una mujer que te querrá muchísimo. Y me matas de pena. Pero eso no se lo puedo decir. Tina volvió a la salita con un paquete en la mano.

—Para ti.

Se lo dio a Arnau; el chico no se lo esperaba. Lo desenvolvió con tanta curiosidad como Jordi, que no sabía nada. Era un álbum de las mejores fotos que le había hecho a lo largo de veinte años, desde el primer bostezo, en la clínica (ah, qué orgullo, ser madre y ser responsable de la vida de un ser humano), hasta el verano pasado, cuando volvió, quemado por el sol, del campo de trabajo de la oenegé francesa que operaba en Bosnia. Estaba con Jordi, que sonreía y ya estaba liado con todavía no sé quién, porque la Renom ya lo había visto en Lérida cuando debía estar en otra parte.

Arnau miró las fotos con detenimiento. Tina estaba segura de que incluso había conseguido emocionarlo; pero el muchacho no quiso mostrarlo. Se dio cuenta de lo rápidamente que pasaba el retrato de los dieciocho años, un encuadre sobre un fondo de abetos y un ventisquero, Arnau mirando hacia el sueño, guapísimo, mi hijo, yo lo parí; un retrato para enorgullecerse. Un hijo para desorientarse.

Se fueron a dormir muy tarde, como si no quisieran que terminara nunca ese momento tan silencioso, los tres juntos. Había que reconocer que, en eso, Jordi no se había portado mal del todo, porque no montó escenas y se guardó las ganas para cuando estuvieran solos. Tina no quiso irse a la cama al mismo tiempo que su marido.

—Os llamo por la mañana —dijo Arnau, mientras ponía el despertador en hora.

—No entiendo por qué tienes que ir tan temprano.

—Buenas noches, Arnau.

—Buenas noches, papá. —Y dio un beso muy dulce a su madre antes de cerrar la puerta de su habitación—. Gracias por las fotos —le dijo—. Me han hecho mucha ilusión.

En el dormitorio, Arnau se sentó al borde de la cama. Inconscientemente, se puso a acariciar Yuri, que estaba instalado en medio de la colcha. El animal soltó un maullido triste y se acercó a Arnau, quien tuvo entonces una revelación o algo semejante y dijo sé que no volveré a verte nunca más, Yuri Andréievich. A mis padres, sí, pero a ti, no. Después de haber aguantado el tipo durante la Última Cena,

la Última Sobremesa, el Último Fregado de Platos y el Último Regalo de las Fotos de la Vida, la tristeza de la madre desorientada, la rabia del padre desarmado, ahora, al acariciar a Yuri... se le escapó una lágrima con la que no contaba y volvió a pensar no te veré nunca más, Yuri Andréievich, porque eres muy viejo. Doctor Zhivago, trastornado de emoción, respondió con un bostezo enérgico y saltó inmediatamente de la cama en pos de un ruido desconocido, porque con el joven de la casa no se hablaba.

¿Y ahora, qué?, pensaba Tina, sentada ante el ordenador, mientras esperaba que Jordi empezase a roncar. Sin hijo, sin marido. Abrió la carpeta que le había dado Joana y se encontró con el relato de la muerte de Oriol Fontelles. Lo releyó. Se entretuvo escudriñando con una lupa la cara de los dos falangistas de la foto de color sepia. Iban los dos uniformados. El que suponía que era Oriol, porque parecía más joven, era alto y estaba despeinado. El otro, un hombre maduro, moreno, pelo planchado hacia atrás y bigote fino y bien recortado. Releyó el artículo, el hombre honesto, el maestro laborioso, el héroe y mártir. Quiso imaginarse esa muerte para no pensar en Arnau. Se le ocurrió releer los cuadernos que había encontrado en la escuela, escritos con letra ordenada y menuda. Jordi todavía no roncaba. Querida hija mía, no sé cómo te llamas. Así empezaba. Querida hija mía, no sé cómo te llamas pero sé que existes porque he visto una manita tuya, pequeña y tierna. Me gustaría que cuando fueras mayor alguien te entregara estas líneas, porque quiero que las leas. Me asusta lo que puedan contarte de mí, sobre todo tu madre. Por eso te escribo esta carta, que será larga y seguro, seguro que, cuando te llegue, habré muerto ya. No te pondrás muy triste porque no me habrás conocido. ¿Sabes una cosa? Tengo la sensación de que esta carta es como la luz de las estrellas: cuando la recibas, hará mucho, muchísimo tiempo que habré muerto. Querida hija mía, no sé cómo te llamas. Querido hijo mío Arnau, sé cómo te llamas pero no sé cómo eres.

Entonces fue cuando se le ocurrió hacer una copia de los cuatro cuadernos en el ordenador. Y darlos a conocer para salvaguardar la memoria de un perdedor. Y se dijo que al día siguiente, cuando diera el Último Beso a Arnau, le diría que lo quería con pasión y que la perdonase, pero que no había sabido hacerlo mejor. Y que le daba miedo ir al médico porque no sabía qué le diría. Le diría todas esas cosas cuando le diese el Último Abrazo. Guardó cuidadosamente los cuadernos y se fue a la cama, a sumergirse en los ronquidos de Jordi.

Que Tina recordase, fue la primera vez que Arnau les mintió deliberadamente.

Hacia las siete y media de la mañana, cuando sonó el despertador para ir a la escuela, comprobaron, desolados, que ya hacía muchas horas que su hijo había desaparecido silenciosamente de sus vidas.

Capítulo 18

La esperaba a pie firme, apoyada en el bastón. La criada las dejó solas y cerró con suavidad. Entre la tristeza y el desconcierto, la señora Vilabré volvió la vista a la pared. A continuación se sentó y miró hacia delante, prescindiendo de la visita.

Movió el bastón invitándola tal vez a tomar asiento. Entonces Tina comprendió que la anciana de mirada tan viva era ciega. Se sentó en el sofá, enfrente de ella, incómoda. Podían haberme avisado de que la señora de casa Gravat era ciega.

Impunemente, echó una ojeada a toda la sala. Los muebles respondían a un gusto por la comodidad. Los cuadros del fondo parecían urgells, vayredes y vancells y era muy posible que fueran auténticos. Cerca de la chimenea, un mueble a medio camino entre escritorio y aparador atestado de fotos enmarcadas. Sobre la chimenea, el retrato de una mujer joven, guapísima, con unas manos como palomas torcaces que contenían las ganas de volar y sujetaban amorosamente un libro. Por la mirada, por los ojos, comprendió que era el retrato de la señora que estaba frente a ella.

Entró la criada silenciosa con el té y se puso a servirlo. La señora Elisenda Vilabré no volvió a dirigirse a Tina hasta que se marchó la criada. Disparó como si hubieran iniciado la conversación mucho antes.

—Qué asunto es ese de un libro de no sé qué.

Tina sacó de la cartera un cuaderno de Oriol y lo abrió al azar.

—Más que un libro, es un cuaderno. Unos cuadernos. Me gustaría que les echara un vistazo. —Se lo acercó, pero enseguida lo retiró, avergonzada—. Perdona.

—¿De qué trata?

—Usted conoció a Oriol Fontelles, ¿verdad?

Se hizo un silencio denso, pesado y áspero. Tina, incómoda, miró a ambos lados como si fuera a entrar alguien y cerró el cuaderno.

—Claro que lo conozco —dijo la dama. Tina se dio cuenta de que, a pesar de su delgadez y de los estragos que ochenta y cinco años seguidos de vida le habían hecho, todavía se percibía en sus facciones la huella de la belleza, que se resistía a desaparecer—. ¿Qué quiere saber de él?

—Busco a su hija. Y a su mujer, si todavía vive.

La señora hizo una pausa breve, muy breve, pero Tina la captó.

—¿Con qué motivo? —dijo finalmente.

Le había cambiado incluso el timbre de voz. Tina devolvió el cuaderno silenciosamente a la cartera.

—Pues... Estoy haciendo un libro de fotos de la comarca del Pallars y... —La señora dirigió los ojos hacia la voz y Tina creyó que la trepanaba su mirada muerta, tan intensa como la de Arnau. Siguió hablando forzosamente—. Que..., que me gustaría incluir fotos de casa Gravat.

—¿Por qué quiere hablar con la hija del señor Fontelles?

—Pues... porque... encontré unas cartas y...

—¿De Oriol? —Unos segundos para recuperar el control—. ¿Del señor Fontelles?

Silencio. Estaban las dos en guardia. Hacía muchos años que Elisenda Vilabré no se desconcertaba tanto.

—¿Dónde las ha encontrado?

—¿Va a decirme dónde puedo encontrar a la hija de Fontelles o no?

Elisenda se levantó apoyándose en el bastón. Estaba acostumbrada a mandar desde los siete años, cuando su madre desapareció de casa de la noche a la mañana.

A partir de los diecisiete, momento en que su padre le organizó una fiesta de puesta de largo que llevó a Torena a un grupo de políticos y financieros que nunca habían puesto el pie en la montaña porque ensucia los zapatos, comprendió que su inteligencia y su belleza podían causar estragos entre los hombres y podían serle muy útiles. A partir de entonces entendió que, con un poco de maña, siempre se saldría con la suya. Para demostrárselo a todos los hombres que empezaron a cortejarla, dejó de hablar con ellos y se limitó a darles instrucciones. Fue un éxito: sometió a todos los que la rodeaban, incluidos Josep y su padre. Y Bibiana, sentada a los pies de la cama, tomando infusión a sorbitos, pensaba ya sabía yo que la chiquilina era la más lista de todos. Pero Elisenda creía que podía dominar el mundo y la vida, y nadie le había dicho que hay momentos, y todavía no lo sabía, en que la vida pesa demasiado y es preciso aprender a doblegarse para no caer tronzada por el aire. Le estalló el alma el veinte de julio del treinta y seis, cuando la cuadrilla de la FAI de Trep, informada, guiada y animada por los asesinos envidiosos del pueblo, fusiló a su padre y a su hermano y la arrojó al único camino posible: el de no olvidar jamás. Jamás, Bibiana, te lo juro.

—Debería enseñarme esas cartas.

—No. Son personales y no la conciernen.

—No hay nada de Oriol Fontelles que no me concierna.

—¿Cómo dice?

—He promovido, financiado y seguido muy de cerca su causa de beatificación y...

—¿Cómo dice?

La señora Vilabré volvió a sentarse. Había recuperado el control de la situación y no quería volver a perderlo.

—Esta primavera, el Santo Padre beatificará al venerable Oriol Fontelles.

—Será broma.

—¿No ha oído hablar de ello?

—¿De la beatificación de Fontelles?

—Claro.

—No. Son cuestiones... —fugazmente pensó en Arnau— ajenas a mis intereses.

—Señora. —El tono de voz, la cara, los ademanes, todo cambió de pronto en la mujer—. Oriol Fontelles era un gran amigo de nuestra casa. Un gran amigo en momentos difíciles y un mártir de la Iglesia. —Adelantó una mano a tientas—. Por eso me gustaría que me dejase unos días esas...

—¿Estamos hablando de la misma persona? Porque, a juzgar por lo escrito en los cuadernos..., de santo no tenía nada.

La señora señaló hacia la chimenea con el bastón. Apuntó con precisión a una foto de la repisa.

—Es ése. No ha habido otro.

Tina se levantó y se acercó. Un primer plano de Oriol Fontelles mirando de lado hacia el futuro que no tuvo. Era la misma expresión, el mismo gesto de la boca que en el autorretrato hecho delante del espejo del lavabo de la escuela. Pero llevaba uniforme falangista. Era una ampliación de la foto en la que estaba al lado de Valentí Targa. La única foto, siempre la misma. Había otras en la repisa, de gente desconocida. Familiares, seguramente. Y una de un canónigo, o algo así, sentado, con otro hombre de pie a su lado, en los jardines de casa Gravat. Y, sin voluntad de ocultarla, enmarcada en plata, una del apretón de manos de la que sin duda era la señora Vilabré, mucho más joven, y el general Franco, sonriente, rodeados por uniformes risueños, excesivamente risueños, incluso. La única que no sonreía en la foto era ella. Y fotos de un niño que tenía un aire vagamente familiar en diversas épocas de su vida. Y más desconocidos.

—Sí, es la misma persona —reconoció Tina—. No sabía que...

—Tiene usted la obligación de darme esas cartas. ¿Por qué dice que de santo nada?

—Van dirigidas a su hija. No puedo...

—El señor Oriol Fontelles no tuvo ninguna hija.

—Claro que sí.

—Le aseguro que no.

—¿Y su mujer?

—Murió más o menos en la misma época que él...

—Qué coincidencia.

—La familia de Oriol fuimos nosotros.

—Sí, pero...

—Soy el único testigo vivo de su muerte.

—¿Usted?

La señora Elisenda señaló el sofá con el bastón; Tina dejó de mirar las fotos y volvió a sentarse, como le ordenaba la señora. Entonces Elisenda empezó a decir la tragedia es que el paso del tiempo borra hasta los actos heroicos, pero a mí sólo me

los borraré la muerte porque, aquella noche, la montaña era un hervidero. El alcalde Targa y sus hombres hacían la ronda para evitar que una partida de guerrilleros entrase en Torena y perpetrase atrocidades, porque el maquis acababa de iniciar la invasión de Vall d'Aran, aunque seguro que no sabe a qué me refiero. Y resulta que el infrascrito postulante a Venerable, el mártir siervo de Dios Oriol Fontelles Grau, se encontraba en la escuela cumpliendo con su deber. Era tarde ya, pero él nunca veía el momento de abandonar el aula, pues hizo de su profesión su forma de vida. Todos los niños del pueblo de Torena, todos los padres de los niños del pueblo de Torena pueden dar fe de la abnegación con que se entregó a su labor de enseñar las verdades de la vida y de la religión católica a los niños del pueblo. El ambiente empezó a cambiar a raíz de su llegada, porque fue capaz de promover la concordia ente familias enfrentadas a causa de la guerra. Del mismo modo, prestamos testimonio y corroboramos el orden y la sucesión de los hechos que llevaron al martirio al citado postulante a Venerable, el Siervo de Dios Oriol Fontelles Grau. Que son los siguientes: eran las ocho de la noche del día diecinueve de octubre de mil novecientos cuarenta y cuatro, cuando, después de una fatigosa jornada escolar, el postulante vio luz en la iglesia de Sant Pere. Se extrañó sobremanera, pues hacía dos días que el señor rector, el reverendo padre Aureli Bagà Riba, que es el tenaz Postulador de esta causa, se encontraba en la Seu d'Urgell en visita canónica al señor obispo. Movido por su celo, el postulante a Venerable fue a ver qué sucedía. Tan pronto como abrió la puerta de la iglesia vio la horrenda y cruel realidad: una partida de maquis, guerrilleros bandoleros, comunistas, separatistas y anarquistas, intentaba arrancar el Sagrario, que contenía el Santísimo Sacramento, seguramente con la intención de fundir las pocas piezas de oro que tenía. El postulante, indignado y horrorizado por semejante acto, profirió un gran grito, que fue lo que alertó a los testigos que avalan el presente documento, a saber, el señor don Valentí Targa Sau, a la sazón alcalde del pueblo de Torena, y la señora doña Elisenda Vilabrú Ramis, quienes tuvieron tiempo de entrar en la iglesia y ver con impotencia, desde un rincón, puesto que no iban armados, el martirio del citado postulante. Así pues, según el testimonio de los citados Targa y Vilabrú, ambos se vieron obligados a presenciar los siguientes hechos con horror e impotencia: que el siervo de Dios Oriol Fontelles se acercó a pecho descubierto a los agresores sacrílegos al tiempo que los imprecaba y los conminaba a renunciar al nefasto acto. Que, lejos de prestar atención a sus ruegos, los guerrilleros dieron en reírse y lo amenazaron de muerte. Que, a pesar de las graves amenazas directas, el postulante hizo caso omiso y siguió avanzando hasta situarse ante el Sagrario.

Asimismo, los testigos declaran que lo que vieron y comprobaron es la verdad y afirman que el siervo de Dios Oriol Fontelles, indignado por la irreverencia manifiesta del grupo de sacrílegos, expulsó a empujones a un par de ellos y subió al

altar. Sorprendidos por la iniciativa, tardaron unos momentos en reaccionar, por lo que el postulante tuvo tiempo de abrazarse al Sagrario. El jefe de los facinerosos lo conminó a abandonar el altar, mas él respondió que no lo abandonaría si no era muerto. Que estaba dispuesto a dar la vida por el Sagrario, por el Santísimo Sacramento y por la Santa Madre Iglesia (palabras textuales). Tras algunas vacilaciones, el jefe de los bandidos (antiguo contrabandista de triste memoria y que apellidaba Esplandiu) apuntó al mártir con toda la sangre fría y disparó un tiro, que impactó en la noble frente del siervo de Dios y le produjo la muerte casi instantánea, según la opinión del doctor forense, don Samuel Sáez de Zamora, que examinó el cadáver. El hecho más insólito y que deseamos poner en conocimiento de este tribunal es que, después de entregar la vida por la Iglesia Católica, por el Sagrario y por el Santísimo Sacramento, por más que los facinerosos emplearon todas sus fuerzas en apartar del Sagrario el cadáver del mártir, no lo consiguieron de ninguna manera. No hubo forma mortal de arrancarlo de allí. Insistieron un rato más, entre blasfemias e improperios, hasta que el jefe ordenó la huida antes de que llegaran las fuerzas del orden. A modo de recuerdo de su fatídico paso por el pueblo, lanzaron un par de granadas, que explotaron y deterioraron el lateral norte del edificio del Ayuntamiento y provocaron un pequeño incendio.

Certifica la señora Elisenda Vilabré Ramis que, tan pronto como el sagrado recinto quedó libre de blasfemos y asesinos, acudió junto al mártir Oriol y, con sus pocas fuerzas e impresionada por lo que acababa de ver, pudo deshacer el abrazo del postulante al Sagrario sin la menor dificultad. Y lo ratifica el citado Valentí Targa, cuyo testimonio adjuntamos. Se adjunta asimismo un anexo con la valiosa declaración del padre August Vilabré Bragulat, quien, tras recibir aviso, se personó inmediatamente en el lugar de los hechos y da fe de ellos.

—No tenía la menor idea. Me ha dejado pasmada.

La señora se lo contó con la cabeza gacha, como si así los recuerdos fluyeran mejor en la memoria. Señaló el servicio de té y entonces Tina se dio cuenta de que no lo había probado siquiera. Tomó un sorbo y a continuación dijo que en una revista de la época se daba una versión un poco diferente.

—Ya lo sé, pero no se fíe. Ellos no lo vieron.

Por todo ello, cerramos este Processus declarando, en calidad de prelado de esta diócesis, que el Postulador de la causa da fe de la fama pública y las virtudes y milagros del siervo de Dios Oriol Fontelles Grau. Ítem más tenemos la certeza de que se ha observado el decreto de Urbano VIII sobre la prohibición del culto a destiempo y formamos juicio sobre los hechos tan reiteradamente citados. Por lo que se refiere a las inquisiciones denominadas processiculi diligentiarum debemos hacer constar que, aparte de anotaciones personales sin valor, aparte de correspondencia postal normal e inocua, no hemos encontrado documento, confesión, dietario, reflexión escrita,

estudio teológico o filosófico de ninguna clase que pueda acompañar las pruebas de la causa, ya sea a favor, ya sea en perjuicio del postulante a Venerable.

Por tanto, en el día de hoy, dieciocho de octubre de mil novecientos cincuenta y cuatro, diez años exactos después de la muerte heroica del postulante, declaramos, por la potestad que nos otorga la Santa Madre Iglesia, que, en el momento de la muerte, el señor Oriol Fontelles Grau ejerció las virtudes cristianas en grado heroico, por lo cual podemos considerarle un verdadero mártir y lo declaramos Venerable.

Certificamos, en presencia del Postulador, reverendo padre mosén Aureli Bagà Riba, rector de la parroquia en la que sucedieron los hechos, y ante el Notario Mayor de este obispado, monseñor Norbert Puga Closa, que todo el proceso preliminar está cerrado y sellado según las disposiciones eclesiásticas sobre el proceso de beatificación que pueda incoarse en un futuro a favor del Venerable Oriol Fontelles Grau. Tenore praesentium indulgemus tu idem servus Dei venerabilis nomine nuncupetur. Joan, obispo de la Seu.

—Señora Vilabré, suya es toda la responsabilidad de esta alegría —dijo el padre con los ojos brillantes. Después se dirigió a todos los presentes—: No se imaginan cuánto daría por ver el momento de empezar a venerar la imagen de un santo que se ha hecho, si me lo permiten, en esta misma iglesia.

—Usted vivirá muchos años, mosén —sentenció la señora.

Pere Cases el de Majals sonrió amablemente. Sonreía a quien fuera necesario, porque era el primer acto al que asistía en calidad de alcalde y quería distanciarse todo lo posible del recuerdo que había dejado su antecesor. Se encontraban en la deteriorada sala de juntas del Ayuntamiento, donde el alcalde, la señora viuda de Vilabré y el consistorio recibieron al sacerdote para hablar del futuro beato y santo del pueblo. No exactamente del pueblo, pero, para los efectos, como si hubiera nacido allí.

—La causa de beatificación no puede abrirse hasta que se cumplan cincuenta años de la muerte del venerable.

—Mil novecientos noventa y cuatro —dijo, dubitativo, el nuevo alcalde. Tal vez se imaginara que todavía presidiría el consistorio.

—Hoy es un gran día para la parroquia, para la escuela y para el pueblo —declaró el padre, todavía arrebatado de entusiasmo.

—Y para España. —El alcalde miró a los concurrentes en silencio, con desconfianza.

—Sí, claro —dijo alguien.

A continuación, procedieron a dar cuenta de unas aceitunas rellenas en memoria del venerable y a hablar de si el futuro puente del Boscarró debía tener pretil de piedra o de hierro y pros y contras, y Elisenda Vilabré se apartó del grupo y, desde la ventana de la sala, contempló un trocito del pueblo, con la escuela y la pequeña

iglesia de Sant Pere, y todo parecía tan quieto y mortecino como aquel día, hacía ya unos cuantos años, en que fue a confesarse, según su costumbre quincenal, y mosén Aureli la condujo a la sacristía y le dijo las largas conversaciones que he sostenido con su tío, el padre August, han desembocado en mi identificación con su firme voluntad de defender la causa del maestro mártir, causa que, según tengo entendido, es también la voluntad de usted; me ha contado detalles impresionantes de la vida ejemplar de ese hombre y he tomado la decisión de presentarme como Postulador, con el apoyo explícito del padre August. Espero su colaboración, señora, así como la del otro testigo directo. E insistió en que no lo sabía con certeza, pero que si el obispado aceptaba el milagro que se defendía en la causa, el de la imposibilidad de separar el cuerpo del mártir del Sagrario, podría incluirse en una futura causa de beatificación; mosén Aureli rebosaba entusiasmo por todos los poros y la señora Vilabré asintió con voz grave y añadió que contase con toda la colaboración que fuera necesaria, incluso económica, padre. Y para demostrarlo, le besó la mano, y con su proverbial habilidad, le dejó un billete dobladito. Por fin. Manos a la obra.

Por la noche, la señora Vilabré se lo había comunicado a Valentí Targa en el Ayuntamiento y le había conminado a prestar toda la colaboración que fuera necesaria; toda, ¿entiendes lo que quiere decir «toda»? Después guardaron unos minutos de silencio, como un acto litúrgico o algo semejante, hasta que ella reaccionó y dijo pues ya lo sabes. Y ahora, en la Sala de Juntas del Ayuntamiento, convertido

Oriol en venerable, Elisenda dejó de mirar el paisaje y, al volverse, le pareció que Valentí le rehuía la mirada desde el retrato del lateral de la sala consistorial.

—¿Entiende ahora la importancia que pueden tener esas cartas en el expediente del futuro beato?

—¿Y si producen el efecto contrario?

—Pueden servir para iluminar la verdad. Déjemelas y pase a buscarlas mañana a la misma hora, si lo desea.

—No. —Por cambiar de tema—. Es decir, que el otro testigo de la muerte de Fontelles fue el alcalde Targa.

—Sí. Pero ha muerto. Murió hace más de cuarenta años.

Se levantó y se acercó al aparador de las fotos. Como si viera, señaló una que estaba discretamente retirada, junto a la pared. En blanco y negro, como casi todas.

Sentado a una mesa formidable, un hombre maduro parecía mirar inquisitivamente el objetivo, como si hablara con el fotógrafo. Desprendía energía, tal vez debido a la postura, tal vez a la mirada. Pelo oscuro, peinado hacia atrás, y bigote fino y recto.

No iba de uniforme, sino que vestía un traje oscuro y elegante. En el cenicero, un cigarrillo a medio consumir; detrás del alcalde Targa, una bandera española y, más arriba, casi fuera del encuadre, el retrato del general Franco. El reloj de la otra pared

señalaba las nueve. De la mañana o de la noche. Buena emulsión, pensó Tina, porque los detalles se ven muy nítidamente, a pesar de lo vieja que es la foto. Por la postura del brazo, parecía que Valentí Targa acabara de colgar el trasto negro que tenía por teléfono. Sus ojos claros, penetrantes, no miraban plenamente al objetivo sino un poco a la derecha, hacia los muertos.

—¿Es Valentí Targa?

—Sí.

Fue la primera vez que le vio el rostro con claridad.

—Por lo visto, no se le guarda muy buen recuerdo en el pueblo.

—Qué saben ellos. —Lo dijo como escupiendo, con todo el desprecio del mundo.

—Me lo imaginaba más joven.

—Esta foto es de poco antes de morir, sí.

La señora de casa Gravat volvió a su sitio sin necesidad del bastón. Tina miró la fotografía de nuevo para absorber las facciones.

—Debía de tener cincuenta o cincuenta y un años.

—¿En qué año fue?

—En mil novecientos cincuenta y tres —contestó sin vacilar.

Valentí Targa no miraba a Tina, sino a la derecha, hacia los muertos, hacia donde estaba Elisenda, después de haber colgado el teléfono con cara de preocupación y de haber hecho una seña enérgica al fotógrafo. Elisenda Vilabré, viuda desde hacía apenas una semana, aguardaba, gélida, recta, enlutada, ante la mesa del alcalde.

Esperaba que el hombre hablase. De reojo, consultó la hora en el reloj de pared: las nueve. Cuando el fotógrafo cerró la puerta del despacho y los dejó a solas, miró enfurecida al alcalde.

—A ver, qué pasa —dijo por fin.

—Una llamada rara.

—¿Y para eso me haces venir aquí?

—Como no me dejas ir a tu casa...

—¿Qué tenía de rara? —preguntó ella, señalando el teléfono con la barbilla.

—Un desconocido quiere decirme algo de la Tuca.

—¿A ti? —Pausa densa—: ¿Quién?

—Un tal Dauder. Me ha llamado su secretaria.

—¿Lo conoces?

—No. Dice que es el verdadero propietario de la Vall Negra.

—¿Y por qué no se dirige a mí?

—Dice que tiene una información que...

—Nadie tiene por qué saber que quiero comprar... —Lo miró a los ojos—: ¿A quién se lo has contado? ¿A quién querías impresionar?

—¡No se lo he contado a nadie! —replicó, irritado.

—A mí no me grites —dijo ella en voz baja—, que no se te olvide.

Valentí Targa se pasó la mano por la cara y, abatido, se sentó en su silla.

—¿Con quién te has querido lucir?

Silencio. En lugar de mirarlo, Elisenda se volvió hacia la ventana. Cielo gris de noviembre. Otro día de frío y hielo en las carreteras. El señor don Valentí Targa, el verdugo de Torena, abrió la boca y la cerró. Como no dijo nada, ella, sin dejar de mirar el cielo plomizo, dijo quién te ha dado permiso para meterte en mis asuntos.

—Es que yo...

—No, no... —replicó ella en voz muy baja—, te pregunto quién te ha dado permiso.

—Nadie. —Valentí agachó la cabeza, derrotado.

—De acuerdo. Ahora voy a explicarte una cosa.

Lo miró. El alcalde, acoquinado en la silla, como un niño en la clase de la señorita Rufat. Elisenda habló despacio, como si se dirigiera a un niño pequeño.

—La estación de esquí es una inversión a muy largo plazo y, si no sale bien, mala suerte. Lo que me interesa es vender la montaña de la Tuca a los suecos. Si funciona, me haré tan rica que...

—Todo eso ya lo sé.

—Mírame a los labios cuando hablo —dijo secamente—. Para vender una montaña, primero tengo que comprarla a parcelas y a bajo precio. Tú me ayudas y yo te lo pago generosamente. ¿De acuerdo?

—Sí, señorita Rufat.

—Pero si corren rumores, se acabó el precio bajo. —En tono dulce—: Ahora, dime con quién has hablado de todo esto o te castigo sin recreo.

—Puede que comentase algo a..., no sé, al delegado provincial de...

—Eres imbécil, tú y tus amigotes falangistas de mierda.

—No me insultes.

—Hago lo que me da la santa gana. —Señaló el armatoste de encima de la mesa—. Además, no se debe hablar de estas cosas por teléfono.

—¿Por qué?

—Porque a lo mejor la operadora está escuchando.

—Cinteta es una chica muy...

—Es una fisgona, como todo el mundo.

Elisenda seguía mirando por la ventana, pensando. Hasta que se decidió a mirar a Targa.

—Muy bien. Vete a ver a ese tal Dauder y desmiente mis intenciones de compra. Y sobre todo, que entienda con claridad que tú no tienes ningún poder de decisión. Y recuerda a ese delegado provincial tuyo que tenemos pendiente una revalorización, si no quiere que se lo cuente todo al gobernador civil...

Valentí, dolido, se levantó, se puso el abrigo y el sombrero y abrió la puerta de la sala.

—Cuánto te fastidia que me gane la vida.

—¡Por el amor de Dios, Valentí! —Ahora sí que se indignó: ese hombre era tonto—. Gana el dinero que quieras —le dijo en un tono voluntariamente didáctico—, pero no hables de mis cosas ni de mí con tus amistades. Nunca. —Antes de que Valentí desapareciera por la puerta, Elisenda añadió en voz baja, mirando por la ventana—: Cuidado, que a lo mejor ese tal Dauder no es más que un intermediario.

Valentí volvió a entrar y cerró la puerta. Irritado:

—Haré lo que crea conveniente.

—Eso nunca, si se trata de mi dinero. Dile que no tengo el menor interés en comprar nada. Díselo tal cual. Y que se meta la montaña por donde le quepa.

—¡Entonces todo se retrasará!

—Sí. Por tu culpa. Porque te gusta presumir. Te quedas sin comisiones.

Valentí salió golpeando con fuerza la puerta de su propio despacho.

—Valentí —dijo ella sin levantar la voz.

La puerta volvió a abrirse.

—Ya sabes que no me gustan los portazos.

El señor Valentí Targa, rojo de ira, volvió a cerrar, ahora con suavidad. No le dedicó ni una mirada; no podía saber que era la última vez que vería vivo al alcalde de Torena. Resulta que en la carretera de Sort hay tres curvas que quedan en la umbría. En noviembre, y a primera hora de la mañana, si no se tiene cuidado, el patinazo es seguro, por el hielo. Fue en la segunda curva, la del Pendís. Al parecer, Valentí había quedado a las diez en Sort y no quería llegar tarde a la cita misteriosa; según los peritos, iba a más de cincuenta y no tuvo tiempo de reaccionar. Rodó pendiente abajo como una roca y se estampó contra el muro que él mismo había construido al final del término para contener los desprendimientos y poder matarse en el momento preciso.

—Sí, sí. Sólo tenía cincuenta y un años.

—Fue un hombre muy... controvertido —dijo Tina, seria, al tiempo que cogía una galleta.

—Sí. Pero se atrevió a poner orden en el caos —respondió la dama.

Elisenda todavía no había probado el té. Estaba pensando en un día de noviembre del cincuenta y tres, el día en que Ernest Tremoleda Sancho, el alcalde de Sort, la llamó y le dijo señora Vilabré, ha sucedido una desgracia. Tuvo que acudir al hospital de Tremp, vio a Valentí destrozado y, de parte del pesado del gobernador civil, le dijeron y ahora qué hacemos, porque nadie querrá ser alcalde, después de él.

¿O empezamos a plantearnos la anexión del valle a Sort?

—Diga a don Nazario que mañana tendrá un voluntario.

—Gracias, señora.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la señora refiriéndose al cadáver machacado de Valentí Targa.

Le contaron lo del hielo y el muro de cemento y ella pensó en mala hora has ido a morirte, Valentí, sin decirme quién era ese tal Dauder que tan informado estaba de la compra previa de la Tuca.

—Quisiera que usted corroborase la identidad del finado, señora.

—¿Qué?

—El forense pregunta si confirma usted su identidad. Cuestión de trámite, señora.

—Ya. ¿Y qué quiere que le diga?

—Pues eso. ¿Es o no es el señor don Valentí Targa?

Sí, es Valentí, mi error, el hombre que tenía que redimirme, mi Goel, el Goel de mi familia. Cumplió con su deber y después se equivocó. Se equivocó mucho. Cuánto he llegado a odiarte, Valentí, porque sé que lo hiciste a propósito.

—Gracias, señora.

La señora viuda de Vilabrú, de treinta y ocho años, con cara de pena y vestida de luto, mientras Jacinto la llevaba de vuelta a casa, dio las gracias al muro de hormigón, porque en cierto modo la había hecho enviudar por segunda vez en una semana y la liberaba de una carga: fin de una etapa, fin de un libro. Adiós, Santiago.

Gracias por el empujón del principio. Adiós, Valentí. Gracias por los servicios. Ahora me toca a mí. Y la masa coral contestó *in saecula saeculorum*.

—¿Por qué afirma que de santo no tenía nada?

—Mujer..., para empezar, no creía en Dios.

—Eso es una calumnia.

—Y tenía una amante.

—Eso es rotundamente falso. Y sepa que la santidad de un mártir se mide por el grado de heroicidad de su muerte.

—Perdone, pero yo no he venido a hablar de teología con usted, sino a seguir el rastro de sus familiares.

—No queda ninguno vivo.

—Ese asunto de la beatificación es una farsa. Oriol Fontelles merece un recuerdo de otra clase.

La señora Elisenda se puso la mano en el pecho, como palpando algo. Se levantó.

A pesar de su extrema delgadez, de la ceguera y de la edad que cargaba en la piel, su figura imponía un no sé qué que impidió a Tina seguir con su alegato.

Capítulo 19

La tosecita de Elvira Lluís era de tísica. Oriol no sabía si podía contagiar a los otros niños, pero sabía perfectamente que sería más cruel decir a sus padres no la mandéis más a clase, que se muera en casa. Por eso permitió que siguiera tosiendo en la escuela, junto a la estufa. La tosecita de Elvira Lluís era lo único que se oía. Miró a todos los niños. Faltaban tres, porque Miquel de ca de Birulés tenía anginas y Cèlia y Rosa Esplandiu de ca de Ventura tampoco habían ido al colegio. Después de rezar el padrenuestro y sentarse, todos los niños hicieron como si no vieran los pupitres vacíos de las hermanas Ventureta y miraron fijamente al maestro. Y él sólo oía la tosecita de Elvira Lluís y le dolían las miradas silenciosas de los niños. Iba a explicar a los mayores los ríos de España (Miño, Duero, Tajo, Guadiana, Guadalquivir, Ebro, Júcar y Segura) y sus principales afluentes (Sil, Pisuerga, Esla, Tormes, Alagón, Alberche, Genil, Gállego y Segre). Y los pequeños tenían que hacer la muestra de caligrafía, pero se encontró con todas las pequeñas miradas silenciosas, porque los niños pensaban en los pupitres vacíos de las Ventureta, que no estaban, porque su hermano no estaba porque su padre no estaba, pero el señor maestro sí estaba anoche, cuando sacaron a Joan Ventureta de su casa; eso lo sabía todo el pueblo; oye, que no llevaba uniforme de la falange; ya, pero estaba allí; y estaba muy compungido; sí, pero no hizo nada; y ponía una cara que daba pena verlo; mucha pena, claro. ¡Mucho ruido y pocas nueces! Es tan fascista como los otros. No levantes la voz. Es que me indigna no poder denunciarlo, siquiera. Tú no te metas. Y por el amor de Dios, no hables de esto en el café.

Todo el día fue un gran silencio porque todo el mundo se preguntaba qué haría el alcalde Targa si Ventura, padre, no se presentaba, que era lo más seguro.

Naturalmente, era imposible que matase a un niño, pero si no, ¿qué? Los de siempre se reirían en su casa entre dientes, ¿por qué no se presentaba Ventura? ¿Eh? ¿Es que queréis que volvamos al desorden de las bandas de la FAI? ¡Y a saber si vendrá Ventura! De la forma en que sabía todo el mundo, aunque nadie sabía nada, había corrido la voz para que llegase a oídos de Ventura la buena nueva anunciada a todos los hombres de buena voluntad, conforme cuatro días antes de Navidad, Herodes había ordenado prisión para su hijo y todo el pueblo estaba convencido de que Ventura, padre, atendería la llamada y emprendería el camino por los senderos de Palestina guiado por la estrella y, en llegando a Belén a medianoche, se entregaría a Valentí Targa, natural de Altron igual que él, pero alcalde de Torena. Para salvar la vida de su hijo, Joan Ventureta, que en ese momento recibía la noticia de que ya es mediodía y tu padre no da señales de vida, y ¿sabes lo que significa eso? Significa que empieces a rezar, y Ventureta pidió tabaco, por favor, tabaco, porque no quería cagarse en los pantalones y cualquier cosa serviría para distraer el miedo. ¿No tienes

hambre, Ventureta? Y por la tarde, cuando los niños, más silenciosos que nunca, volvieron a casa hoy, último día de clase, apesadumbrados porque las vacaciones de Navidad empezaban con un nudo en la garganta, pues todo el mundo temía por la vida de Ventureta, los rezagados tuvieron tiempo de ver entrar en el Ayuntamiento, una vez más, la cuarta, a la madre de los Ventura, a implorar por la vida de su hijo y, con la cabeza gacha, decir al alcalde préndame a mí, pero suelte al chico y Valentí Targa decía despectivamente soy un caballero y no sé prender presas a las mujeres; si no me traes noticias de tu marido, no te molestes en volver. Y, para que lo sepas, sé de buena fuente que tu marido va a casa a escondidas de vez en cuando.

—No me diga —replicó la Ventura con desdén—. ¿Y quién le cuenta esas mentiras? Algún malnacido que quiere hacerme daño.

—El maestro no es un malnacido ni quiere hacerte daño —improvisó, sin imaginarse las consecuencias de lo que decía. O tal vez sí, porque en la guerra todo vale y, en los grandes momentos, cuando la vida se transforma en Historia, más vale ir acompañado que solo. Y además, los amigos son para las ocasiones—. El maestro es sencillamente un patriota.

—El maestro miente.

Dio unos pasos atrás y miró a Valentí Targa a los ojos.

—Maldito seas para siempre —rogó con unción al tiempo que se retiraba de la vista del alcalde Targa.

A pesar de todo, volvió al Ayuntamiento dos, tres, cuatro veces más, y Valentí ya no la recibía y mandó al del bigote fino que le dijera que si volvía a molestarlo, que si volvía a poner los pies en el Ayuntamiento y no traía a su marido agarrado de la oreja, que si volvía a dar la paliza, eh, entonces lo matamos delante de ti, ¿lo has entendido? La mujer volvió a casa llorando, lamentándose es imposible que me pase esto a mí, no soy mala persona, y la gente se acongojaba al verla pasar. Otros, en cambio, no, que pague por lo que ha hecho su marido, qué narices. Algunos decían habría que ir a denunciarlo; pero ¿a quién, desgraciada? Si lo denuncias, te encarcelarán a ti por traidora y por maqui. ¿Adónde vas a ir? ¿A ver al general Fulano de Tal, inocente? Ahora en Torena manda la Falange, punto. Y mientras los maquis sigan haciendo lo que les dé la gana en estos montes, en Torena mandará la Falange. Pero es que mi marido no hizo nada durante la guerra. Ah, ya, porque tú lo digas. Te lo juro; por eso no huimos a Francia. Pero aquí no va a pasar nada. Es imposible. ¡No es más que un chiquito!

Al anochecer, Rosa se presentó ante Valentí con su abultado vientre por delante y le dijo si tiene cojones, máteme a mí, pero suelte a ese chico; Valentí la oyó en silencio, no respondió, tocó una campanilla y entró uno de los uniformados, el del pelo rizado, y le dijo una cosa al oído; el uniformado salió y Valentí miró a Rosa de arriba abajo y dijo ¿qué pasa? ¿Acaso ha llegado Ventura y no me he enterado? Y ella

replicó argumentando motivos para no matar a un chico de catorce años: argumentos fundamentales, como que, a esa edad, todos somos inocentes; tenemos la certeza de que no ha hecho nada malo; y argumentos tangenciales, como la mala conciencia por matar a un niño. Y Valentí la dejó despacharse a gusto y cuando llegó Oriol, asustado, después de que lo avisara el del pelo rizado, Valentí recuperó la energía y dijo señor maestro, hace media hora que su señora no para de desbarrar; haga el favor de llevársela a casa, que me estoy hartando, y Oriol la agarró por el brazo y le dijo en voz baja vamos, Rosa, y ella, con una sacudida, se soltó de su marido y se fue a casa sola; Oriol, compungido, no se atrevió a mirar siquiera a Valentí, y éste le dijo oye, para que levante la cabeza y lo mire; Oriol lo miró y Valentí le guiñó un ojo: ya se sabe, a las mujeres enseguida se les va el santo al cielo; mantén la calma, como esta mañana en la escuela.

—Usted no sabe lo que he hecho en la escuela esta mañana.

—Lo sé todo. Tengo muy buenos informadores. Sé incluso que el Pisuerga es afluente del Tajo.

—Del Duero.

—En ese río me bañé yo cuando la guerra contra el comunismo, y ahora tu mujer quiere que resurja y lo disfraza de sentimientos de piedad.

—Mi mujer no...

—Como te he dicho, con las mujeres, ya se sabe. —Cerrando un cajón con fuerza —: Pero no toleraré ni una sola interferencia más en mi misión de imponer orden. —Gritando—: ¿Es que se te ha olvidado cuántos soldados del ejército español murieron en la emboscada, eh?

Oriol Fontelles no dijo nada, pero no cantó el gallo porque era de noche. Todavía tuvo ánimos para preguntar ¿no le ha dicho la señora Vilabré que deje este asunto?

—La señora Vilabré está en Barcelona, tiene negocios que atender con el pájaro de su marido, asuntos relacionadas con las tierras que los Vilabré y los Vilabré poseen en los alrededores. ¿Necesitas más detalles?

—Lo que pregunto es si no le ha pedido que lo deje.

—La señora no tiene ninguna autoridad en Torena.

En todo el pueblo sólo había dos bombillas de alumbrado público, una en la plaza, cerca del ventanuco por el que miraba Rosa obsesivamente para no ver a su marido.

Él lo sabía, sabía que no apartaba la mirada de la plaza por no encontrarse con sus ojos.

Por la noche, el convencimiento de que Ventura estaba al caer era unánime; todo el mundo quería creer que la noticia lo habría encontrado lejos y por eso tardaba tanto.

Por si acaso, mientras el ejército contaba sus muertos y se lamía las heridas del

orgullo mirando a otro lado, dos pelotones de falangistas ocuparon Torena y establecieron un sistema de contacto con el cuartel más próximo de la Guardia Civil, institución que oficialmente no estaba al corriente de nada, por si a Ventura le daba la ventolera de volver armado y acompañado. Valentí estaba nervioso, con el estómago vacío, y golpeaba el mechero metálico contra la mesa del despacho, incapaz de hacer otra cosa que esperar a que Ventura se presentase de rodillas y le suplicara por la vida de su hijo, y él le diría que, por mucho que lo niegues, en su día, tú, asesino, cerdo asqueroso, acabaste con la vida del señor Vilabré y no esperaste a que viniera nadie a pedir clemencia para un viejo, y ahora tiene que pagarlo tu hijo, y lo va pagar, y tú también, y no descansaré hasta terminar con todos los cómplices de la muerte del señor Vilabré y de su hijo, que sólo tenía veintiséis años cuando lo liquidaron. Él sí era un niño de veintiséis años y no éste, que parece un viejo, porque haber pasado una guerra nos envejece a todos, de manera que qué hora es.

—Han dado las nueve.

—Ventureta la palma y no será culpa mía. Preparadlo.

Recorrieron en el coche negro y reluciente los trescientos metros que los separaban del bancal de Sebastià. En el asiento de atrás, Ventureta deshecho en lágrimas, cobarde como su padre, ay, qué lejos de la gallardía con la que, según dicen, afrontó la muerte Josep Vilabré, español ejemplar, patriota a carta cabal, cuando los de la FAI lo rociaron de gasolina. Hasta mocos le chorreaban. Al lado del chico, Gómez Pié, el del pelo rizado y el andaluz de cara oscura. Delante, Balansó con su bigote fino y un chófer desconocido. Y en los estribos del coche, agarrado a la ventanilla con una mano y la pistola en la otra, Valentí, columpiándose en el frío de Navidad, eufórico por la resolución de borrar un nombre más de la lista de apóstoles que debían caer por imperativo biológico y por estricta venganza. Y alrededor del pueblo, los pelotones de falangistas al acecho, por si los maquis.

El coche traqueteó camino del bancal de Sebastià, no es posible que muera así, y dijo en voz alta no quiero morir y Valentí se agachó y metió la cabeza dentro del coche y dijo ¿qué dice éste? ¿Quiere cantar?

—Dice que no quiere morir —dijo Balansó. Y Valentí volvió a sacar la cabeza porque no quería perderse las cuchilladas del frío en su anhelo de futuro y progreso.

Ventureta vio a los cinco hombres que montaban guardia cerca del lugar y empezó a perder la esperanza desesperada de que su padre saltara de pronto sobre los malos en el último momento, porque todo estaba oscuro y frío como el olvido. Lo obligaron a apearse, y, a la única luz de los faros del coche, lo arrimaron contra la pared del margen colindante con la primera cerca del cementerio; el chico se echó a llorar diciendo no quiero morir, no sé dónde está mi padre. Y cuando lo ataron al tronco seguía llorando porque estaba aprendiendo que el destino es irreversible y gritó con todas sus fuerzas ¡tengo miedo, tengo miedo, tengo miedo! Y Valentí cortó

el ataque de histeria con un bofetón y le escupió en la cara que era un cobarde y tenía que aprender de una puta vez a morir como un valiente, como mueren los héroes, cagiëndiós. Retrocedió un poco y lo apuntó con la pistola, que no había guardado en todo el camino, y entonces dijo no voy a matarte, cobarde, sólo quería saber si serías capaz de aguantar sin cagarte en los pantalones, y Ventureta se puso a gemir, desesperado, contento, triste, alegre, despavorido, y bajó la vista y agachó la cabeza y entonces Valentí apuntó al cogote que tan limpiamente se le ofrecía y disparó dos tiros seguidos en el momento en que el niño volvía a levantar la cabeza; y Joan Ventureta dejó de gemir, de llorar y de tener miedo y se convirtió, de una puta vez y gracias a mí, en un valiente tuerto y muerto.

Por la noche, ilumina la plaza mayor una luz triste. Hay otra a las afueras, a la salida del pueblo por el camino de Sorre y Altron. Ambas consisten en una bombilla mal protegida por una pantalla metálica plana, que se mueve con el viento y que no alcanza a iluminar nada. Desde el ventanuco de la casa del maestro, Rosa miraba la calle sin moverse, sin hablar, deseando que los estampidos que se habían oído por la parte del cementerio no hubieran sido tiros de muerte, y sin querer volverse porque, sentado a la mesa, el cobarde de su marido hacía bolitas con las migas de pan y se imaginaba que reconducía la situación. Entonces, un coche desconocido y deteriorado se detuvo bajo la bombilla. Un hombre a quien nadie había visto antes se apeó del coche, abrió una portezuela y desde dentro dejaron caer un fardo al suelo.

El coche se marchó tosiendo carretera abajo. Aunque el fardo estaba bajo la bombilla, no se veía bien lo que era, hasta que Rosa dijo en voz baja lo han matado, han matado a un niño, y se llevó la mano al vientre y Oriol se acercó a ella y le puso una mano en el hombro para consolarla, pero ella se sacudió y en voz baja pero muy enérgica dijo ¡no me toques! En la plaza, bajo la anémica luz, la Ventura, de rodillas, tapaba desesperadamente con la mano los agujeros del cráneo y del ojo derecho de su hijo y se cercioraba de que la desgracia había entrado en su casa para quedarse. Talitá qumi, pensó Oriol. Talitá qumi, por favor, talitá qumi, y en su fuero interno, la rabia desesperada y perpleja empezó a robar el sitio al miedo.

El coche de Elisenda se cruzó con el de los desconocidos, que avanzaba velozmente en dirección a otro trabajo o a una copa de coñac bien merecida. Cuando Jacinto detuvo el vehículo frente a casa Gravat, hacía cinco minutos que la familia Ventura había retirado el cadáver de la plaza oscura y fría. No había nada raro, pero el silencio sonaba de otra manera, amenazador, como si el pueblo en pleno estuviera atento al rumor callado de las frías aguas del Pamano, y por eso se dirigió al Ayuntamiento, para saber a qué se debía tanta quietud.

El señor Valentí Targa, impecablemente uniformado, bebía en medio del mismo silencio en compañía de tres o cuatro desconocidos, uniformados también, y al ver a la señora dijo camaradas, pasad a la sala de juntas que enseguida me reúno con

vosotros. Los camaradas, copa en mano, se fueron a la recámara en la que guardaban polvo y trastos inservibles, y Elisenda, echando fuego por los ojos, dijo qué ha pasado o qué va a pasar. Y Valentí, no sé a qué te refieres. Y ella, ¿habéis cogido a Ventura?

—No.

—¿Qué has hecho?

—Justicia.

Elisenda, serena, de pie, dijo no sé qué tienes contra Ventura, pero te aseguro que no forma parte de tu misión.

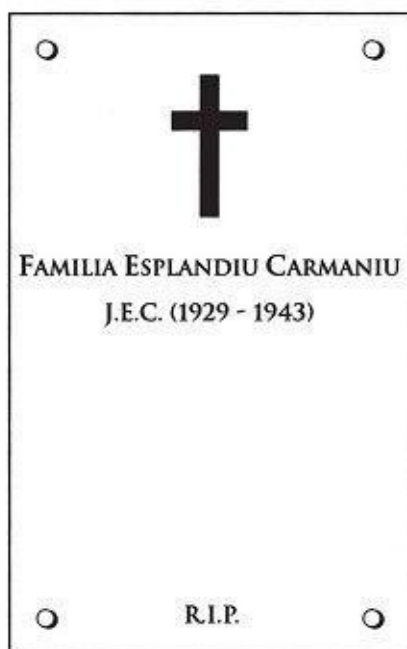
—Tú qué sabes. —El coñac con el que se defendía le había enturbiado la mirada.

—¿Has matado al chico?

A modo de respuesta, Valentí apuró la copa de un trago y chasqueó la lengua.

Entonces la señora Vilabré dijo a partir de ahora las cosas cambiarán un poco entre tú y yo, porque no me gusta este estilo, y también le dijo no sé si te acuerdas de que he dado mi palabra de que no pasaría nada y de que tú me aseguraste que no pasaría nada, que sólo querías dar una lección al pueblo, y ahora resulta que la lección es matar niños.

—Un momento, un momento: un niño. Sólo uno.



—Ésta es la lápida más triste que he hecho en mi vida. Mil novecientos veintinueve guión mil novecientos cuarenta y tres, catorce años nada más. Iba a cumplir quince. El asesino no tiene perdón de Dios. Y tú, hijo mío, no lo olvides nunca, y cuando el cielo sea más azul, si he muerto yo, grabas una lápida nueva a Venturita. Y aunque las cosas estén muy achuchadas, que nadie de ca de Ventura pague ni un céntimo por la piedra que hagas. Habrá un día en que el cielo será más

azul, la Humanidad sonreirá y no será delito grabar en las piedras el nombre verdadero de cada uno, Jaumet. Y cuando vayas a hacerlo, saca del rincón un dibujo que voy a hacer ahora.

—Pero ¿no podemos escribir nada más en ésta?

—Sólo Familia Esplandiu, sin acento.^[3] No quieren que pongamos nada más. Es que no les dejan. Mira, le han dado orden por escrito. Ni el nombre de Joanet, ni siquiera en castellano. Sólo «Familia». Y la cruz.

—¿Y en la lápida de verdad?

—Mira, aquí lo tienes.



—Ahí va, una cruz de lujo.

—Claro. Se la merece.

—¿Sabe lo que podemos hacer, padre? Ponerle un extra. Si para entonces todavía no se ha muerto el alcalde, seguro que ni se entera de que es un extra. Por ejemplo, así:

—Muy bien, Jaumet, piensas con la cabeza. No lo olvides, hijo mío: dejaré el dibujo preparado, pero escondido. Cumple, Jaumet, y cuando llegue el momento, haremos la verdadera lápida de Ventureta. ¿Sabes una cosa? Grabaré un dibujo de los calcos de Manel Lluís.

—¿Cuál, padre?

—No sé, a ver qué te parece éste.



—Una paloma torcaz.

—No. Una paloma común. Un símbolo. Dios mío.

—No llore, padre, que me hace usted llorar.

TERCERA PARTE

Estrellas como pinchos

... Polvillo de tiza,

que vuela al pasar Dios el borrador...

JORDI PÀMIAS

Las dos hojas de la puerta se abren con firmeza. Cinco hombres muy serios, grotescamente disfrazados, entran en la estancia de Santa Clara. El que va en el centro del grupo, que lleva una banda de embajador más ancha que los demás, se dirige a la dama de negro. El abogado Gasull se inclina y susurra al oído a la dama.

Ella levanta con aplomo una mano escuálida y el embajador la besa. El abogado Gasull está nervioso, de pie, y no sabe muy bien qué hacer. El embajador se dirige a él pensando no sé si será un familiar directo de la señora o no. Intercambian saludos genéricos. La dama de negro nota con desagrado el flash de un par de fotógrafos que immortalizan el momento. Uno de los ayudantes dice que el señor obispo ya ha llegado y que, en todo caso, se reencontrarán con él en la recepción oficial posterior.

El embajador filosofa sobre la alegría y el orgullo que los embarga a todos mientras un ayudante le pone en la mano un vaso de zumo. La dama de negro asiente con la cabeza y no logra arrancarse una sonrisa, pues sólo tiene prisa por que todo suceda de una vez, por que todo llegue antes de su muerte. El nieto observa la escena cautelosamente desde el mirador. Tan pronto como ve que el embajador pide tabaco a uno de los ayudantes, saca un cigarrillo y se tranquiliza por fin.

Entre tanto, Marcel Vilabré habla con el agregado de la embajada acerca de las nulas posibilidades comerciales del Vaticano respecto a los deportes de nieve. Se muestra muy simpático y amable, porque quién sabe si, con el tiempo, no lo nombrarán embajador en un país en el que, además de hacer frío, nieve y haya montañas.

El embajador pregunta a la dama por el grado de parentesco que guarda con el interfecto y ella dice que, en rigor, no son familiares directos, pero que los Vilabré somos las únicas personas próximas, la única familia conocida que tenía.

Naturalmente, dice el embajador. En tiempos de guerra pasan muchas cosas, ya se sabe, y muchas familias quedan destrozadas, tercia Gasull echando un capote a la dama. Naturalmente, repite el embajador mirando al familiar directo o lo que sea, que es el único que puede mirarle a los ojos, qué repelús.

Después de intercambiar unas palabras secas con el guía, un hombre de pelo corto, indignado y entrecano se lleva por donde ha venido al grupo de rusos que son polacos. Algunos se vuelven a mirar a los de mosén Rella como si estuvieran a las puertas de Treblinka y se despidieran para siempre de sus seres queridos.

En cuanto el grupo está completo otra vez, el hombre joven lo conduce por el pasillo como si fueran los que se salvan del exterminio. No pueden avanzar deprisa por la abundancia de varices y el corredor no se acaba nunca. De vez en cuando, un cuadro oscuro y mal iluminado, probablemente de poco valor; no lo mira nadie.

—Las varices anastomóticas son las de tipo aneurismal.

—Se llamen como se llamen, me están matando.

Al final de otro pasillo, después de un curioso zigzag, el guía les franquea la entrada al horno crematorio, que es una sala bien iluminada, ésta sí, con muy pocas sillas, que ya están ocupadas por los polacos, quienes, al parecer, han llegado antes por una ruta secreta. En el centro, en unas mesas de madera rústica y medidas medievales, antipasti para los invitati.

Ay, el tiempo vuela cuando más desea uno que este glorioso día dure toda la vida.

Se habían llevado ya el piscolabis y las migajas de conversación, y de repente, cuando hacía un buen rato que no tenían nada más que decirse, llega la liberación en forma de ujier, que abre la puerta desde fuera (en el Vaticano, las puertas de dos hojas se abren con una solemnidad singular) y ruega a los presentes que tengan la amabilidad de seguirlo, que él tendrá el honor de mostrarles el camino. Es entonces cuando el embajador dice ay, el tiempo vuela cuando más desea uno que este glorioso día dure toda la vida.

La dama no responde porque la ansiedad le agarrota los pulmones. Cuando entra el ujier, tan ceremonioso y educado, se levanta para disimular la turbación que la invade y espera que el resto de la familia la escolte y que su hijo le ofrezca el brazo.

Tan majestuosa es, que por fin el embajador comprende que si en esa sala hay alguna autoridad, es ella.

El grupo de mosén Rella entra en la basílica. El padre dice al señor Guardans que la infalibilidad del sumo pontífice en cuestiones de canonización no es dogma de fe y que hay corrientes opuestas al respecto. Santo Tomás dice que, en las canonizaciones, debemos creer piadosamente en la infalibilidad del decreto pontificio, y son mayoría los teólogos que siguen esa corriente. Pero la opinión general es que la certeza del hecho de la infalibilidad es cuestión de fe teológica; no consta en las Sagradas Escrituras y, por tanto, no se trata de fe divina; tampoco la Iglesia ha definido el concepto y, por tanto, no se trata de fe eclesiástica.

Capítulo 20

Para aliviar un poco la soledad trasladó sus cuatro pertenencias a la escuela.

Convirtió la habitación del material en un dormitorio austero, casi monacal, pues había empezado el período de penitencia por su cobardía. Un catre en el rincón, un armario superpoblado de carcoma y un pupitre desvencijado que le hacía las veces de mesa de trabajo, eso era todo. Silla, la del aula, y frío, cuanto quisiera. No sintió satisfacción cuando terminó el traslado, porque pensaba en Rosa obsesivamente todos los días; comía en casa de Marés y, con el café, en silencio, tomaba una copita de anís en compañía de Valentí, y nadie se sentaba con ellos en la mesa de las autoridades y mientras estaban allí no había conversaciones en la tasca, sólo miradas de reojo y prisa por marcharse. Un día Valentí le dijo que sentía mucho lo de su mujer y Oriol, a modo de respuesta, apuró el anís de la copa y chasqueó la lengua.

Para distraerlo de su pena, el alcalde le dijo he oído decir que el ejército se retira de la zona y se va a Aragón.

—¿A pesar de los atentados?

—Desde entonces, esto es una balsa de aceite. Aunque al glorioso Reich se le están torciendo las cosas en Francia.

Oriol no dijo nada. Le costaba un esfuerzo pensar.

Aquella misma tarde, Cassià el de casa de la Maria del Nasi, el único miembro de la familia que podía circular a sus anchas porque le faltaba un tornillo (Josep Mauri había huido y Felisa, amargada y muda de pena, vivía sola con sus abuelos, unos republicanos sin remedio, a su edad), llamó a los cristales del aula y, por señas, le dio a entender que tenía carta. Los mayores todavía estaban repasando la lista de los afluentes, tenían el mapa de la península colgado en el centro mismo de la pizarra, y los pequeños hacían la muestra. Oriol salió del aula y, con el corazón en un puño, cogió la carta de manos del cartero improvisado y regresó al aula con la intención de abrir el sobre inmediatamente. No tenía remite, pero reconoció la letra de Rosa.

Matasellos de Barcelona. Se la metió en el bolsillo y fingió que la olvidaba mientras preguntaba a Ricard el de casa de Llates de qué río era afluente el Alagón.

No pudo abrirla hasta que se marcharon los niños, y entonces, cerca de la estufa, con nerviosismo, rasgó el sobre. Oriol había conservado entre las hojas del cuaderno el sobre roto y la brevísima carta que Tina había releído cien veces.

Oriol, tengo la obligación de comunicarte que has tenido una hija y que está bien de salud. No voy a ir nunca para que la conozcas porque no quiero que sepa que su padre es fascista y cobarde. No intentes dar conmigo ni mandes a nadie a buscarme: no estoy en casa de tu tía, mi hija y yo nos las apañaremos por nuestra cuenta. Ya no tengo tos. Seguro que me la provocabas tú.

Adiós para siempre.

Qué cruel, pensaba Tina. Y miró distraídamente a Doctor Zhivago, que, subido al ordenador, contemplaba absorto el luminoso paisaje casi primaveral y lleno de ilusiones que se veía por la ventana. Qué estará haciendo Arnau ahora. Estará con las manos juntas y los ojos en blanco, rezando como nunca le enseñamos nosotros. O cantando. O a lo mejor maldice el día en que se le ocurrió meterse en un infierno del que le costará mucho salir. O ninguna de esas cosas. Cuánto lo echo de menos.

Entonces pensó en Jordi y tuvo que reconocer que, si hubiera tenido suficiente valor, habría hecho lo mismo que Rosa.

Con manos temblorosas, Oriol volvió a meter la carta en el sobre rasgado, y el primer impulso que tuvo fue abrir la puertecilla de la estufa y echarla al fuego. Pero, pensándolo mejor, le dolía tanto que se la guardó en el bolsillo. Pasó cinco minutos mirándose en el desportillado espejo del lavabo de la escuela, siempre frío e impregnado de un olor ácido que apestaba y le agujereaba las fosas nasales, buscando la manera de entender una situación que no tenía pies ni cabeza. Rosa se había ido hacía quince días. No pudo soportar la muerte de Ventureta. No podía soportar que todos considerasen a su marido la mano derecha de Valentí Targa, la eminencia gris del alcalde. No pudo soportar que la gente dijera que el maestro cometía el crimen aborrecible de utilizar a los pequeños para delatar a los padres, que los llamaba aparte a la hora del recreo y, con la dulzura que lo caracterizaba, tan falsa, les tiraba de la lengua hasta que decían lo que quería oír. Que incluso llegó a saber quién se escondía en ca de Llovís. Y los niños no son culpables de eso, pobres angelitos. Bastante mérito tienen que no se mueren de miedo. Tampoco pudo soportar que a Marçana se le hubiera terminado el pan dos días seguidos precisamente cuando iba ella a la panadería. El pan y la conversación. Y las mujeres que estaban por allí no decían nada o se acordaban de repente de que tenían mucha prisa y la dejaban sola, ridícula, en el pintoresco pueblo de Torena, en el valle de Àssua, cerca de Sort, en la comarca del Pallars Sobirà, con un censo de población de trescientos o cuatrocientos habitantes (más veintiún traidores rojos separatistas que habían preferido exiliarse y treinta y tres muertos en la cruzada contra el marxismo, de los cuales dos eran héroes: el joven Josep Vilabrú y su padre, Anselm Vilabrú, propietario de la mitad del término municipal, que murieron pasados por las armas de un pelotón de la FAI, quince días después del pronunciamiento fascista. Y aunque en la agricultura destacara la abundancia de centeno, cebada y trigo para el abastecimiento propio, cuando Rosa iba a comprar pan, ya no había. Ni lo habría nunca más. También por eso se marchó del pueblo Y quizá también por las miradas tiernas que la señora Elisenda Vilabrú la de casa Gravat echaba a su marido.

—Me va a pagar mil.

—Ni aunque te pague un millón. ¡No puedes hacerle un retrato!

—¿Por qué no?

—Es un asesino.

—De momento, nos toca agachar la cabeza. Ya llegará el día en que la levantaremos.

—Una cosa es agachar la cabeza y otra... ¿Pero es que no te repugna?

Se oyó el toque de difuntos en Sant Pere. Rosa se puso rígida pero no se movió de donde estaba. Oriol dejó el vaso de leche en la mesa, señaló el vientre de Rosa e insistió en voz baja no quiero que nos maten como al chiquillo.

—Cobarde.

—Sí. Me da miedo morir.

—Bien pensado, la muerte no duele tanto como parece.

Oriol no contestó y Rosa se levantó y se fue de la cocina. Al cabo de un rato se oyeron unos sollozos contenidos en el dormitorio. Oriol apartó el vaso de leche como si le diera náuseas y se puso a pensar mirando fijamente a la nada, deseando muchísimo ser de otra manera. Levantó la cabeza: Rosa salió de la habitación completamente arreglada, con un vestido muy serio.

—¿Adónde vas?

—Al entierro.

—Sería más prudente que...

—Aprovecha para ir a retratar a tu amo.

—Tengo que ir a Sort a la reunión de maestros —contestó él, dolido. Pero ella salió sin esperar a oír la respuesta. En ese momento, Oriol no sabía que no volvería a hablar con ella nunca más.

Rosa se marchó de Torena la víspera de Navidad, el día del entierro de Ventureta, cuando todo el mundo estaba en el trabajo y Oriol, en Sort, en una reunión de maestros de los valles convocada por el delegado de la Falange Española, que quería animarlos a adherirse en bloque a la Falange, camaradas. Rosa se marchó como los fugitivos, sin avisar, sabiendo que, además del capacho y la maleta llenos, se llevaba todas las ilusiones y todos los qué bonito que ya nunca dirían. Y lo hizo porque era una mujer fuerte y no quería que su hijo viviera con un fascista. Llevaba en su seno toda la esperanza que le quedaba.

Sin saber muy bien por qué, Tina conservaba la carta como un tesoro dentro de los cuadernos; era un documento que ponía de manifiesto hasta qué punto puede la infelicidad horadar el armazón de las personas y aniquilarlas. Aunque Rosa llevaba la esperanza en su seno, no como yo, que la he perdido en un monasterio barrido por corrientes de aire.

Capítulo 21

Ante la imagen de Nuestra Señora del Coro, en presencia de una representación frugal pero selectísima de autoridades y gentes de pro (el Capitán General de la Primera Región, a la sazón presente en San Sebastián, tres coroneles antiguos compañeros de armas del infortunado capitán Anselm Vilabrú y una veintena de personalidades influyentes, sobre todo por lo influyentes que llegarían a ser en Barcelona y en Madrid), en la histórica y recargada parroquia de Santa María, Santiago Vilabrú Cabestany (de los Vilabrú-Comelles y los Cabestany Roure) ¿tomas por esposa a Elisenda Vilabrú en la prosperidad y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad?

—Sí, padre.

—Y tú, Elisenda Vilabrú Ramis (de los Vilabrú de Torena y de los Ramis de Pilar Ramis de Tírvia, una puta y una mejor me callo, por respeto al pobre Anselm), muchacha bellísima, que si no fuera yo capellán castrense, te pasaba por la piedra aquí y ahora, que a tus veintidós años has sabido mover hilos entre los refugiados en San Sebastián, que esperan con anhelo que Cataluña caiga en manos de las tropas franquistas para recuperar lo que el marasmo rojo les ha arrebatado con violencia, y no has perdido el tiempo, porque te has buscado un hombre escandalosamente rico, aunque dicen que tu padre también te dejó muy bien situada. Por cierto, que lo de tu madre, Pilar Ramis, no sé exactamente en qué consiste, pero todo el mundo habla de ello. ¿Tomas por esposo y sinecura vitalicia a Santiago Vilabrú Cabestany (de los Vilabrú-Comelles y los Cabestany Roure), en la prosperidad y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, en los cuernos y en la indiferencia conyugal? Porque, aunque no tengo un pelo de maricón, tampoco me importaría casarme con este tal Santiago aunque me diera por el culo una vez al mes, sólo por la fortuna que tiene.

Responde, hija.

En un banco de la vigésima fila, Bibiana, que tenía el don de saber el final de las historias, miraba la nuca de Santiago y la de Elisenda con aprensión y decía no, chiquilina, di que no y echa a correr.

—Sí, padre.

—En el nombre de Dios, yo os declaro marido y mujer y lo que Dios ha unido no lo separe el hombre sino la muerte. Viva Franco. Arriba España. San Sebastián 28 de Febrero de 1938, Tercer Año de la Victoria. Firmad aquí abajo. Los dos, sí. Y los testigos también. No os preocupéis, hay espacio para todos. Pido un aplauso para los novios. Sí, eso es, muy fuerte. Viva Franco. Y viva el ejército español.

Fue una decisión muy meditada. Su querido tío August le había insinuado que conocería fortunas europeas, que estaba escrito en su destino, pero ella ya había aceptado que la guerra desbarata todas las cosas, incluso los sueños, y se decidió por

Santiago; sólo le llevaba dos años, era un chico agradable, muy bien educado, con cierta fama de zascandil, pero estaba perdidamente enamorado de ella. Además, tenía el buen gusto de llamarse Vilabré. Y, sobre todo, le recordaba a su hermano Josep, a la imagen que guardaba de él, de una noche en casa Gravat cuando le dijo que si las cosas se torcían, nos vamos todos al otro lado, a San Sebastián, pero por Francia, porque conozco a un contrabandista que nos llevaría sin problemas, y lo escuchó pensativamente y dijo pues tal vez sea necesario hablar con él. ¿Quién es?

Ventura, bueno, el marido de Ventura; no hay quien conozca mejor todos los valles y senderos de aquí a Francia. Pero no llegaron a tiempo, porque el pelotón de Tremp, previa denuncia de tres cabrones del pueblo, perpetró los actos: una bala a mi padre en la nuca y un baño de gasolina a mi pobre Josep. Y Santiago le recordaba mucho a Josep, muchísimo. Casi parecía que se casara con el recuerdo de su hermano, en vez de con Santiago Vilabré i Cabestany (de los Vilabré-Comelles y los Cabestany Roure).

Ella le confió sus sentimientos y lo que se proponía hacer cuando volvieran a Torena y él, frunciendo el ceño con disimulo, le dijo muy bien, querida, pero ahora pensemos en nosotros, lo cual significaba vamos a la cama a hacer santo uso del matrimonio, que me muero de ganas de hacer santo uso con todas mis fuerzas, y después de haber hecho santo uso del matrimonio como prescriben las escrituras, Elisenda insistió, quiero que lo paguen tres personas del pueblo. Santiago Vilabré se rascó la cabeza y dijo es que a mí estas cosas... Oye, ¿sabes una cosa? Que es mejor que nos instalemos en Barcelona, así no te obsesionarás tanto, y vas a Torena de vez en cuando, y ella, cruzada de brazos, replicó aquí no se hace más santo uso de nada hasta que me jures que iremos a vivir a Torena, y él contestó como quieras, querida.

—¿Estás dispuesto a vengar la muerte de mi padre y de mi hermano?

—Cuenta con ello. Enséñame los pechos otra vez. Ven aquí, preciosa.

—No. Júramelo.

Llegaron a un acuerdo: él le presentaría a la persona adecuada, pues conocía a un hombre que lo haría muy bien. Era de allí, conocía a la gente y tenía lo que hace falta cuando uno quiere... Anda, desabróchate la camisa, vamos.

—¿Quién es?

—Un conocido. De ca de Roia, de Altron. Me ha hecho algunos servicios... Bueno, encuentra soluciones para todo.

—¿Dónde puedo ir a verlo?

—Está en Burgos. Ven aquí, bombón.

El segundo día de matrimonio, después de hacer santo uso del matrimonio cuatro veces y tras cinco minutos de conversación y un sobre abultado, Elisenda Vilabré Ramis (de los Vilabré de Torena y de los Ramis de Pilar Ramis de Tírvia, un puta y una mejor me callo por respeto al pobre Anselm) consiguió un permiso especialísimo

y se fue a Burgos con Bibiana en taxi. Llevaba unos días reordenando las enérgicas enseñanzas de la madre Venància, porque se había dado cuenta de que si uno no se espabila, se adueñan del mundo los malos, los maleantes, los asesinos, los comunistas, los rojos, los anarquistas, los ateos, los masones, los judíos y los catalanistas. Por lo tanto, se imponía una valoración global de los preceptos morales para ver cuáles podían quedarse momentáneamente en la reserva. La confesión que hizo antes de la boda con el capellán castrense, capitán don Fernando de la Hoz Fernández y Roda (que estaba dolido porque habían elegido al coronel capellán Macías para celebrar la ceremonia), la ilustró a la mil maravillas, porque el santo varón, después de un entusiasta acto de fe a propósito de la figura del Santo Caudillo, que los llevaría a la Victoria Final, le aseguró que toda actividad, toda, hija, encaminada a la aniquilación y liquidación de las hordas malignas, malhechoras, asesinas, comunistas, rojas, ateas, masonas, judías y catalanoseparatistas complace a Dios Nuestro Señor, Amo y Señor de la Justicia, Dispensador del Castigo Divino y Garante de la Sagrada Unidad de España. Y si no, fíjate en la figura bíblica de Goel, a la que jamás ha vilipendiado ningún teólogo, santo padre ni papa. En mi opinión, eso significa ¡leña a los rojos! En estos momentos, hija... (aquí, el capitán don Fernando de la Hoz Fernández y Roda tuvo que hacer un alto para enjugarse la frente con un pañuelo y recuperar el aliento, porque, a pesar de la celosía que los separaba, lo embriagaban por completo el tono aterciopelado de la voz, el destello de los ojos, que reflejaban la llamita del Santísimo y la convertían en pasión, el movimiento inocente de los pendientes de brillantes y la fragancia sensual que me está poniendo a morir).

Para calmarse, se sonó y prosiguió hija, en estos momentos, Nuestro Señor Cristo Rey ve con agrado todos los Actos de Justicia. Y ahora, reza conmigo un avemaría. No, rézalo tú sola ante el Santísimo, hija, y encomiéndate a la Inmaculada Concepción, que es la patrona del ejército de tierra. Ego te absolvo a peccatis tuis et hic et nunc, domina, te moechissare cupio.

—Amén —respondió Elisenda devotamente.

Todo el frío del temprano invierno se había concentrado en la pensión del paseo del Espolón Viejo de Burgos a la que fueron a parar; Bibiana la ayudó a ponerse el abrigo y se atrevió a decir mucho cuidado, chiquilina, que a lo mejor todo esto es muy grande para ti. Pero Elisenda no estaba dispuesta a oír consejos. Dijo gracias, Bibiana, pero es mi vida lo que está en juego; salió de la habitación y bajó al angosto vestíbulo en el que la esperaba un hombre de baja estatura, ojos azul hielo, pelo oscuro y edad mediana, que le tendió la mano con curiosidad y admiración. Bibiana, entre tanto, mientras guardaba los abrigos descartados, pensaba pero si es que tu vida es la mía propia, hija de mi alma, ¿acaso no te das cuenta?

—No, no, que las paredes oyen, demos un paseo —dijo ella cuando el hombre de ojos claros le insinuó que podían ir a un café que conozco en el que.

Se encontraban muy cerca de la plaza de Prim y la niebla que llegaba del Arlanzón empezaba a envolver el barrio. Cruzaron la plaza en silencio. Tuvieron que dejar pasar un convoy larguísimo de camiones del ejército nacional cargados de piezas de artillería mediana, que se dirigía inexorablemente a la destrucción. Con los guantes puestos, la pareja aplaudió, igual que los demás transeúntes que se cruzaron con la caravana en medio de la plaza. Tres minutos y treinta y dos segundos de ovación.

Cuando el camión del farolillo rojo salió de la plaza al encuentro de grandes victorias, ella le dio a entender que prefería ir por la plaza de la Libertad, sencillamente porque caía de paso. Llegaron allí por Puebla y, después, a la placita de San Lesmes; entonces ella miró al hombre de ojos azul hielo y le dijo tú serás mi Goel.

—¿Qué?

De la boca del hombre de ojos azul hielo salieron unas desorientadas nubecillas de aliento condensado.

Aunque era mayor que ella, lo trató de tú desde el primer momento para sentar claramente las bases de la autoridad entre ellos. Y después le regaló una breve sonrisa. El hombre seguía exhalando nubecitas desorientadas. Con ánimo didáctico, Elisenda le contó lo sucedido a su padre y a su hermano y le pareció raro que no hubiera oído hablar del caso; él dijo que hacía mucho tiempo que se había ido de Altron. No, no había oído hablar de ese caso, no. Tremendo, ¿verdad? ¿Y qué quiere que haga yo?

—Que te encargues de vengar la muerte de mi padre y de mi hermano.

—Coño. —Lo dijo entre dientes, pero se arrepintió de haberlo soltado delante de ese ángel.

—Se trata de hacer justicia. Justicia estrictamente. La justicia de Dios que debe caer sobre los verdaderos culpables.

Los ojos azul hielo miraron de arriba abajo a esa mujer tan estimulante; el hombre iba a decir si la orden viene de usted, no me temblará el pulso, pero se contuvo a tiempo. Volvió a mirarla con extrañeza porque, a pesar del frío que hace, ella está ahí tan tranquila hablando de matar.

—¿Qué anhelas en la vida? —preguntó ella didácticamente.

—¿Cómo dice?

—¿Cuál es tu sueño?

—Ah. Limpiar el mundo de comunistas y separatistas. Me he adscrito a la Falange.

—De acuerdo. Yo te diré quiénes son los comunistas y separatistas de Torena.

—A lo mejor conozco a alguno.

—Joan Bringué el de ca de Felicó, Rafael Gassia el de ca de Misseret y Josep

Mauri el de ca de la Maria del Nasi. Y alguno más que no participó, pero que se rió para el cuello de su camisa cuando rociaron a mi hermano de gasolina.

Avanzaron unos pasos en silencio. Pisaban el frío, que crujía bajo sus zapatos. De pronto, él se detuvo y la miró de frente. Le pareció bellísima:

—¿Y por qué cree que estoy dispuesto a hacerlo?

—Firmaremos un contrato y tendrás la vida resuelta.

—Conozco a Josep el de ca de la Maria.

—Primero lee atentamente el contrato que voy a redactar y después me dices si conoces a alguien.

Le dijo con todo lujo de detalles, pero en un tono bastante mecánico, el dinero que ganaría por cada ejecución y la holgada situación en que viviría el resto de su vida.

Además puntualizó la clase de relación que se establecería entre ellos a partir de ese mismo momento. Si aceptas, te juro que cumpliré mi parte del trato hasta la muerte.

—Cuando llegue allí el ejército, echarán a correr como conejos.

—Tal vez no. No saben que estoy dispuesta a todo. —Aspiró aire helado y dijo—: En cualquier caso, espero que los pilles antes de que huyan.

El hombre pensó unos segundos. Calculaba ganancias, calibraba circunstancias.

—¿Y si les ajustan las cuentas los soldados antes de que llegue yo?

—De ninguna manera. Quiero castigarlos yo. Quiero que el castigo sea personal.

Mío. De mi Goel. Si los castigas tú será como si lo hiciera yo. Si lo hace otro, no cobras.

—Entiendo. Pero cómo...

—De eso me ocupo yo. Tú tienes que ir a Torena tan pronto como puedas y me informas. Yo volveré cuando lo crea oportuno. Hay que prepararlo todo con precisión.

—¿Por ejemplo?

—Tienes que hacer méritos en el frente. Después te haré alcalde de Torena.

—¿Tú? —Pausa fría—: ¿Usted?

—Puedes tratarme de tú. ¿Aceptas ser mi Goel?

—¿Qué significa Goel?

—¿Aceptas? ¿Te atreves?

—Si cumples el trato tal como me lo has propuesto... —Todavía dudando, como si se quitase una molestia de encima—: ¿Qué significa Goel?

—Es la figura bíblica del vengador de sangre. ¿Aceptas?

—Si el pacto que firmo es el que me acabas de decir, me parece bien. Pero...

La miró a los ojos. Ella le sostuvo la mirada.

—Pero ¿qué?

—Acepto con una condición.

—Cuál.

—Que echemos un polvo.

—¿Qué es echar un polvo?

Él dijo echar un polvo es hacer uso del matrimonio, pero, en este caso, sin matrimonio. Hacer uso. Fornicar. Moechissare. Ahora. Conozco un sitio en el que podemos estar todo el tiempo que queramos. Conmigo probarás la gloria.

Ella se detuvo y lo miró de pies a cabeza. La gloria. Por unos momentos, el hombre temió perderlo todo, la prebenda de Torena, el sueldo y el polvo, por haber forzado las cosas más de la cuenta y tan precipitadamente. Sin embargo, contra toda prudencia, ella dijo que era justo, porque si le pedía ciertas cosas, él, en contrapartida... Y se calló porque pasaba al lado un matrimonio de mediana edad y prefería evitarse disgustos, y es que, según los Pitarch, a unas personas de Calella las habían llamado severamente la atención en Burgos, pues, por lo visto, en Burgos no se podía hablar catalán en la calle ni en los lugares públicos. Cuando se quedaron solos de nuevo en la entrada de San Lesmes, ella sonrió, le tocó la mejilla con una mano enguantada y le dijo de acuerdo, pero que sea ahora mismo porque tengo un poco de prisa.

En el camino hacia el sitio que él conocía, Elisenda le dijo que haría una gestión con un ayudante de campo del general Antonio Sagardía Ramos, para que al día siguiente sin más demora incluyese en el Estado Mayor de su sexagésima segunda División del Cuerpo del Ejército de Navarra, que estaba a punto de entrar en Cataluña por los Pallars, al sargento..., ¿cuál es tu nombre de pila?

—Valentí.

Valentí Targa, natural de Altron, antiguo contrabandista, futuro asesino execrable y excelente conocedor de la zona y de sus habitantes, posible informador perfecto, patriota incorruptible, falangista, deseoso de imponer a toda costa la luz, el orden, la ley y la religión en la desvertebrada Cataluña. Valentí respondió que le asombraba muchísimo que una chica de ¿veinti... cuántos?

—Veintidós.

Pues... que una mujer de veintidós años fuera capaz de organizar las cosas de esa forma, con tanta precisión. No, por favor, no te quites los pendientes, no.

El polvo estuvo dominado por los resoplidos del hombre, que no podía creer la suerte que tenía entre los brazos, y quizás albergara la necia esperanza de convertirse en su amante para siempre. Sin embargo, en cuanto descargó su desasosiego en el cuerpo de ella, Elisenda se levantó y, desnuda y esbelta, se plantó delante de él, que todavía jadeaba, y le dijo muy bien, he cumplido tu condición, pero no me tocarás nunca más. Es mi precio.

Carmencita. Tras un silencioso viaje de vuelta, durante el cual Bibiana dio por

sentado que la niña tramaba cosas de mucha envergadura y comprendió que no podría detenerla, Elisenda Vilabré Ramis (de los Vilabré de Torena y de los Ramis de Pilar Ramis de Tírvia, una puta y una mejor me callo por respeto al pobre Anselm) se enteró de que la otra se llamaba Carmencita, de que la había sustituido eficientemente en su ausencia y de que usaba un perfume repulsivo.

—Ni te tomas la molestia de esconderte, vamos —le dijo a su marido, aturdida.

—No vale la pena. Al final te enterarías de todos modos. No puedo pasarme más de un día sin un polvo, entérate, reina.

Elisenda dejó la maleta en el suelo, esperando a que Carmencita, confusa, se pusiera la falda y saliese, descalza y todo, a terminar de vestirse en el rellano de la escalera.

—Mañana tienes que firmar unos documentos.

—Aquí no existe el divorcio. ¿No te habías enterado?

—No. Me refiero a los testamentos, el asunto del que hablamos.

—Ah. Muy bien. —Santiago se sentó en el sillón de al lado—: Es decir, que no estás enfadada.

Elisenda no contestó. Ni lo miró. Probablemente empezaron entonces los trece años de indiferencia. Él insistió:

—Pues... si no estás enfadada... podríamos intentar...

Lo miró como si volviera de muy lejos, de papeles firmados y del Goel de cuerpo duro y moreno, y no dijo nada. Él insistió:

—Pues eso..., vamos a ver si... con las dos, ella y tú y yo. Nos lo pasaríamos... — Con ilusión en los ojos—: ¿Tú lo has hecho alguna vez?

Capítulo 22

Sólo las mujeres de ca de Ventura, Manel Carmaniu, primo carnal de la madre, y los ariscos abuelos Esplandiu, de Altron, con un odio silencioso grabado en las arrugas de la cara, las mujeres de ca de Misseret, altivas porque, tras la muerte de Rafael, no tenían nada que perder, y Felisa la de ca de la Maria del Nasi, cuyo marido había huido por piernas y no se sabía dónde paraba, Cassià Mauri, su cuñado, el de la sesera corta, una prima de los Bringué de ca de Felicó y mosén Aureli Bagà, que no sabía adónde mirar y pensaba Dios mío, cuándo acabará todo esto, y Pere Serrallac, que además de ser el sepulturero de los pequeños cementerios de los pueblos de la vertiente de poniente, había abierto hacía poco un taller de piedra, escultura industrial, lápidas, tejas y lajas de pizarra para techumbres y suelos que de momento no marchaba muy bien porque ocasionaba mucho papeleo y dejaba poco margen de beneficios. Quién me iba a decir a mí que abriría una tienda, yo, que me he pasado la vida predicando la bona novajo de la frateco universal. Sólo doce personas acompañaron a Ventureta, que murió de una bala en el ojo. Mucha gente del pueblo dijo en voz baja que habría ido, pero no querían pasar por delante de los cuatro hombres de Targa, que se plantaron en la curva chica con el uniforme falangista y, aunque no prohibían el paso a nadie, escrutaban con la mirada el alma de todo el que se acercara al cementerio y tomaban nota de memoria de los nombres y las caras, mientras el señor alcalde estaba en Sort, en Tremp o en Lérida explicando lo que había pasado en realidad, y que no prestasen oídos a los dimes y diretes. Que Dios, si existe, se lo tenga en cuenta, cagüendiós. Otros se quedaron en casa oyendo el aire y pensando en el fondo les está bien empleado, aunque Ventura no era ni de la FAI ni de. Algo habría hecho, seguro, con el pasado que tenía... ¿Qué pasado? Pues el contrabando. Como tú. Sí, pero él empezó mucho antes; era perro viejo, sí. Claro. Y es una pena, porque sólo era un chiquillo, pero te digo yo, que a partir de ahora, todos se van a poner firmes. En eso llevas razón. Se les han bajado los humos. Y dice Bibiana la de casa Gravat que la señora estaba en cama, que tenía una migraña insufrible. Pobre mujer. ¿Pobre? Así pudiera llorar yo con sus ojos. Pues a mí me han dicho que no estaba en el pueblo, que ayer se fue a Barcelona. Vive ahí enfrente, al otro lado de la plaza, y nunca sabemos dónde está.

—No sé por qué hostias lo entierran por la iglesia.

—Hombre...

—No, no. El mosén se tendría que negar. Ventura es un descreído.

—Oye, más vale que.

—Una cosa es el padre y otra el hijo, o la mujer.

—No, no. Me parece a mí que... Como me dé por ahí, voy y lo denuncio, oye lo que te digo.

El mosén lo resolvió todo en latín y a ninguno de los presentes se le ocurrió pedirle que alargase la ceremonia, y es que la aflicción lo llenaba todo, es tan grande la pena que no me cabe en el corazón. Antes de que las mujeres valientes y los pocos hombres animosos se marcharan del cementerio, cada cual a su desalentada vida, Pere Serrallac se acercó a la madre, que tenía los ojos duros como el diamante, y le dijo al oído estoy haciendo una cruz de piedra para tu hijo, corre de mi cuenta. Y cuando aquí se pueda respirar, tu hijo tendrá su lápida, regalo de la casa. Y ella contestó sin mirarlo que Dios te lo pague, Serrallac, y se fue también a reanudar su amarga vida, a denunciarlo a la Guardia Civil, a acusar a Valentí Targa, a las largas esperas en un banco de madera del cuartel, a los resultados de las minuciosas pesquisas policiales, que concluyeron que por desgracia el chico había sido víctima de algún malhechor de los que se esconden en el bosque y se acabaron las falsas acusaciones contra cualquiera sólo por un agravio personal. ¿Por qué cree que a usted y a su familia les han prohibido salir del pueblo sin permiso?

—Ha sido el señor Targa, que odia a mi marido por lo de la Malavella.

—¿Quiere que la mande a la cárcel por calumnia, señora?

Y la mujer ya no sabía dónde ir a reclamar, si no era a Dios; por eso cogió la capillita portátil de Sant Ambròs, que le tocaba por turno, se fue a la iglesia y la dejó a la puerta, al sereno. Aunque el santo no tuviera la culpa, Dios Todopoderoso sí.

Hizo la señal de la cruz y a partir de ese momento no volvió a dirigirle la palabra.

Después de rellenar la zanja y apretar la tierra con la pala plana, sabiendo que estaba solo, Serrallac rebuscó en una artesa vieja que tenía cerca del muro y sacó de ella unos pensamientos frescos, de color amarillo vida e intenso azul cielo, y los plantó en la tierra que acababa de remover sabiendo lo que tenía que decir a la autoridad, si acaso le llamaba la atención por semejante manifestación floral inapropiada: oiga, es que, como me paso todo el día en el taller..., compréndalo. Pero no pudo evitar un escalofrío de pánico cuando oyó abrirse la oxidada puerta, y no por la acción del viento. Se levantó y vio a la mujer del maestro, quien, lejos de acusarlo de apología del terror por plantar allí pensamientos amarillos y azules, traía también un vistoso ramillete de siemprevivas, confeccionado a toda prisa, pero selecto y delicado. Por la cara que puso, también esperaba estar sola. Se agachó ante la tumba y dijo para sí Ventureta, no he venido antes porque las mujeres valientes que te han acompañado hoy aquí lo habrían considerado un insulto, pero te he traído estas flores; perdóname, perdóname, perdóname.

—Catorce años —dijo Serrallac, acusador.

—Es un asesinato.

—¿Y lo dice usted?

—Me voy del pueblo —dijo ella.

—¿Y su marido?

Pero Rosa ya se había levantado y se disponía a marcharse. Miró a Pere Serrallac y le dijo gracias por poner esos pensamientos tan bonitos.

Entonces se le ocurrió; rebuscó en el bolso y sacó un billete.

—Por favor —dijo—, que no le falten flores... mientras dure este dinero.

Pero Serrallac rechazó el dinero con un ademán drástico y le aseguró que no le faltarían flores al chiquillo. Rosa esbozó una mueca que, de lejos, pudo haber parecido una sonrisa, y dijo es usted un buen hombre, y se llevó la mano al vientre como un canónigo venerable.

—¿Adónde se va usted?

—Prefiero que no lo sepa nadie. Aquí no me quieren.

—La cosa no es contra usted, digo yo.

—Ni nada. —De pronto, lo señaló—: ¿Puedo ponerme en contacto con usted, si lo necesitara por algo?

—Mejor escríbame al taller, como si fuera una carta comercial.

Extrajo del fondo de un bolsillo unos papelitos sobados y arrugados. El retrato de Bakunin con las primeras frases de Dieu et l'État por detrás, como una oración fervorosa, traducidas al esperanto; un calendario caducado; una foto de su hijo y su mujer y una docena de albaranes manoseados. Fue pasando los albaranes delicadamente con manos hinchadas de picar piedra, hasta que encontró una tarjeta.

Se la dio a Rosa sin decir palabra.

Ella se lo agradeció sin palabras y se dirigió a la puerta. Pere Serrallac la siguió la mirada. Fue entonces cuando advirtió, a la entrada del recinto, el taxi de Evarist el de Rialb cargado con una maleta pesada en la baca y, en su fuero interno, deseó suerte a la mujer del maestro, que se iba del pueblo sin haber tenido ocasión de remojarse los pies en el Pamano.

Capítulo 23

La infalibilidad pontificia en materia de canonizaciones es cuestión de fe teológica, no de fe divina ni eclesiástica.

—¿Y eso qué significa?

—Significa, mi querida señora, que las Sagradas Escrituras no tratan la cuestión ni el Código de Derecho Canónico estipula su esencia. En cambio, se fija en los trámites.

—Posó la taza de té exactamente en el mismo sitio que Tina Bros la semana anterior y bromeó—: Es de sobras conocido el espíritu eminentemente reglamentista del Código de la Iglesia.

Buscó la complicidad de las pupilas muertas de la dama, sentada enfrente, pero la dama no reaccionó y sus pupilas, menos aún; antes bien, la señora Vilabré se ladeó levemente y, prescindiendo del protocolo, dijo explícamelo, Romà, y el abogado Gasull le dijo por lo que se me alcanza, si el Santo Padre considera que las pruebas y alegaciones del postulador de la causa son suficientes, puede actuar. Dirigiéndose al ilustre eclesiástico:

—¿Es eso, no?

—Exactamente, muchas gracias. O mejor dicho, más o menos.

—Hubo otro milagro.

—En efecto, señora. Pero resulta que la Sagrada Congregación opina que es preferible aguardar uno o dos años.

—De ninguna manera.

El eclesiástico sacó un paquete de cigarrillos del maletín y ofreció uno a Gasull.

Éste lo rechazó con un brioso movimiento de cabeza y el hombre tuvo que volver a guardar el paquete. Mientras lo hacía, miró resignadamente alrededor. Cuadros caros, muebles nobles, ambiente impoluto, silencio elegante.

—Hay que reconocer que el primer postulador, mosén Bagà...

—El antiguo párroco del pueblo —puntualizó ella inclinándose hacia Gasull.

—... así como monseñor August Vilabré, su tío, hicieron un trabajo muy preciso y meticulado. Principalmente su tío.

—Se entregaba a los detalles en cuerpo y alma —reconoció ella sin dejar de mirar al frente.

—¿Es usted creyente?

Mil novecientos setenta y cinco. Tina Bros y Jordi Bofill, en un tren que les llevaba a respirar a Europa, hicieron fondo común del dinero que tenían y comprobaron que, con semejante fortuna, en París no podrían pagarse ni un albergue. Y, para celebrarlo, se besaron. Cinco años antes habían viajado en ese mismo tren, pero se apearon a medio camino (porque su destino era Taizé) con una vela en la

mano y fe en la comunión ecuménica en la cabeza y en los labios. Allí conocieron a excelentes amigos para toda la vida de todas partes del mundo, a los que nunca volvieron a ver, porque por mucho que uno jure amistad eterna, si unos viven en El Cairo, en Helsinki o en Ljubljana y los otros en Barcelona es imposible mantener el contacto y al final siempre se impone el aburrido transcurrir diario del diario transcurrir. Mil novecientos setenta y cinco. A la altura de Lyon se pusieron a hablar de Taizé, del concilio de jóvenes y de lo lejos que había quedado todo eso, y te acuerdas de la chica árabe, qué habrá sido de ella. Sí, claro, cómo se llamaba. Y el tío aquel, medio albino.

De Suecia. No, me parece que era de Finlandia. Sí, me parece que sí. Sí, que tenía un nombre más raro..., sí. Éramos muy jóvenes y creíamos en todo. Sí. Concilio de jóvenes, ¿qué te parece? Más allá de Lyon, cogidos de la mano, mirando el paisaje que bordeaba la Roine, se dijeron yo, Tina, yo, Jordi, personas libres, decidimos con total libertad y pleno conocimiento abjurar de toda fe religiosa que hayamos practicado en cualquier momento de nuestra vida. Porque somos mujeres/hombres libres. Qué alivio, Jordi. O, yo sí que..., porque lo había dejado espontáneamente.

Tenemos que dar fe por escrito. No hace falta, mujer, en serio. Pero, a partir de ahora, qué alivio. Y Jordi dijo la bonita frase de que ser buena persona no significa ir a misa, sino ser leal y honesto. Te prometo lealtad para toda la vida, Tina, y en el tren, a las afueras de Lyon, de camino a París, Tina se enorgulleció de su marido.

—No, padre. No soy creyente.

Pero tengo un hijo que es monje benedictino.

—¿Y por qué quiere confesarse?

—No es eso exactamente. Quiero consultarle una cosa, pero en secreto de confesión.

—A ver, hija: el secreto de confesión... En fin, no importa: hable y si puedo ayudarla lo haré. Nada de lo que diga saldrá de aquí.

—¿Me lo jura?

—¿Cómo quiere que jure semejante tontería? ¡Por el amor de Dios!

—Sí, tengo una objeción y por eso he recomendado que se posponga la causa del venerable Fontelles.

—¿De qué objeción se trata? —Silencio, que rompió la señora Vilabré—. Adelante, hable con franqueza.

—Pues que usted es el único testigo vivo de su muerte.

—Cuántos y cuántas mártires —intervino el abogado Gasull— habrían pagado, bueno, es un decir, por tener un testigo como ella. ¡Cuántos y cuántas!

—Cierto. Pero resulta que...

La señora Vilabré se inclinó hacia Gasull, que hizo el mismo gesto para acercarse a ella y se emocionó, porque hacía tiempo que la señora no permitía semejantes

confianzas. Gasull ya ni percibía el aroma de nardo. Estuvo a punto de darle un beso.

Un beso en las pupilas muertas.

—Ofrécele dinero —susurró ella, en lugar de darle un beso.

—Puede ser contraproducente.

—No en el caso de la persona que tenemos aquí. Ofrécele un buen puñado de billetes.

—¿Cuántos?

—¡No sé! Ése es tu trabajo.

Sonrieron los dos y, entonces, el abogado Gasull alegó que no podían esperar más, que el candidato Fontelles tenía que entrar en el proceso de marzo, tal como había prometido el Vaticano. A continuación dijo una cifra exorbitante en voz alta.

—Para que una persona sea beatificada, tiene que haber profesado virtudes en grado heroico. ¿Verdad que se dice así?

—¿Dónde quiere ir a parar?

—Imagínese que la Iglesia esté a punto de beatificar a una persona no creyente.

—Es un supuesto absurdo.

—No. Es la realidad.

En la oscuridad del confesionario, el cura removi6 el trasero desasosegadamente.

Esper6 a que las palabras, empujadas por su breve eco, se perdieran en los rincones oscuros de la inmensa nave de la Seu. Y, cuando no qued6 el menor vestigio de lo dicho, continu6:

—¿Y cómo sabes tú..., usted. ¿Cómo lo sabe usted?

—Creo que no se lo puedo decir. ¿Qué me aconseja que haga? ¿Les aguo la fiesta o me olvido de los beatos y los santos?

—Hija... Lo que dice parece tan irreal...

—En resumen: el papa puede equivocarse.

—Verá, hija: la infalibilidad del papa en materia de canonizaciones no se encuentra confirmada en ningún texto de las Escrituras.

—¿Y eso qué significa?

—Que no es cuestión de fe divina. Ni eclesiástica, siquiera, porque la Iglesia no ha establecido doctrina al respecto.

—Es decir, que si el papa se equivoca, no pasa nada.

—Yo no lo diría así.

—Me he documentado últimamente: algunos santos eran unos verdaderos canallas.

—Hija, haga el favor de expresarse con respeto.

—San Cirilo de Alejandría. San Esteban de Hungría. San Fernando de Castilla, Josemaría Escrivá, san Vicente Ferrer, san Pablo... Todos eran hombres violentos o acaparadores de poder, de honores y de riqueza.

—Me niego a seguir hablando en ese tono.

—Estupendo. Los curas No han cambiado un ápice. ¿Denuncio una de las próximas beatificaciones?

—¿Por qué debería denunciarla?

—Porque quieren hacer beato a un hombre que no creía en Dios ni en la Iglesia. Y dicen que murió mártir.

—Un bel morir...

—Me entiende perfectamente, padre. Ese hombre no creía en Dios, ni en el cielo, ni en la redención, ni en la comunión de los santos, ni en la autoridad de la Santa Madre Iglesia..., ni en santos ni en infiernos.

Se callaron los dos como midiéndose las fuerzas mutuamente. Tina insistió en lo dicho:

—Fue un héroe, pero de mártir de la Iglesia, nada.

—Pero ¿por qué me pide opinión a mí, hija?

—Porque quiero impedirlo.

—¿Por qué, si no cree en esas cosas?

—Porque ese hombre no merece que se traicione así su memoria.

Silencio. Oscuridad en el confesionario. Transcurrió tanto tiempo que, por unos momentos, Tina creyó que el cura se había fugado con sus dudas a cuestas. Incluso tuvo tiempo de reconocer que estaba obcecada con la cuestión porque estoy ofendida con la Iglesia, que me ha robado a mi hijo sin preguntarme, a escondidas, con nocturnidad, a mí, que no creo en Dios, ni en la comunión de los santos ni en la transustanciación, igual que Oriol Fontelles, el maqui a quien quieren disfrazar de beato.

—Le aconsejo que no se meta en camisas de once varas, hija —dijo con voz seca, años más tarde.

—Gracias, padre.

—Deje que las cosas de los creyentes las resuelvan los creyentes.

—¡Es que precisamente mi amigo no creía!

—Insisto en que deje el asunto en paz. Quería un consejo, ¿no es eso?

P. F. Rella, leyó Tina en el rótulo de la parte frontal del confesionario. El padre Rella me aconseja que no me meta en camisas de once varas, pensó al salir de la Seu, deslumbrada por la claridad fría e indecisa de la tarde. Le dolía la cabeza. Para volver a Sort tuvo que poner las cadenas, porque en el puerto del Cantó una delgada capa blanca cubría el firme. Era noche cerrada cuando aparcó frente a su casa, aunque apenas era media tarde. Miró hacia arriba, hacia las ventanas, y pensó Jordi no ha vuelto todavía. Estaba cerrando el coche cuando se acercó un hombre alto y delgado con cara de frío, aunque llevaba una cazadora gruesa, y soltando una nube de vapor le preguntó si era Tina Bros, la maestra.

—Sí. ¿Qué quiere?

—¿Podemos hablar en su casa?

—¿De qué se trata?

—Es importante.

—Pero ¿de qué se trata?

Jordi ha tenido un accidente. Arnau se ha despeñado por un barranco a la hora tertia; Yuri Andréievich ha trepado a un árbol y no puede bajar. No, mi madre...

—De Oriol Fontelles.

—¿Qué?

—De Oriol Fontelles. ¿Podemos subir?

—No. ¿Qué quiere?

—Tengo entendido que tiene usted documentación que no le pertenece y...

—¿Yo? ¿Y se puede saber cómo lo sabe usted?

—... y me ofrezco para llevársela a su destinatario.

—¿Sabe quién es el destinatario?

—Sí. Su hija.

—Me han dicho que no tuvo hijas.

—¿Podría ver esos papeles?

Tina se dirigió a la entrada de su edificio. En la puerta, dio media vuelta hacia el hombre con cara de frío, que la había seguido.

—No. Y diga a la señora Vilabré que no se moleste, porque jamás le entregaré los papeles.

—¿A qué señora se refiere?

—Adiós, usted siga bien.

Entró y cerró el portal con llave en las narices del desconocido. A continuación, cargada de angustia, emprendió la subida de las escaleras. No bien hubo entrado en casa, cerró la puerta a cal y canto y miró a Yuri, que meditaba relajadamente tumbado en el sillón de Jordi. Aunque tenía mucha hambre, porque no había podido comer, se fue al ordenador dispuesta a terminar de pasar los cuadernos de Oriol Fontelles, porque no sabía cómo ni por qué, pero, al parecer, tendría que andar con pies de plomo. Sin mirar atrás, se dio cuenta de que Doctor Zhivago, interrumpido en su esforzado trabajo de reposo, bostezaba con el mejor de sus estilos, y lo envidió.

Capítulo 24

Lo decidió en la segunda sesión de pintura. El alcalde Targa, sentado a su mesa, miraba al pintor como si quisiera descifrar todos sus secretos, la expresión dura, los ojos, de un azul congelado, daban angustia.

—Los grandes hombres se han hecho retratos al óleo, más que fotografías — decretó.

—Sí.

—Tiene que salirte mejor que el de la Vilabré. —Decretó por segunda vez.

—Cada retrato es diferente. No se mueva.

—Tú no eres nadie para darme órdenes.

Oriol tiró el pincel al bote de aguarrás, se secó las manos en el trapo de limpiar y suspiró. Con una irritación que él mismo desconocía dijo aquí mando yo, y si no le gusta, búsquese a otro. Era el paso necesario. Si no hubiera dicho eso, habría sido imposible imaginar el resto, siquiera.

Silencio. Cierta perplejidad en los ojos de Valentí Targa. Hasta que soltó una carcajada con el consiguiente cambio de postura; tras romper la tensión, dijo es verdad, camarada, es verdad. Es como cuando vas al médico. Y puso las muñecas juntas dando a entender que estaba preso en manos del artista. Él sólo era el gran hombre.

Entonces se le ocurrió, como si fuera la consecuencia lógica de la primera rebelión.

Pensaba en Ventureta, por descontado, pero también en Rosa y en su hija, a la que no conocería jamás. Y en la madre de los Ventura, con quien se había encontrado esa mañana en las afueras del pueblo. En realidad se encontró con la mirada de la mujer, una mirada cargada de perplejidad y menosprecio, de por qué, maestro, qué infame eres. Y cuando iba a decirle no fue como dicen, no tengo nada que ver con, ella dejó el caldero que llevaba en medio de la calle y se fue en dirección a su casa temblando de puro dolor, y Oriol se hundió en la miseria hasta el punto de que el miedo empezó a quedar aplastado por el peso de sentimientos más apremiantes. Y ahora, frente al gran hombre, comprendió que si se tenía la sartén por el mango, se tenía la sartén por el mango, y si era capaz de sostenerla con firmeza, no había nada que temer. O casi nada. Sonrió condescendentemente a la risotada del alcalde y empuñó de nuevo el pincel. Pero ya no era el mismo Oriol. Lo notó enseguida, en los trazos seguros con que marcó las cinco flechas falangistas en el bolsillo de la camisa azul de Targa. Todo consiste en tomar la iniciativa. Me parece. Bueno, supongo. Y en no pensar en la muerte.

En Torena sólo se oía, si acaso, el mugido de una vaca, el llanto súbito de un niño, el chasquido de madera cansada del carro que vuelve del huerto al atardecer y la

respiración asmática de Elvira Lluís, sentada en el primer pupitre, haciendo las multiplicaciones de la tabla del nueve con la tranquilidad de los que no saben que les queda muy poco tiempo de vida, mirándolo con unos ojazos desesperados que sabían que no es cierto que en la vida haya tiempo para todo. En cambio, en Barcelona, en la calle Fontanella, lo que oía era el timbre insistente de una bicicleta, la tos del camión del hielo, que echaba un humo emponzoñado, las puertas del trolebús, que se abrían y se cerraban delante de él golpeando con alegría, y el silbato imperioso del guardia urbano que, más cerca de la plaza de Catalunya, dirigía la hilera de taxis de motor ronco. Pero él, fingiendo que esperaba un trolebús, no se apartaba un instante de la entrada del establecimiento y miraba a todas partes por si alguien lo seguía y se daba cuenta de que era él quien estaba persiguiendo a otra persona. Cuando Valentí Targa salió de la tienda guardando un paquetito envuelto en el bolsillo, miró a derecha e izquierda como si temiera una emboscada o como si lo buscara a él, o, sencillamente, como si mirase a derecha e izquierda, Oriol echó a andar por la acera de enfrente, unos pasos por detrás de Targa, pero, por miedo a perderlo, enseguida cruzó la calle sorteando varios taxis que avanzaban con gran lentitud. Se caló el sombrero y se situó detrás de su futura víctima. Pasó al lado de la moto tuberculosa en la que había viajado desde Torena en un periplo nocturno, helador e interminable, y apartó la mirada como para asegurar a un espía imaginario que él no tenía nada que ver con el vehículo acusador ni con el desquiciado plan que se le ocurrió en el instante en que Valentí, cuando hicieron un descanso en la sesión pictórica y él propuso avanzar en el retrato aprovechando que el lunes era fiesta, le respondió tajantemente que no, que el lunes aprovecharía para ir a Barcelona (y bajó la voz, como si a alguien le pudiera interesar oír sin ser visto) a ver a un ramo de flores que me tiene sorbido el seso. Valentí Targa miró la tela y meneó la cabeza distraídamente sin ver nada, como si no le importara el resultado del retrato, o tal vez pensando en el ramo de flores.

—Y tú tendrías que hacer lo mismo —concluyó al cabo de un rato, señalándole en centro del corazón—. ¿Se ha largado? Pues diviértete, búscate una hembra que te haga beber los vientos.

—A lo mejor tiene razón —dijo, mientras cogía el pincel para pensar mejor—. ¿Por qué no se sienta y avanzamos un poco más?

Mientras pintaba la gloriosa camisa azul, pensó que el lunes Targa iría solo a Barcelona porque no quería testigos, y nadie sabría que pasaría el día en la carretera para poder echar un polvo con un ramo de flores de Barcelona. Fue entonces cuando se puso a maquinarse en serio y a sudar de miedo y de admiración por tener esa clase de pensamientos.

Hasta la noche, recordando la mirada brillante de Valentí, no supo cómo iba a hacerlo. Tal vez, si lo sorprendía con la guardia baja. Al menos, no tendría al tipo de pelo rizado y al de bigote fino pegados como lapas. Para ser sincero, y ya te he dicho

que quiero serlo en estas páginas, hija mía, no me cabía en la cabeza que ese hombre estuviera dispuesto a pasarse horas en la carretera por una, bueno, para un, para ver a una mujer. Y no me malinterpretes, pero es que llevaba muchas noches sin dormir pensando en Venturita, en la mirada silenciosa de su madre, en el reproche mudo de la mitad del pueblo, en el aplauso indeseado de unos cuantos, en el miedo de todos, y sobre todo en el desprecio de tu madre y en ti, la hija que no conozco porque he sido cobarde... Fue entonces, con las últimas pinceladas a las sombras de la camisa azul de falangista, con los ojos abiertos por el descubrimiento, cuando decidí que la única manera de no ser cobarde era no pensar en la muerte más que como un trámite. No es que eso nos haga valientes, pero ayuda. Y urdí un plan perfecto.

Bueno, que me pareció perfecto.

A las tres de la madrugada, después de pasar por el Ayuntamiento a tomar prestada la Browning que Valentí guardaba en el tercer cajón, después de hacerse una idea aproximada del funcionamiento de la herramienta y de comprobar que el cargador tenía balas, salió de Torena arrastrando la Guzzi en silencio, notando las miradas desconfiadas del pueblo entero, que todavía lo acusaba de cobarde y de intentar pedir clemencia con un acto demencial. El primer kilómetro de carretera lo hizo con el motor apagado y sin luces, rogando que a ninguna pareja de la Guardia Civil se le ocurriera hacer la ronda por allí. A pesar de los guantes, se le congelaron las manos antes de llegar a Sort, y todavía faltaban cuatro o cinco horas de viaje.

Le habrá comprado una pluma estilográfica, pensó, cinco pasos por detrás de Valentí. Tuvo que llevarse el pañuelo a la cara, asustado, fingiendo que se sonaba, porque Valentí Targa se dio media vuelta repentinamente, como si la mirada de Oriol le hubiera golpeado en la nuca. Oriol se maldijo por haberse confiado tanto.

Hizo una seña a un taxi y, cuando el vehículo se detuvo, dijo al taxista que disculpase, que sólo quería preguntarle cómo se iba a Colón, y el taxista, maldiciendo a la madre de Colón, arrancó sin resolverle el enigma; entonces miró de reojo justo en el instante en que Valentí entraba en un portal al comienzo de la calle Llúria.

Del mismo modo que Valentí Targa pasaba la mañana de ese lunes festivo en brazos de una mujer que le encandilaba, soñando, viviendo entre algodones de ternura, mucha gente salía a escudriñar el cielo, a ver si el sol ganaba al frío y poder así hacer planes para ir a la Escollera o al Tibidabo a que los niños, convenientemente abrigados, se esparcieran un poco. Oriol pasó la radiante mañana mirando el portal, acariciando la pistola que llevaba en el bolsillo, pensando me has juzgado con demasiado rigor, Rosa, teníamos que haber hablado de todo antes, Rosa; no soy fascista, sólo soy miedoso, Rosa, pero ahora quiero arreglarlo; sé que es tarde, Rosa, pero me da mucha rabia saber que ya no hay remedio y esa rabia me permite dominar un poco el miedo. ¿Cómo se llama nuestra hija?, tengo hambre, Rosa, pero yo no quería apartar la mirada del portal. Y si no salgo vivo de ésta, Rosa y Ventura, quiero

que lleguéis a saber que Valentí Targa tenía bien merecido el tiro que voy a procurar meterle por el ojo, como él a Ventureta. En nombre de la justicia de Dios, si es que existe, que me parece que no. No, no existe. Cuéntaselo a nuestra hija, Rosa.

Eso es lo que pensaba, hijita.

Tina dejó de escribir y acercó el cuaderno de Oriol a la luz. Un par de líneas tachadas. Era imposible distinguir qué había escrito y borrado Oriol Fontelles en el momento de tomar decisiones y confiárselas a los cuadernos para aliviar un poco la soledad. Otro aviso del pinchazo; tuvo miedo del dolor, de la muerte, de Dios, si existe, que me parece que no, como a Oriol; del desamor de Jordi y, sobre todo, del pinchazo en el pecho, una amenaza que, según la doctora, si no terminaban con ella, era una bomba de relojería pegada al cuerpo o algo parecido. Para olvidarse del miedo se concentró en las dos líneas tachadas. Qué pensaría aquel lunes frío de enero, en Barcelona, se dijo, para olvidar el pinchazo.

Resultó que, a mediodía, Valentí Targa salió a la calle con el Ramo de Flores en la mano. Era una mujer a medio camino entre la juventud y la madurez y no estaba nada mal. Resultó que los siguió hasta Arco de Triunfo por la calle Trafalgar. Resultó que las víctimas entraron en un restaurante muy cercano al parque de la Ciudadela y Oriol quitó el seguro a la pistola y, conteniendo la respiración, entró tras ellos.

Es muy fácil, matar. Es facilísimo matar a alguien, sobre todo si lo que impulsa al homicida es el odio puro y, muy importante, si se tiene la sartén por el mango. Por eso, nada más entrar en el establecimiento (restaurante Estació de Vilanova, dos de la tarde, cinco mesas llenas, acaban de ocupar la del rincón, que estaba reservada. Una sombra oscurece el cristal de la entrada y abre la puerta), en cuanto se le acostumbró la vista a la luz, más atenuada que la de la calle, localizó a Valentí Targa y se dirigió a su mesa con el corazón resuelto, procurando ver nítidamente la cara de Ventureta y la de su hija desconocida. Ramo de Flores se sentó de espalda a la pared y decía ¿te parece bien aquí, cariño?, y Valentí, mientras respondía sí, sí, se sentaba de espalda a la muerte. Oriol llegó a la altura de la nuca de Valentí y sacó la pistola del bolsillo.

Entonces, mientras la mujer que lo miraba de frente abría la boca sin entender lo que pasaba, Oriol pensó en Valentí Targa el de casa de Roia de Altron, alcalde de Torena, innoble, asesino, desleal, valiente, arrogante, metro setenta y seis, amigo de sus amigos y sólo de sus amigos, enemigo de sus enemigos, y empezó a temblarle la mano incontrolablemente, porque matar no es tan fácil como creía, sobre todo cuando sabes el nombre de la víctima; sobre todo cuando odias a quien tienes que matar pero todavía no has aprendido a despreciarlo. Y la mano le temblaba de una manera tan ridícula que un cliente de las mesas cercanas miró distraídamente hacia allí y él tuvo que agarrar la pistola con las dos manos, mientras Valentí, inclinado sobre la mesa, ofrecía mejor el blanco de la nuca; iba a decir con voz de terciopelo eres tan fantástica que, cuando acabemos de comer, volvemos a hacerlo; pero no terminó la

frase porque se dio cuenta de que Ramo de Flores miraba más allá de él, por encima de su hombro, con la boca abierta, y le extrañó que no reaccionase, porque ella era muy sensible a los halagos, y entonces cayó en la cuenta, porque cómo quieres que reaccione si todavía no le. Y, entonces, la explosión brutal junto al oído.

Oriol disparó una vez, dos y basta, porque a la tercera no salió ninguna bala, y lo hizo sin dejar de pensar en Ventureta y su ojo adolescente convertido en un agujero de plomo. Entonces metió el arma en el bolsillo y salió sin correr y sin ver a los dos hombres petrificados en el vestíbulo del restaurante. A pesar de todo, oyó decir a uno de ellos la madre que lo parió, pero no se detuvo a pedir explicaciones porque tenía la prisa de los asesinos. Cuando la puerta de cristal se cerró a su espalda oyó gritar a Ramo de Flores y chirridos de sillas apartadas a empujones, pero no se volvió porque ya estaba bajando de cuatro en cuatro las escaleras del metro de Triomf y pensó que, por una vez en la vida, las cosas le salían rodadas, porque en ese preciso momento llegó el convoy. Es fácil que no lo hubiera pensado si hubiese sabido que un hombre bajito de cara indiferente lo había seguido desde el restaurante y se había metido en el mismo vagón de metro. En la siguiente parada, Oriol salió a la calle Fontanella, y la sombra bajita, tras él. Media hora después, rodaba por la carretera en dirección a Molins de Rei, con la respiración violentamente agitada todavía, pensando lo he matado, he matado a un hombre por venganza, he matado, he matado a Valentí Targa y no estoy orgulloso, hija mía. Pero pensé en tu madre en ese momento; y en la de Ventureta. En la moto, tuve la sensación de que empezaba a desprenderme del pellejo de la cobardía que me cubría y me daba igual saber que, si me descubrían, nadie podría salvarme del garrote. Lo primero que hice al llegar a Torena, a oscuras, por la noche, fue dejar la pistola en su sitio, descargada, porque no sabía dónde guardaba las balas el difunto, y entré en ca de Marés a tomar un café y a decir, como quien no quiere la cosa, que acababa de volver de Lérida; después de pasar el paño por el mármol impoluto, Modest le dijo pues el señor alcalde ha llamado hace un momento.

—¿Qué? —con el pánico atascado en la nuez.

—Lo que digo. ¿Café con gotas?

—¿El señor alcalde?

—Sí. Hará una hora. Ha preguntado por usted.

Espeluznado, sudándole hasta el alma de miedo, fingió desinterés.

—¿Seguro que era él? —dijo.

—¿Qué tiene de raro? —dijo, al tiempo que le servía el café—: Pregúnteselo a Cinteta, la de teléfonos.

En lugar de echar a correr hacia la Tuca Negra y transformarse en abeto, en lugar de adentrarse en la maleza y fundirse con ella, empezó a tomarse el café. Sólo lamentó haber vuelto a poner la pistola en su sitio. Sólo lamentó haberlo hecho tan mal que bastaría interrogar a cualquier cliente o a la misma Ramo de Flores para

tener su descripción, y Valentí Targa y sus hombres ya se habrían puesto en marcha y estarían pisándole los talones. Lamentó que le quedasen tan pocas horas de vida. Y lamentó con pesadumbre no haber tenido la valentía de ir a casa de Elisenda a reprocharle me aseguraste que a Ventureta no le pasaría nada, y a decirle hace tantos días que no te veo, y a zambullirse en ella y dejarse envolver por esos brazos que había pintado detalle a detalle. Un anhelo imposible por una mujer imposible.

Terminó el café de un trago y, guiñándole el ojo a Modest, chasqueó la lengua, como si estuviera satisfecho.

Cuando salió de casa de Marés, el lucero vespertino reinaba en el poniente frío y tuvo el escalofrío de la muerte.

A esa misma hora, en la cocina de casa Gravat, Bibiana rompía en pedacitos minúsculos la carta que había llegado por la mañana y que había podido interceptar, en la que el tal Joaquín Ortega comunicaba al señor Anselm Vilabrú i Bragulat que mi querida mujer acaba de morir y, en cumplimiento de su última voluntad, le dirijo estas líneas para poner en su conocimiento que Pilar no se arrepiente de haberse apartado a tiempo de su lado, porque con usted sólo encontró indiferencia, desprecio y mala voluntad, y quiere que sepa que lo único que lamentó, tan pronto como nos vimos felizmente instalados en Mendoza (donde, por cierto, no he dejado de tener trabajo en el escenario), fue perder el contacto con la pequeña Elisenda y con Josep, que ya estarán crecidos. Le ruego que les transmita estos sentimientos, porque, al fin y al cabo, eran sus hijos. Cómo puede, cómo puede esa mujer, pensaba Bibiana, ser capaz de decir estas cosas, si la madrugada de aquel domingo ventoso ella misma la sorprendió con la maleta en la mano manipulando la puerta del callejón con su torpeza característica, hasta el punto de despertarla con tanto ruido, y, al ver lo que se proponía le dijo señora, piense en sus hijos, todavía son pequeños, y ella la miró con dureza y le dijo no te metas donde no te llaman, estoy harta de mocosos que no paran de berrear, harta del desinterés y el menosprecio de mi marido, conque apártate y déjame seguir la llamada del amor por una vez en la vida, y Bibiana tuvo que apartarse, y no podía avisar al señor porque hacía diez días que se había ido a perseguir a los moros. No puede hacerle esto a la chiquilina, señora, dijo como último recurso. ¿Y mi vida, Bibiana? Casi llorando dijo ábreme la puerta o te mato, y Bibiana abrió la puerta del callejón y dijo maldita sea para siempre, señora. Pilar Ramis de los Ramis de Tírvia desapareció de casa Gravat y de la vida de Bibiana, de las de la niña y Josep, que estaban durmiendo arriba, y de la del señor, que estaba en África matando moros. Bibiana no fue capaz de ponerse a gritar y alertar al ángel de la guarda. Mientras cerraba la puerta, sólo pensaba en la manera de explicárselo a la chiquilina y a Josep.

Recogió los papelitos y los echó a las brasas de la cocina, y se aseguró de que el recuerdo de esa mujer fuera suprimido para siempre, sin hacer más daño a la

chiquilina, ni a la memoria del pobre Josep ni al desgraciado señor Anselm.

—¿Qué haces?

—Tila —respondió la criada—. ¿Quieres una taza?

Elisenda nunca supo que la infusión de esa noche se había hecho con las últimas noticias de su desdibujada madre.

Capítulo 25

Pasó la noche en blanco, en la escuela, esperando la llegada del señor Targa y su pelotón de falangistas. ¿Llamarían brutalmente a la puerta? ¿Romperían los cristales del aula? No, entrarían violentamente, disparando. Las horas de esa noche transcurrieron con inmensa lentitud. Cuando el sol gélido se despertó en el puerto del Cantó, nadie había perturbado la paz de la escuela y refugio del proscrito Oriol Fontelles, antiguo cobarde y reciente héroe incompetente de causas perdidas.

El señor Targa se dejó caer por allí a mediodía, cuando los niños se fueron a comer. Vivo. Sin ningún agujero en la nuca. Con su cigarrillo abultado en los labios y la mirada líquida, más azul y fría que nunca, que horadaba cuanto miraba, y Oriol se preguntó me liquidará aquí mismo o habrá circunloquio. Es capaz de hacerlo en la plaza. O no, claro, en el bancal de Sebastià. Seré el número dieciocho.

Entró silenciosamente en el aula y estuvo unos segundos mirando a Oriol como pensando tu quoque. Entonces sacó la mano del bolsillo y lo señaló:

—Hoy toca sesión, que quiero ver el cuadro terminado.

—Es que...

—A las seis.

Y nada más. Ni una referencia a nada. Sesión de pintura. Ni un sabes lo que me pasó ayer. Nada. Y desde ese momento Oriol no se atrevió a mirarlo a los ojos. Juro que le apunté a la nuca, se excusó.

Por la tarde, a la hora de la copita de después de comer, Oriol se sentó, obediente, como todos los días, a la mesa del señor alcalde, éste, como quien no quiere la cosa, le preguntó ¿dónde estuviste ayer?

—En Lérida. ¿Por qué?

—¿De putas?

—Hombre... —Esperó a que Modest sirviera y, cuando se alejó dijo en voz baja sí, de putas.

Entonces Valentí Targa, como si esperase esa respuesta, terminó la copa de un trago y se levantó. Se marchó sin decir nada, como si sus pensamientos lo arrastraran con fuerza irresistible. Y Oriol se quedó desamparado.

Tina oyó bostezar otra vez a Doctor Zhivago y volvió a envidiarlo, porque cuando bostezaba sólo pensaba en el bostezo y después en lamerse el bigote; ella, en cambio, ahora que estaba pasando al ordenador un momento culminante del vía crucis de Oriol Fontelles, el vía crucis que lo llevó a la crucifixión, pensaba en Doctor Zhivago, en la envidia de no poder ser Yuri, en Jordi, traidor a todas las ilusiones, ¿ya no te acuerdas del beso que nos dimos a la entrada de Taizé, eh? ¿Ni del juramento de fidelidad, eh? ¿No te acuerdas, Jordi? ¿Y de tu proclama de lealtad en el tren, cuando íbamos a París? Y también pensaba qué estará haciendo ahora mismo Arnau. Dios

mío, que no esté con los ojos en blanco y que no hable con esa voz impostada, litúrgica, falsa y ritual, que siga siendo un buen chico, amén. Después de ver salir al último alumno, borrar la pizarra meticulosamente y remover las cenizas de la estufa, Oriol se fue al lavabo a quitarse de las manos la tiza acumulada a lo largo del día. El agua, casi tan fría como su alma, le daba un dolor inaguantable, pero, a pesar de eso, las dejó un rato bajo el chorro para que se ablandaran los restos de tiza y evitar así que se le agrietaran. Y mientras se secaba lenta, enérgicamente, con la toalla sucia, contempló su mirada en el sucio espejo porque no sabía lo que debía hacer, si esperar al pelotón de ejecución o ir corriendo a buscar a Rosa a donde fuera, arrodillarse ante ella y decirle he intentado matar por ti y por la memoria de Ventureta, quiero que sepas que me he deshecho del pellejo de la cobardía; pero estoy muerto de miedo, querida y necesito verte. Y de paso conoceré a mi hijita, la hija de uno que era cobarde y ya no lo es tanto. Después de secarse las manos volvió al aula y, aunque estaba a oscuras, notó una presencia extraña. Se quedó quieto en medio de la sala intentando distinguir los fantasmas de las sombras. Fuera, en la calle, se había hecho de noche y dentro todavía no se había desvanecido el olor a niños. Pero había entrado un aire distinto con aromas de bosque y la mirada oscura como el carbón.

—¿Quién anda ahí? —dijo.

Una sombra se despegó de la pared. La luz anémica de la bombilla de la calle que entraba por los sucios cristales iluminó el perfil y Oriol percibió que el individuo empuñaba algo, probablemente una pistola, y pensó ya está, se acabó todo y no he podido decirle a Rosa que ya no soy tan cobarde. Como la sombra no se movía, Oriol accionó el interruptor, el hombre se pegó a la pared y pudo verlo mejor: sucio, curtido por la vida a la intemperie, con ropa de abrigo muy gastada. Y, en efecto, una Browning en la mano, que lo miraba con su ojo negro.

—Apaga la luz —ordenó el recién llegado.

—¿Quién eres?

El hombre seguía apuntándolo pegado a la pared, fuera del alcance de miradas desde el exterior.

—¿Qué haces normalmente a esta hora?

—Corregir cuadernos aquí. ¿Por qué?

—Pues haz como si lo hicieras y hablemos. ¿Va a venir alguien?

—¿De qué tenemos que hablar?

—¿Esperas a alguien?

—No.

—Haz lo que tengas que hacer.

El hombre no había bajado el arma todavía. Oriol empezó a ordenar la mesa, en la que se amontonaban los cuadernos de los alumnos mayores, los que habían hecho el ejercicio de geografía física: trece cuadernos; once, si tenía en cuenta que el de las

Ventureta seguía en blanco.

—¿Quién eres? —insistió un poco desorientado, pues esperaba uniformes azul oscuro de falangistas.

El desconocido no respondió y Oriol, por hacer algo, abrió el cajón superior y guardó la regla de madera. Fue a la pizarra y escribió miércoles, dieciséis de enero de mil novecientos cuarenta y cuatro, exactamente en el mismo lugar donde, casi cincuenta y siete años más tarde, Tina escribiría miércoles, trece de diciembre de dos mil uno, con la misma letra pulcra de maestra, pocas horas antes de que destruyeran la pizarra, derribasen la escuela y aventasen todos los secretos guardados durante tanto tiempo.

—¿Por qué has intentado matar a Targa?

—¿Yo? —Silencio y pensar qué hago, qué digo, Dios mío—. ¿Yo?

—Tú —lo acusó el desconocido sin dejar de apuntar.

—No es verdad. ¿Cuándo?

—Ayer.

—Ayer estuve en Lérida. Fui de putas.

—¿Es que no eres amigo de Targa?

—¿Quién eres tú?

—Si tienes que escribir tus cosas, finge que lo haces.

Oriol se sentó y abrió un cuaderno. La estufa empezaba a enfriarse y pronto sería un bloque de hielo. De repente levantó la cabeza y miró a la sombra.

—Tú eres del maquis.

—¿Por qué querías matarlo?

—Porque asesinó a un chico del pueblo. Podía haber sido alumno mío.

—Pues, por lo visto, no lo hiciste bien.

Oriol no respondió. No, no lo había hecho bien porque matar es difícil cuando se te enrosca la conciencia entre los dedos.

—¿Qué quieres de mí?

—Estropeaste un atentado que habría podido ser un éxito.

—¿Yo?

—¿Por qué crees que no te detuvo nadie?

—No te entiendo.

—Enviamos a uno a fingir que te perseguía.

—¿Qué hacíais allí?

—Esperar a Targa. Va a Barcelona una vez al mes, a fornicar, y come en el Vilanova. Siempre hace lo mismo. Estábamos esperándolo, entraste tú y lo echaste todo a perder.

—Es que...

—Eres falangista.

—Bueno, yo...

—Eres el gran amigo de Targa. Lo dice todo el mundo. —Entonces bajó el arma y se la guardó—: Y dicen que tu mujer se ha ido con otro.

—No. —Irritado—: ¡Eso no es verdad! Me ha dejado..., pero no se ha ido con nadie.

—¿Por qué te ha dejado?

—No es asunto tuyo.

—Lo es.

—Me ha dejado porque soy un cobarde.

—Un cobarde que se juega la vida para vengar a Ventureta.

—¿Es que conocías al chico?

El hombre no respondió. Oriol miró a la calle, con la plaza al fondo. No distinguió nada porque la luz del aula era más potente que la de fuera. Tal vez el coche negro de Valentí estuviera enfrente de la ventana y cuatro uniformados plantados en jarras lo esperasen para coserlo a tiros con una mueca de desprecio en cuanto saliera.

—¿Qué quieres de mí?

—Saber en qué bando estás.

—¿Por qué?

—Porque tienes que ayudarnos.

—¿Yo? ¿Quiénes sois?

—Queremos que nos pases toda la información que te dé Targa.

—No estoy... Mi posición... —Cerró la libreta que tenía abierta, asqueado—: Lo que tendría que hacer es huir antes de que el señor Targa...

—No. Tú te quedas aquí y sigues siendo amigo de Targa ante todo el mundo, pero colaborarás con nosotros.

—¿Quiénes sois?

—Además, el mando ha decidido hacer de la escuela de Torena una estafeta y lugar de enlace, por su situación estratégica. El sotabanco nos viene bien.

La escuela de Torena, que tal vez no llegues a ver nunca, es un edificio situado relativamente cerca de la plaza, pero, por el lado del patio, donde salen los niños a jugar, da a la montaña; es el último edificio de un pueblo que se asoma al paisaje del valle.

—¿Cómo sabéis que aquí arriba hay un desván?

—¿Verdad que duermes en la escuela?

—Sí.

—A finales de semana esconderás a unos fugitivos. Vienen de Holanda y van a Portugal.

—¿Y si me niego?

La sombra separó un poco la cazadora, enseñando a Oriol la culata de la pistola.

—Y además debes vigilar a Valentí Targa en todo momento. Nos contarás todo lo que te cuente y nos informarás de todos sus movimientos.

—Yo no soy un hombre de acción —dijo, casi a punto de llorar.

—Nadie sabrá que eres un hombre de acción. Seguirás siendo el maestro hijo de puta falangista gran amigo del verdugo de Torena. Pero colaborarás con nosotros.

—El señor Valentí sabe que intenté matarlo.

—Nosotros creemos que no.

—No soy un hombre de acción.

—Yo tampoco lo era. Nadie lo era antes de la guerra.

El hombre dejó pasar unos segundos y entonces, con cierta solemnidad, dijo desde este momento eres soldado del maquis. También colaboras con el ejército aliado en la lucha contra el nazismo y el fascismo.

—Pero es que yo...

—No tienes elección.

Así de simple fue, hijita mía, así empecé a colaborar con el maquis. A la fuerza, porque no soy valiente, pero con el anhelo de ganarme el perdón de Ventureta, que murió a los catorce años tal vez porque no fui suficientemente enérgico con Valentí Targa. Y el mando me ordenó que siguiera viviendo exactamente como siempre, dando clases, yendo al café a tomar la copita con Valentí, acompañándolo en sus incursiones, colaborando con la Falange y procurando que en el pueblo nadie tuviera la menor duda de mi condición de verdadero fascista.

La primera misión fueron unos holandeses que huían de la Europa nazi porque eran judíos. Y después, tres hombres que huían del régimen franquista hacia el norte, camino de otro horror, y se pasaron todo un domingo en el desván, hasta que oscureció. Más adelante, una partida de seis, que habían cruzado la frontera hacía unas horas y que se dirigían al sur. Dos eran aviadores británicos. Todos eran hombres curtidos, lacónicos, que sabían lo que tenían entre manos porque hacía mucho que vivían en peligro de muerte. Y llegué a saber que en Francia tampoco estaban a salvo, porque si los descubre el gobierno de Vichy los entrega a los nazis. Y el único lugar de reposo verdadero son las islas —las llaman islas— como mi escuela, sitios donde saben que nadie los va a encontrar porque nadie sabe que existen.

—¿Cómo sabéis que aquí hay desván?

—No hagas preguntas.

—¿Y cómo sé que me dices la verdad? ¿Y si eres un agente de Valentí Targa?

—Esta noche va a haber movimiento en Sort. Así sabrás que no miento.

—¿Qué clase de movimiento?

—¿Te acuerdas del puente que volamos en otoño, cerca de Isil?

—Sí. ¿Fuiste tú?

—¿Conoces el puente del camino de Rialb?

—Sí, el de Sort.

—Pum.

—Ah.

—Mañana, cuando veas el desastre, indígnate. Que Targa se fíe mucho de ti. Que te quiera, que te mariconee, si hace falta. Pero que te cuente cosas. Hasta que nos lo carguemos. Nos lo debes.

—Puedo volver a intentarlo yo.

—Tú quietecito y a vigilarlo. —Insistió después de una pausa—: Y a sacarle toda la información que puedas mientras siga vivo.

Lo más difícil, hija mía, no es arriesgar la vida: cuando sabes que lo peor que puede pasarte es perderla, el miedo, que nunca desaparece, se queda en segundo plano. Eso o algo parecido fue lo que me dijo tu madre poco antes de huir de mí. Viví orgullosamente mi nueva realidad interior unos cuantos días: empezaba a ser menos cobarde. Lo más difícil no es arriesgar la vida: duele más el miedo al dolor, a la tortura. Pero todavía hay otra cosa peor: ser fascista declarado a los ojos de todo el mundo. Porque, dos días después de la visita del guerrillero, juré a Valentí Targa que me cargaría a todos los maquis del mundo y que por qué razón no tenía todavía uniforme de la falange. El efectismo del golpe del maquis dejó anonadado a Valentí: volaron el puente del Hostal Nou, el del camino antiguo de Rialb, delante de las mismísimas narices del ejército. Nunca habían actuado tan al sur y eso enfureció a los militares y, de paso, a los falangistas. Desde ese día, Valentí me considera incuestionablemente uno de los suyos, porque, además, al día siguiente me hice la foto oficial con uniforme. Ahora comprendo que hay una cosa más cruel que pasar por fascista a los ojos de todo el pueblo: pasar por fascista a tus ojos, hija mía. Y a los tuyos, Rosa.

—Por motivos de seguridad, las explicaciones se darán cuando haya pasado todo.

—Pero se trata de mi mujer.

—No. Imposible. Además, ya no vivís juntos.

—Pues me niego a colaborar.

Entonces, el hombre sacó la pistola y, con voz neutra, le dijo en tal caso, tengo órdenes de liquidarte aquí mismo.

—Has convertido mi vida en un infierno.

—Imagínate el infierno que vive la madre de los Ventura, por ejemplo, o Tònia la de ca de Misseret, o las familias de los miles de soldados que están en el maquis.

Ponte en su lugar.

Argumenté que la guerra se había terminado hacía años y él me respondió que Europa estaba en llamas, los nazis no estaban vencidos y aquí todavía había mucha

gente en guerra. Qué decides. Oriol estuvo un cuarto de hora en silencio, fingiendo que corregía deberes, y el hombre oscuro, impassible, observándolo desde el rincón que lo ocultaba de posibles curiosos. En la cabeza de Oriol tenía lugar algo parecido a la Pasión, el Vía Crucis y la Crucifixión, y rogó padre, aparta de mí este cáliz y clamaba Eli, Eli, lemá sabactaní, y el desconocido allí, acurrucado, jugándose su capa a los dados, contemplando su agonía y esperando su decisión.

Acepté porque no tuve otro remedio e incluso, en el fondo, pensaba en la posibilidad de ir a denunciarlo más tarde. Pero algo semejante a la vergüenza, un deseo de conservar la dignidad que me quedaba, me ayudó a decir sinceramente de acuerdo, acepto, pero no puedo vivir así, sin tener la oportunidad de decírselo a mi mujer.

—Algo se procurará al respecto —dijo vagamente. Y con más energía—: Gracias, camarada.

—No me llames camarada. Todo el mundo me llama camarada. Los falangistas me llaman camarada aunque no milito oficialmente; en la foto del periódico soy el camarada Fontelles. No quiero que me llaméis camarada. Me llamo Oriol Fontelles.

—De acuerdo, de acuerdo. A mí me llaman teniente Marcó.

Ya lo ves, hija: desde hace unas semanas, pasa por mis manos mucha comunicación entre el interior y el exterior. Me he afiliado a la Falange, Valentí me trata de igual a igual y dice que está orgulloso de mí, mientras preparo con cautela la nueva fecha de su ejecución. El que está orgulloso de mí soy yo, aunque vivo con el miedo en el cuerpo. Sé que, escribiéndote esta carta, contravengo todas las normas y órdenes que me han dado. Pero no quiero que, si me matan, te quedes con la idea de que soy un cobarde. Sólo leerás esto si muero y si tu madre no ha olvidado nuestro escondrijo secreto, pues le dije que algún día encontraría allí el tesoro. Si las cosas salen bien, hija mía, seré yo personalmente, si me lo permites, quien os cuente a Rosa y a ti, si tu madre quiere escucharme, la verdad de la historia que estamos muriendo.

Después de aceptar, añadí que, para ayudarme a cumplir el compromiso, me haría a la idea de que Ventureta había sido alumno mío, o, mejor, mi propio hijo. Después de comprobar que la plaza estaba desierta, el hombre de barba y mirada dura como el carbón se acercó y me puso una mano en el hombro. Hasta ese momento no me di cuenta de que esas manos deformadas eran manos de campesino, no de militar.

—Buena idea —me dijo. Y añadió—: Lo que me ayuda a mí a seguir en la lucha es saber que, para mi desgracia y la de mi mujer, Ventureta era mi hijo mayor.

Desapareció en silencio, igual que llegó, como si se lo hubiera tragado la oscuridad. Y en ese momento tuve el convencimiento de que jamás traicionaría esa causa y me convertí en maqui legal e invisible, y seguí tomando la copita de anís con Valentí y entendí lo raro que es sentir amor por una persona que siente odio por mí, Rosa... Y más cosas que tal vez no comprendas nunca, hija mía, pero que deseo

contarte. O tal vez no.

Al día siguiente me enteré de que la noche anterior, una numerosa partida de maquis había volado el puente del Hostal Nou. Era la prueba que Ventura me había prometido; al general Yuste casi le dio un infarto de la rabieta que pilló. Aquel día, nadie se acordó de la sesión de pintura.

No te extrañen estos cuadernos escolares. Es el único papel que tengo a mano. Son los cuadernos nuevos de Cèlia Esplandiu, una de las hermanas de Joan Ventureta el de ca de Ventura, que no ha vuelto a la escuela después de las vacaciones de Navidad y me odia a muerte.

Oriol apagó la luz del aula y, a oscuras, corrió la pizarra y guardó los cuadernos de la pequeña Ventureta en la caja de puros. La verdad de su vida, en una caja de puros.

Capítulo 26

Mertxe Centelles-Anglesola i Erill.

—¿Qué?

—Mertxe Centelles-Anglesola i Erill.

Marcel se sentó en el sillón con el vaso de whisky en la mano y se quedó pensando como si el nombre le evocase otros momentos. En la inmensa sala del piso de Pedralbes, en el que vivía desde primero de Derecho, siempre y cuando no estuviera en Torena, de pronto se oyó solamente el tictac del reloj de pared, un sonido noble, de madera más exótica y maquinaria más sólida que las del reloj de pared de casa Gravat en Torena. Un tictac muy pausado, porque, para un reloj tan importante, el tiempo transcurre con mayor lentitud.

—¿Quién es?

—La menor de los Centelles-Anglesola, los de la casa de Viladrau, cerca de la de los Dilmés, ¿te das cuenta?

—Ah, sí. ¿Y cuándo dices que va a venir?

—Esta tarde.

—Recuerdos de mi parte. No puedo quedarme.

—Ya lo creo que sí.

—¡Te digo que no puedo, mamá!

La señora Vilabré se levantó y salió al mirador. En voz más baja, mirando al exterior, hacia Barcelona, al hacinamiento lejano de casas y calles por las que transitaba gente con su vida auestas, convertida en puntitos, repitió con infinito cansancio te quedas aquí, y te quedas por ella.

Marcel tomó un sorbo de whisky. Jamás en toda su vida se le había ocurrido que fuera posible contradecir los deseos de su madre. Al menos, no abiertamente. Hacían falta argucias guerrilleras para torear su santa voluntad. Y a veces no había nada que hacer. En esta ocasión prefirió salirse por la tangente.

—¿Es que pretendes casarme con ella? —Otro trago de whisky con todo el sarcasmo del mundo.

Elisenda se volvió hacia su hijo. Tictac lento. El grito insólito de un mozo en la elegante quietud de la calle. De fondo, a lo lejos, el ululato de una ambulancia que transportaba una vida semirrota. Distanciada, como un telón decorativo, la ciudad palpitante.

—Quiero que os conozcáis.

—Tengo novia.

—¿Ah, sí? —Supo darle una capa de ironía al tono—. Ahora me entero.

Antes de comer, Marcel había reconocido que no, que la verdad es que no tengo novia, es una amiga.

—Tienes muchas amigas de esa clase.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Nada. Pero en algún momento hay que poner punto y aparte. No puedes ser un adolescente toda la vida. Ya tienes veintiséis años.

—Todavía no los he cumplido.

—Hace dos años que acabaste la carrera. Ha llegado el momento de pensar en cosas de provecho.

Era inevitable. Todo en la vida tiene un límite y Marcel sabía que el suyo para seguir mareando la perdiz sería el día en que su madre dijera que había llegado el momento de pensar en cosas de provecho, le hablase de puntos y aparte y le advirtiera que no podía seguir pasándoselo en grande. Era un momento cruel y el joven se ayudó con otro whisky. ¿El segundo? ¿El tercero? Y agachó la cabeza con cierto sentimiento de resignación. Veamos la propuesta de mamá. El cuarto.

El punto y aparte que Elisenda había dispuesto para su hijo consistía en que conociera a Mertxe CentellesAnglesola i Erill, se casara con ella, unieran patrimonios, le dieran nietos y fueran muy felices, y Marcel se identificó con los reyes o los herederos de los reyes, pero sin las ventajas de la corona.

—Es decir, que no me caso con quien quiera, sino por razones de Estado.

—Ah. ¿Con quién te gustaría casarte? —Elisenda evitó el tono amargo de la pregunta.

—No quiero casarme. Tengo edad suficiente para decidirlo.

—¿Estás seguro?

—Tengo veintiséis años.

Madre e hijo guardaron silencio. Ella, en la entrada del mirador, él, con el vaso vacío en la mano.

En veintiséis años había tenido tiempo más que de sobra para desahogarse, para conocer la vida, para probar etcéteras. Su madre le dijo si no lo has hecho es porque eres idiota. Y si lo has hecho, ya es suficiente; ahora es necesario que sientes la cabeza, que te cases y trabajes a diario conmigo o con Gasull. Se acabó eso de pasarte el día planeando nuevas instalaciones y nuevos trazados de pistas negras. Eres abogado y tienes que trabajar aquí, en Barcelona, en las oficinas.

Y a diario.

Magnífico. Magnífico. El tictac del reloj lo tranquilizó un poco y evitó que replicase con un exabrupto contraproducente. Fin de una etapa. Por unos momentos, mientras se decía basta de whisky, que todavía es por la mañana, se le ocurrió pensar en rebelarse: no, fuera, basta, ça suffit, se acabó, paz y después gloria, finito, finish, mamá, me planto, soy un hombre libre, me casaré cuando me venga en gana y punto.

Y empezaré a trabajar cuando me encuentre con ánimos para hacerlo. Esas cosas no se pueden forzar. Qué bonita es la rebelión, el Che y tal. Pero, antes de abrir la

boca para proferir el primer no, el ángel de la sensatez le puso ante los ojos la pancarta de las consecuencias inmediatas de un acto de esa naturaleza, y le dio tanta pereza la vida que prefirió esperar a la tarde, supongamos que esa tal Mertxe sea una tía que.

¿No?

Le gustó nada más verla. Guapa, lista, proporcionada, resplandeciente, simpática, discreta, guapísima, muy viva, un ángel, Mertxe, por ti haría locuras, más que guapísima, qué voz tan bonita y qué elegante, a pesar de ese hablar castellano nasal de niña bien y todo eso. Morena de ir a esquiar. Beatriz. Laura. Teresa.

Nunca llegó a saber con qué pretexto se presentaba Mertxe sola en su casa.

Tampoco le hizo falta, porque enseguida se entusiasmó con ella y los pretextos sobraban. La invitó al cine, la invitó a pasar el fin de semana esquiendo en Torena, ¡no me digas que no te gusta esquiar! El plan saltó por los aires momentáneamente y, como si se quejara del género a su madre: es que estás tan morena que creía que.

¿No? Su madre no dijo nada y Mertxe Centelles-Anglesola i Erill tuvo que decir claramente que no, que es de la playa, porque he pasado el mes de diciembre en las Canarias y enseguida me pongo morena. Qué suerte, dijo la madre, tratando de recomponer la situación. La crisis momentánea se resolvió en cuanto Marcel dijo que entre pista negra y pista negra pasaría por la zona familiar y la ayudaría a acostumbrarse a los esquíes y esas cosas.

—Que la enseñe Quique, que es su trabajo.

—No, ni hablar.

Ese no de Marcel, en tono tan seco, reveló dos cosas a Elisenda. Primera, que si Marcel no se fiaba de Quique era porque Quique le había dado motivos, a pesar de que se pasaban los días esquiendo y charlando... de mujeres, supongo. Si un juguista como Marcel no se fía de Quique, significa que necesito saber por qué cuanto antes. Y segunda, que a Marcel le importaba Mertxe y por tanto, como siempre, ella había acertado en la elección de Mertxe Centelles-Anglesola i Erill, de los Centelles-Anglesola, emparentados con los Cardona-Anglesola por el lado Anglesola, y de los Erill de Sentmenat, porque la madre de Mertxe es hija de Eduardo Erill de Sentmenat, el de Maderas Africanas, el presidente del consejo de administración de la Banca de Ponent. Sí, se dijo él, de acuerdo, pero qué labios y qué ojos. Qué elegante.

—¿Por qué Quique no? —insistió la madre.

—¿No está de baja?

—Sí, pero no lo estará para siempre.

Con sólo cuatro miradas y otros tantos gestos Elisenda entendió que su hijo se había enamorado hasta el tuétano. En cambio, Marcel no quiso mostrar a su madre el entusiasmo que sentía y Elisenda lo comprendió y no quiso ser cruel con él. Se hizo

la distraída, se ausentó dos o tres veces, informó de que Mertxe tenía veintidós años y prácticamente casa abierta en París, y, de manera que pareciese que era Marcel quien tomaba la iniciativa, propuso que se fueran juntos a dar un paseo, al centro, por ejemplo, a ver la Rambla y los alrededores, ¿no? Entonces Marcel cayó en la cuenta de que hacía mil años que no iba a pasear a la Rambla y se preguntó qué pensará Mertxe de mí, y se quedó desolado porque, por primera vez en su vida, se veía pequeño ante una mujer que no fuera su madre, indefenso y con ganas de demostrarle cosas, igual que a su madre. Contra los cánones, Elisenda les insinuó, casi como quien no quiere la cosa, que fueran a París unos días y, cuando volvieran, su hijo podría incorporarse al trabajo. París. Tanto lo deslumbró que ni se acordó de Ramona, la que iba a ser escritora. En vez de protestar por la imposición materna, Marcel imagínate, pasar unos días en París con Mertxe. Había bajado la guardia, estaba indefenso. Marcel Vilabré i Vilabré (de los Vilabré-Comelles y los Cabestany Roure por parte de Vilabré y de los Vilabré de Torena y de los Ramis de Pilar Ramis de Tírvia, una puta y una mejor me callo, por respeto al pobre Anselm, por parte de Vilabré), esta vez, se había enamorado de la persona adecuada.

Cuando la parejita salió de casa en dirección a la Rambla, o a donde los llevase el viento del entusiasmo, Elisenda hizo una llamada al Ministerio de Industria para resolver una cuestión, que sólo podía resolver el ministro en persona, sobre la importación de la maldita maquinaria para fabricar balones, que no me da la gana comprarlos hechos por el décuplo de su coste. En todo caso, se los venderé yo a otros fabricantes. Quiero fabricar balones, Enrique. Espero noticias, ¿de acuerdo? Ah, esta noche ceno en Madrid. ¿Con quién? Con Fontana. Y colgó mientras el ministro todavía sonreía al teléfono recordando la tarde mágica que había pasado con la señora Vilabré y su perfume de no sé qué, pero hechicero, y tuvo envidia de Fontana y de la madre que lo parió. Elisenda informó a Gasull de su gestión y, como le quedaban unas horas libres, ordenó a Jacinto que preparase el coche. Se quitó la cadenita del cuello, la besó y la guardó en la cajita de marfil. Añoró brevemente a Bibiana, pero se deshizo del recuerdo porque los vivos no pueden estar siempre acordándose de todos sus muertos. Muy bien, Jacinto, así me gusta.

En cambio, durante el trayecto hasta el centro, no le hizo ningún comentario al cogote. Ninguno. No abrió la boca. Cuando no daba órdenes, señal de que estaba pensando, sí. Si estaba pensando es que tenía que pensar. Si tenía que pensar es porque tenía un problema. Me gustaría solucionárselos todos, pero no me deja. Sólo me deja intervenir para limpiar las vomitonas del imbécil de su hijo. Nada más. Yo, que daría la vida por. Yo, que he dado la vida por. Yo, que.

—Para aquí, Jacinto.

En medio de la plaza de Catalunya. Eso significa que no quiere que sepa dónde va.

—Vuelve dentro de una hora. No, dos.

Ahora cogerá un taxi y se irá al pisito del hijo de puta de Quique Esteve.

—Sí, señora.

Quique va con hombres. Y con mujeres. Con cualquier cosa que se menee. ¿Lo sabe, señora?

La señora se apeó del coche y cerró con suavidad. Esperó a que Jacinto desapareciera de la vista y a continuación paró un taxi y le dijo al pisito del hijo de puta de Quique Esteve, deprisa.

—Qué sorpresa. —La invitó a entrar—. La verdad es que no te esperaba.

—He venido a Barcelona a hacer unas gestiones y aquí estoy.

—Muy bien. Pero ¿y si no me hubieras encontrado?

—¿Y si hubieras estado con otra?

Quique cerró la puerta con suavidad y pasaron al interior de la vivienda.

—¿Por qué me miras así?

Por varias razones. Primera, porque hacía trece años que eran amantes y si bien al principio él no era más que un simple instrumento con el que la señora desahogaba el rencor que tenía contra todo, poco a poco fue aficionándose, con la salvedad de algunas semanas de distanciamiento a raíz de una confesión excesivamente fogosa, siempre en una iglesia diferente, siempre con sacerdotes desconocidos, pero no porque luchase contra el pecado, sino porque quería poner freno a su debilidad; no puede ser que un niño guapito como Quique. No puede ser. Pero era. Segunda, porque se llevaban más de veinte años y lo que al principio resultaba incluso divertido, con el tiempo se iba haciendo más difícil de sobrellevar, porque yo envejeczo y él todavía es un hombre con una sonrisa sin canas. Tercera, porque hasta hacía poco, hasta que entró Mertxe en su casa, vivía como entre algodones, pensando que la compensación económica que le ofrecía evitaba toda clase de infidelidades; además, él siempre estaba a punto cuando ella lo requería. Cuarta, porque al darse cuenta de que había llegado el momento de casar a su hijo, comprendió de sopetón que sería abuela, tuvo una fuerte sensación de ridículo y entendió que lo razonable era tener celos de Quique. Quinta, porque todo junto era complicado: por qué iba a tener celos si a Quique no lo amaba y sabía que él, por su parte, más que quererla, la obedecía. Ese extremo lo confirmaba la escasez de expresiones de afecto mutuo en trece años de relaciones. Sexta, porque, aunque no se amaran, el trato era de dedicación exclusiva. Y séptima, porque estaba convencida de que, si registraba la casa, encontraría a un par de amantes y no estaba dispuesta a sufrir semejante humillación.

—¿Quieres inspeccionar esto? ¿Eh? ¿Quieres ver cuántas mujeres tengo escondidas? ¿Eh?

—Sí.

—Pues adelante.

En un tono que pretendía disimular un disgusto que Elisenda no supo si era real o ficticio, Quique dijo nunca me habría imaginado que tuvieras tan poca confianza en mí. Abrió los brazos como abarcando la casa entera y dijo toda tuya.

La señora doña Elisenda Vilabré i Ramis, que esa noche cenaría con el ministro Fontana para recordarle que quería una respuesta inmediata de monseñor Escrivá de Balaguer sobre la cuestión del Proceso; que recibía con indiferencia educadas muestras de adulación del ministro al que debía recordar que refrescase la memoria a monseñor Escrivá a propósito de su tío August Vilabré, quien, a pesar de sus achaques, pobrecito, todavía estaba vivo y hacía unos días le había recordado a ella la anécdota de la prelatura doméstica de monseñor Escrivá, nombramiento al que tanto había contribuido August Vilabré, porque el papa Pablo desconfiaba un poco de monseñor; que sería capaz incluso de señalar al ministro Fontana la conveniencia de un cambio en la titularidad del gobierno civil de Lérida, porque el actual gobernador es un hombre sin cultura, sin sentido de la educación, y me fastidió todo lo que pudo cuando le insinué que quería ampliar las pistas, aunque me asisten todos los derechos (y el ministro Fontana abriría la libretita de compromisos y, con su letra menuda de hormiga, escribiría el pertinente recordatorio, porque no deseaba fallar a tan gran señora. Y para que no cupiera duda, chasqueó la lengua y dijo este García Ponce..., ya sabemos cómo es. Le aseguro que me interesaré por el asunto); que, después de cenar con el ministro Fontana citaría a los hermanos Garrigues en la suite del hotel para activar de manera contundente la exención arancelaria de las tres toneladas de material deportivo que quería colocar en México, Colombia, Costa Rica y Chile; que probablemente al día siguiente, antes de volver a enclaustrarse en casa Gravat, se entrevistaría con el embajador argentino para ayudarlo a recapacitar y a hacer posible que la raqueta Brusport Champion gama alta para América Latina se llamase Guillermo Vilas sin pagar ni un peso al erario público argentino, sino recibiendo, en justa compensación, una cantidad que podemos fijar hoy mismo, excelencia, en beneficio de ambas partes (y si el embajador no se decidía, le diría que la raqueta se llamaría Falkland y adiós jugosa comisión), avanzó un paso en el comedor del pisito de Quique, que ella misma financiaba, con el corazón desbocado y pensando si encuentro a alguien, aunque me cueste lágrimas, estoy dispuesta a descubrir a todas las amantes que tenga escondidas en los armarios.

—Procede —añadió Quique en el mismo tono dolido, y se fue a la cocina—. Voy a hacer café mientras miras debajo de las camas.

Elisenda, la amante furtiva, miró alrededor. Ningún indicio. El espectáculo era desolador, pero tenía que hacerlo. Ningún indicio. Las seis copas, dos de eslalon, una del supergigante de Sestrières y otra del descenso en la Internacional de la Tuca Negra en el que Quique se la jugó a muerte contra el mismísimo Magnus Enqvist y

logró arrancarle ocho décimas de oro únicamente porque conocía el terreno, la nieve y el aire, puesto que, cuando no estaba fornicando en Barcelona, se dedicaba a machacar pistas como un poseso. En vez de ir a la habitación de Quique a mirar debajo de la cama y pillar a la puta de Mamen, se sentó en el sofá, enfrente de las copas. Quique salió de la cocina secándose las manos con un trapo de pinta dudosa.

—¿Has terminado la ronda? ¿Camas? ¿Armarios? ¿Ya está?

Ella desvió la mirada. A tientas, cogió un cigarrillo de la mesilla, de la caja de cuero que le había regalado ella al día siguiente de la noche de los cinco orgasmos seguidos. Todavía faltaban diez años largos para unirse a las filas de los ex fumadores militantes. Quique se sentó a su lado y le puso la mano en el hombro suavemente, como anhelaban hacerlo desde hacía muchos años el abogado Gasull, Jacinto Mas y un par de ministros. Elisenda seguía con la mirada perdida en la pared de enfrente.

—¿Qué te pasa? —dijo él con voz más seductora—. ¿Por qué me mortificas así?

—No tengo forma de saber si me eres fiel. —Ahora sí que se desnudó la señora, con la mayor vergüenza del mundo, implorando fidelidad a un monitor guaperas.

—¿Mi palabra no cuenta?

—No. La verdad es que no.

—Pues has de saber que soy tu fiel amante de pies a cabeza. ¿Qué sentido tendría engañarte?

Se callaron. En la cocina, la cafetera empezó a protestar como si estuviera en desacuerdo con la declaración del amante fiel. Quique entendió que debía reaccionar y dijo para que veas que soy fiel, que soy tu fiel amante, agarró a la señora y la obligó a levantarse con una brusquedad calculada, le quitó la chaqueta y le arrancó la blusa mientras ella se desabrochaba el corchete de la falda.

Mamen Vélez de Tena (la señora de Ricardo Tena, de Export-Import, SL), con quien Elisenda Vilabré, tres años más joven, mantenía una amistad basada en confidencias mutuas, acechaba, alarmada, por un resquicio de la puerta de la habitación, y vio que Quique, el hombre como Dios manda, no prestaba la menor atención a los ronquidos de la cafetera y tiraba de la falda a la puta de la Vilabré y la hacía desaparecer con esa ferocidad que a ella la estremecía de arriba abajo, y se desnudaba en un visto y no visto y la tumbaba con delicadeza en el sofá. Se fijó en que el muy cerdo, el amante fiel, se colocaba de forma que ella pudiera verlo todo desde la rendija de la puerta, y el David de Miguel Ángel montó a la viuda caliente, esa cincuentona, quién me lo iba a decir, que la Vilabré fuera capaz de tirarse a la fiera de Quique. Cuanto más santas, más furcias. Siempre había pensado que Elisenda estaba por encima de estas cosas, y resulta que se lo monta con Quique y a saber con cuántos más, la muy. El espectáculo excitó a Mamen Vélez de Tena; la excitó muchísimo, sobre todo por el secreto que acababa de arrancar al destino, la zorra de la Vilabré, menudo escándalo, cuando se sepa. Y qué ímpetu le echa, cómo resopla la

mosquita muerta. Tiene unas piernas muy bonitas, para ser de la misma edad que yo, eso hay que reconocerlo. Qué culo, Quique, Dios mío, Señor. David.

Apolo. Narciso.

Quique, el fiel amante, se llevó a la señora muy lejos, tan lejos que, cuando acabó, se quedó desnuda un rato, sentada en el sofá, mirando por la ventana y pensando aún más lejos, fumando un cigarrillo tranquilamente mientras Quique entraba en la habitación y no sé qué hacía allí y, cuando aplastó la colilla en el cenicero, miró hacia la habitación y con voz ronca gritó tienes que ir a comprar una blusa nueva. ¡Quique!

¿Me oyes? Tengo que coger el avión.

De la cocina llegaba el olor pegajoso y triste del café requetehervido y quemado.

Capítulo 27

Marc. Ya puedes tirar la botella.

Los diecisiete niños de segundo, que habían estado un rato recogiendo cantos rodados del río, se situaron a su alrededor para hacerse la fotografía previa a la ceremonia de lanzar la botella con el mensaje que, con un poco de suerte, llegaría a los niños de segundo de la escuela de Ribera de Montardit, tres kilómetros río abajo, como una actividad más del centro de interés sobre el río y su entorno. El día radiante de pleno invierno invitaba a no volver al laboratorio a revelar las fotos, ni al aula, a pensar, pensar y volver a pensar aunque no quisieras, y a darle vueltas y a ponderar si debía contratar a un detective para que investigara la identidad de la mujer que le robaba el sosiego, ahora que ya había contratado a la doctora Cuadrat para que investigara la identidad del bulto que a veces le daba pinchazos. Dos investigaciones en marcha. ¿Será posible volver a ser feliz?

—Ya la puedes tirar. Cuidado.

Marc Bringué, el elegido, no porque fuese el mejor entre los mejores, sino porque tenía el número doce, biznieto de Joan Bringué el de ca de Felicó de Torena, que era el tercero de la lista negra de Valentí Targa, que era la lista negra secreta de la señora Elisenda Vilabré, dio un beso a la botella de plástico (tal como le había recomendado Pep Pujol) y la tiró con tan buen tino que fue a parar al centro mismo de la corriente del Noguera. Todos vieron con alivio que la botella evitaba los remolinos de la orilla, llegaba al centro de la corriente y empezaba a descender obedientemente, con mucho ánimo, como si tuviera prisa por llegar al mar siguiendo el mismo trayecto que el cuerpo inerte de Morrot, que llevaba la documentación en el bolsillo interior, guardada en una caja de metal, junto al pecho, la documentación que revelaría a las autoridades a cuyas manos fuera a parar que las partidas de maquis se retiraban del valle de Sort y de los valles de Àssua, Ferrera, Cardós y Àneu para concentrarse en la región de Figueres, un indicio militar que demostraba que se estaba preparando lo que más tarde se llamaría la Gran Operación, y que el jaleo sería en otra parte.

—Soy Tina Bros, sí. La botella acaba de salir. Calcula media hora.

—¿Cómo van a pescarla? ¡Eh, Tina! ¿Cómo la van a pescar?

—Con un cazamariposas —contestó Pep Pujol, que lo sabía todo.

Lo hicieron con un gancho de manejar hielo, el de mango largo, porque se acercó lo suficiente a la orilla, como si no hubiera entendido bien su destino. Lo pusieron boca arriba para ver si lo conocían y se miraron el uno al otro.

—No lo conozco. No es de por aquí.

—Está más que muerto.

—Hay que avisar a la Guardia Civil.

—Es peor el remedio que la enfermedad; nos preguntarán...

—Así no podemos dejarlo.

—¡Anda! ¿Te crees que lo vas a revivir? —Codazo y señal de que lo siguiese hacia el carro—: Hala, vamos antes de que nos vean.

Dubitativo y temeroso, el más reticente, el joven, devolvió el cadáver de Morrot al centro de la corriente empujándolo con la pértiga del hielo, para que siguiera su curso y lo hallase la patrulla de la Guardia Civil de Ribera, su verdadero destino. El joven subió al carro y ninguno de los dos contó el macabro hallazgo a nadie, ni a sus respectivas mujeres, que no estaban los tiempos para confidencias. En cambio, la patrulla de la Guardia Civil sí que encontró el cuerpo de Morrot, lo sacó del agua, lo registró y descubrió la caja metálica; la abrieron allí mismo, deseosos de hacer méritos ante sus superiores, desplegaron el papel y el de menor estatura lo leyó desazonadamente, en voz alta, para que lo oyera el mundo entero: las piedras, los cantos rodados, los barbos y las truchas, el propio Morrot y su compañero de patrulla.

—Hola, compañeros de segundo de la escuela de Ribera de Montardit. Este mensaje demuestra que si bajáramos por todo el río hasta el final llegaríamos al mar.

Hemos visto en un mapa que pasaríamos por muchos pueblos como el vuestro, por unas cuantas presas y, luego, llegaríamos al río Segre a la altura de Camarasa; después, al Ebro a la altura de Mequinensa. Luego, ya, directos al mar. Después de Semana Santa vamos a ir tres días de excursión al Delta del Ebro. ¿Y vosotros?

El guardia civil de tez más oscura guardó de nuevo el papel en la cajita metálica, ésta, a su vez, en el bolsillo del tabardo, y murmuró esto hay que comunicárselo al sargento.

—¿Qué hacemos con él? —refiriéndose al ahogado.

—Hay que dar aviso, que vengan a recogerlo. —Y dio unos golpecitos a la cajita metálica—. Mi descubrimiento puede ser muy importante.

—El muerto lo he visto yo.

—Así constará en el informe —dijo, magnánimo. Y por unos momentos se permitió soñar que llevaba cosidos en el uniforme los merecidos galones de cabo.

—Miño, Duero, Tajo, Guadiana, Guadalquivir, Ebro, Júcar y Segura.

—Muy bien. Ahora tú, Helena. ¿Cuál es éste?

—El Guadiana.

—Muy bien. ¿Y éste, Jaume?

—El Tajo.

—¿Y la Noguera, por qué no la decimos? —una voz al fondo.

—O el río Pamano —terció Jaumet Serrallac.

—Es que es pequeño.

—Mi padre dice que el Noguera es más grande que el Miño, el Xúquer y el Segura.

—Y tiene razón.

—No, no es verdad. El Pamano es más importante, porque se puede pescar.

—¿Dónde está el Noguera?

—Aquí. Mirad, éste es el Segre. Y éste sería el Noguera. Y aquí, Torena.

—¡A ver, a ver!

A pesar del horror, las horas de clase son como una isla alejada de los peligros. Las fotos de Franco y José Antonio, el omnipresente mapa de España, la mirada oscura del señor alcalde..., por cierto, tengo la impresión de que pasa por delante de la escuela más a menudo que nunca, como si me vigilase de cerca, como si supiera perfectamente lo que hice el día que iba con un Ramo de Flores del brazo. Dicen, incluso, que a lo mejor mandan otro maestro al pueblo; entonces podríamos trabajar mejor. Me duele en el alma que las Ventureta no hayan vuelto a la escuela. No puedo ir a decir a su madre que fui un cobarde cuando mataron a tu hijo pero que procuro redimirme, y si no, pregúntaselo a tu marido, al que no ves nunca porque anda en emboscadas. Por suerte, los niños no me miran mal. Tal vez alguno tenga miedo, como Jaumet, el hijo de Serrallac el de las piedras, que es un anarquista soñador y solitario, pero, incomprensiblemente, no entra en los planes de venganza del señor Valentí Targa; ese muchacho, Jaumet, puede llegar lejos si lo mandan a estudiar.

¿Sabes una cosa, hija? Hoy he empezado a preparar el terreno para un asunto que no sé en qué consiste, pero lo sabré a su debido tiempo. Esta noche no he dormido, porque fui al río con un pelotón hasta más allá de Rialb y echamos al agua a un muerto con información falsa. Me resulta difícil acostumbrarme a dominar los sentimientos tan bien como algunos de los hombres que voy conociendo. El jefe del pelotón era hermano del muerto que tiramos al río. Aunque eran gallegos, lo llamaban Morrot. Se lo llevó la gangrena por culpa de una herida mal curada, pero no vi una sola lágrima ni la menor vacilación en la cara del hermano, ni siquiera cuando abandonamos el cuerpo en las aguas heladas y, cada cual a su manera, rogamos que lo encontrasen en Sort o más allá, para que el cruel entierro del soldado no fuera en balde. Volvimos a la base y el pelotón se ha pasado el día en la escuela, en el desván, esperando la noche para reemprender el camino. Me da un miedo profundo, telúrico, el saber que ahí arriba, en el desván, hay dos o tres hombres, y hasta veinte, mientras explico a los niños lo que es el adjetivo calificativo. Sin embargo, lo que más miedo me da es ver a Valentí Targa o a sus hombres paseando por el pueblo o mirando de lejos a la ventana del aula, como si sospecharan mi doble juego. ¿Sabes una cosa? Escribo para combatir el miedo. Y para no estallar de angustia: preferiría poder contarte todo lo que estoy haciendo a salvar la vida. Así lo entenderías todo, cuando seas mayor, claro. Ojalá no conozcas ninguna guerra, mi niña. En fin. Me gustaría ser escritor y pintor, si pudiera vivir otra vida. Sé que estoy vivo cuando dibujo o escribo.

Hace poco pasó aquí diez días seguidos una familia judía que huía de Lyon.

Tenían un perro sumamente sensato que se llamaba Achille; yo lo rebauticé con el

nombre de Aquil·les. Eran muy tranquilos, educados y silenciosos. Estaban los cuatro reventados. La caminata por las montañas es agotadora para un abogado de cuarenta años que nunca ha hecho esfuerzos físicos, y para un ama de casa de treinta y tantos y, sobre todo, para los dos hijos. Por suerte, el guía de relevo se retrasó; un retraso providencial que les permitió recuperar fuerzas. Nuestros guías son contrabandistas del país que conocen la montaña mejor que su propia alcoba. La mayoría se ha formado profesionalmente trajinando mercancía por el puerto de Salau. Unos son de aquí y otros son gabachos, pero están todos cortados por el mismo patrón: son huraños, callados, tienen la mirada viva, edad mediana y una resistencia física inconcebible, y sólo piensan en el dinero que van a ganar pasando a un aviador o a dos niñas judías con trenzas y jugándose el pellejo si es necesario. Es cierto que se juegan la vida, pero, de todos modos, no me acabo de fiar, porque son contrabandistas, en realidad. En estas tierras, quien conoce los caminos más allá de las montañas de su pueblo es que se dedica al contrabando.

Los dos pequeños. Me impresionó la disciplina de los pequeños, dos niños de seis y siete años, Yves y Fabrice, los únicos nombres que llegué a saber, sin contar el del perro; tenían los ojos permanentemente abiertos, señal del miedo y la perplejidad constantes, porque debía de ser muy difícil entender que un ogro quisiera matarlos y comérselos, como en los cuentos. Y Aquil·les, como si entendiera los misterios insondables de la vida de los cuentos, estaba todo el tiempo atento a los ruidos, callado, y no me perdía de vista cada vez que subía al desván a llevarles comida y retirar las deposiciones. Aunque parecía estar siempre en guardia, nunca ladró ni gruñó, siquiera. Sabía que yo era de los suyos. ¿Podrán entender los perros que hay hombres más feroces que las fieras y que él tenía que proteger a los suyos? Aquil·les sabía muy bien que la vida de los pequeños dependía de su silencio. La segunda noche nos hicimos muy amigos el perro y yo. Mientras la familia dormía, recorrimos los rincones de la escuela, asomamos la nariz por la ventana y nos confesamos secretos íntimos. Le hablé de ti y movió la cola. Le dije que todavía no tenías nombre y la movió con más entusiasmo, como si él, en cambio, lo supiera... El caso es que me lamió las manos y la cara como si me entendiera. Después de unos días de tensión y de espera, un nuevo guía, también huraño y silencioso, los acompañó a Barcelona por la Pobra, camino de Portugal, una etapa que no iba a requerir tanto esfuerzo físico, aunque también era muy peligrosa. Cuando el grupo se perdía en la noche oscura, Aquil·les me miró de una forma que todavía recuerdo. Y Fabrice e Yves me dieron un beso silencioso. El padre, con una expresión que no podía dejar de ser triste, quiso compensarme regalándome su reloj; pobre hombre. Mi compensación, querida hija, es el orgullo que siento por haber contribuido a la salvación de una familia. Voy a ver si consigo hacer un retrato del perro, para que te lo imagines cuando leas esto. Te quiero, hija mía. Di a tu madre que también la quiero. ¡Cuánto deseo que termine

todo para poder ir a verte, arrodillarme y contarte cómo ha sido todo! Por si no fuera posible, aquí dejo estos cuadernos, la carta más larga que te Tina se quedó mirando la interrupción con extrañeza. Como habría hecho cualquier especialista escrupulosa, copió la carta más larga que te, y la rindió el cansancio. Mientras imprimía los fragmentos que había copiado intentó imaginarse a Rosa, apenas nombrada en la carta, la mujer que había tenido la valentía de rebelarse.

No había fotos de ella; las únicas referencias eran los esbozos de su cara al final de los cuadernos y el profundo desprecio que destilaba la escueta nota en la que comunicaba a su marido que ya no era su marido y que nunca vería a su hija. Intentó imaginarse la forma y el tono de ese desprecio y lo comparó con lo que sentía ella ahora por Jordi.

—Yuri Andréievich, fuera de aquí, no seas pelmazo.

La última página, impresa con la nitidez del láser, decía por si no fuera posible, aquí dejo estos cuadernos, la carta más larga que te Tina no podía saber que, cuando el venerable mártir Oriol Fontelles estaba escribiendo esas líneas, de noche, a solas, sentado a su mesa, en la tarima, súbitamente se abrió la puerta y el de pelo rizado irrumpió en el aula sin pedir permiso, como le habían enseñado los jefes de la Falange, conquistando el espacio que les pertenecía por decreto divino, y dijo de parte del señor alcalde, que se persone usted inmediatamente en el Ayuntamiento. Oriol escondió el cuaderno entre los de los alumnos y pensó que era una imprudencia dejar su vida y la del maquis allí mismo, al alcance del enemigo.

Una orden es una orden y Oriol tuvo que ponerse la chaqueta, cerrar la escuela y presentarse en el Ayuntamiento sin haber podido esconder el cuaderno detrás de la pizarra, y todo ello bajo la mirada irónica del falangista de pelo rizado. Ha llegado el momento, ahora va a decirme que hace diez días que estamos investigando y hemos llegado a la conclusión de eres tú el hijo de puta de la mala puntería.

—Hace diez días que estamos investigando un caso —le dijo no bien hubo entrado en el despacho. Oriol se quedó callado, con el corazón en un puño. Valentí señaló el caballete, arrinconado y tapado con una sábana llena de manchas de pintura—. Hoy tengo un momento —añadió sin preguntarle si le venía bien ni si le apetecía.

Fue la primera sesión después del atentado fallido. Fue la primera vez que se quedó a solas con Valentí después de que Ramo de Flores lo mirase a los ojos en el momento en que apuntaba a la nuca al alcalde de Torena, o al menos eso le pareció.

Con disciplina casi militar, Valentí adoptó la pose correcta, mientras que Oriol estaba tan nervioso que al principio no daba de ninguna manera con un caoba parecido al de la mesa.

—¿Qué caso? —se oyó decir Oriol—. ¿Qué investigan?

—Cosas —dijo Valentí. Sin pedir permiso, lió un cigarrillo—. ¿Tú conoces a un tal Eliot?

—No. Quítese el cigarrillo de la boca.

Valentí dio una calada y, obediente, dejó el cigarrillo en el cenicero. La columna hipnótica de humo subía caracoleando sobre sí misma hacia el misterio del techo oscuro del despacho.

—Eres un poco meticón ¿verdad?

—¿Yo?

Tuvo que respirar hondo, porque tenía el corazón a punto de estallar contra la tela y lo pringaría lamentablemente.

No saben nada. Parece imposible pero no saben que fui yo. Llevaba diez días con el corazón en un puño y, por si fuera poco, se había estrenado en funciones de enlace del maquis, con órdenes estrictas de no huir porque, según el maquis, Valentí y los suyos no sabían nada. Por lo visto, era cierto: no sabían nada de nada. El teniente Marcó tenía razón.

Pintó una parte de la mesa, la parte frontal, mientras la mano se tranquilizaba y se acostumbraba al movimiento de las pinceladas. En cuanto se calmó un poco, cambió de pincel y se dedicó a las cejas. Frondosas, con un asomo de gris, prácticamente unidas la una a la otra.

—¿Te cuento un secreto?

El corazón no pudo más: dio un brinco y se estampó contra la tela, húmeda todavía.

—No se mueva —dijo, para disimular los desperfectos.

—Sé una cosa que ignoran en comandancia.

Valentí Targa era feliz cuando se constituía en portador de noticias. Era el poder en estado puro, la información contra la ignorancia, la verdad contra el caos.

Contraviniendo las órdenes, cogió el pitillo y lo retuvo en la mano al tiempo que señalaba a Oriol.

—¿Quieres saber qué es?

Oriol no dijo ni sí ni no. Si decía sí, sí, cuente, cuente, el alcalde podía sospechar de tanto interés. Si decía no quiero saber nada, también podía ser sospechoso, porque, quién no quiere saber un secreto, sobre todo en tiempos de penuria. Por lo tanto, lo resolvió con un gesto ambiguo, un mero esbozo de sonrisa, y fingió que se concentraba en las cejas. Valentí ya no podía más:

—El maquis se retira de la zona —dijo mirándolo fijamente a los ojos para captar la menor reacción.

—¿Y cómo lo sabe? —Volvió a la tela para dar a entender que le interesaba, pero no tanto. Además, no deseaba sostener la mirada a Valentí.

—Eso es secreto —respondió, satisfecho—. Pero lo sé de muy buena tinta.

El maquis se retira de la zona. Adiós, Morrot, amigo al que no llegué a conocer vivo. Pero ni la menor alusión a sabes que el otro día quisieron liquidarme y fuiste tú.

Ni una alusión a hijo de puta, hace diez días quisiste asesinarme de un tiro en la nuca. En el restaurante Estació de Vilanova, ¿me explico? En cambio, le contó que, al volver de la Poble, se había cruzado por casualidad con la pareja de guardias civiles, quienes le informaron de un hecho muy importante, y así, el coronel Salcedo, que se cree que manda aquí, en el monte, verá que son los de Tremp quienes irán a contarle lo que pasa aquí. Es un incompetente y se cree que puede darme lecciones de patriotismo y pararme los pies aprovechando la ausencia del pobre Yuste, que todavía no se ha recuperado de la rabieta.

Un largo silencio. Valentí terminó el cigarrillo y lo destrozó contra el cenicero. Tal vez pensara en el coronel Salcedo.

—Ah, y mañana vienes a cenar con los camaradas de la comarca.

—¿Yo?

—Sí. Viene Claudio Asín de visita y quiero que lo conozcas.

—¿Quién es?

—Un santo y un guerrero. Mi maestro. —Señalándolo—: Uniforme completo.

Dudó unos segundos y a continuación lo miró—. Es imposible que esté acabado para mañana, ¿verdad?

—¿El cuadro? —Oriol abrió las manos para mostrar que no hacía trampa—.

Imposible, aunque nos pasáramos la noche en blanco y no volviera a la escuela.

—Tómame el día libre. Te doy el permiso.

—Ni así lo terminaríamos. Y el cuadro perdería calidad.

—Ah, no; por ahí no paso. —Se quedó pensándolo y movió la cabeza—. Qué lástima.

—Usted quiere llegar a subjefe provincial del movimiento.

Tal vez se hubiera excedido. O no. La mirada de Valentí, un tanto velada todavía por los restos de humo, le dio miedo. Ahora me dirá hijo de puta, hace diez días etcétera.

—Qué vivo eres. ¿Cómo lo sabes?

—Indicios.

—Si me ayudas, te juro que te nombro mi secretario personal.

¿Está jugando conmigo?

—Será un honor, señor alcalde. ¿Y cómo puedo ayudarlo?

—Para empezar, cuestiones de papeleo, que se te da muy bien escribir y yo, la verdad, me pierdo. Hay documentos del Ayuntamiento que...

—Es decir, echar una mano en el Ayuntamiento.

—Exacto, hasta que tengamos secretario municipal...

Silencio de Oriol. No podía negarse.

—Te pagaré un sobresueldo. —Como si ya estuviera todo decidido—: Y además, puedes escribirme un informe sobre... Un momento..., oye, dejemos la sesión por hoy.

Voy a decirte lo que puedes hacer...

Así fue como escribí un panegírico que, de no haber tenido la suerte de que el maquis diera conmigo, habría tenido que escribir de todos modos, pero como un hombre derrotado por el miedo; en cambio lo redacté sabiendo que era un servicio a la causa de la libertad. Se trataba de un escrito lamentable en que se hacía constar la oportuna intervención de Targa en una zona muy castigada por las acciones del maquis y cuya población era en su mayoría gente sin instrucción y cargada de defectos inculcados por los anarquistas y los comunistas durante la época del caos. Y cosas de ese cariz. Y sobre todo, se agradece enormemente poder contar con el señor Targa, a quien no le tiembla el pulso cuando se trata de defender la patria. En fin, como para suponer que un día canonizarían a Valentí Targa, el asesino de Torena. Y, a modo de despedida, larga vida al insigne patriota que es Valentín Targa Sau. Viva Franco. Arriba España.

Doble juego significa navaja de doble filo. Al menor descuido, te cortas. Tengo muchísimo miedo en el cuerpo, hija.

Capítulo 28

Volvió a nevar y Tina Bros acariciaba a Doctor Zhivago mientras contemplaba los copos cansados, que caían pausadamente y alfombraban el pueblo. Se había pasado la tarde llamando a hospitales, hablando en tono amable y firme sobre una tesis doctoral en torno a la década de 1940, mintiendo por los codos como Jordi, dando nombres a medias y prometiendo citas nominales en los créditos de la tesis por las inestimables ayudas recibidas, y acabó rendida y convencida de que no había avanzado nada y de que seguramente era absurdo pretender averiguar cosas y husmear en cuestiones que ya no tenían remedio por la contundencia implacable con que se había establecido la verdad histórica. Cerró la agenda, repleta de notas apresuradas, escritas con letra ininteligible, y se quedó embobada mirando por la ventana la nieve que blanqueaba las cosas en un silencio casi reverente. Entre manos, las cien fotos ordenadas que constituían el libro sobre casas, calles y cementerios del Pallars, prácticamente completo, sin grietas; pero, en la cabeza, los cuadernos de Oriol Fontelles sembrados de lagunas e interrogantes, sin pistas sobre el paradero de su hija, la niña sin nombre para su padre y para mí. Dejó a Yuri en el suelo, cogió la agenda y salió resueltamente de la salita. Era la primera vez que entraba en la habitación de Arnau desde que se había marchado. La primera vez que entraba para quedarse un rato. Todo ordenado, como si hubiera ido de campamento de fin de semana, cada cosa en su sitio, de dónde nos habrá salido este hijo, que ha elegido una vida cuya existencia no sospechábamos siquiera.

Se sentó en la silla de Arnau. Mesa lisa y limpia, todos los asuntos al día, nada pendiente, Arnau no tiene pendiente hablar con su marido y pedirle explicaciones de su falta de honradez. Si Arnau se hubiera encontrado en esa situación, la habría aclarado enseguida; siempre tiene la mesa limpia, resplandeciente. Abrió un cajón.

Cosas, recuerdos, la pluma que le regalaron Jordi y ella cuando cumplió diez años.

Los lápices de colores, chinchetas, te echo de menos, Arnau, hijo mío. Al abrir el cajón inferior, el corazón le dio un brinco, porque no lo entendió. Ni lo aceptó.

Cogió el álbum y lo puso encima de la mesa. Era el álbum de fotos que le había regalado la víspera de la huida al monasterio, fotos de Arnau, de su padre y de ella, cuando todos éramos honrados y felices, fotos de distintas épocas; le hizo mucha ilusión, me lo dijiste, lo tengo grabado en la cabeza, gracias por las fotos, mamá, me hacen mucha ilusión. Eso fue lo que dijiste y ahora resulta que las has dejado en el tercer cajón de la mesa de esta habitación, a la que no tienes intención de volver nunca más, porque estás dispuesto a enterrarte para toda la vida en un monasterio frío de techos altos y lleno de corrientes de aire. Qué pena, hijo mío, qué pena.

Repasó las imágenes una a una, preguntándose qué sería lo que no le había

gustado, lo que le había impulsado a dejarlas allí, pero no encontró ningún indicio iluminador. Doctor Zhivago entró en silencio, como un copo de nieve, saltó a la cama y miró compasivamente la perplejidad de Tina.

—¿Qué te parece, Yuri Andréievich? —Le enseñó el álbum—. No quiso llevárselo.

—No querría cargar con ningún recuerdo para no echar nada de menos —respondió Doctor Zhivago. Y enseguida se lamió una pata delantera para disimular la emoción. Prefirió esquivar la mirada de Tina.

En ese momento, Tina entendió casi por completo que también Arnau había renunciado a los recuerdos de la vida que dejaba atrás en favor de la nueva. Qué desagradecido, pensó: si renuncias al álbum significa que renuncias a mí. Por qué eres tan cruel. Y recordó las crueles palabras de Jesús: deja a tu padre y a tu madre y a tus hermanos y sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos, exactamente lo contrario de lo que hacía ella respecto a la memoria de Oriol Fontelles y al rastro impreciso de Rosa, que la obligaba a buscar el hospital en el que había muerto la mujer de Oriol Fontelles hacía cincuenta y seis años. Es que yo no soy inteligente, me sobran cuatro kilitos, no soy muy culta, pero procuro no ser tan cruel como tú, dios de los monasterios, que conviertes a los hijos en pescadores de hombres sin tener en cuenta el parecer de las madres. Bueno, seis kilitos.

Cerró el álbum y lo guardó en su cajón. Cerró sin hacer ruido, como si tuviera que andar a escondidas. Entonces vio la agenda en un rincón de la mesa. ¿Hasta la agenda has dejado aquí, hijo mío? ¿Tan radical tiene que ser la ruptura? La abrió sin permiso, libertad que jamás se habría permitido. La última semana, los últimos días: el lunes, dedicado a Mireia, con letras grandes y una raya que llenaba toda la página.

Mireia. Lérida. Quién es Mireia. Quién es esa chica que no ha conseguido apartarlo de las garras de los monjes. Mireia, me gustaría conocerte y que me contaras cosas de mi hijo. Seguramente lo conocías mejor que yo. ¿Lo querías? ¿Hicisteis el amor? Yo ya no puedo preguntárselo. Cuando tenía, no sé, diez añitos, en una excursión que hicimos al valle Ferrera, le contamos para qué servía el pene cuando se hiciera mayor y él dijo entonces tendré muchos hijos, seguro. Precisamente hacía unos días que habíamos decidido no tener ninguno más, sólo Arnau, nada más. Mireia. Lérida. Un día entero para despedirse de Mireia. Tenía que ser muy importante en su vida.

Martes, Ramon y Elies a las cuatro. Cervera, comunidades de base. Miércoles dieciséis, plataforma de base, tarde, parroquia. Tremp. Noche: Despedida padres, cena. A los padres, una cena. Lo sabía ya todo el mundo, menos tus padres, que siempre son los últimos en enterarse. A los padres les dedica sólo una cena. A Ramon y Elies, una tarde. A Mireia, un día entero. ¿Todo el mundo sabe que Jordi me la pega? ¿Todo el mundo lo sabía menos yo? ¿Soy la última en saberlo? Y el jueves,

diecisiete de enero de dos mil dos, con trazo vigoroso, casi exultante, decía a las nueve de la mañana ingreso en el monasterio. Su buen gusto innato no le permitió poner signos de exclamación. Ingreso en el monasterio, punto. Y nada más. Lo tenía tan previsto que no había anotado nada más y la agenda estaba casi vacía. Ah, no, en el mes de abril... Se le escapó una lágrima imprevista al leer el treinta de abril, cumpleaños de mamá. Sí, lo tenía apuntado, pero no se había llevado la agenda.

Entristecida, la cerró. La dejó en el mismo rincón para que Arnau, como si fuera a volver al cabo de una vida, no se diera cuenta de que había fisgado en sus secretos. Y pensó encerrado en un monasterio maldita la falta que le hace la agenda, porque maitines, laudes, prima, tertía, sexta, nona, vísperas y completas siempre se rezan a la hora de maitines, laudes, prima, tertía, sexta, nona, vísperas y completas, y se considerará feliz.

Capítulo 29

Aquella noche fue más delicada que de costumbre. Al atardecer empezó a soplar del puerto un viento cortante y desapacible que amortajó las vertientes del Montsent con una capa de escarcha; y entonces llegó una remesa que esperaba desde hacía dos días: un hombre de mirada despavorida y manos temblorosas, una mujer de la misma edad, silenciosa, casi resignada a huir, y dos niñas con trenzas, pálidas de cansancio. Otra familia, no, pensó. Afortunadamente no traían perro. Y el guía, un hombre de Son, que me dijo al oído déjales dormir un día entero, están agotados.

—¿De dónde son?

—De Holanda. Yo también paso la noche aquí.

—No es buen momento para que os quedéis todos.

—Nunca es buen momento, pero no puedo más.

Tuve que empujarlos escaleras arriba hasta el desván, porque en ese preciso y maldito momento llegó Valentí Targa con dos de sus hombres, tal como me había dicho. Eso es lo que me aterroriza, que, cuando hay ropa tendida en el aula, se oiga un estornudo en el desván o, simplemente, alguien se vuelva loco. Porque era para volverse loco. Más tarde, la mujer holandesa me contó su historia: también eran judíos. Ella era la madre de las niñas, y el hombre, un matemático al que los aliados querían poner a salvo en Lisboa en quince días, pero ella no lo conocía de nada y lo odiaba, porque le había quitado el sitio a su marido, que tuvo que quedarse en Maastrich esperando la siguiente remesa. Y me dijo que las pequeñas habían aprendido a estar en silencio y a comerse el miedo (me recordaron a Yves y Fabrice, tenían los mismos ojos de terror callado) y a no hablar de la desaparición de los abuelos, que sucedió una noche en que los SS peinaron Haarlem y, entre gritos y protestas, llenaron dos trenes de gente...; era la única forma de sobrevivir al horror.

Pero la mujer estaba preocupada, porque tanto silencio terminaría por horadarles el alma y ya no sé qué hacer. Y no supe qué decir a la desdichada mujer, pero entendí que siempre hay alguien que probablemente lo pasa peor que uno.

Sospecho que Valentí Targa ya estaba con la mosca tras la oreja. ¿Por qué, si no, decidió ir a la escuela precisamente esa noche a buscar la documentación que tenía que llevarse a Lérida para proponer, según quería hacerme creer, que se asfaltase la carretera hasta Sort? ¿Por qué no me mandó a mí ir al Ayuntamiento? Revisó la documentación con particular lentitud, como si lo hiciera adrede. Y con largos silencios, como si esperase oír en el desván una tos descontrolada de niña judía con trenzas. Cuando por fin se marchó y fingí que me iba a dormir a la habitación que ahora tengo en la escuela, apagué todas las luces y esperé más de media hora.

Entonces, a oscuras, subí el hornillo de gas y les preparé una sopa reconfortante.

Hacía doce días que no comían caliente. Hacía unas semanas que yo dormía poco.

Era la guerra, niña mía. El guía me dijo que los holandeses no habían llegado de Arieja por Montgarri y el Pla de Beret, ni por el puerto de Salau, sino por la parte de Andorra. Habían dado un rodeo muy raro por los valles de Tor y Ferrera. Te preguntarás por qué los mandaban a Torena; pues por una sencilla y dramática razón: no hay otro sitio seguro en todo el Pallars, porque nadie quiere prestar tanta colaboración. La escuela de Torena es el único almacén seguro para las remesas. En estos valles y montañas, la gente tiene mucho miedo, casi tanto como yo.

Tina se acercó el cuaderno a los ojos y volvió a dejarlo en el atril. Se quitó las gafas y se frotó los ojos. Le costaba leer esa letra, bien trazada, pero excesivamente pequeña. En la pantalla se leía mejor la angustia de Oriol Fontelles, en cuerpo doce y fuente helvética. Tina se preguntó si las niñas silenciosas y con trenzas habrían llegado a Lisboa o si habrían sucumbido a la fatalidad a medio camino. De Fabrice e Yves tenía noticias, pero de las niñas de las trenzas no sabía nada más. Hacía cincuenta y seis años que las pequeñas judías holandesas eran unas niñas con trenzas y miedo en los ojos que sorbían sopa caliente en el desván de la escuela de Torena, derribada hacía un mes. Cuánto me gustaría haberlas... Cuánto me gustaría haber hablado más con Arnau, conocer sus ilusiones, saber si algún temor acecha en su mirada. Cuánto me gustaría no tener que ir al médico el próximo jueves. Cuánto me gustaría que Jordi no me hubiera mentido nunca. Dios mío, qué es lo que he hecho mal estos últimos cuarenta años de mi vida.

El día empezó nublado y nubló todo lo demás, en primer lugar, esta mierda de uniforme: dije que tenía que estar limpio como una patena.

Tal era el drama del alcalde de Torena, que no tenía casa en Torena, sino en Altron, donde vivía también la familia que le quedaba y que no quería saber nada de él; hacía años que no se hablaban, desde los sucesos de la Malavella. El alcalde se estaba enriqueciendo mucho, pero no tenía ni una triste casa en la que cobijarse, ni mujer, ni hijos ni un huertecillo en la parte de atrás, porque en casa Gravat, de la que soy Goel particular, tampoco quieren verme ni en pintura. Como si fuera un leproso.

Como si lo que hago por la patria incomodase a todo el mundo. Estoy forrado de pasta hasta las cejas, pero vivo en ca de Marés con mis hombres; se me retuercen las tripas sólo de pensarlo. Y cuando termine la misión de Goel, me construiré una casa en Arbessé, mirando al pueblo, que nunca deje de mirarlo, y me asomaré a la ventana y me mearé en Torena. Lo juro. Hostia, ¿es que no dije que este puñetero uniforme tenía que estar limpio como una patena? Hostia.

—Mi madre no mandó nada.

—Lo que mande tu madre... —Inspiró lentamente dos veces para serenarse—. Tu madre, que diga lo que quiera, pero yo también digo cosas. Y pago por vivir aquí.

Desde la taberna, Modest oía las protestas del alcalde y añadió en voz baja si al menos pagase...

—¿Qué hay?

—Es que, madre, el señor alcalde...

—Ahora mismo se la lavo.

—No te apures. Por mí, como si te da por tirar la camisa ahora mismo, porque llego tarde. Me cago en la madre que os parió a todas. A todas, atajo de inútiles.

—Si el señor alcalde pagara la pensión..., a lo mejor tendría derecho a levantar la voz...

Silencio. Quietud. En la taberna, Modest se echó las manos del alma a la cabeza y clamó Maria estás loca, ay, que nos buscas la perdición.

—¿Qué insinúas, Maria?

—Que todavía no ha pagado usted ni un día de pensión. Y va para tres años que está usted aquí.

—Mis hombres pagan a rajatabla.

—Yo digo usted.

Qué asco de miseria. Que un auténtico héroe de guerra, gran cruz del mérito militar con distintivo rojo (dos partículas de metralla en el culo, en el frente de Aragón, tres días antes de entrar en Tremp), respetado por las personas de pro, jefe local y comarcal de la Falange, discípulo espiritual de Claudio Asín, amigo personal del general Sagardía (a quien injustamente se alejó de la zona), conocido del general Yuste (débil sucesor del enérgico general Sagardía), enemigo íntimo del coronel Salcedo, posible jefe provincial del movimiento si acertaba a mover las piezas necesarias, propietario de dos tiendas en Barcelona y de un Ramo de Flores espectacular que le esperaba una vez cada equis en Barcelona, también, donde todavía tenía negocios sin resolver, y forrado de dinero propio, sólo tiene dos putas camisas azules de reglamento. Es decir: dos gloriosas camisas azules de reglamento.

Porque no hay más; porque parece que todavía estamos en época de economía de guerra y las camisas de color caqui son más importantes que las azules y aunque haya solicitado seis o siete, no hay tu tía. Y, para colmo, vivo rodeado de inútiles.

Bajó las escaleras hasta la tasca con su andar pesado, pisando fuerte, y Modest, para disimular, se puso a fregar lo primero que encontró. Valentí Targa, vestido de paisano, salió de ca de Marés sin decir adiós, con el sombrero calado, las manos en los bolsillos de la gabardina clara y el pensamiento ofuscado porque la jornada se presentaba difícil. Dijo a Gómez Pié y a Balansó que no hacía falta que lo acompañaran, que iba a zona segura, tranquilos; pero el verdadero motivo era que no quería testigos de una posible humillación, pues la entrevista con el coronel Ramallo Pezón iba a ser muy difícil, lo sé de sobra, porque a mí nadie me da lecciones de amor a España, con todo lo que he hecho por la patria, etcétera. Porque todo lo hago por amor a la patria, por fidelidad insobornable al Caudillo, para descubrir a los traidores que merodean por las montañas y los cubiles piojosos de los soldados

enemigos que infestan las montañas del Pirineo.

Mientras hablaba, Targa miraba disimuladamente el despacho, tan impoluto como el propio coronel, presidido por el Generalísimo y el mártir José Antonio en la pared principal, y en un lado, un mapa de los Pirineos Orientales a escala uno cincuenta mil. Y en el aire, el olor apestoso de la mierda de tabaco del imbécil de Ramallo Pezón, que no soltaba prenda y le dejaba hablar. Entonces sopesó cautamente el silencio del coronel, que se acariciaba distraídamente las patillas blancas y milimétricamente esculpidas. Por último, el militar miró a la ventana y después, con expresión de cansancio, a Valentí Targa.

—En el Pirineo no hay soldados enemigos —puntualizó. El purito que emponzoñaba el aire se consumía en el cenicero—. No estamos en guerra. Sólo hay bandoleros.

—Lo que yo digo, coronel. Pero esos bandoleros conocen la zona porque hay entre ellos gente del país, los muy traidores. Contrabandistas, pastores, campesinos. —Sin poder evitarlo, dio un manotazo en la mesa—. ¡Y sé quiénes son! —Se golpeó el pecho como un penitente—. ¡Yo soy de allí! ¡Nací allí! ¡Los conozco a todos!

—No se pueden hacer las cosas de cualquier manera —dijo con calma el coronel Ramallo Pezón, para imponerse a la impaciencia de Valentí—. Como comprenderá, me da igual lo que haga usted. Seguro que esos individuos son culpables por un motivo o por otro. Sin embargo, ha llegado el momento de observar ciertas reglas.

—En mi pueblo, en el pueblo en el que soy alcalde, ¡tengo que andar con escolta!

—No es fácil servir a la patria.

—Puedo neutralizar a los traidores.

—De eso se ocupa el ejército español. —Cogió el purito antes de darle una calada —: La Falange... tendría que cambiar de estilo.

—¡Usted no es nadie para decir lo que tiene que hacer la Falange!

—Ni usted para discutir las órdenes del ejército.

—Soy amigo personal del general Sagardía.

El coronel lo miró con aire ausente. Dio una calada y echó el humo en dirección a Targa, por si no lo había percibido. El alcalde de Torena, en el mismo tono:

—Soy amigo personal del general Yuste.

—¿Es una amenaza?

—No, es su superior jerárquico.

Tina se enderezó en la silla. Encima del ordenador, aprovechando el calor que despedía, Doctor Zhivago, elegantemente tumbado, miraba con indiferencia la pared, a un palmo de su hocico, y lo envidió un poco. Se puso las gafas, escribió «Arnau» en un papelito autoadhesivo y lo pegó en la caja del monitor. «Arnau» en lápiz sobre fondo amarillo significaba llamar al monasterio y pedir permiso a un desconocido de voz untuosa que, por lo visto, es más o menos como de mi familia, y suplicarle

permiso para hablar con mi hijo, que sí que somos familiares. Es mi hijo, lo parí yo.

Señora, lo siento mucho, pero ahora no se les puede interrumpir. Acabo de decir que soy la madre que lo parió y ahora cuesta dios y ayuda hablar con él por teléfono y decirle que una oenegé de Chile no sé qué más quiere y reclama una explicación porque, al parecer, tenías que decirles algo hace dos meses, pero no has dicho nada.

—Pero mamá, si yo... Es igual, dame el teléfono de contacto, sí.

—¿Qué tal estás, Arnau, cómo te van las cosas? —En el fondo llamaba para eso.

—Bien, mamá, todo bien, gracias. ¿Y vosotros?

Tu padre me engaña con una desconocida, tengo pendiente una visita al médico, mi hijo huye de casa pero todo marcha bien, sobre ruedas.

—Mamá, ¿me oyes? ¿Qué tal papá y tú?

—Bien, hijo, bien.

—Dale un beso de mi parte.

Imposible, ya no lo beso: imposible, hijo. No me lo pidas.

—Muy bien, se lo daré. ¿Has encontrado la felicidad?

Cuando por fin osó preguntarlo, Arnau ya había colgado; al parecer, le corría muchísima prisa volver al parterre que estaba adornando o reanudar el cántico del *rorate coeli* de *super et nubes pluant iustum* con los ojos en blanco, cosas más importantes y esenciales en todo momento que hablar con su madre. Tengo la impresión de que me estoy amargando.

Reanudó la transcripción a partir de la línea en la que Oriol contaba que en los valles de las Nogueras todo el mundo estaba atemorizado, entre el maquis por un lado y el ejército por otro, ambos a un paso, y las amenazas de aplicación sumarísima de la pena de muerte en caso de que. Al día siguiente por la mañana, cuando Valentí Targa regresaba de Lérida y yo explicaba el complemento directo a los mayores, se presentó Cassià el de ca de la Maria del Nasi, ayudante esporádico de Taio (que no soportaba que el muchacho se pasara el día con la boca abierta mirando las nubes), con un sobre muy distinto a los pocos que solían llegar a la escuela. Lo rasgué delante de más de veinte niños y leí mil veces el extraño mensaje, que era una orden, más que otra cosa. Me conminaban a presentarme sin dilación, una hora después de cerrar la escuela, en un hostel del valle del Cardós, donde recibiría instrucciones. Me asombró e incluso me pareció temerario que utilizaran el correo para una convocatoria de esas características. Pero el mal ya estaba hecho. No sabía si cumplir la orden o no y estuve pensándolo. Para colmo, era un día en el que debíamos, debían estar todos pendientes de Lérida, un día en el que era importante hacer vida normal para que nadie, absolutamente nadie pudiera sospechar de él, pues había informado de que diez días más tarde, el veintitrés de marzo de mil novecientos cuarenta y cuatro, el día de San José Oriol, Targa se va solo a Lérida, a entrevistarse con autoridades civiles y militares que lo llaman a capítulo por sus excesos. Apuesto lo que sea a que irá solo,

porque van a regañarlo. Era una buena información que movilizó a la gente del teniente Marcó. Y después va a ver a un protector que tiene en el ejército. No sé dónde se encuentra, pero lo va a ver en el viaje de vuelta. Y ahora, sin venir a cuento, debía presentarme en ese hostal.

Finalmente triunfó el sentido de la disciplina y, después de cerrar la escuela por la tarde, fui a Sort aprovechando un viaje del camión de Pere Serrallac. Ese hombre tiene un corazón tan grande que, aunque me rehúye para que entienda claramente que me desprecia por ser un falangista aprovechado, es incapaz de negarme un favor; me dejó al lado de Ribera y sólo tuve que andar media hora. Estuve todo el trayecto conteniéndome las ganas de decir a voces a Serrallac el de las piedras que no, que yo no era lo que creía él. Y así me paso la vida, comiéndome las ganas de decírselo a voces al mundo entero. Se me quiebra el orgullo. Para calmarme, le hablé de su hijo y le aseguré que Jaumet vale para el estudio, es buen lector y tiene sensibilidad.

—Hay libros en casa.

—Se nota. Mándelo a estudiar a Tremp.

—No puede ser. Cuesta muy caro.

—Pues métalo en el seminario.

—Ni borracho. Usted sabrá disculparme, señor maestro, pero...

—Lo comprendo... Pero allí puede educarse gratis y puede dejarlo cuando quiera.

—¿Y si le coge gusto? ¿Qué, eh?

Serrallac el de las piedras negó con la cabeza y tiró la colilla por la ventanilla del camión.

—Los payeses nunca podremos dejar de ser lo que somos —dijo a modo de conclusión.

—Usted no lo es.

—Ya lo creo. Yo labro piedras.

Y miró por la ventanilla, hacia otro lado, dando a entender que ya era suficiente, que por mucho que el maestro fuera yo, era él quien decidía sobre el futuro de su hijo. No hablamos más hasta que el camión llegó a Ribera.

Mientras Oriol se alejaba por la carretera, siguió oyendo un buen rato el ronquido asmático del camión, que trepaba temerariamente por el estrecho y tortuoso camino de Estaon.

La escasez de luz difuminaba ya en el paisaje la silueta del destartado hostal de Ainet. Oriol actuó según las instrucciones de la nota: entró, pidió la quince y fue discreto.

—¿Cómo?

—La quince.

El hostelero le entregó una llave sin decir ni pío y se fue adentro como si no quisiera saber nada. Oriol leyó la placa metálica del número: quince. Supuso que

tenía que subir las escaleras, bastante oscuras. Sí. El número quince. Iba a llamar a la puerta, pero pensó en la llave. La introdujo en la cerradura y le dio media vuelta. Lo primero que notó fue el olor. El perfume. La puerta se abrió con un gemido desesperado y entonces vio al teniente Marcó, que tenía que estar en otro sitio con sus hombres, sentado en una silla, mirando hacia la puerta y envuelto en un desconcertante aroma de nardo. Entonces se quedó sin respiración y el corazón le dio mil brincos: no era el teniente Marcó. Elisenda Vilabrú, Elisenda, con su perfume de nardo, se levantó y, con seriedad, le dijo estoy segura de que soy la primera en felicitarte por tu santo. Sólo entonces esbozó una sonrisa tímida.

Al salir del Gobierno Militar, la primera sorpresa agradable del día fue el encuentro con un admirador, el camarada Cartellà, con quien compartió gloria y peligro durante el victorioso avance en Aragón, con quien tuvo el honor de encontrarse entre los primeros soldados que entraron triunfalmente en Cataluña persiguiendo a las hordas soviéticas y separatistas y obligaron a los habitantes de los pueblecitos conquistados a saludar con el brazo en alto y a decir vivaspaña y arribaspaña. Por si fuera poco, también los obligaron a abrazarlos con alegría, porque eran los defensores de la Patria, soldados invictos del Glorioso Ejército Nacional del Generalísimo Franco. Se saludaron en plena calle, emocionados, alzando el brazo y golpeando con los tacones, él, de paisano (cagüen todas las putas criadas de ca de Marés) y el camarada Cartellà, con uniforme completo e impecable. Tal vez los de cerca de la capital recibieran mejor servicio que los de la montaña.

Bajo el toldo del café Sendo, observados desde lejos por dos pares de ojos inquietos, los dos falangistas se pusieron al día y Targa advirtió a su compañero que no olvidara nunca que había elementos dispuestos a hacer la puñeta a los verdaderos patriotas incluso en el ejército y en el régimen.

—No es posible.

—Sí. Militares.

—Tú sigue con lo tuyo. Los camaradas de la provincia te admiramos.

Tal vez no fuera tan difícil llegar a subjefe provincial del movimiento.

—¿Tú crees?

—¡No lo dudes! Prácticamente vives en la frontera y mantienes a raya a un pueblo de hijos de puta.

—Sí, sí, pero un coronel malnacido me lo reprocha. Tengo que decírselo a Sagardía. O a Yuste.

—¿Tienes trato con ellos? —Ojos y boca abiertos de par en par.

—Somos íntimos. —Eufórico—: ¿Quieres que te presente a Yuste? ¿Tienes algo que hacer hoy?

Elisenda se acercó a la puerta y la cerró. A ambos lados de su cara, los pendientes de brillantes estallaban en minúsculas explosiones silenciosas. Oriol se quedó de pie,

rígido, sin saber qué hacer. Por unos breves momentos delirantes pensó que Elisenda colaboraba con el maquis. Ella se situó frente a él y le dijo gracias por venir, y él casi responde creía que se trataba de una cita con el teniente Marcó y... Le tomó las dos manos y le dijo querido Oriol, sé que estás solo; desde que tu mujer se..., en fin, seguro que la soledad te pesa. Y quiero ayudarte, porque soy responsable en parte.

—No sé cómo podrías ayudarme. —Oriol en guardia y muy alarmado.

Pensaba en la conversación que tenía pendiente con ella, porque me aseguró que a Ventureta no le pasaría nada, y no quiero ninguna clase de trato con una mujer como ésa. Como si le leyera el pensamiento, Elisenda se puso de puntillas y le dio un beso en los labios que le quitó el aliento, las dudas y la memoria, es imposible que una señora como ésta se fije en un hombre como yo, que...

Tanto se fijó que retuvo la boca contra la suya y no lo soltó hasta que estaba a punto de asfixiarse; y lo miró a los ojos y lo acarició pensando un hombre honrado, un hombre culto, un hombre guapo. Éste no se me escapa.

Un espacio en blanco. Garabatos. Seguramente Oriol Fontelles dudaba de la conveniencia de contar a su hija que tenía una amante imposible, cuyo nombre ocultaba por algún motivo ignoto. Entendió la vacilación, pero empezó a aborrecer a Oriol, porque esa cita había tenido lugar en el mismo hostel que Jordi... Bueno, donde... Donde lo suyo. Más de cincuenta años más tarde, pero en el mismo hostel.

—¿Te gusto?

—Sí, mucho. Pero es que...

—Ya lo sabía. Cuando me hiciste el retrato... ya lo sabía.

—Pero tú, es que estás casada y...

—Tú también. ¿Por qué me esquivas últimamente?

—Por nada.

—¿Por qué? —insistió—. Oriol, mírame.

Oriol dudó mucho antes de confesar.

—Ya lo sabes. Tengo la impresión de que podías haber hecho mucho más por evitar la muerte de...

—Valentí Targa —lo interrumpió ella con firmeza— me engañó. Me juró que sólo pretendía asustar a la gente, que al chico no le pasaría nada.

—Y tú lo creíste.

—Cuando volví ya no había solución.

—Entonces, ¿por qué no lo denunciaste?

—¿Por qué no lo denunciaste tú?

Silencio. El encuentro estaba a punto de terminar en fracaso, pero, por encima de todo, antes de poder alcanzar algún paraíso, tenía que pronunciar esas palabras.

Elisenda se acercó, le puso las manos en los hombros, lo miró a los ojos y todas las reticencias de Oriol se desintegraron. Sonrió como si llegara de muy lejos, ella

respondió a la sonrisa y, con voz serena y la autoridad natural que emanaba de su piel, dijo:

—No voy a consentir que nadie nos separe, ahora que nos hemos encontrado, nadie, sea quien sea. —Se echó un poco atrás y prosiguió—. A ver si dejamos las cosas claras: me gustas, te gusto y nadie tiene derecho a estropear nuestros sentimientos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—No puede saberlo nadie, y Bibiana, menos que nadie.

Le estaba proponiendo un trato, un código de conducta. Lo aceptó con el corazón palpitante. Elisenda siguió hablando:

—No quiero que ningún abogado de mi marido pueda acusarme jamás de...

Bueno, de adulterio. Jamás. Ése es el precio.

—Es una situación un tanto...

—Me gustas. ¿Te gusto?

—Sí. Mucho. Completamente.

—Pues no hay situación que valga. Si surge algún problema con mi marido, es cosa mía, no tuya. ¿De acuerdo?

—Me... No sé. Estoy atónito.

—Si has seguido las instrucciones de la carta, es que sabías a lo que venías.

—Creía que... Bueno, da igual.

Dio un paso adelante sin pensar en el peligro. Lo dio. Se acercó a Elisenda, le levantó el mentón con una familiaridad que nunca habría sido capaz de imaginar siquiera, rechazó el recuerdo culpable de Rosa y su vientre hinchado y el de Ventureta con el ojo lleno de plomo y cerró los párpados para embriagarse de olor de nardo.

—Me gustas desde el primer día en que te vi.

—Tú a mí también.

—Pero esto es..., es una locura.

—Déjalo todo en mis manos.

—No sé si podrás con ello. Lo que sé es que te llevo grabada en la cabeza, después de las horas que pasé mirándote. Cierro los ojos y te veo sentada, con el cuello ligeramente inclinado y ladeado para enaltecer el busto. Y las manos, acariciando un libro, y los ojos...

Por fin un hombre por el que valía la pena mirar el mundo de otra manera y aceptar renunciaciones si fuera necesario. Por fin un hombre en cuyo pecho podía apoyar la cabeza.

—Eres un poeta. Te quiero, Oriol.

—La verdad es que tengo la sensación de que esa sanguijuela apoltronada, ese capullo del coronel es peligroso para mí —dijo Valentí observando de reojo el efecto de sus palabras en Cartellà—. Y, por si fuera poco, el tío dice que el maquis no existe.

—Pero ¿tú crees que hay maquis en España? —replicó Cartellà, incrédulo.

Ni Valentí Targa ni el comandante ayudante del general Yuste se dignaron contestar. Unos cuantos kilómetros en silencio, zarandeados por los baches de la carretera. Sentado enfrente, el camarada Cartellà con cara de póquer, admirando la confianza que había entre el comandante ayudante y su amigo Targa. Cien sacudidas más tarde, Valentí:

—Y me parece traición que los de nuestro propio bando sean los que...

—¿Cómo dices que se llama?

—Faustino Ramallo Pezón. Coronel de artillería adscrito al Estado Mayor del Gobierno Militar de Lérida. Cincuenta y nueve años. Maricón perdido. Trabajo administrativo durante toda la Gloriosa Cruzada. Es decir, que no se jugó las pelotas.

Destinado a la plaza de Lérida desde hace tres meses.

—El general Yuste le dirá un par de cosas, te lo aseguro.

Más admiración muda de Cartellà, si cabe.

—Gracias, comandante. Y de paso le dices que el próximo viernes está invitado a un acto falangista en Sort. Y tú también, Cartellà.

El camarada Cartellà disimuló un suspiro de admiración mirando por la ventanilla. Atrás quedaban las salinas de Gerri. Al salir de la población, el coche tuvo que frenar con cierta brusquedad. Un control militar a la salida del pueblo, después del cruce de Peramea.

—¿Quién ha mandado poner un control aquí? —preguntó el comandante a las paredes. Y al chófer—: Afloja, a ver qué quieren.

Bajó el cristal de la ventanilla para que el capitán desconocido le viera el rostro.

—¿Qué pasa? —dijo el comandante con impaciencia.

Cartellà miró a Valentí y le guiñó un ojo dándole a entender su enorme admiración por la charla que había sostenido.

—Ha habido una explosión en Sort.

—¿Por qué no me lo han comunicado? ¿Dónde está el general?

—Si hacen el favor de apearse.

—¡Vamos, hombre! ¡Hasta el santo y seña me va a pedir!

Tres soldados flanquearon al capitán y uno de ellos abrió la portezuela.

—Esto es una trampa —llegó a decir Valentí Targa antes de que sonaran dos tiros y el chófer dejase caer dulcemente la cabeza sobre el volante, como si le hubiera dado un ataque irresistible de sueño. De pronto, la otra portezuela, la que no vigilaba nadie, se abrió violentamente y entró el cañón de un Sten negro y reluciente, que vació medio cargador en el cuerpo del falangista Cartellà, mientras que, por detrás, otro hombre hacía otro tanto con el comandante ayudante. La gabardina clara de Valentí Targa recibió tantas salpicaduras que parecía más malherido que sus camaradas. Con la boca abierta, se hizo el muerto y oyó decir al que ejercía de capitán lo hemos

dejado como un colador. Vámonos.

Fue ella quien tomó la iniciativa. Ella quien lo ayudó a desnudarse; ella quien, tirándole del brazo, lo atrajo a la cama, en la que dos o tres botellas de agua caliente pretendían romper la frialdad inverosímil de las sábanas. Y el contacto fue apasionado, muy apasionado por parte de ella y progresivamente animado por la de él, hasta el momento en que se echó a la espalda tanto el recuerdo de Rosa y su mirada de reproche silencioso, como el miedo a que Valentí, repeinado, en lugar de estar en Lérida dejándose matar por segunda vez, abriese la puerta súbitamente golpeándola contra la pared, se atusara el bigote con los dedos y dijese ahí está el malnacido este, ¿y tendrás redaños para negar que Elisenda es una furcia de lo más arrastrado, eh? Y además no tienes ningún derecho a tirártela, porque antes voy yo, y por si fuera poco, colaboras con el maquis; y para rematar la proclama le pegase un tiro, pero no en la cabeza ni en el corazón, sino donde doliera más, por ejemplo, en los testículos, y se quedara esperando pacientemente a que se desangrase y se le fuese la vida poco a poco por el orificio inmisericorde del dolor.

—No es necesario que tomes...

—¿Precauciones?

—En fin, no sé...

Ella lo abrazó y se dejó penetrar y fue una explosión de placer inenarrable.

Dos horas después, Elisenda lo liberó de sus cadenas y le aseguró que no sería la última vez, porque eres la única persona, única en el pueblo y en todas las montañas.

¿Has venido en moto?

—No. Me trajo Serrallac el de las piedras. Se me ha estropeado la moto.

Fuera, en la carretera, era de noche. En el mismo lugar en el que, cincuenta y seis años después, un congelado doscaballos rojo lloraría una traición, el coche negro de Elisenda Vilabrú y un bulto oscuro en el interior.

A una seña de Elisenda, envuelta en su abrigo de pieles, el vehículo se acercó silenciosamente como una amenaza. Ella abrió la portezuela del copiloto y Oriol montó en el coche.

—Te dejaremos en la entrada del pueblo.

Elisenda se instaló sola atrás. Entonces Oriol miró al chófer: era el silencioso caracortada, el tal Jacinto Mas; éste lo miró a su vez con profundo reproche y puso el motor en marcha sin decir palabra, sin acusarlo de haber fornicado con la señora, como si no estuviera sentado a su lado, y echó un vistazo al espejo retrovisor. Muy bien, Jacinto, así me gusta. Nadie abrió la boca en todo el trayecto hasta Torena. El perfume de nardo se desvaneció por completo, menos en la memoria de Oriol y en la de Jacinto.

Cuando Elisenda Vilabrú de Vilabrú, con el recuerdo del amor todavía fresco entre las manos, llegó a casa Gravat, notó algo raro en el ambiente. Lo sabe, pensó. A

pesar de las precauciones, Bibiana lo sabe. Y lo corroboró tan pronto como la criada le abrió la puerta y se miraron a los ojos. Por eso se asustó al entrar en la sala y verlo allí, rodeado de sus gorilas, porque no se lo esperaba. De pie, frente a esos hombres feroces, se le encogió el ánimo. ¡Santiago la espiaba por medio de su propio Goel!

Sólo para ganar tiempo dijo qué pasa, a ver, qué es lo que pasa.

En respuesta, Valentí se agachó y cogió un hato de ropa del suelo. Lo levantó y lo presentó adecuadamente, para que ella lo viese: una gabardina clara convertida en un harapo ensangrentado. Y una camisa también. Repugnante.

—¿Qué ha pasado?

—Han querido matarme.

—Dios mío. —Qué alivio, no era más que eso. Por la ropa—: ¿Y la sangre?

—Es de otros héroes, de otros mártires.

Valentí movió la cabeza enérgicamente y Balansó y Gómez Pié salieron de la sala.

Al cabo de unos instantes, Elisenda oyó la puerta de la calle. Empezó a recobrar la serenidad.

—Cuéntamelo.

—No; es muy desagradable.

—Entonces ¿qué quieres?

—Todavía no he terminado mi misión.

—Te falta Josep el de ca de la Maria del Nasi.

—Sí.

Sin permiso, contraviniendo las normas impuestas por Elisenda en Burgos, Valentí Targa se sentó en el primer sillón que encontró. El mismo en el que se sentaría Tina más de cincuenta años después. Aunque pretendiera disimular, estaba conmocionado.

—¿Por qué has venido?

—Te da igual que me maten o no.

—No es verdad —dijo, resistiendo la tentación de sentarse—. ¿Qué quieres?

—Más dinero.

—¿Más? ¿Con lo que cobras ya?

—Esto se está poniendo muy peligroso. Más dinero o tiro la toalla.

—¿Cuánto tardarás en encontrar a Josep el de ca de la Maria?

—Puedo raptar al tarado para obligarlo a venir al pueblo. A Cassià le falta más de un tornillo.

—A veces pareces imbécil —lo interrumpió secamente—. Y todavía no me has dicho qué relación tiene Ventura con todo eso.

—Soy alcalde, no sólo tu Goel.

No hubo tira y afloja porque Elisenda no quería que su Goel dejara el trabajo

inacabado bajo ningún concepto. Le pagó generosamente por el recrudescimiento del miedo y Valentí se marchó conformado con su suerte. Conformado, no: entusiasmado, porque había conseguido mucho más de lo que jamás habría imaginado. Eloi Cartellà, hijo ilustre de Tàrrega, no sabes el favor que me has hecho.

Camarada Cartellà, presente.

Por la noche, en casa de Marés y habiendo dado cuenta de una botella de anís en compañía de tres de sus hombres, llamó aparte a Modest y puso encima de la agrietada mesa de mármol un montón de billetes de curso legal, bastante nuevos, sin contarlos siquiera, para dar a entender desprecio. Un buen fajo. Acto seguido, emprendió la subida de las escaleras en dirección a su habitación sin decir esto es lo que te debo, ni gracias por la paciencia, ni me cagüen en los peseteros de ca de Marés, ni estoy vivo gracias a tu hija, que no me había lavado la camisa, ni buenas noches. Modest recogió los billetes con un sentimiento contradictorio de alivio y repugnancia. Si pudiera...

Al día siguiente el alcalde Targa tuvo que atender a investigadores y autoridades, visitó capillas ardientes e incitó a sus compañeros a no perder el miedo a la acción. Y por la noche, sesión pictórica en el Ayuntamiento: si iban a cepillárselo, que fuera con el retrato terminado.

—¿Lo ves?

Agitó el periódico en el aire y lo posó en la mesa del despacho consistorial. Harto de tantas interrupciones, Oriol dejó el pincel en el bote de aguarrás y leyó que la otra persona que había perdido la vida en el infortunado accidente de tráfico era el camarada Eloi Cartellà, natural de Tàrrega, jefe local de la Falange Española e infortunado pasajero del automóvil.

—¿Y cómo fue?

—No fue un accidente. Lo publican así para que no cunda el pánico, pero fue un intento de asesinato. Quieren cazarme.

—¿Cómo sabe que iba contra usted?

—A Cartellà no lo conoce ni dios. —Cogió el periódico y se lo acercó un poco—. En cambio, yo... En fin, que se sabe quién soy.

—Pero mataron a los otros dos.

—A Cartellà lo mataron porque llevaba el uniforme.

—Pero ¿no se le parece nada!

—Los que dispararon no me conocían. Me salvé porque iba de paisano. Y seguramente porque me hice el muerto, además.

Miró tensamente a Oriol Fontelles, como si no le hiciera ninguna gracia que le llevara la contraria en esa cuestión: la víctima era él. Sólo él.

Oriol volvió a coger el diario. Le escocían los ojos. Tal vez por la falta de sueño.

Oyó decir a Valentí es la segunda vez en poco tiempo.

—¿La segunda?

El alcalde desdeñó la pregunta con un gesto y Oriol tuvo que insistir:

—¿Cómo que la segunda?

—Cuanto más se empeñan en enterrarme —declamó Valentí a modo de respuesta— más ganas me entran de acabar con todos los colaboracionistas. De uno en uno. Sin odio, con frialdad, con justicia. Empezando por Ventura el de ca de Ventura, porque estoy seguro de que está detrás de esto.

—Dios mío.

Valentí sonrió de una manera que se podría considerar paternal:

—Te acojona, ¿no?

Silencio. Al cabo de un rato, prosiguió:

—Ventura se toma la guerra por su cuenta, como si fuera una cosa personal.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el servicio alemán de inteligencia. Han infiltrado agentes. Por lo visto, Ventura recibe órdenes de un tal capitán Eliot.

—¿Quién es?

—Todavía no lo sabemos.

Oriol dejó el diario al alcance de su enemigo. Estaba mareado. Volvió al caballete para defenderse mejor.

—¿Por qué dice que es la segunda vez?

Seguramente por alardear, porque era estupendo hacerse el valiente ante un hombre con tantos conocimientos como el maestro Fontelles, o por lo que fuera, el caso es que Valentí le contó que había sufrido otro atentado precisamente el día que fue a Barcelona a ver a su Ramo de Flores, ¿te acuerdas?, pues ese día.

—¿Y qué pasó?

Oriol ya sabía lo que le contó Valentí, aunque el alcalde lo había vivido de cara a la pared, sin ver lo que sucedía a su espalda. Targa había llegado a la conclusión de que había sido alguien del pueblo, alguien con poca experiencia militar, porque falló un tiro que era más difícil de errar que de acertar.

Se levantó súbitamente, abrió el cajón, sacó la pistola, fue hacia el caballete, se situó detrás de Oriol y le apuntó a la nuca.

—¿Tú crees —le dijo— que se puede fallar a esta distancia?

Sin fuerzas para huir, Oriol cerró los ojos y esperó el tiro de gracia.

Capítulo 30

Así como el papa Julio II, a la sazón abad comendatario de Montserrat, financió el claustro gótico del monasterio antes de ser nombrado papa, cuando era simplemente Giuliano della Rovere —dijo, devolviendo el tríptico a su lugar—, la señora doña Elisenda Vilabrú, viuda de Vilabrú, aquí presente, está dispuesta a pagar lo que sea menester, me ha oído bien, lo que sea menester, para que la boda se celebre el día 24 de abril.

—Me imagino que se refiere usted al año setenta y dos.

—No. Mil novecientos setenta y uno. Veinticuatro de abril de mil novecientos setenta y uno.

—Están ustedes locos. Eso es dentro de seis meses.

—Tiempo más que suficiente.

—Tenemos ocupado todo el día.

—Desocúpelo. Si me facilita la dirección de los interesados, los convenceré yo personalmente. Necesitamos el espacio libre a partir de las doce.

—Verá usted, las cosas no funcionan así. Tengo órdenes de no variar la prelación de solicitudes bajo ningún concepto.

El abogado Gasull miró con cierta conmiseración al encargado de la agencia. Con un gesto de preocupación, se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes flamantes.

—Esto es para usted, sólo por prestarme atención.

—¿Qué significa esto? —un poco alarmado por el estilo, aunque se le iban los ojos detrás del fajo de billetes.

—Que si, además de prestarme atención, impone usted su autoridad a quien sea preciso para que el día veinticuatro de abril de mil novecientos setenta y uno, dentro de seis meses, pueda celebrarse la boda del señor Vilabrú i Vilabrú y la señorita Centelles-Anglesola i Erill, quizá suceda que incluso pueda usted prescindir de este trabajo.

Al encargado de la agencia se le secó la boca de repente. Iba a asistir a la primera operación de compraventa digna de tal nombre desde que comenzó a dirigir la oficina con una actitud de absoluta inflexibilidad en la cuestión de Montserrat, porque todo dios quiere casarse allí y cualquiera es capaz de ya sabes a qué me refiero. Lo entendió enseguida, porque ya había hecho algunos arreglos y de vez en cuando se lo agradecían discretamente. Pero esta vez iba en serio.

—Le prometo que haré cuanto esté en mi mano.

—No se limite a hacer cuanto esté en su mano. Es preciso que lo consiga.

La boca, más seca todavía. Guardó el incómodo fajo de billetes en un cajón y sonrió al hierático abogado Gasull. Este verano, a Lanzarote, por fin, pensó, todavía

atragantado por el grosor del fajo.

Nadie puso jamás en duda que el veinticuatro de abril de mil novecientos setenta y uno, a las doce del mediodía, entre la sexta y la nona, Marcel y Mertxe se casarían en el altar mayor del monasterio de Montserrat, la novia, de blanco vaporoso; los fotógrafos se afanaban como locos, porque entre los invitados del novio y los de la novia eran muchas las personalidades presentes. Nadie pensó en Matutina ligat Christum, qui crimina purgat; Prima replet sputis causam dat Tertia mortis; Sexta cruci nectit; latus seis Nona bipertit Vespera deponit; Completa reponit, porque estaban todos muy entretenidos mirando de reojo a la concurrencia, acordándose de quienes no habían sido llamados a la diestra del Padre y alegrándose de ello.

El gobernador civil y Jefe Provincial del Movimiento, sudando por la calva y por las manos, se presentó con uniforme de gala y con ello fue el único, de entre las autoridades, que metió la pata hasta el corvejón, porque últimamente la consigna era evitar ostentaciones de corte falangista, pues los mandamases opinaban que más valía ser discretos y eficaces, situarnos donde convenga y ejercer el mando en nombre de Dios y en el de Su Obra, con suavidad y firmeza, eso sí. Con humildad y ambición, también. Fue el único, aparte de los dos coroneles y el general, que lucían medallas justificadamente en su pecho valeroso. En honor a la justicia, es de destacar el esplendoroso vestido de la novia, modelo de Charo Rodríguez, íntegramente confeccionado en satén de dos texturas, con un escote recto atrevidamente bajo y una cola larguísima, como hacía tiempo que no se veía. Adornaba el sombrero una elegantísima corona de flores silvestres blancas cuya fragancia se adivinaba desde la distancia a la que se encontraba su humilde servidor y enviado especial. Un vaporoso velo de caída excepcionalmente elegante remataba la deslumbrante creación de Charo Rodríguez. En las manos, la infeliz novia, que aún no sabía que contraía matrimonio con un cardo que le destrozaría la sonrisa para siempre, llevaba un delicado ramo de rosas blancas y rosadas mezcladas con fragante jazmín, obra de Mateu & Trias (de nuestro enviado especial).

Es ésta la más importante de las instituciones sociales, base y cimiento de todas las demás; el matrimonio es una institución natural, social, religiosa y juridicocivil. No voy a ahondar ahora en la etimología de la palabra matrimonio, pero recordemos que proviene del latín *matris munium*, es decir, carga que incumbe a la madre, refiriéndose a los esfuerzos de ésta en el momento de dar a luz, fin y meta teologal de este sacramento. A Santo Tomás de Aquino debemos una de las primeras definiciones de los tres fines principales de este sacramento: la procreación, la educación de la prole y el auxilio mutuo, así como las condiciones necesarias para el cumplimiento de dichas finalidades: unidad, fecundidad, indisolubilidad, religiosidad, legalidad. Y mientras oía esas palabras, Elisenda Vilabré extendió en la mesa de la memoria su matrimonio con Santiago, su amor por Oriol, el único hombre que le parecía único, y

su relación con el hijo de puta de Quique Esteve. Y dejó caer controladamente una lágrima, más por sí misma que por el sí que los novios estaban a punto de dar, Marcel, porque no tenía alternativa, puesto que era imposible librarse de las disposiciones de su madre, aunque reconozco que la tía está que ni te la imaginas, pero lo que me fastidia es casarme, atarme, con lo joven que soy, y Quique o cualquier otro confidente de su última y desesperada semana de soltero replicaba pero hombre, ya sabes que a todos nos llega el momento, está escrito. Y Mertxe, porque sabía que se unía a una de las grandes fortunas del país, más sólida que el Banco de España, a decir de los exagerados. Lo que Marcel creía que había podido guardar en el mayor secreto, uno de los pocos grandes secretos que creía haber conseguido ocultar a su madre, era que estaba enamorado de Mertxe, aunque no quería casarse con ella. Estaba perdidamente enamorado. El noviazgo había sido una balsa de aceite, rápido y eficaz, con un par de crisis ridículas y muy pocas mujeres clandestinas por la parte de Marcel. Incluso cuando salió con Lisa Monells para despedirse, notó un leve ronroneo de mala conciencia, porque Mertxe no se lo merecía. De todos modos, no había más remedio que cerrar el episodio, porque él era un caballero. Y Lisa folla como los ángeles. Y en la vida no se pueden cerrar todas las puertas. Y mientras Mertxe no lo sepa, no puede hacerle daño. Ya te llamaré, Lisa, te lo juro.

—¿Qué?

—Ahora debe decir usted sí, quiero.

—Sí, mamá.

¿Lo ves, querido? Por fin está casado. Y muy bien casado, en mi opinión.

La foto oficial recoge, a modo de colofón, el momento cumbre de la brillante ceremonia, el noble gesto del joven Vilabré poniendo el anillo a la desdichada novia.

Según nuestro enviado especial a Montserrat, se especulaba con la posibilidad de que el sacerdote elegido fuera el propio abad del monasterio, el obispo de la Seu o monseñor Escrivá de Balaguer. Sin embargo, en un gesto que honra el rancio abolengo de la familia Vilabré, ofició la ceremonia un humilde y joven sacerdote rural, mosén Fernando Rella, teólogo brillante a pesar de su juventud, acaso levemente pesado, porque el sermón fue plúmbeo, rector de la parroquia de Sant Pere de Torena, idílico y remoto paraje pirenaico conocido hoy en el mundo civilizado precisamente por su magnífica estación de esquí, deporte blanco cuya práctica cuenta con más adeptos cada día. Todos los invitados acogieron favorablemente el simpático detalle de que el oficiante principal fuera el rector de la humilde parroquia de la cuna de la ilustre familia Vilabré.

En un acto íntimo propiciado por el padre abad y que no trascendió a la prensa, el superior del monasterio recibió a los novios, a la madre del novio y al tío abuelo del novio. El padre August Vilabré, que vivía agarrado con una mano nerviosa a un bastón de roble y marfil, agradeció en silencio la deferencia del padre abad, pues, tras

bendecir a los novios, se acercó a besarle la añosa mano. Entre tanto, Elisenda Vilabré ordenó a la infortunada pareja que saliera a cumplimentar la tediosa pero imprescindible sesión de fotos con los invitados, porque, si no, nos dan aquí las del alba. Y por fin se quedaron los tres a solas.

—¿Cuántos dice usted?

—Noventa y tres, padre abad.

—Quién pudiera llegar a su edad con su salud y su coraje.

Era mentira. Piadosa, pero mentira porque el abad sabía que a finales de los cincuenta el padre August había publicado su último opúsculo, que versaba sobre la aplicación de las derivadas al teorema de los incrementos finitos, y, desde la crisis de hacía tres años, a raíz de un leve ataque de apoplejía, no volvió a ser el mismo y a duras penas cumplía con las partes del breviario y con sus devociones y como máximo, reflexionaba un poco acerca de las propiedades de los números primos. Lo que ignoraba el padre abad era que la apoplejía había sido la única respuesta del cuerpo mortal del canónigo a la feroz discusión que mantuvo con la niña de sus ojos, el diamante que convertí en brillante pero, por qué motivo, Dios mío (*felix qui potuit rerum cognoscere causas*), se convirtió en una sortija de tumbaga con un brillante espectacular que oculta un veneno fatídico, pues obra su efecto en pocos minutos.

Ella, a la que eduqué en el amor a Dios y a la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, en la devoción a la espiritualidad del padre Enric d'Ossó, cuya merecida beatificación no podré ver con mis ojos, en el respeto a la gran obra de la Creación Divina... Ella, mi hija espiritual, la esperanza de mi vejez, que no quiso profundizar en la matemática y prefirió entregarse a engrosar su fortuna; la mujer más inteligente que conozco, transformada por una astucia demoníaca... Ella sumió mi corazón en las tinieblas para siempre. El padre abad era el único que lo ignoraba.

De todos modos, nadie sabía tampoco que ahora iba a repetirse la experiencia. Para corresponder a los deseos del padre abad, el canónigo se limitó a hacer con la mano libre un ademán impreciso que quería decirlo todo. El padre abad sonrió sin comprender y Elisenda se mantuvo al acecho. Hasta que, llegado el momento, dijo con su voz más suave y persuasiva mi tío quiere recordarle su promesa de contribuir a la causa de la beatificación del venerable Oriol Fontelles.

—Yo no...

—Calle, tío, deje hablar al padre abad... —solicita, inclinada hacia el cura sentado.

El corazón del padre August empezó a brincar desbocadamente. Para superar la barrera de Elisenda, levantó tímidamente un dedo, pero el abad no lo advirtió. De todos modos, si lo consideraba estrictamente, ese gesto tímido de protesta era pecado y, estando a las puertas de la muerte, no deseaba cargar con la culpa del delito gravísimo de insinuar información que había llegado a sus oídos por medio del

terrible secreto de confesión. Precavidamente, bajó el dedo.

—Estamos en ello, hija. —El padre abad los miró satisfecho—: Antes de fin de año tendremos un nuevo procurador de la causa. Me lo aseguró el señor obispo de la Seu.

Cruzó una mirada de complicidad con Elisenda y se dirigió al anciano, que había bajado la vista, abrumado por los escrúpulos.

—¿Está cansado, padre? —preguntó.

Lo ayudó a levantarse de la silla que habían colocado a propósito en el centro del claustro de visitas, lo abrazó con cariño filial, dio la mano escuetamente a la dama y, con una sonrisa paternal, vio alejarse lentamente, con ayuda de la mano solícita de la elegante señora que era su sobrina, a la figura encorvada del antiguo profesor que lo había guiado entre las trampas y las delicias de la trigonometría y el cálculo infinitesimal a lo largo de cinco años de estudios en Roma. El padre August y Elisenda calcularon la distancia que les separaba, diez lentos pasos, de la sonrisa servicial del hermano portero, que se hallaba en el lado opuesto del ala del claustro.

—Detenlo todo.

—No. La memoria de Oriol se lo merece.

—Eres una meretriz sucia y despreciable.

—Tengo entendido que el confesor que osare violar directamente el secreto sacramental —dijo ella con voz pálida— será excomulgado en virtud de la excomunión más grave que se reserva la Sede Apostólica.

—Maldita seas.

—Artículo dos mil trescientos sesenta y nueve, tío. Es así.

—El maestro no era un santo, no era más que tu amante.

—Código del derecho canónico, tío. La beatificación saldrá adelante.

—¿Quieren descansar un poco? ¿Padre? ¿Señora?

—No, no, gracias; nos esperan los invitados.

El padre August lloraba por dentro y no oyó la pregunta del hermano portero. Se obligó a levantar la cabeza con una mueca de dolor de alma que el hermano portero interpretó como muestra de la alegría que les proporcionaba el venturoso enlace.

Al cruzar la puerta del recinto monacal, un ametrallamiento despiadado de flashes de fotógrafos de prensa del corazón desorientó por completo al padre August. Detrás de los periodistas, un grupo de muchachas risueñas, con la mochila a la espalda, miraba a la asimétrica pareja que bajaba los dos escalones entre fogonazos de luz, y la chica de las trenzas y ojos de color de hierba de montaña dijo deben de ser los novios, ¿no? Y todas las chicas se echaron a reír con más ganas aún, porque era la forma que tenían de equilibrar el exceso de vitalidad que rebosaba su cuerpo. Jacinto, baja de las nubes, hace unos días que no sé qué te pasa; ¿es que tengo que esperar a que te dignes presentarte con mi coche, eh? Disculpe, señora. Disculpa, Elisenda,

pero cuando te enfadas, se te ponen unos ojos encantadores. Más que cuando estás serena.

Concluida la brillante ceremonia, las audiencias privadas íntimas y la tediosa pero imprescindible sesión de fotos, autoridades e invitados se reencontraron en un céntrico y lujoso hotel, en el que prosiguió la fiesta a gusto de todos, incluida otra tediosa e imprescindible sesión fotográfica en los jardines del hotel. Se dio la circunstancia de que el número de invitados era tan elevado que fue necesario habilitar dos salas del prestigioso establecimiento para la celebración. La alta sociedad y, por qué no, la aristocracia rancia, se citaron en ese acontecimiento espectacular de las bodas del heredero del imperio deportivo de los Vilabrú (Brusport, Brusport Instalaciones Deportivas, Estación de Esquí de la Tuca Negra SA, Vilabrú Sportwear) y Mertxe Centelles-Anglesola i Erill, descendiente de una de las familias más emblemáticas del selecto y reducido círculo de la aristocracia. De los Centelles-Anglesola emparentados con los Cardona-Anglesola por el lado Anglesola, y de los Erill de Sentmenat, porque la madre de Mertxe es hija de Eduardo Erill de Sentmenat, el de Maderas Africanas, que es presidente del consejo de administración de la Banca de Ponent. Muy aristócratas sin trampa, pero entrampados por las pérdidas de Maderas Africanas, pérdidas que se reflejaban en las bolsas de los ojos del yerno de Eduardo Erill de Sentmenat, el señor Fèlix Centelles-Anglesola, que había vendido las últimas posesiones argentinas hacía exactamente siete días para hacer frente a los acreedores. Sí, a la señora Elisenda Vilabrú. No, por un precio razonable, porque hay que reconocer que la señora Vilabrú será lo que quieras, pero de usurera no tiene nada. Una operación rápida y discreta y todos contentos. Bueno, por decirlo de alguna manera. Lo cierto es que todo queda en familia, porque si la feliz pareja tiene un hijo, será Vilabrú-Centelles-Anglesola i Vilabrú Erill de Sentmenat, de los Vilabrú Cabestany de los Vilabrú-Comelles y los Cabestany Roure y de los Vilabrú Ramis de los Vilabrú de Torena y de los Ramis de Pilar Ramis de Tírvia, un puta y una mejor me callo, por respeto al pobre Anselm, y de los Centelles-Anglesola de los Cardona-Anglesola y de los Erill de Sentmenat, de Eduardo Erill de Sentmenat, ex presidente del consejo de administración de la Banca de Ponent, el de las malditas Maderas Africanas, porque hace veinte años bien cumplidos que le dije papá, hay que vender todo eso antes de que se lo ventile la carcoma y él dice tú crees, tú crees, y ahora, a morirnos todos por culpa de las pérdidas. Ahora que, desde luego, la que tiene un par de huevos que no puede con ellos es esa mujer, que está forrada de arriba abajo, podrida de dinero está, que tiene terrenos por todo el mundo, y en cambio, se pasa la vida haciendo camisetas de baloncesto, persiguiendo a nuevos clientes, diseñando balones de fútbol y multiplicando los duros como Jesucristo en el huerto de Getsemaní, hostia.

Para colmo, mientras servían y comían los espárragos amb espardenyes (que

cuestan un ojo de la cara, porque cada espardenya sale a veinte duros y esa tiquismiquis de la diadema ni las toca, pero se zampa los espárragos, que son de lata), el señor Fèlix Centelles-Anglesola tuvo que soportar con una sonrisa forzada, que pretendía ser simpática, que su yerno recién estrenado se luciera hablando de raquetas de tenis de mesa, sección que llevo yo directamente, y de las negociaciones con Saint-Moritz sobre unas franquicias interesantísimas, y un sistema que llaman forfé, que es comodísimo, oye, y es que tenemos mucho que aprender de Europa, en resumen, que es un trabajo apasionante y blablablá, y por unos momentos soñó que la señora Elisenda Vilabré de Vilabré inclinaría la noble testa hacia él y diría no se preocupe, Fèlix, me hago cargo del banquete. Y puede permitírsele de sobra, porque para ella no es nada. Pero es que esta mujer es tan suya que ni se le ocurre dar el paso si no me adelanto yo. Y la verdad es que no puedo ni insinuarlo.

—No es el mejor momento para hablar de eso. —Quique (el de los Esteve del colmado) sonrió a la espléndida sobrina de uno de los militares, a la que llevaba de la mano hacia la sala de baile.

A Elisenda se le congeló la expresión y decidió que había llegado el momento de pegar fuego a la traca final. El muchacho se había buscado la perdición con esa sonrisa y se iba a enterar de una forma que no se le olvidaría en la vida.

Y así fue: al día siguiente, ya en Torena, lo citó en casa Gravat, esperó pacientemente a que Carmina se fuera a la cama, lo llevó al dormitorio, se dejó querer a conciencia y, cuando lo tenía a su merced, agotado y exprimido en la cama, meditando sobre los avatares de la vida, desnudo, fumando el cigarrillo de después, con la mirada perdida, tal vez pensando en otras mujeres, segurísimo que pensando en otras mujeres, ella se puso un vestido y, desde la puerta de la habitación le comunicó tienes dos horas para retirar tus gafas de sol del armario de la sala de personal de las pistas.

—¿Qué?

—Estás despedido. Ya no eres director de monitores de La Tuca. Ya no eres monitor. Ya no eres nada.

Quique se volvió, dejó el cigarrillo mal apagado en el cenicero y se levantó.

Plantado delante de ella, intentó comprender lo que le había dicho.

—¿Por qué?

—Por incompetente. —Miró el reloj—. El tiempo vuela.

—Pero ¿qué he hecho?

—Tirarte a Lali Mestres, a Glòria Collado, a Mamen Vélez de Tena, que es mayor que yo, a Sònia Ruiz, que es menor... —Sacó un papel del bolsillo del vestido y prosiguió—: Y también te has liado con Gary Spader, el rubito angelical, y con Ricardito Tena, es decir, has conseguido el doblete madre e hijo. Sesenta años tiene Mamen. ¿No te repugna?

—Soy un buen monitor.

Era su manera de confesar que sí, que Lali, Glòria, Mamen Vélez, Gary, Ricardito y los que no sabes, so zorra. Porque tú no lo sabes todo; tengo en mi haber otro doblete suculento: en cuanto comprendí que los contactos que tenías con los padres de Mertxe Centelles-Anglesola i Erill eran con la intención que eran, pasé dos fastuosos fines de semana con ella. Y, para redondear, tendría que poner en tu conocimiento que un día acorralé a tu querido Marcel en las duchas, me lo tiré y le gustó. Gran triplete. En América lo llamarían hat trick. ¿Te lo ha contado tu hijito? Es que me gusta estrenar las cosas, me gusta tomarte la delantera cuando no sólo crees que me la has tomado tú a mí, sino que estás por encima, y también me gusta follarte, sí, de acuerdo, eres una mujer mayor, pero posees algo irresistible; no sé, todo tiene un límite, sobre todo cuando juegas a la perra rastrera y luego, cuando por fin logro entrar en el papel de amo, me humillas y me recuerdas que el juego ha terminado, querido, estamos en la realidad, y me ordenas que me vaya a enseñar a la gente a romperse las piernas en la Teixonera larga.

—¿Y qué? Monitores como tú hay a patadas.

O no, porque eres buenísimo. Pero me indigna tanta falsedad y me revienta que circule por ahí lo que no tiene que circular. Sabías, desgraciado, que la primera regla de nuestra relación, y la más importante, era el del secreto absoluto, y que lo juraste por mi coño, ¿te acuerdas? Te echaré de menos.

—Te has cansado de mí.

—Estoy indignada porque además de engañarme, has contado nuestro secreto a Mamen. ¿A quién más se lo has largado?

—No le he dicho nada. Te lo juro.

—Qué poca clase tienes.

—Te lo juro, no...

—No te esfuerces. Si quieres, os organizo un careo y lo aclaráis.

—Si te pones en plan hija de puta, lo cuento en la prensa. Te juro que a mí me importa un bledo. Pero imagínate el escándalo.

Elisenda cogió bruscamente la ropa de Quique y salió de la habitación. Sulfurada, volvió a entrar con la ropa en las manos. Hizo un esfuerzo para serenarse.

—Si vuelves a amenazarme, aunque sea en broma —dijo—, te mato.

Salió de la habitación, abrió la puerta de la calle y arrojó la ropa al empedrado de la entrada. El primer gesto mal calculado, después de muchos años de reacciones calculadas al milímetro y de evaluación de los efectos consiguientes. La luz de las estrellas bañó tenuemente los calzoncillos, los calcetines, el anorak, los pantalones, la camiseta y la camisa del amante repudiado. Y una colilla humeante que alguien había tirado al suelo, en el extremo opuesto de la plaza.

Capítulo 31

Dos veces significaba no hay patrullas de Sort en el puerto de la Bonaigua. Tres, que había movimiento militar de Sort en València d'Àneu. Cinco quería decir evitad el valle, no os mováis de las crestas y que Dios (es un decir) os ampare, si quiere. Más de cinco veces era señal de que más valía que no hubieran llegado al desván de la escuela de Torena porque estaban a punto de ser descubiertos, desgraciados, que os habéis metido en una ratonera mortal. Era un sistema primitivo pero eficaz. Y peligroso para el emisor, porque, del mismo modo que veían ellos los dos, tres, cuatro, cinco o más parpadeos, también los veía el cabo Faustino Pacón, de la guarnición de Sort, desde el Batlliu, donde se había apostado con un número muy pachorrón, porque algún mando había oído decir que se avecinaban noches de jaelo y conviene hacer rondas de noche, como Rembrandt. Qué hostias será esa luz. Qué hostias comunican. A quién hostias se lo comunican. Tengo que ponerlo en el parte.

Oriol con el teniente Marcó, delante de la ventana de la casa del maestro, todo a oscuras, la mirada fija en dirección al puerto del Cantó, al pie de la Torreta de l'Orri, consciente de la fragilidad de la remesa que dormía en el desván, pensando sólo vengo a esta casa a mirar por la ventana, a ver si se enciende mi propia luz, pensando no quiero volver a esta casa si no es con Rosa y con mi hija sin nombre, pensando en lo que le había propuesto Valentí Targa: que estaba capacitado para reunir a todos los maestros de la zona y convencerlos de que se adhirieran de una puta vez a la Falange, que se hicieran militantes y él respondió sí, sí, qué magnífica idea, sí, pero pensando una vez más Eli, Eli, lema sabactaní.

—¿Qué te parece?

—Sí, una idea magnífica.

—¿Qué idea magnífica? —dijo Ventura, extrañado.

—Estaba pensando en voz alta. Disculpa.

Bajaron el tono de voz, porque en un pueblo silencioso y desconfiado, la noche desvela toses, gritos en sueños, ronquidos, envidias, y las paredes son de papel de fumar.

—Estás nervioso.

—Sí. Quiero dejarlo.

—Ahora no puedes.

—La gente me odia. Tu mujer me odia. ¿Por qué no le dices que...

—No —lo interrumpió—. Así es más seguro. Más seguro para todos. —

Refiriéndose a la negrura del otro lado de la ventana—: ¿No ves que ahora no puedes dejarlo?

Callaron. Siguieron escudriñando la oscuridad, esperando. Una estrella fugaz escribió un deseo imposible en el cielo.

—Mi mujer también me detesta. Esto es insoportable. Y conseguirá que mi hija me desprecie también.

Como obedeciendo a la estrella que huía, el teniente, a oscuras y sin dejar de mirar hacia la Torreta, sacó un papel del bolsillo y se lo dio a Oriol.

—¿Qué es esto?

—Léelo.

Desdobló el papel y, a la vacilante luz del mechero del teniente, leyó Placeta de la Font, tres, Barcelona.

—¿Qué es esto?

—El paradero de tu mujer y tu hija.

Placeta de la Font, tres, Barcelona. El paradero de Rosa y mi hija, no sé cómo te llamas.

—Iré el domingo.

—No. Te avisaremos cuando pueda ser, pero hasta Navidad, ni hablar.

—¿Hasta Navidad? —Contó con los dedos—: Uno, dos, tres, cuatro, ¿cinco meses de espera? ¡Estás loco!

—Eso tú, si no haces lo que te digo.

—¿Cómo sé que llegaré vivo a Navidad?

—Eso no se puede saber. Quémalo. El papel, digo, no las pongas en peligro por un descuido.

Placeta de la Font, tres, Barcelona. ¿Una pensión? Por qué has huido de mí tan afanosamente, Rosa? ¿No ves que me estoy redimiendo? Placeta de la Font, tres, Barcelona, murmuró mientras quemaba el papel en el platito que hacía las veces de cenicero. Y, puesto que pensar en eso era insoportable, sin dejar de escudriñar la oscuridad, dijo Targa me pone nervioso. Me da la impresión de que sospecha.

El teniente Marcó murmuró algo en un tono que ofendió a Oriol, el cual dijo, irritado:

—Y vosotros sois tan chapuceros que no acertáis ni a matarlo.

—Mira que me lo advirtieron, no le digas el paradero de su mujer.

—Perdona. —Hizo un esfuerzo para dominarse.

El teniente Marcó aspiró y mientras soltaba el aire sentenció:

—Ese Targa tiene una suerte del demonio.

Otro rato de espera. Un ladrido lejano de un perro desconfiado quiso rasgar el velo de la noche. Entonces, sin venir a cuento, el teniente Marcó dijo el eme y cinco te felicita por la idea de la operación Morrot. Se cumplió el objetivo.

—Fue fácil. Pero yo tengo miedo. Me muero de miedo.

—Como todos. Pero hace falta gente como tú. Como el que maneja la luz de la Torreta. Como el que lleva la información. Eliot ha vuelto para reorganizar a la gente del Interior.

—¿Luchas a favor de los ingleses?

—Luchamos a favor de las fuerzas democráticas de todo el mundo. —Pausa eterna—. Con los aliados, sí.

Oriol se apartó de la ventana y a tientas encontró el bote de los frutos secos. Sacó un puñado de avellanas rancias y volvió junto a su compañero.

—¿Cuándo voy a conocer a Eliot?

—Ya lo conoces.

—¿Eres tú? —Le dio un puñadito de avellanas.

—No. Eres tú.

Oriol se quedó mudo un rato largo.

—No es verdad, Eliot actúa desde hace dos años.

—Eres el tercer Eliot. Nuestro enlace siempre es Eliot.

Yo, Eliot. Es decir, Eliot no es nadie. Yo, un maestro de escuela repudiado por su mujer y por su hija, que tiene una aventura con una mujer que no le conviene en absoluto, porque, si es de algún bando, es del otro, resulta que, según la leyenda, tengo una capacidad organizativa y una movilidad inusuales.

—Pero yo no me muevo de aquí y Eliot actúa en...

—Es que Eliot también somos unos cuantos. Ni nosotros mismos sabemos quién es. Un día nos inventamos la campanita roja. Otro día... El caso es incordiar al ejército.

—¿Y qué tengo que hacer siendo Eliot?

—De momento, no morirte.

—Ah.

—Sí. Eres Eliot desde hace siete meses. La escuela es una isla desde hace siete meses. Un verdadero hito.

—¿Hito de qué?

—De supervivencia. Nunca había durado tanto una isla.

—Ah.

—Ni un Eliot. Dice el Estado Mayor que, si sigues vivo, te iremos llenando de contenido poco a poco.

El maquis, el eme y cinco, el ejército aliado me irán llenando de contenido poco a poco, como quien rellena un canelón de San Esteban. Como si no supieran que no soy más que un maestro que pintaba paisajes, pero, desde que vivo inmerso en un paisaje siempre extraordinario, me dedico a retratar a gente importante, como Rosa con su vientre, en el que ya estabas tú, hija. Como Elisenda Vilabrú, como Targa.

Algún día tengo que contarte cosas de una conocida mía, hija, aunque no sé si sabré.

—¿Qué fue de los Eliot anteriores?

—Los mataron, ya ves.

—Caray. Es peligroso ser enlace.

—Sí. —Ventura masticó en silencio—: Están pochas.

—Es lo único que tengo.

—La semana que viene vamos a instalar un radiotransmisor en el desván de la escuela.

—Estáis mal de la cabeza. ¿Y si me pillan?

—También voy a traerte una pistola. Si te descubren, no digas las frecuencias.

—Muy fácil.

—Sí. El poder de Eliot está en su forma de ser.

—De ser un fantasma.

—No sé. Lo que queremos es, por ejemplo, que cuando se reúnan los Waffen con el general Yuste y sus coroneles, tengan miedo de que Eliot les reviente el suelo que pisan. —A pesar de la ranciedad, cogió otras cuantas avellanas—. Sí, eso está bien dicho, un fantasma, sí. Como no paro quieto, a veces yo también soy Eliot. Estás en todas partes.

—Si te mueves con tanta facilidad, ¿por qué no viniste a ponerte en el lugar de tu hijo?

Sin perder de vista la oscuridad, el teniente Marcó terminó de comer las avellanas y aun se permitió el silencio del tiempo que tardó en liar un cigarrillo. Cuando lo hubo lamido:

—¿Crees que tienes derecho a preguntarme eso?

—No sé. ¿Por qué no te presentaste?

—Estaba en Tolosa. Cuando me llegó el aviso...

Cuando le llegó el aviso, Ventura se volvió loco, amenazó de muerte al comandante Caspe, que le negó el permiso para ir a entregarse, y se escapó contraviniendo muchísimas órdenes. Llegó a Torena de noche, a tiempo para ver la tumba de su hijo, el primogénito, recién estrenada. Llegó tarde, murió de pena y los tres hombres que lo acompañaban lo obligaron a desaparecer aquella misma noche.

En Tolosa, por falta de hombres como el teniente Marcó, pasaron por alto el consejo de guerra que se había ganado.

—¿Qué dices?

—Nada, nada. Que estaba en Tolosa. —Señalando la ventana—: Atención, falta poco.

Guardaron silencio de nuevo un largo rato. De vez en cuando, siempre que Ventura daba una calada, se les teñía el rostro de sangre.

—Oigo el Pamano —dijo Oriol.

—El Pamano no se oye desde Torena.

—Pues yo lo oigo. —Silencio—. ¿Tú no?

Ventura contuvo una sonrisa lenta que venía de dentro. Oriol la percibió y lo

miró, extrañado. Ventura dio una calada.

—Es que... los viejos de Torena, los abuelos, cuando yo era pequeño, decían que...

—¿Qué?

—Decían que sólo lo oye el que va a morir.

—Todos tenemos que morir —replicó, incómodo.

—Lo llaman el río de los mil nombres —dijo Ventura para romper la niebla que se levantó entre ambos.

—¿Por qué de los mil nombres?

—Primero lleva el nombre de la montaña que lo alimenta y se llama Pamano. Más abajo, algunos lo llaman Bernui y, después de Bernui, se llama río de Altron y entonces le cambian la voz y el sabor. Hasta las truchas saben distintas, menos tiernas, menos sabrosas que las que pescamos en el Pamano.

Ventura dio una calada honda. Se había ido lejos. Miraba adelante, hacia la Torreta de l'Orri, pero estaba pescando en la orilla del Pamano.

—Y más allá, hacia el puente del Molí, lo llaman río de Sant Antoni, y allí deja de cantar.

Silencio. En la Torreta de l'Orri, oscuridad. Se les irritaron los ojos de tanto horadar la noche. Ventura parpadeó, escupió una brizna de tabaco y dijo:

—¿Sabes qué me preguntó Ventureta un día?

—¿Qué te preguntó?

—Volvíamos del Bony de la Mata y cuando llegamos al Pamano, a la altura de Seurí, tiramos río arriba.

—¿Y qué te dijo?

El teniente Marcó guardó silencio. Una calada más.

Oriol pensó que estaba en la orilla del Pamano con su hijo o se había dormido.

Respetó el silencio. Pero duró tanto que al final se atrevió a decir bueno, oye, ¿qué te dijo Ventureta?

—¿Qué?

Como si acabara de despertarse, apagó el cigarrillo en el platillo que hacía las veces de cenicero y suspiró.

—Da igual. Tenía cinco o seis añitos. —Enérgico—: Hala, que ya es la hora.

—¿Qué te dijo?

A pesar de la oscuridad, supo que al teniente Marcó se le enredaban unas lágrimas en la barba. No habían perdido de vista la Torreta de l'Orri ni un momento, por si la linterna hubiera tenido que adelantarse, y les escocían los ojos. La voz del teniente sonó más negra, si cabe.

—Me dijo padre, cuántos años tendré cuando sea mayor. —Se pasó la manga por la cara enérgicamente—. Ya ves la pregunta que me hizo Ventureta.

Eran las once en punto. Con una puntualidad fría que siempre le estremecía, la linterna parpadeó. Dos destellos hirieron la noche. Dos. Negrura, silencio, frío. Dos luces. Dos luces. Más negrura. No había duda alguna: dos luces. Tan larga espera para un segundo de emisión única. Se acabó el espectáculo. Hala, cada mochuelo a su olivo.

—Dos —dijo el teniente Marcó, cogiendo las últimas avellanas—. Vámonos.

—Dos luces —certificó el cabo Faustino Pacón en el camino de Pujalt a Sort—. ¿Qué hostias será?

—¿Vamos o no, cabo? —El número temblaba de frío y se le había olvidado el tabaco en el cuartel.

—Como hay viñas que lo pongo en el parte. Ya lo creo —concluyó el cabo.

—No descansas nunca, Ventura.

—Cuando termine la guerra.

—Oye...

Ventura se había levantado y miraba hacia la sombra que era Oriol.

—Qué —dijo.

—¿Tuviste algo que ver en la muerte de Vilabré padre e hijo?

Ventura se arrebujó en un abrigo oscuro que lo fundiría con el frío en el momento de cruzar la plaza pegado a las paredes como una lagartija, en dirección a la escuela, donde trece soldados armados hasta los dientes esperaban órdenes para transportar arriba la propuesta de la Gran Operación del Servicio Británico de Inteligencia. Una cartera llena de considerandos, recelos, mapas, doctrina, desconfianza y esperanza loca.

—¿Por qué lo preguntas?

—Para situarme.

—El maestro quiere situarse.

—Sí. ¿Por qué te odia tanto Targa?

—Pregúntaselo a él.

—Dice que fuiste tú quien roció con petróleo al hermano de..., de la señora Vilabré.

—Ten mucho cuidado con esa mujer. Dicen que sois muy amigos.

—¿Quién lo dice?

Joan Esplandiú el de ca de Ventura abrió silenciosamente la puerta y desapareció con la levedad de los gatos en dirección a la escuela sin responder a la pregunta.

Oriol lo siguió, también en silencio.

Capítulo 32

No podía sentir alegría porque el uniforme de falangista, porque Rosa, porque no conocía a su propia hija, porque Elisenda, porque su vida pendía de un hilo, porque Ventureta, porque las Ventura me desprecian, porque las miradas de soslayo de más de una mujer cuyo marido estaría enterrado en un campo anónimo del Ebro o, peor aún, allí mismo, en la carretera, cerca de Rialb o de Escaló. Porque un etcétera larguísimo. Por eso, mi único consuelo es escribirte, hijita, y contártelo. Lo más probable es que no llegues a leerlo nunca, pero lo habré escrito. Pudiera ser que alguien, además de los ratones que se pasean de noche por la escuela, encontrara estos cuadernos y mis dibujos. Pudiera ser. Si se diera el caso, suplico a esa persona que haga lo posible por entregárselo a mi hija. Se lo suplico de todo corazón.

Se refería a ella. Oriol Fontelles se dirigía a Tina Bros directamente, que haga lo posible por entregárselo a mi hija. Se lo suplico de todo corazón. ¿Por qué dice que entregue los cuadernos a su hija si, según la señora Vilabré, Oriol Fontelles no tuvo hijos?

No podía sentir alegría por muchos motivos. Y por si fuera poco, ella los miraba desde arriba, desde el balcón del Ayuntamiento; estaba seguro de que no le quitaba los ojos de encima, porque la intensidad de la mirada le irritaba la nuca. Dios mío. A pesar de todo, después de secarse el sudor de la frente, porque cada vez que asomaba el sol entre los nubarrones le daba en la cara, Oriol Fontelles sonrió afablemente a don Valentí Targa cuando éste subió los escalones de la tarima de la Plaça Major de Sort, que ahora se llamaba Plaza Mayor, junto a once autoridades más. Doce personas encima de la tarima que, unos años antes, servía para la cobla o la orquesta de baile de tarde, cuando todavía existía la música. Las doce personas en uniforme de verano, como si fueran los músicos con la chaqueta blanca de su agrupación musical, y el yugo y las flechas falangistas bordados en el bolsillo de la americana, el bigote fino y bien recortado, la raya del pelo bien hecha y el cabello muy engominado para que ninguna duda los despeinara, miraban con expresión entendida las nubes irregulares que de cuando en cuando ocultaban el sol y, si no se echa a llover, pase, y celebraron con alborozo el glorioso alzamiento que había sumido al país en la tristeza y la ruina e inauguraron el monumento a los caídos del pueblo, víctimas de las hordas rojas, y profetizaron vacas gordas en el futuro inmediato si todo el mundo ponía de su parte lo necesario y se acababa de una puñetera vez el estraperlo, cosa imposible, porque los mismos uniformados de la tarima, al menos tres de ellos (Rubió, Empança y Dauder) estaban metidos en el asunto hasta el bigote y asintieron compungidos cuando el Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, un salmantino de voz de falsete y oratoria solemne, condenó el estraperlo después de haber exprimido a Rubió, Empança y Dauder a cambio de seguir haciendo la vista gorda. Y Oriol, en

las primeras filas, con las manos delante como para protegerse la ingle y simulando lo mejor posible un gran orgullo por el alcalde de su pueblo, que se encontraba entre los doce apóstoles blancos que exhortaban a los convocados (el cincuenta y nueve por ciento de la población, llevados a la fuerza a la plaza Mayor) a dar la vida por la patria si fuera necesario, como han hecho los millares de patriotas que sucumbieron al odio rojo, y por eso los recordamos hoy con este humilde pero magnífico, rústico y vigoroso monumento.

(Bravo, así se habla, sí, dijeron Minguet el de casa Roda de Rialb, Cándido el de casa Mora de Bernui, la Báscones, estanquera de Torena, los Cases de ca de Majals, marido, mujer e hija mayor, también de Torena, Andreu el de casa Pona de Llavorsí, Feliu el de ca de Birulés de Torena y doce o quince pares de manos más; aplaudieron fervorosamente, aunque no sabían qué significaba que un monumento fuera rústico y vigoroso, si es que habían entendido bien el castellano rimbombante del gobernador civil.) Pneumopleuroparietopexia, pensó Cecilia Báscones.

La madre que los parió: te dan un dibujo que no hay por dónde cogerlo, te mandan hacerlo en quince días, te las apañas como dios te da a entender, acabas la obra el día señalado, no te pagan hasta dentro de un año y ya ves, resulta que es rústico y vigoroso. Tócate los cojones.

Oriol Fontelles, perfectamente uniformado de verano, asintió dos veces levemente con la cabeza y miró al señor Targa, que en ese momento estaba observándolo. ¿Me vigila? ¿Me estudia? A continuación, el orador anunció que las fuerzas del orden progresaban en el control de toda la montaña y que por fin se instalaría permanentemente en Sort un destacamento de la benemérita para proteger la vida de los súbditos leales del horror de las minorías incontroladas de bandoleros del monte, que en realidad no existen, y, de paso, para meter el miedo en el cuerpo a los desleales por mucho que oculten su deslealtad. Porque Dios lo ve todo y Dios está con nosotros. Y el resto de la orquesta asintió con un suave zumbido de maracas y sonrisas de oreja a oreja, mientras el trompeta solista se palpaba los labios, sensibilizados por la potencia del solo, soplabla la trompeta muda para expulsar la saliva y se remojaba los labios para reanudar la actuación.

—No te vuelvas. El teniente Marcó te espera esta noche. A medianoche. Es importante. —Oriol movió la cabeza instintivamente. El desconocido, con voz crispada pero baja—: ¡He dicho que no te vuelvas! Es importante.

Entre tanto, el Jefe Provincial del Movimiento, en el mismo tono de sol mayor, seguía triscando por terrenos teológicos y Ventura, la madre, decía Dios mío, por qué no tengo fuerzas para traer el cuchillo de cocina escondido entre la ropa y clavárselo en mitad del alma a todos estos hombres, Dios mío del amor hermoso, por qué no tengo fuerzas para hacerlo, y estaba de pie, en el rincón reservado a los de Torena, mirando fijamente adelante, al interior de su pena.

Oriol iba a decir que no sabía si podría acudir a medianoche porque..., pero el aliento que le recalentaba la nuca cesó. Entonces dio media vuelta. Detrás, sólo dos señoras mayores que no tenían cara ni voz de maquis. Aprovechó la coyuntura para echar un vistazo al balcón y se produjo un lance de miradas mientras el Jefe Provincial del Movimiento, con la vena del cuello hinchada de tanto soplar, se acercaba al final del discurso con su vocecita atiplada. Un día, después de un banquete de celebración de alguna victoria, durante el discurso del café y puro con punta mojada en coñac, había dicho esas mismas palabras: Dios está con nosotros. Y, con la euforia de la digestión, había añadido y, si es preciso, lo someteremos para que no deje de estar con nosotros, porque todo el mundo tiene precio, camaradas. Hoy, delante del cincuenta y nueve por ciento, no aludió al soborno divino; para concluir el acto, se limitó a hacer una referencia al caos de Europa, al marasmo de la guerra de la que nos había salvado el Caudillo, y a insistir en que Dios lo ve todo y está con nosotros. El broche del discurso no fue un amén, sino las arengas habituales que los doce apóstoles (el saxo tenor deseó larga vida al dictador, el clarinete repitió las consignas y el batería resumió los deseos de bienaventuranza y progreso de la patria) corearon ardientemente, coreados a su vez con fervor por el grupo de Minguet de Rialb y ratificados por un tímido murmullo del cincuenta y nueve por ciento. Y los que no eran de la misma cuerda que Minguet y los Birulés pensaban Eli, Eli, lemà sabactaní aunque en los entristecidos valles pirenaicos nadie sabía arameo.

Con un movimiento grácil semejante al de un torero en la plaza, el Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, el de la voz de tenora, retiró el paño amarillo y rojo que tapaba el monumento, cuya lápida miró Pere Serrallac con ojo profesional, sin oír las fanfarronadas que los componentes de la agrupación musical allí presentes empezaron a proclamar, a gritar a los cuatro vientos con voces de tono militar; leyeron de uno en uno el nombre de los mártires que Serrallac el de las piedras había grabado. No sé..., para mí que la lápida ha quedado más arriba de la cuenta, y las letras de la tercera línea, más apretujadas de lo que me gustaría; total, para lo que va a durar. Y entonces se oyó el nombre del excelentísimo señor don Anselmo Vilabrú Bragulat y el de don José Vilabrú Ramis, los últimos de la lista alfabética, caídos por Dios y por la Patria. Esos nombres los leyó con voz quebrada el señor Valentí Targa, y toda la comunidad de fieles respondió presente. Cuando terminó, Valentí miró hacia el balcón y encontró la mirada de Elisenda, que, de pie, las manos crispadas en la barandilla, recibió el homenaje privado de su Goel.

El cara al sol cerró el acto y los asistentes se miraron unos a otros con inquietud, porque antes del concierto había corrido la voz de que el maquis tenía intención de bombardear el pueblo para impedir la celebración y atemorizar a la orquesta en pleno y, en general, todos temían que les salpicara algo. La mayor parte del cincuenta y nueve por ciento respiró aliviada, los unos tragándose maldiciones y los otros

disimulando el temblor de piernas, y empezaron a dispersarse sin perder de vista el camión que los llevaría de vuelta a casa.

De Torena, obligaron a asistir a veinte personas, trasladadas en el camión que Pere Serrallac usaba para transportar los bloques de mármol y la pizarra para techumbres.

Hicieron el viaje en silencio, sin mirarse, absortas en el paisaje, como si fuera más fácil que mirar a los ojos de quien guarda silencio por la misma razón que uno mismo. Y es que el señor alcalde había reservado una plaza en el camión a Ventura, la madre, porque seguro que los discursos de Sort le aclararían las ideas. Y todos guardaron silencio por ella, porque todo el mundo sabe que no hay dolor más lacerante que ver morir a un hijo, y Oriol se pasó el trayecto con la mirada perdida a lo lejos, triste, sin decir nada a Ventura, la madre, sin preguntarle por qué Cèlia y Rosa no van a clase, para no tener que oír la expresión de odio más directa y visceral.

Detrás del monumento a los caídos recién inaugurado, Serrallac el de las piedras metía en la espuerta el cincel que había utilizado para los últimos retoques, que siempre hay un canto de piedra mal medido que lo fastidia todo. Si hubiera tenido buen oído, se habría enterado de que el señor alcalde invitaba a Oriol a una pequeña reunión en la que puedes conocer a Claudio Asín y seguro que sales con el corazón henchido, y Oriol dijo sí, sí, me hace ilusión, sí. Y cogió a Valentí por el codo y, acercándose con él al monumento, le contó una idea que se le había ocurrido: pintar un gran mural épico sobre las gestas de los conquistadores, y Valentí lo escuchó con interés, porque, sin la menor duda, él era uno de esos conquistadores; entre tanto, Pere Serrallac recogía los útiles de albañilería acompañado por un niño que, ilusionado, cargaba con la espuerta y preguntaba a su padre si le dejaría picar también la lápida nueva, y el padre, quitándose el cigarrillo y escupiendo una brizna de tabaco, le dijo ya hablaremos, Jaumet, pero ahora vámonos de aquí cuanto antes.

—Déjeme verlo un poco más, ande...

—Jaume...

—¡Un momentín de nada!

El hombre le arreó un pescozón y, con expresión seca, lo obligó a alejarse del monumento al tiempo que le decía anda para allá, y el niño pensó no se vale, sólo quería ver un poco más las letras que grabé, padre es tonto.

Por encima del hombro de Valentí, Oriol vio acercarse a la parte de atrás del monumento a dos hombres vestidos al estilo de Pere Serrallac y con una espuerta idéntica; se acuclillaron allí a reparar, al parecer, algún detallito de última hora.

—¿Dónde lo haríamos?

—¿A qué se refiere?

—Al mural.

—Ah. —Improvisando—: En la sala de plenos del Ayuntamiento de Sort.

—O en el de Torena.

—O en el de Torena, sí.

Ya han terminado, se dijo Oriol al ver levantarse a los dos hombres. En ese momento, Valentí dejó de hablar del mural, aunque el tema le interesaba, porque, por lo visto, el gobernador civil le hacía señales de despedida desde lejos, y Oriol se quedó de pronto solo ante el monumento, deseando que la gente se apartase de él, largaos, id a tomar el vermut a otra parte. Se puso a llover, la gente empezó a dispersarse, el centro de la plaza fue quedándose vacío y Oriol se encontró solo, ridículo, él, la piedra, los recuerdos y la bomba, mirando el monumento. Retrocedió unos pasos deseando echar a correr, pero tropezó con el trípode de un fotógrafo que tenía el encargo de inmortalizar la tarde y, con la cabeza bajo el trapo negro, enfocaba el monumento inaugurado. Apenas quedaba gente en la plaza cuando un estampido profundo, blando, grave, fuerte, hizo temblar muchas vidas, partió el monumento a los caídos en cinco trozos y, de recién inaugurado, lo convirtió en escombros recién estrenados. Uno de los fragmentos de roca vigorosa y rústica salió disparado en dirección al corazón del fotógrafo, que tuvo tiempo de hacer la última instantánea.

Carreras, gritos de pánico, aullidos de rabia, estallidos de ira, me cagüen la madre que parió al maquis que no existe y Oriol gritaba aquí, aquí, en dirección a la carretera y el río, y los hombres armados lo siguieron en busca de los autores de semejante atentado criminal, teniendo a Dios Nuestro Señor de nuestro lado y todo.

Hija mía sin nombre, a qué mundo te hemos traído, porque, la verdad, cualquiera pudo resultar herido allí. El desgraciado Peret el de casa Moliner, muerto por disparo de foto, quedó tumbado un largo rato en las losas de la plaza, esperando a jueces, forenses y colegas fotógrafos de la policía. El cincuenta y nueve por ciento fue devuelto rápidamente a los camiones, con destino a casa y la consigna de aquí no ha pasado nada, los cuatro descontentos de siempre, ya se sabe, tranquilos, y Ventura, la madre, disimuló la sonrisa, porque estaba segura de que su Joan y ella habían coincidido hoy en Sort.

Dos horas más tarde, cuando el sol, prudente, resolvió esconderse por el Tossal Roi y el Tuc de la Cometa, la plaza Mayor estaba en calma, invadida por una compañía de soldados desorientados a las órdenes de un capitán rubicundo que hablaba a voces con Valentí y los demás componentes de la agrupación musical, que se habían quedado un tanto huérfanos porque el gobernador civil decidió desaparecer por motivos de estricta seguridad y quiero resultados concretos de la investigación, y los quiero mañana por la mañana en mi despacho. El alcalde de Sort se tiraba de los pelos, mira que pasar esto cuando viene el gobernador, y soñaba con desollar a todos los maquis del universo y se quedó solo con su decepción frente al humilde pero magnífico, rústico y vigoroso monumento destrozado, mientras los hombres de Valentí, después de interrogar sumariamente a Serrallac, que estaba indignadísimo

porque los bandidos habían destrozado la obra de su vida, procuraban dictaminar con su ayuda quién, cuándo, cómo y con qué coño habían rellenado la maldita piedra como si fuera una traca de San Juan. Sólo ha podido ser cuando me marché.

—Y cómo sabemos que no la colocaste tú antes.

—Ni se te ocurra volver a insinuar que yo...

—Ven —dijo Valentí a Oriol—. A lo mejor te sirve para el mural, nunca se sabe.

—¿Qué mural?

—El que vas a pintar en el Ayuntamiento.

Hija mía, yo... He dicho que te lo contaría todo y ésa es mi intención. Si me hubiese negado a acompañarlo, es posible que estuviera muerto en este momento. Pero no vivo desde ese día. Al parecer, hacía unas horas que una patrulla mixta había detenido a un hombre que se dedicaba a hacer señales luminosas por la noche desde el puerto del Cantó, por los aledaños de la cota de Embonui o más arriba, desde la Torreta de l'Orri. Hacía unos días que andaban tras él, hacía semanas que sabíamos de su existencia, pero ignorábamos el alcance de su actividad; siempre se nos escapaba de las manos y no encontrábamos ni rastro. Hasta que un aviso de un vecino descontento y una avería de la moto con la que se desplazaba permitieron detenerlo. Se trababa de un pacífico payés vecino de Ribera de Montardit, colaboracionista, rojo, traidor, republicano, pederasta, catalanista, comunista, separatista, judeomasón, que, cuando le tocaba el turno, se iba monte arriba hasta el puesto desde el cual, a las once en punto, lanzaba dos destellos, o tres o, Dios nos guarde, los cinco destellos desesperados, pensando que el frío y el miedo que pasaba serían de gran provecho para algún otro cobarde como él. Hacía cinco meses que actuaba de faro, cuando una oportuna delación puso punto final a su singladura.

Acudieron todos en comitiva, fogosos por efecto del escándalo de la bomba, a Montardit, a casa del delincuente, que seguía esposado a la entrada del pajar, y se rieron cuando un ayudante de Valentí Targa, el de pelo rizado, le propinó unas patadas en el estómago con la bota, hasta que el hombre vomitó sangre, porque se negaba a dar el nombre del encargado del correo y de las comunicaciones de la resistencia en la zona. Redondeó la hazaña preguntándole dónde rehostias se esconde Eliot y quién es. ¿Eh? ¿Lo entiendes? Dónde y quién. Pero el hombre, que estaba a punto de convulsionar debido a la paliza, empezó a decir cosas incomprensibles porque se atragantaba con su propia sangre y yo, hija mía, callado, sonriente, mirando ora a uno, ora a otro, sin valor para detener la carnicería, sin fuerzas para interponerme, y creo que el payés me miró a los ojos una vez y me dio la impresión de que lo sabía todo de mí, pero no quería hablar.

—¿Sabes que, de una simple patada, se puede dejar fuera de combate a cualquiera? —dijo un tipo alto y delgado de no sé dónde, aunque después me enteré de que era el insigne Claudio Asín, el ideólogo predilecto de Targa, su manantial, su

inspiración, su comprensión del mundo, de la vida, de la Patria, Claudio Asín, presente.

—Menudo descubrimiento.

—Sí —continuó el teórico—, pero permite experimentar con el grado de dolor y la pérdida de la capacidad de resistencia. Es muy científico.

—Eso podría ser interesante para el ejército.

—Y para la policía. —Asín los miró intensamente y repitió—: La policía, camaradas.

—Es verdad —reconoció uno no tan clarividente, quizá Targa—. No había caído.

El insigne Claudio Asín apartó a dos camaradas y se situó ante el despojo doliente que era el payés. Con voz grave de conferenciante anunció que los republicanos (y aplicó una patada etiológica en los riñones al que le servía de ejemplo) no se arrepienten de lo que han hecho, sólo están derrotados.

—Es una entelequia —tercié, hija— pensar que los republicanos puedan arrepentirse de sus crímenes.

—Sí, señor —dijo, admirado, Claudio Asín, la referencia, el norte de Targa. Me puso la mano en el hombro—. ¿Cómo te llamas, camarada?

—Fontelles.

—Es el maestro de Torená del que te hablé —orgullosa, Targa.

—Ah, el famoso maestro. —Mirando al payés, que estaba arrodillado ante él—. Por eso nuestro sagrado deber es mantenerlos en estado permanente de derrota total.

El único remedio contra el empecinamiento es el terror absoluto, firme, implacable, administrado por quien posee la Verdad.

Por si no hubiera quedado suficientemente claro, repitió la patada. Como obligado a meter baza y consciente de que no podía descollar por sus reflexiones teóricas, Targa endilgó un puntapié en las costillas al payés con bastante fuerza, suficiente para tumbarlo cuan largo era, y miró, orgullosa, a Claudio Asín, su norte, su guía.

—No lo matéis, que tiene que hablar —terció, con un poco más de sentido práctico, uno de los presentes.

Y entonces, hija mía, el pobre hombre se derrumbó a mis pies y olí el tufo intensísimo del miedo.

—No quiero morir —dijo.

Pero los captores estaban hablando sobre la conveniencia de hacer el experimento con el dolor de una manera científica, lo sé de buena tinta, porque mi cuñado estuvo en contacto con las Waffen SS del Roine y oyó hablar de estas cosas. ¿Tu cuñado? Sí, el de Zaragoza, que es teniente.

—¿Tú has visto un uniforme de ese ese?

—La hostia. En serio. La hostia.

—Sí.

—Pero, según dicen, se precisa la asistencia de un médico, para que vaya explicando el proceso, y realmente se aprende mucho.

Y yo sin abrir la boca, hija mía, y el mártir a mis pies. Lejos de osar abrirla, me atenazaba el miedo a que el hombre confesara cosas que nadie tenía que saber, ni él, siquiera, y que dijera quién era Eliot o que el maestro de Torena es un infiltrado que pasa información al maquis y esconde a gente en la escuela, e incluso tiene una radio, o aunque sólo confesara me limito a recibir órdenes de hacer señales en dirección a Torena, al pie del Montsent.

—¿Por qué no lo probamos con éste?

—Necesitamos un médico.

—Vete al cuerno. —A los otros—: ¿Queréis hacerlo?

Mientras discutían quién empezaba el experimento científico del umbral del dolor con el campesino de Montardit, Oriol se agachó a oír lo que decía el prisionero, que intentaba hablar; acercó el oído a pesar del fuerte olor que desprendía y le oyó balbucir con pánico no me matéis, yo sólo tenía que comunicarme con Torena, con el maestro, creo...

—¿Qué dice? —Valentí, desconfiado.

Oriol se levantó.

—Que lo matemos, que no le hagamos sufrir.

La patada científica de Claudio Asín le dio de lleno en el bazo y lo dejó con la boca abierta, como asombrado, sin respiración.

—Ojo, que lo perdemos.

—Sí —desilusión en la voz de uno de los médicos—. Verás tú como este desgraciado no nos va a dejar hacer el experimento.

Por si acaso, otro doctor le aplastó la nariz con el talón de la bota del uniforme. El hombre se puso paulatinamente grisáceo como el cielo, que se oscurecía con desconcierto creciente.

—Es que, si os fijáis —intervino un traumatólogo graduado por la Universidad de Tordesillas—, las costillas, que protegen partes importantes del cuerpo, enseguida se rompen.

Para ilustrarlo, le descargó tal patada en las costillas que el hombre casi ni protestó, porque no tenía aire y yo, hija mía, callado, sin decir nada, mirándolo, con ganas de clavarle el puñal reglamentario para que dejase de sufrir, como se hace en estos valles con los perros y los mulos moribundos.

—En cambio —continuó el traumatólogo mientras le golpeaba la tibia de la pierna derecha—, el fémur o como se llame lo aguanta todo.

—Sí, es interesante. ¿Y tú, camarada Fontelles, no experimentas?

Di una patada tímida al pobre hombre en la pierna. Me parece que le toqué la rodilla, porque profirió un gemido sordo de dolor. Mi alma también. Esperaba oír un

canto acusador, pero fue tan amargo el momento que hasta los gallos enmudecieron de miedo.

Dentro de la casa titilaba, imponente, una luz, y Valentí miró alrededor como si le incomodase estar otra vez haciendo cosas que tal vez le costasen disgustos y broncas con sanguijuelas como Faustino Ramallo Pezón, que, apoltronados en una mesa de despacho, eran incapaces de entender que la vida se vive en carne viva, pero eran coroneles y trataban a los heroicos camaradas falangistas con cierta desconfianza teórica. Sobre todo a los que jugaban a médicos. Si todos los militares fueran Sagardía, otro gallo nos cantaría a los falangistas.

—Cogedlo y llevadlo a Sort —dijo como conclusión.

—No hace falta —respondió el más científico de los presentes, un patólogo de Sallent que ejercía de secretario en el Ayuntamiento de Gerri—. Ya no respira.

Oriol se agachó a tomarle el pulso. No se lo encontró. No le encontró el corazón, no le encontró la vida.

—Está muerto —corroboró. Y lo más horroroso de todo, hijita, es que saber que había muerto me alivió mucho, porque ya no podría delatarme.

—Hostia, podíais haberos contenido un poquito, ¿no?

Silencio. El muerto me miraba con ojos vidriosos de color castaño. La luz de la casa vaciló con mayor intensidad, como si alguien sujetara una vela y se hubiera echado a llorar. Entonces Oriol miró a Valentí y, con voz serena, dijo:

—Hay que llevarlo a Sort de todas maneras.

—¿Por qué?

—Él es el que ha colocado la bomba.

—Imposible —gritó el patólogo. —Lo detuvieron esta mañana.

Lo dije porque estamos en guerra, hijita, pero me sentó tan mal que me parece que ahora estoy más que preparado para matar.

—¡Él es quien colocó la bomba, claro! —El señor Valentí Targa lo entendió con admiración—. El camarada Fontelles tiene razón.

—Y murió cuando huía —dijo un ginecólogo sin estudios, pero muy dispuesto a colaborar—. Se cayó en un ribazo y...

Valentí Targa se agachó a examinar al muerto. Los demás médicos se acercaron y por unos momentos me pareció que Rembrandt había terminado de pintar la lección de anatomía del doctor Targa.

—Sí —concluyó el doctor Targa—. Saltó por un ribazo.

Desde entonces Valentí me mira y hace un movimiento de cabeza y me prohíbe que lo trate de usted. Y me admira tanto, que en la última sesión de retrato, cuando pintaba esos ojos tan difíciles que tiene, me confesó, con la ayuda de tres o cuatro copas de anís, que Elisenda Vilabré y él eran uña y carne. Que estaba enamorado de ella. Que estaban enamorados. Que era capaz de cualquier cosa no sé por qué te

cuento estas desgracias, hija mía. Casi no soporto mirarme al espejo.

Olor a tabaco. Oriol encendió la mortecina bombilla del comedor de casa del maestro. El teniente Marcó, el antaño payés y contrabandista Ventura, estaba sentado en el jergón con cara inexpresiva. De pie, en un rincón, un hombre de tez más oscura con un Sten bajo el brazo; era un asturiano al que llamaban Valdés y que no temía ni al miedo. Oriol apoyó la cabeza en la jamba de la puerta, mareado y con ganas de vomitar.

—No puedo más.

—Nos hemos quedado sin faro —dijo Valdés desde el fondo.

—Yo no puedo más —insistió Oriol—. Targa me descubrirá en cualquier momento.

Y añadí, hija mía, que no quería que toda la vida creyeras que tu padre era un fascista. Y que tu madre...

—¿Te ha dicho algo que tengamos que saber?

—¿Por qué sabía el faro que el receptor era yo? —respondió Oriol, pasando la pregunta por alto.

—¿Por qué dices que lo sabía?

—El pobre hombre dijo hago señales al maestro de Torena.

Marcó se levantó silenciosamente, como un felino. Oriol, para tranquilizarlo:

—Sólo lo oí yo.

Como un autómatas, fue al armario y sacó el porrón. Lo dejó encima de la mesa y los dos hombres bebieron. Mientras Valdés tragaba con satisfacción, Oriol les contó según Targa, el gobernador civil ha dicho que tranquilos, porque hemos infiltrado espías en la plana mayor del maquis en Tolosa y nos están informando de todo.

—Mentira —dijo Valdés al tiempo que se secaba la boca con el dorso de la mano.

Dejó el porrón en la mesa y prosiguió—: Eso es imposible.

—Nada es imposible —replicó el teniente con voz seca.

—Y que vais a atacar con más fuerza en Navarra y Benasque.

El teniente Marcó y Valdés se miraron.

—¿No te dijo el nombre de ningún infiltrado?

Oriol cogió el porrón y dijo qué más quisiera. Se callaron.

Entonces, como si hubiera estado esperando el momento propicio, el teniente Marcó empezó a hablar en el mismo tono que cuando daba instrucciones, con voz profunda, sin pausas, pero con calma, para meter toda la información en la cabeza a quien fuera el caso y de la manera más correcta posible: se está preparando la Gran Operación. Y nosotros tenemos que pasar a un montón de gente hacia el sur y a otro montón hacia Francia.

—¿En cuánto tiempo?

—En una semana.

—Estáis locos.

—Estamos locos: tú también. Empezamos el viernes.

—¿Y todos tienen que pasar por aquí?

—No, pero casi. Tenemos previstas maniobras de distracción en el valle. Entre tanto, el monte será un hormiguero de gente yendo y viniendo cargada.

—¿Qué es eso de la Gran Operación?

—No estoy autorizado a contártelo. ¿Has traído las direcciones?

Sí, traía apuntadas las direcciones de los ayudantes uniformados de Valentí en Zaragoza y Barcelona.

Fue una semana de no parar, sin dormir, hija, haciendo de guía por las antiguas rutas de los contrabandistas que el teniente Marcó me había enseñado. Guíé a grupos silenciosos de hombres dispuestos a morir; de todos ellos, al menos diez diferentes cada noche dormían en el desván de la escuela, y me asombraba que Targa y los suyos no detectaran ningún movimiento sospechoso. El alcalde pasó unos cuantos días santamente indignado, sin colaboradores, porque resulta que a uno se le quema la casa, al otro no sé qué narices le ha pasado a su padre y el de pelo rizado tiene que resolver un asunto de vida o muerte relacionado con las tierras que habían pasado a ser de su propiedad. ¡Maldita coincidencia, hostias! El caso es que Targa aprovechó una excusa cualquiera para ir a Sort. Solo y sin escolta, Torena no era buena para su salud.

Los tentáculos de Eliot distrajeron al ejército: una voladura de un puente en la Seu y otra en Gerri, un corte en la carretera de Esterri provocado por las toneladas de piedra que volaron desde la peña de las Bruixes, cerca del lugar en el que el río de Baiasca se besa con el Noguera; los destrozos de la carretera fueron enormes, tanto, que el veinticinco de abril de mil novecientos setenta y uno, veintisiete años después de que los soldados retirasen los escombros, espoleados por unos oficiales inquietos e indignados, todavía existían unos baches hondos y perennes que pusieron a prueba el sistema de suspensión de un coche lujoso, silencioso y negro que frenó y giró a la izquierda adentrándose en el camino de Arestui. Enseguida, las vacas del valle de Baiasca avisaron a todo el mundo de la llegada de un intruso y en Arestui y Baiasca más de un vecino cerró las ventanas.

—Me habías dicho que el coche podía llegar hasta la iglesia.

—Lo siento, señora. Me habré confundido de pueblo. Me parecen todos iguales.

Enojada, la señora Elisenda Vilabré se apeó, dejó la portezuela abierta y emprendió el camino hacia el centro del pueblo de Baiasca. No se ha dignado mirarme, siquiera, como si la hubiera ofendido, yo, que vivo por ella, con ella y en ella, ¿qué tienes contra mí, amor mío?, dijo Jacinto mientras salía, cerraba la portezuela de la señora y se disponía a esperarte, como he hecho toda la vida, Elisenda.

Dos perros la siguieron con curiosidad y los pocos habitantes del pueblo prefirieron observar a la recién llegada desde el interior de las casas para emitir su veredicto: de Barcelona, y viene a llevarse los cuadros. A lo que se ve, los arrancan de la pared o así. Hay que avisar al mosén. Seguro, sí, sí, seguro que viene a llevárselos.

Porque la última vez que tuvimos visita, la del obispo de la Seu, arrampló con la virgen de Sant Serni del niño Jesús y la bola del mundo, amén de la colonia de carcoma que había hecho pasto en ella desde hacía siglos, ahora bien, lo hizo con una sonrisa sincera, unas palabras suaves y una bendición muy sentida.

La secuestradora de pinturas entró en la iglesia en el momento en que mosén Dot, dispuesto al martirio, se plantó delante del retablo barroco que escondía el ábside pintado. Deslumbrada por la claridad de fuera, Elisenda tardó unos segundos en reconocer la figura negra del mosén, al pie del altar, con una expresión de aguantar hasta el final contra viento y marea.

—Buenos días, padre.

No es de Barcelona. Es esa de Torena. La de casa Gravat. La Vilabrú. La misma boca que mosén August el de los números.

—Buenos días, señora.

Sin añadir nada, Elisenda Vilabrú se fue hacia el rincón en el que bostezaba un confesionario pequeño, casi de juguete, de madera reseca a fuerza de las muchas desgracias que había oído a lo largo de dos siglos, e hizo la señal de la cruz. Mosén Dot tragó saliva y, al ver que la recién llegada no se movía del reclinatorio, entró en el confesionario, cogió la estola, la besó, se la colocó, se sentó y se embriagó en un baño fragante de una flor olorosa, placentera, pecaminosa. Elisenda Vilabrú de casa Gravat, la señora esa de Torena, se confesó de una relación tempestuosa a la que había decidido poner fin para siempre y quiero hacer borrón y cuenta nueva y no volveré a pecar.

—¿Se arrepiente, señora?

No. Lucho sólo por controlar mi vida.

—Sí, padre.

—El arrepentimiento es la puerta de la salvación.

No puedo permitirme estar a merced de un pipiolo como el hijo de puta de Quique Esteve.

—¿Me entiende, señora?

Necesito el control total.

—Sí, padre. Por eso quiero decir en voz alta y delante de un testigo como usted que no lo haré nunca más, nunca más.

—La felicito, señora —en un tono demasiado lisonjero, tal vez.

—Gracias —secamente.

—A eso se le llama fuerza de voluntad.

Esa de casa Gravat de Torena se quedó callada y mosén Dot dijo ego te absolvo a peccatis tuis en el nombre de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo y, a modo de símbolo externo del pacto que acababa de sellar consigo misma, Elisenda Vilabré se santiguó.

—Vaya con Dios, señora.

—¿Y la penitencia?

Lo tomó por sorpresa. Qué coño de penitencia puedo imponerle yo a esta de casa Gravat, Dios mío. Veinte avemarías, señora. La señora se levantó para marcharse y el sacerdote, perplejo, se encontró con un billete doblado en las manos. Instintivamente lo desdobló y dijo repámpanos, por la Virgen Santísima, y el billete desapareció entre los pliegues de la sotana.

Veintisiete años antes, pero a la misma hora en que la señora Vilabré, deslumbrada, parpadeó a la salida de la iglesia de Sant Serni de Baiasca y miró a los lejos, hacia donde la esperaba el coche, los tentáculos de Eliot volaron una torre de alta tensión cerca de Rialb. Tanto trabajo se les vino encima a los militares que no se les ocurrió mirar hacia arriba, hacia las montañas, por donde circulaba un tráfico de densidad notable.

¿Sabes lo que pasa, hija? Que ser héroe es agotador. Tengo el mismo miedo de siempre. La única diferencia es que estoy tan cansado que me tomo algunos peligros a la ligera. Hace ya unos días que no paramos de pasar gente por el término de Torena. ¡Y si no fuera más que gente! Antes de ayer, cruzó el término una partida con un cañón desmontado; por lo visto, no lo había retirado nadie de una posición defensiva republicana de hacía cuatro años. Es increíble. Esta noche, pasamos diez mulas cargadas de munición que, según me han dicho, se la robaron al mismo ejército. No sé qué van a hacer, pero están preparando una de grandes proporciones.

Todos los que se cobijan en la escuela tienen la mirada oscura, pero llena de determinación, como si fuera a pasar algo muy importante. Pero todo el mundo calla obstinadamente. Y, por fortuna, los niños de mirada triste no están en clase, porque son las vacaciones de verano, y así tengo más libertad y puedo permitirme que diez o doce emboscados duerman sobre mi cabeza y recuperen fuerzas, con la esperanza de gastarlas en una noche de carreras. Cuántas ganas tengo de poder contarte todo esto personalmente... Y de que tu madre y tú queráis escucharme. Por hoy lo dejo, que estoy reventado, es que hace tres días que no duermo más que un par de horas. Hace cinco meses que llevo doble vida, una nocturna y otra diurna. Hace ocho meses que asesinaron a Ventureta y que Rosa huyó de mi cobardía, y entre todos cambiaron mi destino.

Capítulo 33

Aunque eran las seis de la madrugada, no hacía frío. Pronto saldría el sol. Las calles dormían emperezadas en la oscuridad. Aunque estaba en plena ciudad, la plazoleta de la Font del barrio del Poble Sec era un rincón desierto, casi tanto como Torena. Cuatro calles estrechas confluían allí y al cruzarse formaban la placita, en la que había rastros de palomas y un par de plátanos anémicos. Sólo interrumpía el silencio el arrullo de las palomas madrugadoras, las únicas señoras del lugar. En uno de los lados del cuadrado destacaba la estructura oscura de un quiosco de madera podrida. En el centro, la fuente que le daba nombre. Oriol se inclinó hasta el grifo y lo abrió. El chorro de agua le mojó la mejilla; le supo ofensivamente vomitiva, porque se había acostumbrado al agua con sabor a montaña. De pronto se estremeció al oír el estampido de una ametralladora, se acurrucó temblando detrás de la fuente y unos instantes después asomó las pestañas con precaución, a ver qué pasaba al otro lado de la plaza. Quién, cómo, por qué me han descubierto. Vengo en son de paz, no soy más que un humilde maestro, me ha engatusado el maquis, yo no quería meterme en nada que... Las palomas, tan asustadas como él, habían echado a volar y miraban la reyerta desde los árboles. Protegido por la fuente de hierro colado, distinguió enfrente, en el extremo opuesto de la plaza, al propietario de la taberna Manel, que acababa de subir la persiana metálica del establecimiento; el hombre entró en el local y encendió una luz menesterosa y cansada. Oriol miró a ambos lados. No había en la plaza pelotones de soldados ni de guardias civiles tomando el lugar al asalto. Se miró las manos, que le temblaban un poco, y se las mojó en el chorro de agua de la fuente de la plazoleta de la Font. Ventura, investido de teniente Marcó, le había dicho que, hasta Navidad, nada de contactos. Entonces ¿por qué me dais la dirección? Porque tienes derecho a saberla. A finales de agosto rompió la disciplina, porque finales de agosto no es la Navidad. Pero a nadie se le puede exigir lo que no puede cumplir.

Se sentó en un banco. Esporádicamente, algún que otro viandante empezaba a romper la quietud de la noche y en el cielo despuntaban las primeras luces del alba.

El número tres, una puerta destartalada y oscura de un edificio bastante viejo, de cuatro pisos. Allí, en uno de esos pisos, vivían Rosa y su hija que eres tú, que me estás leyendo. Tenía que esperar a una hora razonable para poder llamar y decir Rosa, querida, no soy lo que piensas. Aunque sea un canalla porque estoy enamorándome de otra mujer, no soy un fascista. También soy cobarde, sí, porque tengo mucho miedo; pero no soy tan ruin ni merezco tu desprecio, porque gracias a ti y a Ventureta soy del maquis, estoy en peligro de muerte perpetuamente, pero esto no puedo decírtelo por motivos de seguridad, pero ahora desobedezco las reglas porque no puedo soportar que me aborrezcas y que mi hija me desprecie; aunque sólo tiene tres meses, empieza a aprender lo que es avergonzarse de un padre fascista, amigo de los

asesinos de niños. Quiero hablar de todo esto contigo. Eso era lo que quería decir a tu madre, hija mía sin nombre. Y un escalofrío lo estremeció. Le cayó una cagada de paloma y miró al cielo. No: era una gota de lluvia. En el rato que no había mirado hacia arriba, el cielo se había encapotado, como si le corriera prisa descargar sobre la plazuela todas las iras contra el maqui desobediente que se había escapado del pueblo para ir a la estación de la Pobra en el camión de Pere Serrallac, que daba vueltas a la idea de mandar a su hijo una temporada al seminario de la Seu, cargados de lápidas de tumbas futuras y losas para vestíbulos, y con la excusa de ir a ver a su pobre tía, a la que le había dado un arrechucho muy fuerte, aprovechar las vacaciones para cambiar de aires unos días, que por eso dijo a Valentí Targa no, no es que tenga ganas de pasar las vacaciones fuera de Torena. ¿Dónde voy a ir que mejor esté? Pero la vida es así y tenía que ir a ver a mi tía, no sea que se muera sin haberla visto por última vez. Lo que no le dijo fue que su tía no vivía en Barcelona, sino en Feixes, y que, a pesar de sus setenta y siete años y sus numerosos achaques, tenía una mala salud de hierro. Empezó a llover. Gotas gruesas, espaciadas, que se estrellaban contra el suelo y reventaban como la sangre del pobre payés de Montardit, que murió de miedo entre mis brazos. Vio la mortecina luz de la taberna y no lo pensó dos veces.

—¿Qué va a ser?

—Café con gotas.

Como pidiendo permiso para sentarse, señaló una silla colocada ante una mesita de mármol agrietado y sucio. El tabernero asintió sin palabras. Oriol se sentó en el momento en que las gotas dejaban de ser solitarias y se convertían en un jarreo incesante, aturdidor, incesante, atronador, incesante, que empapaba el contorno de todas las cosas, y el de la fuente, y el del miedo que le había sobrevenido al lado de la fuente. Al cabo de un minuto, el chaparrón era una cortina de agua que ocultaba la fachada del número tres.

—Anda y vuelve por otra —dijo, irritado, un hombre que acababa de entrar—. Hace un momento se veía la luna y todo. —Y se sacudió el agua de encima como un perro.

De no haber sido por el chaparrón, no se habría dado cuenta. El hombre gris estaba acurrucado al amparo de un toldo recogido y aguantaba la lluvia estoicamente. Ese lado de la calle, casi en la desembocadura de la plaza, era el único sitio en el que podía apostarse quien quisiera tener una buena visión de la taberna.

Al principio le extrañó que no buscase refugio, que persistiera en la intención de calarse. Hasta que cayó en la cuenta.

Tomó el café con gotas procurando que no se le notara el nerviosismo. Al menos estaba seco al cobijo en la taberna, respirando el aire avinagrado, injertado de humo viejo de tabaco rancio, y puso las manos encima del mármol frío de la mesa, un mármol del mismo color que el de la lápida que muy pronto cortarían Serrallac para él

y en la que inscribiría lo que tenía que ser recordado para siempre, a saber, que había muerto por Dios, por la Patria, por Franco y todo eso. Otro sorbo del vaso caliente.

En la taberna, cuatro o cinco clientes madrugadores y él. Y fuera, en la calle, el perseguidor a solas con la lluvia, porque a nadie se le ocurría salir de casa con la que estaba cayendo.

Sacó un libro del bolsillo y se dispuso a fingir que leía mientras vigilaba de reojo al vigilante y sin perder de vista el número tres de la Placeta de la Font, por si se le ocurría salir en brazos de tu madre, no fuera a perderos otra vez para siempre.

Quién querrá seguirme. Miró a los clientes del bar: no eran perseguidores ni parecía que los persiguiera nadie. ¿Y él? ¿Parecía un perseguido? Apuró el contenido del vaso y chasqueó la lengua. La lluvia amainaba.

—Otro café con gotas —dijo, sin apartar la vista del espía. La puerta del número tres se abrió y salió un hombre canoso con un bocadillo bajo el brazo, dispuesto a comenzar la jornada, como los clientes de la taberna, que, al ver que la lluvia amainaba, fueron desapareciendo después de toser el primer cigarrillo del día con un café muy cargado. A pesar de las nubes, la luz fue ganando la partida a las tinieblas y poco a poco las calles que desembocaban en la plazoleta se salpicaron de gente que iba y venía en la actitud de derrota, en blanco y negro, desconfiada, propia de las primeras horas de la mañana de después de una guerra que había dejado a todos sin aliento. El espía era un desconocido. Del uniforme falangista sólo conservaba el bigote fino y la mirada arrogante, su manera de ir de incógnito. No era el ejército.

Eran los falangistas.

Entonces la vio. Salió con un paquete en brazos. ¡No! ¡Con su hija en brazos! Rosa salió a la calle con una blusa fina. No hacía frío, pero su hija, metida en una cesta pequeña o algo así, iba bien protegida. ¿Adónde iban tan de mañana? Estaba dispuesto a hacer tiempo, a esperar ensayando lo que le diría, cómo se lo diría, lo que haría para convencerla, si es que era justo contarle todo eso y obligarla después a quedarse en la Placeta de la Font mientras él volvía a la montaña a jugarse la vida.

¿No sería más justo no decirle nada? ¿No habría hecho el viaje en vano?

Volvió a preguntarse por qué salía de casa tan temprano. Entonces, Rosa tosió y él se levantó con intención de cruzar la plaza y acercarse a ella. En ese momento vio que al hombre calado hasta los huesos se le había unido otro y que ambos lo miraban; no sé de qué hablaban, pero comprendí que era preferible no meteros en el ajo a tu madre y a ti, porque era gente sin entrañas. Por eso Oriol Fontelles volvió a sentarse y apenas vio pasar a Rosa, seria, por delante de la taberna, con su futuro en brazos, porque se le empañaron los ojos con una sola lágrima espesa. Sólo distinguió una manita blanca con unos deditos como salchichas diminutas, la mano de su hija, la mano de la niñita que era la otra gran razón para guardar el secreto. No sabía que esa vez, además de la primera, sería también la última que viera esa manita. Al contrario,

puesto que ahora sabía dónde vivían, creyó que volvería a intentarlo dentro de unos quince días.

Cinco minutos después salió de la taberna y comprobó que la pareja iba tras él.

Tuvo la sensación de ser alondra que finge estar herida de muerte para alejar a los depredadores del nido de sus mujeres.

—¿Por qué me has puesto perros a la zaga?

—¿Qué hiciste cuando cogiste el tranvía?

—¿Esto es un interrogatorio? ¿Soy sospechoso de algo?

Sospechoso al menos de haberme tirado a una mujer que deseas para ti pero que escapa a tus posibilidades; sospechoso de ser Eliot, sospechoso de ayudar al maquis a preparar la Gran Operación, que no sé en qué consiste. Ah, y sospechoso de haber tenido mala puntería cuando quise meterte una bala en la nuca en el restaurante Estació de Vilanova. Y de otras cosas que se me olvidan.

Valentí Targa dio un sorbo pequeño y dejó la tacita delicadamente en el plato:

—¿Qué hiciste cuando cogiste el tranvía?

—Me fui de putas. ¿Quieres más detalles?

Valentí no lo miró y Oriol se alarmó. Por qué ese distanciamiento. Qué ha descubierto.

—Me fui de putas —insistió—. Tus hombres no saben seguir a nadie. Son malos sabuesos. Tienes que adiestrarlos.

Lo miró a los ojos. Desde la muerte del faro, Oriol Fontelles había aprendido a mirar a Valentí a los ojos: había descubierto que el alcalde no le sostenía la mirada más de cinco segundos, como si le pesara la vida.

—Me ofende mucho que desconfíes de mí. Quería ir a ver a mi tía.

Marés les llevó los vasos de anís y Valentí esperó a que se alejase para decir en un tono gélido que le dio escalofríos tu tía no vive en Barcelona. Vive en Feixes. —Y con el primer sorbo—: ¿A qué fuiste a Barcelona?

—No... Nada. De putas.

—No hace falta irse a Barcelona para echar un polvo. ¿Sabes que la Vilabré también fue a Barcelona?

—¿Quién?

—Elisenda Vilabré.

—Ah.

—¿La viste?

—¿Cómo dices?

—Que si la viste en Barcelona.

—Pero ¿te crees que...? Oye, mira, Barcelona es muy grande y...

—Contesta, ¿os visteis?

Valentí Targa tenía celos.

—No me... —Se calló, pero de pronto, explotó—: ¿Y a ti qué te importa?

Valentí Targa apuró el vaso y lo posó en el mármol con un golpe. Con voz ronca y sin mirarlo dijo como me entere de que la rondas, te mato.

—¿Qué derecho tienes tú sobre esa señora? —contraatacó con una buena dosis de imprudencia.

—Todo el derecho del mundo.

—Me parece que ella no opina lo mismo.

—Ah, o sea, que os veis.

Resumiendo. Tengo que ir a escondidas del maquis a ver de lejos a mi mujer y a mi hija, que todavía no sé cómo se llama, pero que tiene una manita preciosa, que parece que siempre esté diciendo adiós; tengo que burlar a unos falangistas que me espían y, para no ponerlos en peligro, hija, renuncio a hablar con mi mujer, a darte un beso, a cogerte la mano y a jugar a éste se fue al monte, éste encontró un huevo aunque sólo sea una vez en la vida; tengo que disimular todos los días y todas las noches con el grupo de falangistas de Targa para poder cumplir las órdenes del alto mando; tengo que callar cuando estoy con los niños para que no dejen de creer que no soy más que un maestro, que no escondo fugitivos ni combatientes en el desván de la escuela; tengo que disimular con Valentí Targa para que no sospeche que en la escuela descansa gente de paso que recorre el camino del miedo, y que soy su hostelero; tengo que esconderme de las mujeres Ventura, que me odian, y de todo el mundo en general, para poder ver a una mujer excepcional que también se oculta de todo el mundo para poder verme, acariciarme la mejilla, mirarme con esos ojos que tiene y decirme me parece que te quiero mucho, Oriol, y de momento lo nuestro es imposible, para ti y para mí, pero encontraré la solución, porque siempre encuentro soluciones para todo. Y ahora el desgraciado imbécil inútil de Targa está celoso porque barrunta que Elisenda y yo nos vemos a escondidas. Y lo peor del caso es que es cierto. Nos vemos a escondidas y para mí es el cielo, y no renunciaré por nada. Sé que no me conviene, que voy a salir mal parado, pero es una mujer irresistible. Dios mío. Quiero huir. Rosa, auxilio.

Capítulo 34

—Señor alcalde —dijo, levantando la hoja de las anotaciones como si brindara con papel—, me gustaría que entendiera el esfuerzo del profesorado como muestra de agradecimiento al pueblo en el que impartimos la docencia, en el que aprendemos y en el que enseñamos a nuestras alumnas y a nuestros alumnos las ventajas del multiculturalismo de la sociedad global y tecnológica del que somos protagonistas y en el que enseñamos a todas y a todos a valorar el mestizaje cultural como un proceso de expansión mental mediante la transversalidad que resulta sumamente enriquecedor... Jordi, qué pena me das: lo que te gusta a ti es la confluencia de mujeres, no te andes por las ramas...

—... y también, ¿por qué no?, le pido que lo considere un homenaje a nuestras y nuestros colegas de otras épocas menos halagüeñas... Todas y todos forman parte del mismo motor social que es el magisterio.

¿Ha habido épocas menos halagüeñas? ¿Alguna vez he vivido tan acongojada? No puedo romper el círculo, plantarme delante de él y espetarle Jordi, deja de largar discursos y piensa un poco: hemos conocido épocas más halagüeñas, ¿te acuerdas?, cuando creíamos que éramos sinceros; pero sobre todo cuando creíamos que nosotros siempre nos trataríamos con honradez, sí o no, contesta, ¿sí o no?

La despertaron los aplausos protocolarios de los asistentes a la inauguración de la exposición Medio siglo de vida en la escuela (1940-2002) en el aula polivalente. Un mes de exposición, hasta Carnaval, con las visitas de los maestros de las escuelas de la comarca que habían participado en la organización. El alcalde dio la exposición por inaugurada y todo el mundo se puso a picar aceitunas rellenas y patatas de bolsa, regadas con un poco de fanta. Joana, siempre tan dispuesta, aprovechó el bullicio para terminar de pegar adhesivos en los sitios que faltaban. Jordi, acompañado por Maite, se dirigió a ella sonriendo. Aunque Tina no quería fijarse en los movimientos de Jordi, los siguió fielmente a unos metros de distancia, disimulando con un refresco en la mano. Un colega le ofreció patatas, pero las rechazó con un gesto gracioso que quería decir he constatado hace unos días que mi marido me engaña y no estoy de humor para patatas fritas, porque se me ha puesto un tapón de pena en el estómago y lo tengo cerrado. Y no te cuento más porque te echarías a llorar. Jordi llegó al lado de la secretaria.

—Te felicito —dijo, con una aceituna en los dedos—. Ha quedado fenomenal.

—Pues habría preferido —respondió Joana en tono seco— que, en vez de felicitar me ahora, me hubieras echado una mano estos últimos días. —A Maite—: El catálogo está sin hacer.

—Pero hemos inaugurado según el calendario previsto.

Tina vio que Joana, visiblemente molesta, pegaba el último adhesivo, en el que se

hacía constar la procedencia de los cinco modelos de barritas de tiza milagrosamente enteras que habían encontrado en una escuela del valle Ferrera, y a continuación se iba a secretaría, porque siempre tenía algo que hacer. Jordi y Maite procuraron disimular su desconcierto. Tina se fijó en la pareja e intentó imaginárselos a medianoche, con anorak, en la puerta del hostel de Ainet. ¿Sería la hija de puta de Maite? No estaba segura, pero a lo mejor, sí. Sí. Podía ser ella. Por supuesto. Es la directora y, por tanto, tiene mucha libertad de movimientos. Ya lo creo.

Casi se atraganta cuando la pareja de adúlteros se dirigió hacia ella en el momento en que rechazaba una vez más el picoteo que le ofrecía el colega que, al parecer, se había propuesto alimentarla sin darse cuenta de que precisamente, además de las penas, le sobraban cuatro kilitos. Maite, la traidora, en tono de preocupación:

—¿Sabes por qué está Joana de tan mal humor?

Le entraron ganas de decir la que tiene que estar de mal humor y de peor soy yo, porque vosotros dos me mináis la moral, pero yo no tengo a nadie a quien contárselo y me estáis destrozando la vida. Si es que eres tú, Maite. Pero sólo dijo no lo sé, no tengo ni idea, supongo que serán los nervios. Ha currado mucho, ¿no?

—Todo el mundo ha hecho lo que tenía que hacer —se defendió Maite.

Tina no le prestó atención porque vio que Jordi les hacía un gesto de excusa y se iba con una expresión radiante en la cara. Ah, no era Maite. Se volvió para ver el encuentro de Jordi con su verdadera amante, pero lo que vio fue el abrazo que se dieron Miquel Darder y él. Maite: vuelves a ser tú. Sonrieron las dos al ver a Darder.

Hilando fino, eran seis los kilitos que le sobraban, aunque le costase aceptarlo. Por unos momentos, Tina estuvo a punto de decir Maite ¿por qué me hacéis esto? Pero se contuvo a tiempo, miró a Darder, lo saludó desde lejos, él respondió al saludo también desde lejos y, sin poder dominarse, se oyó decir Maite, ¿por qué me hacéis esto?

Maite, que ya se alejaba, se detuvo y abrió la boca; todo el alboroto de las conversaciones de los maestros se esfumó. Era Tina contra Maite, era entender por qué pasaba lo que nunca tenía que haber pasado si hubiéramos preservado la honradez. Al cabo de unos segundos:

—¿Quiénes te estamos haciendo qué?

—Vamos, mujer, vamos. Encima...

—¿De qué hablas?

—Nada, nada, no he dicho nada. —Y de la manera más seca posible—: Perdona.

Y dejó a Maite plantada y se dijo que estaba tan hasta las narices de todo que esos momentos sólo le apetecía la compañía de Doctor Zhivago.

Pero volvió a la sala grande y miró detenidamente el mural en el que se exponían, con todos sus defectos, algunas de sus fotos, como la de la escuela de Torena la víspera del derribo, y un mapa enorme en el que habían dibujado las escuelas en las

que habían recogido material, que coincidían exactamente con el principal radio de acción de los hombres del teniente Marcó, un escuadrón integrado casi en su totalidad por oriundos de las tierras pirenaicas, todos montañeses, sin excepción, que solía prescindir, según descubrió en las últimas lecturas, de las directrices oficiales procedentes de Tolosa.

Aunque no tenía hambre, cogió una aceituna por masticar algo y miró alrededor.

Un maestro relataba al alcalde las proezas que habían sido necesarias para encontrar vete a saber qué material, y el alcalde disimulaba un bostezo. Se acercó Joana con unos papeles doblados.

—Esto te interesa ¿verdad?

Tina lo miró por encima: recortes de prensa de la época.

—¿De dónde los has sacado?

—De la antigua escuela de Sort. Por lo visto, un maestro coleccionó las escasas noticias que se publicaron sobre el maquis.

—¿Sabes quién era ese maestro? —Mientras miraba con avidez los recortes.

—No. —Y tras una brevísima pausa—: ¿Por qué te interesa tanto... la guerra?

—Porque un maestro que fue héroe del maquis ha pasado a la historia como el bastión del fascismo en la comarca. Me gustaría restituir la verdad...

—¿Y a quién puede interesar ese asunto?

—A la memoria —bajó la mirada porque le pareció que había hablado con demasiada solemnidad—. A su familia. A su hija. A mí.

—¡Anda! ¿Conoces a su hija?

—No. Ni siquiera sé si vive todavía.

—Ha pasado mucho tiempo.

Cómo decirle que la espeluznaba pensar que la gente no fuera lo que era en realidad, como Oriol Fontelles o como Jordi. O que le resultaba más fácil hablar con Fontelles que con Jordi. Se concentraba en Oriol por cobardía. Cuántos cobardes en tan poco espacio, Dios mío. ¿Le cuento algo a Joana? ¿Lo de Jordi? ¿Lo del médico?

¿Lo de Arnau?

—Supongo que en el fondo lo hago por mí —dijo a modo de conclusión.

Joana la miró a los ojos y Tina, al darse cuenta de que le temblaban las manos, las bajó agarrando los recortes para que Joana no lo notase.

—¿Qué sabéis de Arnau?

—Nada. Dice que está contento.

—¿No habéis ido a verlo?

—No nos lo permiten. Tiene que pasar algún tiempo. Pero me da la sensación de que voy a tomarme alguna libertad.

Ninguna de las dos dijo nada. Estaban ligeramente incómodas. Joana le dio un apretón en el brazo, como diciendo hasta la vista y Tina se quedó sola con su

desencanto con Arnau, mi hijo que elige libremente un camino contra el que tanto he luchado por evitar que se lo impusieran. Mi hijo, otra vida. Como la hija de Oriol Fontelles, que vive convencida de que su padre es fascista y no es cierto.

Miró los recortes. Pasó dos o tres. Una serie de tres fotos muy buenas, un poco amarillentas, de la plaza de Sant Eloi o la Major, tal vez, con un monumento cuya leyenda se veía borrosamente. Se acercó a la luz para distinguir mejor los detalles.

Según el pie de la primera, se trataba de un rústico y vigoroso monumento a los caídos inaugurado en mil novecientos cuarenta y cuatro, momentos antes de sucumbir a un atentado que lo destruyó. La foto era exactamente de hacía cincuenta y siete años, cinco meses y ocho días y, detrás del monumento, desaparecían del campo de visión un operario y un niño; el niño miraba la piedra y parecía enfurruñado. Llovía en la foto. Al fondo se veía una pareja de jóvenes agarrados por la cintura, besándose tal vez. Había unos hombres de pie, con americana blanca, que le recordaron a los músicos de la Orquesta Platería. Estaban mirando el monumento y hacían comentarios de entendidos en la materia. Otras pocas personas miraban también el monumento, o al fotógrafo quizá (Peret el de casa Moliner). Era una foto llena de detalles que habían escapado a la atención del fotógrafo, porque, evidentemente, el objeto de la instantánea era el monumento. En el momento de fijar la segunda instantánea, del monumento solo, sin gente alrededor, faltaban tres segundos para que estallase la bomba que acabaría con la vida del fotógrafo. El maquis mató a Peret el de casa Moliner, eterno votante de Esquerra cuando en el mundo todavía se podía votar.

La tercera foto, de factura muy distinta y, por tanto, probablemente obra de otras manos, daba fe de la destrucción posterior a la explosión, así como de la presencia de un hombre de actitud autoritaria que maldecía a los comunistas rojos y separatistas que nos destrozan la patria, mientras la gente, ahuyentada por tanta guerra, corría y exclamaba ave maría. Daba fe del olor reseco de la pólvora del explosivo y del fragmento de mayor tamaño del monumento, caído a diez pasos de distancia. Y en la parte inferior, la silueta borrosa y desenfocada de un hombre que corría pensando hija mía sin nombre, a qué mundo te hemos traído.

Siguió mirando fotos. Era un buen material. No tenía nada que ver con el libro que estaba haciendo, pero sí con Oriol. Gracias, Joana, sinceramente, dijo para sus adentros, mirando hacia la secretaría.

Capítulo 35

Cielo de primavera limpio, intenso, brillante; estrellas como pinchos cuentan a Jaume Serrallac que su mensaje luminoso no se puede entender por antiguo y lejano.

Pero Serrallac no presta atención a las estrellas. Miró una constelación que parecía la letra eme sin saber que Casiopea fue la causante de la desgracia familiar al proclamar, por orgullo, que su hija Andrómeda era más bella que las nereidas. ¡Que las nereidas, nada menos! Qué osadía. Y ahora estaba estampada, inmóvil en el cielo gélido, junto a su marido, Cefeo, y al lado de Andrómeda y su enamorado y salvador, Perseo. Cuánta pasión sobre la cabeza de Serrallac, cuántos castigos, cuántos destinos cortados a cuchillo. En cambio, él miraba al cielo y fumaba tranquilamente el último cigarrillo pensando en la mejor maldita manera de pedir el segundo crédito para tapar los agujeros ocasionados por la reparación del camión. Se estremeció de frío y se subió la cremallera del grueso jersey hasta el cuello.

La bombilla anémica del lado de la plaza en el que se encontraba estaba apagada, como en los días lejanos de la infancia, cuando las partidas de maquis o las remesas despavoridas de hombres, mujeres y niños con ojos de miedo, trenzas heladas y temblor de fugitivos recorrían el camino clandestino hasta la escuela y allí descansaban unas horas en su periplo hacia la incertidumbre. Serrallac nunca llegó a saberlo. Él, desde el pupitre de la izquierda, el de al lado de la pared, miraba los mapas que lo ayudaban a soñar y se imaginaba remando río arriba por la cinta azul envuelta en verde del Amazonas, y, al llegar a la zona marrón y blanca, las fuentes del gran río, lanzaba un grito tan potente que se oía en toda América, desde el estrecho de Bering hasta la Tierra del Fuego.

—Qué pasa, Jaumet.

—Es que... el Amazonas me marea...

—Por qué, dime.

—Es que..., cuántas veces es el Pamano, o la Noguera.

Oriol miró al chico a los ojos, tan azules, buscando su verdad. Debía de ser el único que siempre estaba pensando en algo, el único que, en otro lugar y en otro momento, habría estudiado grandes cosas; pero en Torena, si su padre no tomaba otra determinación, estudiaría guadaña, hierba, vaca, oveja y, con un poco de suerte, cría de animales de tiro, que da fuerza y tiene mucho futuro, porque se han requisado todas las mulas y burros en nombre de las guerras. O tal vez se quedara con su padre, Serrallac el de las piedras, cortando lápidas y lajas de pizarra para techumbres.

—El Amazonas es... más de mil veces el Pamano.

—No —dijo el chico, admirado, rendido.

—Sí.

Jaumet no volvió a hablar en toda la fría tarde porque intentaba imaginarse mil

pamanos juntos y todo el valle de Àssua se le convertía en un río tan inconcebible como la legendaria inmensidad del mar. Con esas cosas soñaba mientras, sobre su cabeza, en el sotabanco de la escuela, dos niñas procuraban acallar el miedo para que ningún alumno inocente volviera a casa contando que las ratas y los ratones del desván de la escuela estornudan como niñas de ojos despavoridos y trenzas rubias.

Serrallac no llegó a saberlo nunca porque, además de soñar mapas del mundo, empezó a ayudar a su padre a cortar piedra con la escoda; admiraba a Ventureta, hasta que lo mataron, porque iba a la Coma Alta y volvía en cinco cuartos de hora justos. Pero, ahora, la bombilla no estaba apagada porque la aflojase un maestro emboscado cuando le convenía, sino porque Pòrtules es un incompetente, que cobra un sueldo seguro, trabaja muy poco y encima lo hace mal, pero nadie se queja.

Envidió su sueldo de funcionario; en cambio, él siempre estaba con el corazón en un puño por culpa de las letras impagadas del camión, y con el árbol de levas destrozado, porque se había empeñado en ir cargadísimo a Pujalt, con lo empinado que es el camino.

Entonces se abrió el portal de casa Gravat y él, que acababa de tirar la colilla al suelo, se quedó inmóvil en el poyo, oculto en la oscuridad, mirando la silueta femenina que salió con algo en la mano. La señora Vilabré. La señora llevaba un lío de ropa en las manos. Lo tiró exactamente en un charco que había al lado de la pared.

¡Plaf!, hizo el hato, y la mujer se quedó plantada como si estuviera infinitamente cansada, empapándose de barro. La señora entró y cerró la puerta y Jaume Serrallac se dijo que mejor no mover ni un pelo, porque aún no se había terminado la acción.

Como si los dioses obedecieran sus pensamientos, la puerta de casa Gravat se abrió otra vez y salió una figura blanca. Un hombre desnudo y descalzo, que absorbió el frío de las noches de finales de abril en Torena, ahogó una maldición, cogió la ropa, que estaba empapada, e intentó ponerse los calzoncillos, manchados de barro; buscó airadamente entre la ropa y entonces se volvió a abrir la puerta y un brazo enérgico arrojó al centro de la plaza un par de zapatos, que hicieron un ruido irónicamente vacío, y cerró de nuevo, y el hombre desnudo maldijo aún más, pero se precipitó a recogerlos. En ese momento le vio la cara a la luz de las míticas estrellas: era el imbécil que hacía el monigote en las pistas, y que dicen que tiene mucho éxito en Barcelona con las jovencitas. ¿Ese mierda pinchada en un palo y la señora Vilabré?

Hostia. Y en casa Gravat. Hostia consagrada. Casi otra constelación, la señora Vilabré, la distante, y el pelele de las gafas de sol.

Jaume Serrallac se quedó esgrafiado contra la pared de su casa para evitar que el hombre descubriese su presencia. Y se enfadó porque, en todo caso, quien tenía algo que esconder era el monitor de las narices, no él, que sólo estaba echando el último pitillo en el poyo de su casa, mientras su mujer y su hija estaban ya en la cama. A

pesar de todo no movió un pelo, porque en Torena hacía años que todo el mundo se sabía la lección de que valía más no tener ninguna clase de trato con los de casa Gravat. El monitor y la señora Vilabré. Qué barbaridad. Resulta que a la señora, la mosquita muerta que compró la mitad del término municipal y lo revendió por una fortuna, según dicen, la que anda siempre entre curas y canónigos y con el obispo de la Seu, resulta que a ésa le engrasa los ejes un esquiador.

—No me lo creo.

—Lo he visto con mis propios ojos. En pelotas en medio de la plaza.

—Imposible. La señora Vilabré...

—La señora Vilabré tiene piernas como todo el mundo. Y quien tiene piernas, tiene coyuntura entre ellas.

Fue como una declaración de principios que Jaume Serrallac sentó mientras echaba el último trago de carajillo en Casa Rendé en compañía del cabrito de los seguros, que se negaba rotundamente a aceptar que la rotura del árbol de levas fuera un accidente, en vez de una avería.

—Lo sé de buena tinta: me lo ha jurado un desgraciado que vive enfrente de su casa, uno que hace lápidas y cosas de piedra.

—Pero es imposible.

—Pues te equivocas: la señora Vilabré se entiende con jóvenes y los obliga a andar por el pueblo en pelotas.

—¿Como si fuera una orgía?

—No sé; te cuento lo que me han contado a mí. Ni siquiera he ido a Torena en mi vida, porque yo me dedico a los seguros, a ver si me entiendes.

—Sí, eso que dices es muy grave.

—Me lo ha contado uno que vive justo enfrente. Digo yo que.

—Orgías en el pueblo, señor delegado.

—No me lo creo.

—Ordene una investigación.

—Usted no es quién para decirme lo que tengo que hacer. Seguro que es un bulo de alguien que quiere hundirla. Esa mujer es muy, muy...

—Le aseguro que lo sé de buena tinta. De muy buena tinta.

—Como delegado, me veo en la obligación de pedirle que se instruya una investigación, señor.

—Si es tan grave como dicen... —Tamborileo preocupado de lapicero en la mesa.

—Estoy convencido de que es una exageración. Alguien que quiere hundirla. Todo quedará claro en la investigación, señor.

—Llevala a cabo. Discreción, prudencia, reserva, tacto y circunspección, señor delegado.

Elisenda cerró la puerta y se apoyó en ella como para impedir que entraran en

casa Gravat los rumores que, sin duda, correrían como la pólvora a partir de ese momento. Oyó la maldición que se tragaba Quique y, a continuación, los primeros golpes. Como te lo digo, con los pantalones medio puestos, empezó a aporrear la puerta de casa Gravat con un zapato, en el silencio de la noche, gritando y diciendo abre o te arrepentirás, y, unos segundos antes de que se encendiesen tres o cuatro luces de las casas de alrededor de la plaza, la señora Vilabré abrió la puerta, agarró a Quique por los pelos y lo metió en casa. No vi nada más, aunque me quedé un buen rato, pero fue tal como te cuento, o que me muera aquí mismo si miento.

—Ahora óyeme bien.

Quique todavía llevaba los zapatos en la mano y resollaba de ira. Ella, sin mirarla, dijo gracias, Carmina, puedes volver a la cama, está todo bajo control.

—Es que... Tiene una llamada, señora.

—¿A estas horas?

—Dicen que es urgente.

—Muy bien, ahora me pongo.

—Qué. Qué es lo que tengo que oír. —Quique, enfurecido, se calzó y se sacudió el barro de la camisa.

—No me gusta repetir las cosas. Si dices una sola palabra de lo nuestro, morirás, te lo aseguro. Hablo en serio.

—Huy, qué miedo.

—Inténtalo y verás. Tengo muchos recursos.

—Señora, dicen que...

—Gracias, Carmina. —Y sin mirarla—: He dicho que puedes irte a la cama.

Cuando Quique terminó de vestirse, la señora volvió a abrir la puerta; antes de salir, el joven escupió en el suelo con impotencia y, mirándola a los ojos, dijo me he tirado a tu querido hijito. Se lo pasó de miedo. Maricón perdido. Si quieres saber los detalles, llámame.

Elisenda dio con la puerta en las narices a su lío con Quique y, al volverse, vio a Carmina, en camisón y asustada, en la puerta del recibidor; sin mirarla directamente y dirigiéndose a la sala dijo Carmina, mañana a primera hora haces la maleta y te vas de esta casa.

—Pero...

—Te dejo dinero aquí encima.

—Señora, yo no...

La señora ya había entrado en la sala y estaba cogiendo el teléfono de la repisa de la chimenea.

—Diga.

—¿Señora Vilabré?

—Soy yo.

—Llamo porque su tío.

—¿Qué le ocurre?

El superior de la residencia lamentó mucho tener que decirle que parecía que ahora iba en serio, que el pobre hombre había sufrido un ataque, que estaba medio paralizado y no se movía y...

—¿Qué dice el médico?

—Que no se puede hacer nada, señora.

—Entendido. Dentro de una hora estoy en la residencia.

—Es que lo hemos llevado al hospital y...

—He dicho que dentro de una hora estoy en la residencia.

Prefirió llevar el coche ella, ir sola, llorar de rabia, derrumbarse a solas, desahogarse, gritar en el coche al iniciar el puerto del Cantó. Cuando llegó a la residencia anexa al Palacio Episcopal, la estaba esperando el padre Llebaria, desconcertado.

—Acaban de administrarle la extremaunción. No pasa de esta noche. —Mirando de soslayo el edificio—: Pero es que... está en el hospital.

Elisenda subió a la habitación que ocupaba su tío August, seguida por el director de la casa. Cuando llegó a la estancia, dio media vuelta y dijo con voz gélida padre, quisiera estar un rato sola, si puede respetar mi dolor.

El hombre, confuso, se apresuró a cerrar la puerta. Elisenda se hizo una composición de lugar: la cama, deshecha todavía; el bastón de su tío, apoyado inútilmente en la pared; un libro de juegos matemáticos abierto encima de la mesa, con un lápiz afilado en la página de las soluciones, como si fuera Kempis. En el primer cajón encontró lo que buscaba: una carta sin terminar dirigida al obispo de la Seu y al nuevo postulador de la causa de beatificación del venerable Oriol Fontelles i Grau, muerto por la fe, en la cual, con una letra muy vacilante, pero legible, el padre August decía me veo en la horrible disyuntiva de tener que elegir entre dos males que pueden con mi conciencia. Haga lo que haga, me condeno. Si callo, porque soy cómplice de un engaño; si hablo, porque rompo el secreto sagrado. Estoy muy débil para enfrentarme a esta situación y por eso, aconsejado por mi confesor, quiero advertirle, bien amado monseñor, que me asisten razones profundas para creer que la causa de beatificación del venerable Oriol Fontelles no puede seguir adelante.

Punto. Una carta inacabada, sin despedida ni saludos iniciales, pero con el nombre de los destinatarios. Un borrador lleno de dudas.

Al cabo de un cuarto de hora, cuando el padre Llebaria llamó a la puerta tímidamente, ella dijo adelante con la voz quebrada. Estaba sentada y se secaba los ojos. El padre se compadeció del dolor de la señora y guardó silencio.

—¿Sería tan amable de indicarme la dirección del hospital?

El padre Llebaria terminó de darle la dirección en la calle y, después de cerrar la

portezuela del coche, Elisenda sacó la cabeza por la ventanilla y dijo padre, ¿sabe usted quién es el confesor de mi tío?

—¿El confesor?

Esperó la respuesta preparada para arrancar el coche.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Quiero agradecerle todo lo que ha hecho por mi tío.

—Yo soy su confesor.

—Muchas gracias, padre. Vendré a verlo dentro de unos días para demostrarle mi gratitud.

Puso el motor en marcha y dejó al secretario de la residencia aún más desconcertado que cuando llegó.

Lo peor fue la mirada. Peor que los estertores, que el leve temblor del hombro, que la sensación de muerte inminente que se respiraba en la habitación. La mirada. La miraba fijamente, con los ojos entrecerrados, como si la aborreciera.

—No reconoce a nadie —le aseguró el doctor—. La ciencia no puede hacer nada más.

Sí me reconoce. Me mira y me condena al infierno, y me espeluzna un poco.

Pero has de saber que es por un buen fin, que no eres quién para decirme lo que tengo que hacer, que me he propuesto dar a conocer al mundo que Oriol fue un mártir y que quiero honrar su memoria. ¿Es que no te entusiasgaste tú al principio, tú y mosén Bagà? Ahora ya no puedo dar marcha atrás. Es absolutamente imposible y no lo haré por nada del mundo. Además, he dicho a Dios que lo conseguiría. Y si no quieres entenderlo, me da igual. Lo hago por amor a mi amor y te juro que llegaré hasta el final.

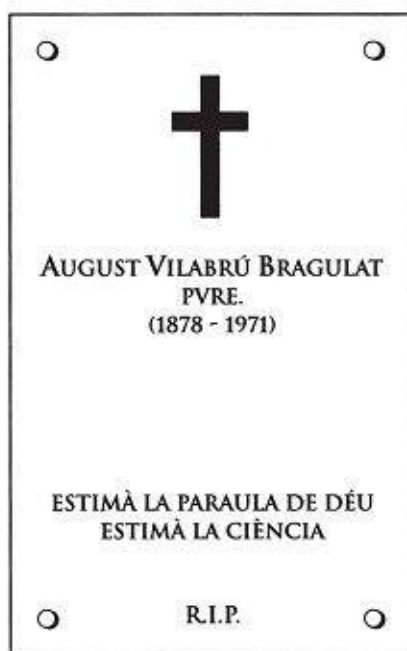
—Tío, ¿me oye usted?

Está maldiciéndome. No soy mala, tío; tú crees que sí, pero todo lo que hago es para bien. Hace tres días me confesé y estoy limpia. Casi. No eres quién para juzgarme, no tienes derecho a mirarme así

—Siéntese, señora. Piense también en usted.

Es en lo único que pienso. Tío, ¿por qué eres tan cruel? ¿Es que no entiendes que no puedo dar marcha atrás, a estas alturas? Crees que lo sabes todo, pero no sabes de la misa la media. ¿Es que no lo ves? Las cosas han sido como han sido y, si algo he aprendido en la vida, es que los hechos no pueden cambiarse por deseos: hay que tomarlos como vienen. En eso consiste la fortaleza. Y si alguien pretende juzgarme porque no he hecho otra cosa que conservar la memoria de mi padre y la de mi hermano y hacer justicia a mi amor, que mire primero si está libre de culpa, porque todo el mundo tiene algo que ocultar. Y no me hables más de perdón. No soy yo quien tiene que perdonar, sino mi padre y mi hermano. Y mi amor. Sí, mi amor, tío, qué tiene de malo. Nunca entenderás lo que es amar locamente a una persona. Nunca

entenderás que piense en él todas las noches, aunque haga tanto tiempo y a pesar de lo que sucedió, cosas que ni siquiera te imaginas. Me roe hasta el alma, tío. Me acuerdo de él todas las noches. Tú no sabes lo que es la pasión ni lo que somos capaces de hacer por pasión. Los momentos que viví abrazada a Oriol me han enriquecido: valió la pena, tío. Esos poquitos instantes clandestinos me dieron el cielo, mientras duraron. Todas las demás decisiones que me enriquecen todos los días carecen de valor, tío. En cambio, preservar la memoria de Oriol para que sea honrado por siempre es muy importante. Contra viento y marea, tío, incluso contra Dios, y que Dios me perdone. Y juro que no volveré a quitarme esta cadenita con la cruz, hasta el día en que me muera, tío August.



—Señora Vilabré.

—¿Eh?

—El padre August ha muerto.

La mirada del padre August no había cambiado: rezumaba odio, estaba fija, con los ojos entreabiertos, mirándola, acusándola de todos los males, qué injusto eres, tío August.

—¿Podrían cerrarle los ojos?

Amó la Palabra de Dios. Amó la Ciencia. Lloró la muerte de un hermano y de un sobrino vilmente asesinados por grupos de la FAI de Tremp y sintió pecaminosos deseos de venganza. Vivió exiliado en Roma, donde conoció a Massimo Vivaldi, quien lo animó a escribir la obra Sobre un espacio de funciones enteras de orden finito. Dudó profundamente del intento de Whitehead y Russell de organizar la aritmética sobre la axiomática de la teoría de conjuntos. Pero, después de leer Principia Mathematica, se convirtió en apóstol acérrimo de sus teorías. Fue candidato

a la medalla Fields dos veces consecutivas, aunque, cuando regresó de Roma, permaneció en la Seu, donde regentaba una cómoda canonjía que le permitía pasarse todo el santo día pensando en las funciones de variable real. En cambio, fue débil con su sobrina, una furia fría de la naturaleza, según su opinión, que supo meterlo en un bucle de decisiones absolutamente irresoluble. Eso era lo que encerraba el guioncito que, sin saberlo, cinceló Jaume Serrallac entre las fechas 1878 y 1971. Se te da mejor que a mí, reconoció su padre, Pere el de las piedras, que solía matar las horas de jubilado en el taller, ahora en manos de su hijo, releendo extractos del pensamiento de Bakunin (que, más que una doctrina, era ya un recuerdo de la época de los ideales), tocando los bloques de mármol con la mano y asegurando en voz baja que las piedras de hoy ya no son lo que eran.

Seguramente sería la lápida de mayor categoría que haría en su vida, porque la gente de montaña no arrastra tanta historia. Además, no escatimaron gastos, sólo tiempo. Jaume Serrallac tuvo que pasar la tarde y la noche en el taller grabando el resumen de vida y sueño en letras Perpetua Titling MT y, una vez terminadas, las pintó de negro para que resaltaran sobre el elegante gris de la piedra. Una obra de arte. Pobre hombre, aunque hacía mucho tiempo que era un saco de huesos. Y siguió pensando quién podía imaginarse que la señora Vilabré... Es una señora muy guapa y elegante, claro, pero, de todos modos... Qué barbaridad, oye. Sin embargo, Elisenda Vilabré, sola, sin Carmina, paseaba por el jardín interior de casa Gravat; estaba inquieta y no se retiró hasta muy tarde, cuando Casiopea completó casi toda su vuelta y la estilizada Andrómeda pasó por encima de Torena. En ningún momento se fijó en las estrellas ni en las pasiones contenidas en sus asterismos. Estaba demasiado viva por dentro, demasiado conturbada, y tenía muchas cosas urgentes que hacer, por ejemplo, tirar por el retrete las cartas de su tío, reducidas a pedacitos, o no sucumbir al recuerdo de la mirada del moribundo, que era peor que la que tuvo que afrontar Perseo cuando venció a la Gorgona Medusa allá arriba, en el país de las estrellas.

CUARTA PARTE

Nenia al verdugo

Apreciado policía: soy Dios.

JOHN ALLEN MUHAMMAD,

(francotirador de Virginia)

Introibo ad altare Dei. Ad Deum qui laetificat iuventutem meam. Adiutorum nostrum in nomine Domini. Deus qui fecit caelum et terram.

Mosén Rella casi no recuerda la misa en latín y lo asombra la rapidez con que pasa el tiempo. Hará veinte o treinta años que no celebra la misa en latín. Treinta años, Dios mío. Irremisible.

Mucho antes de que se lea el Evangelio, entre los bancos de los invitados especiales circulan unos pasquines que algunos guardan devotamente en el bolsillo para leerlos después y que otros miran, leen y a continuación levantan la cabeza con inquietud y miran a los lados como si los hubieran sorprendido en falta.

—Aquí tiene.

Mosén Rella coge el papel. Lo desdobra pensando que es una nueva instrucción para las complicadas ceremonias del día y entonces lee nosotros, miembros de la Falange Española y en nombre del pueblo español, abogamos y nos pronunciamos por la tan esperada y ansiada canonización del Caudillo de España, el Generalísimo Francisco Franco Bahamonde. Viva Franco, arriba España. Y un apartado de correos para las adhesiones. La hostia... Es decir. Irritado, el cura arruga el papel y lo tira al suelo procurando que lo vea quienquiera que sea. No mezclamos las churras con la merinas, no mezclamos las churras con la merinas, se dice, para tranquilizarse. El hombre que tiene a la derecha se agacha, recoge el papel arrugado, lo apoya en el respaldo del asiento y lo alisa; lo dobla cuidadosamente y, autoritario, se lo devuelve al sacerdote.

—Se le ha caído esto —le recrimina con severidad.

Después de la lectura del Evangelio, el secretario de la Congregación de Ritos se acerca al altar mientras el papa, escoltado por un solícito cura con roquete pero sin casulla, se sienta y escucha. El secretario de la Congregación de Ritos habla en latín de las virtudes heroicas de los que hoy serán beatificados y concluye recitando solemnemente las palabras del papa que dicen *tenore praesentium indulgemus ut idem servus Dei beati nomine nuncupetur* y mosén Rella, emocionado, levanta el dedo y dice al señor Guardans, sentado a la izquierda, habida cuenta de lo dicho, permitamos que el susodicho siervo de Dios sea nombrado con el nombre de beato.

Más o menos. Y, a partir de este momento, el maestro de escuela, Venerable Oriol Fontelles, mártir de la Iglesia, asesinado por las hordas comunistas; el soldado de

primera, Venerable Chrzystoff Fuggs, asesinado por las hordas nazis, las hermanas de la Caridad, Venerable Nebemba Wgenga y Venerable Nonaguna Wgenga, asesinadas por las hordas descontroladas revolucionarias, así como la enfermera, Venerable Koí Kayusato, asesinada por hordas de piratas, ostentan el título de beatos. La Iglesia, por medio del Santo Padre, el Sumo Pontífice, declara solemnemente que los antedichos Siervos de Dios, cuyas heroicas virtudes han sido previamente calificadas, gozan de bienaventuranza eterna y pueden ser objeto de culto.

Cuando el secretario termina de pronunciar esas palabras, dos acólitos muy altos, muy rubios y con el cogote tan rasurado que parecen mormones, retiran un paño como una sábana que cubre el frente del ara y descubren cinco fotografías de primer plano de la cara de los cinco nuevos beatos de la Iglesia Católica. Un abanico multirracial que da gloria verlo. Hasta en sus mártires es universal la Iglesia. El segundo, después del soldado de uniforme, es Oriol Fontelles, la única foto que se conserva de él; quienes lo hayan conocido, adivinarán la parte del cuello y las solapas de su flamante uniforme de falangista. Amén.

Mosén Rella arruga otra vez el panfleto y lo tira al suelo. El hombre de la derecha se agacha, lo recoge y vuelve a alisarlo. Hasta ese momento no le viene memoria de las palabras que le susurró la desconocida en la penumbra de la catedral. Una voz un poco ronca, cansada, le dijo quieren beatificar a un hombre que no creía en Dios ni en la Iglesia. Dicen que murió mártir.

—Un bel morir...

—Me entiende perfectamente, padre. Ese hombre no creía en Dios, ni en el cielo, ni en la redención, ni en la comunión de los santos, ni en la autoridad de la Santa Madre Iglesia..., ni en santos ni en infiernos.

—Pero ¿por qué me pides opinión a mí, hija?

—Porque quiero impedirlo.

—¿Por qué, si no crees en esas cosas?

—Porque ese hombre no merece que se traicione así su memoria.

Silencio. Oscuridad en la nave solitaria de la Seu. Oscuridad en el alma del cura, que no sabía en qué dirección pensar. Miró la celosía y todo era silencio. Duró tanto que, por un momento, pensó que la extraña penitente había desaparecido después de inyectarle un pequeño infierno en el cuerpo.

—Le aconsejo que no se meta en camisas de once varas, hija —recuerda haber dicho con voz seca al cabo de años de silencio. Y después lo consultó con un superior y éste le dijo si alguien dice que quien conozca algún impedimento dé un paso adelante, tú lo das, hijo mío.

—¿Y si no lo preguntan?

—Entonces, calla para siempre, hijo mío.

—A ver si no se le vuelve a caer —le dice el hombre de la derecha al tiempo que

le da otra vez el papelito que exige la canonización de Franco.

Elisenda, en el banco preferente, quieta, pálida, con la cabeza inclinada, oye las explicaciones del abogado Gasull sobre las fotos. Marcel y su hijo miran el reloj de vez en cuando, es que se hace eterno, la verdad. Mertxe pone cara de póquer. Gasull, preocupado por el aspecto de Elisenda, no deja de mirarla. No osa preguntarle cómo te encuentras porque hace mucho que se acostumbró a limitarse a contestar preguntas y a dar vueltas a sus pesares a solas.

Elisenda tiene una expresión rara porque quiere llorar pero no lo consigue.

Recuerda la última noche, la sorpresa, el pavor, la torpe excusa de los libros, sus ojos que me miraban, y yo, confusa, perpleja, tuve que decirle es el maestro del pueblo, tío, ha venido a buscar unos libros. Y después, por qué, por qué se me ocurrió indagar en esa mirada, por qué quise saber de qué querías hablarme, y en mala hora me puse el abrigo para salir, Oriol, ¿por qué, si nos queríamos tanto? A pesar del trago amargo que eran esos recuerdos, la dama no consigue verter una sola lágrima.

Beato Oriol. ¿Lo ves, Dios? Te lo advertí, te dije que me saldría con la mía.

En los bancos más apartados, las señoras pesadas lloran, los panfletos sobre Franco circulan con más vigor, alguien cuchichea cuántos santos españoles, qué maravilla. El más poderoso de todos, san Josemaría Escrivá de Balaguer i Albás. Tal vez sea el momento de iniciar los trámites para llevar a los altares a la santa reina Isabel la Católica; sí, es preciso ponerse manos a la obra. Más lejos aún, en el fondo, cerca de una columna, mosén Rella recuerda una confesión y desea estar en esos momentos en el valle de Àssua oyendo el canturreo eterno del Pamano.

Capítulo 36

La lápida de Peret el de casa Moliner decía Pedro Moner Carrera (1897-1944) y, mientras la grababa, Pere Serrallac el de las piedras intentó en vano que la pesadumbre no le estallase por dentro. Tenía que habérselo advertido, pero sólo pensaba en que Jaumet no se rezagase por los alrededores, no vi lo de la maldita foto.

Tenía que habértelo dicho, Peret, lárgate que aquí va a estallar todo como una granada, marcha, no te vaya a pasar algo.

En la iglesia parroquial de Sant Feliu, las autoridades ocupaban los primeros bancos de la derecha; reservaron el de la izquierda para Encarnació, pobre mujer, y para el hijo que trabajaba en Lérida y había vuelto con una cara de estupor que no se le pasaría en toda la ceremonia. Entre las autoridades, los ilustrísimos señores alcaldes y jefes locales del movimiento de Sort, Altron, Rialb, Montardit, Enviny, Torena, Llavorsí y Tírvia, más la excusa oficial del Gobernador Civil por no poder asistir, y el cuerpo de Magisterio de la comarca en bloque, menos los maestros que se habían ido a disfrutar de unas merecidas vacaciones en sus localidades de origen, dispersas por la geografía patria.

Peret el de casa Moliner. Pere Moner Carrera, pensaba Oriol, la mirada inexpresiva, fija en el cogote del padre Colom, que oficiaba sus secretos en el altar y parecía que no quisiera compartirlos.

En el sermón, el cura arremetió contra la barbarie comunista en un castellano fantasioso y se refirió a los bandoleros que quieren perturbar la paz. ¿Acaso no hemos tenido bastante guerra? ¿Acaso no queremos que la palabra guerra desaparezca de nuestras bocas? ¿Acaso no hemos acumulado dolor suficiente? Dos, tres, cuatro segundos de silencio, como si estuviera en clase, en el seminario esperando la respuesta, sí, padre, ya tenemos bastante. Nadie dijo esta boca es mía y el cura terminó el sermón refiriéndose a actos vandálicos como el que habían perpetrado los maquis, que no existen, contra un monumento a los mártires de la Cruzada y que, por añadidura, se habían llevado por delante a Peret, republicano y ateo, a quien se dedicaba un entierro religioso presidido por las autoridades franquistas del pueblo, y quien lloraba por dentro era su Encarnació, que decía menos mal que no estás aquí para verlo, Peret, porque si levantarás la cabeza volvías a morirte del disgusto. Entonces alguien tiró a Oriol de la americana blanca del uniforme y éste se volvió. Jacinto Mas, el chófer de Elisenda, le entregó un papel y él lo guardó en el bolsillo en el preciso instante en que Valentí, que estaba hablando con el alcalde de Sort, se volvió un poco hacia él, como vigilando sus movimientos.

También en ese momento dio media vuelta hacia los fieles el padre Colom, levantó litúrgicamente los brazos y los separó mientras decía Dominus vobiscum y la asamblea se levantó a una y respondió cumspiritu, padre.

Esa noche lo llamó Valentí Targa al Ayuntamiento. Había pasado la tarde en el hostel de Ainet, como otras cuantas veces, sumergido en el aroma de nardo y envuelto en el secreto que sólo conocía el chófer de la cicatriz en la cara; Elisenda y él se declararon amor eterno y pasión infinita. Oriol le dijo según Dante, nuestro amor es lo que mueve el sol y las estrellas.

—Qué bonito.

—Me parece que soy feliz.

—Llegará el día en que solucionemos esta situación tan difícil, te lo juro.

Viviendo a escondidas de Santiago y de Rosa, a escondidas de Targa, a escondidas de Torena, de las autoridades, del maquis, de las vacas y los tábanos, a escondidas de los cuadernos para mi hija, no sé cómo te llamas, volando juntos por las nubes, conscientes los dos de formar parte el uno del otro.

—Toma. Una crucecita de oro.

—Es muy bonita. Pero no me...

—Quédatela, anda, para que te acuerdes de mí.

—No necesito cruces para... Ahí va, está partida.

—No. La otra mitad la llevo yo. No la pierdas nunca. La cadenita es fuerte, no te preocupes.

Se la puso alrededor del cuello como se pone una medalla a un atleta; él agachó la cabeza en señal de aprecio, miró las paredes despintadas de la habitación y pensó que eran los límites de su felicidad infinita, y no quiso que el recelo profundo que a menudo lo invadía le robase un momento tan dichoso y se dijo no sé, no sé, pero lo cierto es no quiero prescindir de sus besos, no puedo, ni de sus caricias, y quiero sumergirme muchas veces en sus ojos amorosos sin fondo, lo siento, lo siento mucho.

—Acaba de una puta vez el cuadro de los cojones o te fusilo.

Oriol terminó de entrar en el despacho en silencio. De espaldas a la puerta y en jarras, Targa contemplaba su retrato, colocado en el caballete. Oriol fue hasta allí, destapó la botella de aguarrás, eligió dos pinceles pasablemente limpios, puso en la paleta marrón, azul y blanco y miró hacia la mesa. Entre tanto, Valentí se sentó y adoptó la postura adecuada. Todavía no se había quitado el uniforme. Miró a Oriol a los ojos y entonces dijo era broma. Pero lo dijo sin reírse. En silencio, mirando a Valentí a los ojos, Oriol pintó los ojos; intentó darles el azul gélido de esa mirada tan afilada que tenían. Tal vez fuera por la pupila, tan negra, en el centro. O por el odio que sabían acumular. Pensó en el odio, en Ventureta, en Rosa, en ti, querida hijita mía, y pinté los mejores ojos que he pintado y pintaré en mi vida. Podrías verlos, si quisieras.

Al cabo de una hora terminó de pintar la pared del fondo y dijo ya está, lo he acabado. No tienes que fusilarme.

Valentí Targa se levantó inmediatamente a ver el resultado final. Un tanto

cohibido, se contempló unos segundos. Tal vez le diera vergüenza contemplarse delante de Oriol, porque un hombre no se mira al espejo delante de otro hombre. Y no dijo nada. Se guardó el comentario. Sacó el billetero de la americana del uniforme y dejó en la mesa los billetes, uno encima de otro, mientras Oriol limpiaba los pinceles y evitaba mirar el montón de dinero.

—Se me ha ocurrido —rompió el silencio— que tú y yo podíamos montar una sociedad.

Oriol, mudo todavía, se concentró en limpiar los pinceles.

—¿Tanto te ha molestado lo del fusilamiento?

—¿Qué sociedad? —Oriol se había acercado a la mesa; cogió el dinero.

—Yo busco clientes y tú pintas los retratos. Con un poco más de ánimo, eso sí.

—Es una idea excelente.

—Al cincuenta por ciento.

Suerte que la probabilidad de la muerte impedirá que me asocie económicamente con Targa. Una buena razón para no llorar mucho ante los peligros en los que nos enzarzamos todos los que, de buena o mala gana, nos relacionamos con el teniente Marcó.

Capítulo 37

Hacía siete meses que Marcel se había casado el veinticuatro de abril de mil novecientos setenta y uno, como había dispuesto su madre, y sólo había sido infiel a Mertxe seis veces, pero hay que decir que con seis mujeres distintas, es decir, carecía de importancia, y Elisenda consultaba las notas, cada vez más imprecisas y deshilachadas, que le procuraba Jacinto Mas sobre el estado del matrimonio de su hijo y al principio pensaba no sé qué es mejor, dejarlo que se desahogue todavía o atarlo corto. Pero, entre revolcón y revolcón, los horizontes de Marcel se ensancharon, y entre Mertxe y la vida descubrió que en el mundo había otras cosas, además de pistas negras. Las había también rojas, verdes y de cualquier otro color, porque los clientes de las pistas familiares gastan mucho en el bar y en el alquiler de esquís pequeños; no pretenderás que todo el mundo se compre tales o cuales esquís tan cucos que se les quedan pequeños en dos temporadas. El alquiler es un gran negocio. Además, a Marcel Vilabrú i Vilabrú lo acababa de sobresaltar otro descubrimiento reciente, a saber, que en el mundo hay otras cosas, además de la temporada de esquí, y que mucha gente sobrevive e incluso a veces es feliz sin unos buenos Rossignol en los pies. Y hasta sin botas de esquiar, vamos. Y decir Rossignol pronto será como decir Brusport, porque la marca Brusport iba encontrando poquito a poco su sitio en el mercado, sobre todo en el mundo cerrado de los especialistas en salto. Casi como un regalo de mamá por haber empezado a trabajar sin protestar, Marcel disfrutó de una larga estancia en Helsinki (dos polvos nórdicos memorables con dos valquirias noruegas o como se llamen, de Helsinki) y pudo asombrarse al ver que los televisores suecos, además de ser todos en color, retransmitían obsesivamente pruebas de trampolín, de esquí de fondo y de esquí alpino durante todo el santo, corto, oscuro, frío y nublado día, y entonces se le ocurrió que en los esquís de salto Brusport tenían que poner la marca en la parte inferior, porque algún día mucha gente verá la televisión y de esa forma los esquiadores nos harán propaganda gratis.

Es que aquí, en Finlandia, los noruegos nacen con un esquí bajo cada brazo y yo quiero conseguir que a partir de ahora sean Brusport. Y manda huevos, porque no puedo decir de dónde soy, porque enseguida fruncen el ceño y dicen Franco skit, y todo les suena muy lejano y suelen confundir España con Italia o Portugal y hasta con Grecia, países pobres del sur todos ellos, siempre torrándose al sol. Qué falta de cultura confundir Grecia con España o Portugal, y con Italia. Pero a mí qué más me da, el caso es que quiero vender productos Brusport a los noruegos y se los voy a vender por un tubo, porque el minorista puede venderlos a mitad de precio. ¿Tanto criticar a Franco?... Pues ¡ahí lo tienen, qué coño!

Marcel Vilabrú i Vilabrú también aprendió que, si no se toman las medidas adecuadas, Mertxe puede quedarse embarazada y, ¡zasca!, embarazada se quedó,

bueno, sí, me alegro, pero, no sé, a lo mejor es un poco pronto, ¿no? Y aprendió a decidir sin titubeos que, para poder llevar a cabo la expansión controlada, había que despedir a Palacios, a Costa, a Riquelme, a los dos Vila, a la Guiteres, a la Garcia Rialto, a Pilarica no sé cuántos, la que tiene un buen polvo, sí, ésa, y a Cándida. Y despidió a Pilarica la del buen polvo, a Cándida, a la Garcia Rialto, a la Guiteres, a los dos Vila, a Riquelme, a Costa y a Palacios, y ellos fueron a Magistratura porque Paco Serafín les dio la vara y les comió el coco, pero no les sirvió de nada, porque Marcel dijo a Gasull lo que haría él si fuera el abogado de la casa y el abogado Gasull sostuvo una conversación muy amable, distendida y provechosa para ambas partes con el magistrado de la sala tercera, don Marcelino Bretón Coronado. Y la señora Vilabré, que se había resignado a hacerle en el despacho un huequecito en el que no estorbara mucho pero justificara su sueldo, tomó nota en silencio, asombrada de la capacidad de Marcel. En algún momento lamentó haber infravalorado tanto a su hijo.

Lamentó haber tenido con él una relación tan de intentémoslo otra vez, anda.

Seguramente, porque el peso de la historia era excesivo incluso para unos hombros tan fuertes como los de Elisenda.

—Mamá, quiero reducir a la mitad la sección de confección, y voy a producir el doble con incentivos y horas. Es que no dan un palo al agua.

—Haz lo que te parezca, Marcel, pero sin que se note.

—Sí tiene que notarse. El primero que va a desaparecer es Paco Serafín.

—No me acuerdo de él. ¿Por qué?

—Es de Comisiones Obreras.

—Cuidado.

—Lo voy a echar por inmoral. Se ha tirado... —Marcel apagó el cigarrillo y se puso el teléfono en el otro oído—. Bueno, más vale que te ahorre los detalles, mamá. Es un caso que ni sus propios compañeros pueden defender y a mí me viene que ni pintado. He tenido una suerte cojonuda.

Marcel, todavía no has cumplido treinta años y ya pareces hijo mío.

Marcel Vilabré i Vilabré descubrió además que en el mundo, entre una temporada de esquí y la siguiente, se podía jugar a tenis, a ping-pong (vi en Dinamarca unas mesas plegables estupendas y voy a distribuirlas en España y Portugal), a balonvolea, a hockey sobre hierba, a hockey sobre patines y, en el país de los suecos, a hockey sobre hielo, y que se podían sudar y gastar calcetines, zapatillas, rodilleras, camisetas, pantalones, chándales y todo lo que les hiciera falta, y se convirtió en el embajador de la buena nueva en Europa, y el año de los Juegos Olímpicos de Sapporo y de Múnich todavía le resultaba incómodo decir de dónde era, porque Franco olía que tiraba para atrás. También descubrió que los dólares eran un desodorante milagroso.

Entre tanto, a la señora Vilabré, que hacía ya seis meses que se había deshecho de la incómoda sombra de Quique Esteve, el pelele de las pistas, (—Todo lo contrario,

estimado delegado. —Inició el tamborileo nervioso del lapicero contra la mesa—. Ha puesto fin a una relación digamos enfermiza.

—¿Nada de orgías, entonces?

—Eso es pura calumnia, envidia, malentendido, maledicencia... —Tamborileo con la punta del lápiz—. Doña Elisenda Vilabré es inatacable o, al menos, no se la puede hundir. Lo sabemos desde hace años.

—Gracias a Dios.) se le abrieron las puertas de la Obra con una sonrisa paternal. La anhelada reunión empezó con las palabras Ilustrísima, gracias por haberme recibido con tanta prontitud, y él, desde el otro lado de la mesa y separando los brazos, respondió no, no, señora Vilabré, nada de Ilustrísima, en todo caso, llámeme, como mucho, monseñor; no quiero honores, ni títulos, ni elogios..., usted me entiende, señora. Y ella dijo sí, lo entiendo, monseñor. Y, tras la delicadeza de las primeras palabras, la entrevista prosiguió entre rayos, truenos, sonrisas, vientos fagüenos, granizadas, promesas, confidencias y pactos. En conclusión, la señora Vilabré prefirió no ingresar en la organización que la había rechazado unos años antes, pero inyectó en la Obra una cantidad suficientemente elevada para ganarse la consideración de persona muy grata, y en Roma empezaron a moverse hilos más eficaces en torno al proceso de beatificación del venerable Fontelles, Saverio, qué coño pasa con ese proceso, a ver, trae aquí. Y resultó que en efecto, tiene usted razón, señora Vilabré, estaba atascado en una oficina vaticana de auditoría interna por no sé qué obstáculos de procedimiento que no han sabido especificarme, a pesar de que en el título del documento consta que el seis de julio de mil novecientos cincuenta y siete el santo padre Pío XII decretó el carácter milagroso de una curación atribuida a su intercesión; normalmente, en estos casos, el proceso no suele detenerse. Pero no se preocupe, señora, en unos pocos años sacaremos el caso adelante. Y ahora, entre usted y yo, ¿por qué motivo actúa con tanta constancia en la causa Fontelles?

Monseñor Escrivá i Etcétera aguardó la respuesta de la dama con una sonrisa beatífica y paciente.

Sepa, monseñor, que, en mi opinión, el motivo le importa a usted un pimiento, pero, por simple educación y buenos modales, se lo voy a decir: lo hago por amor. El amor que mueve el sol y las estrellas, monseñor. Juré que lo honraría para siempre, pasara lo que pasara, tanto si podíamos contraer matrimonio como si no. Se lo juré en el hostel de Ainet, donde nos veíamos a escondidas del mundo. Que nadie tire la primera piedra, porque nadie conoce la inocencia de nuestros sentimientos. Es cierto que hubo amor físico, sí, pero fue únicamente el producto de un reconocimiento aturdidor y abismal. Hasta ahora no he sido una santa, pero sé que nuestro amor fue santo. Desde la primera vez que me rozaron sus dedos para corregir una posición del brazo, cuando posé para el retrato, hasta el tono reposado de su voz, la seguridad que emanaba de su mirada limpia... Su mirada, desesperada como la mía, la última noche,

como si ambos supiéramos lo que iba a suceder... Ya le he dicho que no he sido una santa; me casé por servir a la justicia. No quería a Santiago pero me convenía casarme con él. Y yací con un hombre miserable por la misma razón. Pero un día conocí a mi gran amor, lo viví y se me escapó entre los dedos por culpa de la vida. Y ahora, monseñor, el único recuerdo que queda de Oriol es el que tengo yo; nadie más lo recuerda. Queda un rastro en Torena, un pueblecito al que nunca iré, monseñor, porque se le ensuciarían los zapatos y el orillo de la sotana. En Torena sobreviven dos placas que rezan calle Falangista Fontelles, en una calle alfombrada de boñigas de vaca, una calle que es una cuesta empinadísima, a la cual siguen llamando Carrer del Mig y por la cual, a causa del nombre, según dicen, no han vuelto a pasar jamás tres mujeres del pueblo. Oriol no se lo merece y creo que tengo la responsabilidad de enmendarlo. El régimen político de Franco pasará, vendrán otros nuevos que renegarán de los anteriores y retirarán las placas. Será lo primero que hagan: cambiar el nombre de las calles. Entonces Oriol morirá un poquito más.

No era mala persona, a pesar de lo sucedido. Era falangista, claro, circunstancia lógica en la época; pero nunca mereció el odio que le guardan. Por todos esos motivos, monseñor, y por otros que no recuerdo en este momento, hace muchos años tomé la determinación de aprovechar la iniciativa que, al conocer las circunstancias de su muerte, tomaron el rector del pueblo y mi tío, monseñor August, a quien conoce usted bien, a favor de la proclamación del título de venerable para Oriol.

Entendí que los regímenes pasan, pero la Iglesia permanece inmutable. Por lo tanto, deseé convertir a Oriol en una estrella fija de esta Iglesia. Oriol acabará siendo santo y quiero verlo. Para poder honrarlo públicamente, monseñor. Hago un esfuerzo inmenso de sinceridad y sólo yo sé lo que me cuesta. La beatificación y canonización del venerable Fontelles se ha convertido en la razón esencial de mi vida; tanto, que he sacrificado a ella otras muchas posibilidades. Y a nadie le importa mi elección. Un día me dijo usted que no podía ingresar en la Obra debido a un aspecto concreto de mi vida privada. Sí, tenía un amante, es cierto. Lo tuve unos doce o trece años. Sí, ya sé lo que va usted a decirme, pero nunca he sido una santa. El santo es Oriol, no yo.

Soy una mujer que ha amado poco, pero con gran intensidad, y creo que odio de la misma manera. Lloré la muerte y la pérdida de Oriol igual que las de mi padre y mi hermano. Lloré a escondidas durante muchos años; a escondidas porque nadie debe saber nunca nada de esta pesadumbre mía. Lloraba y trabajaba sin compasión. Hasta que un día dije basta y guardé el pañuelo. Estaba sola, sobre todo por la manera tan peculiar que tenía mi marido de entender la institución matrimonial. Cuando murió Santiago decidí que ya era suficiente, que yo también tenía derecho a..., me entiende usted, ¿verdad?, y busqué a un muchachito que no tuviera muchas luces, que gozara de buena salud y que se pusiera a mi disposición personal y laboralmente. No le pedía que me quisiera, sino que me complaciera sexualmente. Nunca lo amé, aunque la

sombra de los celos planeó entre nosotros. No le pido que lo entienda, monseñor, pero la relación secreta con el hijo de puta de Quique Esteve duró hasta que dejó de ser secreta. Y ahora he hecho la promesa a Oriol y tengo intención de cumplirla: no habrá más hombres en mi vida; no puedo permitir que nada escape a mi control. Y también me mueve otra cosa que... Verá, monseñor, en el fondo, me parece que lo hago para vengarme de Dios.

—Por fidelidad a la memoria de un hombre que no dudó en dar la vida por la Iglesia y por la integridad del Santo Sacramento de la Eucaristía, monseñor. —Bajó la mirada con la misma untuosidad que su interlocutor e insistió—: Simplemente por eso, monseñor.

Capítulo 38

Así, a lo mejor te ayudo a recordarme un poquito, hija. Tina lo copió tal como lo había escrito Oriol. Después de esa frase, sólo quedaba en la página un dibujo de un hombre de ojos probablemente claros, rostro anodino, correcto, joven, de facciones suaves y anónimas. Lo miró un buen rato e hizo el esfuerzo de imaginarse a Oriol retratando su propio pesar ante un espejo sucio. Era exactamente un autorretrato de su dolor, cuando Rosa se marchó, decepcionada y asqueada, y él, inesperadamente convertido en héroe, no tenía manera de decirle que ya no soy cobarde, Rosa. Se encontró más solo, él y el autorretrato hecho ante el espejo sucio y desconchado del lavabo de la escuela. Mientras lo dibujaba, pensaba ay, quisiera conciliar el deseo con la realidad, que estas páginas llegaran a Rosa, dondequiera que esté, y ella aceptase no regresar hasta que pase el peligro, ay, si pudiera conciliar la vigilia con el sueño.

Porque dentro de unos días seremos libres o estaremos muertos, y no podré elegir.

He ahí la incertidumbre, Rosa, querida, me odias porque seguro que sabías lo que me sucedía por dentro cuando iba a casa de Elisenda a hacerle el retrato. Y tú, hija, tienes que saber que de aquí a una semana todo habrá acabado o... Terminó el autorretrato con cierta rapidez. Le quedó un rostro apagado, desilusionado. Tal vez tuviera esa cara, en realidad. No corrigió trazos apenas, como si se hubiera dibujado mil veces.

Y, cuando terminó, pensó que podía ser un buen recuerdo para su hija, en caso de que el destino decidiera poner punto final, porque últimamente pensaba todos los días en la muerte como una circunstancia más de las muchas que podían ocurrir antes de medianoche. Lamento haberte hecho daño, Rosa.

Tina cerró el cuaderno porque oyó ruido en la puerta de la calle. Los cuadernos secretos de Oriol Fontelles eran un secreto que no compartía con Jordi, ahora que Jordi no compartía con ella el secreto de su amante desconocida. Era su venganza provisional, en tanto le faltase coraje para decirle abiertamente eres mentiroso y encima presumes de honradez.

—¿Qué haces?

¿Me hago la sorda? ¿Lo mando a la mierda? ¿Le digo Jordi, tenemos que hablar, sé que tienes una amante? ¿O seguro que eres tú el que me da tos?

—Nada, reviso material. Quiero dejarlo todo preparado para cuando vuelva.

—¿De verdad no quieres que te acompañe?

—No, de verdad...

—Llámame en cuanto te digan algo.

Tina no contestó. Qué podía decirle. Que sentía mucho que no se ofreciera a acompañarla al médico; que no quería que la acompañase porque el abismo entre los dos era demasiado grande; que la asustaba ir sola al médico; que qué tiene ella que no

tenga yo. Que quién es ella. ¿La conozco? ¿Eh? Por todo eso era mejor ir sola y afrontar el miedo sola.

Jordi salió de la habitación quitándose el anorak. Ella sabía que tan pronto como arrancara el coche para irse a Barcelona un par de días, oficialmente a hacerse la revisión ginecológica, Jordi se creería libre de cadenas y se empacharía de amante misteriosa. Lo sabía, estaba absolutamente convencida. Pero no podía evitarlo. Al fin y al cabo, ella también lo engañaría a su manera, porque, al llegar a Barcelona, no fue a ver a ningún familiar, sino a la oficina de empadronamiento, a buscar a una niña nacida el año cuarenta y cuatro, que posiblemente se apellidara Fontelles y cuya madre se llamaba Rosa. Si es que había nacido en Barcelona. Después de perder dos horas buscando en la inmensidad de datos, se le ocurrió seguir la pista incierta que le habían dado los cuadernos de Oriol a propósito del doctor Aranda, probablemente especialista en tuberculosis, probablemente en el hospital antituberculoso. El desengaño fue grande, dónde va a parar, mujer, un médico de los años cuarenta, y se marchó cabizbaja pensando que tal vez sí, que quién la mandaba meterse en la vida de los demás, si no soy historiadora, ni detective ni familiar de ninguno de los implicados, sin darse cuenta de que se había implicado por el mero hecho de haber leído los cuadernos. En tanto meditaba sobre estas cosas en dirección a la salida, la enfermera que se encontraba al lado de la que la había atendido salió del mostrador; la agarró por el brazo y le dijo que se había acordado de que en el desván hay paquetes de fichas del registro bien atados y ordenados, y son fáciles de mirar, y cuando ya tenía las manos tiznadas del polvo que se acumulaba en los quebradizos papeles que olían levemente a moho, encontró, entre los médicos de los años cuarenta y dos al cuarenta y nueve, al doctor Josep Aranda y entonces supo que, si en esa época se hacían las cosas bien, podría encontrar el nombre de los pacientes del doctor. En las listas de ingresos de los años correspondientes leyó decenas de nombres de mujer y algunas Rosas, pero la edad no encajaba con ninguna. Cuando empezaba a reconocer que estaba perdiendo el tiempo miserablemente, se le ocurrió mirar el expediente del doctor Aranda. También ejercía en el Hospital del Tórax de Feixes. Con obstinación evangélica, lo dejó todo y siguió la nueva pista, consciente de que tenía hora con la ginecóloga por la tarde, pero antes debía prepararse, luego, cenar con su madre, para lo cual debía prepararse más aún. Dos horas más tarde, en los archivos del Hospital del Tórax de Feixes, miraba con perplejidad cuatro fichas de mujeres con hijos. Sólo una se llamaba Rosa. Rosa Dachs. Pero había tenido un niño, no una niña. Otra pista falsa.

A las siete ya oscurecía. La mujer, que había llegado precedida por su tos, esperaba en la sala alta y solitaria con un niño en brazos. Sor Renata entró de nuevo.

—El doctor Aranda tiene mucho que hacer hasta la noche.

No pudo esperar respuesta porque en ese instante la mujer perdió el

conocimiento, pero, a pesar de todo, cayó protegiendo instintivamente al recién nacido con los brazos. Cuando volvió en sí, estaba acostada en una cama, en una sala grande, separada de otras camas por una especie de mampara de tela y con el rostro joven de sor Renata inclinado sobre ella, y oyó decir vagamente a la monja sí, se ha despertado, doctor. Y volvió a dormirse sin poder preguntar por su hijo. No oyó decir al doctor Aranda, con el ceño fruncido, esto está muy feo, no sé si se podrá hacer algo; ¿por qué habrá tardado tanto en venir?

Nadie podía decirle que, cuando Rosa huyó de Torena procurando que su marido no la siguiera, no fue a casa de ningún familiar ni se puso en contacto con ellos. Se instaló en una pensión muy humilde de la Placeta de la Font, en el Poble Sec, y allí dio a luz asistida por una comadrona a la que alguien de la pensión fue a buscar con toda urgencia. El niño parecía sano y fuerte; le puso el nombre de Joan y lo inscribió en el registro como hijo de madre soltera, Joan Dachs. Entonces escribió una carta a Oriol en la que le decía Oriol, tengo la obligación de comunicarte que has tenido una hija y que está bien de salud. No voy a ir nunca para que la conozcas porque no quiero que sepa que su padre es fascista y cobarde. No intentes dar conmigo ni mandes a nadie a buscarme: no estoy en casa de tu tía, mi hija y yo nos las apañaremos por nuestra cuenta. Ya no tengo tos. Seguro que me la provocabas tú.

Adiós para siempre. Y, tosiendo, firmó la misiva llena de mentiras con la esperanza de poner las cosas difíciles a Oriol si pretendía localizarla. Tina pensó qué cruel; pero yo habría hecho lo mismo. Puede, no sé. Si soy incapaz de decir a Jordi cara a cara que es un hijo de su madre, qué habría hecho en el lugar de Rosa. Rosa no quería ir a Correos a recoger el dinero que seguramente le enviaba Oriol y empezó a ganarse la vida zurciendo calcetines, cosiendo coderas y rodilleras y procurando olvidar que había vivido momentos más felices, cuando creíamos que todo el mundo era bueno.

Con lo que no contó fue con el empeoramiento de la tos y de la fiebre, que ya nunca remitía. Por eso gastó el poco dinero que tenía en un viaje inacabable a Feixes, a ver si el doctor Aranda le hacía una revisión a fondo y le restituía la salud. En lugar de restituirle la salud, el doctor Aranda, cansado porque eran las siete de la tarde y llevaba muchas horas trabajando, frunció el ceño y repitió esto está muy feo. ¿Por qué ha preguntado por mí?

—Dice que era paciente suya. ¿No se acuerda de ella?

—¿Cómo voy a acordarme de todos los pacientes que...! ¿Qué tal está el niño?

El niño estaba aparentemente bien, como si tuviera la voluntad de pasar por alto que era hijo de un padre fascista y de una madre enferma, ambos condenados a muerte, con la sentencia a punto de cumplirse. Joan había absorbido lo bueno de Oriol y de Rosa y sonreía chupándose el pulgar.

El doctor hizo una exploración exhaustiva al pequeño: estaba bien. Se lo devolvió

a sor Renata, que lo acogió en sus brazos, pensando sin poder evitarlo que lo que de verdad le gustaría sería dar un buen magreo a esa monja angelical y jovencísima a la que habían nombrado jefa de planta, y que desprendía un aroma de juventud que le hacía perder la cabeza; incluso a veces se sorprendía mirándola e imaginándosela desnuda, imaginándosela en sus brazos, sonriéndole y diciéndole te quiero, doctor.

Sor Renata se alejó con el niño, pero antes echó al médico una mirada brillante, tan brillante que el hombre creyó que le había leído el pensamiento y se sonrojó. No se le ocurrió pensar que lo que le sucedía era que estaba emocionada, porque veía que el niño se quedaría solo, si su madre no pasaba de aquella noche.

Rosa se despertó un par de veces, dijo que su hijo se llamaba Joanet y, vencida por el tacto persuasivo de la voz tranquilizadora de sor Renata, le dijo, aunque no quería revelarlo, que el padre del niño se llamaba Oriol Fontelles y vivía muy lejos.

—Aunque sea en el fin del mundo, dínos dónde está y vamos a buscarlo.

—No; no quiero que se quede con él.

—¿Por qué?

Acceso de tos. Sor Renata siguió acariciándole la mano y esperó pacientemente a que se calmara. Después se lo repitió suavemente, con vaselina:

—A ver, Rosa... ¿Por qué no quieres que se quede con él, si es su padre?

—Porque es... No quiero que mi hijo se críe con su influencia.

—¿Por qué?

—Pensamos de manera diferente. Muy diferente.

Sor Renata se calló. Ay. Con la desconfianza en la punta de la lengua:

—¿Cosas de política?

Con un esfuerzo supremo, Rosa se incorporó un poco en la cama y, con voz cavernosa, dijo a la hermana Renata júrame que si muero harás lo posible para que el padre de este niño no llegue a encontrarlo jamás.

—Lo juro —dijo la monja perjura.

—Gracias. —Rosa, agotada por el esfuerzo, se dejó caer en la cama y su mirada se perdió en la fiebre.

—Estoy contigo, Rosa.

Estuvo allí hasta que Rosa, agotada por todo, se durmió. Entonces se dedicó a registrarle el bolso en busca de cualquier indicio, hasta que llegó el relevo y, en lugar de irse a dormir, fue a su habitación de la planta, sopesó la gravedad de los pecados en la báscula, consideró que mentir era menos grave que abandonar a un recién nacido, miró un momento hacia la parte en la que Rosa luchaba con pocas fuerzas por sobrevivir para su hijo y puso una conferencia al pueblo de Torena. En los dedos, la tarjeta de un tal Pere Serrallac, marmolista de Sort, pero que vivía en Torena. Sólo había diez teléfonos en Torena. Resultó muy difícil que le pusieran la conferencia; preguntó por el tal Serrallac, pero le informaron de que no tenía teléfono y le dijeron

que irían a avisarlo. Entonces preguntó directamente por Oriol Fontelles y Cinteta la de teléfonos, atolondradísima por todo lo que estaba pasando en Torena, dijo ¿el maestro? ¿Se refiere al maestro? Y, sin darse cuenta, la monja perjura dejó caer los párpados de una forma que tendría que haber visto el doctor y dijo ¿es maestro, Oriol Fontelles? Y al cabo de unos segundos añadió: tengo que hablar con él por una cuestión urgentísima, muy grave.

Cinteta, llorosa, no encontró al maestro en la escuela y, al ver luz en la iglesia, pensó que a lo mejor el párroco... Al cabo de un largo intervalo de ruidos y de espera, sor Renata oyó una autoritaria voz femenina que decía, diga, con quién hablo. Sor Renata dijo que tenía que ponerse en contacto como fuera con don Oriol Fontelles.

Elisenda vaciló. Estuvo a punto de colgar, pero en ese momento, aunque no podía detenerse en sutilezas, la contuvo el olfato de las cosas importantes. Sor Renata insistió en hablar directamente con el señor Oriol Fontelles.

—No puede ponerse... No..., es imposible —voz gastada de Elisenda.

—Tengo que darle un mensaje muy importante.

—El señor Oriol Fontelles acaba de morir —voz gélida de Elisenda.

—Perdone. Yo...

A pesar de lo que estaba pasando en esos momentos, Elisenda fue capaz de reaccionar.

—¿Para qué lo quería?

—Pues, es que..., pues resulta que..., su mujer se está muriendo.

—¿Rosa?

—Sí. Tengo a su hijo.

—Oriol Fontelles tiene una hija.

—Un hijo.

A pesar de lo que estaba sucediendo en Torena, a pesar de que estaban pasando cosas terribles y de que las cuatro bombillas públicas, avergonzadas al ver tanto rencor, se habían apagado, Elisenda entendió la importancia de la noticia y pasó por alto los disparos de la calle.

—Soy amiga de la familia. Me hago cargo personalmente de ese niño. Enviaré a mis abogados a la dirección que me indique usted.

Sor Renata la deseada, después de oír la voz, que le exigió absoluta discreción, colgó, inquieta sobre todo por la palabra abogados y por el tono autoritario, pensando que tal vez tenía que haberlo consultado antes con sus superiores, pensando que tenía que confesar la mentira cometida ante el lecho de una enferma, pensando que, si la pobre mujer sobrevivía, no podría mirarla a los ojos, sin pensar que el doctor deseaba mirarla a ella y darle un magreo a fondo, sin pensar que, a sus veintiún años, después de tres de haber ingresado en la orden con el afán de servir a los desvalidos, ella sola se había hecho dueña y señora del destino de ese niño.

Era de noche cuando Tina salió del hospital pensando en que Rosa nunca llegó a saber toda la verdad sobre su marido, que la engañaba con una amante, pero también con una guerra secreta. Joan. La hijita mía, no sé cómo te llamas se llama Joan y en este hospital se pierde la pista completamente, como si se hubiera muerto a la vez que la pobre Rosa. Seguramente por la alteración que le produjeron los descubrimientos que acababa de hacer, no pudo relajarse durante la visita y la ginecóloga, más silenciosa que de costumbre, le hizo daño en la exploración y, después, sentadas una frente a otra, se quedó un minuto mirando al vacío y Tina empezó a temer de verdad.

—Dígamelo de una vez, doctora.

La doctora la miró, sonrió tímida y brevísimamente y cogió los papeles que tenía frente a sí como si fueran una defensa.

—Hay que extirpar —dijo por fin, casi inaudiblemente.

Toda la vida temiendo ese instante y ahí lo tenía al muy cabrón. Ahora, terapia agresiva en dosis, adelgazar, quedarse calva y morir.

—¿Está muy extendido?

—No hay metástasis, y eso es bueno, pero hay que intervenir cuanto antes.

—No he traído pijama.

A pesar de todo, la doctora sonrió. Agenda en mano, acordaron la fecha de ingreso. Le aseguró que todo estaba bajo control, que la terapia no sería excesivamente agresiva, que lo habían pillado a tiempo, que yo diría que más de un setenta por ciento, que prácticamente nunca hay sorpresas, que dentro de lo malo había tenido suerte, y ella, en el taxi, mirando a ninguna parte con los ojos muy abiertos, se repetía, manda huevos que encima me diga que puedo darme con un canto en los dientes, y la cena con su madre fue difícil, sobre todo porque tuvo que aguantar el sermón de abuela dolida, porque su único nieto se había marchado sin decir nada, sólo una llamada breve y apresurada, abuela, ingreso en Montserrat, y ella ¿qué significa ingresar en Montserrat? Y él, que me meto fraile. La abuela pensó que era una broma de Arnau y no se lo contó a nadie. Ni llamó a su hija porque, simplemente, no lo creyó. Y ahora, con la boca abierta, oyó la confirmación de la boba de Tina, que había dejado escapar al único nieto que tenía.

—Mamá, no empieces. Así han sido las cosas.

—Todo es culpa vuestra.

Ya sé que el mundo es culpa mía, pero pienso que si Arnau hubiera querido contarnos sus sueños, tampoco nos habría sorprendido tanto como a ti.

—No es culpa de nadie. Ha tomado una decisión de hombre adulto.

—Lo habéis malcriado. —Después de un silencio ominoso y larguísimo—: ¿Qué tal Jordi?

Me pone los cuernos.

—Bien.

—¿Y tú? ¿Esas molestias que tenías?

Cáncer de mama.

—Nada, ya se me han pasado.

Capítulo 39

Madame Corine (Pilar Mengual, fuera del trabajo) miró con ojos inquietos a la mujer y a sus dos acompañantes. No pudo distinguir bien la cara de la señora porque se cubría con un velo oscuro.

—¿Son conscientes de que, si acepto, pierdo un cliente?

—Sus problemas laborales me importan un pimiento —dijo, pálido, el abogado Gasull mientras depositaba un poco de ceniza en el platito.

—Pues a mí no. —Levantó la voz—: Pero usted qué se cree...

—Si se niega —interrumpió Gasull con suavidad, sin mirarla a los ojos y dando una calada— no tenemos más que ir a la policía y denunciar la existencia de El Nidito, en contra de las prohibiciones explícitas del Caudillo, y dar la dirección exacta; probablemente, lo primero que hagan será enviar aquí una escuadra de falangistas indignados para que lo destrocen todo; la policía llegará tarde y, cuando llegue, le contamos el suceso de la chica gallega, el de las Navidades pasadas. —Se quitó una brizna de tabaco de la boca y sonrió a la madama—. Es nuestra contrapropuesta.

La madama, pálida de irritación, se levantó, se acercó a un armarito, abrió la puertecita con una llave que llevaba y sacó otra llave, de la que pendía una etiqueta con el número quince, y a Elisenda le dio un brinco el corazón.

—Segundo piso. —Gasull casi se la arranca de la mano—. Y, por el amor de Dios, no hagan ruido.

El hombre gordo guiñó imperceptiblemente un ojo lloroso a la señora del rostro velado y los tres salieron de la sala de estar de El Nidito en dirección a las escaleras que los llevarían al segundo piso.

—Mecagüen las señoras que son más zorras que las putas —murmuró la madama al tiempo que los invitados salían de la sala. Los tres se detuvieron en seco.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el hombre gordo en tono de amenaza muy profunda.

—¿También me van a prohibir que me enfade? —replicó la madama levantando la voz, sin amilanarse.

—Dejadla —ordenó la señora Vilabré reanudando la marcha hacia las escaleras.

Los hombres echaron a la madama la peor mirada de su repertorio y siguieron a la señora.

Gasull introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta e irrumpieron los tres en la habitación sin previo aviso. Don Santiago Vilabré Cabestany (de los Vilabré-Comelles y los Cabestany Roure) estaba practicando laboriosamente el cunnilingus a una mujer joven y lozana que Elisenda reconoció al punto: la pécora de la Recasens.

Tita, la hermana de Pili, sí, la Milonga, como la llaman.

El señor Vilabré, desnudo y sexualmente dispuesto, se volvió, asustado. Palideció al ver a su querida esposa, a quien no iba a visitar desde hacía un par de meses o puede que incluso más; Elisenda, con la cara descubierta, avanzó hacia la pareja en el momento en que Tita Recasens, todavía desorientada, cerraba las piernas. Santiago Vilabré se cubrió el sexo menguante con las dos manos mientras Tita saltaba de la cama con intención de desaparecer.

—Tú no te muevas —dijo Elisenda, autoritaria.

La pareja furtiva estaba tan perpleja que no tenía aliento para contraatacar. Tita no se movió y Santiago se quedó de pie, pálido, rojo, verde, deseando que se lo tragara la tierra.

—Ahora —le dijo Elisenda— vas a firmar un par de cosas.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

—El señor Carretero —anunció, refiriéndose al acompañante gordo— está tomando acta notarial de la situación.

—Quieres chantajearme...

—No sé. —A Tita Recasens—: Mi marido viene aquí dos veces a la semana, una contigo y otra con una prostituta. —Con una sonrisa amable—: Ten mucho cuidado, que a lo mejor te ha contagiado algo, porque le gustan muy curtidas en el oficio.

—Eres una...

—Ya. ¿Te digo lo que eres tú?

—Un momento, que me visto.

—No. Quieto ahí.

—Ni borracho.

—Muy bien. —Elisenda a Tita Recasens—: ¿Llevas un buen maquillaje que aguante el tipo, reina? —Y en tono seco, a Gasull—: Que entren los fotógrafos.

Los fotógrafos no entraron, Tita Recasens fue enviada al lavabo y el señor Santiago Vilabré Cabestany (de los Vilabré-Comelles y los Cabestany Roure) hizo todos los tratos en cueros vivos. El primer asunto del trato se refería a la adopción, por parte del matrimonio Vilabré i Vilabré, de un niño de nombre Marcel, de padres desconocidos.

—¿De dónde ha salido?

—No te interesa.

—¿De qué va esto?

—Tú firma y calla.

Gasull le prestó la pluma y Santiago Vilabré tuvo que usar la cama del amor y el pecado para firmar el papel en el que mostraba al desnudo su gran deseo de adoptar al niño.

—¿Qué me haces, Elisenda?

—Qué me haces tú a mí desde que volvimos. Y desde antes.

En fin, el segundo documento se refería a la beneficiaria testamentaria, doña Elisenda Vilabrú Ramis (de los Vilabrú de Torena y de los Ramis de Pilar Ramis de Tírvia, una puta y una mejor me callo, por respeto al pobre Anselm), de la fortuna de don Santiago, valorada en cinco inmuebles de viviendas en Barcelona, un puñado considerable de hectáreas en el valle de Àssua y en otros parajes de la comarca y un capital que no se lo saltaba un gitano y que a pesar de disminuir constantemente, todavía no había alcanzado cotas alarmantes, porque don Santiago Vilabrú Cabestany (de los Vilabrú-Comelles y los Cabestany Roure) había decidido que era más cómodo vivir de rentas. Firmado en El Nidito, a veinte de noviembre de mil novecientos cuarenta y cuatro.

Gasull le quitó la pluma como si temiera que Santiago fuera a escondérsela en algún sitio imprevisible.

—Más vale que no vayas a Torena —le dijo ella—. Si no te queda más remedio, avísame con tiempo.

—Tengo derecho a ir cuando quiera. —Se le ocurrió de repente, como si la cosa tuviera gracia—: A ver a mi hijo, ¿no?

—Me he comprado un piso en Barcelona. Quédate el de Sarrià y haz un esfuerzo por no volver a pisar Torena. Ni por ver a mi hijo.

—Recibirá una copia del acta notarial —informó el notario Carretero sin entusiasmo.

—La tiraré al fuego.

—Puede hacerlo tranquilamente. —Lo miró a los ojos y, por primera vez en toda la tarde, sonrió y meneó la cabeza—. Seguro que se queda usted mucho más a gusto.

—A Elisenda—: He terminado, señora.

—Podéis seguir con lo vuestro —dijo amablemente Elisenda—. ¿Quieres que te recuerde dónde estabais?

Capítulo 40

El cielo estaba tan cuajado de estrellas que se podía andar a su sola luz. Nunca lo había visto con tanta precisión y nitidez. El chaparrón de media tarde había limpiado el paisaje y lo había dejado sin una mota de polvo. Miró al cielo y se dijo cuánto le gustaría poder contemplar esta maravilla con el corazón alegre. Hacía mucho tiempo que todo le lloraba por dentro y hasta le molestaba que existieran espectáculos tan sobrecogedores, porque no podía compartirlos con Elisenda, que se lo imaginaba durmiendo en la escuela, ni con Rosa, que no sabe que no soy tan cobarde, ni con la hijita que no conocía. Antes de entrar en la cinta blanca del camino del Xivirró, al pie de la peña Fitera, cerca del lugar en el que muere el senderuelo de la Cometa, el jefe del pelotón, un minero asturiano hosco y de ojos brillantes, se paró tan en seco que Oriol, distraído con su pena, se dio de narices contra él. Todo el pelotón se detuvo y guardó un silencio más profundo que la nada y Oriol comprendió que esa gente estaba acostumbrada a convertirse en piedra y no se quejaba. Tal vez llorasen todos por dentro, también; pero sabían fundirse con el paisaje. Sin querer, respiró con fuerza y una mano le pellizcó nerviosamente el hombro derecho conminándolo en silencio a morir asfixiado antes que dejar de ser una roca. Entonces se dio cuenta del motivo de tanta inmovilidad. Por el camino que iban a tomar se acercaba un ruido de arrastrar pies y un tintineo de alegres cascabeles. ¿Cabras? ¿Ovejas? ¿Vacas? Oyó la tos ronca del pastor mucho antes de ver algo. En cuanto se le acostumbró la vista a la cinta un poco más clara del camino, vio que las alegres ovejas eran una compañía completa de guardias civiles cuyo pastor tenía rango de capitán. ¿Por qué motivo patrullaban en esa cota? Seguro que algo había cambiado en la cabeza de los mandos militares de la zona, porque, hasta el momento, evitaban sistemáticamente esa clase de incursiones en la sierra de Altars y en zonas de bosque por miedo a sufrir muchas bajas y a la poca capacidad de reacción.

El rebaño de ovejas, armado hasta las cejas, pasó por delante del escaso pelotón de maquis, sólidamente reforzado por un maestro de pueblo que temblaba como una vara verde. Uno olor sordo y denso acompañaba al ganado como un eco que recordaba su presencia. Al cabo de muchísimo rato, el jefe del pelotón se levantó.

Oriol se acercó a él:

—Llevan muchas horas rondando. Éstos se han perdido —le cuchicheó al oído.

—¿Por qué?

—No van hacia Sort, marchan de noche y han soportado la lluvia de esta tarde.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No has notado cómo apestaban a lana mojada? ¡Se han perdido!

Una ametralladora y ocho cintas de cartuchos, tres granadas de mano por cabeza y ocho fusiles lentos pero fiables en total. El pelotón de diez hombres volvió en

silencio sobre sus pasos y se emboscó en la curva del Solanet. Plantaron la ametralladora y a los dos hombres que la manejaban en medio del camino, protegida por unas rocas que acercaron rodando hasta el lugar. La señal serían los dos tiros que neutralizarían al pastor y al zagal, mayoral y mozo; la esperanza, que los guardias civiles, sin nadie que les diera órdenes, intentaran esquivar las balas de las ametralladoras y de los ocho fusiles y huyeran a la desbandada monte abajo. La improvisación no daba más de sí y al jefe del pelotón le habría gustado que el teniente Marcó estuviera a su lado en ese momento para dar el visto bueno a la propuesta táctica del maestro, que era más espabilado de lo que aparentaba.

Lo más difícil fue contener los dedos, que querían empezar a disparar antes de que toda la compañía coronase la curva. Dos hombres se apostaron en el camino y cerraron el paso por ese lado. El jefe del pelotón apuntó al pastor, se oyeron los primeros tiros y la ametralladora empezó a vomitar fragmentos de muerte. Oriol Fontelles, maestro nacional de primaria, no sabía que, desde el punto de vista militar, la mejor manera de planear un ataque consistía en prever las reacciones del enemigo y convertirse en su destino ciego, como sor Renata la deseada. Oriol no lo sabía porque nunca había participado directamente en una acción militar y cuando se recibe el bautismo de fuego, nadie cuenta esas profundidades, aunque, por lo visto, me doy algo de maña con las cuestiones estratégicas. ¿Te lo esperabas? Ya ves, estudié Magisterio cuando habría podido ser famoso en el terreno de... No tengo ganas de bromas ahora, Rosa. ¿Te escribo a ti o a nuestra hija? No sé: el caso es que no puedo dejar de decirte que me quedé estupefacto al ver que, indefectiblemente, los números de los guardias civiles que escaparon a las primeras descargas, después de disparar a ciegas hacia los fantasmas de las últimas hayas y después de esperar inútilmente que el capitán o el teniente les dijeran qué hacer (el pastor, un tiro en la boca, y el zagal, un ataque de pánico que lo dejó paralizado en el suelo), echaron a correr cuesta abajo sorteando hayas con alguna esperanza, porque no habían llegado tiros de esa parte. Treinta ilusionados pasos más y empezaron a saltar por los aires obedientemente, exhalando alaridos que ahogaba el estruendo de los disparos que les llovían encima, desde lo alto del barranco de los Forcallets, y aplastaban su memoria contra las losas blancas del fondo como si supieran que eran las mismas que Pere Serrallac el de las piedras cortaba con paciencia infinita y convertía en lápidas. Como si tuvieran prisa por completar el ciclo. Como si añorasen el calor de la tumba gélida.

Oriol disparó el máuser. Estaba convencido de que había matado a dos o tres hombres. Tres. Y no tuvo el menor remordimiento porque se le presentaron los grandes ojos de Ventureta, que lo miraban en el cuarto del Ayuntamiento esperando tal vez que el maestro demostrara agallas y lo salvara. Y también oyó el resuello despavorido del campesino de Montardit, el faro; pero a quien le habría gustado tener delante era a Valentí Targa. Le habría vaciado diez cargadores en el ojo izquierdo sólo

por devolver un poco de alegría al recuerdo de Ventureta.

Al día siguiente, tras muchas horas de búsqueda, porque el terreno y el acceso no eran fáciles, las autoridades hicieron balance de la traidora y cobarde operación de los inexistentes guerrilleros enemigos de la patria: dieciséis números con la cabeza aplastada en el fondo del barranco de los Forcallets, un cabo que se había quedado colgado en una rama de haya como una aceituna rellena cuando corría con alegría a aplastarse la cabeza, catorce números muertos de bala, siete heridos inmovilizados y los demás, desperdigados, blancos de pánico y habiendo comprobado que pasar una noche solo en el bosque o al fresco del monte pelado, agarrado al máuser y con los ojos doloridos de tanto abrirlos, era más agotador que dejarse morir de frío. Y además, un capitán sin boca y todo un zagal paralizado todavía por el miedo y por el vía crucis que lo esperaba a partir de ese momento, porque no podía presentar ni el salvoconducto de una herida que amortiguase la vergüenza de la cobardía.

El teniente Marcó miró al jefe del pelotón y a Oriol Fontelles. El aprendiz de general y el sabihondo.

—Doce hombres contra más de ochenta enemigos. —Miró a su camarada—: La temeridad no es una virtud militar.

—Íbamos sobre seguro. El sitio era perfecto. —Refiriéndose al sabihondo—: Éste sabe, ve muy bien los movimientos. —Admirado—: La idea fue suya.

—No le corresponde este sitio —dijo Marcó secamente, con la mirada más negra todavía. Les hizo señas de que lo siguieran por la puerta.

Entraron en una estancia más espaciosa que tenía por suelo el techo de tablas de madera de un establo que, en tiempos pasados, míseros, pero más halagüeños, acogía al ganado que, a su vez, servía de calefacción a los que tiritaban arriba. Diez caras curtidas los esperaban desde hacía horas. Malas caras. Sin preámbulos, el teniente Marcó les explicó en qué consistía la Gran Operación, por qué convenía poner en marcha mil focos de tensión en la zona y que la habían iniciado esa noche eliminando a una compañía entera de guardias civiles. Había que multiplicar las operaciones, ponerlos nerviosos en todos los campos y en todas partes.

—¿Y la Gran Operación?

—Un ejército de maquis invadirá la península para derrocar al fascismo.

Silencio. Era enorme e impensable para unos hombres desgastados por la huida diaria.

—¿Tantos hay en el maquis?

—Se está reclutando gente de fuera. Y también de dentro. —Instintivamente miró a Oriol, pero lo disimuló—. Van a ser unas semanas de mucho movimiento.

—¿Qué día? ¿Desde dónde? ¿Quién está al mando? ¿Cuántas posibilidades hay de que...? ¿Cuánta gente será? ¿Qué prevén para después? ¿Pretenden que el pueblo se levante? ¿Saben que la gente está cansada? ¿Han sopesado...?

—No sé nada más. Sólo tengo orden de comunicároslo.

—¿Y por qué no nos integramos en el ejército del maquis?

—Nuestra misión consiste en ser un enjambre de moscardones que no deje en paz a los fascistas, como hasta ahora, pero más.

Te juegas la vida, hija mía, para ser un moscardón. Mi gran objetivo en aquel momento: ser un moscardón monstruoso e incordión alrededor del ejército de Franco y de todos los fascistas.

Veintiocho años después, en invierno, en el barranco de los Forcallets no quedaba rastro alguno de los caídos a manos de la astuta emboscada del maestro de Torena.

El hijo de Pere Serrallac compraba el mármol a un mayorista de la Seu, que a su vez lo adquiría en cualquier parte. Había nevado mucho desde entonces. Con un movimiento perfecto, Marcel frenó en seco los esquíes exactamente en el lugar en el que su padre indicó al minero asturiano que comandaba el pelotón que convenía plantar la ametralladora: en medio del camino, para cortar el paso al pastor y a los zagales y crear desánimo y caos entre el ganado ovino de ocupación.

—Aquí. Exactamente, aquí —dijo Marcel.

No fue una ametralladora, sino una chica de pelo negro y largo, recogido con una gorra amarilla, quien frenó exactamente donde le decía Marcel.

—Perfecto. Me parece que ya puedo dejarte sola.

—Pero esto no es una pista, ¿verdad?

—No te preocupes, conozco el terreno como...

Iba a decir como el coño de la Bernarda, pero se contuvo. Cuánto añoraba a Quique. Juntos descubrían rutas nuevas, señalizaban pasos para la práctica del esquí nórdico, teorizaban sobre la potencia de los telesillas y sobre los alrededores de las piernas de las chicas y la vida era joven. Pero, un buen día, después de lo de las duchas, Quique se marchó sin decir chus ni mus. Sin dar detalles, su madre le comunicó que lo habían fichado en Saint-Moritz y, si bien era cierto que hacía bien marchándose, también podía haber dicho chus el muy hijo de puta. O mus. O cualquier otra cosa, porque por mucho que lo aborreciera, lo envidiara, lo despreciara y lo quisiera, Quique siempre sería Quique, su iniciador en el arte del sexo, en el sexo como arte, en las duchas de la Tuca y, posteriormente, en la Casita Blanca o en El Nidito, donde le presentó a las mujeres de verdad, no a las de los playboys clandestinos. Y de pronto desaparecía sin dejar rastro, el muy imbécil.

—¿Volvemos?

—Espera un momento. ¿No te parece bonito todo esto?

Ella dijo que sí. Marcel Vilabré paseó la mirada golosamente por el paisaje que tanto amaba. Más allá de Solanet se adivinaba una parte de la pared del Obi Blau. No tenía la menor posibilidad de sacar a la luz los pasos de Oriol Fontelles, su padre, que recorrió ese mismo camino a pie más de cincuenta veces, siempre de noche,

acarreando material ligero o semiligero, con el miedo en el cuerpo, maldiciendo el peso de la caja de munición, admirando el férreo silencio de los otros guerrilleros, cada cual también con su mundo de dolor, olvido o añoranza en su fuero interno, pero bien guardado por temor a perder la puntería si las lágrimas les empañaban los ojos.

—Sí, muy bonito. ¿Nos vamos?

Entonces la besó, así, de lado, por culpa de los esquíes. Un beso profundo en la boca. Al ver que la chica le correspondía se dio cuenta de que era la primera vez, desde que se había casado con Mertxe y sin contar a las prostitutas ni a las nórdicas, que besaba a una mujer cuyo nombre conocía y de quien podía enamorarse. Había resistido un año largo de abnegada fidelidad eterna. Bueno, a lo mejor había que descontar a la Bascompte y a esta otra, sí, Nina. Y a alguna más, sí, de acuerdo.

—Vamos, no hagas bobadas —dijo ella, apartándolo y recolocándose los esquíes.

Marcel pensó, sí, bobadas, pero me lo has puesto en bandeja, tía. Ningún comentario jalonó el descenso hasta la base de la estación, ni cuando se deslizaron por la vertiente en la que reventaron la cabeza al capitán pastor, ni cuando esquivaron el gran abeto junto al que había llorado Oriol Fontelles una noche en que se vio abandonado hasta de sus propias fuerzas porque hacía seis días que no dormía más de tres horas. Abajo los esperaba Mertxe, un poco mosqueada, un poco embarazada, un poco inquieta, porque son las dos y media y me muero de hambre.

Tal vez se debiera al beso clandestino, pero el caso es que Marcel no protestó ni dijo que quería más pista, sino que se despidió educadamente de la chica del pelo negro y del beso furtivo, lo mismo que con otro par de clientes, y se dirigió dócilmente al coche seguido por Mertxe.

La misa de doce en la iglesia de Sant Pere de Torena, con asistencia de las autoridades del pueblo, es decir, la señora Vilabré la de casa Gravat, el alcalde y jefe local del movimiento don Valentí Targa, Oriol Fontelles, subjefe local de Falange y maestro titular del pueblo, el fiel Jacinto Mas, chófer de cara marcada especializado en los secretos de la señora, Arcadio Gómez Pié, gorila de pelo rizado y de lealtad probada a Valentí, y Balansó, gorila de bigote fino y seco, más la concurrencia de una docena y media de súbditos fieles a las actuaciones severas pero necesarias del primer alcalde de la historia del pueblo que sólo ejercía de alcalde, terminó con una breve tertulia en la sombra del atrio, a la que se sumó de buen grado mosén Aureli Bagà y en la que el alcalde Targa repartió bendiciones y dictó sentencias. Qué gratificante es mandar cuando uno emana autoridad desde su esencia, o, como diría mosén Bagà, cuando se acepta la autoridad que Dios nos da. Y mientras decían sí, no, ya veremos, etcétera, mataban el rato hasta que se les abriera el apetito y se fueran a catar el vermut de casa de Marés, la ruina semanal del tabernero, porque todavía no se había atrevido ningún día a presentar la cuenta a Targa. Y la señora, que no pisaba un bar ni las calles del pueblo, volvía a casa porque era uno de los pocos momentos que

dedicaba a recibir al administrador y a hablar tranquilamente de ganado, de toneladas de heno, del precio de la libra de carne, de la salud del ganado y de las posibilidades de compra de unos terrenos más allá del Batlliu. El párroco llevó a Oriol aparte y con ánimo bondadoso, con deseo de ayudar a un hombre tan honesto, le preguntó si podía hacer algo para poner remedio a la separación de su mujer.

—Me parece que no es asunto suyo, padre. Se marchó por motivos de salud.

—No eso lo que dicen en el pueblo. Hay que evitar el mal ejemplo. Además, lo encuentro a usted muy desmejorado. Si desea descargar sus angustias, yo...

—No tiene derecho a inmiscuirse. —Lo miró a los ojos con un poco de desprecio y decidió mentir—. Mi mujer y yo nos vemos de vez en cuando.

—Pero...

—¿Es que nunca la oyó toser? —levantó la voz, pero no con la autoridad que le confería Dios (que no era el caso), ni con la que emanaba de su propia esencia (que tampoco), sino con la propia de la irritación—: ¿Es que nunca se fijó en lo pálida que estaba?...

—¿Y por qué no la has seguido tú, hijo mío? La obligación de todo buen esposo...

—Buenos días, padre. Hasta el domingo que viene, si puedo venir.

Otro enemigo, hijita mía. Qué facilidad tengo para inspirar rencor.

Valentí dijo a los presentes que se adelantaran hasta la tasca y se quedó con Oriol, lo agarró del brazo y emprendieron un paseo por el Carrer del Mig como dos viejos amigos; el alcalde esperó un tiempo prudencial, hasta que a Oriol se le pasó un poco la irritación.

—No le hagas caso —refiriéndose al párroco—, aquí, cada loco con su tema, ya sabes.

Oriol no contestó. Valentí se detuvo y lo miró:

—¿No sabes la noticia?

—Sí, todo el mundo habla de lo mismo. —Hizo una mueca de gran preocupación—. ¿Una compañía entera? ¿Cien hombres?

—Ochenta. Ha habido supervivientes. Parece ser que los atacó una partida de más de cien maquis.

—¿De dónde sale tanta gente?

—¿Dónde andabas tú? Ayer no te vi en el pueblo en todo el día.

—Aniquilando a la compañía.

—No digas eso ni en broma.

—¿Es que me controlas?

—No. —Echó a andar lentamente, sin dejar de mirarlo a los ojos—: Pero a lo mejor me veo en la obligación. —En tono autoritario—: Por la tarde hay que ir a comunicar todo lo que hayamos visto y oído esta noche.

—Yo no he oído nada, duermo como un tronco.

—Dicen mis hombres que han detectado movimiento en los alrededores del pueblo. ¿No te has fijado?

—Ya te he dicho que no he oído nada.

Hicieron el resto del camino en silencio. Para quitarse de encima un gusanillo extraño, Oriol dijo:

—De todas maneras, estoy a disposición de las autoridades, por descontado.

Valentí sonrió. A lo mejor era eso lo único que quería oír.

Capítulo 41

Proviene del latín *baptismus*, que a su vez proviene del griego *baptisma* o *baptismós*, inmersión, loción. Tal es, hermanos, el símbolo de este sacramento: lavar, purificar el alma, que llega muerta por causa del pecado original. Por eso, todo lo que se puede decir del acto del bautismo es que consiste en un lavado del cuerpo, que prefigura y simboliza la purificación que se opera en el alma del neófito. Así lo definió Santo Tomás de Aquino al darle el nombre de ablución externa del cuerpo, ejecutada en la forma prescrita en las palabras. *Sacramentum regenerationis per aquam in verbo*.

—Mosén...

—Sí. Para terminar, sólo deseo recordar que es una verdad de fe, definida en Trento, que la recepción del bautismo es de absoluta necesidad para la salvación, aunque la Santa Madre Iglesia, comprensiva y compasiva, distingue tres clases de bautismo atendiendo a la manera en que se suministra el sacramento: a saber...

—Mosén...

—Un instante. A saber, bautismo de agua (o *fluminis*), bautismo de deseo (o *flaminis*) y bautismo de sangre (o *sanguinis*).

Sangre de tu sangre, Oriol. Tú te perpetúas y yo a través de ti.

—Oiga, mosén...

—Sí. A ver: ¿cómo va a llamarse el niño?

—Sergi —dijo Mertxe.

Oriol, pensó Elisenda, que era la madrina. Para mí se llamará siempre Oriol.

Querido, ya tienes un nieto. Sangre de tu sangre. A ver si así puedes perdonarme.

¿Sabes que el doctor Combalia dice que es posible que contraiga diabetes? Mañana tengo que ir a... Yo, la madrina soy yo, claro.

—Pues haga el favor de acercarse, señora, traiga aquí esa almita sedienta que pide el ingreso en la Iglesia de los Justos.

Elisenda se aproximó a la pila bautismal con el nieto del falangista Oriol Fontelles en brazos. La misma nariz. La misma mueca de la boca, se le parecía más que Marcel.

¿Cómo es que la gente no se da cuenta? ¿Tan ciegos están? O a lo mejor nadie se acuerda de la cara de mi secreto...

—Sergi, yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Cuando mosén Rella dijo Sergi se refería a Sergi Vilabrú (de los Vilabrú-Comelles y los Cabestany-Roure y de los Vilabrú de Torena y de los Ramis de Pilar Ramis de Tírvia, una puta y una mejor me callo, por respeto al pobre Anselm, supuesto y teórico bisabuelo del pequeño) y Centelles-Anglesola (de los Centelles-Anglesola emparentados con los Cardona-Anglesola por el lado Anglesola, y de los

Erill de Sentmenat, porque la madre de la madre es hija de Eduardo Erill de Sentmenat, que dentro de cinco meses sufrirá una angina de pecho, sí, por el fiasco de Maderas Africanas. O tal vez por lo que se está cociendo ahora, el escándalo de la Banca de Ponent, sí). Es decir, mosén Rella dijo Sergi, yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. En realidad, dijo Sergi, ego te baptizo in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.

—Amén —contestaron las ochenta y tres personas que reunió la íntima ceremonia en la parroquia de Sant Pere de Torena, donde tuvieron que trasladarse porque a la Vilabré le gusta fastidiar a la gente y obligarnos a pisar boñiga de vaca, con lo normal que habría sido bautizarlo en la catedral de Barcelona. Pues no, hala. Tiene bemoles la cosa: pierde todo el día, coge el coche y embadúrnate los zapatos en Torena. Sí, amén, respondieron los ochenta y tres invitados sonrientes. A los ochenta y tres invitados les importaba un bledo Sergi/Oriol. El veintiséis por ciento estaba allí para que los viera la señora, que ejercía de madrina de su primer nieto, aunque no llevara su sangre. El veinte punto cinco por ciento quería que los viese Marcel Vilabré i Vilabré allí, en el bautizo de su primer hijo y que vengan muchos más, señor Vilabré. No llegaban al diecinueve por ciento (exactamente, el dieciocho punto siete), los que estaban interesados en que los viera la familia Centelles-Anglesola i Erill, ya fuera en conjunto, ya en representación de alguna de sus ramas: la política (acceso privilegiado a información sobre la situación exacta en el Sáhara), la económica (la amenaza de un inspector imbécil que no entendía cómo son las cosas porque era muy joven y tenía la cabeza a pájaros. ¡Que está poniéndome el despacho patas arriba, coño!), la sentimental (sí, quiero a Begoña Centelles-Anglesola Auger, que es prima carnal de Mertxe por la parte Centelles-Anglesola y también por la Auger, porque los Auger son Erill de los Erill Casasses, pero infinitamente más guapa e inaccesible que Mertxe. No, virgen, no. Me consta que no. Pero tío, da igual).

Tal vez el grupo más compacto de ese bloque fueran las amigas de Mertxe, todas muy estupendas, sí, y todas pensando qué valiente es Mertxe; pero es que es tan vulgar tener un hijo. Del treinta y cuatro punto ocho restante, la mitad eran familia directa y obligada, y el resto, una miscelánea de casos, por ejemplo uno muy singular, el de Jacinto Mas, que no tenía más remedio que asistir por motivos de trabajo, pues al día siguiente llevaría a la señora al médico y, sin ningún género de duda, a hacer una visita también a algún obispo o canónigo desprevenido; que se me está volviendo santa desde que no se acuesta con el cabrón de Quique Esteve. Pero Jacinto Mas era el único de los presentes, ya que el abogado Gasull estaba en cama con gripe, él, es decir yo, es decir el uno punto dos por ciento de los asistentes al bautizo de Sergi Vilabré (de los Vilabré-Comelles y los Cabestany-Roure y de los Vilabré de Torena y de los Ramis de Pilar Ramis de Tírvia, una puta y una mejor me callo, por respeto al pobre Anselm, supuesto y teórico bisabuelo del pequeño) y Centelles-Anglesola (de

los Centelles-Anglesola emparentados con los Cardona-Anglesola por el lado Anglesola, y de los Erill de Sentmenat, porque la madre de la madre es hija de Eduardo Erill de Sentmenat, que tres semanas después de la angina de pecho morirá de infarto, pobre hombre, en pleno escándalo de la Banca de Ponent), que sabía que el padre del recién nacido, Marcel, no era hijo de la señora, sino que lo había sacado de un hospital de tísicos que hay cerca de Feixes a saber por qué motivo. Jacinto Mas lo sabía todo de la señora: sus defectos y virtudes, sus temores y alegrías, sus momentos de debilidad y sus rabietas. Incluso conocía la gran mentira. Y hasta hace poco ella era noble, justa y elegante. Y a él nunca le había costado esfuerzos servirla: servirla como un esclavo porque es una diosa. Te amo, Elisenda. Pero ahora buscas motivos para reñirme cada vez más a menudo. Ya no es muy bien, Jacinto, así me gusta, sino ¿por qué te paras aquí?, cuidado, no frenes así, cómo no me has avisado de que se me olvidaba el abrigo, estás en la luna de Valencia, Jacinto, caramba. Y algún despiste mío sin importancia, sí. Pero yo te quiero a pesar de todo: envejeces, Elisenda, y no te das cuenta de que yo también tengo mi corazoncito. ¿Es que me consideras igual que al coche? Mira, no sé por qué razón adoptaste a ese crío en un momento de tanto follón, cuando la juerga del maquis estaba en pleno apogeo, ni por qué fuiste a buscarlo a Feixes. Si hubo alguna razón, la descubriré. No me gusta que tengas secretos conmigo, después de haberme pasado tantísimos años recogiendo la mierda de la familia. Sobre todo la del chaval.

Amén.

Concluida la ceremonia del bautizo, todo el mundo salió a la puerta de la iglesia, al solecito, tan de agradecer, con la sonrisa puesta, seguramente porque todos se alegraban de que Sergi Vilabrú (de los Vilabrú-Comelles y los Cabestany-Roure y de los Vilabrú de Torena y de los Ramis de Pilar Ramis de Tírvia, una puta y una mejor me callo, por respeto al pobre Anselm, supuesto y teórico bisabuelo del niño) y Centelles-Anglesola (de los Centelles-Anglesola emparentados con los Cardona-Anglesola por el lado Anglesola, y de los Erill de Sentmenat, porque la madre de la madre es hija de Eduardo Erill de Sentmenat, de quien se decía, cuando ya criaba malvas, que de infarto, nada, que había sido un suicidio) hubiera entrado tan resueltamente, sin un llanto siquiera, en el seno de la Iglesia militante.

Capítulo 42

Si no fuera esta guerra inacabable, algunas cosas me harían sonreír y llorar a la vez. Esta noche voy a contarte un cuento, mi niña. Todo comenzó cuando estaba yo durmiendo como un tronco (como últimamente duermo tan poco, me quedo frito en cualquier parte, hasta conduciendo la moto). Soñé que estaba un hombre aserrando un tronco de árbol en el bosque y le pregunté por qué sierras eso, compañero, y el hombre me dijo para que tengáis donde esconderos cuando os persigan. Sabía que era un sueño, por eso no me asusté mucho. Y entonces el compañero se puso a serrar la puerta de casa; bueno, la de la escuela, que ahora es mi casa. Y le pregunté ¿por qué sierras la puerta de casa, compañero? Y me dijo para ahorrar trabajo a los que te persigan. Entonces me desperté. Abrí los ojos y me quedé quieto como si no me hubiera despertado, que es lo que he aprendido a hacer aquí. Alguien estaba serrando la puerta de la escuela. Me asusté porque no soy nada valiente, hijita mía.

Tras muchas vacilaciones, fui de puntillas hasta la puerta y comprendí que no la estaba serrando nadie, sino que la arañaban. Y entonces me acordé... ¿No te ha pasado nunca, hija, que de repente y con total nitidez, se te presenta un recuerdo lejano que habías olvidado y parece que fuera de ayer mismo? Pues eso fue lo que me pasó. Abrí la puerta de golpe, silenciosamente, y ¿sabes a quién me encontré?

Tina miró el dibujo del perro, con su pelaje largo, la lengua colgando, la mirada atenta, la cabeza vuelta hacia el posible origen de un ruido. Qué bien dibujaba Fontelles. ¿Conozco a alguien que tenga escáner?

Hacía medio año, hijita mía, medio año desde que Aquil·les pasó diez días aquí, en la escuela, callado, escondido, protegiendo a sus niños... Y ahora volvía silencioso, sucio, con el pelaje enmarañado, las patas llagadas de tanto caminar sin reposo y delgado como una hoja de papel. Me lamió las manos y entró como si estuviera en su casa, mirando en todos los rincones, y subió al desván y se plantó a la puerta gimiendo.

—¿Los has perdido? ¿Dónde están?

Me lamió, se frotó entre mis perneras como un gato y entonces comprendí que debía de estar hambriento y le di el trozo de pan con embutido que tenía destinado a mi desayuno. Nunca he visto comer a nadie tan deprisa. Nunca, hijita. Entonces, el pobre animal se tumbó en un rincón y se quedó dormido. Probablemente era la primera vez que dormía en un lugar seguro después de muchos meses de vagar.

Más tarde, el teniente Marcó, a quien me gustaría que conocieras cuando pueda volver a llamarse Joan Esplandiu el de casa de Ventura, me contó que la familia de Lyon había llegado a avistar la frontera portuguesa; en la Alameda de Gardón, a cuatro pasos de la Beira Alta, detuvieron el coche en el que viajaban la familia y un pasador del Partido, y es que alguien había denunciado al pasador. Hija mía, haz lo

que puedas en la vida, pero nunca seas delatora. Tu madre te explicará lo que quiere decir. Pienso en los ojos despavoridos de Yves y de Fabrice, ahora que sé que, al final, el ogro malo del cuento los atrapó y está a punto de zampárselos. Me dijo el teniente Marcó que a la familia cuyo nombre no he llegado a saber nunca la devolvieron a la Francia del Reich y, desde allí, formó parte de la carga de unos trenes que mandan al interior de Alemania, llenos de judíos, con destino a unos campos de trabajo de Dachau, de donde dicen, aunque yo no me lo creo del todo, que nadie sale vivo. Pobres niños: el oso les puso la zarpa encima cuando estaban a punto de llegar a puerto. Pobres niños míos. Es decir, que Aquil·les ha vuelto desde más allá de la ciudad de Salamanca hasta un rincón del Pirineo, el lugar en el que tal vez había saboreado los únicos días de descanso de su larga odisea.

—¿De dónde ha salido este perro?

—Es un perro abandonado. Lo he adoptado.

—No está mal.

—No.

—Es de raza.

—¿Tú crees?

—Sí, es un spaniel. ¿Qué andaría haciendo por aquí?

—Se perdería.

—¿Aquí? ¿Un perro perdido aquí? —Valentí Targa con recelo—. ¿En esta mierda de montañas? ¿Triscando entre la maleza como un jabalí?

Con las manos en los bolsillos, apoyado en su silla, esperaba pacientemente a que Oriol terminara de mirar unos documentos. Entró Balansó, el de bigote fino, pero a una señal enérgica de Targa retrocedió y cerró la puerta.

—No soy abogado —dijo Oriol, levantando la cabeza, espeluznado.

—Es para que tomes nota. Si quieres, puedes hacer lo mismo.

Era el acta de denuncia de don Valentí Targa, alcalde y jefe del movimiento de la localidad, contra Manel Carmaniu, vecino de Torena, desafecto al régimen, primo de la mujer Ventura, primo del teniente Marcó, en virtud de la cual dejaba de ser propietario de tres hectáreas de terreno, que pasan a la hacienda de doña Elisenda Vilabré Ramis de casa Gravat, propietaria a su vez de las tierras adyacentes. Y en el segundo documento se establecía una permuta de esas tres hectáreas de terreno de pasto, más un par de las adyacentes, también de pasto, por un extenso terreno de la montaña de la Tuca, llamado Tuca Negra, de escaso valor agropecuario, propiedad de Jacint Gavarró de casa de Batalla, quien además debe compensar en metálico a la parte permutante por la diferencia evidente de los valores aportados a la permuta.

—Bueno, pero no entiendo por qué lo haces, ni por qué la señora...

—No te lo enseño para que me hagas estas preguntas. Si quieres... En fin... — Valentí se levantó a cerrar la puerta del despacho y volvió a sentarse. En voz más baja

—: Si quieres aprovechar la coyuntura, puedo hacerte rico.

—¿Cómo?

—Si quieres un terreno, denuncias a su propietario. Del resto me ocupo yo. Con una comisión razonable.

Oriol abrió la boca y enseguida sonrió para disimular la confusión.

—No quiero tierras.

—No quieres tierras, no quieres comisiones, no quieres regalos...

Instintivamente volvió a mirar la puerta, como para corroborar que seguía cerrada.

—Me obligas a desconfiar de ti. —Le dejó el papel encima de la mesa, al alcance de la mano—: Es muy fácil.

—¿Por qué te preocupa que no tenga aspiraciones económicas?

—No me preocupa: me cabrea. Y me hace desconfiar de ti.

—¿Por qué?

—Porque los puros siempre son peligrosos.

—Yo no soy puro.

—¡Pues haz lo mismo que todo el mundo, hostia! —Se golpeó la frente con el puño, enfadado y gritando—. Cualquiera que tenga dos dedos de frente aprovecha la ocasión. A cuenta de los sacrificios.

—No es obligatorio.

—¡Lo es! ¿Por qué renuncias a un beneficio legítimo? Es botín de guerra.

—Yo...

—A saber lo que andas urdiendo a mis espaldas. —Amenazador—: A saber...

—Perdona, pero yo...

—Si lo descubro y no me gusta... prepárate.

Es decir, Valentí no sabe nada. Definitivamente. No sabe que un día le apunté a la nuca con una pistola oxidada ni que cortejo a la mujer que desea para sí. Aunque quizá sea más justo decir que me corteja ella a mí. Tampoco sabe nada del tráfico nocturno que hay en la escuela. No sabe nada.

Esperó a que se liase otro cigarrillo. Cuando lo encendió, Targa se apoyó en la silla y lo miró al tiempo que se quitaba una brizna de tabaco de la punta de la lengua. Con una voz muy profunda y como si quisiera contradecirle, le espetó:

—Eliot.

Silencio. Ya está. Se acabó. Fue bonita la esperanza mientras duró; pero ahora ya está: tortura, delación, muerte. No soy un héroe. Caerá sobre mí la vergüenza de no tener madera de mártir, cantaré todos los nombres, al contrario que el pobre payés de Montardit. Por si acaso, puso cara de desinterés y dijo qué pasa con Eliot.

Para mayor incomodidad, Valentí guardó silencio y se puso a pensar. En qué piensa. Me está tomando el pelo. Lo sabe todo de mí.

—¿Qué pasa con Eliot? —insistió.

—Todavía no sabemos quién es. Los de Inteligencia Militar no saben quién es. Dicen que es alguien que lleva una vida normal.

—¿Como tú y yo?

—Como tú y yo. Sí. Por cierto, dos coroneles quieren que les hagas un retrato. — Levantando el dedo—: El precio lo pongo yo. Pero los retratos los harás en la Pobra.

—Ya veremos, ¿no?

Oriol se fue hacia la puerta y, antes de salir, dio media vuelta, serio.

—¿Es muy importante saber quién es?

—¿Quién es quién?

—Eliot.

—Si no, no podemos fusilarlo.

Oriol sonrió, como si fueran ambos seres inteligentes.

—Ahora en serio —dijo al fin, con la mano en el pomo de la puerta—. ¿Tan importante es ese famoso Eliot?

—Sólo te digo una cosa —respondió Targa en tono profesoral—: si lo pillamos, se viene abajo el montaje maquis de todos los Pirineos.

—Sobreestimas a Eliot. No creo que todo dependa de una persona. Además, a lo mejor es un fantasma.

—¿Qué?

—Que a lo mejor, ese Eliot es algo parecido a Ossian.

—¿Algo parecido a qué?

Pero Oriol ya había salido del despacho, eufórico porque el peligro había pasado, y furioso contra sí mismo porque le parecía que había hablado demasiado.

Capítulo 43

—Es ke no sé de ké va esto, señora.

La muchacha masticaba chicle con parsimonia, rumiando como una vaca, y miraba fijamente a Tina como si fuera una extraterrestre, en lugar de una mujer que quería recabar datos desconocidos de la vida de su hijo.

—Yo tampoco. ¿Arnau vivió aquí?

—Oiga, ¿por ké no se lo pregunta a él?

Una de las cosas que más la desconcertaban era que una chica como ésa la tratase de señora. Le echaba muchos años encima, pero, por el amor de Dios, sólo tenía cuarenta y siete, más seis kilos sobrantes y un marido que le ponía los cuernos. Pero cuarenta y siete no son sesenta ni setenta. ¿Y cómo podía haberse enamorado Arnau de una chica que llevaba incrustada una bala en la barbilla? Bueno, una bala..., un perdigón de plata, y el pelo rojizo, corto y de punta. Y el ombligo, metalizado también. Si la viera Jordi, la tildaría de drogadicta sin necesidad de oler siquiera el sospechoso tufillo de la estancia. En fin, no seamos dogmáticos, vamos.

—Seguramente soy tímida.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Por la agenda de Arnau. Mireia. Lleida. Antes de ingresar en el monasterio estuvo contigo.

La chica dejó de masticar y a Tina le pareció que miraba muy atrás, siglos atrás, incluso hasta un mes atrás, tal vez el último día que vio a Arnau. Sonrió y Tina lamentó verse excluida de ese pensamiento. Dos chicos cargados con sendos sacos de cemento cruzaron la sala. Uno llevaba unos vaqueros tan ceñidos que eran piel azul y el otro iba en pantalones cortos y anchos, ambos resoplaban bajo la carga. Saludaron a Tina con un gruñido y ésta respondió con un movimiento cortés de la cabeza.

Mireia vertió el contenido de la tetera en dos vasos sucios y Tina se prometió no hacer muecas de asco. Pero, al tocar el vaso con los labios, se le escapó una.

—No hay azúkar —le advirtió Mireia diligentemente.

¿Cómo podía ser que un chico como Arnau se hubiera interesado por esa chica?

—No importa, está muy rico —mintió.

—Lo kultivamos nosotros en el jardín.

—Os felicito.

¿Cómo podía ser que una chica como ésa se hubiera interesado por Arnau?

Otro silencio. Mireia se sacó el chicle de la boca y probó el té. Por la mueca de los labios, debió de encontrarlo en su punto. Tina suspiró.

—De acuerdo. Sólo quiero saber si Arnau es feliz.

La chica sacó un papel del bolsillo de los pantalones y se lo dio. Unos números.

Tina la miró sin comprender.

—Es el teléfono de los frailes —respondió—. Noventa y tres y taka-taka-taka. Ave María Purísima, diga. Arni, ¿eres feliz?

Tina dejó el vaso de té en la mesa, pintada de naranja, y se levantó.

—Gracias. Creía que...

—Arni andaba por akí porke era amigo de Pako Burés. Se conocían del pueblo, kreo.

—Fueron compañeros de instituto en Sort. —Tina miró a la chica e hizo el esfuerzo de ser dialogante—: ¿Y dónde puedo enkontrar a Pako Burés?

—Está missing. Sus viejos son gente de pasta y se hartó de trabajar de albañil akí.

Paco Burés el de casa Savina. Según la vieja Ventura, los Burés fueron de los que más y mejor se rieron cuando mataron a Ventureta.

—Pero ¿vive aquí, en Lérida?

—Ni puta idea.

Tina volvió a sentarse, se tomó el té de un trago y, con un gran sentido del ridículo, dijo pero ¿Arni y tú erais amigos?

—Sí. Arni es un tío muy legal. Pero, si él no larga, yo, punto en boca.

—Claro.

—Es más fácil hablar con los demás ke kon el propio hijo. ¿No?

—Sí.

Después de reconocer esa verdad ganó cierto aplomo. Tanto, ke kontraatakó:

—¿Tú hablas con tus padres?

—Piii. Este tema no entra en el examen.

Había dejado el doscaballos en la avenida Blondel, cerca del río. Cuando arrancó, todavía llevaba el olor de maría pegado a la piel. Arni, pensó mientras ponía el intermitente. Y yo, preocupada por si los frailes le cambiarían el nombre.

Capítulo 44

Aparcados en el escritorio, los documentos pendientes sólo de firma que el abogado Gasull le había llevado personalmente: la conformidad para mandar a monseñor Escrivá por vía directa y personal el talón de un puñado de miles de duros para subvenir a la erección del santuario de Torreciudad y la carta en la que se excusaba, sin demasiadas filigranas, por no asistir a la recepción del presidente Arias Navarro. A mano izquierda, la luz de la calle Falangista Fontelles se colaba matizada por la cortina transparente. Enfrente, Jacinto con un papel en la mano y el mentón tembloroso. Elisenda no cogió el papel. Cada día le resultaba más difícil enfocar la vista, lo veía todo borroso, como si el mundo se empeñara en cubrirse las vergüenzas ante su mirada.

—Dime —dijo, en cambio, sin mirarlo siquiera, porque ya sabía lo que pasaba.

A modo de respuesta, Jacinto Mas dejó el papel en la mesa. Era una carta, una comunicación que decía apreciado señor Jacinto Mas, me veo en la penosa obligación de prescindir de sus servicios de chófer de la familia Vilabré y, habida cuenta de su edad, le propongo una jubilación anticipada, que por otra parte se ha ganado usted a pulso. Le envío esta notificación con antelación suficiente para que busque una nueva residencia en un período razonable de tiempo. Espero noticias tuyas, atentamente, firmado, Erre Gasull, en Torena, a veintitrés de marzo de mil novecientos setenta y cuatro.

Elisenda cogió el papel y miró a su chófer como si lo viera por primera vez en treinta y siete años, nueve meses y dieciséis días. Con un gesto le indicó que se sentara en una silla frente a ella. Jacinto no lo entendió y ella tuvo que repetir el gesto acompañado de palabras.

—Siéntate, hombre.

Jacinto se sentó y buscó la mirada de la señora.

—¿Por qué me despide?

—Tres accidentes en cinco meses. Un coche destrozado, dos juicios, trece multas... y todavía me preguntas por qué.

—He estado treinta y siete años a su servicio y no he recibido una sola queja.

—Acabo de quejarme.

—Eso es ahora.

—Así son las cosas. Y no hace tantos años que estás a mi servicio.

—Desde San Sebastián. Treinta y siete años, nueve meses y dieciséis días.

—Pero a ver: ¿dónde está el drama? A todo el mundo le llega la edad de...

—No me jubile todavía, señora. Puedo hacer de..., de..., de cualquier cosa. De jardinero.

—Ya tengo uno y no necesito más.

—Puedo hacer de vigilante de casa Gravat. Puedo...

—No, tú te jubilas, que ya es hora. De verdad que no entiendo por qué te pones así...

—Soy joven: tengo cincuenta y cinco años.

—Yo te he visto toda la vida.

—Pues toda esa vida la he obedecido en todo sin protestar.

—Y has recibido un buen sueldo por ello. Y ahora te jubilas. Así son las cosas.

—No es posible que sea usted tan cruel. —Jacinto Mas tenía una expresión de estupor total—. ¿Es que no ve que...?

—No me parece tan tremendo, hombre. Tienes que aceptar la realidad. Estás en una buena edad para jubilarte y aprovechar con buena salud un descanso bien merecido.

—Me despide como a Carmina.

—No. Te jubilas, nada más, como todo el mundo.

Jacinto señaló la carta, que seguía encima de la mesa. Sin necesidad de leerla, repitió de memoria—: Le envío esta notificación con antelación suficiente para que se busque una nueva residencia en un período razonable de tiempo.

—Lógico, si ya no trabajas aquí...

—No tengo dónde ir.

—¿No tenías una hermana? Eres una persona adulta... Y si tienes algún problema, habla con el administrador, no conmigo.

—El señor Gasull lleva la batuta y la obliga a hacer...

—Basta, Jacinto —lo cortó en voz muy baja.

Pero no quiso oírla, porque si la oía, lo que dijera sería una orden y le calaría tan hondo que no podría sino acatarla. Y tuvo la suerte de que se lo dijera en voz baja, pensando que así lo atemorizaría. Elisenda Vilabré vio que Jacinto la señalaba con un gesto directo e irrespetuoso, como no lo había hecho jamás en los treinta y siete años, nueve meses y dieciséis días que decía haber estado a su servicio.

—... La obliga a hacer lo que quiere. Porque lleva la batuta y algo más.

—¿Qué dices?

—Que se la beneficia a usted.

La señora se levantó exasperada, indignada, sorprendida y dolida. Jacinto siguió hablando sin inmutarse.

—Lleva años deseándola, persiguiéndola, y por fin la ha conseguido.

—Fuera de aquí. —Estaba a punto de ahogarse de indignación—: Te juro que me las pagas.

Jacinto Mas no se levantó y Elisenda notó brevemente en la cara el aliento del pánico.

Como si se hubiera dado cuenta, Jacinto habló con una voz ronca, desvaída,

cargada con el peso de treinta y siete años, nueve meses y dieciséis días de deseo prohibido. Por primera vez en tanto tiempo, la tuteó.

—Te he sido fiel toda la vida. Te he obedecido, no he discutido nada, he aguantado muchas impertinencias tuyas, he limpiado mucha mierda de tu hijo y tuya, y siempre, siempre me has tenido cerca cuando te hacía falta.

Elisenda no protestó por el tuteo. Rígida, de pie delante del chófer, se mantuvo impertérrita:

—Y por ello se te ha pagado religiosamente todos los meses. ¿Te ha faltado algo alguna vez?

—Me ha faltado mi vida. He tenido que soportar y ocultar muchas cosas. Todos los días tenía que ver cosas y enterarme de todo, y callarme. Todos los santos días. Y ver cómo te tirabas a unos cuantos hombres. Y yo, a callar y a pelármela en el coche imaginándome que el afortunado era yo. Ésa ha sido la mierda de vida que he vivido.

Elisenda tragó saliva y miró hacia la borrosa pared del fondo. Con energía:

—Cumplías con tu trabajo.

—No, te quería.

Se le cortó la respiración porque Jacinto se levantó de pronto y empezó a dar la vuelta a la mesa canturreando me ha faltado mi vida, porque lo único que he hecho ha sido servirte; no me he casado, no he formado una familia, no he visto a mi hermana desde hace años, he conocido tus secretos y tus caprichos y he tenido que tragármelos porque, cuando me puse a tu servicio, me obligaste a jurar fidelidad hasta la muerte por lo más sagrado. Siempre te he sido fiel. He limpiado mucha mierda en beneficio tuyo, Elisenda. Y ahora tú no quieres tenerme aquí un poco más porque pierdo la vista y los reflejos. Y me echas de casa. Y, como una acusación, añadió en voz muy baja tú también te estás quedando ciega, no lo olvides.

—No te acerques más. Recomendaré al señor Gasull que te compense.

—No hay compensación posible: quiero morir en esta casa, que es la mía.

Elisenda recuperó su tono habitual.

—Si quieres morir, no te prives —le espetó.

—Que Dios te maldiga, señora.

—¿Dios? ¡Ni en broma! —Furiosa—: Cuidado con lo que dices.

—Soy de la familia. No puedo jubilar me de la familia.

—Ahora veo claramente que nunca has entendido nada.

De súbito, sin pensarlo dos veces, Jacinto Mas hizo lo que no había dejado de pensar desde hacía treinta y siete años, nueve meses y dieciséis días. Agarrarla, tocarla, tenerla cerca, ser uno de los pocos afortunados que la poseían, como el sabihondo, como el hijo de puta de Quique Esteve; como el gobernador civil don Nazario Prats, para conseguir un permiso; como Rafel Agullana de Lleida, que después quiso denunciarla legalmente porque quería deshacer el trato y ella lo

fulminó con una amenaza de denuncia por violación; como Gasull, y también como Santiago, el único que era su marido, al principio. Aunque, con ése, poco harían, porque se despreciaban. Como quién sabe cuántos ministros de Madrid, es que lo veo como si lo tuviera delante de los ojos, vamos. Agarró a la señora por las muñecas. Elisenda se puso pálida porque nunca en su vida la había agarrado un criado de esa forma. Ni siquiera la habían tocado. Quería gritar, pero se lo impidió la incredulidad. No podía palidecer más, porque, si no, lo habría hecho, pues no se conformó con agarrarle las muñecas, sino que la abrazó y la apretó fuertemente contra el pecho, y después le buscó los labios con los suyos y ella estaba al borde del colapso, rechazando el ataque intolerable de un criado, y llegó a levantarle la falda y a tocarle el muslo pensando por fin, por fin.

—Acuéstate conmigo.

—Pero te has vuelto...

—No, no me he vuelto nada —la cortó con contundencia—. Me debes un polvo.

Elisenda no podía gritar ni chillar y Jacinto Mas lo sabía. Era capaz de morir de hambre antes que servir de espectáculo a los vecinos de Torena. Por eso pudo levantarle la falda del todo y ella dijo pero qué quieres y él la cogió en brazos y la llevó al sofá en el que veintiséis años más tarde se sentaría Tina y le preguntaría ¿sabe usted dónde puedo encontrar a su hija?

Entonces fue Elisenda quien tuvo que disimular cierta extrañeza. Un momento después:

—¿Qué hija?

—Su hija. El maestro tuvo una hija, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

Otro momento en el que se les escaparían de las manos las riendas del mundo y se encontraría indefensa. Cómo lo sabe, qué pasa. ¿Qué quiere esta maestra fisgona?

—Un polvo —insistió Jacinto—. Me lo debes. —Voz seca, como si hablara con una biela—: Desnúdate, amor mío.

Le soltó las muñecas. Se quitó la camisa, los pantalones y la anticuada ropa interior. Elisenda, de pie, anonadada, no reaccionó. Su chófer, el hombre fiel, mudo, el muro que la defendía y la cubría con su propia vida, le mostraba ahora sus vergüenzas revitalizadas. Casi sin sentido, se sentó en el sofá. Le dio miedo el nuevo registro de la mirada de Jacinto. Casi tanto como el que le darían, pocos meses después, en ese mismo sofá, unos anónimos muy feroces. Miró al chófer desnudo y dijo no levemente con la cabeza, distante, indiferente.

Un criado que había sido meticulosamente elegido en una época turbulenta, a raíz de la muerte del padre y el hermano. Un criado que respondía de la seguridad de la joven Vilabré con su vida, un hombre que vivía por y para ella las veinticuatro horas del día, estaba ahora completamente desnudo y le suplicaba amor, le pedía una

intimidad imposible, ridícula. Optó por presentar batalla.

—Que te folle un pez. ¿Te gusta más así?

—Quítate la ropa.

—Sólo podrás violarme si me matas.

Se levantó y se acercó a Jacinto venciendo la repugnancia pero recuperando su posición y añadió conque tú verás, o me matas o te vistes. Tápate esa barriga ridícula y desaparece de esta casa o terminas en la cárcel. Si de mí depende, no percibirás ni la jubilación.

El miembro de Jacinto se encogió al comprobar, sin consultárselo a su dueño, que las cosas seguían igual entre la señora y él.

Capítulo 45

La anciana Ventura pasó la punta de los dedos por el bigote y después acarició los recios ojos del rostro que el tiempo había amarilleado.

—Mi Joan. No había visto yo este retrato en la vida. —Miró a su hija—: ¿Tú sí?

—No.

—¿Qué dice ahí? —La anciana dio el recorte de diario a Tina y, mientras esperaba la respuesta, cogió la taza de café de su hija y la olió con los ojos cerrados —: ¿Qué dice ahí? —insistió.

—Que, al parecer, se ha visto al bandolero Joan Esplandiu el de casa de Ventura de Torena, alias teniente Marcó, en los alrededores de la ciudad de Lérida.

—¿Cuándo fue eso?

—En mayo de mil novecientos cincuenta y tres.

La anciana Ventura miró furtivamente a su hija y ella respondió con la misma celeridad. Tina se quedó fuera de la conversación y quiso entrar de nuevo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Mi padre venía... Bueno... —En tono seco—: Más vale que lo dejemos, madre.

—Fue hace cincuenta años, hija. Digo yo que ya se podrá saber.

—Venía a verlas a escondidas, ¿verdad?

—Vino dos veces.

—Tres —puntualizó la anciana de memoria.

—Bueno, tres, claro —reconoció Cèlia—. Una, cuando mataron a mi hermano, poco antes de la invasión de Vall d’Aran, y la otra...

Cèlia Esplandiu dio un sorbo al café. No sabía si hablar o callar. Señaló la foto.

—Mi padre fue uno de los hombres más comprometidos con la organización de la invasión del ejército republicano. Pero, por cosas del Partido, lo relegaron a maniobras de desgaste y distracción. —Otro sorbo de café—. Eso lo desilusionó mucho.

—La invasión fracasó enseguida.

—Duró diez días —interrumpió la anciana Ventura, seca, como si todavía estuviera disgustada—. Joan decía que lo mejor era la guerrilla, no enfrentarse directamente al ejército, pero no le hicieron caso y ya ve...

—Era más partidario de las tesis anarquistas. ¿No es así?

—Eso creo —intervino la hija—: No entiendo mucho de esas cosas, pero me parece que sí.

—¿Y las otras dos veces?

Madre e hija volvieron a mirarse. Con una seña brusca, la madre dio a entender a Cèlia que no se moviera, que iría ella a ver qué pasaba. Se acercó a la ventana, abrió una hoja medio palmo y una mano se interpuso. Entonces la mujer la abrió hasta

atrás. Joan Ventura saltó al centro del comedor sin hacer ruido, como una jineta. La mujer y las dos chicas, Cèlia y Rosa, se quedaron mirándolo en silencio, esperanzadas y un poco atemorizadas, sobre todo Rosa.

—Es tu padre, Rosa.

—No hay peligro —dijo él en voz baja.

Abrazó a su mujer. Un abrazo rápido, muy breve, y después agarró a Rosa, pero la niña se le escurrió y fue a refugiarse en la madre; abrazó entonces a Cèlia, la estrechó un rato contra el pecho y la madre, curiosamente celosa de pronto, dio media vuelta hacia los fogones para no ver la escena y llenó un plato de sopa caliente hasta el borde. Ventura se puso a comer como si lo más normal del mundo fuera marcharse con el ejército perdedor, asegurar a la familia que era cuestión de semanas, enrolarse en el maquis y ganar reconocimiento enseguida por su dominio absoluto de la zona que, por su actividad de contrabandista, recorría desde hacía muchos años; y colaborar con la resistencia francesa, convertirse en el temido teniente Marcó, que operaba en la región de la que era oriundo, llegar tarde cuando mataron a su hijo, llorarlo junto a los suyos, pasarse nueve años más sin dar señales de vida y entrar un buen día por la ventana sin pedir permiso, irrumpiendo en mi vida, y yo, tener a punto un plato caliente para él y una buena porción de cerdo confitado.

—Te daba por muerto —le dijo, secándose las manos en el delantal.

—Yo también. —Hizo una carantoña a Cèlia—. Cuánto habéis crecido, hijas. —Hurgó en el bolsillo, sacó un caramelo arrugado y se lo dio a Rosa, que no se atrevió a cogerlo.

—¿Vienes a quedarte?

—No. —Miró a sus hijas—. Ya sois unas mujercitas. ¿Cuántos años tienes? —a Rosa.

—Catorce.

—¡Hay que ver! Catorce. —Asombrado—: ¿Catorce?

—¿A qué vienes?

—Di a tu primo que, cuando acabe todo esto, se lo compensaré.

—Manel no piensa en compensaciones. ¿A qué vienes?

—A matar a Targa. Sé cómo hacerlo.

Dios del cielo, pensó la mujer, por fin ha llegado el día, qué tengo que hacer, Dios mío del amor hermoso, qué hago para ayudar a mi marido a matar a Valentí Targa, para volver a dormir sin ver a mi Joanet con una bala en un ojo y el miedo en el otro porque yo no estaba a su lado, Dios mío, por caridad...

—Cuenta conmigo. —Autoritaria—: Hijas, a la cama.

Las muchachas estaban tan asustadas y esperanzadas que no tuvieron ánimo para desobedecer. Cèlia se acercó a su padre y lo abrazó. Puesto que había aprendido la lección:

—¿Te quedas hasta mañana?

—No. Pero no tardaré en volver. A partir de ahora, no.

—¿Y usted se fue a dormir? —Tina no había probado el café hasta ese momento. Riquísimo, como la otra vez.

—No. Rosa tampoco. Nos sentamos en las escaleras y oímos toda la conversación.

Tina miró por la ventana de la sala comedor. De reojo se fijó en que el televisor que había detrás estaba encendido, pero sin sonido. Televisaban las quinientas millas de Indianápolis. Por la ventana se veía el patio, un jardín empedrado, lleno de flores que anunciaban el comienzo de la primavera, a pesar de la triste historia de las moradoras. Al fondo, al lado de un cobertizo que debía de ser el lavadero, pegado a la pared, algo parecido a una cruz de palma, deshilachada y negruzca, y en un recoveco del mismo muro, una flor rara, probablemente artificial, azul y amarilla, como los peces exóticos. Cèlia se levantó y apagó el televisor. Al volver a su sitio, miró por la ventana hacia el patio, pensativa, y repitió para sí, como reviviendo aquel momento, que había oído toda la conversación porque se sentó con Rosa en las escaleras, en lugar de irse a la cama. Toda la conversación del marido y la mujer, a quienes los años de sufrimiento habían secado la fibra de la ternura y no se imaginaban siquiera una expresión afectuosa y hablaban con apremio, porque era más importante sacar la bala del ojo de Ventura que descansar el uno en el otro.

—Todavía va por el pueblo con escolta.

—Lo sabemos. Me han ayudado a seguirlo y conocemos sus costumbres. —La miró a los ojos—: Hay un momento en el que va sin escolta.

—¿Cuándo?

—Cuando va de putas o a hacer tratos sucios. Hasta aquí, me han ayudado. Pero ahora tengo que actuar solo.

—Ahora es cuando más falta te hace, Joan.

—El maquis... ha cambiado mucho. Cada cual va a lo suyo. Me han ayudado los de Caracremada.

—¿Por qué te dejan solo?

—Porque es una cuestión personal. No pueden arriesgar más hombres. —Después de un silencio, en voz más baja, dijo la verdad—: Es que quiero matarlo con mis propias manos. No quiero que lo haga nadie más.

—Pues te ayudo yo —dijo la mujer sin vacilar—, aunque me digas que no. Quiero mirar a los Burés con la cabeza alta, y a Cecilia Bascónes y a todos los Majals, que siguen llenándose la boca de Franco y España y la Falange de la hostia que los parió.

—Si te alteras tanto, no puedes ayudarme. —Se golpeó en la frente y prosiguió en voz baja porque hacía años que sólo podía hablar en susurros—. Hay que actuar con

frialdad.

—De acuerdo. No me altero. Ni pizca. Pero no quiero que éstos se alegren, no quiero que se rían ni que crean que han ganado, ni que se escondan detrás de Valentí Targa, ni quiero que me miren por encima del hombro por ser la mujer de uno al que llaman bandolero. Ahora verán que Targa no es intocable.

Glòria Carmaniu había cambiado mucho. En el año treinta y seis, cuando Joan, casi sin despedirse, se marchó al frente a defender la República, ella se limitó a sentarse en la cocina, junto al fuego, con la mirada perdida, a esperar que terminase la guerra. Fue el hambre de sus tres hijos lo que la espabiló y la obligó a salir a la calle, a fijarse en la cara viuda de las demás mujeres y a preguntarse por qué, en nombre de Sant Ambròs, por qué, si Dios existe, se ha quedado Torena sin hombres.

Y ahora, después de tantas muertes, decía no quiero que me miren por encima del hombro por ser la mujer de uno al que llaman bandolero.

—No hagas caso a esa gentuza. Ni los mires. Tú, a lo tuyo.

—No puede ser; vivimos en el mismo pueblo. Es imposible no verlos. Te ayudaré en lo que sea menester. Ni se te ocurra decirme que no.

El teniente Marcó miró hacia la ventana, cegada por los postigos. Pensó unos segundos, a toda velocidad, como en plena operación militar de altos vuelos.

—Muy bien, de acuerdo —dijo por fin—. Mañana a las nueve de la mañana vas a casa de Marés y llamas por teléfono a Targa. Le dices que eres la secretaria del señor Dauder.

—¿Y ya está?

—No. Dile lo que pone aquí.

Sacó un papel del bolsillo y se lo entregó.

—¿Y tú?

—Lo esperaré. Si haces lo que te digo, se irá solo de casa.

Valentí Targa miraba al objetivo de la cámara. Una foto. Se recompuso el nudo de la corbata. Otra foto, mirando a la derecha, hacia los muertos. Entonces sonó el aparato, Cinteta la de teléfonos le pasó la llamada, escuchó en silencio, dijo qué se han creído y colgó con cara de preocupación. Otra fotografía más mientras miraba hacia la derecha.

—Vuelva mañana, que ahora tengo mucho que hacer —dijo al retratista.

Dos minutos después, cuando daban las nueve en el campanario de Sant Pere, ya estaba allí la señora Vilabrú.

—Un desconocido quiere hablar conmigo de la Tuca.

—¿Contigo? —Elisenda, con extrañeza—. ¿Quién es?

—No sé. Un tal Dauder.

Elisenda esperó a que el fotógrafo cerrase del todo la puerta del despacho.

Entonces, enfurecida, miró al alcalde y le preguntó casi con desprecio qué te han

dicho exactamente. Entre tanto, Glòria Carmaniu la de casa de Ventura se tomaba un vaso de agua que le había servido el propio Marés. Se le había resecado la garganta después de decir al hombre al que no tenía intención de volver a dirigir la palabra nunca más que era la secretaria del señor Dauder, de Lérida, y que lo invitaba a una entrevista en Sort al cabo de una hora, para una cuestión relacionada con la propiedad legal de la Tuca, y que si no se personaba, estallaría el escándalo, y colgó, asustada, sin dar tiempo a Valentí a replicar pero qué se creen estos mierdas; con cara de preocupación, devolvió el auricular a su sitio y miró a la derecha, hacia los muertos.

Después de las dos primeras curvas dobles se abre la recta de Sant Antoni. Al final de la recta, antes de la curva del Pendís, un hombre muy bien vestido, con un portafolios de oficinista en la mano e inusualmente solo en la carretera helada, hizo un gesto enérgico y a la vez amable para que Valentí detuviera su Stromberg. Se acercó a la ventanilla.

—¿Señor Targa?

—Sí.

—Soy Joaquim Dauder.

—¿No habíamos quedado en...?

—Si me permite... Hace frío, ¿verdad?

El señor Dauder ya se había colado en el coche, al lado del conductor.

—Aquí es donde mejor podemos hablar de la Tuca. Sin testigos.

—Oiga, mire, yo...

Nunca llegó a saber cómo fue, pero el caso es que al momento siguiente se encontró esposado al volante y con la boca negra del cañón de una Luger de mil novecientos treinta y cinco en una de la fosas nasales, y empujando hacia arriba, mientras una voz serena y autoritaria le decía he esperado diez años, pero he tenido paciencia suficiente. Como no quiero que la tomen con los míos, habrás muerto en un accidente de tráfico, pero quiero que te vayas del mundo sabiendo que mueres porque mataste a mi hijo, Joan Esplandiú, Joan Ventureta, y porque lo hiciste con la mayor cobardía del mundo.

—No fui yo..., yo no...

—A pesar de esta barba que llevo, soy Joan el de casa de Ventura.

—Pero si no..., de verdad que yo...

—Llegué tarde porque sólo me diste veinticuatro horas. —Empujó el cañón con más fuerza nariz arriba—. Y tenía intención de entregarme para salvar a mi hijo.

Valentí, empujado hacia arriba, no se atrevía a moverse por miedo a un disparo accidental. Miraba de reojo a Ventura y de vez en cuando daba un tirón a las esposas.

—¡Veinticuatro horas! Tenías muchas ganas de matar a un niño, ¿verdad? —prosiguió Ventura—. Querías pasar a la historia. —Después de un pensamiento lento y silencioso—: Ahora mi hijo tendría veinticinco años. —Lo dijo con una lágrima en

la voz—. Y también mueres por todos los vecinos que has liquidado.

—Yo..., eran tiempos...

—Y por la muerte de Fontelles. En cuanto pueda le arranco las flechas de la tumba, pobre maestro.

Targa gimió de dolor y el guerrillero aflojó la presión del cañón en la nariz.

—Sabes que no tuve nada que ver con la muerte de los Vilabré.

Valentí Targa no respondió. El teniente Marcó empujó la pistola hacia arriba.

—Estaba en Francia, pasando mercancía por el puerto de Salau y tú lo sabías.

En respuesta, Valentí soltó algo parecido a un ronquido atemorizado. Joan Ventura prosiguió con su monólogo.

—Has querido vengarte de mí por lo de la Malavella.

—Fuiste tú quien atacó, acuérdate.

Cuando el grupo de Caregue se desorientó por completo a raíz del asalto de los embozados, que los expulsaban de sus rutas y les dejaban sin proveedores, como si en el mundo del contrabando no hubiera reglas, quien pagó el pato fue uno de los jóvenes lugartenientes de Caregue, Valentí Targa el de casa de Roia de Altron, quien a la sazón y en contra de las órdenes explícitas de su jefe mandó a doce hombres por el barranco del Port Negre con una carga muy cara, porque a mí no hay embozado ni Dios que me detenga y me obligue a dar un rodeo cuando voy cargado. Y los embozados les quitaron la mercancía, los obligaron a huir a la desbandada y arruinaron a Caregue, porque era la partida más valiosa que he pasado desde Andorra en toda mi vida, y en voz baja, echando fuego por los ojos, dijo Valentí, los cagones como tú me revuelven las tripas y no quiero respirar el mismo aire que uno que se juega mi mercancía porque le sale de los huevos, conque te perdono la vida pero tienes tres días para largarte y no volver nunca, y como asomes la jeta por aquí o por Caregue, Altron, Sort o cualquier sitio más acá de Tremp, te juro que te mato, te lo juro por Sant Servàs y Sant Potràs, por la virgen de Caregue, por Sant Josep, por el ángel, por la mula y por el buey, ¡como si no tuviera yo bastante con los embozados!

Y el joven Targa, con toda la frialdad del mundo, empleó dos de los tres días de carencia en peinar de arriba abajo el barranco del Port Negre, hasta que a media mañana del segundo día, en las cabañas de Palanca, encontró un objeto reluciente, rojizo, metálico, que le cabía en la mano, y la cerró con ira. Pasó una hora respirando hondo, mientras el metal se le incrustaba en la piel y los huesos se le empapaban de rencor. Y regresó a Altron, que estaba a muchas horas de camino y quería llegar al anochecer.

—La has tomado con mi familia por lo de la Malavella —insistió Ventura.

—Te propongo un acuerdo económico —pudo decir, por fin, Valentí Targa. Y por si acaso—: Tengo dinero.

El teniente Marcó dejó de hurgar la nariz al prisionero con la pistola. La guardó

en el bolsillo y abrió el portafolios.

—No tienes escapatoria. Vamos a hacer el mismo acuerdo que hiciste con mi hijo.

—Que te den por el culo, Ventura.

—Que te den primero a ti.

En vez de sacar del portafolios una notificación notarial o un certificado de propiedad de la Tuca, Joan el de casa de Ventura sacó un trapo blanco que envolvía lo que parecía una ampolla inyectable. La rompió sin desenvolverla, presionando con los dedos, y acercó el trapo a la boca y a la nariz de Valentí, que se agitó desesperado y lo amenazó diciendo te acordarás, me las pagarás, con los ojos rebosantes de rencor, hasta que no pudo más y se le quedaron en blanco; entonces ladeó la cabeza sin fuerza y se durmió dulcemente. Sin perder un instante, Joan Ventura le quitó las esposas, lo apoyó contra el volante y con cuidado, pero con la tranquilidad de saber que tenía tiempo de sobra hasta que pasara por allí Tori el lechero, quitó el freno de mano y se apeó del coche. Aunque estaba cuesta abajo, tuvo que empujarlo. El Stromberg ejecutó un salto elegantísimo que pareció seguir con fidelidad lo previsto por su estrategia, como suele suceder cuando las cosas se preparan bien, que entonces salen tal como el teniente Marcó había previsto. Una parábola, primer impacto con rotura de cristales y abolladura, tres vueltas de campana y el beso mortal contra el muro de contención, que lo reclamaba a gritos. El estrépito de la colisión se diluyó en la inmensidad del paisaje del valle de Àssua. Ventura echó a correr por el senderillo que había previsto y en tres minutos se plantó junto a la chatarra. Aprisionado y malherido, Valentí lo miró pidiendo auxilio y, en cuanto se dio cuenta de a quién se lo pedía, suplicó compasión y volvió a dormirse. No debía estar despierto, fue lo único que pensó el teniente Marcó. Tenían que haberlo matado las contusiones.

Metió los brazos en el coche, agarró la cabeza de Valentí como si sopesara una sandía y le dio un cuarto de vuelta seco. Crac. Basta. Ya puedo dormir, hijo mío.

Dos minutos más tarde, a lomos de la Guzzi, se alejaba de la curva del Pendís, de la recta de Sant Antoni y del infierno. A partir del momento en que el camión de la leche pasó por la recta de Sant Antoni y Tori se apeó, alarmado al ver un coche volcado en el muro del final del término y subió al pueblo a dar aviso, supe que dormiría mejor, sin tener la imagen del pobre Joanet incrustada en la piel de los ojos, Dios, en Tu bondad has puesto parches a lo que sucedió en Tu maldad.

—Usted no cree en Dios, ¿verdad?

—Es la pregunta más tonta que me han hecho en la vida.

—¿Por qué?

—¿Cómo va a creer en Dios una madre que se queda sin su hijo?

—Perdone, no quería...

—¿Por qué quiere saber cosas enterradas hace tanto tiempo? —Cèlia.

—Por el maestro.

—¿Qué tiene que ver el maestro?

—Quiero saber cómo murió.

—Quiere saber cómo murió el maestro.

—Y quiero saber cómo murió su marido.

—Mi marido no está muerto. Está desaparecido. —Cogió la taza de su hija y volvió a olerla—. Por suerte sobrevivió mucho tiempo a Valentí.

—Cuando le pregunté si estaría al día siguiente, dijo no, pero no tardaré en volver, a partir de ahora, no.

—¿Y fue así?

La anciana Ventura cogió la taza que su hija acababa de rellenar. Callaba, atenta a lo que decía Cèlia.

—Sí. Volvió enseguida, la tercera vez.

Madre e hija no se miraron y Tina lo notó. Guardaron las tres un silencio con incrustaciones de aflicción. De pronto, la anciana Ventura golpeó con el bastón en el suelo.

—¿Qué quiere saber del hijo de puta del maestro?

—Han pasado cincuenta y siete años.

—Aunque pasen mil. Siempre será un hijo de puta. Qué quiere saber de él.

—Cómo murió.

—Cuando lo supimos me alegré. Mucho. Porque era el brazo derecho de Targa y camelaba a los chiquitos.

—¿Sabe cómo murió?

—A Ovidi el de los Tomàs lo pillaron porque el maestro oyó decir a sus hijos en la escuela que el padre estaba escondido en casa de Barbal. —Casi sin respirar—. Y presumía como un gallo con el maldito uniforme.

—Sólo quiero saber cómo murió.

La anciana Ventura agachó la cabeza. Quizás estuviera cansada. Su hija le tomó la reseca mano, me miró a los ojos y me dijo en voz más baja una noche lo esperó una patrulla del maquis. Lo hicieron mártir y héroe fascista. Lo hemos tenido hasta en la sopa treinta años, porque la meapilas de la señora de casa Gravat, que se pasa el día lamiendo el culo a Dios, quiere hacerlo santo.

—¿Por qué?

—Bah, cosas de ricos. Y lo conseguirá, estoy segura.

Tina preguntó con mucho tacto si conocían a algún testigo de la muerte del maestro, a lo mejor un maqui que hubiera estado allí... Entonces la vieja volvió de su ausencia. Mirando el fondo de la taza de café de su hija:

—Cuatro hombres desconocidos, todos maquis. Si quiere saber lo que pasó, hable con los del otro bando.

—Ya... Pero...

—El maestro y Valentí Targa no iban solos. Los acompañaban por lo menos dos secretarios de Targa. No sé cómo se llamaban. —Tomó aire—. Pudiera ser que lo supieran en el Ayuntamiento.

—Pero madre, ¿cómo dice que...?

—En el Ayuntamiento. Targa los puso de alguaciles del Ayuntamiento. Conque, ya ve, encima pagábamos la soldada a nuestros verdugos.

—Oriol Fontelles fue colaborador de su padre en el maquis —dijo Tina a Cèlia—. Lo llamaban Eliot.

—Eliot fue un héroe —saltó la vieja—, no diga tonterías.

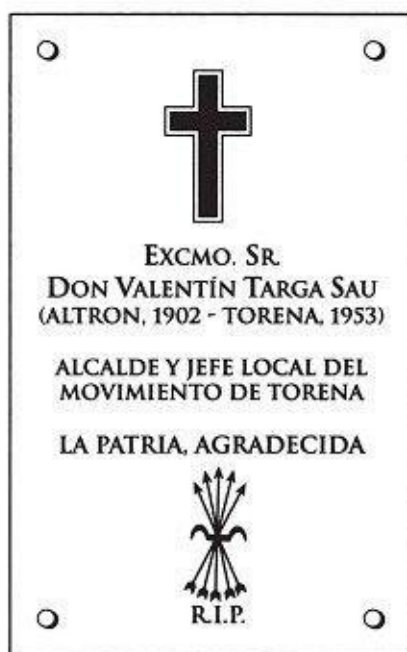
—Eliot era el maestro de Torena. Oriol Fontelles —insistió Tina.

—Salga de esta casa ahora mismo.

Tina se levantó dispuesta a resistir.

—¿Y Ventura? ¿Cuándo volvió su marido por tercera vez?

—He dicho que salga de esta casa.



¿A quién le importa saber quién fue realmente Oriol Fontelles? A mí y a nadie más. Tal vez también le importaría a su hija. A su hijo, Joan, si es que está vivo. No es verdad. También a la Memoria le importa saber quién fue Oriol Fontelles. Y me gustaría muchísimo saber por qué una vulgar maestra que tiene problemas de pecho, de hijo, de marido y de peso se mete a detective y se pone a rastrear las huellas de un héroe impreciso, o de un malvado tal vez, y quién será la mujer que me ha robado la felicidad. Por qué.

—Que Dios me perdone, si existe, pero qué alegría me da cortar esta lápida, hijo.

Ojalá hubiéramos tenido que hacerla antes y todo, Jaumet... Oye lo que te digo, acábala tú, hala, que es la última que haces antes de irte de soldado.

—No me llame Jaumet, padre, y menos delante de mis amigos. Y menos todavía delante de Rosa Ventureta.

—Pero ¡si es una chiquilina!...

—No tanto, padre, que va a hacer quince.

—Bueno. Anda, toma, la lápida es tuya. En latín y todo la podrías escribir, cagiëndiós.

—¿No era de Altron?

—Eso, de ca de Roia. Hoy estoy contento.

—¿Y por qué lo entierran en Torena?

—Igual quiere atar corto a los que mató aquí.

QUINTA PARTE

Kindertotenlieder

A menudo creo que sólo han salido a jugar.^[4]

JOHANN MICHAEL FRIEDRICH RÜCKERT

Recepción conjunta de todas las delegaciones en la sala de audiencias. Hay cierta desconfianza entre los grupos. El maestro de ceremonias anuncia, aproximadamente en polaco, que el Santo Padre recibirá enseguida a todos los presentes: se ruega que se abstengan de aplaudir, gritar o gesticular de modo que pueda incomodar a Su Santidad. Y que, al acabar la audiencia colectiva, tengan la bondad de subir por estas escaleras de aquí o por la rampa los cinco familiares que, previo aviso, podrán recibir la salutación personal de Su Santidad. ¿Alguna pregunta? ¿No? Pues lo repite todo en japonés y después en los demás idiomas, siempre con un nivelazo de incompetencia lingüística.

Qué emoción ver al Papa tan de cerca, porque allí en la basílica es como verlo en un estadio de fútbol. Qué amable es, a pesar de lo mayor que está, pobrecillo. Sí.

Apenas se le entiende. Es que ahora habla en japonés. Se le cae la baba. A la que se le cae la baba es a la Báscones.

—A ver, oye, no es por criticar ni nada, pero, con la fiestaza que se celebró cuando la canonización de don Josemaría, me esperaba una cosa más lucida, más..., no sé cómo decirlo.

—Mujer, que no es lo mismo. Ahora son cinco de un golpe, y sólo es beatificación.

—Pero son mártires.

—En eso tiene toda la razón.

Después del discurso de Su Santidad, cuando llega el turno de los familiares, se destaca en primer lugar un hombre arrugado que tiembla de miedo y se arrodilla ante el Sumo Pontífice. A juzgar por la sonrisa del Papa, los iniciados adivinan que se trata de un familiar del soldado polaco asesinado por las hordas. Tal vez un hermano menor. O un hijo. O un sobrino. O lo que sea. Es imposible saberlo porque los polacos del grupo no hablan nada que se entienda, qué lástima de gente.

A continuación, una monja africana y después, una mujer de tez oscurísima y cabello nevado en silla de ruedas; puede que sea una hermana o una tía de la otra monja asesinada por las hordas. Cuando la anciana paralítica llega ante el papa, Su Santidad amaga un movimiento para bajar del sitial, pero el médico de roquete y pelliza se lo prohíbe con contundencia, el papa lo entiende y obedece sin rechistar.

Después es el turno de una dama completamente enlutada, elegante, delgada, con gafas de cristales ahumados y zapatos con hebillas plateadas, que agarra con fuerza

un bolso negro de piel y que, por segunda vez en la vida, se arrodilla ante un hombre. El papa se inclina a decirle alguna fórmula de saludo, pero ella empieza a hablarle en voz baja y el papa, un poco inquieto al principio, la escucha después con interés; al cabo de dos minutos de conversación, los presentes empiezan a mirarse unos a otros sin comprender, desorientados, porque a fe de Dios que tal deferencia no estaba prevista. Tres minutos. El médico del roquete mira al chambelán, el cual abre los ojos de par en par dando a entender que no sabe lo que ocurre; cuatro minutos y el papa toma la palabra; el médico del roquete se aparta un poco para no oír lo que dicen. Qué gracia, hombres, ellos ahí de cháchara y nosotras aquí aguantando el palo de la vela. ¿Quién es esa señora? No sé. Una hermana, seguro. O la viuda, tal vez. Sí, porque vete tú a saber la edad que tendría ahora el beato Fontelles. Ochenta y cinco años tendría nuestro beato. Pregúntaselo a mosén Rella.

Yo sí que sé quién es: retinopatía con microaneurismas intrarretinales: si se callan les digo quién es.

—¿Qué hace mi madre? Pero ¿qué coño le está contando?

—Cállate, que te oye todo el mundo.

—Siempre tiene que hacer el numerito. ¿Te había dicho a ti algo de esto?

—¿A mí? Hace siglos que no nos hablamos, querido.

Cinco minutos. Cinco minutos de conversación privada entre el Santo Padre y Elisenda. Cuando vuelve a su asiento, el embajador la mira con más respeto. Al amparo de las gafas oscuras, la señora repasa asuntos que le daban vueltas en la cabeza y que ahora, en la conversación con el Santo Padre, han resurgido con fuerza.

Recuerda la decisión que tomó el día del entierro de Oriol de no depender nunca más de nadie que no fuera sí misma. A cualquier precio. Y recuerda a la madre Venància y su contundente adoctrinamiento, hija, que Dios te ha puesto la vida más difícil que a las demás señoritas del colegio, porque te has quedado sin madre. ¿Y mi tío August? Sin madre, hijita mía. Y eso significa que me creo en la obligación de ponerme en su lugar en una circunstancia como ésta, el momento de marcharte del colegio, a los diecisiete años, con ganas de ser una excelente cristiana, buena esposa y madre de familia, y unos progenitores que no pueden guiarte en la vida, porque tu padre está en una... ¿Y mi tío August, madre Venància? No es lo mismo, niña, hija.

Métete en la cabeza que los hombres son tus enemigos, porque sólo van a buscar una cosa, sólo quieren una cosa.

—¿Qué cosa, reverenda madre?

—Una.

—Pero cuál.

—Una. —Silencio en la sala de visitas. La maleta de la alumna Elisenda Vilabré Ramis (excelente en religión, aritmética, geografía e historia; notable en lengua, latín y ciencias naturales, y aprobado en costura y gimnasia), junto a sus piernas, como el

perro de Quet cuando se cansa de azuzar a la vacas en el prado de Sorre. La madre Venància no sabe cómo decirle lo que tiene que decirle, porque no es madre. Al final, de manera imprecisa dice la regla.

—¿La regla? ¿Quieren la regla? —Elisenda dio una patada en el suelo—. Pues, por mí, que se queden con ella.

—No, hija, quiero decir.

La madre Venància no logró expresar lo que quería. Pero recalcó sobre todo que se guardase de los hombres como del pecado, porque conquistan con una voz acariciadora que saben poner, y más aún si tienen las manos bonitas y los ojos como pozos sin fondo, ¿me entiendes, hijita? Y no olvides que, cuando llegue el momento del matrimonio, deberás ser obediente a los dictados del hombre que se convierta en tu marido. Lo dijo el padre Ossó: lo primero para lograr la felicidad en el matrimonio es que la mujer acepte el papel subordinado que le corresponde en la satisfacción de los designios de su marido. Espero que me entiendas, hija.

No podía explicarse peor. Tal vez por eso cargó las tintas en un aspecto en el que tenía más soltura y dijo que la mujer feliz es la mujer piadosa que cumple con sus oraciones diarias, que va a la iglesia con frecuencia, que posee capacidad de discernimiento entre el bien y el mal porque aspira al bien último. Que da gracias a Dios por lo mucho que le ha otorgado y que se esfuerza por hacerlo fructificar.

—¿Es pecado ser rica?

—Pero ¿qué ideas se te ocurren, niña? Al contrario: las personas ricas pueden hacer el bien, pueden ayudar a sus hermanos...

—¿Y lo del camello y la aguja?

—No pienses en esas imágenes. Tienes la posibilidad de hacer el bien y, por tanto, la obligación de buscarlo.

No se habló más. El coche debía de estar esperándola desde hacía un buen rato y empezó a notar una picazón muy rara. Miró a la madre Venància a los ojos. La monja entendió por fin que ahí concluía la estancia en el colegio de una muchacha enigmática, lista, callada, dura, rápida, guapa, rica, noble, orgullosa y reservada.

Habría sido una buena monja. Al menos, una excelente madre superiora. Nunca dejes de hacer lo que debes si crees que es tu deber, le dijo, sin saber que le estaba grabando a fuego en la tierna alma la divisa que iluminaría su vida.

Capítulo 46

Después del entierro de Santiago y el de Valentí Targa, y Marcel de nuevo en el internado, Elisenda Vilabré se sentó a pensar delante del retrato que le había hecho Oriol. Tal como prometió al gobernador civil, al día siguiente de la inesperada muerte del alcalde de Torena ya había un voluntario para sustituirlo en el cargo público. Pere Cases el de ca de Majals, arrastrado de la oreja por la señora, se presentó voluntario e hizo un discurso breve y muy emotivo en el que elogió las virtudes de su antecesor, el alcalde Valentí Targa, y prometió una gestión de continuidad; se metió en un berenjenal al hablar de la posibilidad de construir casas nuevas en la cuesta de Torre, pero a una mirada de doña Elisenda Vilabré, con la que le dio a entender que dejara para otro momento lo que se podía hacer en Torena, que ella le contaría sus planes, cambió ágilmente el rumbo del discurso y terminó diciendo que siempre estaría al servicio del municipio, de la provincia y de España, y con los ojos brillantes dijo vivaspaña, digo, viva Franco y arribaspaña.

Un asunto solucionado. Ahora, don Nazario Prats.

—Como le dije el día del entierro de mi querido esposo, quiero la parte que le correspondía.

—¿La parte de qué?

En el Gobierno Civil de Lérida tuvieron que cambiar el orden de las audiencias del gobernador porque una señora muy guapa pero nada paciente irrumpió en el despacho de don Nazario amenazando con denunciarlo y recordándole su amistad con el ministro Navarrete, y don Nazario la invitó a entrar y llevan dos horas charlando. Apunta el nombre de esa señora porque debe de ser importante.

—La parte que le correspondía del cargamento de treinta toneladas de leche en polvo americana con destino a la isla de Malta, a un precio escalofriante, por cierto.

—Hay un inconveniente, señora...

Está más guapa todavía, desde que enviudó, no sé, pero es que me la tiraría aquí mismo.

—¿Cuál?

—Agustín Rojas Pernerá.

El miércoles, día treinta de marzo de mil novecientos cincuenta y tres, a las once de la mañana, en el despacho del gobernador civil de Lérida, el Caudillo en la pared, al lado, José Antonio, y unas cortinas oscuras en el balcón que prestaban elegancia al espacio, la señora Vilabré demostró, y espero que sea la última vez, que lo que ella decía siempre iba a misa. Ante la mirada inquieta de don Nazario, cogió el teléfono y pidió línea directa con el ministro Navarrete, y al cabo de dos minutos el gobernador civil de Lérida, sobresaltado, oía decir a la dama hola, Ricardo, qué tal estás. Sí, gracias. Sí, completamente inesperado, pobre Santiago. Precisamente quería decirte...

Sí, un asunto que dejó a medias, sí. Sí. Un obstáculo grande. Sí. Agustín Rojas Pernerá, delegado de zona del Sindicato Vertical en la provincia de Lérida. Pues eso, que me pone toda clase de trabas. De acuerdo: si se muestra receptivo, por mí, puede quedarse donde está. Gracias, Ricardo. ¿Qué tal Felisa? Me alegro. Yo también os echo de menos. Hace mucho tiempo de lo de San Sebastián, pero todavía os llevo en el corazón. La semana que viene voy a Madrid, sí. Quedo a la espera de noticias.

Adiós, Ricardo.

Colgó, miró el reloj y, a continuación, al gobernador, don Nazario Prats. Entonces dijo dentro de media hora nos comunicarán que todo está solucionado. El sesenta por ciento para mí. Sin mi intervención, usted se habría quedado sin nada.

Aparte de un cenicero bastante lleno, encima de la mesa sólo se veía la mano blanda y sudada del gobernador y un magnífico reloj de plata sostenido por dos elefantes enfurecidos que alzaban la trompa desafiando con arrogancia el paso del tiempo.

—¿A cuántos ministros conoce, señora Vilabrú?

—Ministros y futuros ministros. ¿De acuerdo con el sesenta y cinco por ciento?

Al cabo de media hora, el delegado de zona del Sindicato Vertical de Lérida, don Agustín Rojas Pernerá, llamaba desolado a don Nazario y le decía hombre, amigo mío, qué lamentable malentendido. Por supuesto que lo que es tuyo es tuyo. Por descontado que la señora de Vilabrú está en todo su derecho. Esta misma tarde lo solucionamos todo: me quedo sólo con la comisión del tres por ciento de... Pero Elisenda, que oía la conversación por el otro aparato, dijo Agustín, ésas no son mis órdenes. Nada de comisiones o presento denuncia oficial a tu ministro.

Nada de comisiones. Y el setenta por ciento para ella. A partir de ese día, treinta de marzo de mil novecientos cincuenta y tres, cuando iba a cumplir cuarenta años, Elisenda Vilabrú supo que había encontrado el estilo, el tono y la manera de llevar las cosas en la vida, si es que estaba dispuesta a todo. Con cautela de buen cazador, esperó unos meses, por si saltaba la liebre del tal Dauder. Cuando se aseguró de que las aguas estaban tranquilas, se dedicó a atar todos los cabos sueltos de la Tuca Negra.

—Pago al contado —dijo.

Para Ignasi el de ca de Parache la cuestión era que, si la señora Vilabrú compraba sin discutir mucho el precio, seguro que barruntaba un provecho que a él se le escapaba, y eso lo ponía negro. Vendió una gran parcela de la Tuca de mala gana, con desconfianza. Otros tres propietarios adoptaron la misma actitud, pero se embolsaron el dinero. El quinto era Rafel Agullana, el primo de los Burés, Burot, como lo llamaban, que vivía en Lérida desde hacía muchos años.

—No.

—Te la pago bien.

—¿Qué quieres hacer ahí? Una montaña no sirve para nada. —Vestida de negro, esta mujer está más apetecible, si cabe.

—Te la compro.

—¿Por qué no vamos a medias en eso que vas a hacer, sea lo que sea? —
¿Cuarenta años? No creo que los tenga. Qué elegancia.

Puede que el despacho de Burot no fuera tan espacioso como el del gobernador, pero estaba mejor iluminado y tenía cinco estantes de libros condenados al cierre de por vida. Elisenda pasó el dedo por la mesa como si recogiera un rastro de polvo.

Miró a Burot a los ojos y el hombre le sostuvo la mirada. Se podría decir que fueron a medias, pero no en el sentido que decía él. Fue un proceso muy calculado. Nunca dejes de hacer lo que debes si crees que es tu deber. En el despacho de abogado de Agullana, enfrente de la Paeria de Lérida, Elisenda sonrió a su víctima, se levantó y miró por el balcón, se quitó la cadena del cuello y la guardó en el bolso mientras observaba las bandadas de palomas y entonces, sin previo aviso, se volvió hacia él y se desabrochó la blusa negra. La ropa interior también era negra. Con un movimiento muy diestro liberó un pecho blanquísimo y el pezón señaló a Burot. El hombre se tragó el susto, abrió los ojos como platos y no pudo apartar la vista del rosado pezón.

Un buen rato después, Agullana desvió la mirada en dirección a la puerta, volvió de nuevo al pecho y otra vez a la puerta y la señaló como dando a entender que..., pero ella le dijo en voz baja no la cierres, así es más divertido, y él se amorró al pezón, porque no podía contenerse más, y ella lo acarició dulcemente sabiendo que cada suave caricia de la mano a la calva incipiente de Agullana era una hectárea que ganaba para sí.

Cuando Elisenda se esforzaba en sacar a combate el otro pecho, sonaron débilmente unos golpecitos en la puerta. Con un gesto autoritario, confirmación de que lo tenía en el bolsillo, indicó a Agullana que procediera con normalidad y él dijo pasa, Carme. Ella se puso la chaqueta por encima y ocultó el desorden con la carpeta de documentos.

Carme le entregó el informe de salidas y él maldijo su nombre por haberle pedido que se lo llevara en cuanto lo terminase. La secretaria salió, Elisenda dejó la carpeta en la mesa y se quedó esperando con el pecho magreado al aire.

—No vendo —dijo Agullana. Y ella se echó a reír con tanto aplomo que Agullana se asustó.

—Queda terreno por explorar —le dijo, señalándose.

—Aquí es imposible. No me concentro.

Elisenda abrió el bolso y sacó una llave con la placa del número de habitación y el nombre del hotel. Se arregló la blusa, se levantó y, mientras se marchaba, sin volverse, le informó:

—Dentro de media hora.

En la bendita habitación del hotel, Rafel Agullana vivió la tarde más ardiente de su vida conquistando no la cima de Montsent ni el risco de Altars sino el cuerpo legendario, inalcanzable hasta entonces, de Elisenda Vilabré la de casa Gravat de Torena, lo cual bien valía el bosque de Pardiner y la falda de la Grossa pagados a buen precio. Y habría vendido más si lo hubiera tenido, porque Rafel Agullana era un hombre arrebatado y, mientras apretaba los pechos a Elisenda, se creía el amo del mundo, de los dos hemisferios, del prestigio que tan singular mujer se estaba labrando, y el único inconveniente del asunto era que sus conocidos no se lo creerían.

Cuando volvieron al despacho a formalizar la operación, Agullana se amilanó un tanto y repitió que no podía vender, que antes tenía que hablarlo con su mujer.

—No. Tú me lo vendes ahora o voy yo a hablarlo con tu mujer.

—Yo también puedo irme de la lengua.

—No tengo marido al que puedas ir con el cuento.

La operación se cerró esa misma tarde e incluso pidieron cita al notario desde el propio despacho.

Cuando Elisenda se marchó, Rafel Agullana tuvo necesidad de quedarse quince minutos con la vista fija en la puerta y la mirada perdida, alterado, pensando en lo que había hecho bien y en lo que había hecho mal, en lo que había valido la pena y, sobre todo, en qué demonios había pasado esa tarde.

La escenificación fue impecable. Los convocó en casa Gravat, en su propio terreno.

El servicio, a las órdenes de Ció, la sucesora de la añorada Bibiana, se pasó dos días limpiando el polvo inexistente. Mandó disponer el mapa en relieve que había encargado a Valentí con la excusa, muy celebrada en el Catastro, de la importancia de conocer exhaustivamente la morfología de la zona, máxime ahora, que todavía no podemos afirmar que hayan erradicado el maquis, dicho sea entre nosotros, y contrató a un cartógrafo vivales y deseoso de prosperar. También fue a la bodega en compañía de Ció, a comprobar si alguien se había tomado los cinco Chateau-neuf; mandó preparar cinco habitaciones para huéspedes, por si acaso, y, a tres días vista, se sentó junto a la chimenea apagada a esperar la llegada de los suecos.

Elisenda miraba a lo lejos como si contemplara el querido paisaje mientras el cartógrafo le señalaba los límites exactos de la propiedad de toda la montaña de la Tuca Negra, hasta esta vertiente; se dignó comprobar los documentos cuando el abogado Gasull, muy nervioso porque se estrenaba en los asuntos internacionales de la señora, presentaba a los compradores todos los títulos de propiedad, y volvió a sumirse en el infinito en tanto el abogado exponía las condiciones de pago; cuando herr Enqvist comunicó que el precio les parecía razonable, se sintió satisfecha, completa, justificada. En el momento de la firma del contrato de compra-venta,

además de consolidar su puesto entre las grandes fortunas del país, tuvo suficiente habilidad para imitar la táctica que habían intentado sin éxito Ignasi el de casa de Parache y Rafel Agullana, y que tal vez no se le hubiera ocurrido nunca.

—Diles que estoy dispuesta a rebajar bastante el precio a cambio de una participación en el negocio.

—¿Sabes lo que quieren hacer ahí?

—Una estación de esquí.

—Eso es una ruina. Estos señores creen que aquí hay tanta afición al esquí como en Suecia.

—Limitate a exponerles mi propuesta —dijo al joven abogado al tiempo que sonreía a los suecos—. De pensar y decidir ya me encargo yo.

Mientras tomaban té, que mereció la alabanza de los suecos por su aroma y color, hablaron de todo menos del trato que acababan de cerrar: la venta de toda la montaña de la Tuca Negra, con la participación de la señora Elisenda Vilabré Ramis a título personal materializada en un sabroso pellizco de acciones de la FrörlundPyrenéerna Korporation. El letrado Gasull, con una galleta en la mano, se desvivía haciendo de intérprete. Ella estaba encantadora, tan serena, tan segura a pesar de su juventud, que no tiene ni cuarenta años, pero tan gélida, tan racional y tan resuelta a tomar todas las decisiones, tan distante, tan divina, que ni se da cuenta de que estoy aquí dispuesto a cualquier cosa por serle útil. Incluso estaría dispuesto a transgredir la ley por ella, que Dios me perdone. Treinta y nueve años y ya es una reina. Vaya donde vaya es una reina. Reina mía. Siempre te seré fiel.

La llamada de la directora del internado fue verdaderamente inoportuna. Cuando herr Enqvist y herr Ahnlund estaban ponderando la posibilidad de quedarse a dormir en casa Gravat y avisar al día siguiente a un taxi para que los llevara al aeropuerto, telefoneó la señora Pol un poco alterada por el comportamiento esquivo, extraño, en definitiva, preocupante de su hijo. No hace nada, no estudia, no quiere jugar y se pasa el día mirando por la ventana, en definitiva, no hace nada.

—¿Y qué me recomienda?

—Que venga a buscarlo ahora mismo.

—Disculpe, pero ahora no...

—Hay que tener en cuenta... ¿Quería mucho a su padre, en definitiva?

—Sí, claro.

—En tal caso, es posible que le haya afectado más de lo previsible.

—Es posible. Póngame con él, por favor.

—No está aquí en este momento. Estoy sola en el despacho.

En el otro lado de la línea telefónica, Elisenda oyó una tos masculina que corroboró las palabras de la directora.

—De acuerdo —dijo con hastío—. Ahora lo soluciono.

Cuando volvió a la sala, con una ojeada entendió la situación: los suecos se quedaban y Gasull tenía prisa.

—Gasull.

El abogado inmovilizó el gesto de coger el sombrero.

—Es preciso que me haga un favor urgente y muy importante.

Al letrado se le iluminaron los ojos pensando en cuál podía ser la nueva misión que le encomendaba Ella.

—Sólo te lo preguntaba por si habías visto algo.

—Yo no sé nada.

Diez kilómetros más en silencio. El Fiat Balilla de Gasull avanzaba sin prisa, sobrecargando las ballestas de suspensión en todos los baches que no lograba evitar.

Marcel recuperó la postura en el asiento de atrás:

—Quiero vivir en Torena —dijo.

—¿Qué dices?

—Que quiero vivir en Torena. En el colegio me aburro, y en Barcelona también.

—No me digas que has nacido para trabajar en el campo —se atrevió a bromear Gasull.

—Y qué.

—Nada, nada. Pero ¿a qué escuela irías, Marcel?

—A la del pueblo. ¿A qué venía esa pregunta de si mi madre invitaba a señores a cenar?

—Señores y señoras, quiero decir.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque... —Un bache muy oportuno los sacudió y le dio tiempo a pensar un poco la respuesta—. Porque... Porque trabaja demasiado. Siempre insisto en que se acueste temprano, pero...

—Mi madre no trabaja demasiado. Al contrario, me parece que no trabaja mucho.

Gasull miró al chico por el espejo retrovisor. No quería que la conversación se echara a perder.

—¿Por qué?

—No hace más que hablar por teléfono y con gente en el salón.

—Hay muchas formas distintas de trabajar. ¿Te apetece una gaseosa?

—Sí.

El coche frenó a la entrada de las Franqueses. Mientras el chico bebía con avidez y miraba al frente, atravesando el cuerpo invisible de Gasull, éste quiso hacerlo bajar de las nubes.

—¿Qué te pasa? ¿Estás triste por lo de tu padre?

—Psé. ¿Por qué?

—Dice la señora Pol que a lo mejor...

—La señora Pol es idiota.

—¿Por qué?

—No me da ninguna pena que mi padre se haya muerto. No me quería.

—Eso no lo sabes.

El abogado Gasull, cuya juventud todavía lo protegía de preocupaciones, se emocionó pensando que, en cierto modo, cumplía con el chico las funciones de padre mejor que el propio Santiago. Ahora hacía de padre del hijo de Ella.

—Lo sé de sobra. Me miraba de una manera muy rara. —Tomó un trago de gaseosa—: ¿Por qué no vamos a Torena?

—No. Hoy no conviene que haya niños allí. Están trabajando.

—¿Y qué?

—Tu madre ha dicho que te lleve a Barcelona y allí te llevaré. Supongo que no querrás darle un disgusto.

—Me parece que mi madre no sabe que existo.

Al letrado Gasull le fastidió que de pronto, en el bar de las Franqueses, pasara un ángel, porque el resentimiento de la frase del chico se oyó con toda claridad, tan nítidamente que pensó que había sido él quien la había pronunciado.

Capítulo 47

El día dieciocho de noviembre de mil novecientos cincuenta y siete, pocos días después de la lucidísima inauguración de la flamante estación de esquí de la Tuca Negra, hacía poco más de trece años que había muerto heroicamente por causa de martirio el siervo de Dios Oriol Fontelles Grau. Fue el día que eligió Su Ilustrísima, el obispo de la Seu d'Urgell, para confirmar que las virtudes de nuestro Siervo de Dios eran suficientes para proclamarlo venerable de la Iglesia.

El acto solemne se celebró en la Seu, con asistencia de numerosos fieles acompañados por una nutrida representación de las fuerzas vivas del pueblo de Torena, entrañable localidad del valle de Àssua, entrañable valle del Pallars, entrañable comarca de Lérida, entrañable provincia de la laboriosa y entrañable Cataluña, el lugar en el que había sucedido la tragedia que desembocó en el martirio de quien a partir de hoy es el venerable Oriol Fontelles.

Lo que no dijo la prensa fue que se echó de menos entre los asistentes al canónigo de la catedral, el ilustre científico, el virtuoso doctor August Vilabrú, uno de los promotores en primera instancia del ascenso a los altares del mencionado venerable.

—Sí, ¿por qué no ha venido?

—Está ingresado en el hospital.

—Madre de Dios. ¿Qué le ha sucedido?

Lo que le había sucedido era que había sostenido la primera discusión fuerte con su sobrina, Elisenda Vilabrú i Ramis. Airear trapos sucios no es bueno para la salud.

Los trapos sucios eran una notificación notarial con un documento adjunto. La notificación anunciaba que, agotado el plazo de cuatro años desde el fallecimiento de su cliente, el despacho notarial Coma-Garriga de Lérida entregaba el documento adjunto a la persona indicada y lo dejaba en sus manos. Se trataba de las manos del padre August Vilabrú, que soltaron el documento adjunto en la sala de visitas del obispado como si quemara. Lo cogió Elisenda procurando que no le temblaran las manos y empezó a leerlo. Enseguida reconoció el estilo primitivo de Valentí Targa y comprendió que su Goel se guardaba esa jugada en venganza por muchas cosas, entre ellas, por el amor que había profesado a Oriol. Lo que más admiró fue que Valentí hubiera sido capaz de planear algo que debía cumplirse cuando él se hubiera ido al reino de los muertos. Lo que se aseguraba en el documento era la invalidez del testimonio de la señora Elisenda Vilabrú y de él mismo a propósito de las verdaderas circunstancias de la muerte de Oriol Fontelles. Me desdigo de todo lo que dije, aunque declaré bajo sagrado juramento. Ni maquis, ni mártir, ni sagrario. Oriol Fontelles era un adúltero vivales, amante de la citada doña Elisenda Vilabrú y asesino a sueldo del maquis, que incluso llegó a intentar contra la vida de un servidor, Valentí Targa, es decir, el firmante del presente documento. Y ella, que es tan señora y tan de

todo, no es nada más que una vulgar chupapollas.

—Oiga, señor, ¿no le parece que es mejor no...?

—De ninguna manera: chupapollas, con todas las letras. O me llevo todos mis negocios a otro despacho notarial, usted verá.

Chupapollas. Y es mi voluntad que si muero sin revocar el presente documento, éste sea entregado a la persona del canónigo Vilabré transcurridos cuatro años de mi muerte.

—Pondremos de mi fallecimiento.

—Me parece bien. Es una manera más elegante de morir. Y quiero añadir más cosas.

—¿Cuáles, señor Targa?

—Las verdaderas circunstancias de la muerte del tal Fontelles.

—¿Usted las conoce?

—Ya lo creo.

Silencio. El notario Garriga miró la claridad de la plaza de Sant Joan, que entraba muy atenuada por las cortinas. Observó a su cliente, que todavía estaba de pie delante de él en actitud impaciente.

—Yo las reservaría.

—¿Por qué?

—Por prudencia.

—Si esto sale a la luz será porque habré muerto. Quiero decir, habré fallecido.

—¿Y qué?

—Que me paso la prudencia por el forro. No sé si me explico.

—Como desee, pero sopesa con cuidado lo que va a revelar, porque ha de saber que si se tratara de hechos punibles, tengo la obligación de denunciarlos en el caso hipotético de que lleguen a mis oídos.

—¿Y el secreto profesional?

—Tiene unos límites.

—En tal caso, lo dejamos para otro momento.

—Mucho mejor, señor Targa.

Lérida, a diez de enero de mil novecientos cincuenta. Firmado, Valentí Targa Sau.

Elisenda devolvió el papel a la mesa. Mi Goel quería segarme la hierba de debajo de los pies. Mi Goel tenía celos de Oriol porque estaba empeñada en hacerle un rincón en la memoria de todos. Entonces tomó aire y dijo Valentí Targa se enemistó conmigo y con todos mis sueños cuando le dije que no, que no aceptaría comercio carnal de ninguna clase con él. Ésta es su venganza, tío. No puedes creerlo.

Elisenda lo dijo sin mirar a su tío a los ojos. Y al final, se arrodilló devotamente allí mismo, en la sala de visitas, le besó la mano y dijo padre, pido confesión, y el padre August no supo reaccionar a tiempo, tan perplejo como curioso por la actitud

de su sobrina y tan indeciso, porque a él le costaba mucho más tomar decisiones. No comprendió que había caído en una trampa que pondría fin a su salud hasta el momento en que dio la absolución al alma sedienta de su sobrina. Porque, la verdad, Elisenda le había dicho sí, padre, Oriol Fontelles, el maestro de Torena, fue mi amante hace diez años, pero sólo unos cortos e intensos meses, y eso era una trampa muy peligrosa. Nos amábamos con pasión, padre, siguió diciendo. Y en voz más baja confesó he cometido adulterio, padre.

—¿Te arrepientes?

¿Cómo puede pretender alguien que me arrepienta de mi amor por Oriol ni en toda la vida?

—Sí, padre.

Después de imponerle una penitencia severa, el padre August empezó a recitar la fórmula de la absolución y, al llegar a ego te absolvo a peccatis tuis in nomine, se calló. Ella levantó la cabeza y lo miró, asustada.

—Me has tendido una trampa.

—¿Yo?

—¿Qué pasó realmente el día de la muerte de Oriol Fontelles?

—Está reflejado en las actas del caso y las has leído cien veces. Eres el redactor principal.

—Que Dios te maldiga.

—¡Tío! —espeluznada. En un tono dramático—. Eres injusto. Muy injusto.

—Que Dios te maldiga porque acabas de decírmelo en confesión.

Elisenda no replicó. Hizo un gesto devoto de recogimiento. Nunca dejes de hacer lo que debes si crees que es tu deber. Arrodillada en la sala, vio suspirar y levantarse con dificultad al padre August.

—Lo has hecho a propósito para cerrarme la boca. —Dio unos pasos por la sala, parecía una fiera acorralada—: No puedo absolverte.

—Me estabas absolviendo ya.

—No puedo hacerlo.

Sin levantarse del suelo y con los ojos cerrados, dijo:

—Pase lo que pase, me has oído en confesión.

—No hemos completado el santo sacramento. Todavía no te he absuelto.

—Artículo ochocientos ochenta y seis del código de Derecho Canónico.

—¿Qué?

—Si el confesor no puede demostrar la mala disposición del penitente y éste pide la absolución, no puede negársela ni diferirla.

Silencio. Lo cierto era que había citado de memoria lo que había repasado cien veces, pero no fue completamente fiel al original porque contaba con que el padre August no se molestase en consultar las fuentes. Insistió:

—En el código dice demostrar. No dice que si alguien se ha hecho una idea.

—Quieres hacerme pasar por el aro, ¿verdad?

—¿Puedes demostrar que he obrado de mala fe?

Un minuto larguísimo, de casi un siglo de duración, los dos de pie, hasta que el padre August, con la voz rota, dijo ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, amén. Te conmino a revelar lo que sabes al postulador de la causa. A decirle que la persona que mañana declararán venerable era un hombre que vivía en el adulterio y que probablemente no era creyente, siquiera.

—La nota póstuma de Valentí Targa es pura mentira. Quiero que todos recuerden a Oriol por lo bueno que era.

—Para eso no es necesario elevarlo a los altares.

—Quiero que viva en el recuerdo de todo el mundo. ¡De todo el mundo!

—Eres una pécora, aunque seas mi sobrina.

El padre August se santiguó, asustado por lo que acababa de decir, y salió de la sala temblando, trastornado, con paso decidido, camino de su primera embolia.

Quince días después del disgusto, Bibiana dejó caer al suelo la sábana que estaba tendiendo con la ayuda de Caterina y dijo a la criada corre, haz el favor de llamar a la señora.

Cuando Elisenda llegó a la azotea, Bibiana se encontraba en el suelo, envuelta en la sábana húmeda como si fuera una mortaja, y dijo chiquilina, lo que más me duele es que nunca aprenderás a ser feliz, por eso me da rabia morirme, porque no quiero dejarte sola, pero ahora descansaré por fin. Es muy penoso saber las desgracias que van a suceder y no poder hacer casi nada para evitarlas.

—Caterina, avisa al médico. ¡Apúrate!

No te esfuerces, chiquilina, porque sé que me voy, con médico o sin él. ¡Cuántas veces quise decirte que no hicieras lo que más deseabas!... Casi no me atrevía, sabía que no me dejarías darte un consejo ni por chico que fuera. En cambio, muchas veces me hiciste caso. Pequeña, has sido como mi propia hija, he vivido pensando que te había parido yo, no esa Pilar.

—Ay, Dios mío, Bibiana. ¿Me oyes? ¿Me reconoces? ¡Di algo! No puedes dejarme sola, ¿me oyes?

Te oigo, chiquita. Has sido mi hija y he sufrido por ti como una madre. Ahora que me voy quiero decirte que tengas cuidado, que has elegido una vida peligrosa, con enemigos importantes, que lo sé, que no soy tan tonta como parezco. Cuánto te quiero, hija mía. Oigo el rumor del Pamano. Parece un milagro.

—Te llevo a la cama. No te preocupes, Bibiana, que yo te cuidaré.

No puedes ni levantarme del suelo. Me hace gracia que te preocupes por mí. Me he pasado cuarenta y dos años de mi vida penando por ti, desde que tardaste dos minutos eternos en ponerte a llorar cuando Conxita la de ca de Trilla te pegó un azote

en el culito. Y ahora, que por primera vez te preocupes tú por mí en mis dos últimos minutos, no sé, me hace llorar de satisfacción.

—No llores, Bibiana, que yo te cuidaré. ¡Que alguien avise al médico! ¡Caterina!

Me quedaría sólo para velar por ti, porque me da la impresión de que soy la única que sabe que la desgracia no termina nunca: siempre encuentra un hueso para roer.

Chiquilina, hija, no te confíes nunca, no olvides que nunca se sabe cuándo acabará la desgracia.

Capítulo 48

Por no tentar a la suerte, cambiaron el lugar de encuentro: una triste pensión de la Pobla donde nadie conocía a ninguno de los dos. Después de dejar el abrigo en la silla, Elisenda miró por la ventana y, sin volverse, dijo te quiero tanto que me gustaría vivir..., no sé, casada contigo. Sin tener que escondernos.

—Sabes que no puede ser —respuesta seca.

—Si pudiéramos divorciarnos.

—En la República se podía. Son los tuyos los que lo han prohibido.

—¿Los míos?

Lo miró. Se acercó a él intentando desvelar el secreto de esa mirada tan diferente de la del pintor, la que la desnudaba y la recubría con una suave piel de marta. Pero sólo encontró hielo. Fue hacia el armario.

—¿Acaso no son los tuyos también?

Oriol no respondió pero le sostuvo la mirada.

—Me gustaría estar casada contigo —insistió ella.

—A mí no.

Silencio. Elisenda se inmovilizó delante del espejo acuoso del armario. Dos Elisendas lo miraban conmocionadas. Oriol se sentó en la cama.

Saludo a Franco, Arriba España. Torena de Pallars a 26-10-1944. Continuación. Ha sido descubierto por nuestros servicios, en las cercanías de Tolosa, el cadáver del desaparecido José Pardines (del informe anterior) en avanzado estado de podredumbre. No: de descomposición.

El forense capitán Aurelio Cordón certifica la incrustación de bala en zona cerebral frontal con lo que deducimos que el tal Pardines fue descubierto por los bandoleros entre los que lo habíamos infiltrado. No llegó a decirnos. No llegó a darnos. No llegó a facilitarnos, ara, ningún tipo de información^[5].

—¿Qué te pasa? —dijo ella, todavía desorientada.

—Si quieres un terreno, denuncia al propietario.

—No te entiendo.

Cuando le contó lo que le había enseñado Targa lo entendió inmediatamente. Tres segundos para reaccionar:

—Son unos terrenos que la CNT confiscó a mi padre.

Oriol se quedó callado, un poco desorientado.

... que me llegaron voces todavía no confirmadas de la posible relación entre Eliot y un tal Ossian escrito tal como lo escribo. Creo que sería bueno; sería magnífico; sería prudente investigar los antecedentes del susodicho Ossian y si es natural de estos valles, si trabaja aquí oculto bajo una personalidad legal o si es un guerrillero o un republicano huido.

—Yo te quiero y no deseo perderte por nada del mundo.

—Eres amiga del alcalde, ¿no?

—No. En todo caso, tú. Siempre estáis juntos.

—Targa no confía en mí porque no quiero aprovecharme de la situación.

—Targa aplica la ley y hace que se cumpla. No es un delincuente.

—Excepto cuando mata a niños.

—Si quieres denunciarlo, ya sabes lo que hay que hacer. —Unos instantes para serenarse—. Pero ya habíamos hablado bastante de todo esto, ¿no?

—¿Lo justificas?

—No. Es un zafio, pero tú no sabes cómo estaba Torena antes de que llegara él.

Lo dijo con pasión, mientras se desabrochaba la blusa.

Inmediatamente, Oriol pensó que si le decía que en Torena había más vivos antes de que él llegara, sería el final. Pero quería ver lo que había debajo de la blusa. Por lo tanto, no dijo nada y aparcó la discusión. Incluso llegó a pensar que habría sido una temeridad iniciarla. La blusa, vamos.

Sobre los temores de la comandancia militar y de este servicio de información de que la suerte del conflicto bélico europeo derivado del desembarco aliado de junio pasado vaya a una mayor. No: redunde en una mayor desorientación en zonas de frontera, debo manifestar con orgullo, que en las zonas montañosas bajo mi control civil, no se detectan movimientos sospechosos dentro de lo que la prudencia recomienda afirmar debido a que es imposible el control total de una zona tan ingente y de accesos tan difíciles.

—Te quiero —le dijo, de todo corazón y de mala gana. Y ella sonrió, más serena.

Hicieron el amor, pero con una minúscula grieta entre ambos. Él sabía que, pasara lo que pasase, jamás podría prescindir de los besos, de la voz, del olor de esa mujer, y se consideró un miserable.

Referido a uno de los últimos informes donde se me preguntaba sobre mi seguridad personal, todavía es pronto para prescindir de la guardia personal cuando estoy en el pueblo porque hay gente cobarde que no acepta el restablecimiento del orden donde antes hubo caos, asesinatos, venganzas y odio. No aceptan la paz que les he regalado y no entienden que para preservarla, nos vemos obligados a actuar de manera enérgica, poniendo el pensamiento en las palabras de nuestro Caudillo que nos ordenó que no nos temblara el pulso en el momento de restablecer los valores de Patria y Religión, y atendiendo. No: y en atención a. No: y atendiendo a las consignas salidas. No, cómo se dice: emanadas por los responsables de Falange Española, cuya representación humildemente tengo. Ostento.

Después, tumbados en la cama, con un palmo de silencio entre ambos, pasaron demasiado tiempo callados. Se despidieron en silencio. Elisenda salió de la habitación sin mirar atrás. Volvió a casa en silencio, sin decir una sola palabra a

Jacinto, mirando fijamente adelante, como si tuviera prisa por llegar. Y Jacinto pensaba hoy han discutido. Hoy no han fornicado. Han discutido antes de acostarse.

Entonces notó olor de nardo y miró por el retrovisor. La señora lloraba en silencio.

Dios mío, qué le ha hecho ese desgraciado, la señora puede llorar y yo no sé qué hacer para evitarlo.

Aunque sea un asunto desagradable y de gravísimas consecuencias si se supiera; si trascendiera socialmente, me veo en la necesidad de comunicarle que cal. No, que es preciso retomar la vigilancia discreta del camarada Oriol Fontelles en sus desplazamientos fuera del municipio de Torena por parte de gente desconocida para él. No sabe, señor, cómo me gustaría poder concluir que mis temores respecto al susodicho camarada eran falsos. No: infundados.

Oriol se quedó sentado en la cama, mirando al espejo, añorando la presencia de Elisenda, preguntándose si era sensato perder la cabeza por una mujer que, en otras circunstancias, seguro que habría estado al otro lado de la trinchera. Preguntándose si, por su frivolidad, no pondría en peligro todas las Grandes Operaciones del mundo. Frivolidad. No, pasión. Pasión compartida. Se levantó de la cama y notó que la fragancia del nardo no se había desvanecido todavía de la habitación.

También sería recomendable investigar la procedencia de un perro de raza Springel Spaniel que responde al nombre de Aquil·les y que apareció en Torena de Pallars desde hace pocos días y que se ha instalado en la escuela, como si éste fuera un lugar conocido por el susodicho sabueso; can; perro. Forma parte de aquellas pequeñas cosas que envuelven de interrogantes la figura del antes susodicho camarada Fontelles.

A pesar de que no forma parte de mis atribuciones directas, debo revelar que en una comida con diversos oficiales adscritos a la gloriosa sexesi; sextésima; sesenta y dos división, a la gloriosa sesenta y dos división, capté comentarios críticos hacia la superioridad castrense por parte del capitán Alonso Fez; dichos comentarios del susodicho capitán no fueron repudiados por ninguno de los presentes.

El coche no se detuvo a la puerta de casa Gravat sino a la del Ayuntamiento.

Elisenda, transformada en valquiria, alta, resuelta, pelo negro, piel morena, subió los dos escalones de acceso y se plantó en el despacho de Valentí, que en ese momento escribía *porque consideran que la romanalla; los restos de la guerrilla se acabarían de golpe y porrazo; de golpe, si realmente el ejército fuera más expeditivo. Tanto el susodicho capitán Fez como otros oficiales presentes, manifestaron que el mando es demasiado débil con los insurgentes. Ojo.*

—Ahora, préstame mucha atención.

Elisenda se sentó a la mesa, dejó el abrigo y el bolso en el suelo, apoyó los codos en el escritorio y dio tiempo a Valentí a esconder sus secretos en la carpeta de cuero.

Se fijó en que ponía cara de buey a punto de ser sacrificado y le pareció bien. Cuando el buey por fin la miró con ojos tristes y húmedos, le dijo sin gritar todavía no has aprendido que algunas cosas no debes contárselas a nadie, ni a tu mejor amigo, si es que tienes alguno. Después de un silencio muy largo, Elisenda se impacientó:

—¿Qué tienes que decir?

—¿Por qué me dices eso?

—¿Por qué sabe Oriol Fontelles que he comprado parte de la Tuca?

—¿Y tú cómo sabes que Oriol Fontelles lo sabe?

—Contesta.

—Pues... —Valentí Targa revolvió las cosas de la mesa buscando una excusa, abrió la carpeta, sacó los papeles confidenciales y los volvió a guardar, pero ni así encontró respuesta.

—Muy bien. Puesto que no sabes lo que significa guardar un secreto, voy a destituirte del cargo.

—No puedes. El ejército no te lo permitiría.

—No tienes ni idea de lo que me dejan hacer los militares.

—Todavía no he terminado mi misión. Josep Mauri está vivo.

—Si tú no vas por él...

—Los contrabandistas son muy cautelosos. Pero estoy acorralándolo. Lo juro por lo más sagrado de nuestro acuerdo.

—Sólo sirves para matar.

Valentí se levantó, airado, mirando a Elisenda.

—Fuiste tú quien me propuso este trabajo, ¿no es eso?

—Exacto, pero no para que te fueras de la lengua. Esa boca que tienes va a ser tu perdición.

Aprovechando que estaba de pie, Valentí dio unos pasos para no soportar la incomodidad de tener delante de los ojos a esa mujer, la puta que poseía todos sus secretos; la puta autora de su increíble enriquecimiento, de mi puta felicidad y de esta ansiedad de la madre que la parió.

—¿Por qué sabe Fontelles...?

—Ha venido a verme indignado por la injusticia que cometo con Manel Carmaniu.

—¿Le has explicado lo qué significa confiscar?

—Yo no tengo que darle explicaciones de nada. Eres tú quien no debe hablar de esas cosas. —Levantó desmesuradamente el tono de voz—: Porque nadie tiene que saberlas.

—Exageras. Sé de un montón de pueblos en los que se..., bueno, en los que se redistribuye la riqueza. Y ahora nos toca a nosotros, ha llegado nuestra hora.

—Tu hora, querrás decir. Pero recuerda y que no se te olvide nunca que siempre

es mi hora y la de mi familia. Siempre. Ahora, antes y dentro de cien años. Límitate a poner orden ahora, que para eso te pago. Te he dicho mil veces que de pensar me ocupo yo.

—Como si yo fuera imbécil.

—Mañana voy a ver al general Yuste y le hablaré de ti.

—¿Me lo tomo como una amenaza? —por fin inmóvil, enfrente de la señora.

... que quizá sería conveniente que usted en persona tuviera unas palabras con el general Yuste para explicarle que no son ciertos los rumores que empezarán a correr sobre mi puta persona; sobre mi persona y mi supuesta falta de patriotismo o también sobre inventadas acciones tendentes a mi enriquecimiento personal, yo que he dado la vida por el glorioso Alzamiento y el glorioso Movimiento. Esta campaña que sin duda empezará, está orquestada por individuos desafectos, envidiosos de mi adhesión entusiasta y incondicional al Régimen y al Caudillo desde el primer instante y sin mácula de restricción mental alguna.

Collons.

Bibiana abrió la puerta. Enseguida notó que había llorado. Elisenda se dio cuenta enseguida de que Bibiana había notado el rastro de las lágrimas. Sonrió y dijo que no tenía hambre, hoy no voy a cenar. Bibiana respondió muy bien, señora, y pensó cuidado, Elisenda, chiquilina, que el mundo está lleno de pinchos.

Que Dios. No: Dios guarde a su excelencia por muchos años. Fechado en Torena de Pallars el día veinte; venti; 26 de septiembre de mil novos; nuevescientos cuarenta y cuatro, noveno Año Triunfal. Firmado y rubricado por el camarada Vale T rga S , alcalde de To na y Jefe Local del Movimiento. Viva Franco. Viva la revolución nacionalsindicalista. Arriba España.

Capítulo 49

La sierra circular hacía un ruido insidioso, como un agujón, y soltaba un polvo asfixiante. Tina saludó, pero Jaume Serrallac, con la mascarilla de cirujano, las gafas de protección, los guantes esterilizados y el ruido del bisturí eléctrico, no la oyó y siguió rebajando el canto fino de una lápida que decía Família Gallec de Tírvia. Tina esperó a que la sierra se quedara sin piedra que morder. Se hizo el silencio. Serrallac se quitó la mascarilla y las gafas y advirtió la presencia de la mujer rellenita de las fotografías del otro día.

—No vendrá a hacerme un encargo...

—En cierta manera, sí.

Serrallac se quitó los guantes de cirujano y revolvió entre los objetos del banco de trabajo hasta dar con un baqueteado paquete de tabaco. Escogió un pitillo, lo encendió, fijó la mirada azul en Tina y esperó.

—Quiero encontrar a la hija del maestro.

—¿De qué maestro?

—Oriol Fontelles.

—Se ha empeñado, ¿eh?

Serrallac la condujo al despachito, un cuarto acogedor y ordenado con una estufa encendida. Sin preguntar si le apetecía, puso encima de la mesa dos vasitos de plástico y los llenó de café de una melita.

No puedo rechazarlo, pero esta noche no dormiré.

—¿Se acuerda de la mujer del maestro?

—No. Es que yo era pequeño y ellos... estuvieron poco tiempo.

—Ella pasó aquí unos meses; Oriol, algo más de un año.

—No me gusta pensar en ese hombre, aunque le advierto que no era mal maestro.

—Fue un buen hombre.

Serrallac tomó un sorbo de café observando el recuerdo, que siempre se mira en silencio. Pero no halló en él a un buen hombre ni a uno malo. Por eso interrogó a Tina con la mirada y oyó la explicación que le dio sobre una larga carta de Fontelles a su hija que no había llegado aún a las manos de la destinataria. Añadió que quería entregársela para que supiera la verdad sobre su padre, Oriol Fontelles, que no había sido fascista, sino un maqui acosado por el miedo y la duda que tuvo que disfrazarse de falangista para ser más eficaz. En lo que tardó Serrallac en fumar el cigarrillo quedó resumido el último año largo de la vida de Oriol Fontelles, un guioncito entre dos cifras en la lápida de la tumba.

—¿Por qué no se ha sabido nunca?

—Porque fue un maqui eficiente. No podía saberlo nadie.

—¿Y si se lo inventó todo?

—¿Por qué razón? ¿De qué podía servirle? Si realmente hubiera sido falangista, ¿por qué iba a inventarse cosas que podían perjudicarlo?

—Para cambiar la historia. Por ejemplo, si grabo una lápida que diga héroe de la resistencia maqui contra el franquismo y la pongo en su tumba, cambio la historia.

—Sería un paso.

—Sí, pero inventado, porque no creo que sea verdad lo que dice usted.

Sonó el teléfono y Serrallac contestó. Fue una llamada fructífera que permitió a Tina enterarse de que era la hija de Serrallac quien llevaba el negocio y que se llamaba Amèlia, y que él, para pasar el rato en casa, ahora que era viudo, se dedicaba a hacer obras más delicadas, a arrastrar sus huesos por casi todos los cementerios de la comarca fijándose en los avances de la competencia, a pisar vestíbulos enlosados en los que acariciaba el suelo, conjeturaba sobre la procedencia de la piedra e inevitablemente manifestaba con indignación que la piedra ya no es lo que era.

Además, se encargaba de transportar el material en el camión nuevo que había comprado Amèlia hacía tres años. También se enteró de que Jaume Serrallac tenía un nieto de siete años que se llamaba Pere, como el bisabuelo. Y que jugaba al fútbol.

Que llevaba el cuatro en la camiseta. Que el domingo esperaba a su abuelo para enseñarle las fotos del partido de la escuela. Tres a dos, sí. No, él no marcó ninguno; hombre, abuelo, es que juego de cuatro. Quién pudiera ser abuelo después de una vida dichosa con tu amor. Nunca seré abuela; Arnau me ha privado de ello haciendo uso de la inefable opción monástica, en lugar de jugar de número cuatro. Por qué dará la vida estas vueltas tan estúpidas. Al fondo del almacén, un operario atronaba el aire con contundentes golpes de escoda contra un bloque de piedra y, por unos momentos, a Tina le pareció que el hombre esculpía sus pensamientos y se quedó indefensa. Volvió al meollo de la cuestión.

—¿Qué tal maestro era?

—No tengo mal recuerdo. Supongo que era bueno. Luego vino una señora horrible, ésa, no sé cuántos, no me acuerdo de cómo se llamaba. Pero yo ya estaba en el seminario y no pudo enseñarme a aborrecer el estudio.

—¿Estudió usted en el seminario? ¿En la Seu?

—Sí. Me mandó allí mi padre, que era anarquista.

Tina se solidarizó con el picapedrero de ojos azules y estuvo a punto de decirle pues yo no soy anarquista pero mi hijo me ha convertido en madre de fraile sin pedir permiso.

—¿Pasó mucho tiempo en la Seu?

—Me enamoré.

Tina se acordó de Mireia la de Lérida, que no había tenido suficiente fuerza en el corazón para ganar la partida a Dios y se había dejado arrebatarse a Arnau de las manos. Por eso no se dio cuenta del desconcierto que asomó unos segundos en la

mirada azul del marmolista.

—¿Más café?

—No, gracias. —Insomnio, vueltas en la cama, Jordi por qué me lo has hecho, quién es ella, dime.

—Oiga, señora... —Serrallac hizo un gesto como si fuera a puntualizar algo.

—Me llamo Tina y puedes tratarme de tú. Si quieres.

—Tina. No creo lo que dices; Oriol Fontelles era un fascista despreciable, eso lo sabe todo el pueblo de toda la vida. Targa y él eran uña y carne. Targa, al que llaman el verdugo de Torena, conque suponte. Y el maquis lo mató en una operación de represalia. Punto final. Lápida. Etcétera. ¿Por qué no me enseñas las fotos?

—¿Cuáles?

—Las que hiciste en el cementerio. —Con un ademán impreciso, Serrallac abarcó todo el taller—. A lo mejor me sirven de propaganda, si son buenas.

—Mis fotos siempre son buenas. ¿Qué sabes de la muerte de Fontelles?

Serrallac echó una ojeada al paquete de tabaco pero se contuvo. Juntó las manos.

—Dicen que la señora de casa Gravat fue de los pocos que lo vieron todo. Vete a verla, aunque puede que no te reciba siquiera, porque es muy señora y todo el mundo le huele a estiércol. ¿Quieres que te cuente un secreto?

Le brillaban los ojos; por lo visto, le gustaba jugar. Se quitó la gorra y Tina le vio el pelo por primera vez, abundante, blanco; seguro que de joven era rubio como el trigo.

—Era ella la que iba a arreglar personalmente la tumba del maestro. Pasaba una vez al mes por el mausoleo familiar a cambiar las flores y esas cosas. Y luego se quedaba un momento ante la tumba de Oriol Fontelles. La tía más rica del universo y, aunque estuviera en el otro lado del mundo, venía una vez al mes a cambiar las flores al maestro, ella en persona, con sus propias manos.

—¿Y ahora no?

—Desde que se quedó ciega, no. Lo hace una criada en su lugar.

—¿Llegaste a tratar con ella?

—La señora Elisenda Vilabré nunca se junta con la gente del pueblo. Aquí en el Pallars, en muchos pueblos hay una casa rica que no se junta con nadie, y a Torena le ha caído en suerte casa Gravat y todo su rencor por unos muertos. Y a mí me ha caído en suerte tener casa Gravat enfrente de la mía.

Tina no dijo nada porque quería que el marmolista lo largase todo e iluminara los relatos de las vidas que iban convirtiéndose en piel propia; sin embargo, el operario del fondo decidió llevarle la contraria y entró en el despachito, escoda en mano, a preguntar si las losas son para el Ayuntamiento de Esterri. En realidad quería ver de cerca a esa mujer que tan buen tipo tenía.

—Todas. Amèlia quiere verlas antes de cargarlas.

El operario, curioso, miró a la mujer. No. De cerca no es tan resultona. Está muy rellenita. Se llevó la mano a la gorra en un gesto que a Tina le recordó al del albañil marine, y volvió al rincón de las losas que sabía que eran para el Ayuntamiento de Esterri.

—Dónde nos habíamos quedado —Jaume Serrallac tamborileó en la mesa recordando.

—En la señora Vilabré.

—Ah, eso. Dicen que era amiga de Franco desde jovencita. Y que ahora es amiga del rey, aunque esté ciega y no salga de casa Gravat para nada. Dicen que sus fincas...

No, ¿cómo lo dicen? Que se puede ir andando desde Viella hasta Puigcerdà o hasta Lérida sin salirse de los terrenos de la señora Vilabré. Qué barbaridad, ¿eh?

—Se lo he oído decir a mucha gente.

Serrallac dio cuenta del segundo café y tiró el vasito a la papelera.

—No sé lo que dice el maestro en esa carta, pero no me lo creo, así, sin más.

Tina suspiró, abrió la carpeta y sacó unas hojas mecanografiadas. Las dejó en la mesa del despachito.

—Mira, son unos fragmentos de las cartas de Fontelles a su hija. Por cierto, ¿sabes si el hijo de los Burés vive en el pueblo?

—¿Paco? Me parece que se fue a Bosnia o por ahí. Es carne de oenegé.

—Ojalá hubiera más como él.

—No estaría de más. Todo lo contrario de los de casa Savina, que son todos medio fachas. —Refiriéndose a las hojas—: ¿Quieres que lo lea?

—Si no te incomoda cambiar los esquemas, sí, hazme el favor.

—¿Por qué te ha dado tan fuerte? ¿No estabas haciendo un libro de fotos?

Tina abrió la boca, se asomó un momento al interior de su alma, congeló una sonrisa tímida y, sin mirar a Serrallac, dijo que todavía no lo sabía con exactitud, pero el caso es que me subleva la mentira y la gente que se aprovecha de las mentiras. Me gustaría que me ayudaras a encontrar a la hija de Fontelles. Ah, sólo sé que se llama Joan.

—¿Quién?

—La hija del maestro. ¿Conoces a algún Joan?

—¿No dices que es hija?

—Anda, léelo y empieza a pensar en cuántos Joanes conoces.

Capítulo 50

Durante dos o tres días, un par de individuos con gabardina, cara de malas pulgas y purito delgado en los labios tomaron nota de lo que pasaba en el pueblo y pasearon por delante de ca de Ventura, ca de Misseret y ca de Felicó y sobre todo, de ca de Maria la del Nasi como si supieran a ciencia cierta que Josep Mauri volvería en cualquier momento a hacer una visita a la familia y, de paso, a dejarse matar. Entre tanto, llegó el oficio del nombramiento de don Pedro Cases Tribó (Pere el de ca de Majals) en el cargo de alcalde de Torena, en sustitución de don Valentín Targa Sau (el verdugo de Torena), cuya trágica muerte embargó de tristeza nuestros corazones.

También entre tanto se celebraron las emocionantes exequias en la parroquia, que se llenó hasta atrás de desconocidos, además de la señora Vilabré, la Báscones, los Burés, en fin, toda la cuadrilla, en tanto el resto del pueblo se quedó en casa pensando en las musarañas, esperando que lo enterrasen bien enterrado de una vez, esperando que los desconocidos que gritaban Vale T rga S , presente, viva la Falange Española, viva la revolución nacionalsindicalista, viva Franco y también arribaspaña, se largaran de Torena para volver a respirar con tranquilidad y en el cementerio, un entierro muy emotivo porque el insigne Claudio Asín, el ideólogo preferido del finado Targa, su fuente de conocimiento, su norte, su comprensión del mundo, de la vida, de la Patria, Claudio Asín, presente, tuvo el acierto de decir ya que el camarada Targa es hijo del frío es lógico que repose en un cementerio azotado por el viento del norte, aunque tan primoroso como un vergel bíblico, viva Franco, arribas Paña. Se encargó a Pere Serrallac, con cargo a los fondos municipales, una lápida para el héroe, que recibió sepultura a menos de dos metros de su inseparable amigo, el falangista Fontelles, otro héroe, y a menos de uno de su víctima, Joan Esplandiú, Ventureta, que además de haberse cagado en los pantalones cuando lo mataron, debía de conservar la bala incrustada en el ojo como una joya valiosa.

Los individuos avinagrados se marcharon sin decir ni ahí te pudras al nuevo alcalde, siquiera; dieron por concluida la investigación sobre el desafortunado accidente del malogrado camarada sindical, don Valentín Targa Sau, y por buena y oficial la defunción por accidente. Pero la Historia no tiene en cuenta que los héroes también son padres, y el teniente Marcó, tras consumir la venganza que lo mantenía vivo, no regresó a Francia sin volver la vista atrás, como tenían que haber hecho la mujer de Lot y Orfeo, sino que se adentró en el infierno de la ira y se quedó en el bosque a la espera, pero no de su amada Eurídice ni del olivo y la parra frondosos y los años felices en Sodoma, sino porque quería presenciar el entierro de su enemigo y oír los lamentos de su familia de Altron, que no asistió a la ceremonia, y de sus engominados camaradas. Desde el roble del Fanal, enrojecido por el frío otoñal, encaramado en un árbol a media altura, asistió al concurridísimo funeral que reunió a

muchos uniformados de la Falange, a ningún militar, a los alcaldes de Sort, Rialb, Tírvia y Llavorsí y a algún mandamás de la Seu o de Tremp, mira, los Burés de casa Savina, los de ca de Narcís, Felip el de ca de Birulés, faltaría más. Y los Majals. Y la Bàscones del estanco. Pero no oyó ni un solo ay de dolor y el caso fue que el teniente Marcó se quedó con las ganas. Y, avanzado ya el mediodía, cuando el aire empezó a impregnarse de aromas tentadores provenientes del pueblo y Pere Serrallac cerró la puerta del cementerio, Ventura bajó del árbol, saltó la tapia, besó la lápida de su hijo donde decía Familia Esplandiu, lamentó el óxido que manchaba la cruz de hierro, miró hacia la tumba de Fontelles, hizo una mueca de disgusto tímido o tal vez de excusa, le dijo hola, Eliot, amigo, se acercó a la otra tumba y, sacando una maza de la pernera, aporreó la lápida que acababa de poner Serrallac y que, a partir de ese momento, rezaría Ex . on Vale T rga S (Alton, 1902-To na, 1953) Al e y Jefe al el Mov ien d orena La tria, agr ida. E hizo añicos el yugo y las flechas. Mientras corregía el texto, pensaba en lo mucho que le habría gustado que en la lápida dijera que el muy cabrón había muerto a los cincuenta y un años de edad y acojonado perdido, porque, con la cantidad de muertos que tenía a la espalda y la cantidad de rencor que tan generosamente había sembrado a lo largo del camino, tuvo la oportunidad de oír la voz y ver los ojos de la Vieja de la Guadaña antes de que llegara, amén. Remató la función con otro mazazo en Altron, que se quedó en A t on, y aún siguió descargando golpes, porque la euforia le dio palabras para hablar con su hijo y decirle, como si de una plegaria se tratara, hijo de mi dolor, ya lo he matado y me ha ayudado tu madre, y él sabe que ha muerto por ti, hijo mío, perdona que no llegase a tiempo, Joanet, pero me encontraba muy lejos. Y ahora ya está, duerme en paz, hijo.

Y déjame dormir a mí también. Y a tu madre. Y a tus hermanas. Insáculo culorum. Te quiero, Joanet.

Concluida la santa profanación, con un carbón dejó constancia material de que los fascistas tenían que morir para siempre. En la tumba de Oriol escribió Eliot mientras le decía no puede ser que te tengan así, hoy mismo se entera mi Glòria de todo lo que hiciste por nosotros, amigo mío; hay tantas cosas que tenemos que arreglar todavía.

Poco puedo hacer yo, que soy un desgraciado, siempre escondido en el monte, siempre rodeado de los únicos nombres que me son fieles: cuetos, crestas, picos, atalayas, peñas, barrancos, cumbres y repechos; éste siempre ha sido mi mundo, al principio, de zagalejo, luego de mayoral, arreando las vacas por las peñas, y después de contrabandista, tirando de la mercancía por el puerto de Salau adelante, o por el Negre o por donde fuera, y al final, aunque no quería, de guerrillero, enseñando caminos, escondites y secretos a los compañeros de lucha, como tú, maestro valiente, y ya ves, de un tiempo acá, vivo como un emboscado, con espinas clavadas en el corazón, buscando la oportunidad de vengar una sola de las muchas muertes que he

conocido. Sé que venganzas más generales no son cosa mía. A partir de hoy por fin podré dormir tranquilo, amigo. Me lo ha dicho Venturita.

No tuvo tiempo de arrancar el yugo y las flechas de la tumba de Oriol porque la puerta del cementerio se abrió súbitamente con un chirrido y se estampó, colérica, contra la pared; irrumpieron en el camposanto el de bigote fino, el de pelo rizado y dos hombres más dispuestos a desenfundar las pistolas. Con reflejos de fiera montaraz, el teniente Marcó les arrojó la maza y aprovechó los momentos de confusión que provocó para saltar la tapia y adentrarse en el bosque, donde sabía que podía convertirse fácilmente en una piedra, si era preciso. Tres tiros de rigor al aire y aviso a la Guardia Civil para que mandara una patrulla al monte, porque un desconocido que se ocultaba el rostro con un pasamontañas o algo así acaba de profanar la bendita tumba del camarada Vale T ga S., el alcalde de To na, recientemente fallecido. Pero ¡si lo acababan de enterrar! Pues ya ves.

La patrulla de la Guardia Civil, guiada por el de bigote fino, Balansó, que era quien más había lamentado la muerte de Valentí, registró la zona con tenacidad. A la hora en que los contornos de las cosas se hacen imprecisos y los olores frescos de la noche empiezan a teñir la atmósfera, dispararon contra un bulto que se movía en dirección al Tossal. Pero no se atrevieron a avanzar más porque temían resbalar por los peñascales. Sin embargo, hicieron blanco en algo y, por tanto, en calidad de cabo y jefe de la patrulla destacada en persecución del vesánico desaprensivo, he ordenado el regreso a la base y he decidido personarnos mañana en el lugar en el que hemos efectuado los disparos, con el fin de comprobar la veracidad de nuestro supuesto. En el destacamento de To na afecto a Rialb, a quince de febrero de mil novecientos cincuenta y tres. Firmado Fernando Ulloa, cabo.

—¿Qué significa vesánico?

—No sé, pero le gusta mucho a la superioridad.

—Me parece que quiere decir malnacido o algo así —Balansó dándoselas de académico.

Al día siguiente, Balansó dijo que tenía muchísimo trabajo y la pareja tuvo que volver sola a la cota mil setecientos, a ver si el bulto que se movía no estaba, pero en cambio había un abundante rastro de sangre, lo cual inducía a pensar que a, habían dado al vesánico o b, habían dado a un animal del monte no controlado por las fuerzas del orden.

—O c, a otra persona. A un inocente, quiero decir.

—Coño, no fastidies.

—Disparaste sin pensarlo siquiera. Sin dar el alto primero.

—Cumplí con mi deber y no pienso retocar el informe.

—Ni falta que hace, pero me debes un favor.

Perdió tanta sangre que estaba más blanco que la nieve que ya se retiraba del

paisaje. Con un esfuerzo titánico abrió los ojos y vio a su hija Cèlia llorando delante de él, en silencio, como cuando la guerra, y oyó el rumor de otra persona que trajinaba por allí, y, muy de lejos, la voz dulce de Cèlia o de Rosa que decía madre, se ha despertado. Y entonces su mujer, con las manos manchadas de sangre, cogió el trapo que taponaba la herida y le dijo Joan, hay que llevarte al médico, yo no sé lo que hay que hacer, y él dijo que no con la cabeza porque la voz no podía salir de sus labios exangües.

—Es que, si no, te mueres. Tal como estás, no te salva ni el agua de la fuente de Sant Ambròs.

Entonces Joan Esplandiu el de ca de Ventura de Torena, natural de ca de Tomàs de Altron, el antiguo héroe del maquis que dio fama al temido nombre del teniente Marcó, dijo sácame la bala tú, con el cuchillo de las patatas, el del mango azul, y lo primero que se le ocurrió decir a Glòria fue ay, Joan, cuántas noches hace que no vives en casa, ¿no sabes que ese cuchillo se rompió hace mucho? Y él dijo no, no lo sé.

No es más que una bala en el vientre. Si me la sacas...

Pero la mujer no sabía cómo arreglárselas con la herida. La bala se había escondido muy adentro y no sabía que no hay agonía más lenta y dolorosa que morir de un balazo en el vientre. Sólo sabía que no hacía ni media hora, cuando oscureció y puso la olla al fuego, el postigo de la ventana tembló, y ella lo abrió ansiosamente, pensando Joan ha vuelto, tal como se lo prometió a las niñas, pero sin avisar, sin pedir permiso a mi vida y sólo dos días después de la última vez. Cierto, sí, volvió sin avisar, sin pedir permiso a su vida, sólo dos días después, pero además, con una bala en el vientre, poca sangre en las venas, pálido como un aparecido y con el aliento de la muerte apestandole el cogote.

—Dios mío. ¿Qué hago?

—Acuéstame.

—Lo del cementerio lo has hecho tú.

—A ver si cortas la sangría, anda. Que lo mire Manel.

Y se desmayó. Cèlia y Rosa se echaron a llorar porque era mucho desconsuelo para unas niñas solas.

—Vete a avisar a tu tío. ¡Date prisa! —dijo la madre a la mayor de las niñas.

Ni Manel Carmaniu, que había ayudado a más de veinte vacas a parir, pudo hacer nada. Cuando decidieron que, total para morirse, más valía que lo viera el médico y al menos no se moriría como un perro, Ventura, empecinado hasta la muerte, se murió para evitarlo.

A las cinco de la madrugada, el cuerpo del teniente Marcó empezó a enfriarse. La madre Ventura, cabizbaja, lloraba y las niñas se durmieron de pena con la cabeza apoyada en su regazo, soñando con toda la infelicidad del mundo; Manel Carmaniu

acarició la cabeza a su prima y le dijo Ventura, Joan ha muerto y hay que dar parte.

No sé a quién, pero a alguien.

—De eso nada. —La mujer levantó la cabeza y de repente se convirtió en Ventura la fuerte.

—Pero mujer... Si Joan ha muerto... Ya no pueden hacerle nada.

—¿Tú sabes por qué lo buscaban?

—Por todo. Pero ya no pueden hacerle nada. —Manel miró a su primo, tendido en la cama—. ¿Lo del cementerio lo hizo él?...

La madre Ventura asintió. Con una voz que salía de las profundidades del miedo dijo pero me parece que no lo perseguían por eso.

—Bueno, ya, todos querían que Joan se pudriera en la cárcel.

—No, no: lo buscaban por... Por otra cosa.

—¿Cuál?

—Más vale que no lo sepas.

—Soy tu primo.

—Joan y yo matamos a Valentí Targa.

—Dios mío.

—Dios no existe. Nueve años tuvieron que pasar, pero al final acabamos con él.

—Dios mío.

El pánico ayudó a Manel Carmaniu a cavar una fosa de nueve palmos de profundidad. Cavaron los dos toda la madrugada, con la vista turbia por las lágrimas, hasta que la mujer, con las manos desolladas en una sola e inmensa llaga, no pudo más, y Manel siguió ahondando hasta los nueve palmos de tierra, que ningún perro, ninguna rata ni ningún fascista pudieran llegar jamás a imaginarse que Joan Ventura, conocido como teniente Marcó, perseguido por los franquistas, condenado a muerte en rebeldía, odiado por la cuadrilla de fascistas del pueblo, había muerto por culpa de una bala que se perdió en su vientre y reposaba en el patio de su casa sin lápida, sin nombre en el suelo que las estrellas pudieran leer las noches serenas y heladas del invierno. Reposaba bajo el sitio en el que guardaban el carro, al lado del cobertizo de los arreos, y de la misma forma que, en vida, siempre se escapaba de casa a luchar por los sueños, ahora su mujer lo tendría cerca para siempre, quieto, frío, pero cerca y descansando. Y todo el mundo lo recordaría siempre vivo, fuerte, rebelde y misterioso.

Después de cubrir la fosa, los primos acordaron no decir nada a nadie y, por no decir, la mujer no se lo dijo ni a sus hijas, que a esas horas dormían, agotadas por todo lo sucedido. Aunque tal vez no estuvieran dormidas, porque al día siguiente la madre vio a Cèlia que, sin decir nada, creyendo que nadie la veía, cogió a Rosa del brazo, la llevó al patio y, sin mediar explicación, clavó una cruz de tiras de palmera de palma en la pared del cobertizo, encima de la tumba. Y la madre Ventura, aunque

había dejado de creer en Dios, no la tocó porque la habían puesto sus hijas, las únicas personas que le quedaban en la vida. Madre e hijas no hablaron del suceso nunca más, ni siquiera cuando la injusta muerte de Rosa, hasta el día en que esa maestra boba, rellenita y husmeadora, que llevaba una máquina de fotografiar en la mano, les preguntó ¿y Ventura? ¿Cuándo volvió su marido por tercera vez?

Si Pere Serrallac lo hubiera sabido, habría cogido a su hijo por el hombro, lo habría llevado al patio de casa de Ventura, se habría quitado la eterna colilla de la boca, habría escupido una brizna de tabaco hacia un lado y habría dicho óyeme bien, Jaumet, y grábatelo en la cabeza tan bien como lo haces en la piedra. Grábate que en el patio de ca de Ventura, junto al muro medianero que da a casa de Maria la del Nasi, a nueve palmos bajo tierra, en el sitio en el que Manel Carmaniu deja el carro de su prima cuando vuelve del huerto, con una cruz de palma podrida y deleble, reposa el que fue contrabandista, el guerrillero rebelde que se salía con la suya y que fastidiaba a la plana mayor de la UNE, y también el infalible y temible, tanto por su temeridad como por el conocimiento exhaustivo que tenía del terreno. Su nombre de guerra, que no entrará nunca en la historia, Jaumet, es teniente Marcó. Su nombre propio, Joan Esplandiu i Rella, natural de ca de Tomàs de Altron, casado con Glòria Carmaniu, la heredera de ca de Ventura de Torena, que le dio su nombre y por eso muchos lo llaman Joan Ventura: el padre de Joan Ventureta y de Cèlia y Rosa Ventureta, que sólo acertó a ser padre y esposo de la manera más incómoda que se le ocurrió. Y que te sirva de ejemplo de lo que no hay que hacer si algún día te casas, hijo. Pero seguro que no tuvo más remedio. Acaso lo entenderíamos un poco si supiéramos lo que pasó el treinta y uno de diciembre de mil novecientos veinticuatro, cuando, siendo jefe de cuadrilla a los veintiún años, luego de descargar la mercancía en el escondite de la cabaña de Menaurí y luego de dispersar a la cuadrilla, agotada por dos días de marcha rápida, de regreso a casa por la orilla del Pamano, a la umbría de Bernui, al pasar por las colmenas de Ravell, donde se decía que antaño se levantaban los muros del castillo de la Malavella, vio una luciérnaga que era la brasa de un cigarrillo. Valentí Targa el de casa de Roia estaba esperándolo y, con su voz tranquila de barítono, le dijo me gustaría saber de dónde hostias vienes.

Pero Pere Serrallac no lo supo nunca y así nunca pudo decir a su hijo Jaume tan instructivas palabras.

—¿Qué te pasa?

A la raquílica luz de una cerilla, Targa le enseñó la campanita roja de metal que Joan Esplandiu llevaba siempre clavada en la camisa, desde el día en el que se la regaló una moza de Torena, de voz profunda y ojos que, si los miras fijamente, te mueres, después de decirle de acuerdo, puedes cortejarme. La perdiste en las cabañas de Palanca, dijo Targa; es decir, eres uno de los embozados; es decir, que Caregue me ha dado una patada en el culo por tu culpa; es decir, que te mato ahora mismo por

cabrón hijo de perra. La hoja del cuchillo no relució porque la luna, vergonzosa, se cubrió de nubes, pero se clavó hasta la empuñadura en el vientre de Joan Esplandiu.

Targa no esperó al final del tercer día para irse de Altron, lejos de la familia, del paisaje y del rumor del Pamano, a instalarse, a sus veintiún años, en una Barcelona convulsa de cadáveres, con los que salpicaban las calles patronos y obreros; no llegó a añorar nada porque enseguida encontró trabajo. Contra todo pronóstico, Joan Esplandiu no murió a consecuencia de la agresión; una extraña herida de cuerno de carnero lo retuvo dos meses en cama y, cuando se restableció, antes de volver a Torena a cortejar a Glòria, fue a Sort y encargó otra campanita roja al quincallero para que Glòria la de casa de Ventura no creyera que la había perdido.

Capítulo 51

Por lo general, las tres horas largas que duraba el trayecto a Barcelona no le exigían un gran esfuerzo. Pero hoy habría preferido que el viaje fuera por otro motivo. Recibir al rey sin rey, pero con muchas posibilidades de encontrar a la puta de Mamen pegada a un vaso de whisky; se acercaría con intenciones de abrazarla aunque no quisiera, la cabeza ladeada y una expresión de ternura en los labios, los brazos tendidos hacia delante, el whisky agitándose peligrosamente en el vaso... No le diría, ay, Elisenda, cuánto he sufrido y cuánto he llorado estos cuatro años que no nos hemos visto; te pido excusas por haberme tirado a tu Quique. No, Mamen Vélez de Tena la trataría como si se hubieran visto el día anterior. Se acercaría como una apisonadora, le estamparía dos besos de Judas en las mejillas y le diría qué ilusión tener rey, ¿no te parece, Eli?

Hacía un mes que lo sabía gracias a una llamada de Ricardo Tena, el marido de Mamen Vélez, que estaba tan desinformado en cuestión de cuernos como al corriente de todo lo que tuviera algo que ver con el régimen, que se tambaleaba, y se acaba de morir y estoy muy triste porque él ha marcado toda mi vida.

—Se ha muerto, Elisenda —le dijo.

—¿Quién?

—El Caudillo. Estoy triste.

—¿Dónde está Mamen?

—No sé, no está en casa.

Está tirándose a los amantes de sus amigas.

—¿Estás seguro?

—Lo sé de primera mano. Estaba en el Círculo y allí... Bueno, hay gente que tiene contacto directo con el Pardo. ¿Tú no lo sabías todavía?

—No.

—Me da miedo lo que pueda pasar.

El miedo tendría que dártelo tu mujer, no el país, que está dormido.

—¿Y qué crees que puede pasar?

—No sé. La revolución. Venganzas. Que la gente salga a la calle.

—No, hombre, no. Tranquilo.

—¿Crees que sería mejor sacar el dinero?

—Es que deberías haberlo mandado fuera ya. —Elisenda adoptó un tono frío, adecuado al tema de la conversación.

—¡Es que no tenía ni idea!

—Franco no es eterno.

—El Caudillo no es eterno, pero el régimen, sí.

—¿Y el rey, qué?

—Es una decisión del Caudillo.

Elisenda no tenía ningún motivo para estar segura de que, con la muerte del dictador, no fuera a cambiar la vida de quienes habían estado a su lado. No tenía la menor idea. Más por intuición que por cálculo frío, había ido distanciándose paso a paso, favor a favor, de los gobernadores civiles y de los ministros falangistas y había aterrizado, en calidad de amistad de toda la vida, en el ámbito de los ministros del Opus.

—Cambiarán algunas cosas, Ricardo.

—Ya sé que tienes contactos y...

Pero, qué se cree la gente, ¿que Franco y yo comíamos juntos todas las semanas?

—Bueno, tampoco es para tanto. Lo único que puedo decirte es que no te preocupes, que el gobierno lo tiene todo bajo control.

Cuando colgó el teléfono, Elisenda Vilabré oyó un ruido ominoso. Aunque a finales de noviembre las ventanas estaban cerradas, oyó con nitidez el perturbador, provocativo, irreverente y sobre todo inquietante sonido inequívoco del tapón de una botella de champán. En casa de Felíç celebraban la muerte de Franco. También tenían buenos contactos.

Al día siguiente de aquella noche, después de mirar la primera página del periódico en el tablón de ca de Marés, Jaume Serrallac dijo por fin Franco ha muerto, voy a coger una curda de champán, Dios mío. Y miró a casa Gravat con otros ojos.

Entonces bajó al taller con la botella de champán que había comprado al tabernero, antes de que su padre, que ya hacía años que no pisaba el taller, viniera a recordarle la deuda que tenían con la familia Ventura. Descorchó la botella, se alegró de que hiciera ruido, sacó el dibujo que descansaba de cara a la pared y empezó a grabar el recuerdo que se merecía Ventureta, la cruz de lujo y los extras, y el calco de Manel Lluís. Y con mucho miedo, porque no sabía qué sucedería a partir de aquel noviembre de esperanza. Cuando terminó llamó a su mujer y a su hija, les enseñó la lápida nueva y brindaron los tres por el fin de la bestia y por los nuevos días de cielo más azul, aunque lloviera.

Aquella noche, después de la llamada de Ricardo Tena, Elisenda Vilabré soñó con las venganzas de los Felíç, de los Ventura, de los Mauri de ca la Maria y con el pum de las botellas de champán que descorchaban quienes recuperaban la esperanza. Y se encontró brindando con desconocidos y participando de su alegría con total naturalidad. El futuro pertenece al futuro, se decía en el sueño. Un mes más tarde, cuando le insinuaron la conveniencia de que asistiera a la recepción en Capitanía, el cielo de Torena, preñado de incertidumbre, lloraba, y Ció puso la correspondencia en la camarera del desayuno y la llevó al comedor. Sin haber probado el té, la señora empezó a abrir la correspondencia con la paciencia impaciente con que solía hacer las cosas inevitables. Trece cartas de bancos, dos previsibles invitaciones a actos, una

postal de Marcel desde Estocolmo, la ciudad es muy bonita, la reunión es mañana, no hoy, parece que la propuesta les interesa, y un sobre singular que enseguida le dio mala espina. De medida normal, de un color ligeramente grisáceo, con matasellos de Sort y sin remitente. Lo levantó de la mesa y volvió a dejarlo. Se sirvió té y cogió el abrecartas. La hoja de dentro, en tres dobleces, también era grisácea, a juego con el sobre. Letra de imprenta, pero a lápiz.

ELISENDA REPUTA. NUESTRO GRUPO SABE CÓMO MURIÓ
ORIO

FONTELLES HACE AHORA TREINTA AÑOS. LO SABEMOS TODO
Y EXIGIMOS

VEINTE MILLONES PARA NO CONTÁRSELO A LA PRENSA NI AL
POSTULADOR DE LA CAUSA DE BEATIFICACIÓN NI A LA
POLICÍA NI A LOS

FAMILIARES DE LA VÍCTIMA. SE INVESTIGARÁ TODO SI NO
TENEMOS LOS

VEINTE MILLONES DENTRO DE DOS DÍAS. LA POLI LO SABRÁ
TODO.

INCLUSO HAREMOS PÚBLICO EL ORIGEN DEL QUE HACES
PASAR POR HIJO

TUYO MARCEL VILABRÚ. SON VEINTE MILLONES POR
NUESTRO SILENCIO.

UNO QUE NO LO HIZO MURIÓ POR NO HACERNOS CASO.
ESPERO QUE

HAYAS APRENDIDO LA LECCIÓN Y NOS PASES A LAS TRES DE
LA

MADRUGADA LOS VEINTE MILLONES EN BILLETES DE MIL Y
DE

QUINIENTAS EN LA CARRETERA DE LA ARRABASSADA
KILÓMETRO TRES

TRESCIENTOS MAÑANA POR LA NOCHE A LAS TRES DE LA
MADRUGADA

REPUTA SEÑORA. GRUPO DE ACCIÓN REVOLUCIONARIA (GAR)
NOTA

MAÑANA POR LA MAÑANA RECIBIRÁS MÁS INSTRUCCIONES.
SI AVISAS A LA POLICÍA OS CAPAMOS A TODOS (GAR)

El papel temblaba en manos del abogado Gasull.

—Y dices que lo dejaron en el buzón de casa...

—Sí.

—¿A qué se refiere eso de la muerte de Fontelles?

—Ni idea.

Gasull miró la nuca del chófer calvo a través del cristal protector. Miró a Elisenda y la observó con atención. No sabía si proponérselo o callar. Lo dijo en voz baja:

—¿Quieres que se lo comuniquemos a la policía?

Se dio cuenta de que la señora contenía la respiración cuatro, seis segundos, y luego contestó con aplomo no, es una ridiculez...

—Entonces, ¿por qué me lo has enseñado?

—Por prudencia. Porque tú...

—De acuerdo. ¿Quieres que te dé mi opinión?

El coche avanzaba majestuosamente por la calle Fontanella, la misma en la que, treinta y un años antes, había iniciado su querido Oriol la persecución de Valentí para hacerle un agujero en la cabeza. Enseguida se desvió hacia Via Laietana, en dirección al puerto. El abogado agitó el sobre grisáceo en el aire y lo dejó en la mesilla auxiliar.

—Que no hagas caso. Eso no son más que ganas de meterte el miedo en el cuerpo.

Estuvieron un rato en silencio. Gasull miró por la ventanilla. En Barcelona, cuando llovía, los semáforos dimitían y el tráfico se ponía muy denso. Cogió el papel y lo releyó.

—Me pregunto qué clase de amenaza representa lo de la muerte de Fontelles —dijo, pensativo—. Y el origen de Marcel.

—Alguien que tenga mucho interés podría saber que Marcel es adoptado, pero ¿a santo de qué amenazarme con eso? Adoptar a un niño no es delito.

—¿Y la muerte de Fontelles?

—Soy la única persona viva que lo vio. Sé lo que pasó y no entiendo la amenaza.

Otro largo silencio; Gasull esperaba que Elisenda se adentrara en el terreno de las confidencias, pero ella miraba por la ventanilla el paisaje deformado por las gotitas pegadas al cristal.

—Manda a Gómez Pié a la hora que dice aquí.

—Mañana, de madrugada.

—A ver si encuentra algo que pueda interesarnos. Yo volveré a Torena por si llegan más instrucciones de estos locos.

—Avisemos a la policía.

—Bien, a ver si nos aclaramos: como avises a la policía, te despido. —Se arrellanó en el confortable asiento y cerró la boca.

—¿Habrá algún amigo en la recepción? —dijo Gasull para cambiar de tema.

—Estaré rodeada de amigos monárquicos de toda la vida, como yo. —Cerró los ojos—: Ahora tengo que concentrarme.

Gasull la miró sin saber si sonreír o ponerse serio. Ella, con los ojos cerrados, no le dio ninguna pista y el hombre no se atrevió a pedir aclaraciones. Al fin y al cabo, estaba guapísima esa tarde lluviosa de diciembre, de camino a la Capitanía General.

Fue un acto aburrido y extraño. Puesto que el rey recién estrenado carecía de virtudes milagrosas y no podía estar a la vez en las diversas recepciones que se celebraban en su honor en todas las regiones militares, los invitados tuvieron ocasión de ver a los representantes del ejército saludando virilmente a un Telefunken de veintidós pulgadas en el que se veía la imagen del rey y se oía su breve discurso. Y además, estrechamientos de manos, reverencias, sonrisas, miradas de soslayo de alguien que decía es la Vilabrú, la de Brusports, sí, la supermillonaria, eso es, y Mamen, pegada a un vaso de whisky, se acercó desde el extremo opuesto de la sala con intenciones de abrazarla aunque no quisiera, la cabeza ladeada, una expresión de ternura en los labios, los brazos tendidos hacia delante, el whisky agitándose peligrosamente en el vaso y, cuando llegó a su lado, exclamó qué ilusión tener rey, ¿no te parece, Eli? La señora no reaccionó agresivamente ni le recordó a Quique; se limitó a sonreír y a pensar en la carta que decía Elisenda Reputa.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, el zumo de naranja era igual, la tostada y el té también e incluso Ció estaba igual. Del montón de correspondencia, Elisenda apartó un sobre que le resultaba muy conocido. No era grisáceo, tiraba a verdoso. El matasellos también era de Sort y la cuartilla verdosa del interior decía, con la misma letra Soy el de ayer esta noche los veinte millones recuérdalo. Y si avisas a la policía morirán tus nietos y contaré al mundo con pelos y señales todo lo que hacías con el maestro Fontelles y con tus otros amantes que son Valentí Targa un alcalde falangista y asesino Jacinto Mas chófer gran semental el abogado Romà Gasull y el error de persona que se llama Quique Esteve. Es decir tú verás reputa. Y seguro que hay otros porque tienes un coño que chupa sin parar. Grupo de Acción Revolucionaria castrista (GARC). Y por tanto, Elisenda guardó el sobre muy bien porque no tenía intención de enseñar a Gasull una lista falsa de sus amantes. Garc. Difícil de solucionar. Nunca dejes de hacer lo que debes si crees que es tu deber.



—Y aunque las cosas estén muy achuchadas, que nadie de ca de Ventura pague ni un céntimo por la piedra que les hagas. Habrá un día en que el cielo será más azul y no será delito grabar en las piedras el nombre verdadero de cada uno, Jaumet.

—¿Dijo eso el abuelo?

—Sí. Cuidado, Amèlia, hija. Quita, que voy a ponerla aquí encima.

—Menuda fiera aquel alcalde, ¿no?

—Jaume, ¿estás seguro de que no van a decir nada si cambias la...?

—¿Qué van a hacerme? ¿Fusilarme? Hace ya veinticuatro horas que Franco ha muerto.

—No estaría de más que se lo dijeras a las Ventura.

—Para que un regalo sea bueno hay que hacerlo por sorpresa.

—Padre, ¿quién es Rosa Esplandiu?

—Una hermana de Ventureta.

—Tenía el corazón limpio y grande como el Montsent. ¿Quién te dijo que pusieras este epitafio tan bonito?

Jaume Serrallac pasó amorosamente la mano rasposa por encima de la lisa placa como si quisiera preservarla de cualquier mota de polvo.

—Fue la primera novia de tu padre —oyó decir Serrallac a su mujer.

SEXTA PARTE

La memoria de las piedras

Nunca se sabe cuándo acabará la desgracia.

BIBIANA LA DE CASA MOROS DE BAIASCA

Exactamente es un estado patológico de la materia viva (órgano, tejido o célula) que se manifiesta en modificaciones de la estructura morfológica, física o química. Y en mi caso era una degeneración hepatocerebral adquirida llamada de WoerkamStadler-Adams, en honor a los tres colegas míos que la estudiaron. Y concretamente es un cuadro anatomicoclínico no congénito ni heredado, sino adquirido, de tipo neuropsíquico, muy parecido al de la enfermedad de Wilson que se observa en pacientes con dolencias hepáticas crónicas.

—Recórcholis.

—Sí. Y el doctor coronel Celio Villalón Cañete de Híjar, así como el doctor José Puig Costa, confirmaron que la tal degeneración hepatocerebral adquirida de WoerkamStadler-Adams había remitido y desaparecido completamente de manera médicamente inexplicable después de que la enferma, es decir, una servidora, implorase al venerable José Oriol Fontelles que intercediera ante el Altísimo con una oración que me inventé y que es esta misma de la estampa, tenga, sí, y usted también, era guapo, eh, y que dice ah, sí, Dios, que en Tu misericordia acoges las almas de tus creaturas cuando les llega el momento, concédeme la gracia de [citar aquí favor solicitado] por la intercesión directa del venerable mártir José O punto Fontelles, que vive contigo en el Reino de los Bienaventurados. Amén. Y después se aconseja rezar diez avemarías, y la gracia implorada os será concedida. No-fa-lla-nun-ca. Nunca.

—Señorita Báscones.

—Estoy hablando con esta señora.

—De eso se trata. Cállese.

—Oiga, mosén Rella: le estoy contando la importancia de mi caso en el proceso de beatificación de...

—De acuerdo, pero ahora cállese, que ya nos han llamado la atención.

—Qué sabrán ellos.

Uno de los sicarios de roquete y pelo corto se acercó al rincón en el que Cecilia Báscones repartía estampas que, además de la oración en el reverso, tenían en el anverso la única fotografía existente de Oriol, con el uniforme falangista desdibujado en el laboratorio. Tres señoras y dos señores besaron devotamente la imagen del, desde hoy, beato de la Iglesia, y la guardaron junto al papel que solicitaba, no, exigía, la inmediata canonización del general Franco; en el conjunto, unos magníficos recuerdos de esta fiesta inolvidable. Mosén Rella ahuyentó al del roquete dándole a

entender con un gesto que ya estaba solucionado, que comprendiese las emociones de la ceremonia y otras cosas por el estilo.

—¿Cuándo sucedió eso, señora?

—Pues, a ver, si ahora tengo ochenta y seis...

—Imposible.

—Como lo oye.

—Quién lo iba a decir. Aparenta usted, no sé...

—Pues eso, de aquélla tenía yo cuarenta y un años. Hacía muy poco que habían declarado venerable a nuestro beato José.

—Beato Oriol.

—No. Beato José. Máximo, beato José O punto.

—Beato Oriol Fontelles.

—¿Quién lo sabrá mejor, si la víctima del milagro fui yo?

—Señorita Cecilia Báscones, señoras, hagan el favor de callarse.

—Sí, claro, doña Elisenda puede charlar lo que le dé la gana con el Santo Padre y nadie le dice nada, pero yo digo dos cosas y, hala, capón que me gano. —En voz más baja—. Mosén Rella me tiene envidia, está más claro que el agua.

—Dicen que la señora Vilabré ha pagado personalmente todo el proceso de beatificación.

—Es rica, conque hace bien, ya que puede permitírselo. Está forrada la buena señora.

—¿La conoce usted?

—Somos del mismo pueblo. Pero ella es muy..., no sé, muy distante. Se cree que nadie le llega ni a la suela del zapato. Pero hay que reconocer que tiene las ideas claras. Fíjese, éstos deben de ser los familiares del polaco. Qué cara de paletos, ¿eh?

A pesar de los del roquete, a pesar de mosén Rella, Cecilia Báscones logró contar a su fiel público un resumen de su interesante biografía, que empezaba cuando su padre, el valeroso guardia civil Atiliano Báscones Atienza, natural de Calahorra, España, fue malherido por la cuadrilla de los embozados, unos contrabandistas que, con inusual violencia, expulsaron a la banda de Caregue, que operaba en los valles de Tor y Ferrera desde hacía años y tenía contactos consolidados en Andorra y a total satisfacción de todas las partes. Port de Boet, Port Vell y Port Negre, en el Pallars, eran como su casa mucho antes de que la Brigada decimoquinta hiciera el ridículo en Vall Ferrera por no haber consultado nada a los que lo conocían de verdad. Por lo visto, Caregue fue a Sort a quejarse oficialmente, censuró a la juventud, que no respeta nada, y se ganó la comprensión de las autoridades porque los embozados no pagaban comisiones a nadie. Malas lenguas bien informadas aseguraron que a Caregue no le sobrevino la desgracia por la petulancia del joven Valentí Targa, sino porque uno de sus hombres, no se sabe cuál, robó unos manteles de la colada que las

Encantades habían tendido delante de la cueva Bones Dones de Tor y las escondió junto con la mercancía. El caso es que, a raíz de las gestiones desesperadas de Caregue, enviaron una patrulla a rastrear el Noguera de Tor y a detener a los embozados para meterlos en la cárcel; levantaron las piedras, metieron la nariz en los hormigueros, treparon a los árboles y entraron en todas las cuevas, pero en vano. Fue una derrota (un muerto, tres heridos, entre ellos, el padre de Cecilia Báscones, que se destrozó una rodilla) que obligó a las autoridades a hacer la vista gorda, porque nadie quería complicaciones, ahora que Primo de Rivera se pone al timón de la nave.

Mi padre, retirado por la herida de bala, se fue a vivir a Torena con mi madre y yo, que tenía cinco añitos. Y el contrabando con Andorra quedó en manos de los embozados, aunque nadie sabía quiénes eran. Hasta que pasó lo de la Malavella, claro. Ah, ¿no ha oído hablar de eso? Claro, si no es usted de allí... ¿De Balaguer?

Tengo unos primos allí, sí. Bueno, han muerto. Los Campàs, eso. Total, que lo de la Malavella fue un escándalo. Y en el año cuarenta me dieron el estanco, sí. Bueno, estanco y un poco de todo; en un pueblo, ya se sabe. He tenido mucha suerte, porque, con la pensión de huérfana, no habría tenido ni para pipas. ¿Qué opinan ustedes de canonizar al Caudillo?

—¿Cómo dice?

—Me refiero a estos papeles, que Franco merece la...

—Es una barbaridad.

—Pues en mí van a tener a una firme partidaria. Y no crea que me voy a negar a intervenir personalmente aportando un milagro, fíjese lo que le digo. Huy, ésos seguro que son los familiares de la japonesa. Es que estoy un poco teniente, no oigo todo lo que dicen. La vista, en cambio, la conservo igual que de pequeña, desde luego. Sin embargo, la pobre señora Vilabré... ¡hace una de tiempo que está ciega!

—Ah, ¿es ciega de nacimiento?

—No, qué va. Es por la diabetes sacarina, que se caracteriza por una excesiva excreción urinaria o poliúrica. Por decirlo en términos exactos, es una vasculopatía diabética, una retinopatía diabética que produce amaurosis.

—Amaurosis... —Ojo, no sea contagioso.

—O, lo que es lo mismo, ceguera.

—Ah, ceguera. ¿Y cómo sabe tanto de medicina?

—Es que tengo una voluntad de hierro. Como me aburría en el estanco, me puse a estudiar farmacia. Las cosas de la salud me interesan desde siempre. Sindromología.

Sinectenterotomía. Partenogenético.

—Extraordinario.

—Me gustan las palabras de medicina. Ortopantomografía.

—Quién pudiera llegar a su edad con la cabeza tan despejada, señora.

—¿Qué quieres ser de mayor, Cecilia? —le preguntaba su padre. Y ella respondía

Franco. Y el padre, con la rodilla machacada, se reía y decía a los clientes de ca de Marés ¿veis qué ricura de niña? Quiere ser Franco. Y los parroquianos miraban fija y fríamente el culo silencioso del vasito de café con gotas.

—De pequeña quería ser Franco o médico, pero como era chica, no podía ser médico.

—Pero un estanco... no está nada mal, ¿no?

Báscones no contó que, de joven, cuando despachaba Celtas cortos a Gassia (mierda de republicano catalanista) o caldo y librito al de ca de Feliçó (mierda de republicano catalanista) o farias y tres latas de sardinas a Burés (patriota íntegro y abnegado), en lugar de sardinas, farias, caldo, librito de papel de arroz o Celtas cortos, ella administraba dosis de insulina, comprimidos de paracetamol o una ampollita de un poderoso antifibrinolítico de efectos inmediatos y hasta gotas de antihistamínico, eficaz protector en casos de shock anafiláctico.

—Bisonte, Cecilia.

Báscones se metía en la trastienda, donde guardaba latas de tomate y madejas de hilo de color, ponía el paquete de Bisontes en la balanza de precisión, veía caer los polvos de Seidlitz en el otro platito, se imaginaba que fabricaba los comprimidos y salía a la tienda con el paquete de Bisonte y la mirada perdida.

—Y una póliza de cincuenta céntimos. Cecilia, ¿me oyes?

—Paracetamol, sí.

—Cecilia...

—Sí, un estanco no está mal, pero que nada mal. Hay que ver lo mayorín que está el papa.

—Hemos llegado por los pelos para que nos dé a nuestro beato Oriol.

—Beato José O punto Fontelles.

Capítulo 52

A las tres de la madrugada, rendida, apagó el ordenador. Acababa de copiar el último cuaderno de Oriol Fontelles por culpa de un sueño. Hacía unas cuantas noches que se despertaba bañada en sudor de un sueño en el que perdía la caja de puros. Jordi quemaba los cuadernos para encender la chimenea, al parecer sin saber lo que hacía, y, cuando llegaba ella al escenario del crimen, su marido estaba haciendo astillas la caja y había una desconocida junto a él; Tina se desmayaba y al momento se despertaba. Jordi dormía tranquilamente en su lado de la cama, con la conciencia tranquila. Tuvo que levantarse a ver si la caja de puros seguía guardada en el segundo cajón de su mesa. Allí estaba. Entonces se hizo tres propósitos: copiar el contenido de los cuadernos en el ordenador, preguntar por el funcionamiento de las cajas fuertes de los bancos y no decir a Jordi ni una palabra de los cuadernos de Oriol.

Acababa de cumplir el primer propósito. Un montoncito respetable de páginas que se leía mejor pero carecía de la pátina que habían dejado casi sesenta años de envejecimiento en las hojas de papel.

Entonces se le ocurrió la idea, a las tres de la madrugada, cuando lo más lógico es estar durmiendo, sobre todo si en el exterior la temperatura está muy por debajo de cero, según indicaba el termómetro de la ventana de la salita. Hizo café, porque a esas horas era imposible encontrar algo abierto, cogió el anorak que más abrigaba y salió de casa procurando no hacer mucho ruido. En la calle, el aliento se condensaba en una nube espesa. No nevaba, pero el suelo estaba lleno de nieve sucia y pisada. El doscaballos, acurrucado frente a una casa cercana, no falló. Medio minuto después estaba fuera del pueblo, en la carretera, sola, con el alma fría, los ojos cansados de tanto mirar la pantalla, aunque ahora tenían que acostumbrarse a la cinta lisa de asfalto, flanqueada por tiras larguísimas de nieve. Temblaba de frío, porque la calefacción del coche tardaría unos cuantos kilómetros en notarse un poco. Pero eso era lo de menos, pensó. Era lo de menos porque lo peor era saber que Jordi la engañaba y que probablemente la mujer que formaba parte del engaño fuera una conocida. ¿Y si era una prostituta? ¿La misma todas las semanas? No, no podía ser una desconocida: Jordi la habría encontrado en la escuela, porque no tenía tiempo ni oportunidad de iniciar relaciones nuevas en ningún otro ambiente, porque no frecuentaba ningún otro ambiente. Por lo tanto, tenía que ser de la escuela. Pero es que allí eran diecinueve maestras, dos secretarias, dos cocineras y tres mujeres de la limpieza; veintiséis candidatas posibles. Veinticinco, sin ella. Un coche le hizo señales con los faros desde atrás y se asustó, porque inmediatamente pensó que la perseguía Jordi. Redujo la marcha e incluso se arrimó a un lado hasta casi rozar la nieve. Las compañeras de ciclo. Otro repaso más. A ver: Dora, Carme, Agnès o Pilar. Pilar, no, que tenía sesenta años. Supongo que no. Agnès, que parecía pánfila de

nacimiento pero no daba puntada sin hilo... O Carme, que contaba con un divorcio y dos maridos en su historial. Es una insaciable, desde luego, se le nota en el fuego de los ojos; nunca tiene bastante, siempre piensa en lo mismo, como los tíos. Dora, demasiado joven. El coche de atrás dejó de hacer señales y puso el intermitente para adelantar. ¿Demasiado joven? Pues precisamente por eso... Era un tormento tener siempre la cabeza entretenida con la ruleta de los posibles nombres de mujer.

Cuando pasó a su lado el vehículo que la había incordiado con las luces, hizo un corte de manga al conductor. Casi se muere del susto al ver que era Jordi. La adelantó y se quedó pensando imposible, esas luces son amarillas, y cuando el coche volvió a su carril vio que tenía matrícula francesa y respiró de alivio. Y se enfadó. ¡No era ella la que debía tener miedo a que la descubrieran! No tenía nada que ocultar, salvo una caja de puros. Encendió las luces largas un par de veces y así devolvió la molestia al gabacho; y se quedó un poco más a gusto.

—Espero que sea importante —dijo el hombre con suspicacia, y la invitó a entrar.

El local, iluminado precariamente por las luces de emergencia, parecía dormir, como si descansara para iniciar al día siguiente otra jornada de humo, ruido, conversaciones y frío. La mayor parte del espacio estaba ocupada por una docena de mesas y sillas. En un extremo, la barra del bar, y al fondo, envuelto en una luz cálida que iluminaba la madera del pequeño mostrador, el rincón de la recepción del hotel y los casilleros de las llaves. Tina se quitó la gorra y se desabrochó el anorak. El hombre fue hacia el mostrador iluminado.

—¿Desea una habitación? —insistió el hombre, deseoso de acabar de una vez y volver a la cama.

—No. —Por la bata y el pijama—: Disculpe usted, pero creía que siempre había alguien de guardia. Y precisamente quería hablar con el recepcionista de noche.

—No hay tanto movimiento como para contratar personal de noche.

—¿Y si alguien tiene que marcharse a esta hora?

—¿Qué quiere usted? ¿Pasar el rato... —acercó la muñeca al círculo de claridad de la luz de encima del mostrador. Tina vio que al hombre le costaba enfocar bien la distancia—... a las cuatro de la madrugada? —Con severidad—: pues le advierto que a las seis empiezo a servir cafés.

Tina le enseñó una foto de Jordi. Se la había hecho ella hacía dos años, cuando fueron a Andorra a gastar la paga extraordinaria de Navidad. Los ojos oscuros de Jordi brillaban como si amasen el objetivo de la máquina.

—¿Lo conoce?

El hombre, entre confuso, extrañado e irritado, miró a Tina, cogió la foto y la puso a la luz. Observó a Jordi, pero se quedó impasible.

—¿Quién es usted? ¿Policía? ¿Detective?

—Soy su mujer.

El hombre le devolvió la foto y con un gesto le indicó que se marchara.

—Señora, sus líos me... —Sacudió la cabeza—. Oiga, no quiero saber nada. Esto es un hostel y un bar y no contesto preguntas sobre los clientes.

—Es decir, lo conoce. Es cliente de este hostel.

—Yo no he dicho eso. Lo que digo...

—Gracias.

Tina se fue dejándolo con la palabra en la boca, cosa que le dio una fuerte sensación de ridículo. El hombre cerró la puerta con llave y cerrojos, estaba enfadado, irritado con la imbécil esta que viene a afilarse los cuernos de madrugada.

Había dejado el doscaballos en el mismo sitio en el que se había apostado el día en que los descubrió. Desde allí se quedó mirando la puerta del hostel, ahora sin iluminar. Había transcurrido un mes desde entonces y sólo había sacado en limpio incertidumbre e inquietud; pensó que era infinitamente más cómodo olvidarse de lo que duele que enfrentarse a ello. Pero pasar por alto lo que se sabe era imposible. En su caso, había llegado al colmo de la cobardía, porque seguía con Jordi y no tenía el valor de planteárselo abiertamente. Sólo se dedicaba a jugar a espías. Furiosa consigo, arrancó el motor y maldijo a la madre que parió al tío del hostel, que no ha tenido siquiera el detalle de... Sólo había avanzado cuatro metros cuando pisó el freno súbitamente. Eran más de las cuatro. Lamentó que no se le hubiera ocurrido llevarse un termo.

La mujer miró la foto de Jordi un buen rato, como valorando la calidad de las queridas y odiadas facciones. ¿Cómo se puede aborrecer una cara a la que tanto se ha querido? Tina pensó en Oriol; él también sabía que Rosa lo detestaba, aunque, poco antes, lo amaba. Con una uña cuidada, la mujer señaló a Jordi apuntando a uno de sus ojos castaño oscuro y se quitó las gafas, que le quedaron colgando del cuello.

—Una vez a la semana. Con su mujer.

—Su mujer soy yo.

—Vaya...

—Sí.

Tina cogió la taza de café con leche con las dos manos para calentárselas. Tras el mostrador, el dueño repartía cafés entre los primeros excursionistas y camioneros y de vez en cuando echaba una mirada rencorosa a las mujeres.

—¿Qué quiere que haga? —suspiró la dueña.

—Quiero saber quién es ella.

—En mi opinión, más le vale dejar el asunto.

—No. No puedo dormir sin saber quién es.

—Viviría más tranquila sin esa obsesión.

—Es que tiene que ser alguna conocida. Seguro. Y no quiero que me tomen el pelo ni hacer un papelón. Quiero argumentos para decírselo a la cara.

—No lo hará. Eso es muy difícil.

—Lo haré.

—Pues venga luego a contármelo.

El dueño sirvió el bocadillo a Tina. Enfadado, en voz baja, a su mujer:

—No tienes que contar nada de nuestros clientes.

—Atiende la cafetera, anda, chato... —casi sin mirarlo, moviendo la cabeza autoritariamente en dirección al mostrador. Sonrió a Tina. Abrió el libro y se puso las gafas—. A ver..., el martes pasado, según esto.

—Todos los martes, pero no sé desde cuándo.

—Desde el verano. Al menos, según consta aquí, desde el verano.

Desde el verano, Dios mío, Jordi mentía y ocultaba una parte de su vida desde el verano. Desde el verano estaba decapitada por el desamor de su amor.

—Lo siento mucho —dijo la dueña—. ¿Quiere saber algo más?

—Sí.

La dueña fue a buscar el libro del registro mascullando entre dientes martes, martes...

—Aquí. —Señaló dos nombres con la cuidada uña—. Ella se llama Rosa Bel.

—Rosa Bel.

—¿La conoce? —Ahora la curiosa era la dueña.

Rosa Bel. En la escuela había dos Rosas pero no eran Bel. Rosa Bel. Rosa Bel. Es decir, no la conocía. No conocía a la amante de su marido, aunque había sospechado de alguna de sus compañeras de trabajo. Mejor, quizá. Quizá mejor que... Pero ¿de dónde la había sacado? No había tenido tiempo de conocerla...

—Puede ser un nombre falso.

—No, señora. Siempre pedimos el carnet; aquí todo es legal.

—Perdone.

Tenía el bocadillo a medias y parecía que se le había atragantado. Pero ¡tendría que alegrarse de que no la engañara ninguna compañera del colegio! En cambio estaba decepcionada porque, así, Jordi se alejaba un poco más, porque tenía un mundo que ella desconocía por completo y la traición iba más allá, era oceánica. Y entonces se le ocurrió una cosa.

—¿Y el nombre de él?

—Jordi Oradell.

—¿Qué?

La dueña dio la vuelta al libro para que lo leyera con sus propios ojos. Jordi Oradell, escrito con su letra. Y la otra..., ¿de quién era la otra? Debajo ponía Rosa Bel en una letra que no le era desconocida del todo. Empezaba a entenderlo.

Mientras se duchaba para entrar en calor, Jordi abrió la cortina, extrañado.

—¿No te has acostado esta noche?

—Me he levantado hace un rato —dijo ella, abriendo el grifo para evitar más preguntas. Ahora, la de los secreteos era ella. Jordi se afeitó en silencio, tal vez pensando cosas extrañas, tal vez pensando en sus cosas. Todavía estaba en el cuarto de baño cuando Tina se marchó a la escuela sin haber tenido que pasar por la segunda tanda de preguntas incómodas.

En secretaría, Rosa y Joana levantaron la cabeza al verla entrar y volvieron a su trabajo al ver que era Tina.

—¿Tenéis una lista del profesorado?

—Sí. ¿Qué quieres saber?

—Un par de teléfonos.

—Te los doy yo, si quieres. —Joana movió la silla para ponerse frente de la pantalla—. ¿Cuáles son?

—El de Agnès y..., y el de Ricard Termes —improvisó.

Con la eficiencia fría que la caracterizaba, dos segundos después Joana le dijo apunta. Y ella tuvo que apuntarse los teléfonos de Agnès y de Ricard Termes, que le importaban un bledo. Sonrió satisfecha, se despidió y en cuando desapareció, Rosa levantó la cabeza de su quehacer y dijo a Joana por qué no se lo preguntará a ellos directamente.

Miedo. La escuela de noche le daba miedo. No podía pasar nada, pero la penumbra que derramaban las cajas de emergencia era peor que la oscuridad total, porque alimentaba fantasmas y sombras. Levantó la palanquita del cristal corredero de la ventanilla de atención al público, lo corrió a un lado y tanteó la pared hasta que se pinchó la palma de la mano con el gancho de las llaves. Cogió el manajo y, tras dos minutos de pruebas, dio con la llave de la puerta y entró en la secretaría. Llevaba consigo una linterna, como los ladrones. Como un ladrón entraré en tu hogar, oh, Jehová, y como un ladrón saldré al alba.

La claridad de la pantalla le dio en la cara y la convirtió en un fantasma. Tardó un cuarto de hora desesperadamente largo en encontrar el fichero correspondiente a la lista de profesores. No tuvo paciencia para imprimirlo y empezó a leer la lista, a ver quién se apellidaba Bel de segundo, porque Jordi había escrito el segundo apellido que constaba en el carnet de identidad y que, sin embargo, ocultaba. Agnès es López de segundo; Dora, Espinalt; Carme se apellida Duc de segundo. ¿Y Maite? Riera. ¿No hay nadie que se apellide Bel?

No hay ninguna, maestra que se apellide Bel de segundo. Ninguna, ¿te enteras?

Ninguna. Tu perspicacia, por los suelos; todo el riesgo de la operación para nada, tanta ansia y tanta angustia para nada. Entonces se le ocurrió mirar las fichas del resto de personal de la casa, que se encontraban en el otro documento, y dio con ella.

Ya lo creo que la encontró. La hija de puta de Joana Rosa Candàs Bel. Rosa Bel. Joana se llamaba Joana Rosa. La secretaria de la escuela, una buena compañera de

trabajo, ejemplar, irreprochable, franca, honrada, imaginativa, sincera, capacitada, decente, seria, honesta, recta, discreta, fría, cordial, cumplidora, correcta, íntegra, educada, trabajadora, eficiente, callada, práctica, formal, culta, eficaz, ambiciosa, falsa, arribista, astuta, artera, bífida, turbia, hipócrita, mentirosa, deshonesto, maquiavélica, malévol, traidora, pérfida, odiosa, impúdica, execrable, perversa, infame, nefasta, nefanda, vil y miserable compañera de trabajo, Rosa Bel. Tina apagó el ordenador y se hizo la noche en su alma.

Capítulo 53

Cuando Marcel Vilabrú i Vilabrú, hijo de Oriol Fontelles Grau (de los Viabrú-Comelles y los Cabestany Roure) y de Rosa Dachs Esplugues (de los Vilabrú de Torena y de los Ramis de Pilar Ramis de Tírvia, una puta y una mejor me callo, por respeto al pobre Anselm), cumplió treinta y dos años, hacía exactamente uno que había muerto Franco, medio que su madre había cortado la relación con algunas amistades, las más incómodas, pringosas diría, de las que había cultivado en el régimen anterior (no cortó de repente con todo porque, en principio, los cambios que deben producirse y que el país reclama se llevarán a cabo de manera razonable, para evitar giros drásticos), y tres meses que había conseguido que el rey la recibiera en audiencia tras presentar en su currículum la oportunísima recepción que logró concertar a última hora (por suerte avisé a tiempo a unos fotógrafos que, en fin) con Pablo VI, preocupado y desgastado, quien, pensando en otra cosa, le dijo sí, hija, el Vaticano ve con interés el que tienes tú en la causa del venerable Fontelles. A la audiencia real la acompañó su hijo y se lo presentó a Su Majestad en calidad de garantía del futuro de los deportes de la nieve. Mediante una maniobra de altos vuelos, se las arregló para arrancar la promesa real (no al rey, sino a la real casa) de que, las próximas vacaciones invernales, la familia real dejaría de hacer el primo en las praderas de Vaquèira y lo haría, en cambio, en las espléndidas instalaciones de la Tuca Negra, municipio de Torena, y en agradecimiento a su excelente gestión, coronel, usted y toda su familia tienen pagadas de por vida cuantas estancias deseen pasar en nuestras instalaciones. Amén.

Marcel aprendió en directo a hacer esas cosas. Vio que, en primer lugar, es necesario estudiar con detenimiento el organigrama de la organización de la víctima, para descubrir quién toma las decisiones, qué clase de decisiones suele tomar y qué aspectos quedan por decidir. Después hay que prever los posibles núcleos de resistencia, para atacar sólo los imprescindibles con sonrisas y gastando mucho dinero, aunque no necesariamente en sobornos, sino en especie. Es un arte sutil al que no se accede en función de la brillantez en los estudios ni del alto coeficiente de inteligencia, sino gracias a la etérea circunstancia de tener o no tener el alma preparada para hacerlo. Y la suya lo estaba enteramente. Tanto, que se convirtió en el mejor discípulo de su madre. En el transcurso de los contactos con la realeza, trabó amistad con el personal joven de la casa e invitó diversas veces a varios representantes a hacer lo que les viniera en gana en la Tuca Negra, menos aburrirse.

Tal capacidad de iniciativa tranquilizó a su madre, pues comprendió que, en cuanto Marcel se puliera un poco, sería un sucesor dignísimo. El caso es que en septiembre de mil novecientos setenta y seis, Elisenda Vilabrú i Ramis disponía de un buen gerente para Vilabrú Sport y para las instalaciones de la Tuca Negra y además

todavía contaba con la fidelidad a toda prueba del abogado Gasull, que podía enseñar prudencia a Marcel. Por tanto, se dispuso sin inquietud a comprar un billete de avión para ir de nuevo a Roma.

—No somos insensibles a la generosa aportación que ha hecho usted para poder terminar la construcción del santuario de Torreciudad en vida del venerable padre fundador —dijo, con la misma untuosidad que el venerable padre fundador y la misma actitud modesta, el director de la Institución y futuro obispo de la futura prelatura personal, monseñor Álvaro del Portillo.

—Me gustaría que esa ausencia de insensibilidad se tradujera en hechos.

—Señora, cualquier paso que se dé en esa dirección debe ser forzosamente lento.

Por prudencia, por amor a la verdad y aún diría más: por modestia evangélica.

Monseñor puso las manos en la mesa y recitó devotamente: honores, distinciones, títulos..., cosas del aire, tumefacciones de soberbia, mentiras, nada.

—En tal caso ¿por qué se han iniciado ya las actuaciones del proceso de beatificación del venerable padre fundador? —Ante el silencio de monseñor Portillo, la señora Elisenda Vilabré sonrió—. ¿Monseñor? ¿Tumefacciones de soberbia?

—No comprendo.

—Lo que quiero decir es que si la Institución hace suyo el proceso de beatificación del venerable Oriol Fontelles... seguro que le imprime un gran impulso. Estoy de acuerdo en que sea lento, pero sin eternizarse.

—Apreciada señora... Debería usted justificar el interés que la...

—Interés, ninguno, monseñor —dijo, echando fuego por los ojos—. Fui testigo de su muerte heroica. Quiero que todo el mundo lo recuerde. Se enfrentó solo a las hordas rojas. Y murió por su ideal, defendiendo el Santísimo Sacramento y a la Santa Madre Iglesia. Lo sabe a la perfección, monseñor.

Se calló otros argumentos. Se calló que su muerte había sido a destiempo, no te mueras ahora, Oriol, ahora que te amo con locura, ahora que por primera vez en mi vida amo a un hombre, no te me mueras, no podré perdonármelo nunca. Lo incorporó un poco, le apoyó la cabeza en su pecho. Y él la miraba con sus ojos tan oscuros, tan profundos, hasta que se dio cuenta de que adquirían un frío tono vidrioso. Qué salvajada me has hecho, Oriol, morirte ahora que yo decía que no, que no, que no puedes morirte, ¿es que no lo entiendes? Y tú, Dios, prepárate.

—Señora, ha expirado.

Cuando volvió de Roma, la esperaba el informe de Gasull en el que le decía que, sintiéndolo muchísimo, se veía en la obligación de comunicarle que Marcel no es prudente en sus relaciones extramatrimoniales y resulta que, un día que salió de juerga, vino al trabajo con una meretriz y..., no sé cómo decirlo, aquí, encima de su mesa. ¿De verdad lo has hecho, Marcel?

—Bueno, mamá. Verás...

—Pero bueno... ¿Qué es lo que quieres?

Cuando su madre empezaba a hacer preguntas capciosas, el suelo se le movía peligrosamente bajo los pies.

—No te entiendo, mamá.

—Es muy sencillo. ¿Quieres ser un gran empresario? ¿Quieres a Mertxe? ¿Quieres separarte de ella? ¿Quieres divorciarte cuando sea posible, que lo será? ¿Es eso? ¿Te da igual lo que pase con tu hijo, que es mi nieto?

—Como si hubieras sido tú un ejemplo de dedicación maternal.

Elisenda echó a su hijo la mirada que reservaba a los enemigos y dijo en voz muy baja tú no eres quién para juzgarme. Y, por tercera o cuarta vez en la vida, estuvo a punto de decirle si no te hubiera recogido, niño, habrías sido carne de hospicio, conque cállate. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse.

—¿Quieres que se lo cuente a Mertxe?

—No quiero separarme. No fue más que una tontería, un desahogo, nada más. No tiene la menor importancia.

Desde el día en que despidió a Quique Esteve de su vida privada, Elisenda inició un largo camino de abstinencia sublimada que, por un lado, la llevó a conservar un recuerdo más nítido de Oriol y, por otro, a acercarse tanto a la Institución que ahora era su aliada. Y, sobre todo, le dio la comfortable sensación de saber que ejercía control total sobre su vida las veinticuatro horas del día, de manera que difícilmente podía colarse un enemigo por las grietas de alguna debilidad.

—No te entiendo, hijo.

—Una beata como tú no puede entenderlo.

¿Qué le digo? ¿Le cuento mi vida? ¿Se la perdono a él?

—Si vuelvo a verte con una mujer... que no sea Mertxe..., la vida se te va a poner mucho más difícil.

—Pero ¡si Mertxe y tú no os soportáis!

—¿Y qué? —gritó mamá—. Es tu mujer y la madre de mi nieto. De tu hijo.

El padre de su nieto se levantó y por primera vez en la vida la desafió. Le dijo mira, mamá, tengo mi vida personal, pero nunca podrás entenderlo. No, un momento, que todavía no he acabado. Tengo treinta y dos años recién cumplidos y puedo hacer lo que quiera. ¿No he conseguido muy buenos clientes en Suecia, Noruega, Dinamarca y Finlandia? ¿Eh? ¿Acaso no os parecía imposible porque nos dan cien vueltas en deportes de invierno? ¿No es cierto que el sesenta y tres por ciento de nuestra exportación de esquís es a los países nórdicos?

—Sí.

—Sin embargo, Gasull no paraba de decir, esto podría hundirnos, y yo le decía, nos salva el precio. La calidad es casi la misma, pero nos haremos un hueco gracias al precio.

—Tienes razón.

—¿Y no es verdad que la estación de esquí es una máquina de hacer dinero, sobre todo desde que he instalado los cañones de nieve artificial?

—Sí.

—Muy bien, pues quédate en Torena, que puedo llevarlo todo yo solo.

—No. Lo haces bien, pero lo llevarás todo cuando así lo disponga yo.

—Pues, ahora, deja de tocarme los huevos.

—Eso no te lo consiento, ni a ti ni a nadie.

—Pues ya lo he dicho. Y tengo trabajo.

Elisenda también se levantó y rodeó la mesa hasta situarse delante de Marcel, que, de pie, encolerizado, guardaba documentos en la carpeta del informe. Lo miró a los ojos y a continuación le propinó una bofetada sonora y muy dolorosa. Así era como, ya en la decadencia, Elisenda decía la última palabra.

Capítulo 54

El coronel Silván se apeó del coche negro con cara de forzado, se caló la gorra militar y tomó posesión de la plaza Mayor de Torena en la misma actitud que solía adoptar el alcalde Targa: con los brazos en jarras, mirando a todas partes, levantando ligeramente los talones tres o cuatro veces y girando sobre sí mismo con las puntas de los pies en tierra. Actitud de dueño y señor. Aunque no medía más que un metro sesenta, era el dueño y señor. Aunque peinaba canas y tenía voz de falsete, era el dueño y señor. El alcalde, vestido de uniforme falangista completo, igual que los hombres que lo acompañaban, lo esperaba en las escaleras del Ayuntamiento. El coronel entró en el edificio seguido por su asistente y por Valentí Targa. En el despacho del alcalde, el militar se detuvo en seco, sorprendido. El retrato de Targa.

Alargó una mano hacia atrás y el asistente le dio un farías y después, fuego. Escrutó en silencio la mirada viva del retrato de Targa mientras daba las primeras caladas.

Sin hacer ningún comentario, se plantó en el centro de la sala, se quitó la gorra, que le recogió el asistente, y se inclinó sobre unos mapas que había en la mesa de reuniones, alrededor de la cual dos tenientes cartógrafos y el maestro falangista Fontelles, también de uniforme, aguardaban órdenes en posición de firmes. El coronel Silván, sin mirarlos, les indicó que descansaran y con un gesto dio a entender qué pasa, aquí.

—Dos pastores han alertado a esta alcaldía de la presencia de individuos sospechosos en la ruta vieja de los contrabandistas.

—¿Y los pastores de qué pie cojean? —golpeando el suelo con la suela del zapato, impaciente.

—Son afectos al régimen.

—¿Cuál es la ruta de los contrabandistas?

—La que discurre por la cresta de la sierra de Altars en dirección norte —señaló uno de los cartógrafos. Con un lápiz rojo marcó dos cruces cerca del pico del Montsent.

—Pero la ruta de los contrabandistas va por el puerto de Salau.

—Ha cambiado después de la guerra —intervino Targa—, Salau está muy vigilado.

—No hay vigilancia en ninguna parte.

Dándose un poco de importancia, el coronel les confió, a ellos y al espía del maquis, el falangista Fontelles, cómo coño quiere el alto mando que se vigile tanta puñetera frontera en la que no hay más que nieve, ventisca y fagüeño. No disponemos de soldados ni guardias civiles suficientes y los maquis no están dispuestos a jugar a los...

—¿Y los individuos sospechosos? —terció Judas Fontelles para no destacar por silencioso—. Los vieron, sin duda.

—Mandaremos patrullas al lugar. Y que peinen la zona hasta Sant Maurici. —Miró el mapa con detenimiento—: ¡Es un trayecto larguísimo! ¿Por qué entran por ahí? —Volviéndose al asistente—: Que patrullen quince días. —A los presentes—: No se puede bajar la guardia en Salau bajo ningún concepto. Nos pasamos el puto día peinando el monte, parecemos peluqueras.

—Claro, claro —los comprensivos asistentes, en voz baja.

—¿Qué nos recomienda, coronel? —Targa, ansioso por rendir un servicio a la patria, al Caudillo, al ejército y al coronel Silván, uno de los pocos militares de alta graduación que era amigo de los falangistas y, por lo tanto, podía promocionarlo en la Falange gracias a la circunstancia de que era hermano del heroico camarada Silván, presente, y del camarada Silván, jefe de zona de la provincia de Lérida y, sobre todo, hijo del camarada Silván, el del asunto de José Antonio.

—Nada. A ver si esos bandoleros se confían. El ejército peinará la zona hasta fin de mes. Porque después hay que...

—¿Es que el ejército se retira del Pallars?

El espía profesional que ha hecho cursos intensivos del eme y cinco británico, o aunque sólo haya recibido una serie de instrucciones de uso detalladas de una persona con experiencia, lo primero que siempre aprende es que el agente doble jamás debe hacer preguntas directas e importantes, porque entonces, en medio de un silencio muy pesado, todos los presentes lo miran y, según los reflejos de cada cual, desenfundan las pistolas y no os hacéis una idea de lo difícil que es infiltrar nuevos agentes.

Todos los presentes: Valentí Targa, alcalde de Torena, el coronel Silván, comandante en jefe del destacamento del ejército en el Pallars, surgido de la primera agrupación de la sexagésimo segunda división del Cuerpo de Ejército de Navarra, el cabo Benicio Fuentes, asistente del coronel Silván, y los dos tenientes cartógrafos adscritos a la segunda agrupación de la sexagésimo segunda, en servicio especial, a requerimiento del mando de la primera agrupación del mismo Cuerpo de Ejército, se callaron y, en medio de un silencio de plomo, miraron al falangista Judas Fontelles y las palabras envenenadas que le acababan de salir de la boca resonaron entre las cuatro paredes. De momento, no desenfundaron.

—¿Por qué lo pregunta..., camarada...?

—Es el maestro Fontelles, un...

—Lo sé, lo sé. —A Oriol—: ¿Por qué? —Otra calada al farías, bastante consumido ya.

—Por... —Se imaginó que era Viriato y los demás, los romanos, y dijo en voz alta y con orgullo para irme preparando, si se da el caso, señor, para imbuir de espíritu combativo a todo el cuerpo de maestros de la zona. Creo que puedo llegar a

convertirlos en buenos informantes, coronel.

El coronel tiró el farías al suelo y lo pisó:

—Camarada Fontelles, ¿se da cuenta de que esa pregunta no es una tontería?

Tendió la mano hacia atrás y el asistente le devolvió la gorra. A continuación salió de la alcaldía con la misma prisa con que había entrado. Por no faltar a la costumbre, proverbial entre los presentes, la reunión presidida por el coronel Silván duró el tiempo justo de fumarse un farías.

Valentí Targa estaba eufórico porque, al despedirse, el coronel le puso la mano en el hombro con gran cordialidad, y eso podía interpretarse muy positivamente.

Mucho. Al volver a la sala, en la que el falangista Fontelles miraba detenidamente los mapas, le entraron ganas de hablar. Señaló el pueblo de Torena con el dedo.

—Aquí —dijo.

—¿Aquí, qué?

—Aquí me construiré una casa. Estoy hasta los huevos de vivir de pensión.

—¿Por qué no vives en Altron?

—No me hablo con mi familia.

Valentí Targa no contó al camarada Fontelles el sistema que había empleado para adquirir el terreno porque no quería enfadarse con el maestro. Era una explanada tentadora, cerca de Arbessé, con vistas a todo el valle de Àssua, y soñaba con construirse una mansión igual que casa Gravat, también con criadas silenciosas, con su cuadro colgado en la pared del salón, con un reloj de pared de madera noble que, al dar las horas, pareciese una catedral. Y llevaría allí a Ramo de Flores, para que la ocupara y ejerciera de señora, si conseguía convencerla de que se fuera a vivir a un pueblo tan alejado de la plaza Urquinaona. Y adornaría la fachada con esgrafiados, como en casa Gravat, un detalle elegante: a la derecha, Dios Padre Omnipotente y la Falange, una mujer sosteniendo un escudo con la efigie de José Antonio; a la izquierda, el Caudillo, la Virgen del Pilar, patrona del ejército, y unos soldados valerosos. Y tú harás los dibujos previos. Por cierto, si piensas quedarte en Torena mucho tiempo, ahora es buen momento para pensar en hacerte una casa. Dicho queda, y no voy insistir.

A las once de la noche, desde la ventana de la casa del maestro, Oriol hizo al faro la señal convenida para comunicar pido entrevista terreno neutral urgente peligro. Y confió en que hubiera alguien en el puesto a quien no le importase exponerse a una pulmonía por mor de la resistencia. Nadie, que no pase nadie por la sierra de Altars, que no venga nadie a la escuela hasta dentro de quince o veinte días. Que abran nuevas rutas. Que es posible que el ejército se retire del Pallars en verano.

—¿Estás seguro?

El teniente Marcó se frotó la barba y lo miró con los ojos enrojecidos de falta de sueño.

—No. Pero se habla de ello.

—A ver, vamos a explicarte el funcionamiento de esta radio.

Dos hombres silenciosos abrieron el paquete que traían y lo depositaron con cuidado en el suelo del desván de la escuela. Una caja de hierro, unas agujas, unos auriculares y un peligro más.

Capítulo 55

La acompañó hasta la puerta y, tal vez debido a la presencia del fraile portero, que fingía interés en la pantalla de su ordenador, lleno de misterios monacales, la despidió allí mismo con un beso que le pareció muy breve. Cerró la puerta suavemente y ella bajó los cuatro escalones, desolada, despojada de su hijo, me lo han cambiado, lo han convertido en un hombre suave, resignado. Pero es feliz. Y todavía se llama Arnau..., ni Arni, siquiera. En la explanada de la basílica se dejó deslumbrar por la ridícula luz de la tarde y de pronto se le vino encima todo el peso del dolor, como si la estuviera esperando a la salida, agazapado a la puerta del monasterio, para abalanzarse sobre ella sin compasión. Durante la hora que duró la entrevista, consiguió mantener a raya la visión obsesiva del engaño y la humillación en que la habían sumido la perra rastrera de Joana y el malnacido de Jordi. Durante esa hora se concentró en averiguar si realmente Arnau había encontrado la felicidad o lo fingía. Hasta el hábito de novicio le sentaba bien. Llevaba el pelo más corto y se había afeitado la barbita, pero tenía los mismos ojos y la misma manera de hablar, en voz no muy alta, con una autoridad que emanaba de no sabía dónde.

—Estás triste.

—Todavía no he aceptado perderte.

—No me has perdido. Estoy aquí. Puedes venir a verme de vez en cuando.

—Te he perdido.

—¿Y si hubiera ido a estudiar a Boston o a Cambridge?

—Estarías más cerca. Ahora hay entre nosotros una barrera que...

Señaló las sillas de madera negra, la mesa inútil, el pequeño locutorio en el hablaban, la imitación chapucera de un Mir que podía ser cualquier rincón de Montserrat, frente a la cual estaba sentada. Lo cierto es que no sabía qué quería decirle, pero, evidentemente, no era ése un lugar para estar como en casa. Había ido a ver a su hijo y tenía la sensación de estar de visita.

Arnau la tomó de las manos y la miró a los ojos:

—Mamá, no hay ninguna barrera entre nosotros.

—Seguro que rezas por mi conversión.

Lo dijo con acritud y se arrepintió inmediatamente. En cambio, él esbozó una sonrisa, no la terminó porque estaba pensando y finalmente, con el aplomo que lo caracterizaba y que no había aprendido de ella, respondió no soy quién para querer cambiar tu manera de ver las cosas. Si rezo por ti es para que sigas siendo tan buena persona como siempre.

Maldito fraile, que siempre tenía a punto la respuesta más liberal, más tolerante, más inteligente, más coherente y tranquilizadora, como si lo hubiera estudiado y medido todo de antemano. Como si tuviese la vida entera dibujada en el mapa de la

Verdad y sólo necesitara desdoblar una parte para consultarlo en caso de duda. Y siempre tenía respuesta, siempre, nunca una duda, porque jugaba en el equipo de Dios.

—Ojalá creyera en Dios. Sería un alivio creer en algo...

Arnau era demasiado listo para responder y no dijo nada, seguramente, porque la entendía. Tina prosiguió:

—Pero ese asunto de la divinidad es un enigma sin solución.

—Para mí, no. Un enigma requiere buscar pruebas, hallar soluciones, resolver problemas... Para mí, Dios es un misterio y sólo puedo afrontarlo con la fe.

—¿No necesitas pruebas?

—La fe se nutre de fe, no de pruebas.

—¿Y tú eres hijo mío?

—Eso tengo entendido.

Se calló porque realmente no sabía qué decir. Pero el silencio la incomodaba. Y aún le fastidió más que no afectase a Arnau ni un poquito. Tenía que desarmarlo como fuera.

—¿Hace mucho frío aquí?

—No.

—Pero ¿te hace falta ropa? ¿Coméis decentemente?

—¿Qué tal está Jordi?

—Tu padre no sabe que he venido.

—¿Y por qué no quieres que lo sepa?

—Es que no vengo de casa. —Con una irritación que no supo contener—: No te imagines cosas raras. ¿Sabes que lo han nombrado concejal del Ayuntamiento?

—Sí. Tuve carta suya hace unos días.

Cuánta prisa se ha dado en contárselo. ¿Y no te dijo nada más? ¿No te dijo que me pone cuernos?

—Es que Porta dimitió y, como él era el sexto de la lista, pues eso.

—¿Le hace ilusión?

—Supongo. No nos vemos mucho últimamente. —Por cambiar de tema—:

¿Coméis bien?

—Muy bien, no te preocupes por eso.

—Me preocupo por tu salud.

—En la comunidad hay ocho monjes de más de ochenta años.

—¿Quieres quedarte toda la vida entre estas paredes? ¿Hasta los ochenta años?

¿Hasta que te mueras? —Sabiendo que empezaba a jugar sucio—: ¿Y el mundo? ¿Y los inventos, el progreso, el paisaje, las películas, las necesidades de los pobres, tu progreso personal? —Después de una pausa malévolamente—: ¿Y las mujeres?

Arnau le tomó las manos de nuevo y dijo mamá, esto no es un sacrificio, soy

feliz, estoy tranquilo y me gustaría que no te hicieras más daño por mí: tu hijo es feliz, caramba, cosa que no pueden decir todas las madres.

—¿He venido en mal momento?

—No, qué va, faltaría más. Dentro de tres semanas celebramos la fiesta... Si queréis venir...

—¿Qué clase de fiesta?

—Pues... una celebración de la Eucaristía dedicada a la familia de los monjes de la comunidad. Ya sé que...

Dentro de tres semanas estaré en el hospital; intentarán rescatarme de las garras de la muerte a base de quimioterapia o algo parecido.

—¿Mandáis una invitación o algo?

—Si no queréis venir, no...

Tina miró la parodia del Mir de la pared. Después, con los ojos fijos en el cuadro:

—¿Quién dice que no queramos venir?

—Como celebramos una misa y todo esto...

Tengo miedo, Arnau. Me da miedo la muerte.

—Sabemos comportarnos. No te preocupes.

—¿Por qué estás triste?

La autoridad moral del hijo. Ahora es el hijo quien manda sobre ti y quiere saber por qué estás triste. Y tú, como todos los hijos, no le cuentas que tienes un problema de pareja y otro de pecho, aunque no sabes si van en ese orden de importancia. Y la identidad de un maestro maqui, que sobrevive rodeada de unas cuantas mentiras y quieres desenmascararla, aunque no sabes muy bien por qué, seguramente para salvarte, para aliviar el peso de la culpabilidad. Y la vida es complicada porque tengo ganas de decirte que estoy enferma y me da miedo esta enfermedad. Pero no quiero decírtelo porque no quiero que reces por mí, no quiero que se mezclen las oraciones y la quimioterapia; por coherencia, Arnau, ¿lo entiendes? Por la coherencia que Jordi ha perdido de repente. El silencio me mata, porque me muero de ganas de decirte una y otra vez que estoy mala, que tienen que extirparme el pecho derecho y espero que no haya secuelas; la doctora dice que no, que no habrá secuelas, que he tenido suerte, pero yo me pregunto qué clase de suerte es tener que operarme un pecho.

—Cosas.

Tina se acercó a Arnau y le acarició la cabeza. Lo miró. No le hacía la menor ilusión verlo vestido de negro, con el hábito de novicio. Ninguna ilusión. En todo caso, le daba sensación de derrota, pero no dijo nada porque tampoco quería hacerle daño.

Cuando preguntó por Arnau al hermano portero, el monje se quedó un poco perplejo en nombre de la Comunidad, porque, al parecer, no son horas de visita, pero ella le dijo que venía de fuera, qué tontería, en Montserrat, todo el mundo viene de

fuera. Y que tenía que comunicarle una noticia urgente y que por favor, y el hermano portero desapareció discretamente y volvió más discretamente aún y, sin decir nada, la condujo a una salita despersonalizada, decorada con un inútil afán personalizador.

En la pared, un rincón desconocido de la montaña en tonos ocres y verdes, una imitación de Mir, pero firmada por un tal Cuscó. O Cussó. Un olor característico, difuso, que no sabía definir, impregnaba el ambiente. Esperó sola cinco minutos, pensando a saber dónde habrán ido a buscarlo, con lo inmensa que es esta casa. En el huerto, en la sacristía, en la biblioteca, en la cocina, todo a mil kilómetros. Entonces se abrió la puerta que daba a los locutorios y oyó unos pasos que se acercaban a la salita. Un monje... No, Arnau. Arnau con hábito negro y pelo corto, sano, abundante, pero corto. Sin la barbita. El fugitivo que se había refugiado en un monasterio. Arnau disfrazado de monje. Dios mío. Y las manos blanquísimas, como dos pájaros del alba, escondiéndose entre los ropajes negros, y una sonrisa reposada y dijo mamá, ¿qué sucede, te pasa algo? Entonces ella lo abrazó sin decir nada, porque la visión de Arnau vestido de monje la desbordó. Y no podía contárselo a Jordi. Quedarse con tantas cosas dentro hace daño, al final.

—No estoy triste. Más bien, cansada. ¿Sabes que estoy terminando el libro?

—¿Sobre qué era?

Decepción. No se acuerda. No vive nada mi vida.

—Sobre casas, pueblos y cementerios del Pallars.

—Ah, cuánto me alegro. ¿Me vas a regalar uno para el Monasterio?

—Te lo regalaré a ti. Me está costando más trabajo de lo previsto... Los textos, los pies de foto... y cosas que voy descubriendo sobre la marcha. Pero sigo adelante.

Entonces sonó una campana en las dependencias, una campana que apenas llegaba a los locutorios. Pero Tina se dio cuenta de que Arnau se ponía en guardia y, veinte segundos después y con la mayor habilidad, logró que se levantara de la silla y la acompañó al recibidor del hermano portero, el ordenador, los secretos, las gafas y la sonrisa parecidísima a la de Arnau. Cuando, desconcertada, se encontró en las escaleras, oyó decir a Arnau ¿qué tal está Yuri Andréievich?, en el mismo tono en el que antes le preguntó qué tal está Jordi. Entonces entendió que jamás lo recuperaría para sí y que, de un solo golpe, perdía a su hijo, a su marido, a su gato y, con un poco de mala suerte, el pecho y la vida. Y las escaleras grises, el frío de la explanada, la luz del atardecer y la desolación. Hizo una fotografía con esa luz para fijar en algún sitio una tristeza que no cabía en las palabras.

El tren a Zaragoza no salía hasta las diez de la noche. Tenía tiempo de sobra para ir a cualquier rincón a llorar y a considerarse la mujer más desgraciada del mundo.

Hacía tantos años que no entraba en una iglesia, que le extrañó encontrarse de pronto buscando la pila de agua bendita. El olor a cera quemada, el rastro de incienso litúrgico, la penumbra y el silencio. Fue a sentarse en un extremo discreto de un

banco de las primeras filas. Cuatro curiosos admiraban las capillas laterales. Una sombra oscura colocaba un cartel que anunciaba que se había concluido el horario de visitas al camerino de la virgen e, inesperadamente, el altar empezó a llenarse de monaguillos mancos que, sin encomendarse a Dios, empezaron a cantar El Virolai^[6]. A pesar del cansancio, Tina prestó atención: cantaban con rotundidad, con una perfección un poco monótona, sin máculas, sin vacilaciones, no como ella. Se acordó de que, después de muchos años sin entrar en ninguna iglesia, había vuelto a hacerlo de manera sistemática para asistir a conciertos y había reencontrado signos, símbolos, lemas, logos, imágenes y olores que la llamaban desde muy lejos y a los que podía responder con cierta indiferencia. Pero esa tarde no sentía ninguna indiferencia, porque la iglesia se había convertido otra vez en el enemigo, que le había robado al hijo que ya no tenía. Y ese día entró como enemiga. Dios, tú y yo hemos reñido. Por eso no te hablo, como la madre de los Ventura.

Cuando se despertó, la basílica estaba a oscuras y se estremeció de frío. Miró alrededor de reojo, sobresaltada. Estaba sola, se había dormido en ese rincón y... Se levantó bruscamente y se dirigió a la puerta. Estaba cerrada. Pánico. ¿Qué hay que hacer cuando se queda una encerrada en una iglesia? Podía ponerse a gritar, que el miedo resonara en las bóvedas y se multiplicara, que Arnau tuviera que soportar un momento de ridículo cuando le dijeran tu madre es una impresentable, caramba, anda que dejarse encerrar... Miró el reloj. Las nueve de la noche, y en toda la nave no había más señales de vida que ella. Entonces cogió el móvil y, por inercia, llamó al número de casa. Pero reaccionó en cuanto oyó la voz de Jordi diciendo diga, diga,

¿Tina? ¿Eres tú?, y colgó. No quería que Jordi supiera que había ido a ver a Arnau.

No quería que su voz resonara en la nave oscura; le habría dado miedo. No quería que Jordi se enterase de que se había quedado encerrada en una iglesia, no quería que Jordi llegara a saber que había entrado en una iglesia. No quería que la ayudase Jordi. No quería a Jordi para nada.

Las pocas bombillas encendidas, de luz mortecina, espesaban las sombras más aún. Se sentó en un banco, desasosegada por la oscuridad que se acumulaba detrás, pero resignada a esperar no sabía qué. Un buen rato después se dio cuenta de que estaba llorando, pero no porque le escocieran los ojos, sino por pura desolación.

Pensó en rezar, en pedir ayuda a Dios, pero enseguida entendió que una plegaria en un momento difícil sería una invocación obscena. Era lógico que los creyentes vivieran mucho mejor que ella. La cuestión era creer en algo, aunque fuera en una idea política. Ella sólo daba clases y hacía fotografías y creía en lo que se podía impresionar en una película, ya fuera materia, recuerdo o sentimiento. Pero no creía en muchas cosas más. En la educación como concepto abstracto, tal vez. Y, desde hacía unos meses, no creía ni en Jordi, su gran amor, que, de la noche a la mañana, se

había convertido en su gran odio. Mejor dicho, en su gran indiferencia. No, indiferencia, tampoco; en su gran desprecio. Darse cuenta de que se ha perdido la confianza en alguien a quien se ha querido sin reservas es como si esa persona muriera en los brazos de una sin consentimiento. Por tanto, no podía rezar, no podía aprovechar el tiempo en esa basílica que tenía a su disposición en ese momento.

Derrotada por la pena, sólo podía reconocer que su hijo y su marido habían elegido otro amor y habían rechazado el suyo.

Hacia muchos meses que Tina no estaba tanto tiempo en silencio, pensándose.

Muchos meses. Exactamente, desde el momento en que la Renom le dijo que había visto a Jordi en Lérida cuando tenía que estar en la Seu, encerrado, reunido, trabajando. Era incapaz de estar quieta mucho rato desde el día en que supo que Jordi la engañaba, porque se la llevaban todos los demonios. Afortunadamente, ahora tenía que terminar el libro y desentrañar la vida de Oriol Fontelles.

Afortunadamente, tenía facilidad para evitar los momentos de reflexión. Hasta el día triunfal en que se dejó encerrar como una boba en la basílica del monasterio de Montserrat y, sin poder evitarlo, vio desfilar ante sus ojos toda la miseria que arrastraba, como un pase de modelos irónico y cruel.

Hacia las nueve y media de la noche, cuando tenía que estar en la estación de Sants, oyó un ruido detrás y vio encenderse una luz tenue. Se volvió a mirar. Era arriba, en el coro. Había movimiento en el coro. ¿Y si gritaba? Por un atavismo incontrolado, se escondió detrás de una columna y miró hacia el coro. Empezaron a entrar monjes y, por lo que podía ver, seguramente cada uno se iba situando en un sitio determinado.

Por primera vez en su vida, Tina Bros asistió al rezo de las completas. Cantaron una cosa breve y austera que no identificó y pensó que una de las voces era la de Arnau. Le pareció muy bonito y de ninguna manera habría roto la magia del momento dándose a conocer. Concluida la oración, el coro se quedó vacío y oscuro en menos de medio minuto y ella retuvo en la memoria la agradable sensación que acababa de vivir. Hasta entonces no se acordó del tren, pero ya era tarde. «Como un ladrón entraré en tu hogar, oh, Jehová, y como un ladrón saldré al alba», leyó en un libro de salmos que encontró en un mueble adosado a una columna. Como un ladrón me pasearé por mi vida y por la vida de los demás, si me dejan.

La noche fue gélida, pero logró conciliar el sueño, a pesar del miedo y la incomodidad del banco. Cuando, con los huesos molidos, se coló entre los primeros visitantes y la agresiva luz exterior la obligó a parpadear, se dio cuenta de que, a pesar del deslumbramiento, el día estaba nublado, envuelto en una niebla fría de primeros de marzo, el mejor paisaje para soñar, porque la sábana de la niebla cubre piadosamente los detalles, las anécdotas, los defectos, y deja sólo el concepto y el sueño. Cuando vuelva de Zaragoza, se dijo ante el abismo de niebla, pasaré otra vez

por Montserrat y le diré que nos hemos separado, hijo, aunque tu padre todavía no lo sabe, y no preguntes por los detalles porque no pienso decírtelos.

Miró atrás, al monasterio. Le repelía ponerse melodramática, pero se le ocurrió que tal vez no volviera a verlo nunca más. Te quiero, Arnau. No tengo obligación de entenderte, pero sí de aceptarte. El monasterio de su hijo. Le hizo una foto triste.

Además de perder el tren de Zaragoza, no recuperó ni un poquito de fe.

Capítulo 56

Feliu Bringué el de ca de Felicó cruzó el umbral de la puerta principal de casa Gravat por primera vez en la vida a los treinta y ocho años. Casa Gravat estaba en boca de todos y cualquier persona del valle de Àssua podía recitar sin error la disposición de los muebles, la textura de la madera, el matiz del color de las cortinas, el retrato de la señora, que la mantenía eternamente joven y radiante, el silencio de la alfombra gruesa, el perfume suave de espliego o de manzana que impregnaba la atmósfera de la casa, las campanadas profundas de un magnífico reloj de pared, que parece imposible que haya una casa así en Torena, las escaleras de madera noble que subían hacia secretos mayores, las múltiples fotos expuestas en el salón, el crepitar suave de los troncos en la chimenea. Y un aroma delicioso en cuanto entró la señora.

—Eres un joven con futuro y con ambición.

—Me presento para servir al pueblo, no por ambición personal.

Sin tener en cuenta que el muchacho era hijo de uno de los hombres que más aborrecía y que había dudado mucho antes de invitarlo a casa, sonrió.

—Naturalmente —dijo—. Y, tal como van rodando las cosas, ganarás las elecciones.

—Eso espero.

—La otra lista no puede ser más disparatada.

—La otra lista —Bringué no cayó en la cuenta de que no hacía falta poner voz de mitin en ese momento— agrupa a los franquistas nostálgicos que no quieren dejarse arrebatar el poder.

—Estoy segura de que son unos incompetentes.

La miró a los ojos, como comprendiendo al fin que estaba en casa Gravat porque ella le había comunicado su deseo de conocer los puntos de vista y etcétera.

—Pero ¿qué quiere usted? —dijo finalmente.

—Eres muy joven y hay cosas que... —Llenó la taza de té del futuro alcalde.

En vez de atender a la taza, el joven miró el reloj.

—Me hace una gran ilusión —empezó a decir— tener la oportunidad de que me elijan primer alcalde democrático. —La miró a los ojos—. Tomo el relevo a mi padre. ¿Qué hago? ¿Lo dejo para otro día? ¿Le estampo la tetera en la cara?

—Sé cómo funcionan las cosas en Torena y en el valle. En el país en general. Lo sabes.

—¿Y qué?

—Que harías bien en consultarme.

—Perdone, pero...

—La riqueza del valle no son las vacas, sino la nieve. Aquí, la artífice de la riqueza soy yo. ¿Azúcar o miel?

—Señora, yo... Aunque sólo sea por dignidad, no puedo...

—Te entiendo perfectamente —lo interrumpió con voz suave—, pero consúltame las cosas. Todos saldremos ganando.

—Creo que debo recordarle —en tono ofendido— que la nieve no dura todo el año.

Ésas fueron exactamente las palabras que le encendieron la lucecita, hijo, Marcel, piénsalo, hay que buscar la manera de que la temporada no se acabe nunca. Vete a Colorado o donde haya ríos bravos y observa, toma nota y hablamos.

—Adidas se interesa por las zapatillas.

—Bien. No lo dejes escapar. Aunque sólo sean las suelas. ¿Vas a pensar en lo que te he dicho?

Elisenda sabía de antemano que, al principio, sería incómodo. Bringué el de ca de Feliçó, hijo de su odiado Bringué, se proclamó primer alcalde democrático de Torena después de la dictadura y la gente salió a la calle a celebrarlo; en un momento u otro, todos echaron una ojeada disimuladamente a casa Gravat, que se hacía la desentendida, dispuesta a aguantar el chaparrón. El día después de las elecciones, Feliu Bringué entró en el Ayuntamiento, mandó abrir las ventanas y se encargó personalmente, aplaudido por los regidores de su lista, de descolgar los cuadros de Franco y de José Antonio y, Dios lo perdone, el crucifijo, que hasta entonces y desde siempre había presidido el despacho del alcalde. También retiró el óleo que recordaba a la figura de Valentí Targa, el verdugo de Torena que, incomprensiblemente, nadie había descolgado de una de las paredes de la sala de plenos. Un buen retrato. Qué ojos. Quién coño lo pintaría. E invitó a los concejales y también al único miembro de la oposición, Xavi Burés el de casa Savina, a sentarse en torno a la mesa de Juntas a pensar en el futuro de Torena.

En fin, era cuestión de paciencia, pensó Elisenda. Pero aún tuvo que aguantar otro chaparrón cuando el consistorio se negó a rectificar, a pesar de su razonada reclamación, y un día lluvioso, en las calles vacías, aunque se había anunciado el acto con insistencia, Feliu Bringué el de ca de Feliçó cumplió la palabra que había dado en la campaña de devolver a las cosas su nombre histórico e invitó a todo el pueblo de Torena al acto del cambio de nombre de las calles. Desde el soportal del primer piso de casa Gravat, a resguardo de la lluvia, envuelta en un chal, miraba a la Plaça Major, que todavía se llamaba Plaza de España. Un grupo de gente no muy numeroso, además de la pécora de Cecilia Báscones, que se apunta a todo y ahora es demócrata de toda la vida, y que iba diciendo al chico que ahora es concejal de urbanismo que la microderpanocitosis es una clase de anemia crónica, con destrucción de hematíes.

—Entre, mamá, que va a coger frío.

Elisenda miró a Mertxe pero no se dignó contestar y siguió observando. Un poco enfadada, Mertxe cerró la puerta.

Que cambien lo que quieran, la calle de Franco y la de José Antonio, pero, por el amor de Dios, que no me toquen la de Oriol.

En la plaza, Jaume Serrallac, el hijo del de las piedras, ya había descolgado la antigua placa y presentaba la nueva, también de mármol. La colocó en un minuto.

Los cuatro gatos aplaudieron, el hijo de su madre de Bringué dijo unas palabras que no oyó, pero le deseó toda la muerte del mundo.

Con pesar, vio a Serrallac hacer añicos la placa antigua y recoger los trozos en una espuerta. Entonces se le nubló la vista, como le pasaba cada vez que tenía un disgusto. Se quitó las gafas y se frotó delicadamente los ojos con la yema de los dedos. No, no lloraba. Antes se iría a vivir a Barcelona para siempre que permitir que esa chusma la viera llorar.

—Tu madre no me hace caso.

—Pero ¿qué tiene de malo que salga a mirar?

—Es que ya hace tres horas que está ahí de pie. Lleva de guardia desde las ocho de la mañana. Y no quiere tomar algo caliente. Ni caliente ni frío. Y además se enfada si le recuerdo que tiene que cuidarse mucho.

—Hostia. Seguro que está llorando porque quitan el nombre del Fontelles ese de los huevos.

—Supongo. A veces me parece que está un poco...

—Dile que se ponga.

—¡No quiere saber nada de nadie!

—Coño, díselo de una vez.

—Te digo que no entra. No me hace ni caso.

—Bueno, a ver si puedes llevar el teléfono a la terraza. Hasta donde el cable dé de sí. ¿Qué tal el niño?

—Bueno, en fin..., pero ya verás como no quiere.

—Anda, ponme con ella. Sólo me faltaba esto, hoy.

La cuestión no era quitar un placa y cambiarla por otra. Tampoco podía ser que el día anterior una brigada municipal (es decir, el mismo Jaume Serrallac) cambiara las placas discretamente y el día de marras se hiciera la inauguración general, se pronunciara un discurso y santas pascuas. No. Según la mentalidad retorcida de Feliu el de ca de Feliçó, lo que había que hacer era convertir el acto en la extracción de la historia del país, en la venganza, arrancar de la calle los rótulos de Franco, José Antonio y Oriol y cambiarlos por otros con nombres espurios. Cambiarlos como quien saca muelas. Lo llaman acto cívico, pero es un acto de venganza. Y Cecilia Báscones en primera fila, con la chaqueta cambiada. Por la edad que tiene, podía habérselo tomado con más dignidad, porque el tabaco y los botones de pasta los vende igual a moros que a cristianos. Elisenda se desplazó un poco en el soportal para ver la comitiva, que se detenía al pie de la placa de la calle José Antonio. Seguía

lloviendo y los paraguas de las autoridades y del poco público asistente parecían setas negras. Y una nota de color, unos desconocidos que llevaban impermeables chillones y hacían fotos. Tal vez de una revista.

—Mamá, Marcel.

—Que no. Después.

—Mamá, que tiene prisa. Acérquese, que el cable no da más de sí.

—Trae. Qué hay.

—Mamá, ¿qué te pasa?

—Nada. ¿Dónde estás?

—En París. Estoy cerrando el trato con Adidas.

—¿De qué producto?

—De los cordones de las zapatillas.

—Menos da una piedra.

—Cómo que... ¡Si es extraordinario!

—Podías haber conseguido la zapatilla entera.

—Sí. Y los calcetines, no te fastidia. Qué rollo es ese de las placas de la calle.

—Nada que te interese.

—Entonces ¿por qué no entras en casa? Mertxe dice que...

—Mertxe que diga misa, si quiere. Adiós, estoy ocupada.

—Pero ¡mamá! ¡Coño, que eres diabética! Acuérdate de que te...

Elisenda devolvió el teléfono a su nuera porque en ese momento las setas negras llegaban a la parte más alta de la calle Falangista Oriol Fontelles (1915-1944) y se detenían al pie del rótulo, que se veía desde el soportal. Fue el único que Serrallac, Dios lo maldiga, rompió directamente en la pared, sin quitarlo primero. Como si quisiera crucificar el nombre. Y después, con el cincel, terminó de tirarlo todo al suelo. Y colocaron, supuso, el nombre de Carrer del Mig.

—Pues ya ves, yo no habría cambiado ese nombre, porque lo van a hacer santo enseguida y habrá que poner otra placa nueva.

—¿Y cómo sabe que lo van a hacer santo? Si era un...

—Claro, como la juventud no vais a misa... —Cecilia Báscones miró al interlocutor con conmisericordia—. Curaciones milagrosas —añadió en actitud misteriosa.

—Eso no se lo cree ni Dios.

Concluido el acto, la gente se dispersó como si regalaran comida en otra parte. Los del impermeable chillón dieron un par de vueltas más por allí y Jaume Serrallac vació el capazo lleno de fragmentos de historia en el contenedor de escoria de la calle Fontelles. Entonces, Elisenda distinguió dos siluetas en la parte más alta de la calle.

Tenía los ojos muy cansados y no las veía bien, pero eran dos mujeres que iban del brazo. Seguro que eran las Ventura. Las dos siluetas empezaron a bajar la cuesta

en silencio, mirando a todas partes, como si, en lugar de andar, palparan el trayecto. Al llegar al contenedor, una de ellas se asomó a comprobar algo. Y siguieron bajando la cuesta de la calle Fontelles. Del Carrer del Mig.

Capítulo 57

Nació en Huesca, el dos de mayo de mil novecientos diecinueve, en el seno de una familia de artesanos. Su padre tenía una tienda de alimentación con la que mantuvo una familia compuesta por su mujer, la tía abuela Soledad, Jacinto y Nieves. El pequeño Jacinto soñó mucho tiempo con poder coger la palita estriada de latón, dorada y pulida, y pasarla por el cajón de los macarrones y llenar un cucurucho. Y lo mismo con el arroz y el azúcar. Y si llegara a darse el caso de poder echar un cuartillo de aceite con la bomba untada de grasa, entonces estaría muy cerca de la felicidad, lo sabía. Por eso, el catorce de abril de mil novecientos treinta y uno se le grabó en el alma de manera indeleble, no porque se proclamase la Segunda República en Barcelona y en Madrid, sino porque, el día anterior, don Rosendo había tomado la decisión de poner fin a la escolarización de Jacinto y que, a partir del día siguiente, lo ayudara en la tienda que tenían en Desengaño, en el cruce con Caballeros. Cargó cajas de sifones y llenó botellas de vino del tonel hasta hartarse. Pero también probó la gloria: arroz, macarrones, fideos, fideos finos (que se recogen con la pala mediante otra técnica distinta), lentejas, garbanzos, alubias y aceite; sí: Jacinto despachó aceite y se acercó mucho a la felicidad mientras se secaba las manos con el trapo dudoso después de haber despachado el primer litro de su vida a Pilar la de la tintorería de San Vicente. A los doce años era un niño feliz. Después, durante la República, las cosas empezaron a complicarse. Y con la guerra, más todavía, porque era un martirio tener que llenar cucuruchos y más cucuruchos de macarrones y de arroz, y ensuciarse las manos con el aceite pringoso, sobre todo si venía una clienta guapa y yo, todo untado y asqueroso; y estaba tan harto que, en cuanto lo admitieron, se alistó para poder largarse de la maldita tienda de la mierda de la calle del Desengaño, en el cruce con Caballeros, y ver mundo y buscar la felicidad. Tuvo que avanzar con las tropas republicanas en el meollo de lo que finalmente sería la batalla del Ebro. Cruzó el río por Vinebre, contento porque conoció a una muchacha extraordinaria que le regaló una rosa de color de rosa, aunque no tuvo tiempo de preguntarle su nombre porque sucedió cuando su compañía iniciaba el descenso hacia el río. Perdió la rosa de color de rosa nada más llegar a la otra orilla del Ebro, pero conservó la vida y alcanzó las montañas de la Fatarella. Disparó a diestro y siniestro, se orinó en los pantalones porque no podían salir del nido de ametralladoras desde el que vigilaban una era que, por lo visto, tenía mucha importancia, sostuvo una terrible lucha cuerpo a cuerpo y una bayoneta fascista lo marcó para siempre con una sonrisa siniestra en la mejilla derecha.

Afortunadamente, la herida no se le infectó. Al cabo de ochenta días de supervivencia entre compañeros muertos, se retiró también por Vinebre. Por más que buscó con la mirada a la chica cuyo nombre ignoraba y que llevaba en la mano una

rosa de color de rosa para los que iban a morir, no la encontró. Cuando terminó la guerra, y concluidos los meses de retención, volvió a Huesca con la moral ofuscada, se propuso no volver a despachar macarrones con la puñetera palita de latón y se alistó en la Falange y en los grupos de acción sin contárselo a su familia; seguramente añoraba el uniforme que había hecho vibrar a una mocita sin nombre de Vinebre. Fue entonces cuando resolvió que la cicatriz se la había efectuado un rojo separatista que no sobrevivió para verlo ni contarle porque él en persona, cegado de rabia, le sacó los ojos con la bayoneta. Y el jefe de centuria decía muy bien, Jacinto, así me gusta. Ésa es la rabia que tenemos que llevar dentro; bien. ¿Entendéis, camaradas? ¿Entendéis lo que os digo? Jacinto Mas, que lo entendía perfectamente, se dejó crecer un bigote enjuto, oscuro y seco, justo encima del labio. Aprendió a mirar con dureza y, cuando pidieron voluntarios para formar un escuadrón que actuaría lejos de casa, en Cataluña, un servicio que duraría unos meses, de limpieza de indeseables concretamente, se apuntó y no lo eligieron. En lugar de eso, lo mandaron a San Sebastián y allí entró, a título de escolta personal, al servicio de una recién casada que quería volver a su casa. Era más heroico formar parte de un escuadrón de asesinos, pero el sueldo que le propusieron por cumplir funciones de escolta, chófer y lo que fuera necesario era impresionante y aceptó la oferta sin dudar. Jacinto Mas llegó a Torena por primera vez al volante del coche de la señora Elisenda Vilabré. Fue eficiente, duro, silencioso, valiente, fiel y ella le dijo muy bien, Jacinto, así me gusta, y de cuando en cuando le daba una paga extraordinaria muy generosa, sobre todo cuando pasaban cosas y él no se inmutaba.

—Cuando se jubiló dijo que no volvería a Huesca ni borracho. Por eso me preguntó si podía quedarse en Zuera, y yo le dije que sí, por descontado. Y aquí murió, sí.

—No. Se hizo jardinero. Con el dinero que nos dieron, abrimos un negocio de jardinería. No me puedo quejar.

—Oiga, que éramos hermanos...

—¿Usted es policía?

—Entonces, ¿por qué hace estas preguntas? ¿Por qué quiere saber cosas que llevan tanto tiempo enterradas?

—No, no, qué fotos ni qué ocho cuartos.

—No. Mi hermano murió en mil novecientos setenta y seis. ¡Hace veinticinco años, señora!

—De ataque cardíaco, ¿de qué, si no? En un bar de Zuera. Eso.

—Pues lo digo con reticencia porque la policía no quiso saber nada de un individuo que estuvo hablando con él mucho rato y que se marchó un minuto antes de que cayera fulminado, a decir de Carreta el del bar.

—Cincuenta y siete años, eso es.

—Al principio, sí. Pero después pensé que a saber, porque tenía enemigos, sobre todo de cuando entró en la Falange en Huesca y luego, cuando entró a trabajar de no sé qué con la señora.

—Pues... No lo sé. De eso no hablaba, pero me da la impresión de que vivió de cerca algunas muertes.

—Porque hablaba en sueños. No sé qué de uno que colgaron de una higuera. Era una época muy... Pero no sé nada en realidad.

—Sí. Seguro que es mejor no menearlo. Cuando retiré la denuncia y renuncié a que se aclarasen las circunstancias de su muerte, recibí un talón de un donante desconocido.

—Claro que lo acepté. Es dinero como cualquier otro.

—No, no pienso volver a Huesca. Ya he echado raíces en Zuera.

—¿Sort? No, en mi vida.

—No. Si hizo algo malo... fue allí. Aquí sólo cultivaba plantas tropicales y tenía unos geranios y unas begonias que daban gloria. Sí, aquí, en Zuera, eso es.

—Por las circunstancias, para salvar a la patria.

—La juventud..., ya se sabe, no cree en nada. Pero yo, sí. Y mi Jacinto todavía más.

—Ahora es imposible demostrarlo. Murió de un ataque de corazón y no hay más que decir.

—No. Se entristecía a veces. Y yo tenía que decirle muy bien, Jacinto, así me gusta, y parecía que se animaba.

—No. Cuando se ponía melancólico, siempre decía que había servido en cuerpo y alma a la señora, que era una gran dama. Que por ella había tenido que vigilar mucho al señorito Marcel, que era un desastre, y que a ella la llevaba kilómetros y más kilómetros en coche y que la defendió de todos los peligros, pero, a pesar de todo, al final lo echó como a un cualquiera.

—No sé por qué, no. No quería hablar de eso.

—Claro. Una gran dama que dejó de ser la señora doña Elisenda Vilabré y se convirtió en Elisenda Reputa. Con perdón. Tengo para mí que Jacinto estaba enamorado de ella.

—No me lo contó. Desagradecimiento a cambio de tanta abnegación, supongo.

—¿La verdad? No quiero saber si vive o si se ha muerto; no me importa.

—¡Qué va! No quería hablar de eso, pero él sabía muchos secretos de la señora...

—Pues... ¿Por qué quiere saberlo?

—Qué quiere que le diga..., amantes. Muchos. Hasta que un día se hizo santa y se pasaba el tiempo en la iglesia hablando con curas. Eso decía Jacinto.

—Pues, verá, me da la impresión de que Jacinto fue uno de esos amantes... No me lo dijo nunca, pero...

—Hay cosas que no hace falta decirlas.

—No. Era estéril. La señora era estéril. No podía tener hijos.

—Porque un chófer vive en el coche, cierra bien el cristal o lo cierra mal, abre las puertas, oye conversaciones por teléfono, reparte sobres, trae y lleva recados, va a buscar a personas... y recibe un sueldo por conducir y callar.

—Por qué iba a contarme mentiras, pobrecico; cuando llegó aquí, sólo tenía ganas de morirse.

—Pues a la vista está: que el señorito Marcel no era hijo de ella.

—Sí, se llama Marcel.

—¡Yo qué sé! Mío, no, desde luego.

—Es que los ricos hacen lo que quieren. Hasta rebautizaron al pequeño.

—Pues eso, para cambiarle el nombre de pila.

—Porque lo oyó cuando estaba al volante. No quiero que mi hijo se llame como uno de los asesinos de mi padre y de mi hermano. Romà, soluciónamelo.

—Tengo que ir al registro civil y a la parroquia. Espero que no haya...

—Espabila, que es tu trabajo. Mi hijo se llama Marcel, como mi abuelo.

—Lo solucionaré, Elisenda.

—Que dejó de llamarse como fuera y empezó a ser el señorito Marcel, vamos. ¿Ha visto lo bonitas que están la glicinias?

Capítulo 58

Creo en una naturaleza equilibrada, fuerte y sana, y en Greenpeace, que la conserva y la tutela, y en todos los seres humanos que abjuran del odio entre individuos y entre pueblos. Creo en la igualdad entre las personas y abomino de las guerras y de las diferencias por razón de sexo, raza,

—Los sexos son diferentes. Las razas son diferentes. No nos pasemos de rosca, oye.

Creo en la igualdad entre las personas y abomino de las desigualdades por razón de sexo.

—Eso sí, oye: desigualdades.

Desigualdades por razón de sexo, raza, religión, pertenencia. Y creo en no creer en nada que ofusque el espíritu libre del hombre.

—De la persona.

El espíritu libre de la persona.

Desde el balcón del nuevo piso, Jordi y Tina contemplaban el río, que ya había recibido las aguas del Pamano, y el trozo de montaña que se encaramaba, sin que ellos lo supieran, hacia Torena. Qué aire tan sano, qué aire tan sano. ¡Cómo no se nos había ocurrido antes venir a vivir a la montaña, donde dicen que la gente es limpia y noble, culta, rica, libre, despierta y feliz!

—Te quiero, Jordi.

—Yo también. Hala, vamos, que hemos quedado allí a la una.

Tina y Jordi celebraron el primer día de su llegada a Sort con un arroz caldoso en Casa Rendé, al lado de la mesa en la que Feliu Bringué comía con un cliente, después de haber presidido el acto cívico del cambio de placas del pueblo de Torena, y hablaba de la sensación de limpieza interior que experimentaba al ver cómo iban cayendo los nombres del fascismo, que en esta zona fue durísimo.

—Como en todas partes.

—En los pueblos pequeños fue peor. Porque el rencor se queda pegado a las paredes de las casas. Todo el mundo se conoce y todo el mundo sabe lo que hizo cada cual. Sé dónde hay un par de fosas comunes.

—Lo saben muchos, pero no dicen nada.

—Todavía tienen miedo.

—Sé quién mató a mi padre.

—Targa. Pero ya está muerto.

—Y también conozco a los que aplaudieron cuando lo mandó fusilar. —El derrotero de la conversación ponía en peligro la conciencia de estar comiéndose un arroz caldoso de Casa Rendé como Dios manda. Quiso zanjar el tema—: Vivir en un pueblo es muy cruel.

—A menos que tengas un prado que pueda convertirse en pista negra.

—Muy bien. Para eso hemos venido, no a hablar de cosas tristes. Estoy abierto a vuestras propuestas pero te advierto que quiero ganar pasta gansa. Para algo soy alcalde.

—Vivir en un pueblo es vivir con más autenticidad.

—A mí me parece que... Estoy harta de la ciudad. De ser un número...

—¿Por qué no probamos? —habían dicho hacía cuatro meses.

Y probaron. Pidieron los dos plaza en la escuela de Sort y, para ilustrarse, abrieron la enciclopedia.

—Mira: municipio del Pallars Sobirà, en el valle de la Noguera Pallaresa. En las tierras de secano se cultiva trigo y otros cereales; en las de regadío, prados artificiales, huertas y patatas. La extensión de los pastos es de novecientos diecisiete hectáreas. La ganadería es importante.

—Qué bonito, vacas.

—Sí. E industria lechera y quesera. La villa de Sort, centro del Pallars Sobirà, se alarga en el fondo del valle, en la margen derecha del Noguera Pallaresa. La villa de Sort se cita en mil sesenta y nueve...

—¡Ahí va! ¿Te imaginas? ¡Mil sesenta y nueve!

—Sí, por lo visto, era propiedad de la iglesia de Urgell.

—Si nos dan la plaza, nos instalamos en el centro urbano.

—El núcleo antiguo, formado por calles estrechas y casas antiguas, se agrupa al pie de un farallón en el que se apoyan grandes torres de planta circular, la fachada gótica (siglo XV) y los muros (que acogen el cementerio desde 1842) del castillo de Sort, antigua residencia de los condes de Pallars. La villa se expandió al pie de este conjunto siguiendo el camino que bordea el río hasta el Carrer Major, más el barrio del Raval, que se une al núcleo antiguo formando la Plaça Major, presidida por la iglesia parroquial de Sant Feliu.

—Un remanso de paz —resumió Jordi, cerrando la enciclopedia sin la menor ironía en la voz, puesto que no podía adivinar el futuro ni conocía el pasado.

—No creo que la demanda sea muy grande en ese pueblo. ¿Por qué no miramos a ver si encontramos una casa antigua, de pueblo?

—Sí, en un piso cualquiera.

—¿Los hay?

—Podemos ir este fin de semana a hacernos ilusiones.

Y ahora lo estaban celebrando. No una casa antigua, sino un piso seminuevo de alquiler que estaba muy bien, porque se encontraba cerca del río y, al abrir la ventana, se oía el rumor del agua. Y se veía un paisaje más que bonito. No era muy grande, pero de sobra para los dos, y el alquiler no se podía comparar con Barcelona, ni mucho menos. Esto es otro mundo, aquí la gente vive más..., no sé, se toma la vida de

otra manera y juegan a la butifarra y cosas así, ¿me entiendes?

—Qué bonito.

—Y, si tenemos hijos, serán pallareses.

—Hay que preguntar por la cocina típica de aquí.

—Y es fantástico vivir a cinco minutos a pie de la escuela.

—Vivir en un pueblo es un lujo. Y el dinero cunde más.

—Cuando empiece el curso, dejo de fumar.

—Podemos hacernos vegetarianos.

—Te quiero, Tina.

—Yo también.

El arroz caldoso de Casa Rendé superó las expectativas que habían puesto en él.

Y

Dios, a quien, a pesar de la fama que arrastra, le gusta divertirse, había colocado, dos mesas más allá de Tina y Jordi, al flamante primer alcalde democrático de Torena, Feliu Bringué (hijo del malogrado militante de Esquerra Republicana, que fue el alcalde mártir para unos, y para otros, el asesino Joan Bringué el de ca de Feliçó), que hablaba de negocios con un comprador de terrenos, representante de una compañía del negocio de la nieve. Y un poco más allá, en la mesa del rincón, el abogado Gasull y el joven y dinámico Marcel Vilabrú, de Vilabrú Sports, propietario, copropietario o socio de la estación de esquí de la Tuca Negra, en el municipio de Torena, negociaban un sensacional platillo de ternera, jugoso y tierno como las rosas, mirando adelante, en silencio, sin saber nada de los parroquianos de la mesas próximas.

Rendé, el dueño, en la caja, detrás del mostrador, miraba a la calle absorto en pensamientos anodinos, ajeno a la cantidad de historia de Torena que se había reunido en su establecimiento de Sort. Y para colmo, sirvió un café con gotas a un hombre de ojos azules que llevaba la ropa y las manos impregnadas de polvo; había aparcado el camión, cargado de lajas de pizarra de techumbre y losas para lápidas, a la misma puerta del establecimiento. Jaume Serrallac y Rendé no se dijeron nada, porque la confianza da asco. El recién llegado dejó un duro encima del mostrador y, mientras hurgaba en el arrugado paquete de Celtas, miró distraídamente a la clientela y se fijó en la pareja de hippies de can Fanga, aunque no imaginaba lo que sucedería al cabo de veinte años y pico. Se tomó el café de un trago, chasqueó la lengua, encendió el cigarrillo y se despidió de Rendé con una seña. No volvió la cabeza. Todavía no tenía ningún motivo para volverse.

—Tu madre no se cuida. Cada día está peor de la vista.

—Pues, si te digo la verdad, lo que más me preocupa a mí es que se haya vuelto una meapilas. Antes no era así.

—Siempre lo ha sido. A su manera, pero siempre ha sido religiosa. —Dio un

traguito de vino—. Tu madre siempre es lo más conveniente. Déjala tranquila. — Posó la copa y miró al otro—: Además, no hace mal a nadie.

—Y un huevo. Se gasta una fortuna en curas y en la sandez esa de la santificación o como se llame de Fontelles. —Señaló a Gasull—. Tiene tanto interés que a veces pienso si no habría algo entre ellos.

—Nunca hables así de tu madre.

—Ya lo sé, era un decir. Pero es que, además, da dinero al Opus.

—Transferir dinero al Opus es señal de madurez y de inteligencia.

—Pero ¡si vamos de cabeza a una sociedad laica! Y el Opus se comprometió con el régimen hasta las cejas.

—Y tú y yo.

—Yo era muy joven.

—Ten en cuenta que el dinero que se da al Opus es un gasto de empresa que produce beneficios a la larga. El Opus no dejará nunca de tener poder. Es el poder, forma parte consustancial de él, como el lobby de los reyes europeos o como las petroleras. Para eso, tu madre tiene un olfato insuperable. Siempre ha sabido en qué lugar tenía que estar, y allí estaba; y a quién había que llamar y en qué tono de voz debía hablar. Lo sabía un año antes que cualquier otro mortal. Y está contenta con tus gestiones en Europa.

—Pues podía decirme algo, ¿no?

—Ya sabes cómo es.

—Mi madre se cree excepcional.

—Elisenda es excepcional. —El abogado enamorado en vano tomó un bocado del platillo y pensó en otras cosas, lejanas, cercanas, y en el recuerdo entrañable del perfume de nardo, que a menudo era incapaz de percibir, a fuerza de olerlo.

—Estoy dando vueltas a un asunto, Tina.

—¿A cuál? ¿Al de los hijos?

—Huy, no. A lo mejor me afilio al peesecé.

—Ah, muy bien. ¿Y el pesuc? ¿Lo dejas?

—Bueno..., lo estoy pensando.

—No tienes ninguna prisa. Tómatelo con tiempo. A ver qué tal te sienta esto.

—¿Y tú?

—No sé. Quiero leer.

—¿Qué?

—Eso. Quiero leer. Ya tengo veintidós años, me he trasladado a vivir al paraíso en compañía del hombre al que quiero, hace poco que estoy casada con él, estoy empezando una nueva vida y quiero ser consciente de todo.

—Pero eso no tiene nada que ver con...

—Tiene mucho que ver —lo interrumpió Tina—. Por primera vez en mi vida,

aquí, en Sort, percibo los engranajes de la vida, el rumor del tiempo que se me cuele entre los dedos, la vida al ritmo del sol y de la luna. Y en Barcelona no lo había percibido nunca.

—Eres poetisa, Tina.

—No. No sé qué soy. Me gustaría saber pintar, saber expresar lo que siento por dentro. Por primera vez, a mi avanzada edad, me doy cuenta de que vivir ocupa veinticuatro horas al día.

El mismo Rendé retiró los platos y les llevó helado de vainilla. ¿Café? ¿Dos?

¿Algún licor? ¿No? Entonces, con los ojos brillantes de impaciencia, Jordi abrió el zurrón y sacó un paquete voluminoso envuelto en papel verde de regalo. Lo puso encima de la mesa.

—A mi madre no le conviene vivir en el pueblo.

—Elisenda no quiere moverse de Torena si no es imprescindible.

—En Barcelona tendría cerca a todos los médicos, y a su nieto, y yo podría... Y tú, Gasull...

—Siempre he considerado que una parte importante del sueldo generoso que cobro desde hace años me lo gano chupando kilómetros entre Barcelona y Torena.

Algún día, no sé cómo, será posible dirigir el mundo sin moverse de un rincón.

—Tonterías. Oye, tienes que convencerla: con la democracia y los nuevos ayuntamientos, habrá demanda de polideportivos.

—¿Quieres convertirnos en constructores a estas alturas?

—No, en especialistas de instalaciones deportivas. Será una mina. Sobre todo si nos situamos los primeros en la línea de salida. Ten en cuenta que los ayuntamientos necesitan crear imágenes nuevas y transformar el panorama municipal, si no quieren perder las siguientes elecciones.

—A veces me das tanto miedo como tu madre.

—¿Por qué?

—Vais dos pasos por delante de los demás.

—Será cosa de los cromosomas. ¿Y por qué no constructores? Diversificamos riesgos.

—¿Desean algo más, señor Vilabré?

Marcel miró a Gasull y, antes de que el abogado pudiera opinar, decidió por los dos.

—Pasemos directamente a los cafés. Y dos whiskys. —Refiriéndose al local, cuando Rendé se alejó—: Qué auténtico es este restaurante, ¿no te parece?

—Hacía mil años que no venía.

Tina cogió el paquete con ilusión. Con la impaciencia en los dedos, desgarró el papel diciendo hoy no es mi santo ni mi cumpleaños, ¿qué es?

—Hace exactamente treinta y seis días que nos casamos.

—¿Tanto?

—Tanto.

Señor, cómo pasa el tiempo, treinta y seis días. Sí, tempus fugit. Ay, qué difícil de desenvolver, porras. El papel envolvía una caja negra, un poco más pequeña que una caja de zapatos. La mitad. No, tres cuartas partes de una caja de zapatos. Tina la puso en la mesa y la miró. Contuvo la ilusión, que se le derramaba por los ojos, porque llegó Rendé con el café. Cuando volvieron a quedarse solos, abrió la caja con un gesto casi litúrgico, de los de hace treinta y seis días que nos casamos, mientras Jordi contenía la respiración y deshojaba la margarita, le gustará, no le gustará.

Era una Nikon Reflex preciosa, que te habrá costado un riñón, Jordi. Pero ¿te gusta? Me encanta; lo que pasa es que no tengo ni idea. Puedes aprender. Y puede servirte para expresar lo que te hierve por dentro.

Tina cogió la Nikon con manos curiosas.

—Está cargada —le advirtió Jordi.

Mientras probaba el Cardhu en compañía de Gasull, Marcel vio distraídamente que la mujer de la pareja de hippies de la mesa del centro hacía una foto a su compañero, un barbudo greñudo que tendría treinta mil pulgas en el pensamiento.

—¿Sabes quién es el de la mesa del fondo?

—No.

—Feliu Bringué. El nuevo alcalde de Torena.

—Ah, ¿es ese hombre?

—Su padre fue alcalde en la guerra. Odia a mi madre.

—¿Por qué crees que la odia?

—Cosas del pueblo.

—Cosas del pueblo, no. —Gasull siempre informado—: Bringué quiere abrir una estación de esquí.

—¡Atiza! ¿Dónde?

—Al lado de la Tuca Negra.

—La madre que lo parió; hay que actuar.

—Tú trabájate a los suecos, que de la Tuca se encarga tu madre.

—La primera foto que he hecho con esta máquina es la de mi amor.

—Gracias. Me gustaría que ese amor no dejase de crecer jamás.

—Sólo depende de nosotros, Jordi. Sé que eres noble y leal y quiero ser digna de tu amor.

Amén.

Durante tres o cuatro años, Dios, que no existe, según la anciana Ventura, no quiso jugar más y no hizo coincidir a esas personas en el mismo sitio. Así pues, disponibles como estaban, se dispersaron, cada cual en pos de su anhelo particular. Aquel peliagudo invierno de mil novecientos ochenta, el de Marcel Vilabré, que iba

ganando terreno en la gerencia de Vilabré Sports SA y ya era copropietario de la Tuca Negra, se encontraba en Estrasburgo.

—... que no es lo mismo, ni muchísimo menos. Es..., cómo decirlo, es... Mira, yo a mi mujer la quiero mucho, pero esto es diferente. Es una expansión que no hace daño a nadie y que me merezco, teniendo en cuenta todas las cosas. Hacía dos, qué digo, dos: hacía...

—Oye, chato, yo sólo te pregunto si estás casado.

—Es que, pero es que quería decirte que...

—Preguntaba por preguntar.

—Ajá.

—Repetirás, te lo aseguro.

La muchacha se acercó a Marcel, que, en contra de su costumbre, no había tomado la iniciativa. Ella empezó a desnudarlo y él la dejó seguir, pero de vez en cuando echaba una mirada al teléfono. Esperaba una llamada de Mertxe, que estaba enferma, y eso le daba unos remordimientos inéditos que lo preocupaban mucho, porque podían dificultarle la erección.

El servicio era fantástico, desde luego, y a Marcel casi se le había olvidado brevemente el fracaso de la compra de chándales a precio de escándalo, porque Laxis Co. se le había adelantado unas horas. Llegó a olvidarse de la angustia que le daba la reunión del día siguiente en Estrasburgo con los representantes de dos estaciones de Saporó que querían comprar la Tuca Negra.

—A ningún precio, Marcel —le había dicho su madre—. Si quieren comprarla es porque puede dar más beneficios de los que da ahora: vamos a encargar un estudio de rendimiento, pero de vender, nada.

Hacía diez años, coincidiendo con el nacimiento de su nieto Sergi, Elisenda se había convertido en socia mayoritaria de la Tuca Negra y desde entonces la estación no había dejado de crecer. La entrada de su hijo como nuevo socio, en detrimento de los suecos de FrölundPyrenéerna Korporation, redundó en una proliferación extraordinaria de pistas negras o circuitos extremos que constituían una oferta excepcional de esquí nórdico en un paraje tan bello que quien iba una vez seguro que volvía. La estación contaba además con una grandiosa zona familiar de pistas suaves y dotada de todos los servicios. Lo único que no tenían bajo control era el tiempo y, para eso, encendía cirios al santo correspondiente, porque la gente acudía a puñados a la Tuca Negra y subía como la espuma la venta de material deportivo Brusport, el prestigio del diseño en el deporte, la elegancia hecha deporte. Brusportwear, prestigio mundial. Yannick Noah viste Brusport. Stephan Edberg y Brusport, una pareja insuperable. (Los creativos estuvieron muchas horas especulando sobre la idoneidad de la palabra inseparable, que aludía a las anillas del logo de Brusport, pero finalmente prefirieron insuperable. En efecto, inseparable conlleva una cuestión de

voluntad personal que puede llevar a pensar: pues allá se las compongan Edberg y la Brusport, que hagan lo que les pete. En cambio, insuperable lleva implícita la idea de que si uno se compra una camisa Brusport con las dos anillas mágicas, ganará en todo, en el deporte, en la vida y en el tercer y definitivo set. Y, puesto que la señora dijo que sí, que la habían convencido, triunfó insuperable.)

—Yo, en tu lugar, me daría una vuelta por Val de Proudthom —dejó caer Marcel puesto en pie.

—¿Qué tal está Mertxe?

—Regular, por lo de los ovarios y, por si fuera poco, con gripe.

—¿Por qué Val de Proudthom?

—Se rumorea que quieren vender.

—Vete, pero no des ningún paso sin consultármelo.

—Sí, mamá.

Cogió la gabardina y cerró la puerta sin hacer ruido, sin dar tiempo a llegar a Ció, que cada día estaba más viejecita. Se le olvidó dar un beso a su madre porque tenía muchas ganas de perder de vista la mierda de trayecto hasta Barcelona. Cuando se decida a dejar la casa de Torena me habré jubilado yo también.

Por eso Marcel Vilabrú estaba en Estrasburgo, en el hotel, presentando el pene a una prostituta que parecía una reina de cuento de hadas, aunque, según decían, hacía unas mamadas insuperables, insuperables como la Brusport y Edberg, y él sabía lo que iba a pasar, porque no podía ser de otra manera. En efecto, en plena felación sonó el teléfono.

—Diga.

—Soy yo. ¿Dónde estabas?

—¿Yo? ¿Qué tal estás, mi niña?

—Psé. Desanimada. Te llamo porque quería oírte y...

El pene empezó a mustiarse y la reina de Estrasburgo reaccionó con profesionalidad mientras Marcel decía por teléfono que la reunión ha durado mucho más de lo previsto. Llama a mamá y dile que no se preocupe más por Val de Proudthom. No nos interesa.

—¿Y tú qué tal estás? ¿Marcel?

—Yo, bien. ¿Por qué?

—No sé, te tiembla la voz. ¿Qué te pasa?

—¿A mí?

De un manotazo apartó a la reina de Alsacia. Es posible que lo hiciera con demasiada brusquedad. El caso es que ella dijo tío, ten cuidado, ¿no?, irritada, en voz alta y en francés con acento alemán.

—¿Qué pasa? ¿Quién es?

—¿Quién es quién?

—La que ha dicho no sé qué.

—Yo no he oído nada. A lo mejor hay interferencias.

Mertxe colgó. No le dio tiempo ni a redondear la mentira. Él también colgó, con suavidad, pensando cómo es posible que meta tanto la pata últimamente. Mientras tanto, la interferencia volvió a cogerle el miembro y él, sin control de ninguna clase, le soltó un bofetón que la dejó con la boca abierta de estupor.

—Tu est un con.

—Et toi une conne.

La interferencia se levantó, roja de rabia y del bofetón, se vistió con rapidez y cogió el bolso. Pero Marcel se plantó entre ella y la puerta.

—Si me vuelves a tocar, llamo a la policía. —En francés.

—Si llamas a alguien, te rompo las piernas. Déshabille-toi. ¡Venga!

Marcel se puso como un salvaje. Demasiado. La pegó un par de veces y no se dulcificó en ningún momento ni quiso fingirlo. Cuando terminó, sabía que lo más difícil no era la reunión del día siguiente, sino volver a casa con la cabeza gacha, pensando en una estrategia que no se concretaba, y con lo que se encontró fue con una nota encima de la mesa que decía Sergi y yo estamos en casa de mi madre. No me llames. Ya no tengo fiebre. Seguro que me la provocabas tú.

—La madre que la parió —pensó. Doce años de matrimonio, un hijo de ocho o diez años, muchas aventuras sin problemas, y porque un desastre de tía dice tío cuidado, adiós a un matrimonio. Manda huevos.

La recomposición fue una filigrana que bordó Elisenda personalmente. Evitó el escándalo, evitó que se hablase de ello, evitó que se enterase Mamen Vélez de Tena, consiguió que su consuegra (de los Centelles-Anglesola emparentados con los Cardona-Anglesola por el lado Anglesola, y de los Erill de Sentmenat, porque la madre de la madre es hija de Eduardo Erill de Sentmenat, con cuyo tercer aniversario de suicidio, motivado —ahora ya se sabía— a partes iguales por razones de cartera y razones de corazón, coincidió el estallido de la crisis matrimonial de Mertxe) tomara cartas en el asunto y convenciera a su nuera de que volviera al hogar conyugal con el niño. A partir de ese momento, febrero de mil novecientos ochenta y dos, Mertxe perdió la sonrisa, dispuso camas separadas y se propuso no volver a hablar con su suegra ni con su marido. A Marcel se le agrió el carácter como el yogur y adquirió la costumbre de culpar de todo a todo el mundo, incluso cuando nevaba poco o el fagüeño destrozaba las pistas de las cotas altas. Y todo por culpa de una interferencia mal entendida, es que es increíble.

Cuando las aguas volvieron a su cauce, Elisenda Vilabré convocó a su hijo en Torena y le entregó en mano un libro de instrucciones para la vida matrimonial.

Después de una larga conversación en la que ella se limitó a dictar normas de conducta y él no pudo replicar ni una vez, cuando le hubo leído la cartilla, Marcel

Vilabré contraatacó y, ronco de cólera, dijo pues aprovechando la coyuntura, también podemos hablar de la chaladura que te ha dado por hacer santo a un sabihondo.

—No te metas donde no te llaman.

—Pues tú llevas toda la tarde metida donde no te ha llamado nadie. Además, has gastado una fortuna en ese rollo de santos.

Doña Elisenda Vilabré abrió un cajón, eligió una carpeta de color, extrajo un papel y lo dejó encima la mesa.

—¿Qué es eso?

—Lo que te has gastado tú en putas sólo desde que te casaste.

Capítulo 59

Cassià estaba mal de la cabeza. La baba que le chorreaba sólo cuando sonreía era su patente de corso. Por eso, en ca de Marés siempre le daban un vasito de vino gratis. Hasta la Báscones, que no se privaba de fruncir el ceño a algunos clientes, despachaba a Cassià con indiferencia cuando iba a comprar caldo para liarse los pitillos, y alguna vez, si el hombre no llevaba suelto suficiente, le decía ya me lo pagarás, Cassià, y, si tenía ganas de reírse, le decía di sincondrotomía, Cassià, y éste respondía sabes de sobra que no tengo cabeza para eso, y ella, satisfecha, repetía sincondrotomía un par de veces y le decía, hala, vete a casa, como si Cassià no fuera de ca de Maria la del Nasi, la misma de la que había salido uno de los más acérrimos, republicanos, piojosos, masones, separatistas, rojos, ateos, catalanistas más feroces del pueblo, que era el hermano menor de Cassià, Josep Mauri el de ca de la Maria del Nasi, que en esos momentos contaba las vigas del desván por enésima vez y procuraba no mirar el pasado, el presente ni el futuro, que no tendría, por el agujero del tiempo. Se esforzaba en no mirar la noche de hacía ocho años, cuando, pocos días después de la rebelión fascista del treinta y seis, a finales de julio, el pelotón de la FAI llegó a la plaza del pueblo en un camión envuelto en banderas, con siete hombres en el cajón. Iban al mando de un maestro de Tremp, Máximo Cid, que, nada más poner el pie en tierra, empezó a señalar tú, tú, tú y tú, buscad al mandamás de aquí, y tú, tú, tú y tú fueron al Ayuntamiento y no encontraron al alcalde, porque Joan Bringué estaba segando la hierba tardía, y Máximo Cid tuvo que ir a buscarlo al prado del Músic, una cuesta de la hostia, y, de vuelta en el pueblo, lo obligó a reunir a Mauri y a Rafael los de ca de Misseret, los dos concejales, y los llevó a la plaza y Bringué decía para, tío, para, que somos republicanos, qué queréis hacer con nosotros, cagüendiós, y Cid les dijo nada, con vosotros, nada, sólo quiero hacer justicia. Y levantando la voz, en tono muy trágico, puntualizó quiero que la Historia haga Justicia. Y Bringué, Mauri y Gassia se dieron por muertos a manos de la FAI, por los santos huevos del maestro Cid; pero entonces les preguntó cuál era la casa más importante del pueblo y Josep Mauri entendió que Máximo Cid era idiota porque estaba preguntando por la casa más importante del pueblo dando la espalda a la fastuosa fachada de casa Gravat, con los esgrafiados cuya parte superior estaba más que harto de ver Josep Mauri desde su escondite en el desván. El pelotón de la FAI, acompañado por Bringué, Gassia y Mauri, entró en casa Gravat después de llamar con toda la mano en la puerta de madera noble. Abrió Bibiana, la empujaron hacia dentro y, en presencia de la horrorizada Elisenda, se llevaron a su padre, Anselm Vilabré Bragulat, antiguo capitán del ejército, héroe de Alhucemas y partícipe en unos cuantos golpes militares mientras estuvo en activo, y a su hermano Josep Vilabré i Ramis (de los Vilabré de Torena y de los Ramis de Pilar Ramis de Tírvia,

una puta y una mejor me callo, por respeto al pobre Anselm), que apenas tenía cuatro o cinco años más que ella. Y el maestro Máximo Cid escupió en el suelo y dijo y volveremos pronto a tomar posesión de la casa, porque a partir de ahora queda confiscada por el pueblo. Y a plena luz del día, con la verdad en el férreo rostro, seguidos por las caras asustadas o sonrientes de los que miraban detrás de los cristales, el pelotón de la FAI, Máximo Cid, Joan Bringué el de ca de Felicó, Rafael Gassia el de ca de Misseret y Josep Mauri el de ca de la Maria del Nasi, se llevaron a los dos hombres de casa Gravat, maniatados con cuerdas, con los brazos a la espalda, al bancal de Sebastià, junto al cementerio. Es que el bancal de Sebastià tiene un desnivel idóneo, como si lo hubieran hecho adrede pensando en las necesidades políticas de la comarca y esto, Bibiana, sólo puede ser cosa de Bringué y los otros dos, cómo se llaman como se llamen ellos nos han denunciado, Bibiana. Te juro que estas muertes las pagan. Tú calla, que no eres más que una niña. No me callo, Bibiana, vamos, dime cómo se llaman los otros dos. Y Bibiana, conociendo a la niña y sabiendo el mal que podía derivarse de ello, dijo Rafael el de ca de Misseret y Josep el de ca de la Maria del Nasi.

El maestro Máximo Cid colocó a los dos Vilabré de cara al desnivel y Anselm Vilabré, al ver que Josep había caído de rodillas, dijo dejadlo en paz, que es muy joven. Y el maestro Cid lo obligó a levantarse y dio una pistola a Bringué, otra a Mauri y otra a Gassia y les dijo apuntad a la nuca y terminad de una vez; los tres hombres, un poco vacilantes, se miraron entre sí. Detrás, el resto del pelotón movía un pie con impaciencia, esperando a que los tres burgueses republicanos se decidieran a empezar la revolución en el valle de Àssua, y entonces, Mauri el de ca de la Maria del Nasi se encogió de hombros y apuntó a la nuca de Anselm, mientras el maestro Cid, muy pedagógico, explicaba que la cuestión consistía en que cada pueblo hiciera justicia por su cuenta, no puede ser que nos acostumbremos a que nos saquen las castañas del fuego los de fuera. Entonces, Gassia, convencido por la presencia de tanta gente, también levantó la pistola, mientras Bringué, más pálido que el anciano señor Anselm Vilabré, sostenía la pistola desmayadamente. Mauri disparó al mismo tiempo que lanzaba un grito para espantar el espanto que sentía y, en el soportal de casa Gravat, Elisenda oyó mejor el alarido que el tiro. Anselm Vilabré, ex capitán del ejército español, cayó medio segundo antes de poder proferir unas palabras que le habrían comportado una muerte más épica. No tuvo tiempo, porque estaba preocupado por su hijo. Y aún dedicó un pensamiento negro a la puta de Pilar; en el instante en que la bala empezó a abrirse camino en el cerebro pensó maldita ramera, aprovechaste cuando estaba jugándome la vida por la patria para ponerme los cuernos en mi casa, en mi cama, con mis hijos en casa, y total, por un desgraciado forrado de duros, porque el negocio del teatro rinde mucho, pero era un desgraciado de pies a cabeza y espero que seas infeliz todo lo que te quede de vida, zorra, así sea. Entonces,

Gassia lanzó un bramido semejante y reventó la limpia nuca a Josep Vilabrú Ramis el de casa Gravat, que cayó sin proclamas de ninguna clase, sin un gemido a medio pronunciar, sólo con la imagen de Júlia de Sorre en la cabeza y la idea absurda de me alegro de morir, porque así no tengo que decir a mi padre que quiero casarme con una campesina bonita, dulce y pobre, porque es de ca de Pona de Sorre, y mi padre no puede contestar si vuelves a decir una sandez como ésa te mato.

—Todos sois testigos —proclamó el maestro Cid mientras recogía las pistolas y daba una lata de gasolina al cobarde de Bringué— de que quien se ha tomado la justicia por su mano aquí es el pueblo de Altron.

—Torena.

—¿Qué?

—Que esto es Torena, no Altron.

—¿Ah, sí? ¿Seguro?

Miró a sus hombres, una ojeada en la que asomó una sombra de espanto, o tal vez de angustia. Entonces dijo con voz seca rocíalos a conciencia, y Bringué, como si limpiara la entrada de casa con zotal, vació la lata en silencio sobre los cuerpos y el maestro le dio una cerilla encendida y Bringué la dejó caer sobre Josep enamorado de la campesina, que se convirtió en una antorcha, pero el fuego no prendió en su padre porque estaba apartado. Pero los hombres emprendieron el camino de vuelta al pueblo y, medio minuto después, el camión descendía hacia Sorre, Altron y Rialb. Y en la plaza de Torena quedaron Rafael Gassia el de ca de Misseret, Joan Bringué el de ca de Feliçó y Josep Mauri el de ca de la Maria del Nasi, quienes, a partir de ese momento, tendrían que afrontar su revolución con entereza. Desde una ventana de casa Gravat, Elisenda los miró a los ojos antes de echar a correr escaleras abajo para ver qué había pasado, con la loca esperanza de que no hubiera pasado nada. Y más de uno, y de dos y de tres dijeron bien empleado les está, por ricos y por fascistas.

Aquel día, después de haber dicho para sí, muy bajito, sindondrotomía, la Báscones dijo fumas mucho, Cassià, al final se te va a atascar la tubería, y el hombre, blandiendo el paquete de caldo, respondió huy, huy, no te preocupes, que casi todo se lo fuma Josep. Ella no dijo nada; sólo le tembló la vena del cuello (esternocleidomastoidea). Dio la vuelta a Cassià y cuando el hombre y su niebla eterna desaparecieron, salió del estanco, entrecerró los postigos y corrió a decir al alcalde (el alcalde Targa estaba en el Ayuntamiento) que Cassià le había dicho huy, huy, no te preocupes, que casi todo se lo fuma Josep, y Valentí Targa gritó mecagüen la madre que los parió a todos, a todos, a todos. A la Báscones le dijo te debo un favor, la Báscones saludó al estilo fascista y dijo sólo cumplo con mi deber, viva Franco, y Valentí Targa, acompañado de tres o cuatro hombres, entró al anochecer en ca de la Maria del Nasi, asustó a los abuelos, que estaban en la cocina contemplando el fuego, repasando fragmentos de la vida, añorando amores, y lo pusieron todo patas

arriba, todo, absolutamente todo, y la bodega, y el pajar y el sotabanco, y en un rincón que se les había pasado por alto las dos veces anteriores, porque estaba muy bien camuflado por una pared de ladrillo, encontraron a Josep Mauri, blanquecino; hacía cuatro años y once meses y medio que vivía en el desván, sin moverse, soñando con el día en que saldría a segar o a palpar las ubres de las vacas, mirando lo que se veía por el agujero por el que entraban las palomas, que era el tejado y la parte superior de la fachada de casa Gravat, y pensando un día se marchará Targa y volveré a salir, aunque no tenía la certeza total, porque a Rafael Gassia y a Joan Bringué les había salido peor, o mejor, según como se mire, porque menuda mierda esta vida de rata que llevo en mi propia casa, y el frío que hace aquí, que sólo se me pasa con mantas y más mantas. Y sólo bajaba del desván de noche, estiraba las piernas, tocaba el culo a Felisa y pedía más revistas, más aire, más, que ya no puedo más, Felisa, qué se sabe de la guerra de Europa.

Cuando lo sacaron a la calle, Josep Mauri parecía un fantasma, blanco de encierro y de pavor, y la tenue luz de la luna menguante lo deslumbró y le hizo parpadear.

Pensó para sí mejor, se acabó el sufrimiento.

Al día siguiente corrió la noticia de que Mauri, el que había huido, sí, había vuelto al pueblo y se había suicidado. ¿Qué dices? ¿Cómo? ¿Dónde? En el bancal de Sebastià, se ha colgado de la higuera, Dios mío, qué horror. Sí, qué horror. Como Judas, que también se colgó de una higuera por no sé qué asunto de treinta monedas.

Por asesino, por revolucionario, por anarquista, por catalanista. Pobre Josep, cuántos años tenía. Cuándo se acabará todo esto. Y Oriol escribió una nota al teniente Marcó, ayer, estando en la collada del Triador, Targa y los suyos se cobraron otro. No puedo demostrarlo pero es evidente. Un tal Josep el de ca de la Maria del Nasi, a quien no he llegado a conocer porque había huido, pero, según su versión, vino aquí a suicidarse.

—Y van tres —dijo el teniente Marcó, así como todo el pueblo, porque lo tenían grabado en la memoria—. Primero fue Bringué, en cuanto entró el ejército. El muy idiota no había huido y se convirtió en el alcalde mártir. Después, Gassia, que les costó un poco más, pero también cayó. Y ahora Mauri. Tres. Los tres del pelotón de Cid. —Aplastó la colilla del cigarrillo contra la losa del suelo—. Los tres que, según dicen, liquidaron a los hombres de casa Gravat.

Incómodo, Oriol miró el calendario escolar de la pared como si meditara sobre el paso del tiempo. El teniente Marcó tensó el silencio un buen rato hasta que, de tanto tensarlo, lo rompió:

—Tira la piedra y esconde la mano —dijo.

—¿Quién?

Joan Ventura se levantó y miró alrededor: no quedaban ni avellanas rancias.

—Estate alerta y no hagas el imbécil —le advirtió antes de abrir la puerta y

desaparecer con el sigilo y la agilidad del humo de la estufa de la escuela.

Oriol se quedó solo en el aula oscura, mirando afuera, a la plaza, al pueblo envuelto en tiniebla, en el que la gente dormía o lo fingía, mientras pensaba es imposible, es una mujer dulce e íntegra, es imposible.

Lo encontraron colgado de una rama alta de la higuera grande del bancal de Sebastià y Felisa gritó de dolor, sin atreverse a contar lo que había sucedido durante la noche. Pero gritó, aulló. Al oír los alaridos de Felisa desde el soportal, por primera vez en ocho años, sabiendo que su Goel había completado la misión para la que lo había contratado, la señora Elisenda Vilabré se echó a llorar y Bibiana pensó si no le hubiera dicho yo los nombres los habría averiguado en cualquier esquina; entonces cerró los ojos y dijo por fin, pobre chiquilina, por fin puede llorar como cualquier mujer.

Capítulo 60

Primero cogió aire como si se sumergiera en una piscina y después, sin pensarlo dos veces, entró en el restaurante del hostel en el que Jordi y Joana consumaban el adulterio delante de un plato de caracoles. Sin dejar de mirar a Jordi a los ojos, acercó una silla y se sentó en medio como si se incorporase al juego. No miró a Joana pero dijo al mantel Joana Rosa Candàs Bel, más vale que desaparezcas un momento. Y entonces volvió a mirar a Jordi a los ojos y él le sostuvo la mirada; a Tina le fastidió inmensamente que ese momento, en lugar de desprecio, odio, asco, deseo de venganza o cualquier otro sentimiento noble, su único sentimiento al ver esa mirada sólo fuera de lástima por los años perdidos, por Arnau, por tú y yo, que íbamos a ser nobles y honrados, por los kilométricos, por los vámonos a vivir a Sort, a la montaña, por los muchos días de felicidad, de calma, de comprensión. Tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse arrastrar por su propia historia. Puesto que Joana se levantó, pálida, muda, cogió su bolso y se fue a paseo, Tina aprovechó la circunstancia para sentarse enfrente de Jordi, en el asiento que todavía conservaba el calor del culo de Joana. Con cierta satisfacción insana percibió de reojo que los comensales de las cercanías se habían percatado de que pasaba algo. En el mostrador de recepción, el hostelero también se dio cuenta y pensaba ahí va, es la mujer del otro día; y la dueña salió de la cocina y, al ver a Tina, dijo fíjate, es la mujer del otro día, y, disimuladamente, sonrió de admiración.

—Lo peor de todo es que me mientas.

Jordi, rojo, blanco, verde, no sabía si levantarse e irse o aguantar el chaparrón.

—Esto...

Lo miró abiertamente, con la barbilla apoyada en las manos, sin pestañear, intrigada por la excusa que le daría. Jordi seguía con la boca abierta, sin decir nada, conque lo pinchó:

—La reunión de ciclo era de miniciclo, por lo que veo.

—Sí, bueno... Es que... Al final se ha... Sí, se ha desconvocado.

—Ya.

—Pero ¿qué mosca te ha picado? —Atiza, el desgraciado contraatacaba—. ¿Por qué montas este numerito? ¿Qué es lo que has pensado?

—¿Quieres que te lo diga?

—No, no; me estás acusando de... —Se golpeó la frente con dos dedos—. Por favor, basta de cerrazón y provincianismo, que estamos en el siglo veintiuno. —La miró, a ver qué efecto le causaban sus palabras. Y para rematar—: A saber lo que te imaginas.

—Penoso.

Pensaba que serías más elegante, Jordi, te lo juro por mi cáncer.

Estaban callados. Jordi no quería mirar alrededor para no avergonzarse más y, cuando no pudo más con el silencio, intentó aligerarlo:

—Pero ¿con qué te estás comiendo el coco? —En actitud didáctica—. ¿Crees que Joana y yo...? ¿De verdad? ¿Tan poco confías en mí? —Profundamente ofendido—: ¿Tan poco?

—Cuando vuelva a casa esta noche, si veo una sola cosa tuya, la tiro por la ventana. Como Sofía Loren.

—¿No es mejor que hablemos un poco?

—Ya lo has dicho todo. A mí no me has dejado hablar. —Se irguió completamente, con la espalda recta, y levantó el tono de voz lo justo para molestar a Jordi—: ¿No habíamos dicho que seríamos sinceros, Jordi?

Jordi levantó un dedo para inventar alguna tontería. Pero después de unos momentos de reflexión, lo escondió y agachó la cabeza. Se retiraba de la batalla.

Seguramente porque lo había pillado muy de improviso. Aún tuvo agallas para mirarla a los ojos:

—¿Qué te ha dicho el médico?

Tina se levantó y miró el reloj.

—Volveré a casa sobre las once. Ni se te ocurra llevarte a Yuri.

Iba a decirle eres un hijo de puta, pero no lo hizo. Iba a decirle te doy una segunda, y una tercera y una cuarta oportunidad, pero tampoco lo hizo. Se marchó con la mirada dura, férrea, opaca, para que fuera imposible que las lágrimas se desbordaran antes de llegar al doscaballos. Lo que más le fastidió fue que Joana no se hubiera marchado. Estaba sentada en su coche, verde y nuevo, uno de tantos modelos indefinidos. Por unos momentos quiso creer que se había marchado a su casa a llorar de rabia, pero no fue así: Joana estaba allí, esperando a que se marchara ella, esperando a que se alejase y le dejara la vía y la vida libres, definitivamente libres.

Tina arrancó. El doscaballos respondió a la primera, como si tuviera prisa por abandonar el maldito hostel del que Jordi había hecho su segundo hogar.

Para matar el rato hasta las once de la noche, fue al taller de Serrallac, a ver si había leído los escritos de Oriol, a ver si a esas horas también tomaba café, y se lo encontró en el pulcro y ordenado despachito del polvoriento taller. Los operarios recogían para marcharse y él discutía algo con su hija y al final no se la presentó.

Cuando la hija salió del despacho, Serrallac la invitó a entrar con una seña. Sí, a esa hora también tomaba café. Le dijo que se sentara, abrió un cajón de la mesa y sacó la carpeta con los escritos de Oriol.

—¿No hay más? —refiriéndose a las hojas.

—Sí, eso es sólo una parte.

—Quiero leerlo todo.

—¿Ahora lo crees?

—No sé. A lo mejor. Pero no es cuestión de creerlo o no, sino de si es verdad o no.

Callaron. Al cabo de un rato, Jaume regresó de los cuadernos y dijo según tú, esa hijita mía, no sé cómo te llamas, se llama Joan.

—Bueno, sí. Se llamaba Joan. Ahora se llama Marcel y sé quién es.

Jaume Serrallac no podía creer que Marcel Vilabrú, a quien había visto crecer y hacerse tan enigmático, tan intocable y tan altivo como su madre, no fuera hijo de esa madre enigmática, intocable y altiva, sino de una mujer tísica, igual que mi Rosa, que se llamaba Rosa como la mía, y de un maestro que a lo mejor había sido un traidor o a lo mejor, un héroe. Y oyó decir a Tina, al final de la explicación, y lo adoptó en secreto, no sé por qué.

—¿Puedes demostrarlo?

—Sólo sé lo que te he dicho. ¿Dónde está ese tal Marcel? ¿Lo sabes?

—Vive en Barcelona. Te lo... —De repente, sobresaltado—: Oye ¿has llorado?

Sin apenas darse cuenta, Serrallac le pasó dos dedos ásperos pero suaves por la mejilla, casi con la misma ternura con que acariciaba las piedras. Al percatarse de lo que había hecho, retiró la mano como esconde súbitamente los cuernos un caracol.

—Disculpa, no es asunto mío.

Tina recogió las hojas de Oriol. Las miró para no tener que contestar a la pregunta impertinente y leyó hija mía, esta noche te escribo sólo a ti. Algunas páginas las he escrito con el deseo de que las lea también tu madre, pero si lee esto de hoy, entenderá que es para ti. Esta noche estoy triste. ¿Te gusta mi perro? Es un springer spaniel, según me han dicho. Es fiel y listo, ha venido de muy lejos y supongo que, cuando se fortalezca un poco, se marchará, porque cree que todavía hay esperanza en Europa, que está hecha añicos.

Sé que se me acaba el tiempo. El frenesí de estos últimos meses desemboca en una acción que, salga bien o mal, es muy probable que ponga al descubierto mi verdadero papel y entonces tendré que huir a Francia. Sé que si las cosas salen mal no podré huir, siquiera. Por tanto, lo más probable es que... tú y yo, hijita de mi corazón, no sé cómo te llamas, no lleguemos a conocernos nunca. Bueno, puntualicemos, no nos conocemos pero te vi un día. Te vi una manita. Desde entonces, todas las noches, si tengo un rato para dormir, pienso en tu manita y me duermo un poco más contento. O para ser exactos, menos triste.

Confío en que llegues a leer estas páginas. Confío en que tu madre, cuando se entere de que he muerto colaborando con el maquis, quiera venir a recoger mis cosas y mire en nuestro escondite secreto. Confío en ello, porque será la única forma de que esto que te escribo llegue a tus manos. Si lo lees, es que no he sobrevivido ni para romper los cuadernos antes de que te lleguen. ¿Sabes una cosa? Algunas estrellas están tan lejos de nosotros que tardamos muchísimos años en recibir su luz. Tantos

años, mi niña, que la luz que vemos hoy puede que saliera de la estrella antes de que el hombre pisara la Tierra. Como la luz de las galaxias lejanas, mi voz, si tengo suerte, llegará a ti mucho después de mi muerte. Somos como estrellas, hija. La distancia nos convierte en estrellas como pinchos en lo alto del cielo oscuro.

—Qué bonito lo que dice de las estrellas.

—Tú eres un poco poeta ¿no, Serrallac?

El hombre apuró el último trago de café y se encogió de hombros. Tina miró el dibujo del perro, perfecto, con tantos detalles del pelaje... y todo con un lápiz de escuela. Y después el autorretrato. Se notaba que había ido a buscarse los ojos sin rehuir su propia mirada.

¿Ves? Éste soy yo. Me dibujo en el espejo del lavabo de la escuela para que sepas cómo era tu padre. No pienses que hago trampa: soy así de guapo y bien plantado.

Soy exactamente así porque, si hago bien alguna cosa, es dibujar y pintar. Si me hubiera dedicado de lleno, no habría venido aquí ni habría tenido ocasión de ser cobarde ante tu madre ni temerario a destiempo. Y ahora viviríamos felices, te llevaría a la escuela y te enseñaría a echar miguitas a las palomas. Además, no me costaría ningún esfuerzo afeitarme todos los días delante de un espejo. He perdido la noción de mi cara. Ayer se suponía que estaba en cama con fiebre, pero en realidad me fui al anochecer a la collada del Triador, a colocar una antena. Hemos creado una red de comunicación en las propias narices de los franquistas..., todavía no me puedo creer que no se hayan dado cuenta. Al bajar al pueblo oí voces y gritos. Los lamentos de Felisa la de ca de la Maria del Nasi y el alivio de los que pensaban que ya era hora, ya era hora de que pagase por lo que hizo. Pensé que lo más prudente era volver a la cama, fingirme febril y descubrir la nueva desgracia al día siguiente y mostrarme impasible al dolor. Es tan difícil, hija. Pero una cosa son mis previsiones y otra las de Valentí Targa. Mandó a Balansó, uno de sus fieles, a sacarme de la cama, y a la una de la madrugada nos echó un discurso sobre la vida, la muerte, la justicia y que se entere todo el mundo de que el desgraciado de Mauri ha vuelto de donde estuviera para suicidarse aquí, a saber por qué, a la entrada del pueblo. Y quien cuente otra cosa me tendrá por enemigo para siempre. ¿Me habéis entendido bien?

—¿Y Felisa?

—No dirá nada. Nadie de ca de la Maria del Nasi dirá una palabra, si no quieren que los arreste por complicidad. —Profundamente ofendido—: ¡Cinco años escondido en nuestras propias narices! —Levantando innecesariamente la voz—: ¿Lo ha entendido todo el mundo?

Sí, claro, muy bien, etcétera, mientras empezaban a desfilar.

—Me han dicho que tienes fiebre.

—Treinta y ocho. ¿Puedo volver a la cama?

Targa se acercó a Oriol y, con un gesto que podía parecer tierno, le puso la mano

en la frente.

—Estás hirviendo. Vete, anda.

Hija mía, no sé si lo que hervía era mi frente o su mano. O si se burlaba de mí. El caso es que me dijo estás hirviendo, me miró con esos ojos que dan miedo y que he congelado para siempre en su retrato y se quedó en silencio viéndome volver a la cama, en la que oficialmente había pasado las últimas horas.

Voy a darte un par de consejos, ya que no he podido ejercer de padre contigo ni un solo minuto de tu vida. Haz caso a tu madre; es una mujer magnífica, fuerte, y tiene el corazón alegre y valiente. Quiérela y nunca la dejes sola. Mi niña, no hagas nunca nada que pueda vejar o perjudicar a otro ser humano. Sé libre y valiente para hacer lo que sea preciso en cada momento. Es probable que tu padre muera, porque ha aprendido a no aceptar una situación política en la que no hay libertad. Recuérdalo y sé siempre digna de estos pensamientos por los que doy la vida. No creas que soy un héroe. Puede que me muera de cansancio, mira lo que te digo. Quiero que sepas que me costó un gran esfuerzo, un esfuerzo enorme, hija mía, aceptar el deber de luchar por la libertad, pero un buen día, el pelele se rebeló. No fue una decisión muy pensada, es que me di un asco infinito. A pesar de todo, me vi empujado por las circunstancias, tuvieron que obligarme. Antes de aquel día era un hombre más cobarde, si cabe. Pero, lo que son las cosas, resulta que, al vivir el peligro, aprendí a valorar el motivo por el que arriesgo mi vida todas las noches, cuando acojo a fugitivos, transmito mensajes o los llevo personalmente trepando por la falda de la Tuca Negra, una montaña que conozco mejor de noche que de día y que está suficientemente lejos de la frontera para que el ejército no le preste atención y mire a otro lado. ¿Sabes una cosa? Hace dos meses que no duermo más que dos o tres horas al día. Y no se me tiene que notar. Es muy difícil disimular... Ojalá nunca tengas que disimular nada y puedas ser siempre la que eres.

El fascismo y el nazismo van cayendo en toda Europa a costa de mucha muerte.

Ahora sólo quedará el régimen de Franco. Esperemos echarlo abajo por nuestros propios medios, los pocos que tenemos. Y si no podemos, esperemos que Europa nos ayude a hacerlo.

Comprendo que no estoy a la altura de un buen padre y que te digo cosas que a lo mejor ahora te son indiferentes. Pero no quería pintarte un mundo irreal; no habría podido. Lo entenderás dentro de unos años, cuando crezcas un poco. Cuánto me gustaría verte a los quince años, con trenzas tal vez, paseando por algún sitio, mirando a los chicos de reajo, disimulando risas tímidas y cuchicheando al oído de tu amiga. Cuánto me gustaría que

Aquí hay una mancha, no se entiende qué es lo que le gustaría a Oriol Fontelles.

Más abajo, al final de la página, el texto continúa y no pienses que tu padre tenía tan mala letra: es que hace mucho frío y tengo los dedos ateridos. A finales de

septiembre, las noches son gélidas en Torena a pesar de la estufa. Dentro de una hora tengo que ir a la Tuca Negra a esperar a un grupo que viene a dormir a la escuela.

Dormir.

Ahora, lo mejor que puedes hacer, mi niña, es jugar, comer mucho, obedecer a tu madre y hacerte fuerte. Cuando seas mayor, me gustaría que tuvieras un recuerdo para el miedoso de tu padre, bueno, miedoso y también un poco rebelde, que ha hecho lo que ha podido, aunque tarde para el gusto de tu madre, por nuestra libertad. Y voy a decirte más cosas de las que suelen decir los padres: cuando seas mayor, hija mía, evita la hipocresía; no juzgues a los demás, no los perjudiques en nada, no busques honores, busca los lugares en los que tu aportación sea más eficaz, no más vistosa. Y procura que no haya muchos secretos entre las personas a las que ames y tú. Entre tu madre y yo hay un secreto que nos ha partido el corazón. ¿Un secreto? Unas diferencias, mejor dicho. Y no la he querido lo suficiente. El caso es que nos ha partido el corazón y no quiero que nunca te pasase a ti algo semejante. No sé qué decirte para terminar: llevo un buen rato buscando palabras para decir adiós a mi hija. No las he encontrado. Tengo que irme. Si tuviera a mano un caramelo, te lo dejaría con los cuadernos. Adiós, hija mía. Haz lo posible por respetar toda tu vida la memoria y las ideas por las que entrego la mía. Tu padre, que te quiere y debajo dice Oriol y la tinta está corrida, como si Oriol Fontelles hubiera llorado al terminar de escribir la carta a su hija inexistente.

—¿Entiendes por qué me lo tomo como algo personal? ¿Lo entiendes?

—Me parece que sí.

—No quiero que la luz de esta estrella muerta no llegue a su verdadero destino.

—Exacto. Eso es, Tina.

Pensó un poco y señaló los papeles:

—El señor maestro es como los escultores de las catedrales.

—¿Qué?

—Sí. Saben que no trabajan para nadie. Hacen esculturas, gárgolas, barandillas, arquivoltas, tracerías, florones y rosetones que, una vez colocados en la altura, nadie volverá a ver nunca más. —Miró a Tina con seriedad—. Menos las palomas, claro, que, para colmo, se cagan en ellas.

Guardaron silencio. Serrallac jugueteó con el vaso vacío y dijo un día el padre Llebaria nos llevó a ver la parte superior de la Seu. Me impresionó.

—¿Quién es el padre Llebaria?

—El prefecto de estudios del seminario. No sé si aún vivirá.

—Seguro que os decía que los escultores trabajan para Dios.

—Supongo, no me acuerdo. Pero es lo mismo que el señor maestro. Si no llegas a leer esto...

Movió la cabeza, impresionado por los puntos suspensivos. Tina guardó los

papeles en la carpeta y la cerró con un restallido de gomas, a modo de señal de fin de la visita. No contó a Serrallac que había echado de casa a su marido y que estaba matando el rato hasta las once de la noche. Sólo dijo adiós y Serrallac dijo quiero ver más hojas de éstas.

Al salir del taller del marmolista dio un largo paseo, hasta las once de la noche. A las once y seis minutos entró en casa y la encontró casi vacía. Faltaban la mitad de los libros del comedor, el aparato de alta fidelidad, que era del infiel, toda su ropa del armario y muchos zapatos del zapatero, pero no había nota de despedida, de justificación o de excusa. Y en el cuarto de baño pequeño, el taller de fotografía, intacto. No. Faltaba la foto de Arnau que tenía en el corcho sujeta con chinchetas. No importaba, conservaba el negativo. Entró en el comedor y se sentó en una silla, al borde del asiento, como si estuviera de visita en su propia casa. En la mesa, Doctor Zhivago apenas reparó en la dueña porque estaba concentrado lamiéndose una pata.

Capítulo 61

—Señora Vilabré, médicamente no hay nada que hacer.

—Pero siempre he seguido los tratamientos y todas sus recomendaciones meticulosamente...

—Señora..., la ciencia tiene límites. En la actualidad, esa clase de lesión ocular, en un caso como el suyo —el doctor Combalia bajó el tono de voz como si le avergonzara lo que iba a decir—..., no tiene remedio.

Al oír esas palabras tuvo una íntima sensación de haber sido estafada. Por la ciencia y por Dios, con quien mantenía una batalla encarnizada desde que el pelotón de la FAI de Tremp entró en su vida. Pero no quería dar a Dios por el palo del gusto y, aunque la oscuridad eterna la acongojaba, no se quejó, ni siquiera al médico. Así pues, dispuesta a aceptar la oscuridad sin hacer aspavientos, no replicó. Hay muchos ciegos en el mundo.

El día en que cumplió setenta y cinco años se levantó con una sensación muy rara en los ojos, como si la enfermedad anunciada tuviera prevista una fecha concreta para darse a conocer. Se entretuvo unas horas haciendo llamadas telefónicas, como si no pasara nada. Hasta que, a media tarde, decidió alarmarse.

—No, no: he dicho que me ponga con el doctor Combalia en persona.

—Señora, el doctor Combalia no puede...

—Dígale que es de parte de Elisenda Vilabré.

Se oyó un silencio respetuoso y una oscilación vacilante. Veintidós segundos después, el doctor Combalia decía querida señora, ¿en qué puedo ayudarla? Quería decir me horroriza la oscuridad, me da mucho miedo, porque quedarse a oscuras es quedarse siempre contigo, pensando en ti, como si todo tú fueras un espejo de ti mismo que todo lo juzga, y eso no es humano, doctor. Quería decir aborrezco el miedo porque debilita el control de las cosas, porque puede acercarse cualquiera por la espalda, porque los recuerdos adquieren una nitidez superlativa y no podré soportar el dolor porque no tendré ojos que cerrar para no ver.

—Me estoy quedando ciega.

—¿Qué le pasa?

—No sé. Todo me deslumbra, no logro enfocar ni con las gafas, veo manchas...

Era la primera vez que el doctor Combalia percibía cierta falta de dominio en la señora Vilabré.

—¿Así, sin más ni más?

—¿Puedo ir a verlo ahora?

—Pues... hummm, ¿qué hora es?

—No estoy en Barcelona. Tardaría tres horas.

—En tal caso, tal vez mejor mañana...

—Por mí no se preocupe, doctor. Dentro de tres horas estoy en la clínica.

Colgó, fastidió la cena al doctor Combalia, ordenó a Miquel que volara por la carretera y, por primera vez en la vida, se le olvidó coger el neceser.

A las ocho y media de la noche se encontraba en el sillón del paciente y el doctor Combalia le hacía un reconocimiento del ojo izquierdo, aunque prefirió no dictar a Vanessa lo que iba descubriendo porque habría asustado a la paciente tanto como se estaba asustando él. Por qué demonios me tocará a mí anunciar a Elisenda Vilabré, nada menos, que todo ha terminado, que lo sabía de antemano, pero que había llegado el momento, que era sólo cuestión de semanas, de un par de meses...

Entonces fue cuando dejó de pensar en los colegas de la cena (veinticinco años de la promoción; tenía ganas de volver a ver a Amouroux y a Pujol), y cuando le preguntó cuánto tiempo voy a tardar en quedarme a oscuras, él se aclaró la garganta y dijo pueees seis meses, un año y añadió señora Vilabré, médicamente no hay nada que hacer.

¿Perro o criada? ¿Bastón? ¿Y las cuentas? ¿Y viajar? ¿Y comer? ¿Es que no comprenden que a lo mejor me mancho y no me doy cuenta?

—Es la verdad, la ciencia no puede hacer nada en absoluto.

Entendió que debía aceptarlo: el chófer, que no hacía más que diez o doce años que estaba a su servicio, le prestaría sus ojos en la carretera; en cierta manera, con la enfermedad, echó de menos a Jacinto. Entendió que Cío, a pesar del reuma, sería su báculo en casa. Que Gasull sería su secreter y tendría acceso a las cuentas bancarias y por él sabría si los alemanes habían ingresado el importe. Y nunca más vería su expresión suplicante de eterno enamorado hasta la perdición, el que siempre soñaba que un día le dijera Gasull, no me interesas porque seas el mejor abogado y sepas resolver problemas con imaginación, sino porque te quiero. Pero eso nunca sucedió y Gasull siguió a sus órdenes. ¿Por qué se graba el pasado a fuego en la memoria?

El doctor Combalia terminó el reconocimiento a medianoche y dijo mientras esperamos los resultados, que serán cinco o seis días por lo menos, procure no hacerse ideas estrambóticas, señora Vilabré. Todo tiene solución en la vida y hasta en el peor de los casos podemos dar gracias a Dios, porque hay formas mucho más virulentas de esta enfermedad.

Idiota. ¿Qué puede ser más virulento que las tinieblas? Además, un individuo que se rinde con tanta facilidad no es médico ni es nada.

—Quiero consultar a otro... Quiero otras opiniones.

—Por supuesto, señora Vilabré.

Fueron tres opiniones. Sólo discreparon en el tiempo.

La horquilla resultante iba entre cinco semanas y doce meses, lo cual le daba un margen de tiempo antes de empezar a tropezar con su propia sombra. Tampoco se quejó por la confirmación de la sentencia. Pensó en lo que la esperaba; según los

médicos, al principio no notaría mucho la debilidad de la vista, hasta que, de repente, en cuestión de semanas, la degradación se haría palpable a diario y la visión se reduciría a manchas negras. Y finalmente, un puntito de luz que se apagaría como una vida. Y el espejo se convertiría en un tacto frío e inútil como una muerte.

—Por lo visto, el golden retriever es el mejor lazarillo.

—Si me compras un perro te echo de la empresa y de mi vida.

Gasull la miró con desolación. Tenía setenta y dos años, edad suficiente para creer que no se producirían cambios en la vida sentimental nula que había marcado su existencia; sin embargo, seguía soñando con que un día Elisenda le cogiera la mano y le dijera Romà, acércate, que tengo frío, o algo parecido. Pero Elisenda sólo le comunicaba los secretos de la empresa, los de las finanzas personales, los de su relación difícil con algunas personas, y él la servía con lealtad y recibía a cambio un buen sueldo y nada más. Es cierto que podía tutearla casi desde el primer momento, pero sólo cuando se encontraban a solas. A pesar de todo, para ella, sólo era Gasull. Y si ahora lo había llamado a la silenciosa sala de estar de casa Gravat, era para decirle Gasull, ni el mejor abogado del mundo, que eres tú, me impedirá presenciar los Juegos Olímpicos de Albertville, y menos aún, los de Barcelona. Y el hombre se asustó porque creyó que le decía que se estaba muriendo, y cuando ella dijo no, es por los ojos, por la vista, a causa de la diabetes, ¿entiendes?, respiró aliviado por dentro, y por fuera no supo qué decir y se quedó con la boca abierta. Una lucecita de esperanza egoísta le dijo que tal vez fuera ésa la primera vez que Elisenda lo llamaba para decirle algo personal y que a lo mejor lo que pretendía en realidad era que le ofreciese calor humano. Sin embargo, cuando se disponía a hacerlo, ella recuperó las riendas de la situación y Gasull tuvo que aceptar que la señora no buscaba calor humano, sino que había transformado la futura y cierta ceguera en una entrada nueva de la columna de trabas y tropiezos del libro de la empresa. En resumen, la pregunta era cómo vamos a organizarnos para que el control de las cosas no se me escape de las manos. Él deseaba una pregunta como Romà, ¿me quieres? Habría respondido sí, amor mío, Elisenda, te quiero a pesar de las tres cosas extrañas e inexplicables, que yo sepa, que has hecho en la vida. La primera, casarte con un mujeriego tan impresentable como el inútil de Santiago Vilabré, que nunca te amó.

¿Por qué, Elisenda? Seguro que no hubo vínculos afectivos de ninguna especie entre aquel desgraciado y tú. La segunda, Elisenda, ciegucecita mía, no entiendo esa obsesión que tienes con beatificar al maestro de Torena. De acuerdo, a lo mejor se lo merece, si tú lo dices; yo no llegué a conocerlo. Pero, querida mía, lo arrastras desde hace años, has gastado una fortuna en el empeño y cada vez que insinúo que te lo replantees, cambias de conversación. Si no conociera la frialdad de tu corazón, mi querida invidente, pensaría que estabas enamorada de él. Y la tercera..., se rumorea que dicen que tuviste un amante mucho más joven que tú, y que mantuviste una

relación muy larga con él. ¿Cómo te las arreglas para ocultarme tan perfectamente lo que no quieres que sepa? Dicen que era monitor de esquí. Yo no lo creo; eres tú muy señora para eso. Pero, a veces, sobre todo en sueños, una vocecita me dice Romà, esa mujer no puede pasarse la vida sola, pensando sólo en el trabajo. No sé. Pero Elisenda no preguntó me quieres, Romà, sólo le dijo que se sentara enfrente de ella y a ver, cuéntame lo que ha hecho Marcel.

Romà Gasull, fiel por los siglos de los siglos, le contó la traición de su hijo, el golpe de estado que había intentado dar con la excusa de que mamá cada día está más gagá...

—¿Eso dijo? ¿Más gagá?

—Mujer, Elisenda, no sé si...

—¿Lo dijo o no lo dijo?

—Bueno, sí, lo dijo... Pero no tiene mayor importancia que lo que...

—Sé perfectamente —lo interrumpió— lo que tiene importancia y lo que no. Es mi hijo.

—Lo que quería decir es que ya tienes setenta y cinco años y es hora de que descanses. Y que él tiene más de cuarenta y cada día me fastidia más tener que pedir permiso para todo, como si no fuera yo el dueño.

—Es que no lo eres, Marcel —Gasull, preocupadísimo, entre la espada y la pared, dos fidelidades contrapuestas y excluyentes.

En resumen, había tramado unas disposiciones legales y quería perfeccionarlas con apoyos notariales técnicamente impecables, basados en la renuncia de doña Elisenda en favor de su heredero legítimo en todos los ámbitos: patrimonial, empresarial y familiar.

—¿Por qué?

—Porque chochea, no se entera y está gagá. Y cualquier día se queda ciega. Y no quiero que la Iglesia se chupe el patrimonio que nos queda.

—Sois inmensamente ricos, Marcel.

—¿Cuántos millones se ha gastado en el proceso de beatificación del maldito maestro?

—Una barbaridad.

—¿Lo ves?

—Pero tu madre no ha perdido el sentido de la proporción. Ella sabe hasta dónde puede llegar y forzar las cosas. En todo. Es la persona más calculadora que...

—¿Estás conmigo o contra mí, Gasull? —como Jesucristo, pero en vaqueros, gintónic en mano, en la terraza de las oficinas de Barcelona, enfrente de la Pedrera, asediada por una multitud de japoneses.

—No quiero firmar. No puedo hacer semejante faena a tu madre.

—Estás contra mí. —Gesto bíblico con el gintónic.

—No. Pero no puedo...

—Estás contra mí. Adiós. —Y cuando Gasull abandonaba la terraza, lo inmovilizó—. Ah, y como le cuentas una palabra, te mato.

La primera en reaccionar fue la madre. Antes de caer en el mundo de las sombras y tras conocer por medio del apesadumbrado Gasull los detalles del intento de golpe de estado, pasó dos días diciéndose qué mal lo he hecho, no he sabido criar a tu hijo como te mereces, Oriol. Es todo tan complicado, que no he sabido atenderlo lo suficiente. Palpó la crucecita y la cadena para serenarse. Marcel tiene los mismos ojos y la misma nariz que tú, pero su hijo es clavado a ti. Sergi es igual que tú de joven. A veces, cuando lo veo, se me corta la respiración y, para disimularlo, le doy un billete dobladito y él sonríe exactamente como tú cuando me pintabas. No sé educar a tu hijo ni a tu nieto, pero los quiero porque son parte de ti. No te ofendas por lo que tengo que hacer ahora, Oriol, porque es ley de vida. Debería quitarme la cadenita, pero juré no volver a hacerlo y por eso no me la quito. Te quiero, Oriol. Concluida la plegaria, llamó a Mertxe, le dio el informe de las andanzas de Marcel, le insinuó que, al parecer, también se entendía con travestidos, y le dio la tarjeta de un abogado fabuloso que la sacaría de cualquier tropiezo. Cuando las sombras empezaron a envolverla incluso de día (la tercera semana de su vía crucis personal), llamó a Marcel y le dijo he depositado toda mi confianza en ti, hijo, y tú me traicionas; has de saber que a partir de ahora no permitiré que toques ni un céntimo del capital patrimonial y que tendrás que arreglártelas con lo que tienes, con el sueldo que te adjudiques en Brusports y con tu asignación, que es muy generosa. Por lo que a la Tuca Negra se refiere, te comunico que no permitiré que metas la zarpa en nada y que debes concentrarte en Brusport, tal como estipulamos hace años. Además, seguirás consultándome cualquier decisión cuyo riesgo sobrepase los veinte millones. Y, para que te enteres, es muy probable que Mertxe te deje. ¿O crees que, porque me quedo a oscuras, me vuelvo imbécil? Y, como vuelvas a insinuar el menor desacuerdo con mi interés en la beatificación del venerable Oriol Fontelles, te desheredo. ¿Entendido?

En la vida de toda persona hay momentos cruciales que quedan marcados por un prurito de rebeldía característico del talante aventurero y contestatario. Rebelión contra la tiranía de mamá. Marcel, que sabía que era un rebelde con temple, experimentó a lo largo de la vida múltiples momentos de rebeldía contra su madre, por ejemplo, cuando tuvo la osadía de enamorarse de Ramona, que iba a ser escritora. O cuando, sin consulta previa, decidió confeccionar calcetines para Bedogni manufacturándolos en Singapur, estrategia que produjo unos beneficios indecentes y que le valió la primera felicitación directa y personal de su madre. O cuando, alertado por indicios sutiles e indemostrables, cortó unilateralmente las conversaciones con Nishizaki en contra de las consignas de su madre, aunque, después de aguantar un chaparrón memorable, ella tuvo que tragarse el chasco, darse la vuelta como un

calcetín de Bedogni fabricado en Singapur y reconocer públicamente que Marcel tenía razón cuando estalló el escándalo del Nishizaki Group. Es que es imposible llevarle la contraria. Y, por si fuera poco, el maricón de Gasull. Muy bien, es el momento del gran gesto de rebeldía. Ahora o nunca.

—Sí, mamá.

Nada cambió en la vida de Marcel, excepto que Mertxe se marchó y de nada sirvieron erills, ni centelles, ni anglesoles, ni sentmenats, ni hostias; además, nadie se escandaliza ya, porque todo dios se separa y qué más da. Lo raro es conocer a alguien que no se haya divorciado, te lo juro. Además, soy libre, ya ves. Mertxe se alejó de los Vilabré con la cabeza muy alta y la cartera repleta, sin Sergi, que se quedó con la abuela, aunque no precisamente viviendo en Torena, centro neurálgico del aburrimiento en estado puro, sino bajo su tutela, con un régimen muy generoso de visitas a su madre, aunque hubiera sido ella quien abandonó el hogar conyugal.

En esa época empezaban a gestarse en la personalidad de Sergi las bases de un futuro rebelde con temple. Sergi era un auténtico rebelde, no como yo, porque en invierno iba a la Tuca sólo por obligación, como quien dice, pero ya tenía en su haber seis planchas de surf de titanio y fibra (Brusport Marina de tercera generación, una preciosidad de planchas) y dos bandejas grabadas, correspondientes a otros tantos campeonatos, acreditativas de uno de los cinco primeros puestos, uno en Gibraltar y el otro en el Pacífico, cerca de San Diego. A los dieciséis años, para que veas. La dificultad es primero de BUP, que se le ha resistido tres veces ya. Hay que hacer algo con este chico. Gasull, tú qué opinas. Y no me mires así, que ya te he perdonado y no he tenido agallas para matarte, como prometí. Es que te necesito. Y prefiero hablar contigo, aunque eres un traidor, que con mi madre, que es mi madre.

Un miércoles de finales de agosto, Elisenda Vilabré se levantó a las seis y media de la mañana, como de costumbre, y le pareció raro que la luz del alba no tiñera las cortinas. Encendió la lámpara de la mesilla y, al principio, pensó que habían cortado el suministro. Palpó la bombilla y notó que se calentaba. Hacía unas semanas que ya no leía, que no podía fijar la vista, que preguntaba siempre cuánta gente había en la sala, que palpaba las cosas y las decisiones, que aceptaba el brazo de Ció. Todavía veía; borroso y con manchas, pero veía. Ese miércoles de finales de agosto, a las seis y media de la mañana, apagó la luz inútil y se acostó otra vez, mirando al techo que no veía. Respiró hondo y se dispuso a entrar serenamente en el mundo de las sombras eternas.

Capítulo 62

Los Vilabré Ramis y los Vilabré Cabestany, es decir, la familia de Elisenda y la de Santiago, su marido, respectivamente, eran las dos ramas franquistas de los Vilabré.

Por parte de Elisenda, eran los Vilabré de Torena, Vilabré Bragulat, y por la parte de su marido, los Vilabré Comelles, que ya hacía tres generaciones que vivían en Barcelona y frecuentaban círculos monárquicos y conservadores desde principios de siglo, sobre todo a raíz del injerto Comelles, que eran familiares de los Aranzo de Navarra, una familia de la que se decía que era carlista antes de que existiera el carlismo. Sí. Sí. No, precisamente por la parte Roure, sí. Por la de Cabestany, tengo entendido que no eran ni lo uno ni lo otro, según como soplara el viento, vamos. Pero los Roure eran parientes de los Roure, primos carnales. Imagínate. Los unos de la CEDA y los otros de Esquerra Republicana, y en Navidad comían juntos la sopa de galets^[7].

—Los ricos no se matan por esas cosas.

—Hasta que estalla una guerra. Entonces los ricos desaparecen y quedan sus rencores. Tal vez no se maten, pero matan.

—¿Lo dices por la señora Vilabré?

—Todo el pueblo sabe que las tres personas que participaron en la ejecución de los Vilabré de Torena murieron a manos del alcalde Targa.

—¿Y qué?

—Cualquiera diría que fue la venganza de la señora.

—¿Puedes demostrarlo?

—No, aunque es mucha coincidencia. De todos modos, al parecer, Targa y ella se odiaban a muerte. No sé..., yo era muy joven... y tenía otras preocupaciones. Pero se murmura en voz baja. Y verás... —Jaume Serrallac hizo un silencio. De pronto, como si el recuerdo resurgiera a borbotones—: Fui de los últimos que vio vivo al maestro.

—¿Qué?

—Sí. Me mandaron a buscarlo a la escuela por la noche, antes de cenar.

—¿Quién?

—Targa. Eh, chavalón, ven aquí, cómo te llamas.

—Jaumet.

—¿De qué casa eres?

—De ca de Lliset.

—¿El de las piedras?

—Sí, señor.

—Vete a la escuela y di al maestro que venga ahora mismo. Que se dé prisa.

—¿Y qué pasó? ¿Eh?

—No me acuerdo. Hubo disparos. Por lo visto, un pelotón de maquis asaltó el pueblo. La gente se encerró en casa. No sé. Es que yo era muy... Y cuando podía haberme enterado de todo... sólo pensaba en...

Tina tuvo la impresión de que pensaba en algo triste. Entonces Serrallac optó por no recordar más.

—Es que la juventud me pilló muy joven.

A pesar de la atención que prestaba a Serrallac, Tina estaba pendiente de los mínimos gestos de Jordi, que se encontraba a tres mesas de la suya. Jordi se secó los labios con la servilleta, se levantó y, en lugar de ir a decir Tina, hablemos, estoy arrepentido, estoy etcétera, fue al mostrador a pagar y se marchó de Casa Rendé sin volver la cabeza, como si nunca hubiera sido su marido. Tuvo que contenerse para no salir tras él a decirle Jordi, dónde vives, has encontrado un sitio, te falta ropa, quieres un queso, no dejes de comer verdura, dentro de quince días tienes que ir al homeópata, apúntalo...

Había ido por la mañana a ver a Jaume Serrallac, a recoger los últimos escritos de Oriol y a que le diese su opinión, pero, en realidad, quería que le contara cosas de los rencores de Torena.

Serrallac la invitó a entrar en el despachito. En el fondo de la nave, alguien grababa con fuerza una vida en una losa. El regular golpeteo no le dejaba pensar y entonces se levantó de repente y salió del despachito.

—¡Cesc, vuelvo a la tarde! —Y después de consultar un papelito que sacó del bolsillo, volvió a gritar—: ¡A las tres vienen a recoger los adoquines para la plaza de Tírvia!

Metió la cabeza en el despachito y le dijo te invito a comer. Cuando el coche de Serrallac entró en el valle de Cardós, Tina le preguntó dónde vamos y él respondió a una fonda que hay en Ainet en la que se come de miedo. Bueno, la fonda de Ainet, quiero decir. Tina replicó inmediatamente, oye, Jaume, vamos donde quieras, menos a la fonda de Ainet.

Serrallac detuvo el coche a un lado de la carretera y la miró. Se notaba claramente que ella no quería darle explicaciones.

—¿Y Casa Rendé te parece bien?

—Perfecto.

Serrallac dio la vuelta en redondo y regresaron a Sort. Como si Casa Rendé tuviera algo que ver con Dios, nada más entrar, la primera persona a la que vio Tina fue a Jordi, que no hacía ni veinticuatro horas que era su ex marido, solo, en una mesa del centro, y se acordó de la primera comida en este mismo sitio, en la misma mesa, hace veinte años, cuando tú y yo éramos felices. Vaya. Para ese viaje... podíamos habernos quedado en Ainet.

—¿Qué te pasa? —Serrallac, dispuesto a cambiar de restaurante.

No le pasaba nada. Fueron a la mesa del fondo. Al pasar por delante de Jordi no se saludaron siquiera y Tina tuvo la impresión de que todo el mundo se daba cuenta de que no se hablaban, igual que, veintitrés años atrás, todo el mundo se había dado cuenta de que se cogían de la mano por primera vez en la calle. Entonces se le ocurrió que Jordi estará pensando que Serrallac es mi amante, porque él debe de pensar siempre así, y miró a Serrallac con ojo crítico, pero lo encontró francamente muy mayor. Y entonces Jordi se marchó sin mirarla. Hay que ver lo idiota que eres, tanto preocuparte por él. Si tiene cama, cómo no va a tener techo. ¿Qué? ¿Cómo?

—Que estás muy triste...

—¿Yo?

Serrallac miró el plato que les acababan de traer. Sin pedir permiso, cubrió de la intemperie una mano de Tina con su manaza gruesa y rasposa y la dejó allí unos segundos, como si supiera que Tina necesitaba algo así. Antes de que ella tuviera que tomar la iniciativa, retiró la mano.

—Esta girella^[8] tiene una pinta excelente —declaró, señalando el plato.

Claro que estoy triste, pero la tristeza nunca me ha quitado el hambre y así me luce el pelo.

—Mi marido estaba aquí hace un momento.

—Caramba, y por qué no...

—No hace ni veinticuatro horas que nos hemos separado.

—Lo siento. —Mirándola—: Por eso estás triste.

—No sé. ¿Por qué sabes tantas cosas de los Vilabré?

—En mi oficio... sabemos muchas cosas de las familias, pero pocas de las personas.

Tina empezó con la girella mientras el camarero dejaba ante ellos una ensalada monstruosa.

—Cuéntame más cosas de los Vilabré.

Serrallac se sirvió un generoso vaso de vino y siguió contando me refiero a los Vilabré franquistas, que eran tres hermanos, y a la Vilabré exiliada, la hermana menor, que heredó la sangre Roure y se casó con un Vila Abadal, pariente de los Trias, pero no de los fachas, sino de los normales. Los conozco porque todos han pasado por Torena en alguna ocasión. Los que se enriquecieron fueron los tres hermanos franquistas. Y de los tres, el más inútil, decían, era Santiago. Se dedicaba principalmente al folleteo. Por eso, cuando volvieron del exilio en San Sebastián, después de unas semanas de aburrimiento mortal en Torena, huyó a Barcelona, a arrimarse a sus queridas putitas y a todas las casadas y solteras a las que les gustara que les hiciera la raya en medio.

La risotada de Tina con la boca llena tuvo un resultado catastrófico.

—Ya te he dicho que eres un poco poeta —dijo, mientras se limpiaba con la

servilleta.

—Los escultores de lápidas hemos heredado de los sepultureros una tendencia a la filosofía de andar por casa, pero de poesía... sólo sé los versos que copio en algunas losas.

Atacó la ensalada como si fuera su peor enemigo. Cuando volvió a tener la boca vacía, concluyó:

—En resumen: una familia de mucha pasta. Y además, la señora Vilabré tiene una de las mayores fortunas del país.

—En cambio, no se ha movido de casa Gravat.

—Ha viajado más que tú, yo y todo el pueblo juntos.

—No, quiero decir que vive en el pueblo.

—¿Qué tiene de malo? Yo también vivo en el pueblo. —Rebuscó un cigarrillo dentro de un paquete arrugado y la miró, serio. Abrió la cremallera de la cartera y sacó un sobre muy grueso. Se lo entregó—. ¿Los escritos del maestro son de verdad?

Tina nunca había visto comer tan deprisa.

—No lo dudes.

—Pues qué puta mierda. Perdón.

—Sí, una puta mierda.

—Ha pasado mucho tiempo. Ya no le importa a nadie.

—A mí, sí.

—A ti ni te va ni te viene.

—La cuestión es que ha llegado a mis manos la carta que escribió un hombre hace cincuenta años.

—Pues dásela al hijo del maestro y asunto concluido.

Serrallac hurgó en la cartera y sacó una tarjeta de Marbres Serrallac, SL. Detrás había una cosa escrita.

—La dirección de Marcel Vilabré.

Tina cogió la tarjeta. La molestó un poco el tono de voz de Serrallac cuando dijo entonces, ¿qué? ¿Vas a ir allí a decirle oiga, señor Vilabré, usted no es hijo de su madre, sino de su madre? Y él te dirá, pues qué bien. ¿Entonces? ¿Piensas ir? ¿Así, sin ninguna prueba?

—Más o menos. Improvisaré algo.

—Me gustaría que alguien me quisiera con la misma convicción que haces las cosas.

—Estoy de baja de querer.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—No sé. A lo mejor para que no sea la muerte quien diga la última palabra.

Serrallac dio una calada larga y sonrió moviendo la cabeza. Tina lo observó con extrañeza, casi ofendida.

—¿Qué pasa? ¿Es que tú no te pones triste nunca?

Serrallac se había entristecido por última vez hacía un par de años, viendo un reportaje de televisión sobre el cementerio de Génova, el Zentralfriedhof de Viena y el Père-Lachaise de París. Y dijo basta. Porque yo conocía los cementerios de Sort,

Rialb, todo el Batlliu, el valle de Àssua, Tírvia, y trabajaba en ellos, y también en los de los otros tres valles, y ninguno, ninguno de ellos podía compararse con el de Torena. Pero es que, después de ver todo eso en la televisión, me deprimí. Y pensé que era una barbaridad ganarse la vida grabando en piedra el nombre y la medida exacta de la vida de las personas.

—Pero hacéis más cosas.

—Sobre todo otras cosas, sí. Pero lo que más me gusta a mí son las lápidas.

—Lo cuento en el libro: la raya de Gerri marca aproximadamente el límite entre el final de las casas con tejado de tejas y las empizarradas con techumbre de lajas.

—No es exacto, pero no sé qué tiene que ver con mis problemas.

—Que también es la frontera entre los cementerios con nichos y los cementerios con tumbas en la tierra.

—El nicho se va extendiendo hacia el norte. También me gano la vida haciendo lápidas para nichos. Más finas; mármol negro, pulido. —Pausa—: ¿Cuándo publican el libro?

—Me gustaría que fuera antes de... Bueno, antes.

—Cuántos misterios tienes.

Estoy sola porque no tengo a nadie con quien hablar del miedo que tengo a volver a casa del médico, de la distancia educada de Arnau, de la traición de Jordi. No tengo amigas, sencillamente. Y enfrente de mí, la única persona que me pregunta sobre mis rincones oscuros: un picapedrero prácticamente jubilado que ha enlosado las casas y ha empizarrado las techumbres de la mitad de la comarca y que ha hecho certificados de vida y muerte en piedra.

—Como todo el mundo, no te preocupes.

—Pues claro que me preocupo. Una mujer joven como tú... tiene que... No sé. El caso es que... ¿Entiendes?

Tina lo interrumpió antes de que soltara alguna inconveniencia que los pusiera en una situación incómoda.

—En cuanto salga el libro te regalo un ejemplar.

—Pues yo te regalaré una lápida —reaccionó Serrallac.

Se echaron a reír con ganas, yo, desmayada de miedo por la bromita, y Rendé, desde el mostrador, pensó este Jaume..., ahí lo tienes, ligando con la maestra rellenita, no te fastidia.

Capítulo 63

Cuando la Historia entra en detalles, pierde vuelo épico, pero como vivo desde dentro y muy de cerca la que me ha tocado, no puedo pasar por alto esos detalles. Da risa, hija mía, pero no dejo de pensar que moriré por culpa de un café con gotas. Esta mañana, como suelo hacer cuando empieza el frío, antes de abrir la escuela pasé por ca de Marés. Pero la gracia, o mejor dicho, la desgracia, es que antes lo dudé un rato por pereza. Hacía frío y un fagüeño molesto que no había parado de ulular en toda la noche invitaba a quedarse en casa. Pero me sacudí la pereza (te recomendaría que lo hicieras siempre) y fui allí.

—Cagüen el fagüeño de la maldita montaña —exclamó Modest al tiempo que le servía café con gotas en el mostrador.

Oriol no respondió. Más bien miraba hacia afuera. Vio a un par de niños con la cartera a la espalda y la mirada triste, como el día, luchando contra el viento, y pensó que no era cuestión de entretenerse mucho, porque no le gustaba que los críos estuvieran solos en la escuela. Dio el primer sorbo, notó el poder revitalizador del café y, cuando iba a tomar el segundo y último, se oscureció la puerta de entrada.

Miró afuera de reojo. El alcalde Targa entró en ca de Marés con una maleta, con cara de satisfacción y con una mujer a su lado. Oriol, todavía con el vasito a medio tomar, se cubrió instintivamente la cara y se dio media vuelta para mirar el fondo del café.

—Modest, la señora se queda unos días. —Y a la señora—: Éste es el camarada del que te hablaba.

Se acercó a Oriol, que ya había tomado el segundo sorbo y había dejado el vasito en la barra de mármol.

—Camarada Fontelles, te presento a Isabel.

Oriol tuvo que dar media vuelta y poner una sonrisa simpática, a pesar del pánico, tan enorme que debieron de darse cuenta hasta las vacas que volvían del prado de las Eugues a pasar el invierno en los establos; miró de frente a Ramo de Flores, a quien no había vuelto a ver desde el día del restaurante Estació de Vilanova, cuando él la miró y empezó a temblarle la mano incontrolablemente, porque matar no es tan fácil como creía, sobre todo cuando sabes el nombre de la víctima; sobre todo cuando odias a quien tienes que matar pero todavía no has aprendido a despreciarlo. Y la mano le temblaba de una manera tan ridícula que un cliente de las mesas cercanas miró distraídamente hacia allí y él tuvo que agarrar la pistola con las dos manos, mientras Valentí, inclinado sobre la mesa, ofrecía mejor el blanco de la nuca; iba a decir con voz de terciopelo eres tan fantástica que, cuando acabemos de comer, volvemos a hacerlo; pero no terminó la frase porque se dio cuenta de que Ramo de Flores miraba más allá de él, por encima de su hombro, con la boca abierta.

Isabel Ramo de Flores le devolvió la sonrisa y en el momento en que se estrecharon la mano, por la forma en que dejó la boca abierta, por la forma en que las fosas nasales se le ensancharon, por la forma en que retiró la mano y miró de reojo a Valentí un instante, se dio cuenta de que lo había reconocido o no tardaría mucho en hacerlo.

—Encantado, señora.

—Quiero convencerla —Valentí en voz baja, que no lo oyesen los demás— de que se quede a vivir aquí.

—Es un pueblo muy tranquilo —mintió Oriol, por no quedarse callado.

Ella estaba tan desconcertada que no se sumó a los comentarios. Al contrario, Oriol tuvo la impresión de que miraba a derecha e izquierda, calculando la manera de huir de un asesino como él. Por tanto, con una sonrisa todavía más encantadora, se excusó diciendo que era hora de empezar las clases y desapareció de ca de Marés sabiendo que todo se había cumplido. Sin embargo, niña mía, nadie vino a decirme nada en todo el día. De vez en cuando miraba de reojo por la ventana. Nada.

Normalidad absoluta. ¿Que por qué no huyo? Porque tengo que pasar la noche en blanco transmitiendo por la radio que vinieron a montar al sotabanco de la escuela hace diez días, hago de enlace entre las brigadas tercera y cuatrocientos setenta y una, que mañana, el día de la Gran Operación, tienen que ir, una por cada lado del Montsent, a Tremp, victoriosas, después de espantar al ejército franquista montaña abajo hasta la llanura, despavorido. Por eso no puedo huir, hija, aunque me muero de ganas.

Cuando los niños salieron de la escuela, el fagüeño había pasado a la historia. Una niña, Valldeflors la de ca de Ruti, la de los ojitos como el carbón, que había aprendido a leer el curso anterior y ahora, a mediados de octubre, ya multiplicaba por tres, antes de salir le cogió la mano con su manita y lo taladró con la mirada negra, clavada a la del teniente Marcó, como si supiera que era necesario decir adiós al maestro al que tanto odiaban los mayores. Adiós, maestro, y buena muerte. Es tu última noche en el pueblo. En la vida. Te recordaremos, ya lo creo que sí, porque, pudiéndolo hacer, no moviste un dedo para evitar que el alcalde Targa, el verdugo de Torena, matara y robara con total impunidad y sumiera al pueblo en un estado de eterna desconfianza, hasta el punto de que, a finales del siglo XX, será necesaria la obstinación de otra maestra, rellenita e insegura, para rescatar de la sombra tus momentos y suspiros, porque el maestro falangista sigue presente en el recuerdo y en la mirada de muchos abuelos, y en las lápidas que una mano hábil ha destinado a ser piedras de la memoria.

—Hasta mañana, Valldeflors.

Se quedó solo, con la manos espolvoreadas de tiza. Todavía, en la oscuridad incipiente de la tarde, vio jugar a algún niño con una piedra del suelo, de camino a

casa y a una buena merienda. No borró la pizarra. Cerró la puerta con llave, subió al desván, apartó los dos colchones, encendió la lamparita de petróleo y puso en marcha el radiotransmisor. ¿Debía comunicar que probablemente se le complicarían las cosas? ¿Debía estar atento sólo a los requerimientos de los radiotelegrafistas de las dos brigadas que tenían que ponerse en contacto con él? Estableció contacto pero no comunicó que no huiría, aunque iban a matarlo esa noche por culpa de un ramo de flores o, visto desde otro ángulo, de un café con gotas. Sólo dijo jota cinco, aquí jota cinco me recibes, cambio y cosas así. Sí, todos se recibían y la antena que había colocado en lo alto del Tossal de Triador estaría congelada, pero contenta porque podía transmitir jota cinco, aquí jota cinco me recibes, cambio. Y a los radiotelegrafistas invisibles también les satisfizo la prueba y quedaron en volver a establecer contacto dos horas después, jota cinco, a las veintiuna, jota cinco, noche cerrada, que sería cuando empezara el jaleo. Noche en blanco, de sueño y de nieve.

Cuando desconectó la radio, ya había descartado definitivamente la huida y había aceptado la muerte que, sorprendentemente, tardaba mucho en llegar. Si su intervención iba a tener algún sentido, no quería reventarlo haciendo un mutis que dejaría en el desamparo radiofónico a dos de las cinco brigadas que entrarían en el Pallars. Él no lo sabía, pero en ese momento, en más de treinta puntos diferentes de los Pirineos, desde el Atlántico hasta el cabo de Creus, empezó la incursión de centenares de guerrilleros que debían estar pendientes de lo que sucedería en Vall d'Aran. Sin embargo, sólo sabía lo que tenía que hacer y por eso pensaba que si Valentí Targa decidía denunciarlo o matarlo de una puta vez, él se liberaría de esa opresión sorda en la que no quería pensar mucho, porque en Torena, todo el mundo, todo el mundo, Rosa e hijita mía, no sé cómo te llamas, sabría que él luchaba por las libertades y no era un falangista traidor y amigo de asesinos.

A la hora exacta en que la Decimoquinta Brigada entraba por el paisaje agreste y solitario de Tor, en dirección a la derrota de Vall Ferrera, Oriol Fontelles Grau tuvo una idea. Si tenía que esperar dos horas, se dijo, de perdidos, al río, y bajó del desván y se abrigó para salir. Sólo una hora y media, como mucho una hora y tres cuartos, para volver a tiempo a la cita de radio jota cinco. También los héroes cobardes pueden ser imprudentes. Los veintidós hombres de la avanzadilla de la Decimoquinta Brigada que entraron desde Andorra por el Port Negre, con los pies metidos en el agua del Noguera de Tor, ignoraban que cerca de Alins, en valle abierto, echarían el alma por la boca bajo el fuego de siete ametralladoras permanentemente apuntadas contra la Historia.

Oriol entró en la penumbra del aula. Fuera, la oscuridad avanzaba con apremio, seguramente para ocultar las presurosas pisadas del centenar de hombres de la quinientos veintiséis que, con la idea de caer sobre Esterri, habían cruzado el puerto de Salau, el mismo que, durante tres o cuatro años, había franqueado el teniente

Marcó docenas de veces, y que Oriol conocía sólo por las descripciones que le daban los guías que, de paso por la escuela, cubrían esa ruta en ambos sentidos enfrentándose a sus peligros. No encendió la luz. En la pizarra, sin borrar, estaban las operaciones de la tabla del seis que había puesto de deberes a los medianos. Pero no la borró. Por la mañana, arriba, en la esquina derecha, con mano temblorosa, tanto por el frío como por el encuentro con Ramo de Flores, había escrito dieciocho de octubre de mil novecientos cuarenta y cuatro. Era la última fecha que escribiría en su vida, pero no le dio importancia. Movi6 la pizarra que, inesperadamente, podía correrse hacia un lado y descubrir un trozo de pared, en el que se abría la cueva del tesoro del pirata: una hornacina. Oriol cogió la caja de puros, miró alrededor y alcanzó a ver un cord6n negro que hacía unos días rodaba por el aula. Tuvo ánimo para abrir el último cuaderno y mirar las últimas palabras que había escrito a su hija hacía muy poco, en las que le contaba que moriría por culpa de un café con gotas y decía a Rosa querida Rosa, no me guardes rencor. Besó el cuaderno, lo guardó con los otros en la caja de puros, ató la caja con el cord6n negro y la depositó en el nicho secreto. Al lado de la carta había un bulto envuelto en trapos. Lo cogió y quitó los trapos. Era una Astra nueve milímetros con el cargador lleno que parecía engrasada y optimista. La guardó en el bolsillo, dio unos golpecitos de complicidad a la caja de puros, volvió a ocultar la cueva del tesoro y pensó ya está, andando, una hora y media.

Si A es subconjunto del espacio euclidiano R^n , las funciones definidas en A reciben el nombre de n variables reales, y si A está contenido en el plano complejo, se habla de funciones de variable compleja. En análisis funcional interesan las funciones entre espacios topológicos generales, espacios vectoriales topológicos, espacios métricos, etcétera.

—Señora.

El padre August levantó la cabeza y se quitó las gafas. Miró a su sobrina. El tictac pausado del reloj; el retrato de Elisenda, maravilloso, en la pared de la derecha, y al otro lado de los cristales, el silencio de la noche helada de Torena. Se quedaron quietos, como congelados en el noble salón, cerca de la chimenea crepitante, que calentaba tanto como la noche en que, veinte años después, Marcel y Lisa Monells jugaron a desnudarse en la alfombra en la que el padre August Vilabré reposaba sus venerables pies, mientras la cabeza pensaba $(f+g)(x) = f(x)+g(x)$, $(f \cdot g)(x) = f(x) \cdot g(x)$, $(\lambda f)(x) = \lambda \cdot f(x)$, y los ojos miraban a su sobrina y a Bibiana y el corazón entendía que había demasiado silencio entre las dos mujeres.

—Dime, Bibiana.

Elisenda se levantó y salió sin pedir explicaciones. Unas voces, la puerta que se cierra y Oriol Fontelles, que, con el abrigo en el brazo, al entrar en la sala entendió la reticencia de Bibiana y de Elisenda. El can6nigo fornido había ido de visita a casa

Gravat. Se acercó, lo saludó cordialmente, Elisenda informó a su tío de que era el maestro de Torena y el autor de su retrato. El padre August lo felicitó efusivamente y preguntó, por educación, si podía hacer algo por él.

No, nada. Porque yo he venido a besar a Elisenda, a hacerle el amor y contener las ganas de decirle adiós para siempre, porque lo más probable es que no volvamos a vernos nunca más.

—Pues... —se dirigió a Elisenda—... venía a buscar los libros que te dejé. Que le dejé.

Elisenda se quedó en blanco un segundo y a continuación sonrió a su amor, señaló un sillón y dijo siéntese, siéntese, señor Fontelles, le cogió el abrigo y salió de la sala.

El señor Fontelles se sentó, dijo al canónigo fornido el fagüeño no ha parado de soplar en todo el santo día y el padre August contestó y que usted lo diga, tengo un dolor de cabeza que de buena gana me iría a la cama.

El padre August se calló y Oriol también. El cura se calzó las gafas y comprobó distraídamente que el conjunto de funciones reales tiene estructura de anillo conmutativo con unidad y Oriol miró el retrato y pensó he venido a verte porque no creo que llegue vivo a mañana. Es muy largo de explicar, porque soy tu amante a escondidas de todo el mundo, pero soy más cosas a escondidas de todo el mundo y de ti. Estoy cansado, agotado de tener la vida compartimentada en secretos y añoro el descanso de la muerte.

—¿Qué libros le ha dejado? —El padre August, curioso, cerró el suyo, dispuesto a pasar un ratito plácido con el agradable joven.

—Nada importante..., en fin, unos que le he dejado... Es buena lectora la señora. Y como aquí se valora tan poco la cultura...

—Campesinos —refunfuñó el padre August—. No se les puede pedir más. Vacas, prados de heno, corderos, cabras sueltas en lo alto de un peñasco, unas cuarteras de trigo para la casa, que el novillo crezca sin problemas... Ésa es toda su ambición.

Tictac. Sonrisa de circunstancias de Oriol. El silencio frío fuera y el leño en llamas que crepitaba y soltaba chispas. Elisenda no volvía y Oriol tenía ganas de responder pues ya puede dar gracias su familia por las vacas, los corderos y la cantidad de jornales en prados de heno que tiene desperdigados por el mundo.

—Me imagino que estará pensando que casa Gravat también vive de eso —dijo el canónigo vidente—. Pero tener mil ovejas y no dos docenas te hace mucho más abierto. ¿No le parece, joven?

Entonces reapareció Elisenda con dos libritos y los dejó en la mesilla, pero su tío, curioso, dijo dame, dame, a ver qué te ha dejado el señor maestro, y Elisenda, de mala gana, le pasó los dos libros, pequeños, con la cubierta renegrida. El padre August volvió a ponerse las gafas y le resbalaron hasta la punta de la nariz; abrió el

primero y no dijo nada. Lo repasó con cierta rapidez, echó una mirada por encima de las gafas al maestro y examinó el otro libro, también en silencio y con un deje de admiración.

—Caramba —dijo por todo comentario, y los dejó en la mesita.

Con una sonrisa forzada, Elisenda se los entregó a Oriol mientras el padre August, con las gafas en las manos, observaba al maestro fijamente.

Hablaron otra vez del fagüeño y del número de corderos. El padre August contó que al día siguiente, o al otro como máximo, debía volver a la Seu a requerimiento del señor obispo y rezaba para que el puerto del Cantó no estuviera cerrado. Por no quedarse callado, Oriol habló del rumor de que era posible que el curso siguiente destinaran a otro maestro a Torena, porque cada día había más niños. Incluso Elisenda informó a Oriol de una cosa que no le afectaría ya, porque estaría muerto, a saber, que la próxima semana viene mi marido a pasar unos días con nosotros. Lo dijo para fastidiar a su tío, que últimamente no paraba de insistir en que el lugar de la mujer es al lado de su marido, y ella siempre respondía que al lado de Santiago siempre hay otras mujeres, muchas, y el padre August decía Virgen Santa y se santiguaba, y Elisenda, impertérrita, cerraba la cuestión diciendo que mi sitio para toda la vida es casa Gravat y no quiero oír hablar más del asunto.

—Será un placer conocerlo —dijo.

Entonces miró a Elisenda a los ojos. Ella respondió a la mirada con la misma intensidad e imprecisión y Oriol se levantó porque no tenía sentido alargar la visita frustrada; se despidió del canónigo y salió de la estancia.

—Los libros.

El sacerdote señaló los libros con las gafas. Los libros. Elisenda los cogió y se los dio a Oriol mientras decía ha venido usted a buscar los libros y se marchaba con las manos vacías. Como el canónigo se había levantado y parecía que tenía intención de salir al vestíbulo, Oriol se despidió para siempre de su amada estrechándole cortésmente la mano y con un indeterminado ya lo sabe, siempre que quiera más... y después, usted siga bien, señora, buenas noches. Al cerrarse la puerta a su espalda miró los libros a la luz de la lámpara de la entrada de casa Gravat. La imitación de Cristo, atribuida a Tomás de Kempis, y la biografía canónica del padre Alonso Rodríguez, escrita por un correligionario jesuita llamado L. Jacobi.

Cuando el padre August se encerró por fin en su habitación, Elisenda se levantó, miró las hogareñas llamas de la chimenea y fue a buscar el abrigo. No se molestó en avisar a Bibiana para que no se le ocurriera pararle los pies o recomendarle prudencia; Bibiana sabía que ese asunto no podía ser bueno para la chiquilina y hacía unos días que procuraba decírselo con la mirada.

Elisenda salió por la puerta del callejón por la que un día había huido su madre.

La recibió un bofetón de frío gélido. Hacía sólo diez días que había empezado a

nevar en Torena, y la víspera la temperatura había caído en picado para demostrar que estaba a favor del invierno. Cielo encapotado y luna nueva, la blancura de la nieve ponía un matiz cadavérico en las calles solitarias y en la cara de Elisenda.

Cuando llegó al solitario edificio de la escuela le pareció oír un aullido lejano o algo así, como si los lobos volvieran a campar por el Tossal o por el peñasco de Arquero.

Llamó suavemente al cristal del aula, pero tuvo la impresión de que se oía en todos los rincones de Torena. Otra vez percibió los aullidos lejanos. No hubo respuesta. No había nadie. Qué estará haciendo Oriol, pensó. Quería preguntarle qué significaba esa mirada, qué pasaba, qué temas, qué querías decirme pero no has podido por culpa de mi tío. Volvió a llamar al cristal y entonces se me ocurrió pegar la cara a la ventana y escrutar el interior del edificio. Nada. Oriol, qué significaba esa mirada. Y entonces dejé de ser feliz para siempre. Y Elisenda Vilabré, sentada en el banco de honor, la cabeza ligeramente inclinada, no oyó decir a Gasull ahora el Santo Padre se marcha; es decir, se lo llevan de aquí porque no puede dar un paso, y supongo que ahora nos dirán que la función se ha terminado; alégrate, porque, entre unas cosas y otras, ha sido una ceremonia muy emotiva. ¿Verdad? ¿Eli? ¿Me oyes? ¿Te encuentras bien?

Elisenda no estaba ni bien ni mal; había retrocedido sesenta años en el tiempo, a aquella noche tan fría, cuando llamaba con insistencia a los cristales de la escuela sin saber que estaba a punto de dejar de ser feliz, porque en mala hora volví a oír los aullidos y ahora me pareció que venían de dentro y me asusté y abrí la puerta y no me extrañó que cediese, y entré a la oscuridad del pasillo y dije Oriol, Oriol. Los aullidos se oían mejor pero seguían siendo lejanos. Venían de la puerta de la izquierda, y entonces fue cuando me quité los auriculares para descansar y me di cuenta de que la puerta del desván se abría silenciosamente y pensé imbécil, no has atrancado bien la puerta y ahora va aparecer el cañón negro de la pistola de Targa.

Incluso pensó en que eso ya no se lo podría contar a su hijita mía querida, no sé cómo te llamas. Se abrió la puerta. No era Targa, sino Elisenda, mal iluminada por la lámpara de petróleo que apestaba el desván y casi disipaba las sombras. El pacífico maestro de Torena apuntó a la recién llegada con una pistola. En ese momento, la radio, acusadora, soltó una especie de aullido y ambos oyeron la voz del radiotelegrafista de la Tercera Brigada, que le decía preparado para la conexión, jota cinco.

—¿Qué es eso? —horripilada.

Entonces descubrí el gran engaño, unos catres o algo parecido, mantas piojosas, un hornillo de benzol, un aparato de radio que chirriaba y emitía algo parecido a aullidos de lobo en la lejanía e insistía jota cinco, jota cinco, contesta y el miserable amado mío con las manos manchadas de comunismo rojo y anarquismo,

apuntándome a mí y mirándome con cara de susto, avergonzado, me parece, aunque sólo acertó a decir cómo has entrado.

Son las últimas palabras que me dirigió. Cómo has entrado, quién te ha dado permiso para inmiscuirte en mi vida y en mis traiciones. Por eso, asustada e indignada, le dije que había entrado gracias al amor que mueve el sol y las estrellas como si fuera un insulto a las muchas palabras bonitas en las que me había envuelto él, sus ojos, sus manos, Dios mío. ¿Por qué no disparas, eh? Oriol se dio cuenta entonces de que todavía estaba encañonándola. Bajó el arma y la dejó en la mesa de la radio. Ella estaba tan perpleja que sólo se le ocurrió decir pero si yo te quiero, por qué me haces esto, Oriol. Y él se levantó del escaño en el que estaba sentado y desaparecí, despechada, humillada, confusa, y salí de la escuela llorando en silencio, en dirección a casa, de donde no tenía que haber salido nunca para ir a preguntar el porqué de una acuciante mirada muda.

Fue una noche de dolor. El engaño de un hombre al que había confiado sin recelo su intimidad la hirió profundamente. Le desgarró el corazón la maldad de ese hombre que había traicionado el recuerdo de mi hermano y de mi padre, que se había metido en mi casa y había permitido que posara para un retrato y que me enamorase con locura. En su larga vida, Elisenda Vilabré nunca viviría un acceso de dudas tan hondo y desgarrador como el que viví aquella noche de vía crucis. Qué dolor tan inconcebible.

Capítulo 64

Siempre que iba a pasar un fin de semana a la playa, Marcel Vilabré sacaba el cuatro por cuatro del garaje de Pau Claris y se lanzaba a la autopista con el piloto automático puesto, mientras terminaba de repasar asuntos con Carmina por medio del sin manos. Sin embargo, al abrir la portezuela, nunca se le había instalado en el asiento de al lado una mujer desconocida. Al verla entrar pensó muchas cosas. Lo primero, en la ETA y el GRAPO, pero enseguida lo rechazó, porque ya estaría en el maletero de un coche, encapuchado y contando las sacudidas para contárselo a la policía en el momento del brindis y de los lamentos por el pago del rescate. Pero, sobre todo, lo que sintió fue irritación profesional, porque pagaba un buen pico al mes en concepto de seguridad personal y una mujer se le había instalado en el coche tan ricamente. Y los dos escoltas estarían buscándolo en la oficina, armados de sendos dispositivos para sordos, como para darse importancia y, de paso, clavar quinientos euros más en la minuta mensual. Todo eso le pasó por la cabeza, aunque había llegado al coche pensando en cómo plantear definitivamente al Barça la cesión de la exclusiva para el equipamiento completo del primer equipo; les haría una oferta imposible de rechazar y mandarían a tomar viento a la chapucera Naiqui de la madre que los parió.

—¿Qué hace usted aquí?

Era una mujer rellenita, con los ojos vivos y agradables. Tiene un buen polvo, seguro. Y la actitud indefinible, entre fatalista y humilde, de las personas tozudas.

—Tengo que comunicarle una cosa.

—Salga de mi coche inmediatamente o llamo a seguridad.

—Sus gorilas deben de estar bajando la rampa; parece ser que lo han perdido a usted de vista.

—Y cómo sabe que...

—Cinco horas de espera en la recepción de Brusports ilustran mucho.

Una empleada despedida. La mujer de un operario despedido. Un enlace sindical de los cojones. Una antigua empleada que quiere reclamar por el rollo ese de las gomas y el asma.

—Si quería hablar conmigo, tenía que haber pedido hora en recepción.

—Imposible. Tiene unos filtros muy eficaces, señor Vilabré.

—¿Qué quiere? —Actitud, tono y gesto de impaciencia y autoridad.

Los dos gorilas sordos llegaron al cuatro por cuatro con cara de preocupación.

Uno de ellos se agachó y miró por la ventanilla.

—Nos dijeron que... —Miró a la desconocida con una expresión inquisitiva muy profesional. Al señor Vilabré—: ¿Todo en orden?

Una cosa que molestaba bastante a Marcel Vilabré i Vilabré era que los dos

gorilas creyeran que él ligaba con mujeres tan limitadas como la desconocida obstinada y, por si fuera poco, lo contarán por ahí. Entonces sonó, anémico, el tema de la Obertura de la gran Pascua Rusa de Rimskij y él puso cara de resignación, como siempre que sonaba el tema de la Obertura de la gran Pascua Rusa de Rimskij cuando estaba con una mujer y dijo dime, Carmina.

—Ikea dice que sí.

—¿Y Bedogni? —despierto de pronto.

—De viaje, a Estocolmo.

—Anúlame la reserva de Antibes. Quiero estar en Estocolmo esta noche.

—Le recuerdo que el lunes tiene cita en el Vaticano.

—Lo sé. Si es preciso, voy allí directamente. Ah, y transmite mis disculpas a Natalie. —Se dio cuenta de que los guardaespaldas se apartaban para no oír la conversación. La antigua empleada reivindicativa seguía sentada y quieta en el asiento del copiloto—. Dile que la llamaré. Mándale un ramo de flores muy... No sé, como veas. ¡Ah, sí! Esas flores que..., dalias. Le gustan mucho. Que haya dalias.

Apretó el botón de desconexión sin despedirse de la tal Carmina y suspiró. Al escolta que tenía más cerca:

—Me voy al aeropuerto.

Sin mirar a la desconocida dijo señora, estoy muy atareado. ¿Quiere hacer el favor de salir del coche? A modo de respuesta, la mujer le entregó un sobre grande relativamente grueso. Marcel lo cogió, curioso y temeroso a un tiempo. Chantaje. Un chantaje en las narices de los seguratas. ¿Con qué clase de mujer lo habían pillado y cómo?

—Es la copia de una carta que le envió su padre cuando nació usted, hace cincuenta y siete años. El original lo tengo yo. —Abrió la portezuela de su lado—. Dentro encontrará una tarjeta mía. Con teléfonos y demás datos.

—¿Es una broma?

—Por favor, lea la carta y crea lo que dice. Ya hablaremos después, si me lo permite.

Marcel Vilabré, intrigado, desgarró el sobre. Dentro, unos folios de ordenador:

«Querida hijita mía, no sé cómo te llamas», leyó por encima, sin sacar los folios del sobre. Y miró a la mujer:

—Me parece que se equivoca. Mi padre no tuvo hijas.

—No. Es su padre y le escribe a usted, aunque le llame hijita. Lo entenderá más adelante, supongo...

Salió del coche. Todavía con la puerta abierta dijo llámeme cuando lo haya leído.

El vuelo a Copenhague se le pasó en un suspiro. No comió ni atendió a la posibilidad de tomarse una copa de champán ni nada por el estilo. En lugar de repasar el material y la documentación de Ikea —al fin y al cabo, se la sabía de memoria—

leyó dos veces la carta del famoso maestro Fontelles a su hija que, según una desconocida medio loca, era él. Y estuvo mirando fijamente por la ventanilla. En la sala VIP del aeropuerto de Copenhague probó distraídamente unos cacahuets que le pusieron delante y releyó, ahora en diagonal, las numerosas páginas de la extraña carta. Volvió a mirar la tarjeta de la mujer: nombre, correo electrónico y teléfono. Y una dirección de Sort.

De pronto reaccionó, cogió el puñado de folios y fue a la trituradora de papel. Los introdujo uno a uno, arrancando gemidos de dolor a los recuerdos de Oriol; en el último momento guardó la tarjeta de la mujer. Con fuerza y determinación, Marcel Vilabré, la hijita mía, no sé cómo te llamas, agarró el portafolios en el que llevaba la documentación de Saverio Bedogni y de Ikea y se marchó de la sala VIP en el momento en que una voz suave y hechizadora anunciaba el vuelo a Estocolmo.

Roma, máxime viniendo de Estocolmo, era el caos, el ruido, el desorden, la circulación arriesgada e imaginativa, los gritos y las diez mil iglesias de las siete colinas. Su madre había tenido el tacto de reservar habitación en hoteles diferentes y, por tanto, Marcel Vilabré tuvo que llamar al de Elisenda para avisar de que se presentaría en la suite de su madre antes de cenar. Por lo visto, la signora había reservado mesa en el mismo hotel, signora Vilabré, y pensaba cenar sola o con Gasull, que era otra manera de cenar sola. En un taxi suicida se trasladó al hotel de su madre, cerca del Vaticano. Empezaba a anoecer e il Cupolone ya estaba iluminado.

Al cabo de un buen rato, la señora Vilabré, sentada en el sofá de la suite, inmóvil, hurgando en los recuerdos, las manos juntas reposando en el regazo, dijo Romà, haz el favor de leerme inmediatamente ese escrito.

—Mamá, lo destruí.

—Idiota.

—No. Así tienes que fiarte de mi palabra. —A Gasull—: ¿Nos dejas a solas un momento?

—Romà, no te vayas.

Gasull, atrapado como siempre entre dos fidelidades, semiincorporado, miró a Marcel como una fiera acorralada. Ya no tenía edad para esas cosas. Con un gesto, Marcel le dio a entender que hiciera lo que quisiera y Gasull volvió a sentarse con un suspiro, pero no de alivio, sino de dolor porque, además de la artritis que le machacaba la rodilla derecha, sabía que se iba a desatar una tormenta.

—Según esa carta, tu San Oriol Fontelles era un maqui comunista y es fácil imaginarse que también era tu amante.

—Son invenciones. Ganas de hacer daño.

—No es que entienda mucho de santos —prosiguió Marcel sin hacer caso del comentario—, pero si Fontelles no es lo que se cree oficialmente, no se le puede beatificar mañana, ¿no?

Dos segundos para pensar una nueva táctica desesperada de trinchera.

—Te preguntas por los detalles de la vida de un hombre que murió mártir y no quieres saber siquiera si realmente fue tu padre o no.

—Me da igual.

—¿Qué? —herida, escandalizada.

—Pues eso, mamá, que me importa un rábano. —En un tono más enérgico y sin dar tiempo a Elisenda a replicar—: Estoy dispuesto a montar un escándalo, en recuerdo del que me montaste tú hace ahora doce años.

—Por favor, Marcel, ten...

—Tú no tendrías que estar aquí —dijo secamente a Gasull—, o sea que cállate. —A Elisenda—: Mañana no beatificarán a tu santo.

—Muy bien. ¿Qué quieres a cambio?

—Todo.

Silencio. Romà Gasull estaba al borde del infarto y Elisenda, por segunda vez en su vida, pensó Oriol, qué mal lo he hecho; tu propio hijo quiere matarme de pena, igual que tú cuando me apuntabas con la pistola asustada y con todos tus secretos al descubierto, a pesar de que tiene tus ojos y la misma curva de la nariz. ¿O es que sois una raza maldita que sólo ha nacido para acrecentar mi desgracia? Abrió los ojos, perpleja, como si viera algo.

—¿Qué significa todo?

—Ya lo sabes. Todo. Si quieres, retírate a Torena a rezar avemarías a San Fontelles.

Si no fuera ciega, si tuviera unos años menos, si Romà no estuviera allí, abofetearía a su hijo.

—Quieres matarme ¿no?

—¡No, mamá, por Dios! Lo único que pasa es que tengo cincuenta y siete años y quiero mandar en lo que es mío sin tener que pedirte permiso para nada. ¡Para nada! Es muy sencillo, ¿no?

—Muy bien. Después de la beatificación firmaré una escritura de renuncia. —Inclinando la cabeza, a Gasull—: Prepáralo todo para mañana.

—Es un error, Elisenda.

Madre e hijo dijeron cállate, tú no te metas; lo único en lo que se pusieron de acuerdo. También tomaron la decisión de que Mertxe cogiera un avión desde Barcelona y volase al Vaticano con vestido largo y oscuro, con la compensación económica que fuera necesaria. Estrictamente para la ceremonia, Mertxe, de verdad.

Ante el argumento de Gasull, Mertxe Centelles-Anglesola i Erill ex de Vilabré dijo de acuerdo, sólo la ceremonia, y dictó al abogado de la familia el número de cuenta corriente en la que debía depositar el argumento.

—¿Qué va a pasar con Ikea? —dijo Elisenda, cuando todo hubo terminado.

—Mamá, acabas de retirarte.

—No; hasta mañana después de la beatificación, no.

Marcel movió la cabeza, admirado por el carácter de su madre y le dijo que Bedogni y Brusports compraban el cuarenta y cinco por ciento de tres sociedades filiales, porque el tronco principal era cooperativa.

—¿Vale la pena?

—A corto, medio y largo plazo. Es una gran operación. —Con una sombra de humor, la hijita mía, no sé cómo te llamas, remachó—: La Gran Operación.

—¿De verdad no quieres saber si Oriol era tu padre?

—No. Adiós, hasta mañana.

—Adiós, hijo. Que Dios te maldiga.

Entró con los ojos hundidos por falta de sueño, cerró delicadamente la puerta del despacho del alcalde y se sentó en la silla de enfrente. La estancia apestaba a tabaco frío mezclado con trazas de alcohol. Tamborileó en la mesa con los dedos, la mirada en la lejanía, acompañando al pensamiento, y se dispuso a esperar con paciencia, porque la decisión estaba tomada de antemano.

Valentí Targa no tardó ni cinco minutos en llegar, pensando Ramo de Flores está inaguantable desde que vino, mujeres, mujeres, quién coño me manda metérmelas en casa si sé que van a complicarme la vida. El alcalde llevaba un abrigo precipitado, iba sin afeitar y con cara de qué tripa se te ha roto ahora.

—El maestro.

Sin quitarse el abrigo, Valentí Targa se sentó en su silla de alcalde. Se notaba mucho que lo habían obligado a salir de la cama.

—¿Qué hay del camarada Fontelles?

—Vete a inspeccionar el sotabanco de la escuela y lo sabrás. —Elisenda Vilabré aspiró con fuerza el aire rancio del despacho, adelantó la silla y apoyó los brazos en la mesa. Sus palabras estaban espolvoreadas de odio y de pena.

—Nos ha engañado a todos y eso no se lo consiento a nadie.

—¿De qué hablas?

—Mátalo.

—No sois... Él y tú no...

—Mátalo.

Capítulo 65

El Euromed aminoraba la marcha poco a poco, como dando a los pasajeros la última oportunidad de contemplar el paisaje cegador del Mediterráneo. Cuando se detuvo, soltó algo semejante a un suspiro y se abrieron algunas las puertas. Tina se apeó y recibió súbitamente la bocanada de calor que se había ahorrado en el interior del tren, aunque estaban en el mes de marzo.

Tal como estaba previsto, el grupo de jubilados salió puntualmente de la visita al castillo de Peñíscola; unos llevaban postales en la mano, otros enfundaban la máquina y todos esperaban el arroz a banda que les habían prometido para las dos de la tarde. Entre los más rezagados, vio a Balansó, con un acordeón de postales de diferentes vistas del castillo. Andaba con parsimonia y conservaba el bigote fino, blanquecino ya, y una mirada tan viva que parecía imposible que tuviera más de ochenta años. Cuando le dijo que se llamaba Tina Bros, que estaba haciendo un reportaje sobre las iglesias y los cementerios del Pallars y que estaba convencida de que podía ayudarla, se dio cuenta de que el hombre se ponía en guardia; cerró el acordeón de postales como si fuera una precaución necesaria y dijo se equivoca, señorita.

—Andreu Balansó, natural de la Poble, ayudante del alcalde Valentí Targa. Está usted implicado en cinco asesinatos que nunca se han juzgado. ¿Me equivoco?

Tragó saliva. Era el momento crucial: o Balansó la mandaba a paseo o hacía lo que empezó a hacer, atemorizarse, notar que el suelo era inseguro y proponer a la señorita desconocida un encuentro después de comer, para tomar café. Pero ella no cayó en la trampa y le dijo que después de comer se van ustedes al autocar. Lo invito a comer aparte.

Lo agarró del brazo como si ayudara a un abuelo querido.

—Nos echarán de menos.

—Que lloren. No perderá el autocar por mi culpa.

En lugar de arroz a banda comieron arroz con verdura en un restaurante solitario, lejos de la influencia del castillo. Tina mintió como nunca lo había hecho, asegurándole que un colega superviviente se lo había contado todo y le había dicho su nombre, y que no tenía nada que temer porque, con el cambio de siglo, habían prescrito todos los actos criminales de cariz político, e incluso lo ilustró enseñándole la página del periódico oficial en el que se hablaba de ayudas a la creación literaria, plástica y musical.

—No tengo por qué contarle nada.

—Sí, porque, si no, arrastraré su nombre por el suelo, señor Balansó. —Sonrió al tiempo que comía una cucharada de arroz, demasiado bueno para la situación—. Y nadie vendrá a rescatarlo.

—¿No ha dicho que todo ha prescrito?

—Sí, pero yo lo hundo a usted. Soy periodista. —Sin saber muy bien lo que decía —: Conoce perfectamente el funcionamiento de estas cosas: una foto suya, un programa en la tele, una presentadora con ganas de levantar polémica...

—Obedecí órdenes y todo lo que se hizo fue necesario.

—No lo dudo. ¿Cómo murió Oriol Fontelles?

—¿Quién?

—El maestro de Torena.

Hacía cinco minutos que la señora se había marchado pero el olor del perfume todavía impregnaba el aire. Entre tanto, Targa no se movió de la silla pensando eso es que ha tenido un mal polvo; pensando, bueno, yo también te tenía vigilado, pensando hijo de tu madre, si resulta que de verdad me has traicionado, te hago papilla, aunque luego tenga problemas. Levantó la cabeza despeinada y dijo ¿qué?

Un telegrama. Un soldado desconocido le había traído personalmente un telegrama. De Capitanía General. Secreto. Invítadlo a un café en casa Marés, dijo.

Abrió el telegrama con dedos voraces, esperando un premio, un elogio, una caricia, un te quiero, hostia, aunque sólo sea uno, de parte de quien sea.

CONFIDENCIAL STOP

REFERENTE INDAGACIONES INDIVIDUO OSSIAN
RASTRO UNICO REMONTA SIGLO SEXTO ESCOCIA
STOP POETA STOP NO PELIGRO INMEDIATO STOP
ABRAZOS STOP VIVA FRANCO STOP VENANCIO.

STOP

No peligro inmediato. Balansó, Arcadio, gritó. Y ordenó a los dos hombres que fueran a la escuela y lo registraran todo a fondo, todo, el desván también, sin dejarse un adjetivo ni un afluyente por remover, y que le informasen de lo que descubrieran.

Pero antes de que los hombres fuesen a cumplir la orden, el teléfono empezó a echar humo, Torena, aquí Sort, Torena, nena, me oyes. Dime, Sort, reina. Que digas al alcalde que hay centenares de maquis por todo el monte, Esterri, València, Isil, Alins, Escaló y dicen que hasta en Baiasca, sobre todo. Santísima madre de Dios. ¿Estás segura? ¿Sort? ¿Me oyes, reina? Digo que si estás segura. ¿Sort? Ahora, Torena, es que las líneas están huy, aquí, todo el mundo de los nervios. Me dicen que digas al alcalde que vivaspaña. Pues aquí todo está como la seda. Espera un momento, Sort.

Di, Esterri, guapa, di. No. ¿De verdad? Qué agobio, Esterri. Sort, dice Esterri que la zona está llena de soldados comunistas. Y aquí también. María Santísima. ¿Y tú, Torena? Aquí, todo tranquilo. Tengo que colgar, Torena. Adiós, Sort. Adiós, Torena, reina.

—Si, señor alcalde, eso me han dicho. Y vivaspaña.

—Mecagüen diez, si vienen los recibimos a hostias, vivaspaña, Cinteta. Y tú, pegada al teléfono.

—Sí, señor alcalde.

Balansó y Gómez Pié. Y también el de las cejas erizadas, que se llama..., no me acuerdo, y tres silenciosos hombres más. La escuela puede esperar. Todos con el informe telefónico, todos con el uniforme de la Falange y la pistola en la funda, todos esperando impacientes a que algún bandolero se decidiera a entrar en Torena.

—Pues ya lo sabéis. Voy a casa un momento, a afeitarme. Cada cual en el puesto asignado, y abrigaos bien.

—¿Por dónde vendrán?

—Puede que por Espot. Es cuestión de esperar.

—Y si decimos a la Guardia Civil que...

—La Benemérita tiene trabajo de sobra allá abajo. Aquí, nosotros y nuestros cojones.

En Torena, el pelotón falangista pasó la mañana entre el Ayuntamiento y los puestos de vigilancia, y Targa, incordiando a Cinteta la de teléfonos sin parar, mandándola llamar a Sort, oteando la montaña, fumando y esperando al enemigo, que no acababa de asomar la nariz, hasta que, a la hora del recreo, pasó por la escuela sin detenerse. Los niños no salieron a jugar porque hacía frío y el maestro estaba contándoles un cuento. Es imposible, pensó. Antes de que el camarada Fontelles levantara la cabeza y lo viese, tiró la colilla y se marchó en dirección a ca de Marés, a

comer y a reunirse con su Ramito de Flores, que estaba un poco mustia y muy rara.

Oriol estuvo todo el día pensando en la noche anterior y en la siguiente; siguió marcando en rojo las faltas de ortografía del dictado de Carme, la menor de ca de Cullerés, que hacía unos días que no se fijaba en nada porque estaba emperrada en matricularse en el taller de costura de Sort y lo decía a todas horas. A lo mejor estaba enamorada. Estuvo todo el día esperando la visita definitiva de Targa, que no llegaba, conteniendo el deseo de huir al monte, porque se esperaba que a partir de las siete jota cinco volviera a comunicar y se decía que su función era esencial para el contacto entre las dos brigadas, una a cada lado del Montsent. Estaba desfallecido y no sólo de miedo, sino porque había estado toda la noche ejerciendo de enlace entre las dos brigadas que avanzaban a oscuras en dirección a València d'Àneu y Esterri respectivamente, mientras el grueso de las fuerzas se concentraba en Vall d'Aran. Y ahora, a media mañana, la radio silenciosa, casi vencido por el sueño, seguía señalando más faltas de ortografía, ahora las de Jaumet Serrallac, aunque cometía pocas; a pesar de la distancia mal disimulada que el niño mantenía con él, tenía una necesidad tan apremiante de saberlo todo que hasta recurría al maestro en busca de saber. Mientras cazaba un acento sobrante, la brigada cuatrocientos diez, con un frío intensísimo y un aire helado, llegaba a Bòrdes y la número 11 fracasaba en la ocupación de la boca norte del túnel de Viella porque no hemos venido, oh, Señor, a luchar contra los elementos, sino contra el ejército franquista. Pero la quinientos quince, que había entrado por Canejan, ocupó el valle de Toran y, siguiendo el curso del Garona, se fue hacia la libertad.

—Echar echa la hache, Jaumet.

—¡Ah, claro!

A mediodía, el alcalde explicó la situación a todos los silenciosos clientes de ca de Marés y dijo si viene un guerrillero hijo de puta lo cuelgo por los huevos, y Ramo de Flores esperó a que Targa diera por finalizadas las arengas y se concentrase en el plato de lentejas, y entonces le contó sus miedos y certidumbres en voz baja. Y por eso estoy tan nerviosa.

—¿Estás segura?

—Si no es él, es clavado. Te lo juro.

Mujeres, que no distinguís un carnero de un morueco, cagüendiós.

—Eso es muy grave.

—¿Crees que te mentiría en una cosa así, cariño?

Hasta las siete, de noche, no tenía que volver a la radio. Si es que había espacio para la noche en su día. El teniente Marcó y sus hombres, exponiéndose a la muerte en cualquier cresta o en el bosque centenario del Gerdar de Sorpe, tenían la misión de provocar incidentes en seis o siete núcleos de población diferentes y alejados de la frontera, para contribuir al caos y evitar que el ejército franquista pasara por la

Bonaigua. Entre tanto, él corregía el cuaderno de Jaumet Serrallac el de ca de Lliset.

Sabía que Ventura no dejaría de pasar por Torena en un momento u otro. Por eso hizo una locura, y, como el frío remitió un poco, mientras mayores, medianos y pequeños pasaban la hora del recreo en el patio corriendo detrás del balón de trapo, subió al desván, encendió la radio, sintonizó la frecuencia del teniente y dijo jota cinco a Marcó, jota cinco a Marcó, y los oyó con absoluta claridad, porque no debían de estar ya en la zona de Sorpe, sino más cerca, y dijo el lobo y las cinco hienas no salen de la guarida, están todos en la guarida, y cortó, desconectó, bajó del desván y todavía tuvo tiempo de separar a Nando y a Albert los de ca de Batalla, que peleaban por la legalidad dudosa de un gol crucial.

—Eh, chavalón, ven aquí, cómo te llamas.

—Jaumet.

—¿De qué casa eres?

—De ca de Lliset.

—¿El de las piedras?

—Sí, señor.

En la cocina, Bibiana alineaba botes de mermelada, sacaba brillo a la chapa del fogón y decía qué le pasa, qué le pasa, ay, que esto es muy grave, qué le pasa; la tristeza la aplasta como una losa, la va a matar; porque eso no es llorar, es puro aullar; es como si luchara contra Dios. ¡Ay, no tengo remedio para un sufrir tan grande! En ese momento del pensamiento, en el salón, ante su retrato, Elisenda se deshacía en un río de lágrimas silencioso y amargo y tenía tentaciones de abandonar, salir a la calle, abrazar a Oriol y esconderlo de los enemigos que ella misma había azuzado contra él. Entonces cogió el retrato de su hermano, que sonreía, y de su padre, que estaba enfadado, y notó una vez más el borbotón colérico que barría con todo porque a mí no me engaña nadie. Y un minuto después rebrotaba el río de lágrimas, más abundante que la cascada de Gargalla y decía Oriol, Oriol, cómo has podido ser tan perverso, después de lograr que mi mundo se reduzca a ti.

—Niña... Una infusión.

—He dicho que no me moleste nadie.

Pobrecilla mía. Qué hago, qué le digo. Si pudiera acunarla y cantarle la canción de la tontuela de Baiasca o la de la vaca gorda de Arestui, pero ya me deja acunarla en los brazos, ay, cuánto duele el dolor.

Llegó la hora de las semisombras frías y los niños salieron corriendo de la escuela, chillando alegremente, de vuelta a casa, donde los esperaba el pan con aceite de la merienda, mientras en Vall d'Aran se restablecía un frente fijo y los teléfonos franquistas echaban humo reclamando refuerzos. La Última Cena que preparó, como todas las demás en el escondite de la escuela, consistió en los restos de carne confitada que dos días antes le había dado la Báscones, deseosa de alimentar a

patriotas, y que él alargaba con patatas cocidas, un poco de pan y un trago de vino, mientras pensaba inevitablemente en sus mujeres, Rosa, su hijita sin nombre y Elisenda, estupefacta ante la pistola; por lo visto, no lo había delatado. Se dio cuenta de que el silencio del paisaje era un poco más denso de lo habitual. Pero aún era más extraño el silencio de Targa, que todavía no había venido a decirle a la cara tu quoque, quisiste matarme, fuiste tú, cabrón asesino, me lo ha dicho Ramo de Flores, que te vio el miedo en la pupila de los ojos. ¿Por qué, si eres mi camarada? ¿Y

Claudio Asín? ¿Y las lecciones de anatomía del doctor Targa? ¿Y el Caudillo, cagüendiez?

Oyó unos pasos apresurados, pero vacilantes, y de repente se presentó en la alcoba Jaumet, que siempre iba corriendo de un lado a otro, como con prisa por vivirlo todo, y, con la vista fija en la carne confitada para no mirar al maestro a los ojos, se quedó quieto, en silencio, jadeando.

—¿Qué hay, Jaumet?

—Que dice que un tal Ossian lo espera en la iglesia.

—¿Quién?

—Ossian.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Es que dice que no lo puede decir. Que es un amigo.

Faltaba media hora para retomar las comunicaciones y, si había de morir, no quería abandonar la escuela.

—¿Y el mosén?

—En la Seu. Dice que le diga que son amigos.

—No se lo cuentes nunca a nadie. Nunca.

—No, señor.

—¿Quieres un poco?

Jaume Serrallac miró ansiosamente el plato del maestro, pero dijo no, gracias, y echó a correr a casa sin saber que había sido emisario de la muerte.

Cuando se quedó solo, Oriol pensó en Ventura; quizá hubiera planeado una escabechina contra el Ayuntamiento. Dios mío, si es eso, todavía puedo salvarme.

Apartó el plato y, por un momento, sintió cierto alivio; no cayó en la cuenta de que sólo había hablado de Ossian con Valentí. Se abrigó y, al pasar por el aula, miró la pizarra y pensó hija mía, sé una persona digna. Al salir de la escuela palpó algo en los bolsillos del abrigo: todavía llevaba los dos libritos que Elisenda fingió devolverle. Sonrió, a pesar de todo.

—Ahora sí me tomo esa infusión, Bibiana.

Oriol miró de nuevo atrás, al edificio de la escuela, y tuvo un escalofrío, porque la estaba mirando desde el mismo sitio que la contemplaron Rosa y él la primera vez, y también desde donde Aquil·les lo miró cuando, después de cobrar fuerzas y curarse

de las heridas de las patas, decidió reanudar, con la lengua fuera, su viaje imposible hacia el norte, siguiendo el rastro invisible de Yves y Fabrice, y lo dejó con el corazón un poco más agrietado. Evitó pasar por delante del Ayuntamiento.

—Y una copita de coñac.

—Pero, chiquilina, si no...

—Coñac, Bibiana.

La puerta de la iglesia de Sant Pere de Torena estaba entornada. La empujó con precaución. Dentro todo estaba a oscuras. Notó una bocanada de aire fresco y humedad y un imperceptible ruido metálico. Se encendió una luz eléctrica, la de la bombilla del altar.

Cuando se dio cuenta de que Ventura, el de los ojos como el carbón, y sus emboscados eran el alcalde Targa y sus falangistas, ya era tarde para todo.

—Hola, camarada.

Adiós, pensó. Adiós, hija. Adiós, montes. Miró a los cinco hombres.

—Hola, camaradas. ¿Qué hay?

Valentí Targa hizo una seña y dos de los hombres salieron rápidamente de la iglesia. Valentí se sentó en un banco y miró a Oriol con curiosidad mientras Balansó lo cacheaba y le encontraba la pistola, una Astra como las de los maquis, señorita; como me llamo Balansó.

—Pero ¿qué pasa?

—Hay que esperar un poco. ¿Por qué no has venido a ayudarnos?

—¿Ayudaros a qué?

—Acaba de empezar una invasión comunista. —Con un ligero movimiento de la cabeza—: ¿Desde cuándo tienes pistola?

—¿Pero qué te pasa? ¿Qué hacemos aquí?

—Esperamos. Tenemos que comprobar una cosa, una de tantas de la que hay que comprobar hoy.

Hizo una seña a Balansó para que saliera también haciendo ruido con las botas y, por tanto, no sé lo que pasó de verdad en algunos momentos, de verdad, señorita.

Del confesionario surgió una sombra que, a medida que se acercaba al círculo de luz, se convertía en el taciturno chófer de Elisenda. Se situó al lado de Targa, el cual lo señalaba con un dedo acusador:

—Te tiras a la señora —le espetó.

—¿A qué viene eso ahora?

—Yo también me la tiré —continuó Targa—: Tiene un buen polvo, ¿no?

—¡Y que usted lo diga! Me la he tirado hasta yo. —Era la primera vez que Oriol oía la voz de Jacinto Mas—. Qué calenturienta es. Pero usted no tenía derecho a tocarla, señor maestro.

—No entiendo nada.

—No me diga que no sabe de qué estamos hablando...

Jacinto lo dijo en tono amenazador al tiempo que metía la mano en el bolsillo y sacaba una libretita arrugada.

—Dame el abrigo, Bibiana.

—¡Ay! ¿Dónde vas, niña, con lo revuelta que está la calle?

—No seas pesada. El abrigo.

Abrió la libretita y pasó las páginas humedeciéndose el pulgar para hacerlo más litúrgico.

—¿Damos un repasito a las veces que se ha reunido usted con la señora?

—La verdad es que... —Oriol miró desorientado a Targa—. No sé a qué juegas.

Targa se levantó, se rió artificiosamente y dijo no juego a nada; de pronto dejó de reír, se plantó delante de Oriol y murmuró hay que esperar un poco más.

Jaleo en la entrada de la iglesia. Los hombres de Targa volvieron cargados con un objeto que dejaron ante Valentí. Era el radiotransmisor. Ha llegado la hora, adiós, hija, adiós, montes, jota cinco, al infierno. Targa examinó el aparato atentamente; se le escapó un silbido de admiración. Uno de los hombres le hacía confidencias al oído y él asentía sin dejar de examinar botones e interruptores. Entonces cogió la pistola de Oriol y también la miró de arriba abajo.

—No es el modelo que...

—El que usa el maquis —confirmó Arcadio Gómez Pié.

Targa se puso frente a Oriol y empezó a hablar en voz baja, escandalizado de la inverosimilitud de sus propias palabras, quisiste matarme, fuiste tú, cabrón asesino, por la espalda, como los cobardes; ¿por qué si eras mi camarada? ¿Por qué un tiro en la nuca a mí, que te lo he dado todo? ¿Desde cuándo? ¿A qué juegas? ¿Quién eres?

La luz de la bombilla se repetía en los ojos furibundos de Valentí y en los de Jacinto, más ansiosos y mudos.

—¿Noticias de movimiento de tropas, dices?

Valentí Targa lo miró con perplejidad, descolocado.

—¿Entiendes algo de lo que te digo? —Señaló la radio—: ¿Has visto lo que tenías en casa?

—No sé de qué me hablas. ¿Por qué iba yo a querer matarte?

Valentí Targa cogió la pistola del maquis, la cargó y apuntó a Oriol en la frente. En el momento en que iba a disparar se oyó un grito y el estruendo de la puerta contra la pared:

—¡Basta! ¡No! ¡No lo hagas!

Elisenda entró y bajó los tres escalones con paso decidido. Jacinto, que tenía buenos reflejos, se retiró hacia la sombra y acabó dentro del confesionario y Oriol esbozó una sonrisa; empezó a mover la cabeza para mirar a su amor en el mismo momento en que el dedo de Targa apretaba el gatillo. El disparo resonó en las

estrechas bóvedas de la iglesia y explotó dentro de la cabeza de Oriol Fontelles, que todavía no había perdido la sonrisa, sin darle tiempo a corroborar erróneamente que, en efecto, moría por culpa de un café con gotas..., con la cantidad de trabajo que quedaba por hacer.

—¿Qué has hecho?

—Cumplir órdenes.

—Te he dicho que...

—Es tarde.

Targa limpió la culata del arma con un pañuelo y la tiró despectivamente al lado del cadáver. Entonces nos llamaron. El maestro estaba en el suelo y la pistola que lo había matado, también. Le juro que yo estaba fuera fumando un cigarrillo y no vi nada, es decir, no puede acusarme de nada.

—¿No le he dicho que todo ha prescrito? —Tina señaló vagamente la fotocopia de las ayudas a la literatura, las artes plásticas y la música.

Cuando la campana de Sant Pere tocó la media, todavía resonaban el grito de Elisenda y el disparo a la cabeza de Oriol. Entonces se precipitaron los acontecimientos como si la Historia tuviera prisa por zanjar los asuntos mezquinos sin entretenerse mucho. Como si el disparo de Targa hubiera sido la señal, se oyó un tiroteo que venía de Arbessé y Targa reaccionó con celeridad, como si estuviera todavía a las órdenes de Caregue, y salió con sus hombres porque comprendió que la guerrilla estaba asaltando el Ayuntamiento con intención de cazarlo a él. Fueron unos minutos de confusión: los maquis entraron en el edificio, el teniente Marcó recorrió las cuatro salas del edificio abriendo puertas con furia y diciendo dónde se ha metido, mecagüen el lobo y las cinco hienas; después empezó a gritar fuera, fuera, seguro que nos han visto, puede ser una trampa, pero ya no pudieron salir porque el pelotón de falangistas los recibió desde la calle con una cortina de disparos, los papeles intercambiados, los maquis defendiendo el Ayuntamiento y la Falange atacándolo.

Sentada en el suelo, frente al altar, Elisenda Vilabré abrazó a Oriol, incorporó un poco el cuerpo inerte y le apoyó la cabeza agujereada contra su pecho, que empezó a teñirse de rojo. Miró al altar, miró a Oriol, lo abrazó y respiró, incapaz de decir una palabra. Muchos minutos después, creyendo que estaba sola, dijo Oriol, yo no quería esto, Oriol, amor, vida, alma mía... Lo reclinó contra su pecho. Le miró la cara, los ojos abiertos, la mirada fría y vidriosa, y lo estrechó contra el corazón mientras pensaba mi padre, mi hermano y mi amor, cuántas muertes en mi vida, y ésta, por mi culpa. Juro que te lo compensaré. Dios mío, qué injusto eres, qué castigo tan terrible me infliges a mí, que sirvo fielmente a tu Iglesia y a ti. Abrazó otra vez a Oriol y, con la voz quebrada, elevó la siguiente plegaria: a partir de ahora, Dios, prepárate.

—Señora, ha fallecido —oyó decir a Jacinto desde atrás, impresionado al ver tanto amor, en el momento en que la cuadrilla de Targa entró de nuevo.

Andreu Balansó se sirvió medio vaso más de vino blanco, satisfecho porque en el pequeño restaurante solitario nadie le recriminaba que repitiera de vino, que al fin y al cabo no hace daño a nadie.

—Cuando volvimos a la iglesia después de repeler con contundencia el ataque de los maquis, la señora todavía estaba allí. Y también el chófer. ¿Sabía que eran amantes?

—¿Quién?

—El chófer y la señora.

—¿Cómo lo sabe?

—Jacinto y yo éramos amigos. Me lo contaba todo con pelos y señales. Ella estaba enamoradísima de él y lo trataba a cuerpo de rey. ¡Aunque no era más que el chófer!

Por cierto, me dijeron que murió de manera un tanto.

—Un tanto qué.

—Pues como si dijéramos.

—¿Qué quiere decir?

—Yo sólo sé lo que dicen por ahí.

Balansó aprovechó el incómodo silencio para tomar otro sorbito. Como el que tomó su colega, el de pelo rizado, pero cuando ya peinaba canas, en compañía de Jacinto Mas, sin hablar, en un establecimiento lóbrego de Zuera, a la orilla del río Gállego, aunque no sabía cómo se llamaba ni le importaba, uno de los ríos que habían aprendido de memoria los niños de la escuela de Torena, que a la sazón ya eran padres de familia, y que habían olvidado para siempre, porque saber que el Gállego es un río que desemboca en el Ebro por Zaragoza no llegó a ser esencial en su vida, y ¿cómo se llama un río que desemboca en otro río y no en el mar?

—Afluente —respondió Elvira Lluís, siete meses y medio antes de morir de tuberculosis.

—Muy bien, Elvireta.

—Muy bien, Arcadio. ¿Qué haces aquí? ¿Te manda ella?

Arcadio Gómez Pié miró la sala: ennegrecida por efecto del humo de algo parecido a una chimenea que había en la pared. Al otro lado, en un estante alto, un aparato de televisión destartado, con unas antenas retorcidas e insuficientes, repetía por cuarta o quinta vez los momentos más esplendorosos de la coronación del nuevo rey de España, es inconcebible que hayamos ganado una guerra, que nos hayamos ensuciado las manos por un ideal, que hayamos jurado fidelidad a los principios del movimiento y a la Falange hasta la muerte y que al día siguiente de la muerte del Caudillo, nuestro guía, nuestro norte, el país se despierte monárquico.

Por eso se pusieron los dos ostensiblemente de espaldas al aparato mientras se tomaban su vaso de vino. Como Gómez Pié no dijo nada, Jacinto prosiguió:

—¿Vienes a matarme?

—¿Fuiste tú?

—A qué te refieres.

—No sé.

—Tú cumples órdenes y basta.

—Como tú. Siempre hemos hecho lo mismo.

—Sí, pero la señora no soporta que la haya dejado porque estaba hasta los cojones de tantos años de trabajo y quería tiempo para mí.

—De verdad que tú y ella...

—Podría recitarte su cuerpo centímetro a centímetro. Fogosa. Tirando a zorra.

Mamadora excepcional. Hasta dentro del coche.

—Caramba.

Jacinto sonrió. Calculaba si tenía que abalanzarse sobre su ex compañero o dejarse matar con una pizca de dignidad. Pensaba en el efecto que causaría en Zuera que lo asesinara allí mismo un pistolero. Quién lo iba a decir, el hermano de Nieves, con lo pacífico que era, con su jardín y sus glicinas.

—Vamos a otro sitio.

—No hace falta —dijo Gómez Pié levantándose.

Y Jacinto pensó ya está, ahora saca la pistola, apunta a la frente al estilo Targa y pum, adiós. Arcadio Gómez Pié metió la mano en el bolsillo, sacó calderilla y la dejó en la mesa. En tono seco dijo haz el favor de dejar de molestar y de contar cuentos chinos, si no quieres llevarte un disgusto mayúsculo. Y salió al frío de diciembre y se fue por el paseo de la orilla del río mientras Jacinto lo miraba sin dar crédito a su suerte, temblando todavía por dentro, preguntándose ¿sólo ha venido a reñirme?, satisfecho de haber tenido valor suficiente para no montar un número, y apuró el vasito de vino y chasqueó la lengua sin dejar de seguir al hombre con la mirada. En el momento en que Arcadio llegó a la farola, a Jacinto se le enturbió la vista, se le paralizaron las mandíbulas, se le quedaron rígidas, y todo el aire del mundo desapareció de sus pulmones, mientras el vasito de vino caía al vacío y campanilleaba alegremente en el suelo antes de romperse debajo del estante del televisor en mil pedazos, como la vida de Jacinto Mas.

—¿Qué es lo que dicen por ahí?

—Pues nada, pero corrió el rumor de que la señora... En fin.

En fin. Que la señora, en fin. Rumores. Tina, un poco mareada, lo apuntó en la memoria e hizo un esfuerzo por volver al día en que murió el maestro, más cosas, que no se le escapara nada, ahora que podía hablar con una persona que casi había presenciado la muerte del maestro. Por eso dijo siga, por favor, quiero saberlo todo.

¿Qué más pasó?

—Pues nada, que..., que por culpa del asalto, la fachada del Ayuntamiento quedó

destrozada. Seguro que todavía se ven las señales, si no han hecho obras.

—¿Y nada más?

—Bueno, a mí también me tocaron la pierna. Por eso cojeo.

—¿Qué más hicieron los maquis?

—Huir como ratas. Matamos a uno y ellos mataron al maestro.

Virgen Santa, Virgen Santísima, madre de Dios, no puede ser, no puede ser, no puede ser. Qué ha pasado. Hace sólo un momento... Esta misma mañana... Anoche mismo... Pero cómo es posible que.

—No sé, padre. Los maquis. Cuidado, mire dónde pisa.

El padre August Vilabré parpadeó al entrar en la iglesia de Sant Pere. A pesar de la tenue luz de las bombillas anémicas, lo deslumbró una claridad que no tenía explicación posible, según comprendió después. Antes que nada, se fijó en el alcalde, que, vestido de falangista, se encontraba sentado en un banco con la cabeza gacha; era la primera vez que veía a Targa cabizbajo. Después vio a su sobrina, de pie ante el altar, manchada de sangre, rezando en voz baja. Y por último vio el cuerpo tendido en el suelo, a los pies del altar, como una ofrenda a la divinidad. El maestro, Dios mío. De un bolsillo del muerto sobresalía el lomo de un libro: el Kempis. El maestro del Kempis. El maestro del Kempis con un agujero en la frente.

—Dios mío, Señor nuestro, ¿qué ha pasado?

Con voz reposada, el alcalde Valentí Targa le contó con todo detalle los hechos admirables e incluso milagrosos, diría yo, y para rematar, en tono alicaído y sumiso, lanzó una acusación:

—Joan el de ca de Ventura es quien ha disparado.

—¿Quién?

—Esplandiu, el del contrabando.

—¿El de Altron, como usted?

—Sí. Está con el maquis. —Se tapó la cara con las manos—. Lo ha matado él. Y yo... no he podido evitarlo de ninguna manera. —Enseña al cura las manos vacías—.

Iba desarmado.

—Es cierto, yo lo he visto todo —atestiguó Elisenda sin volverse, mirando al altar—. El señor maestro se interpuso entre los asesinos y el Sagrario.

—Dios mío, por qué tanto odio, Dios mío... —recitó el padre August, abrumado.

Entonces cayó de rodillas, miró al Sagrario, miró la llama constante del Santísimo y dos, tres, cuatro lágrimas redondas resbalaron por sus santas mejillas.

—El maestro defendió el Sagrario —dijo emocionado.

Vio la cadena de oro. Con la punta de los dedos apartó la camisa medio ensangrentada y descubrió algo parecido a una cruz, tal vez media cruz dorada. La visión le inundó los ojos de lágrimas. De rodillas como estaba, se agachó y besó fervorosamente la frente del mártir. El Santo Protector del Sagrario, declaró casi en

un murmullo. Dios, ten en cuenta que me las pagarás, repitió Elisenda en voz baja, desesperada, y volvió a arrodillarse ante el cuerpo inerte de su único, gran e inmarcesible amor.

Cuando se serenó, el padre August se levantó con esfuerzo y se dirigió al alcalde:

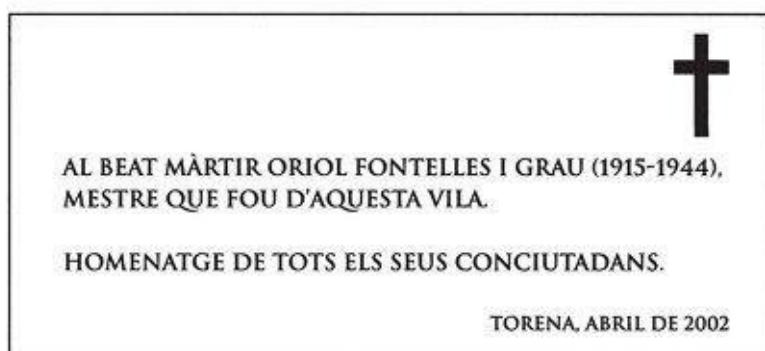
—¿No han podido detener a ninguno?

Silencio por respuesta. Y nosotros, pelándonos de frío, esperando fuera de la iglesia por orden expresa del señor alcalde. Hasta que el chófer de la señora nos dijo que entrásemos. El cura estaba arrodillado al lado del cadáver del maestro, sí, y nos informaron de cómo habían sucedido las cosas.

—Eso es lo que ha pasado —suspiró el cura al terminar, pálido, con una luz diferente en los ojos.

El alcalde se levantó y, con su presencia junto al cura, dio fe de la veracidad de los hechos. La señora se encontraba de pie, mirando al altar, rezando.

—¿Alguna pregunta? —inquirió el alcalde después de mirarlos uno a uno.



Entonces fue cuando nos interrumpió Cinteta la de teléfonos. A pesar de la hora que era, había una llamada urgentísima para el maestro y no lo encuentro por ninguna parte. Y como aquí había luz... ¡Oh, Dios mío!

—¿Para el maestro? —Elisenda Vilabrú, puesta en pie, se volvió a mirar a la telefonista.

—Sí. Una monja perjura de un hospital. ¿Qué ha pasado aquí, María Santísima?

—Hablaré yo con ella, Cinteta —dijo la señora; y se agachó, depositó un beso casto en la frente del mártir, se levantó otra vez y se dispuso a salir.

Y no me tire más de la lengua porque tengo mucho lío en la cabeza... Lo juro por Dios. Hacía un frío del demonio, eso sí que lo recuerdo perfectamente. Y recibimos orden de dispersarnos porque había que salir tras las ratas maquis. Todavía no me habían tronzado la rótula los muy desgraciados. ¿Quién paga esta comida, señorita?

—Es un bloque de granito y la cara principal va toda cubierta de un adorno de dentelladas del cincel; queda muy bonito, y la placa, de mármol gris, con las letras esculpidas; es una maravilla, ojalá pudieras verlo, porque resulta que he encontrado una losa con vetas que parece romana. Les va a encantar, seguro. Sí, sí, a tocateja, por

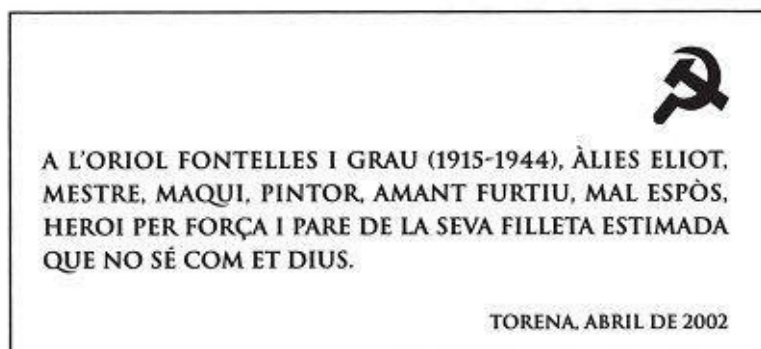
descontado. Pero cuando se pusieron a discutir que si Oriol del Sagrario, Oriol de Torena, Josep Oriol del Sagrario de Torena...

—Es que la gente, cuando se pone a hacer el ridículo, llega a unos extremos que dan pena. Antes de ingresar en el hospital, voy a contárselo todo de cabo a rabo a un periodista.

—¿Qué dices del hospital? ¿Dónde estás?

—No, no es nada.

—Pero, coño, ¿dónde estás?



—Ya te lo contaré. No hay de qué preocuparse. Ingreso la semana que viene, pero no es más que una tontería. ¿Puedes hacerte cargo de mi gato unos días?

—Cuenta con ello. —En el tono más mustio—. Llámame para ir a buscar al minino.

Jaume Serrallac se enfadó súbitamente. Rehízo el calco que tenía encima de la mesa, a ver si les gusta, y por qué coño no me ha contado antes que tenía que ingresar, hostia.

—¿Qué haces?

—Nada. Pruebas.

—¿Te has vuelto loco? ¡Mañana vienen a verlo!

—Lo tendrás, hija. Déjame soñar un poco.

—Estamos apañados con tus cuentos.

—Sí, mis cuentos.

—¿Quién va a ir por el basalto?

—¿A Tremp?

—Sí.

¿Y cómo le digo, si es que se lo digo algún día, que yo he tenido la suerte de saber siempre que ella se llama Amèlia, y de haberla visto crecer, dudar, parir y sacar el genio?

—Voy yo, Amèlia.

SÉPTIMA PARTE

El canto de la lápida
... la casa en silencio, la casa sin ti, hija mía.
VICENT ANDRÉS ESTELLÉS

Para recorrer el larguísimo pasillo apostólico, cuando se han retirado todas las autoridades e invitados de honor, la sientan en una silla de ruedas, aunque opone resistencia. Mamá, caray, que sólo quedamos nosotros, no te preocupes. Un silencioso asistente sanitario de la Guardia Suiza se hace cargo de la silla y emprenden la travesía del desierto. Elisenda intuye en torno a sí los pasos vacilantes de Gasull, los apresurados y nerviosos de Marcel, el taconeo enervado de Mertxe y el silencio felino de Sergi, que es capaz de haber asistido a la ceremonia sin calcetines.

Su querida familia, a la que había sacrificado por ideales más nobles. Sé hasta dónde puedo hacer y deshacer, santidad. Pero hija, si te he oído bien, si te he entendido, te atribuyes el poder de instituir parámetros morales. Sí, santidad, porque sé que hago buen uso de ellos. No oigo tan bien como antaño: ¿verdaderamente has dicho que estás por encima de la moral del prójimo? No sé si he dicho eso, santidad, pero sé que tengo un trato singular con Dios. Eso es imposible, hija; ten cuidado con el orgullo. Dadme vuestra absolución. Todo eso que me cuentas, hija mía, requiere una conversación más larga. Estoy de acuerdo, santidad. No olvides nunca que nuestra Iglesia es la Iglesia de los humildes. ¿Y Escrivá, santidad? ¿Qué? Escrivá; ¿realmente es un santo o sólo un hombre poderoso apoyado por poderes mayores aún?

Debemos terminar, hija, porque me van a regañar los médicos. Dadme la absolución vos personalmente, santidad.

El pasillo apostólico es más largo que un día sin pan. El taconeo de Mertxe resuena casi grotescamente, pero ella no se inmuta, porque es así. Tan prudente como era al principio. Y por culpa de un hombre de nuca limpia y manos como tenazas, que la apartó sin contemplaciones, no le pudo decir hago el bien, tengo un sentido evangélico de la justicia; ojo por ojo, santidad, pero si pierde un ojo es porque de verdad se lo ha quitado a otro, me entendéis; nunca actúo por interés material ni en beneficio propio porque soy rica, gracias a Dios, santidad, no tengo ambiciones de lucro. Sólo ambiciono justicia para los míos y un recuerdo eterno para el hombre a quien amé de verdad, y ahora ya está hecho, lo habéis beatificado, y un día lo santificaréis y, de esa forma, todos verán claramente que siempre elijo el mejor camino. Oriol fue una buena persona, pero ahora algunos pretenden calumniarlo contando insidias sobre su vida. Es bueno que la Iglesia cuente con un beato más. Y si un día juré que encumbraría a Oriol a los altares, ahora lo he cumplido.

Absolvedme de todos los pecados, santidad. Vos, personalmente. Vos, que decís misa en la iglesia de San Pedro. Vos, que sois Cristo en la Tierra.

—¡Basta! ¡No! ¡No lo hagas!

Como todos los días, Elisenda entraba en la iglesia de Sant Pere de Torena y bajaba los tres escalones con paso decidido y, como todos los días, llegaba un segundo tarde, y ése era su infierno eterno y nunca te perdonaré que te dejaras matar en lugar de defenderte. Nunca.

—¿Qué has hecho? —increpaba a Valentí Targa, que todavía tenía la pistola humeante en las manos.

—Cumplir órdenes —decía siempre Targa mientras limpiaba la culata del arma y miraba a Elisenda con un odio nuevo en los ojos.

A la salida, por el mismo pórtico del Palazzo Apostolico por el que entraron, los aguarda la limusina pastando reposadamente entre los adoquines. El grupo familiar, centrado en la señora de negro que va en silla de ruedas, se queda unos segundos en lo alto de la escalinata mirando hacia delante, como esperando a que les hagan una foto de familia que nunca más podrían intentar hacerse. Todo esto ve la señora en sus tinieblas. Os invito a comer, dice con aprensión.

—Tengo trabajo, mamá. —Marcel se ha inclinado hacia su madre y ha hablado en voz baja.

—¿Aquí, en Roma?

—Sí.

—Recuerdos a Saverio Bedogni. —A los demás partícipes de la foto—: ¿Y vosotros qué hacéis, venís?

—¿Seríais tan amables de llamarme a un taxi? —Casi las primeras palabras, llenas de hielo, que ha pronunciado Mertxe en todo el día.

—Romà, que le busquen un taxi. —Inclinando la cabeza hacia otro lado—: ¿Y tú, Sergi?

—He quedado, abuela.

—En Roma no hay olas.

—En Paramaribo. Me esperan dentro de veinticuatro horas y no puedo decepcionarlos.

—Naturalmente.

—Adiós, mamá.

—Adiós, abuela.

—Oye, Sergi, acompáñame tú al aeropuerto, anda.

—Sí, mamá.

—Despida el taxi, Gasull.

—De acuerdo.

—¿Y tú, Romà? ¿También tienes trabajo?

—Lo que mandes.

La señora se levanta sin esfuerzo aparente. Alguien retira la silla y las manos temblorosas de Gasull la sujetan por el brazo. Ella, en voz baja, como tantas y tantas veces:

—¿Estamos solos?

—Sí.

—¿No hay nadie más?

—No. Tú y yo.

—Anula la comida.

—¿No vamos a comer?

—Quiero acostarme. He perdido el apetito.

—Como quieras, Elisenda.

Capítulo 66

Un Mercedes largo, reluciente, con cristales secretos, silencioso, frenó suavemente a la altura de Marbres Serrallac SL, a medio metro de la pared, como si temiera manchar de polvo la lustrosa carrocería. El chófer bajó y abrió una portezuela. Unos pies pulcros, calzados con zapatos rigurosamente negros, con hebilla de plata, salieron del Mercedes y se posaron resueltamente en el suelo.

Hacía años que no se encontraba cara a cara con Elisenda la de casa Gravat.

Todavía no le había visto los ojos ciegos, que ocultaba tras unas gafas ahumadas, aunque vivía enfrente de ella, a un tiro de piedra, en el lado opuesto de la Plaça Major, pero a mil historias de distancia. Se plantó delante de él flanqueada por el chófer y por un hombre tan delgado y enclenque como ella al que he visto muchas veces, pero no sé si es de la familia o qué.

—La señora quiere ver el cenotafio —dijo el de la familia o qué.

—No es un cenotafio. Es un monumento conmemorativo.

—Como se llame.

Los llevó al interior de la nave de talleres. Al fondo, una sierra circular trepanaba los oídos. Serrallac levantó el brazo y la sierra enmudeció, disciplinada. Del despacho iluminado salió Amèlia y, tan pronto como vio de quién se trataba, se acercó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Precisamente lo estamos cargando ahora mismo en el camión.

La dama inclinó la cabeza en dirección al de la familia o qué. Éste, con voz segura:

—Que lo descarguen.

Hay tonos que no admiten réplica. Las tres toneladas de monumento conmemorativo fueron descargadas y vueltas a depositar en el centro de la nave, y Cesc se tragó una maldición porque, además, querían que retirase todas las bridas de sujeción. Entonces, Elisenda la de casa Gravat se acercó acompañada por los dos hombres y puso una mano sobre la cara áspera del granito. Y la otra también. Y entonces sí que deseó volver a ver. Se había adaptado con resignación al negro inamovible de la mirada, quizá porque mentalmente seguía viviendo con intensidad y mayor concentración, si cabe, sin distracciones. En cambio, en ese momento deseaba ver, Oriol, para saber si han hecho exactamente lo que he dispuesto para ti.

Mirando al pasado, dio una vuelta entera al monumento. Y cuando hubo circunvalado la piedra, se centró en la placa de mármol y leyó ávidamente con la yema de los dedos, letra a letra, lo que el de la familia o qué le iba murmurando al oído que decía la leyenda. Tras recorrerlo de arriba abajo, volvió la cabeza y, en las tinieblas, dijo ¿Serrallac? ¿Está Serrallac aquí?

—Diga usted —dijo Serrallac, enfadado porque la había tratado de usted.

—Muchas gracias. Es exactamente lo que yo quería. ¿Tienes las instrucciones para la colocación?

—Sí, sí. Enfrente de la escuela. Ya hemos puesto los cimientos.

—Gracias, Pere.

—Jaume. Soy el hijo de Pere.

La señora Elisenda Vilabré se desorientó, pero sólo unos segundos.

—El hijo.

—Hace veinte años que murió mi padre.

—Claro. —Al de la familia o qué—: ¿Vamos?

Cuando salieron de la nave, Amèlia seguía con la sonrisa puesta y Cesc volvió a colocar las cuerdas para izar el monumento al maestro santo de Torena; Serrallac, pensativo, levantó la mano con autoridad y la sierra circular volvió a horadar tímpanos con la eficacia de costumbre.

Capítulo 67

¿Apagado, yo? Te lo imaginas. ¿Qué tiene que ver Arnau? Mira, si Tina y yo nos hemos esforzado por ser abiertos es para estar preparados para todo, y nos parece muy bien que Arnau haga un stage en Montserrat. No, no, no, un stage. Tranquilo, ni siquiera está bautizado. Por eso te digo que es un ejercicio de tolerancia, nada más.

La tolerancia no es sólo una palabra de discurso político, sino una práctica de vida, lo sabes perfectamente. No. Si el chico quiere conocer otras versiones de la vida, estupendo. En eso siempre contará con mi apoyo. Oye, mira, me paso el día predicando mentalidad abierta, porque aquí hace mucha, mucha falta. Sí, sí, creo de verdad en la ciudadanía universal, por tanto, si mi hijo quiere hacer un stage en Montserrat, muy bien, hijo, necesitas dinero, que te vaya bien y ya nos lo contarás. La transversalidad es eso, ¿no? Claro que sí, hombre. Es mayor de edad, oye. No, ni apagado ni nada, de verdad. El problema es que..., bueno, es que no tengo... Es que resulta que contaba con un dinero, pero ya no lo tengo. Sí, me sigue pareciendo un buen negocio, porque siempre habrá pájaros que se pirren por partirse el cuello haciendo el descenso del río, pero la cuestión es que no tengo dinero suficiente. o esperamos o te buscas a otro socio. Pues claro que lo siento mucho, hombre; la idea era mía, ¿no? ¿Qué? ¿Y qué tiene que ver Tina? ¿Que me anime? Bueno, es que... No, verás, es que... hace unos días que. Es que nos hemos separado, hombre. Como lo oyes. Mira, no quiero entrar en detalles, pero... Sí, muy nerviosa últimamente, muy..., no sé cómo llamarlo. ¿Un amante? No, nada de eso. Rotundamente, hombre. Coño, porque la conozco. Hombre, como comprenderás, no le sigo los pasos, ¿no te parece?

¿Qué dices? No, Joana es una buena amiga, una mujer sensible y generosa que me apoya en estos momentos difíciles, pero nada más. No, qué va, he alquilado un pisito de prisa y corriendo, sí. Lógico, me he quedado solo, pero más vale solo que mal acompañado. No, no, qué va, ha sido muy precipitado por su parte: un buen día va y dice que tiene que reencontrarse con ella misma, que necesita espacio para maniobrar y sandeces de ésas. No, huy, no tiene ni idea de lo que es el mestizaje cultural, sin ánimo de criticarla, por descontado, pero sí que es algo cerrada, sí. Mira, te lo digo con el corazón en la mano, resulta que me ha caído una regiduría, por lo de Porta, sabes, sí, pues te juro que me da tanto trabajo que no me queda mucho tiempo para dar vueltas al asunto. ¿Arnau? No. Ya te digo que está... No, no nos dijo cuántos días duraría, no. ¿Fraile? ¿Tú crees que a mí me puede salir un hijo fraile? No, ahora en Semana Santa, con las vacaciones escolares, pido cuatro días y me largo a Andorra.

Bueno, sí, con Joana, pero eso no significa nada. Hombre, hay muchas cosas que no sé, pero es un libro de fotos básicamente, sobre el Pallars, las montañitas, las vacas

y las ovejas. No, no, no lo critico en absoluto; al contrario, es bueno que se entretenga.

Y además ahora que está probando sus entre comillas espacios de maniobra. ¿Un artículo? ¿Ella? No tenía la menor idea. ¿Sobre el maquis?... No, no sabía nada. Qué raro, porque no me ha dicho una palabra y siempre nos contamos todas las cosas; sí, es decir, nos contábamos todo. ¿Dónde lo han publicado? Ah, pues compraré un ejemplar, sí. Ya lo creo que sabe buscarse la vida. Bueno, la verdad es que estoy bastante harto de tanta vaca y tanta oveja, pero me parece que de aquí ya no me muevo. No, nunca me ha atraído mucho el esquí. Cuatro veces en la Tuca Negra, un par en Port Ainé y nada más. El inconveniente es que con la mierda de la separación me he quedado barbecho, oye, porque hemos hecho separación de bienes, de pasta, y todo el rollo. No, no, civilizadamente. Sí, sí. Hombre, últimamente, un poco histérica, pero no quiero criticarla y sacar sus trapos sucios a relucir, no, no, quiero llevarlo con nobleza, sabes. No, no, no me pillas por ahí: la nobleza debe ser transversal, estar presente en todos los ámbitos de mi vida y, la verdad, decir por ejemplo que estaba un poco histérica, aunque sea cierto, y cada vez más visionaria, que también es cierto, es objetividad pura, no es deseo de criticarla. Bueno, es tan reciente que todavía no he tenido tiempo de hablarlo con Arnau. Ni con el gato, fíjate, que se lo ha quedado la cerda de ella sin negociar; no, hombre, no, es una expresión poco afortunada, de acuerdo, pero no es más que una manera de decirlo, coño, no me salgo ahora con; pues, para que te enteres, fui yo quien dije mira, Tina, no sé qué cojones quiere decir eso del espacio de maniobra, pero como yo quiero que seas feliz, lo acepto. Y me fui y le dejé el piso, todo para ella. Nuestro, comprado, sí, ¿pero qué se le va hacer? No voy a exigirle a estas alturas la mitad de su valor. No, yo no soy de éstos; de rencoroso no tengo nada. Bueno, sí, técnicamente, sí, porque fue ella la que quiso separarse, pero más vale una actitud razonable y generosa en el momento difícil que lamentar actitudes de vileza mental cuando ya es tarde, ¿me explico? Y menos mal que Arnau ya no vive en casa. No, pero cuando termine esa estancia... Bueno, sí, puede que el stage dure un poco más de lo normal, sí. No, hombre, te digo yo que no se hace monje. Y si se hace, pues tal día hará un año. ¿Cómo? No, mañana tengo pleno en el Ayuntamiento. Tampoco, oye. Ah, sí, el jueves, sí. No, en Casa Rendé no quiero...

Sabes, es que. Perfecto, en Escaló. El jueves a las nueve. En cualquier caso, seguimos hablando. Sí, no sabes la rabia que me da no poder embarcarme en esa aventura; sí, nunca mejor dicho, embarcar, sí. Ya te digo yo, cuatro barcas, un todoterreno, contratos temporales y a forrarse con los capullos que vengan de Barcelona a hacer el descenso del Noguera, eso.

Capítulo 68

—En el último número de Àrnica.

—Nosotros hemos puesto dinero ¿no?

—Sí. Bastante. Todos los años.

—Ciérrales el grifo para siempre. Qué más dice.

Las campanas, reposadas, anunciaron las once de la mañana con un matiz solemne y un tono quejumbroso: el viento frío que soplaba desde la madrugada se convirtió en viento helado. Un frente polar. Coincidiendo con la tercera campanada de las horas, empezaron a caer unos sorprendentes copos de nieve, en pleno mes de marzo, que no se deshacían al besar el suelo. El reloj de pared, más viejo que la misma señora, se vio afectado en su dignidad por el súbito cambio de tiempo, pero, en cambio, le importaba un bledo que la revista Àrnica hubiera publicado un artículo —con una foto del monumento en los talleres de Serrallac, otra de la maestra estúpida y un inquietante dibujo inédito del rostro de Oriol— en el que se contaba una historia, tan insólita que no podía interesar a nadie, de la adscripción del beato de Torena al maquis comunista.

—La extraña muerte del santo de Torena.

—No sé qué interés puede tener inventarse esas cosas. —Se frotó los ojos ciegos como haciendo un juego de manos para volver a ver—. Si me gustara maldecir, diría que son todos una pandilla de cabrones y de mal paridos desagradecidos.

—Ya, pero no te preocupes, que esto lo leen cuatro gatos.

—No estoy dispuesta a consentirlo.

—¿Qué quieres que haga?

—No sé.

—Pero tienes que reaccionar.

—Échales a tres o cuatro abogados. Mueve lo que haga falta. —Con un gesto de irritación—: Solúcionalo en serio.

—Tranquilízate te digo; está todo planificado y no me apetece nada hablar de ellos. Me hospitalizan el viernes.

—Bueno, perdona, ¿sabes que ha empezado a nevar en Torena?

—Aquí, no, pero hace un frío cruel.

—¿Te operan el mismo viernes?

—Bueno, no. Analítica, radios y demás. Al día siguiente, quirófano, fuera el tumor y a empezar con la quimio. Y me cago en la puta madre del cáncer.

—¿Cómo?

—Digo que, mucho bla, bla, bla, pero el artículo no aporta ninguna prueba, en eso tienes razón. Sobre todo hace propaganda del libro de fotos que dice que va a publicar.

—Sí, pero ¿por qué te preocupa que haya puesto un autorretrato de Fontelles?

—No me preocupa, me gustaría verlo. Apuesto a que se lo ha sacado la maestra de la manga.

—Todo el artículo es para decir que Fontelles era del maquis. Qué obsesión. Como hizo con Marcel.

—¿Aporta pruebas?

—No, ya digo; se limita a afirmar que conserva el diario del maestro.

—El famoso diario. Dice que lo tiene, pero no lo enseña.

—No sé por qué tiene tanto interés en ensuciar la memoria de Fontelles.

—¿Tú crees lo que dice, Romà?

—Yo creo lo que me digas tú.

—La señora maestra pone el anzuelo, a ver si pica algún barbo de montaña.

—Si es así como lo ves...

—Hace años que no veo nada, Romà.

—Perdona. Es una forma de...

—Ya, ya. Es que estoy muy indignada. Más que miedo, lo que me da la muerte es rabia, porque soy joven todavía.

—Nadie habla de morirse, Tina.

—Tengo muchas cosas que hacer. Tengo ganas de terminar el libro y hojearlo.

Tengo ganas de volver a Torena y oír el canturreo del Pamano.

—Desde el pueblo no se oye. Está muy lejos.

—Pues yo lo he oído. De tanto vivir allí, ni te das cuenta. Y tengo ganas de hablar con mi hijo.

—Un buen programa. ¿Sabes una cosa? Tienes que recuperarte enseguida porque no me gusta nada cuidar gatos, sobre todo si no son míos. ¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y siete. ¿Te habría gustado morirte a los cuarenta y siete? ¿A que no?

—No quiero morirme nunca porque no me fío de nadie para que me haga la lápida. Ni de mi hija, ya ves.

—Qué cosas se te ocurren.

—Todas las vidas terminan en una tumba. ¿Lo sabías?

—Bueno, a ver, ¿qué quieres que ponga en tu lápida?

—Nada. Sólo la piedra. Estoy harto de vidas grabadas. Mármol, si es posible, con alguna veta en diagonal. Que la piedra hable por mí.

—Poeta.

—No te equivoques, Tina.

—¿Te encuentras bien, Elisenda?

—¿Por qué?

—Tienes mala cara...

Elisenda salió al soportal con el chal de invierno sobre los hombros, sin ayuda y

sin el bastón, que sólo usaba dentro de casa. Se imaginó que Marcel habría dado instrucciones de reabrir las instalaciones a los empleados de la Tuca, desde Helsinki o desde donde estuviera. Tiempo ideal para los cañones de nieve. Se situó como mirando a la parte del pueblo en la que estaba la escuela y pensó en Oriol. Se lo imaginó con una ametralladora o una bomba en la mano. El recuerdo del desván se repetía como una comida indigesta: la lámpara de petróleo, la radio, la evidencia del monstruoso engaño que tanto la desconcertó, el miedo de Oriol en la boca del cañón de la pistola, qué decepción tan honda. Entonces hizo un esfuerzo por recuperar a Oriol el del pincel fino, el hombre que le corregía la postura con la delicadísima punta de los dedos y se armaba del pincel más delgado, el de retocar los ojos, o el otro más espeso, y la contemplaba con una mezcla de avidez, respeto y perplejidad que la hechizaba. Nunca la había mirado así ningún hombre. Nunca había experimentado ni experimentaría después esa clase de respeto y curiosidad por un hombre culto, educado y tierno. Las experiencias de Burgos y San Sebastián le hicieron pensar en los hombres con menosprecio mientras guardaba dos camisones, el rosa y el blanco, pulcramente doblados al lado del neceser. ¿Zapatillas? Tal vez sí, ¿no? Y cuatro libros. Y el cargador del móvil. Por si se puede usar en el hospital.

—Si no esperas nada de la vida, la muerte no duele tanto.

—Qué sabrás tú, Yuri Andréievich.

—Paso muchas horas meditando.

Por unos momentos creyó que la maleta roja era la canastilla, también roja, con la ropita y los pañales y el frasco de Nenuco, del día en que rompió aguas en esa misma habitación y tuvieron que irse a toda prisa al hospital a parir a un monje, porque, a pesar de tener fecha fija, porque lo sabes, y de estar prevenida, las contracciones siempre pillan de improviso, como la muerte casi anunciada que me crece por dentro. Arnau, te quiero. Siempre te querré, Oriol, siempre, y sé que lo he hecho de la mejor manera que sabía y no eres quién para juzgarme: he conseguido que te beatificaran, he ganado. Por tu amor, Oriol, he logrado la beatificación y todo el mundo te honrará. Mañana es el gran día. Hemos vencido a todo el pueblo, Oriol, tú, yo y nuestro amor secreto.

Capítulo 69

Valentí Targa abrió los cajones de la mesa del maestro uno tras otro y los dejó caer al suelo con los cuadernos corregidos dentro, y los lapiceros, los trocitos alineados de tiza de colores, los recuerdos desordenados, el borrador sin estrenar; dónde guarda las cosas el perro ese que quiso matarme por la espalda pero me lamía el culo.

—En el desván no queda nada.

—¿Ninguna pared falsa? ¿Ningún agujero? Acordaos del cerdo de Mauri, que se escondió detrás de un tabique de mierda.

—No hay paredes falsas ni agujeros, camarada.

Todos con el uniforme falangista, todos revolviendo como hurones hasta en el último rincón de la escuela y de la casa del maestro, buscando papeles, mapas de las tropas, cualquier cosa que pudiera comprometer el exceso de confianza con que Targa lo había distinguido, y el alcalde sudando de pánico, porque ahora entiendo cómo pudo descubrir el estado mayor del maquis que Pardines era un infiltrado, y me la cargo seguro si se enteran de que se lo conté todo a Oriol.

—Camarada.

Gómez Pié venía de la casa del maestro con una sola captura: un cenicero lleno de colillas.

—¿Y qué?

—¿Fumaba el maestro?

—Me parece que no.

—Es decir, que recibía visitas.

—¿Nada más?

Sí que hacías cosas a mis espaldas, además de tirarte a Elisenda. Cuántos secretos habrás cantado a los comunistas, cerdo asqueroso. Cuánta razón tenía yo en no fiarme de un individuo que no quería mojar, coño.

Targa se sentó en la silla del maestro como si estuviera preparado para explicar los secretos del adjetivo calificativo especificativo o de pedir a Elvira Lluís que siguiera con yo objetara u objetase, la hostia qué dolor de cabeza tan cabrón, esta niña tosiendo todo el santo día, si dependiera de mí le cortaba la tos en seco. A su espalda, ocultos detrás de la pizarra, los cuadernos de la vida de Oriol, dedicados a su hija, su único secreto. Bah, era listo. No tiene nada que pueda comprometer a nadie: ni en un sentido ni en otro. Se levantó en el momento en que Balansó, que no tenía nada en la rodilla, porque en realidad se la fracturó años después, en un accidente de moto, llegó resoplando y, en vez de recitar yo objetara u objetase, dijo camarada, el camarada Claudio Asín viene al entierro.

—La madre que lo parió.

—Pero si es un honor, camarada.

—Quién le ha dicho que...

—El padre August Vilabré ha hecho correr la voz. Va venir mucha gente, incluso camaradas de Tremp.

—En plena guerra —dijo Gómez Pié—. Y vienen a...

—No estamos en guerra, camarada —lo cortó Targa—. No es más que una escaramuza.

Verás, hijo: los cementerios de las aldeas chicas siempre me traen a las mientes los retratos de familia: todo el mundo se conoce y todo el mundo está quieto, arrimadicos unos con otros por los siglos de los siglos, cada cual mirando a su sueño, y los rencores, perdidos entre tanta calma.

—Aquí tienes lo que hay que poner, Serrallac.

—Muy bien. Pero caído lleva acento.

—¿Estás seguro? —Targa lo miró con desconcierto.

—Es mi oficio.

—Pues pónselo. Pero si me entero de que te has equivocado, se te cae el pelo, mira que va a venir gente muy importante.

—Sí, don Valentín.

—A ver si lo acabas a tiempo para el entierro, para que lo vean todos los de fuera.

—Sí, don Valentín.

—Jaumet, hoy no hacemos deberes. Y no creas, que por mucho que éste fuera el tu maestro, lo que es por mí, yo la lápida no se la grabaría. No me gusta grabar recuerdos de asesinos. Pero, velay, a veces hay que hacer algo que no nos gusta, como esto: caído por Dios y por España y cómplice de un crimen que no se nos borra de la cabeza. ¿Está bien centrado o no?

—Sí.

—¿Ves? Aquí se mete un remache.

—Uno en cada esquina.

—Muy bien, chico. Conmigo sales enseñado en un dos por tres. El maestro no merece tanto, pero yo no sé hacer mal lo mío. Así, ¿no?

—Sí. Déjeme pulirlo yo, padre.

—Maestro malasangre, que hiciste más daño que el mismísimo don Valentín, porque de lo malo, malo, él no se anda con disimulo.

—Serrallac: el yugo y las flechas. Vienen directamente de Lérida, conque a ver si te luces.

—Estos yugos se oxidan enseguida. Es mejor grabarlos en la piedra, don Valentín.

—Me importa un pimiento, el caso es que hoy luzca.

Hazme caso, Jaumet, no tengas querencia de él, que no lo merece. Y, por si las moscas, no digas a nadie lo que te he dicho. Amén. Alguna guardo, por si acaso,

porque lo cierto es que tenía cosas de buen hombre y, la verdad, me aconsejó bien en lo de tus estudios. Cómo es la vida, parece mentira.

Con un traje oscuro de vestir, el alma llena de sombras y la mirada endurecida, Elisenda dejó un papel en la mesa de Targa, quien, a pesar de lo poco que faltaba para la ceremonia, se estaba tomando la segunda copa de la botella del armario para darse ánimos.

—Qué es eso.

—Lo que tienes que decir.

—Sólo hablará el padre August.

—Lo que tienes que decir a partir de ahora: pégatelo en la cabeza con pez de carnero.

—Tú me mandaste que...

—Te mandé que parases. Léelo.

Con cierta vacilación, leyó que el maestro Oriol Fontelles había caído en un ataque...

—Caído lleva acento —denunció Targa con indignación.

—Sigue leyendo.

... que puede atribuirse con toda seguridad a las hordas de maquis que infestan estas montañas, y consta, con testigos oculares, la extrema heroicidad del finado, y cosas así. Targa levantó la cabeza y miró a Elisenda con curiosidad.

—Para toda tu vida, te pregunten donde te pregunten, esto es lo que pasó.

Para sellarlo, abrió el bolso, sacó un fajo de billetes, lo dejó encima de la mesa y tuvo una horrible sensación de ruindad, porque parecía que pagara a su sicario por una muerte no deseada, en lugar de por su silencio a perpetuidad.

Se miraron un larguísimo minuto a los ojos, profundamente, sin reservas, como si practicasen una honda relación íntima, el uno contra el otro. Hasta que Elisenda cerró el bolso y se marchó sin decir palabra. Cuando se quedó solo, Valentí Targa valoró con la punta de los dedos y una pizca de admiración las circunstancias materiales del nuevo trato.

Tuvo el tiempo justo de esconder los billetes antes de que el insigne Claudio Asín irrumpiera según su costumbre, sin pedir permiso, porque la Victoria se lo había concedido para siempre, y declamase te conmino, camarada, en nombre de la patria y de todos los hombres de bien, a que rindas homenaje al camarada caído y bautices una calle de este entrañable pueblo con el nombre del camarada Fontelles, y el alcalde Targa exclamó qué buena idea, cómo no se me ha ocurrido antes, y maldecía a su norte, a su referencia, Claudio Asín, presente, porque se había metido donde no lo llamaban, porque lo último que quería colgar en la pared solana del Ayuntamiento era el nombre de su víctima.

—Me parece una idea magnífica —repitió, tragándose la hiel, delante de todos los

camaradas, de camino a la iglesia de Sant Pere—. Es curioso que no se me ocurriera antes ¿eh?

—Es que Claudio Asín es mucho Claudio Asín —reflexionó uno de los filósofos que lo acompañaban.

Fue un entierro espléndido. En la iglesia de Sant Pere no cabía un alfiler. Ofició el padre August Vilabré y, como acólitos de lujo, mosén Bagà y el capellán castrense, coronel Bernardo Azorín, a quien la noticia sorprendió en Sort, cuando se dirigía con una brigada a Vall d’Aran a aniquilar rebeldes. En los bancos de la mano izquierda, la verdadera familia del finado y héroe, es decir, sus camaradas de la Falange Española, capitaneados por el ilustre camarada don Claudio Asín y por el alcalde de la villa de Torena, el ilustrísimo señor don Valentín Targa Sau. Y en el primer banco de la derecha, el reservado a la familia Vilabré, la señora doña Elisenda Vilabré, sola con su dolor oculto, acompañada a cierta distancia por Bibiana, que sabía que ese episodio no había hecho más que empezar. Y en los bancos de atrás, Cecilia Bascónes y todos los miembros de casa Savina, de ca de Birulés, de ca de Narcís, de ca de Majals y de ca de Batalla, todos con una expresión férrea, todo el mundo pendiente de las palabras del padre August, que hablaba del maestro mártir que había sido capaz de defender el Sagrario con la vida, un hombre valiente y me consta que muy piadoso que, al dar la vida por la integridad del Sagrario, la ha dado en cierto modo por todos nosotros. Y Elisenda oyó el responso con la cabeza gacha, los ojos empañados por el exceso de culpa y el ataúd de su querido traidor casi al alcance de la mano. Nunca podré perdonártelo, Oriol, porque toda la culpa es tuya, pero te compensaré porque llegué unos segundos tarde para detener el castigo que te merecías, abominable traidor, amado mío, cómo es posible que guardaras un secreto tan negro, si tu mirada era clara como el agua de las fuentes del Vaquer, y a mí no me queda otro remedio que aprender a vivir con este dolor. Al fondo, cerca de la puerta, Jacinto montaba guardia para que todo estuviera en orden y nadie cometiera impropiedades, no fuera a entrar otro guerrillero a estropear la velada, muy bien, Jacinto. Y en el fondo, más que contento, feliz, porque ahora que el maestro se ha ido, ¿qué se interpone entre la señora y yo?

Yo, aquí, quieta, lejos de la iglesia, oyendo los gritos que salen de vez en cuando de allí dentro. (¡Vivaspaña!) No me dejan ponerte flores, Joanet, hijo: pero es como si te las pusiera. (¡Viva!) Hoy te traigo un ramo grande de botones dorados de Roques Basseres, todos para ti. (¡Camarada Fontelles, presente!) Si yo fuera Dios, cogería una bomba y la tiraría ahora mismo dentro de la iglesia para pillarlos a todos. (¡Viva Franco!) Nunca sabré si mi Joan vino anoche con los que entraron en el pueblo; a casa no ha podido venir, pero ha dejado un rastro limpiísimo de su manera de obrar. Qué lástima que no haya podido acabar con Targa todavía. Al menos el maestro ya ha pagado por el mal que nos ha hecho. (¡Arribaspaña!) Ay, Joanet, voy a pasarme la

vida llorándote, hijo, porque la desgracia más grande de una madre es que se muera su hijo, sobre todo cuando ha dado tiempo a quererlo, a reñirlo, a darle muchas veces pan con aceite para merendar y a llamarlo todos los días desde la ventana al anochecer.

Capítulo 70

Jaume Serrallac salió al poyo a fumar el último pitillo. El cielo estaba encapotado y la tierra, nevada. En casa Gravat, justo enfrente, no había más luz encendida que la de la entrada. Qué frío de diciembre en pleno marzo, pensó. No tengas querencia de él, Jaumet, me decía. Cuánto nos equivocamos todos. Pero mi padre dijo que él le guardaba alguna, por si acaso, como si supiera que Fontelles tenía dos caras. Le hicimos la lápida de falangista y ahora le hacemos el monumento de beato. Marbres Serrallac, siempre al servicio de la mentira. Menos mal que Tina, con sus escritos, le hará la lápida de verdad. Tuvo un escalofrío y miró hacia arriba. Imposible ver alguna estrella tras la capa de las nubes. Estarían todas congeladas. Volvió a pensar en Tina y en la mala suerte que tenía, tan joven, cuarenta y siete años. Como todo el paisaje estaba nevado, los animales de la noche guardaban silencio. Entonces oyó el silencio y, por primera vez en la vida, oyó el agua a lo lejos. El vibrador del móvil que llevaba en el bolsillo le dispersó el pensamiento. Amèlia. ¿No paras nunca, hija?

Dando las últimas caladas y mirando distraídamente hacia casa Gravat, atendió a las instrucciones de su hija, colgó y marcó un número predeterminado. Oyó la voz de Tina que decía ahora no puedo ponerme pero deja el mensaje después de la señal.

Qué temprano se ha ido a dormir, pobrecilla.

—Oye, que no puedo ir a primera hora. Es que me ha salido otro cargamento de pizarra en Tremp y mi hija se ha plantado. Pero no te preocupes, paso a media mañana, antes de comer. Adiós. Mucha suerte y un potxó. Luego voy a verte. ¡Ah! Y tienes razón: en efecto, se oye el canturreo del Pamano.

Bip, bip. Adiós. Una voz masculina con acento pallarés de la montaña, cascada por el tabaco y el café con gotas, que aludía con naturalidad al día siguiente. El desconocido esperó unos segundos, por si se abría alguna puerta. Nada. Nadie.

Afortunadamente, Yuri había optado por no delatarse y seguía escondido en su inmovilidad. Cuando se hubo disipado el recuerdo del ruido del teléfono, cuando pudo oír de nuevo el dulce posarse de los copos de nieve sobre las formas de todo, el desconocido se permitió respirar levemente y volvió a poner el ordenador en marcha.

Sin saber muy bien qué hacer, Yuri abandonó la puerta del estudio y se escondió provisionalmente en la sala de estar, pendiente de cualquier rumor que llegase del estudio.

El intruso reanudó la tarea. No tardó en llenar cinco disquetes de archivos, los de las carpetas que llevaban las iniciales O.F. y algunos más, por si acaso. A continuación mandó esos mismos archivos a la papelera del ordenador, la vació y se aseguró de que no quedara el menor rastro de ellos ni de otros semejantes.

Finalmente, introdujo un disquete nuevo con un virus, lo sacó y apagó el ordenador.

Encendió la linterna y la sujetó con la boca para tener las manos libres. Fue muy fácil vaciar las tres carpetas que le interesaban del archivador de la mesa. Eran papeles, fotografías y carpetas de informes. Lo guardó todo en la cartera y cerró el archivador. En el suelo, junto a la pared, una maletita roja. La abrió. Parecía preparada para irse de viaje. La registró con cuidado: nada que le interesara. La cerró y la dejó tal como la había encontrado. Antes de marcharse se le ocurrió mirar en todos los cajones, por si acaso. Papeles en blanco, libretas, cuadernos escolares. Y una caja de puros. Al abrirla, el sudor le inundó la frente de golpe. Unos cuadernos caligrafiados a mano, con algunos dibujos. La madre del cordero. Y había estado a punto de pasarlos por alto. Le pareció oír un suspiro de pena en el extremo opuesto de la vivienda.

Cerró la puerta de la casa sabiendo que no dejaba rastro alguno de su paso, que había tardado poco más de quince minutos en hacer su trabajo, que todavía debía encargarse del doscaballos y que cuanto más lejos le sorprendiera la aurora, tanto mejor.

En cuanto se quedó solo, Doctor Zhivago entró en el oscuro estudio. Parecía que todo estaba como siempre, pero él tenía una angustia por dentro, una sensación rara de no haber estado a la altura de las circunstancias.

Capítulo 71

El monumento estaba espléndido, cubierto con una tela parda. La tela acrecentaba el misterio y Evaristo, el alguacil, empequeñecido por la enormidad de la piedra, esperaba al pie a que la gente saliera de la iglesia y pensaba hoy me immortalizan en unas cuantas fotos, seguro. Por fin empezaron a salir, deslumbrados por la claridad de mayo, y echaron a andar como en procesión involuntaria en dirección a la placita de la escuela y el monumento. En primera fila, formada por una veintena de sillas, Cecilia Báscones, muy emperifollada, se había reservado una desde hacía horas junto a la señora Vilabré y Gasull. Perilimfoadenitis. A su lado, el eterno alcalde Bringué, compuestísimo, pelo ralo, sonriente a pesar del lumbago, acompañado por el consistorio en pleno y por el flamante regidor de Ensenyament, Cultura i Esports de Sort, que no sonreía porque era una barbaridad esto de santos y beatos, dios mío, en el siglo veintiuno. Un muchacho se situó a su lado como si fuera una autoridad. Iba a decirle que ese puesto no era para el público normal y por eso lo miró. Se quedó helado del susto.

—Hola —dijo el muchacho.

—Arnau, ¿qué haces aquí?

—He pedido autorización a mis superiores. No esperaba verte aquí, la verdad.

—Obligaciones del cargo. —Cara de mártir, Jordi—. ¿Qué tal estás?

En la fila de delante, mosén Rella, con la satisfacción del deber cumplido, flanqueaba al señor obispo y chasqueaba los dedos secamente en dirección a los monaguillos repartiendo órdenes contradictorias, porque quería que todo fuera como la seda en pro de la reconciliación definitiva de todas las familias del pueblo.

Al sentarse en los asientos reservados, Elisenda recibió el móvil de Gasull y dijo dónde estás.

—En Bruselas. ¿Se puede saber qué has contado a Bedogni?

—Oye, a mí no me levantes la voz. Ha sido únicamente para recordarte que, si quiero, mando.

—Pero ¡si está todo a mi nombre!

—Para que te enteres de que, si quiero, sigo decidiendo. No lo olvides. ¿Por qué no has venido?

—Paso de santos y beatos. —En tono de protesta—: Mamá, mujer, ¡que tengo trabajo!

—Era tu padre, Marcel.

Y devolvió el móvil a Gasull; éste lo desconectó y procedió a narrar al oído de su amada que el señor obispo se ha colocado en el centro y lleva el chisme ese lleno de agua.

—El hisopo.

—Eso. Y el otro cura abre un libro.

—¿Cuánta gente hay?

—Lleno a rebosar —mintió Gasull.

Además de ellos dos, componían la multitud las autoridades, la Báscones y unas treinta personas más, menos que la delegación que viajó al Vaticano. Mientras todo el mundo se preparaba, Arnau cuchicheó al oído de su padre, igual que Gasull:

—¿Qué tal está mi madre?

—No sé.

Silencio. Miraban los dos hacia delante, al monumento cubierto con la tela, y Evaristo, al borde de la gloria.

—¿Pasa algo?

—No, que... Tengo entendido que hoy iba al hospital por un asunto de...

—¿Qué tiene?

—Un bulto en el pecho. Pero no quiere contarme nada.

—¿Dónde está en este momento?

—¡Yo qué sé!

—¿No lo sabes?

—Pues, según la nota que se ha dignado mandarme, debe de estar llegando a Tremp.

—Caramba. A lo mejor nos hemos cruzado por el camino.

—Tu madre y yo nos hemos separado. No quiere que vaya a verla al hospital.

Arnau levantó la cabeza y se quedó un momento con la boca abierta.

—No será por mi culpa, por mi decisión...

—No. —Respuesta seca—. Por lo visto, necesita espacio para maniobrar. —Y mirando hacia otro lado—: Todo se arreglará en cuanto entre en razón, ya lo verás.

El muchacho iba a decir rezaré por vosotros, pero se calló a tiempo.

—Ahora el obispo solicita la presencia del alcalde y coge el chisme del hisopo.

—El aspersorio.

—Exacto. Supongo que ahora retirarán la sábana.

—A mí que no me llamen...

—Ya lo saben, Elisenda, mujer... No te molestarán.

—¿Quién va a retirar la sábana?

—Supongo que esta señora que...

—¿Cómo es?

—Bajita, charlatana, muy pintada.

—La Báscones.

—¿Es que no te parece bien? —Gasull, dispuesto a todo.

—Me da lo mismo. ¿Qué más?

—Pues ahora la señora coge la sábana por una punta y tira. Bueno, no. Tienen que

ayudarla. El alcalde Bringué.

Elisenda Vilabré frunció el ceño al oír el apellido. Pero sólo dijo y qué más, y qué más.

La tela fue retirada por fin y el monumento a Oriol Fontelles i Grau quedó al descubierto en todo su esplendor ante la treintena escasa de curiosos, que vieron, entre el granito y el mármol, en diagonal, el mensaje en espray negro que había dejado alguno de los eternos descontentos. «Fuera fachas», decía. Y a Evaristo se le pusieron los pelos de punta, porque iba a tener complicaciones y podía despedirse de la foto de honor.

—¿Por qué hay tanto silencio?

—Es que la gente... —Gasull no sabía adónde mirar—. Es un monumento tan bonito... Y aquí queda de maravilla.

Elisenda Vilabré empezó a aplaudir con sus manos mudas. Gasull la imitó. Y la Bàscones. Y el cura. Y dos ciudadanos más. Jordi, no: miraba, angustiado, a derecha e izquierda y se quejaba amargamente diciendo dónde cojones me he metido, quién era ese tío, que ahora resulta que es facha, con lo bien que estaría yo en cualquier otro sitio, y estoy aquí haciendo el paripé con los curas y los drogatas que lo llenan todo de grafitis, como si esto fuera el metro; sobre todo, que no me hagan ninguna foto.

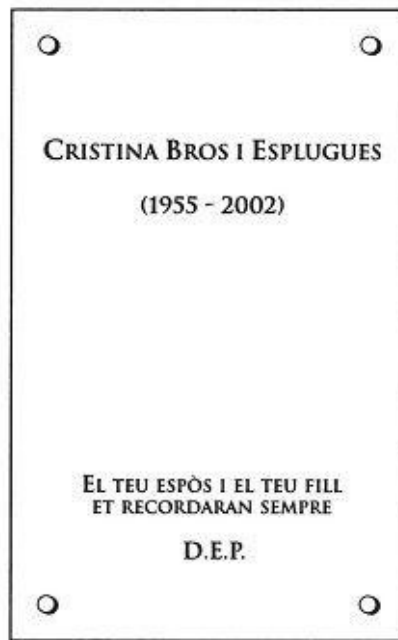
Se oyeron más aplausos, aplaudía casi todo el mundo. Fue una ovación tan esmirriada que Elisenda comprendió que Gasull había mentido sobre el número de asistentes. Sean pocos o muchos los que hoy te honran, esto sólo es el principio, Oriol, querido, que estás en el cielo, sea reivindicado tu querido nombre; sólo es el principio, como el día en que aplaudí delante del cuadro, cuando lo terminaste, y dije es una obra de arte.

—No sé —respondió mi amor, que eres tú—, pero me ha salido de dentro.

Y así fue el principio, porque en el principio fue el beso primero que te di en la frente, delante del cuadro, después de haber pasado tú tantos días besándome con el pincel. ¿Cómo pudo ser que después me traicionaras? ¿Por qué me pusiste entre la espada y la pared, pérfido miserable mío?

Estuvo a punto de echarse a llorar mientras oía a la gente mover las sillas y al cura decir no sé qué sobre el gran día y la emoción que nos embarga. ¿Lo ves, Dios? Ya es beato: he ganado yo. Puedo morirme cuando quieras. Entre tanto, amor mío, me dedicaré a compensarte, aunque Dios no lo quiera.

Delicadamente, Elisenda Vilabré palpó la media cruz que llevaba colgada en el pecho y pensó el amor que mueve el sol y las estrellas.

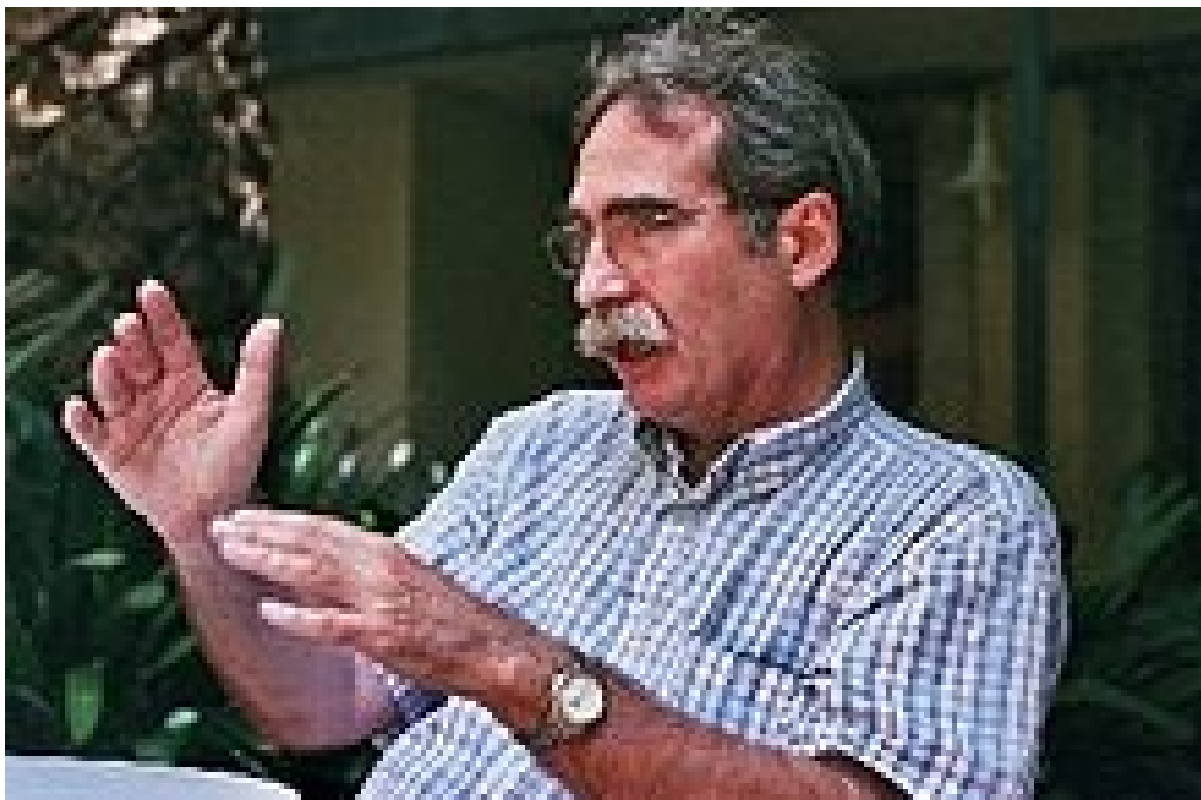


Nunca se sabe cuándo acabará la desgracia. Ni siquiera llegaste al hospital, pobrecilla. Siempre que de noche, en el silencio del insomnio, oiga las voces lejanas del Pamano, pensaré en ti. Te han buscado por todas partes y finalmente te han encontrado en el pantano de Sant Antoni, tó, tus temores y tu doscaballos. Me quedo con tu gato; por cierto, no me dijiste cómo se llamaba. Tina Bros, mil novecientos cincuenta y cinco, dos mil dos. He llegado tarde para contribuir a dar sentido y a rellenar el guioncito entre esos dos años. El gato se llamará Nosecomotellamas. Hacía tiempo que no lloraba, Tina. Empezaba a hacerme ilusiones, ¿sabes?

Matadepera, 1996-2003

Las voces del Pamano

Jaume Cabré



JAUME CABRÉ FABRÉ, (Barcelona, 1947) es un filólogo y escritor español. Licenciado en Filología Catalana por la Universidad de Barcelona, catedrático de enseñanza media en excedencia y profesor en la Universidad de Lérida, es miembro de la Sección Filológica del Instituto de Estudios Catalanes (Academia de la lengua catalana).

Se dio a conocer con dos libros de narrativa, *Faules de mal desar (Fábulas incómodas)* (1974) y *Toquen a morts (Tocan a muerto)* (1977).

Su primera novela, *Galceran, l'heroi de la guerra negra (Galcerán, el héroe de la guerra negra)* (1978) hace aparecer lo que serán los grandes temas recurrentes de su obra: el poder y la condición humana. El personaje del bandolero Jaume Galceran, repleto de contradicciones, está dibujado como un héroe a la fuerza que se ve obligado a alimentar su fama durante la segunda guerra carlista.

Su segunda novela, *Carn d'olla (Ropavieja)* (1978) hace resaltar un personaje bien distinto, Barringa Barranga, una ex-prostituta que ha establecido una red de relaciones en el barrio barcelonés de Sant Antoni.

En *El mirall i l'ombra (El espejo y la sombra)* (1980) aparece por primera vez la música y, en cierto modo, la reflexión sobre el valor de la creación artística que, más adelante, serán temas de presencia constante.

En 1980 publica una obra de literatura infantil, la novela *La història que en Roc Pons no coneixia (El extraño viaje que nadie se creyó)*, y un año después, un cuento: *El blauet*.

En 1984 y 1985 aparecen los tres títulos que conformarán el ciclo de Feixes y en

los que trabajaba desde tiempo atrás. En 1984 aparece *La teranyina* (La telaraña), historia enmarcada en la *Semana Trágica* y que narra las vicisitudes de aquellos momentos pero no en Barcelona sino en la ciudad de Feixes, correlato literario de la ciudad de Tarrasa. La lucha por el poder político, económico, familiar, se refleja en las maniobras de los distintos componentes de la familia Rigau y del resto de personajes de la novela.

También en 1984, aparece *Fra Junoy o l'agonia dels sons* (Fray Junoy o la agonía de los sonidos), una novela de gestación lenta, como serán a partir de ese momento las novelas que publique Cabré, donde más allá de los movimientos subterráneos del mundo eclesial de Feixes y del monasterio de la Rápita cuyo confesor es el fraile protagonista, la música tiene un destacado papel. Algunos de los personajes de *La telaraña* y el mundo de Feixes también son presentes en esta novela, que en cierta manera es su continuación. Destaca la figura de Fray Junoy, una víctima de los que detentan el poder de manipulación.

En 1985 publica la “nouvelle” *Luvowski o la desraó* (Luvowski o la sinrazón) que es el punto final de estos personajes y familias que vivieron en las otras dos novelas. Este relato fue publicado en un libro de narraciones *Llibre de preludis* (Libro de preludios), donde la música es aún más presente.

En 1984 publicó su segunda novela infantil *L'home de Sau* (El hombre de Sau).

En 1991 aparece *Senyoria* (Señoría), una novela sobre la corrupción judicial que emana del poder absoluto y que está situada en la Barcelona de finales del siglo XVIII. Si con *Fra Junoy* pintó una víctima, con *don Rafel Massó*, el regente civil de la Audiencia de Barcelona, traza la figura del verdugo, con todos sus miedos y sus egoísmos.

L'ombra de l'eunuc (La sombra del eunuco) (1996) es una novela que relata los años del final del franquismo, la transición y los años posteriores desde la perspectiva de la generación del autor, personificada por *Miquel Gensana*, el protagonista. Al mismo tiempo, es una novela de reflexión sobre el hecho creativo y, muy en especial, el musical. La estructura del relato está basada en la misma estructura del *Concierto para violín y orquesta* de *Alban Berg*.

Mientras inicia la siguiente novela, realiza una incursión en otros géneros. En 1999 publica *El sentit de la ficció* (El sentido de la ficción), un ensayo sobre la creación literaria, sobre la escritura, sobre el laboratorio del escritor.

En 2000 retorna al relato breve con el libro *Viatge d'hivern* (Viaje de invierno). Catorce historias relacionadas entre si de manera sutil. El lector, a medida que avanza en la lectura, descubre estas relaciones que se mantiene a pesar de que cada relato sucede en espacios y épocas distintas. El libro es una mirada a la Europa que no hemos sabido construir de mejor manera.

En 2001 publica y estrena en el Teatro Nacional de Cataluña, la obra de teatro

Pluja seca (Lluvia seca) sobre la desvirtuación de la memoria histórica y sobre el hecho de que la historia siempre la escriben los vencedores. El drama se inicia en el castillo de Peníscola convertido en corte papal (la verdadera para ellos, cismática para Roma) el día en que muere Benedicto XIII y el diezmado colegio cardenalicio decide nombrar un sucesor de quien Roma tilda como antipapa.

Les veus del Pamano (Las voces del Pamano) (2004) y *Jo confesso (Yo confieso) Ed. Proa. Barcelona, 2011. son sus últimas novelas. Las voces del Pamano empieza en los años cuarenta, en un pueblecito del Pirineo y finaliza en nuestros días. Muestra un friso de personajes como los maestros Oriol Fontelles y Tina Bros, o la señora Elisenda Vilabré. La memoria histórica, la imposibilidad del perdón, el miedo al olvido son algunos de los temas que aparecen en esta novela. En Yo confieso el protagonista es Adrià, un niño de la burguesía barcelonesa, sometido a la tiranía de unos padres obsesionados en hacer de él un prodigio de las letras y de la música. Un violín Storioni, codiciado por músicos y coleccionistas de todo el mundo, cuya historia escondía un sinfín de crímenes y episodios poco edificantes, se cruza en la vida del niño y lo cambia todo. En 2005 publica su segundo ensayo: La matèria de l'esperit (La materia del espíritu) sobre la lectura literaria.

Wikipedia, la enciclopedia de contenido libre.

Notas

- [1] Potxó (pronúnciese «pochó»): beso, en varias poblaciones del Pallars, comarca pirenaica de Lérida. <<(*Esta nota y las siguientes son de la traductora.*)
- [2] «Ca» y «casa» son maneras de referirse a las casas por su nombre histórico según una tradición muy viva todavía en el Pallars. En términos generales pero no exclusivos, «casa» se aplica a las más importantes del pueblo <<
- [3] Según las reglas ortográficas del catalán, «familia» se acentúa por ser esdrújula: família. <<
- [4] Traducción del original alemán (Oft denk‘ ich, sie sind nurausgegangen) cedida generosamente por Lidia Grifoll. <<
- [5] Éste y los siguientes párrafos en cursiva se encuentran escritos en castellano en el original. <<
- [6] Himno dedicado a la virgen de Montserrat; letra de Jacint Verdaguer y música del maestro Josep Rodoreda. < <
- [7] Los galets son pasta de sopa, aproximadamente con forma de caracol y de tamaño grande, con la que se hace la sopa típica de Navidad en Cataluña. <<
- [8] La girella es un embutido de carne de cordero que se come preferentemente caliente. <<